D. Félix Sardá y Salvany

PROPAGANDA CATOLICA

TOMO VII

Sobre diversos temas.

PROPAGANDA CATÓLICA,

POR

D. FÉLIX SARDÁ Y SALVANY,

PRESBÍTERO,

DIRECTOR DE LA REVISTA POPULAR.

TOMO VII.

CON LICENCIA ECLESIÁSTICA.

BARCELONA.

LIBRERÍA Y TIPOGRAFÍA CATÓLICA, calle del Pino, 5.

1891.

PROPAGANDA CATÓLICA.

ÍNDICE.

PÁGS.

FILOSOFÍA DE LA MORTIFICACION (Primera parte).—I. Cuán oportuna sea y cuán propia de los presentes tiempos esta materia.—II. Qué significa la palabra «mortificacion» segun su gramatical etimología. En qué sentido se la emplea. ¿Mortificarse es matarse? Tres aspectos de esta virtud. Triple necesidad de ella.—III. Que la mortificacion es indispensable á todo cristiano por el mero hecho de ser hombre y de ser hijo de Cristo. O mortificarse ó desesperarse.—IV. Que la mortificacion voluntaria es tambien de necesidad. Cómo habla de eso el mundo, y cómo debe contestarle el buen cristiano.—V. Razones que abonan especialmente la práctica de la mortificacion voluntaria en la vida cristiana ó espiritual.—VI. Breves aplicaciones y una comparacion.—VII. Que la mortificacion voluntaria no es desprecio de los dones temporales concedidos por Dios á su criatura.—VIII. Que no es degradante para el hombre la práctica de esta voluntaria mortificacion. El jinete y el caballo, ó filosofía de picadero y de jockey.—IX. Que nada realza más la humana dignidad que el voluntario ejercicio de la mortificacion cristiana. Higiene del alma y gimnástica espiritual.—X. Como nuestro siglo más que otro alguno necesita esta práctica vigorizadora de la voluntaria mortificacion. Refinamientos de la vida moderna. Anemia de los cuerpos y de las almas.—XI. Que no es tediosa y aburrida la vida cristianamente mortificada, sino la más feliz y dichosa. Señorío del hombre sobre sí mismo. El filósofo en el bazar.—XII. Lecciones diarias de la experiencia sobre este particular. El divorcio y el suicidio. El rail y la rueda.—XIII. Cristo crucificado enseña la eficacia y virtud de la

mortificacion. La Cruz, reconstituyente de la humanidad anémica.—XIV. Cristo crucificado, aliento y estímulo é interior fortaleza de los cristianos mortificados. 5

FILOSOFÍA DE LA MORTIFICACION (Segunda parte).—I. Nuevo aspecto de esta materia, distinto del de la serie anterior. Qué significa penitencia y penitenciarse.—II. Cuán profunda filosofía entraña lo que vulgarmente se llama en el Catolicismo «hacer penitencia.» Primer fundamento en que estriba esta doctrina.—III. Segundo principio en que se funda la doctrina católica sobre el deber de la penitencia.—IV. De la penitencia en cuanto significa castigo de la culpa cometida.—V. Aclárase con algunos ejemplos la precedente materia.—VI. De la penitencia como expiacion ó satisfaccion.—VII. Del falso é injustificado terror con que miran muchos la virtud de la penitencia.—VIII. Que todos debemos hacer penitencia, y que tenemos todos muchísimo de qué y con qué hacerla.—IX. Que es facilísima virtud la de la penitencia, pues todos tenemos para ello sobrados medios. Ejemplos al canto.—X. Del modo más fácil de hacer penitencia, cual es hacerla con lo que hemos de sufrir indispensablemente.—XI. Del más eficaz ejemplo de la vida de penitencia, que es la Pasion y Muerte de nuestro Divino Redentor.—XII. Del más glorioso estímulo de la vida penitente, cual es la eterna felicidad del cielo, que le está prometida. 35

LOURDES: Reflexiones de actualidad sobre las maravillas de Dios y de su Santísima Madre en este célebre Santuario.—Introduccion.—I. Rareza del fenómeno. ¿Qué ha pasado en Lourdes? ¿Qué pasa de treinta años acá?—II. Relacion de lo de Lourdes con la definicion dogmática de la Inmaculada Concepcion. El sobrenaturalismo proclamado por Pio IX en Roma es confirmado por las apariciones de la Virgen á Bernardita.—III. El milagro en el siglo XIX. Singular oportunidad de los *signos* de Lourdes en la época actual. Por qué Lourdes es francés.—IV. Las peregrinaciones y su significado. Providencial llamamiento de Dios y de su Santísima Madre á la pública manifestacion.—V. Lourdes y la fe española. Falso patriotismo con que se disfraza la impiedad.—VI. Lourdes y la Propaganda católica. Lourdes y nuestros alientos.. 59

¡AL SERMON! Contestaciones á las más frecuentes excusas con que se retraen ciertos católicos de la asistencia á la predicacion cuaresmal.—Prólogo.—I. ¿A qué me venís

ahora con sermones? ¡Como si no tuviese ya muy sabido cuánto ha de decirme el predicador!—II. El sermon de Cuaresma se predica sólo para los pecadores endurecidos. Yo, gracias á Dios, llevo ya una vida, así, algo regular.—III. Es inútil, no os canseis: las personas de gusto no podemos aguantar un sermon. ¡Son tan sosos esos predicadores!—IV. Quisiera yo los predicadores más al uso del dia. ¡Si no saben más que aturdirnos con el pecado y la muerte y el infierno!—V. Vamos á ver: ¿y á qué tanto clamar recio los predicadores? ¡como si no supiésemos que tampoco ellos son unos santos!—Epílogo. 83

Los malos sacerdotes.—I. Ocasion de este opúsculo. Plan y sumario de él. Hay malos sacerdotes. Los hubo siempre. Los ha de haber más hoy dia. Quién forma los malos sacerdotes. Qué prueba la existencia de los malos sacerdotes. Cuál es la conducta que ha de observar con ellos el buen católico.—II. Diversas clasificaciones de esta ruín familia. Los malvados de la clase sacerdotal son peores que los otros malvados. Falso concepto que se tiene por muchos de la bondad ó malicia del sacerdote.—III. Qué dice sobre ello la historia. Judas. Nicolao. Arrio. Nestorio. Pelagio. Eutiques. Donato. Focio. Berengario. Vicleff. Lutero. Zuinglio. Jansenio. Jordan Bruno, etc., etc.—IV. Causas más eficaces de corrupcion para el clero en el presente siglo. Sale el sacerdote de la masa comun. La Revolucion es la primera responsable de la prevaricacion de ciertos sacerdotes.—V. Cuál ha sido en el clero español el efecto de la propaganda corruptora de la Masonería. Diferencias de criterio y de procedimiento de la misma sobre este punto. Apoyo que encontró siempre en las sectas el mal sacerdote.—VI. Adúcese sobre esto una muy oportuna página de un Prelado español.—VII. Observacion decisiva con todo y tener aires de paradoja. La existencia de malos sacerdotes y el que por tales sean tenidos prueba en favor de la clase en general.—VIII. Aplícase igual observacion en órden á la doctrina católica. Comparacion muy vulgar.—IX. Qué dice sobre esto la experiencia.—X. Reglas prácticas para el buen católico ante los malos sacerdotes.—XI. Prosigue la misma materia.—XII. Principios de filosofía general cristiana que deben guiar en esta materia al apologista católico.—XIII. Ultima observacion: la de efectos más prácticos, aunque por lo común la más desatendida. 107

La piedad en la familia.—I. Punto de vista de la cues-

tion.—II. Empiézase por una pregunta, al parecer ridícula, en el fondo muy sustancial.—III. Carácter práctico que más que otra educacion alguna tiene la del hogar doméstico.—IV. Aplicaciones más concretas de la doctrina anterior.—V. Deberes de la familia cristiana para consigo misma.—VI. De lo que podríamos llamar el laicalismo en la familia.—VII. Demostracion de lo últimamente dicho.—VIII. Adúcese un ejemplo por via de conclusion. . . . 145

CUESTION SANITARIA.—I. Introduccion. El hombre y el caballo, ó la medicina humana y la veterinaria.—II. Concepto racionalista y concepto cristiano en la presente cuestion. Respeto que merece una epidemia. Humildad y dignidad del verdadero cristiano en frente de ella.—III. A qué fines ordena y envia Dios las públicas calamidades.—IV. Expónese más á fondo la respuesta á la anterior pregunta.—V. De los públicos pecados por los que tiene merecida nuestra patria esta y otras calamidades. Descristianizacion oficial y popular. Pública blasfemia. Profanacion del dia festivo. Enseñanza perversa. Imprenta corruptora. Inmoralidad de los espectáculos.—VI. Que los grandes castigos de Dios tienen á la vez el carácter de grandes misericordias. Los bienes y males de este mundo en relacion con el último fin.—VII. Prosigue la misma doctrina, y hácese particular aplicacion de ella á las actuales circunstancias. Efectos morales de una epidemia.—VIII. Conclusion de este punto y consejos prácticos que de él se deducen.—IX. Si podemos pedir á Dios ser preservados de la pública calamidad y cómo debemos pedirlo.—X. Cuál debe ser en tiempos de epidemia la conducta del buen católico para con sus hermanos.—XI. Expónense al por menor los deberes principales del buen católico indicados en el anterior capítulo.—XII. Resúmen y concepto sustancial de todo este opúsculo. 169

LA SEPULTURA CRISTIANA.—I. Introduccion. Primeros fundamentos de esta materia.—II. Doble concepto en que tiene la Religion nuestros mortales despojos.—III. Otra consideracion que pone de relieve el por que del respeto que tiene la Religion á los humanos despojos.—IV. Ultima y más principal razon en que funda la Religion su respeto á nuestros cadáveres.—V. Confírmase lo dicho considerando la liturgia católica en el sepelio de los cadáveres cristianos.—VI. De dos señales principalísimas de consagracion que ofrece el cementerio cristiano.—VII. Adúcese

á este propósito algo sobre la llamada secularizacion de los cementerios.—VIII. La cremacion de los cadáveres y su significacion anticatólica.—IX. Si es verdad que poderosas razones de higiene abonan la cremacion.—X. Observaciones generales sobre la conducta de muchos cristianos en esta materia. 205

El Rosario y nuestra situacion.—I. Ocasion de este opúsculo. Persecucion general de nuestros dias contra el Catolicismo. Actual poder y preponderancia de una nueva morisma.—II. Dos nombres de la accion masónica en nuestros dias, segun su doble precedimiento de violenta revuelta ó de pacífica influencia legal. Comparacion entre el antiguo Mahometismo invasor y el actual Liberalismo. Peor condicion de los tiempos actuales.—III. El moderno transaccionismo, otra de las actuales calamidades. Definicion por San Jerónimo del católico liberal. El diablo y las circunstancias.—IV. La corrupcion moderna y la moderna legalidad. En qué atmósfera envenenada han de vivir hoy por necesidad las almas. Diferencia esencial entre la corrupcion de este siglo y la de los siglos anteriores.—V. Resúmen de lo dicho, y excitacion al rezo del Santo Rosario. 237

La blasfemia y los blasfemos.— Introduccion. Triste oportunidad de esta materia.—II. Qué cosa sea la blasfemia, y cuál su intrínseca naturaleza.—III. Cuál sea la intrínseca *formal* gravedad de la blasfemia.—IV. Prosigue la misma materia, y se declara con un ejemplo.—V. Cómo se explica la espantosa plaga de la blasfemia en nuestro siglo. Reflexion final. 255

La judiada.—I. Introduccion. El pueblo maldito, y las simpatías que por él muestra en todas partes la Revolucion moderna.—II. El nuevo Caín. Su crímen y su castigo. El fenómeno histórico de la vida del pueblo judío. La imposibilidad de constituírse y de asimilarse y de fundirse con los demás.—III. El pueblo judío y su inextinguible rencor contra el cristiano. Textos fehacientes de autores israelitas.—IV. Prosigue la misma materia. Ojeada sobre la actual legislacion judaica.—V. Confirmacion histórica de las monstruosas doctrinas del judaísmo moderno. Hechos varios en apoyo de esta verdad.—VI. Cuán distinta ha sido en todo tiempo la conducta de la Iglesia católica para con los judíos. Roma y el pueblo hebreo.—VII. Qué parte tuvieron los Estados católicos y la Iglesia en las matanzas de la Edad media. El odio popular contra la Sinagoga.—

VIII. Cómo justifica la crítica histórica la famosa expulsion de los judíos españoles. Los judíos, los jesuitas y los frailes. Paralelo entre sus respectivas expulsiones.—IX. El Judaísmo y la Masonería. Organizacion de esta última, y su objetivo. El Masonismo moderno no es en el fondo sino el Judaísmo de siempre. 273

EL MALDITO LUTERO.—I. Cuatro palabras por vía de introduccion.—II. Antecedentes de la cuestion. Leon X y la llamada venta de las indulgencias.—III. Lutero y su biografía moral. El orgullo y sus resbaladizas pendientes.—IV. El hombre retratándose á sí mismo. Textos fehacientes.—V. Más pinceladas de mano maestra en el retrato de Martin Lutero.—VI. La vida sucia del reformador. El *quid* de la cuestion.—VII. Últimos perfiles del asqueroso cuadro. Contradicciones.—VIII. Cómo acabó Lutero y cómo anda hoy su obra.. 307

SANTIAGO.—I. Ocasion y objeto de este opúsculo. Nueva aparicion del Apóstol para alentarnos en nuestras lides.—II. Apóstol armado y Santo á caballo. Personificacion en este tipo de la raza católica española.—III. La fe y su defensa material en los campos de batalla. La fe y su defensa jurídica por medio de la Santa Inquisicion.—IV. Falsas invitaciones á la paz. El *Non possumus* de los Papas debe ser nuestra eterna divisa.—V. Santiago y la integridad de nuestra fe. La gloria de su sepulcro en nuestros dias, feliz augurio para la presente generacion cristiana. 333

EL PEOR DE NUESTROS MALES.—I. Introduccion. Razon de este opúsculo. De la ignorancia general en materias religiosas.—II. Por qué llamamos á la ignorancia religiosa «el peor de nuestro males.» Ojeada sobre el presente estado del pueblo español. Sorpresas que nos ha dado la Revolucion.—III. Deplorables efectos de esta calamidad. Fáciles triunfos de los impíos. La tortilla del incrédulo.—IV. Si anduvo siempre tan atrasado como hoy nuestro pueblo en materias religiosas. Orígenes del presente atraso: la menor influencia de la Iglesia; la desaparicion de las Ordenes religiosas; el abuso de las lecturas frívolas.—V. La mayor de las causas principales del atraso actual: la supresion del domingo.—VI. ¿Cómo oponer eficaz remedio á estos males? Indícanse algunos de suma eficacia: las escuelas nocturnas y dominicales.—VII. Prosigue y concluye esta materia. Las bibliotecas parroquiales; el periodismo católico. Observacion final de gran importancia. La viejecilla de San Juan Crisóstomo. 349

La escuela sin Dios.—I. Introduccion. Razon del opúsculo. Lógica de la Revolucion. La escuela laica. Cuál debe ser ante ella la lógica de los católicos.—II. Que es concepto absurdo el de la pretendida neutralidad de la escuela en materia de Religion. Ejemplos de neutralidades que, como ésta, son verdaderas traiciones.—III. Primera base de la educacion y de la instruccion. Concepto fundamental de ambas, segun el Cristianismo y la sana filosofía. El caballo y el muchacho.—IV. Una observacion la más llana y vulgar y al propio tiempo la más luminosa. Cómo se puede encerrar una cuestion teológica en una mera regla de ortografía.—V. Deber de los padres y maestros ante la escuela impía. Dos casos que pueden presentarse al maestro y á la maestra ante la ley impía.—VI. De otro caso más grave que á los maestros puede presentarse. Casos que pueden ofrecerse á los padres, y cuál debe ser ante ellos su resolucion. 377

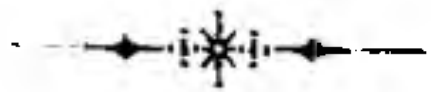
El gran punto de vista.—I. El pensamiento de la eternidad, único punto firme de comparacion y de apreciacion de todas nuestras cosas.—II. El pensamiento de la eternidad es la única idea que puede producir el firme y denonado soldado de la Propaganda católica.—III. El pensamiento de la eternidad es la única idea que puede darle armas de buen temple.—IV. El pensamiento de la eternidad es el único que puede darle soltura y desembarazo para la lucha.—V. El pensamiento de la eternidad es el único que puede comunicarle varoniles alientos.—VI. El pensamiento de la eternidad es el único que puede comunicarle perfecta disciplina y perseverancia hasta el fin. 399

¡Primero creer!—I. Importancia de esta materia. Qué cosa sea el Naturalismo contemporáneo, y su gravedad.—II. La fe es la primera de las necesidades morales del hombre. Aun en lo humano se experimenta esta necesidad. El acto de fe es el preliminar de toda ciencia y el criterio principal de alguna de ellas.—III. Qué dice sobre esto el comun sentir de todo pueblo. Ojeada á la historia. Qué dice sobre esto la misma incredulidad de nuestros tiempos.—IV. Deficiencias de la humana razon, áun en lo más indispensable para la vida moral. El aire y la respiracion.—V. Si basta la simple conviccion natural en muchas materias, ó si es menester además robustecerla con el apoyo de la sobrenatural autoridad. Analogía de lo que pasa entre las convicciones y las resoluciones. Ejemplos prácticos.—VI. Cómo ha provisto en todos tiempos Dios Nuestro Se-

ñor á esta necesidad que tiene el hombre de la vida de fe. La fe en la ley natural y en la ley mosaica.—VII. De la revelacion propiamente dicha por medio de Jesucristo Unigénito de Dios. Cualidades especiales de ella. Su alteza y á la par su llaneza. Su facilidad y á la par su sublimidad.—VIII. Del magisterio de la Iglesia, hecha depositaria é intérprete por Cristo de su divina revelacion. Cristo y los Apóstoles. Los Apóstoles y sus Sucesores. La Iglesia es Cristo por su orígen, por su autoridad, por su infalibilidad, por su indefectibilidad y por la identidad de sus enseñanzas. —IX. El acto de fe en la Iglesia en el acto de fe en Cristo Dios. Primer carácter, pues, de la fe, el ser obligatoria. En qué sentido la fe es un acto libre. Toda rebeldía contra la fe es acto de ateísmo.—X. Del segundo carácter de la fe, cual es el de que sea verdadera y no falsificada ó bastardeada. Marcas falsificadas de Cristo que llevan ciertas escuelas.—XI. Del tercer carácter de la fe, ó sea de su integridad, en oposicion á todo lo que tienda á achicarla ó mutilarla. Procedimiento inverso que usan muchos falsos católicos en órden á la autoridad de la fe.—XII. Del cuarto carácter de la fe, esto es, que sea dócil y humilde y sencilla. De los que humanizan lo divino para hacerlo más aceptable. Cómo querer naturalizar lo sobrenatural es desnaturalizarlo.—XIII. Del quinto carácter de la fe, cual es el que sea ilustrada. Verdades que deben saberse por necesidad *de medio*, y otras por necesidad *de precepto*. Falsos ilustrados que empiezan por ignorar el catecismo.—XIV. Hasta dónde puede y debe extenderse en el fiel cristiano lo ilustrado de su acto de fe.—XV. Del sexto carácter de la fe, cual es que sea viva y eficaz y positiva. Creencia negativa de muchos, en qué consiste. El llamado fanatismo en la creencia y en el amor es el verdadero único modo de amar y de creer.—XVI. Del séptimo carácter de la fe, consecuencia del anterior, es decir, que sea práctica.—XVII. Del octavo carácter de la fe, esto es, que sea pública y valerosa. El cristiano vergonzante. Títulos por que debe el buen cristiano hacer pública su profesion de fe.—XVIII. Del nono carácter de la fe en el cristiano, cual es el de que sea amorosa. Qué parte ha de tomar el corazon en el acto de fe.—XIX. Que la piedad y devocion son virtudes esencialmente viriles, y las que más y mejor realzan el carácter del cristiano. La piedad y las barbas.—XX. De los enemigos principales que tiene la fe para el cristiano de nuestros

dias. Del primero de ellos, que es la corrupcion de costumbres. Del libertinaje moral nace por lo comun la rebeldía intelectual.—XXI. De otro riesgo muy grave para la fe del católico de hoy, cual es el trato y amistad con personas descreídas. Proceso de la perversion en muchas almas poco precavidas en este punto.—XXI. De la perversa lectura, otro de los constantes peligros para la fe del católico de nuestros tiempos. Vanos pretextos para la libertad de leer. El diablo y la discusion.—XXIII. Del gravísimo riesgo que hoy dia son tambien para la fe los mundanos espectáculos. Esencial diferencia entre el antiguo y el moderno teatro. Padres envenenadores de sus propios hijos.—XXIV. Medios principales que debe poner en práctica el buen cristiano para precaver los peligros contra su fe. Cómo guardamos la salud corporal. La salud moral tiene derecho á iguales precauciones.—XXV. Del ejercicio práctico del acto de fe, que es el medio mejor para mantenerla y avivarla. Ejemplo en el *Padre nuestro*.—XXVI. Medios más usuales y fáciles de practicar el acto de fe. La meditacion diaria. La Comunion frecuente. La visita al Santísimo Sacramento. La presencia de Dios. Conclusion. 419

NUEVOS OPÚSCULOS.



FILOSOFÍA DE LA MORTIFICACION.

FILOSOFÍA DE LA MORTIFICACION.

PRIMERA PARTE.

I.

Cuán oportuna sea y cuán propia de los presentes tiempos esta materia.

En esta palabra *mortificacion* que acabamos de estampar podemos decir está contenido todo el espíritu del Cristianismo, en su acepcion más profunda y elevada.

Sin embargo, al creer de las gentes, apenas hay en el diccionario palabra más vana que ésta, ó que menos merezca ocupar la atencion del siglo en que vivimos. Para gran número de católicos de hoy ha llegado á parecer rara, exótica, impertinente, poco menos que absurda é irracional. Tiénenla por extravagante antigualla, digna tan sólo de ocupar los ocios místicos (que dijo el otro) de algun monomaniaco fraile ó ermitaño, á quien por error de cálculo se le antoja que estamos todavía en la Edad Media ó cosa así. Pero, hablar de mortificacion á un seglar, y en medio del si-

glo, y en los tiempos de hoy, á la luz del gas y de la electricidad, y al ruido de los tranvías y locomotoras, es haber perdido la cabeza y el sentido comun.

Tenemos ¿á qué ocultarlo? singular predileccion por esos temas que el mundo, por decirlo así, mira de reojo, y en los que conocemos nos ha de llevar siempre la contraria. Buscando, pues, para estos dias algo que le dé francamente en rostro y le haga torcer el gesto con muecas de disgusto, entendimos que no habria materia alguna que más le desplaciese que ésta, y por lo mismo la hemos adoptado sin vacilacion. Entrémonos, pues, de frente y sin más rodeos en el asunto. Y pues de mortificacion vamos á tratar, súfrala con paciencia el que eso mire con mal humor, que ciertamente el tal da con ello harto manifiestas señales que más que otro alguno necesita lo que aquí para su regalo vamos á escribir.

II.

Qué significa la palabra «mortificacion» segun su gramatical etimología, y en qué sentido se la emplea.

La sola palabra *mortificacion* abre ancho campo á sérias consideraciones. Aquello, que dijo un autor, de que la etimología de los vocablos encierra á veces ella sola un sistema completo de filosofía, tiene aquí aplicacion exactísima. Mortificar se compone del nombre *mors*, «muerte», y del verbo *facio*, «hacer», y vale lo mismo que producir ó causar la muerte. En castellano tenemos equivalentes que expresan más claramente algo de este significado. Los verbos «amortecer» y «amortiguar» pueden tomarse, si no como sinónimos, al menos como afines y expositivos del verbo «mortificar». Segun lo cual mortificar una pasion ó un apetito ó simplemente un sentido, tanto significará como matar en cierta manera aquel sentido, apetito ó pasion, ó por lo menos amortecerlo ó amortiguarlo, es decir, anularlo ó contrarestarlo, hasta el punto de que quede inhabilitado para ciertos solaces y trave-

suras que le queremos impedir. Mortificar será, pues, un arte hábilmente discurrido para reducir á la condicion de cuasi-muertos á ciertos elementos que por desdicha sentimos en nosotros demasiado vivos y lozanos, ó mejor y hablando ya más técnicamente, para destruir en nosotros el hombre viejo carnal y de pecado, y vivificar en nosotros el hombre nuevo espiritual y cristiano, cuya mutua pugna y contradiccion constituye todo el combate de la vida moral, siendo la completa sujecion ó anulacion del primero por el segundo, el ideal de la perfeccion evangélica, á que con el auxilio de la gracia debe aspirar constantemente todo discípulo de Jesucristo. *Ut destruatur corpus peccati,* hé aquí la frase bíblica que expresa textualmente este concepto de la mortificacion, que por lo mismo equivale á una cierta inmolacion del hombre en aras de su deber para con Dios. Y áun nos atreveríamos á llamarla, si no hubiese de chocar la palabra, un cierto nobilísimo y espiritual suicidio. Suicidio, sí; el único que no prohiben las divinas ni las humanas leyes, antes lo autorizan y enaltecen y recomiendan y preceptúan.

Mortificarse es, pues, matarse. No á mano airada y de golpe y porrazo, como se suele decir, sino lentamente y con calculado y graduado sistema; de suerte que con la mortificacion vayan muriendo ó amortiguándose en nosotros tendencias, inclinaciones, energías, que conspiran de continuo contra nuestra vida superior, y que llegan á hacerla imposible si logran predominar é imponerse, como es su brutal anhelo. Tiramos, pues, á matar estos domésticos enemigos, para que no se levanten con señorío despótico sobre nuestro sér racional, y no consigan al fin degradarnos á la condicion suya, que no seria más que la de viles animales con sola exterior humana figura. Lucha á muerte y á hierro y fuego es ésta, en que desesperadamente luchamos por la existencia, como se dice hoy: pues ser vencedor ó ser vencido en tal duelo equivale á ser ó no ser en el concepto de cristiano, y áun muchas veces en el de mero racional.

Por donde se empezará ya á columbrar que eso de la mortificacion no es sólo, como tal vez presumen ciertos pseudo-ilustrados, un vocablo de confesonario ó un lugar comun de la oratoria del púlpito, sino que entraña mucha y muy honda

filosofía, que es el punto especial de vista que hoy nos proponemos desenvolver. En efecto; que manda la Religion mortificarse, lo saben todos los católicos y áun los que no lo son: qué cosa sean mortificaciones, tampoco lo ignoran áun los que menos las practican. Lo que deseamos poner á los ojos de todos es lo razonable y lógico de esta prescripcion cristiana, para que por ahí vean hasta los más prevenidos contra ella, que no sin ton ni son, ó sólo por rutina, ó únicamente por el prurito de fastidiar, se le está gritando de continuo al cristiano: ¡Mortificacion! ¡mortificacion! y se ha destinado para eso tiempo especialísimo, que es la santa Cuaresma.

La mortificacion puede considerarla el filósofo cristiano bajo tres aspectos:

O como aceptacion voluntaria y noble de lo que por necesidad ha de sufrir en este mundo, como son las miserias y calamidades inherentes á su condicion actual;

O como aceptacion voluntaria y noble de lo que por necesidad ha de sufrir para cumplir ciertos deberes, obrando lo que debe obrar, aunque le cueste obrarlo, ó absteniendose de lo que debe abstenerse, aunque le cueste tal abstinencia;

O por fin como aceptacion y áun deseo nobilísimo de voluntarias privaciones en cosas que lícitamente podria gozar, ó de voluntarios dolores que lícitamente podria rehuir.

Bajo cual triple concepto se nos presentará siempre evidentemente razonable la mortificacion, ofreciéndosenos clara, no ya solamente su utilidad, sino hasta su absoluta necesidad.

Necesaria en el primer concepto; porque el hombre en este mundo por necesidad ha de sufrir, por el mero hecho de ser hombre y de hallarse en este mundo.

Necesaria en el segundo concepto; porque el hombre no puede cumplir su estricto deber de racional ni de cristiano, sin arrostrar denodadamente mucho que ha de amargarle, y sin privarse de no poco que le podria deleitar.

Necesaria en el tercer concepto, porque ni lo primero, que es físicamente necesario, puede arrostrarlo, ni lo segundo, que es moralmente obligatorio, puede cumplirlo, si antes no se ha habituado á ciertas voluntarias privaciones é imposiciones que constituyen, sufridas por Dios, la práctica y virtud de la mortificacion, además del otro carácter que tiene ésta de expiacion ó penitencia, del que otro dia nos ocuparémos.

III.

Que la mortificacion forzosa es indispensable á todo cristiano por el mero hecho de ser hombre y de ser hijo de Cristo.

Hemos empezado por sentar que hay dos clases de mortificaciones á las que no puede en manera alguna sustraerse el cristiano, áun el más ajeno á lo que se llama propiamente la virtud de la mortificacion. Y son: en primer lugar, las incomodidades que generalmente pesan sobre todo hombre por su mera condicion de tal; en segundo lugar, las que por rigurosa necesidad trae consigo el cumplimiento estricto de la divina ley.

Examinemos ahora el primero de estos dos grupos.

Ciertos dolores y pesadumbres le son connaturales al hombre por su mera condicion de tal. Las enfermedades que aquejan su cuerpo; las desazones é inquietudes que apenan su alma; la inclemencia de los elementos; las contradicciones de la fortuna; la injusticia y animadversion de sus mismos prójimos; hé aquí otras tantas fuentes de mortificacion, cuyas amargas aguas ha de beber, quiera ó no quiera, todo mortal desde que nace hasta que á todas esas calamidades pone el sello la última y más espantosa, que es la muerte. Es verdad de experiencia, y por tanto no exige demostrarse. Aquel *homo natus de muliere, brevi vivens tempore, repletur multis miseriis*, no es solamente un doloroso quejido de Job; es el ¡ay! constante del género humano.

Ahora bien. Es innegable, dado este supuesto, que no le queda al hombre mejor partido, ni apenas otro partido, que acomodarse á bien sufrir lo que por ley durísima de su condicion ha de sufrir necesariamente; consejo de buen sentido que formula nuestro pueblo muy adecuadamente en lo que llama él: «hacer de la necesidad virtud.» Más claro. O el lenitivo de la resignacion, ó los horrores de la desesperacion: no se dan otros términos en este dilema, ni tiene este apretado

desfiladero otras salidas. Véase, pues, como en este primer concepto, es ya no precisamente lo más cristiano, sino áun lo más filosófico y razonable el sufrimiento resignado de lo que en ninguna manera podemos eludir.

Mas aparte de estas penalidades que son herencia forzosa de todo hijo de Adan, añádensele al cristiano las que inevitablemente le corresponden además como hijo de Jesucristo. Hemos de ser muy llanos y muy francos, como en todo lo somos, gracias á Dios. Hay en la vida una porcion de privaciones y sinsabores que son patrimonio exclusivo y juro especial de heredad de los verdaderos hijos del Evangelio. Y quien con éstos desee de veras contarse, ha de principiar por poner buen rostro á esas nada risueñas y halagadoras perspectivas. Sí, tiene sus consuelos la fe, tiene sus alegrías la virtud, tiene sus nobles atractivos el cumplimiento del austero deber; pero exige tambien serios sacrificios, y éstos continuos, y éstos dolorosos. Bien creer y bien obrar, es yugo y es cadena y es privacion constante de mucho que halaga nuestros apetitos y sentidos, y es ejercicio continuo de mucho que á nuestros sentidos y apetitos repugna y escuece. A cada paso necesita el cristiano, para mantenerse en el camino de su deber, ora de acicate que le despierte y avive, ora de recia sofrenada que le modere y contenga. Y ni los Santos más santos pueden prescindir de esta continua contradiccion; antes por ella son santos, y áun los más elevados no fueran sin ella más que vulgarísimos pecadores.

Nace, pues, de aquí, otro género de imprescindibles mortificaciones, ajenas todavía á lo que entendemos por virtud especial de la mortificacion. Mortificaciones que no son sino el camino real y general del deber comun, no la senda ó veredilla más estrecha de los perfectos. Mortificaciones cuya simple no observancia seria un crímen; cuya observancia no es de consiguiente heroica virtud de pocos, sino sencilla obligacion de todos. Es, por ejemplo, absoluta obligacion mia el respetar la propiedad ajena, aunque mucho me cueste guardar ese respeto: es igualmente absoluta obligacion mia sufrir una persecucion antes que apostatar de la fe, aunque la persecucion signifique la pérdida de los bienes, de la honra y áun de la vida. Que á ese precio se es sencillamente

cristiano, y á menor precio nó; pues no hay cristiano, áun en el más ínfimo grado de la vida cristiana, que no deba estar habitualmente dispuesto á perderlo todo, hasta la cabeza, antes que cometer un pecado mortal.

IV.

Que la mortificacion voluntaria es tambien de necesidad: cómo habla de eso el espíritu católico.

Sin embargo, todas estas mortificaciones, así las que por necesidad afligen al hombre por su mera condicion de tal, como las que por deber ha de arrostrar el fiel cristiano so pena de ser infiel á su profesion, no constituyen todavía lo que llamamos propiamente espíritu de mortificacion cristiana. Esta consiste más bien en la aceptacion de incomodidades absolutamente voluntarias, ya sea por la privacion de goces que muy legítimamente podríamos disfrutar y de que nos abstenemos, ya por el sufrimiento de tales ó cuales dolores que muy legítimamente podríamos impedir y que no obstante abrazamos. Este es el genuino concepto de la mortificacion cristiana propiamente tal, y así lo entiende todo el mundo cuando habla de mortificarse.

—Verdaderamente que eso debe de ser (salta aquí uno de mis ocultos ó manifiestos contradictores), y por lo mismo están muy en razon los argumentos que se alegan contra el ascetismo cristiano. Compréndese muy bien que el hombre se resigne á soportar varonilmente cuanto de molesto y enojoso se le ofrezca durante la vida, y que se mantenga entero y firme como una roca ante la adversidad, sea cual fuere la forma en que se le presente. No menos razonable se verá que un cristiano se halle dispuesto á padecer cualquier trabajo y á privarse de cualquier satisfaccion, antes que ceder un ápice en el cumplimiento de su deber. Pero es irracional, es absurdo, porque es antihumano, ese prurito de atormentarse la vida y hacerse enojosa la existencia con aflicciones

y privaciones, que no impone estrictamente la ley ni justifica razon alguna de moral conveniencia. Es ingratitud para con el Criador ese desprecio sistemático de los más hermosos dones con que plugo á su adorable Providencia embellecernos y hacernos menos áspero este destierro. Es injurioso para el hombre mismo y depresivo para su dignidad ese *odio á sí propio*, que hasta en tales términos llega á predicársele la mortificacion por los ascéticos cristianos. Es una aberracion, es una como desviacion de sus más elevados instintos ese trato cruel de cilicios y azotes, de insomnios y ayunos, de tosco vestir y de incómodas habitaciones, que constituye para ciertas gentes todo el programa de la santidad, y que más bien podria calificarse de insensatez y locura.—

Extrañas distracciones suele padecer de vez en cuando la incredulidad, y es una de las más frecuentes la que nos ofrece en el ramillete de dificultades que tomadas de su boca hemos presentado francas y desenvueltas en el párrafo anterior. Dícese allí, en efecto, que está puesto en razon, sufra el hombre varonilmente las tribulaciones que lleva consigo inevitablemente la vida, y las no menos duras á que está sujeto aún con más frecuencia el cristiano en el cumplimiento del deber. Lo que se encuentra absurdo é irracional son las mortificaciones voluntarias y las que *á su antojo* impone la Iglesia sin más plausible objeto que puramente el de mortificar.

¡Quién lo diria! Ya en este primer punto hallamos á la filosofía incrédula en contradiccion clara y manifiesta. Veámoslo.

Se concede que el hombre ha de sufrir mucho en esta vida por los dos conceptos indicados. Lo racional y lógico es, pues, deducir que uno de los principales artes que necesita aprender el hombre, y sobre todo el cristiano, es el arte del sufrimiento. Porque locura es imaginar que el hombre, por buen cristiano que desee ser, se ha de encontrar de súbito, cuando á él se le antoje ó cuando se lo demanden imprevistas circunstancias, valeroso, paciente, sufrido, firme en el resistir, bien sea ante el dolor que con rostro ceñudo quiera intimidarle, bien sea ante el placer que con blando halago intente seducirle. Locura fuera imaginar eso, y locura y cruel-

dad fuera exigirle tales imposibles á la humana naturaleza. De su natural el hombre es flaco, cobarde, amador del bienestar y de la holganza, enemigo de cuanto pueda áun de lejos ocasionarle inquietud ó incomodidades. Hácese, pues, necesario que á estos instintos naturales de flojedad y desidia y conveniencia se sobrepongan en fuerza de una educacion otros más nobles y levantados, y que á tenor de éstos llegue á aficionarse el hombre áun á lo que le priva de sus más caras comodidades, á lo que le hace penosa la vida, á lo que acaba tal vez por arrebatársela. No se improvisan los héroes, ni áun los medianos soldados, sino que se labran á pico y martillo, habituándolos desde temprana edad á fatigas y asperezas, curtiéndoles los miembros al hielo del invierno y obligándoles á soportar los ardores del verano, el hambre y la sed, y á mirar serenamente el peligro y la muerte misma para aprender á despeciarla. Y quien se empeñase en alcanzar temple viril de alma y de cuerpo sin someterse á esos duros aprendizajes voluntarios, hallariase apocado y femenil cuando sonase la hora de las pruebas necesarias y forzosas. Por esto en tiempo de paz se guardan los castillos con iguales reglas de vigilancia que en tiempo de guerra, y se ordenan á los cuerpos de ejército marchas á pié de tantas ó cuantas leguas, y se prescribe al militar que esgrima al aire sus armas y tire al blanco contra fingidos enemigos, todo para que sepa portarse con denuedo cuando tenga que habérselas con los verdaderos. Y todo esto no es ridícula parodia, ni son vanos antojos del jefe, sino sábias prescripciones de la Ordenanza, muy racionales y muy acreditadas por la experiencia de todos los siglos. Su objeto es formar por medio de una educacion *ad hoc* al soldado, y hacerle posible, y después fácil, y luego hasta simpática una vida erizada toda ella de sacrificios y privaciones.

V.

Razones que abonan especialmente la práctica de la mortificacion voluntaria en la vida cristiana ó espiritual.

Traslademos ahora estas reflexiones á nuestra milicia espiritual, que tiene con la otra terrena singulares analogías.

La vida, no del perfecto cristiano, sino áun del simple buen cristiano, trae consigo, hemos dicho, la necesidad de privarse de muchas cosillas que halagan y de poner buen rostro á otras no pocas que amargan de veras. Casi siempre ofrece el deber estos curiosos viceversas con nuestra natural inclinacion, de suerte que es caso rarísimo y casi fenomenal que corran parejas el gusto y la obligacion. Ahora bien. ¿Qué hacemos cuando voluntariamente ó por precepto de la Iglesia nos imponemos una de esas mortificaciones que tanto dan que reir á los incrédulos? Nos ejercitamos sencillamente en hacernos voluntaria contradiccion á nosotros mismos, para hallarnos dispuestos á sufrirla cuando tal contradiccion nos venga impuesta por dura necesidad. Nos habituamos á la privacion de algo lícito, para adquirir la seguridad de que sabrémos privarnos tambien de lo ilícito, cuando se nos ofrezca. Acostumbramos nuestros apetitos y nuestros miembros á doblegarse de buen grado á preceptos que nosotros gustamos de imponerles, para que sepan doblegarse igualmente á los preceptos que mañana tal vez les imponga nuestro soberano Autor. Prevenimos futuras resistencias, cortamos el camino á posibles rebeldías, nos aseguramos sobre nosotros mismos anticipadas victorias. Prohibimos, por ejemplo, á los ojos mirar lo simplemente curioso, para tenerlos más fácilmente á raya cuando quieran precipitarse á mirar lo terminantemente vedado. Refrenamos la lengua en una tan sólo ociosa conversacion, para que no nos cueste tenerla enfrenada cuando quiera soltarse por el verde campo de las lascivias y maledicencias. Privamos del

bocado sabroso aunque inocente al paladar, para que éste aprenda á contenerse sin gran dificultad ante las tentaciones de la vil é inmunda glotoneria. Damos nuestro dinero con generosa largueza, no solamente para hacernos desprendidos, sino para que no nos apolille y consuma como á tantos miserables la miserabilísima avaricia. Y así procuramos, con el auxilio de la divina ley y de la divina gracia, crear y fomentar en nosotros tendencias radicalmente opuestas á las que en nosotros ingirió en mal hora el pecado, esforzando con violencia y con trasudores y hasta con derramamiento de sangre el vuelo hácia arriba, para que no nos hunda y abisme en el cieno la constante gravitacion de la naturaleza corrompida hácia abajo. Y eso es luchar, eso es contrariarse, eso es el *vim pati* del Evangelio, y de eso es una forma gráfica la mortificacion. Corriente abajo por el rio de la vida van los mundanos, y eso cuesta poquísimo, porque en ello no se trata más que de dejarse arrastrar. Corriente arriba, braceando y forcejeando contra las aguas ó pérfidamente mansas ó ruidosamente alborotadas, eso es nadar y remar como bueno, y llegar, más que sea magullado el barco, á feliz orilla.

VI.

Breves aplicaciones y una comparacion.

Digannos ahora los incrédulos: ese temple viril ¿se lo dará al hombre la filosofía muelle y descansada, y amiga sólo de regalos y complacencias que ellos predican? Quien no se haya habituado á soportar sin queja un leve dolorcillo de cabeza, ¿estará pronto á sufrir se la corten á cercén, sin retroceder ante la espada, cuando lo exija el deber de no apostatar? Quien no supo hacerse superior al compromiso ó al respeto humano, ¿sabrá serlo á la fiereza de un edicto de proscripcion? Quien no aprendió á dominar su voluntad en frioleras y veleidades de poca monta, ¿cómo conseguirá te-

nerla sujeta al yugo de Dios cuando, ebria por la pasion, se empeñe en querer saltar las divinas barreras?

Ayunar, vestir con sencillez, dormir con cierta tasa y sin afectado regalo, tener á raya ojos y lengua y oídos y paladar, todo eso que rie y blasfema en su crasa ignorancia de las cosas del espíritu la grosera impiedad, no se hace por vano antojo ni por ridícula manía; no se hace por hacerlo; ni por puro prurito de prescribirlo lo prescribe nuestra santa fe. Se prescribe y se practica como aprendizaje para cosa más alta, es decir, para el logro completo del dominio del hombre sobre sí mismo, meta la más alta á que áun en lo humano debe aspirar la criatura racional.

Apuntarémos aquí una comparacion. No por solo el gusto de levantarlos se levantan los toscos andamios en torno de lo que va á ser suntuoso edificio, sino para que con ayuda de ellos crezca éste, y suba hasta su debida perfeccion y remate. Apliquemos el caso. Por esto no se ayuna en el cielo ni se practica allí otra clase alguna de mortificaciones. El edificio está ya terminado cuando toca allá, y puede ya prescindir de feos andamiajes. Al presente, de todo esto hay harta necesidad, y ¡desdichado quien presuma sin su auxilio levantar un palmo siquiera de tan costosa fábrica!

VII.

Que la mortificacion voluntaria no es desprecio de los dones temporales concedidos por Dios á su criatura.

No menos peregrina es la excusa que buscan contra la mortificacion los que la combaten bajo pretexto de que es injurioso á Dios el que nos privemos de muchas de las cosas con que su bondad ha querido embellecernos la vida.

¿Qué significa en sustancia esta dificultad? ¿Acaso que el hombre está obligado á disfrutar de cuanto halagüeño para sus sentidos ha puesto Dios en el mundo? Pues entonces, este supuesto nos llevaria muy lejos, tan lejos que con él no

quedaria en pié regla alguna de moral ó limitacion alguna de decencia. Nó, no puede sentar en serio esta doctrina ningun hombre racional; por lo menos ha de convenir en que no solamente no es así obligatorio el disfrute de la cosas sensibles, sino que es laudable muchas veces la privacion de ellas, cuando razones de órden superior la impongan ó recomienden. Sólo así se concibe la virtud, y áun el mero órden social no puede subsistir de otra manera. El don más precioso que Dios ha otorgado al hombre entre todos los naturales es el de la vida, y tratando de ésta es un héroe, no un sacrilego, el que en ocasiones dadas sabe hacer por su Dios ó por su patria ó por sus prójimos noble y voluntario sacrificio. ¿Cuánto más no será recomendable que haga el hombre voluntario sacrificio de su querer propio, y de sus comodidades y placeres propios, en aras de su perfeccion y de la mayor elevacion de su espíritu?

No se ofende, pues, á Dios renunciando por El á alguna de sus criaturas, por bellas que sean éstas y por atractivo que ejerzan sobre nuestra sensibilidad. Antes podríamos en cierto modo asegurar, que algunas de estas criaturas las ha puesto precisamente Dios ante nuestros ojos para verse honrado con que le ofrezcamos de ellas espontánea renunciacion. Y tanto más obsequiosa será para El y tanto más meritoria para nosotros esta oblacion nuestra, cuanto más haya costado á nuesta sensibilidad algun sacrificio. Que ciertamente en nada se conoce tanto la fineza del amor y del servicial obsequio, como en los actos que más caros cuestan al amigo ó al leal servidor. Aquel valeroso soldado que para ofrecer á su rey sediento un vaso de agua fresca en el ardor de una batalla, atravesó con peligro de su vida las líneas enemigas, algo más ofreció que un vaso de agua, pues dió á la historia el ejemplo más alto de adhesion y fidelidad á la real persona. Y el rey que juzgó no debia en conciencia apagar su sed á costa de tamaño sacrificio, sino derramar aquella agua ante Dios en honor suyo, correspondió admirablemente á la nobleza del heroico soldado, pues creyó que agua con tan grave riesgo adquirida no podia emplearse mejor que en rendirle con ella culto á la Divinidad. Y el soldado no debió darse por ofendido con la accion del rey, antes con la misma tenerse

por muy honrado y pagado. Hé aquí de qué modo hemos de considerar la privacion de algunas cosas sensibles, de que muy lícitamente podríamos gozar, pero que muy gustosamente renunciamos en obsequio á nuestro Dios. No ha sido inútil la creacion de ellas, ni recibe desaire el Criador y mucho menos deservicio, porque nosotros no las gocemos. Nos han servido ellas para lo que sin duda en su divino designio debian servirnos, esto es, para que más y más le acreditásemos con la privacion de ellas nuestro amor. Sólo puede, pues, decirse en broma aquello de que es ingratitud para con el Criador ese sistemático desprecio de sus más hermosos dones. No puede ser ingratitud para con el Criador preferirle á sus más bellas criaturas, y por su amor y servicio ofrecérselas como en sublime holocausto, bien sea en cumplimiento de un estricto deber, bien sea sencillamente por anhelo de mayor perfeccion y de más amplia libertad de espíritu para mejor servirle.

VIII.

Que no es degradante para el hombre la práctica de esta voluntaria mortificacion.

Aún es, si cabe, más insensato afirmar que sea injuriosa y degradante para el hombre mismo esta virtud cristiana, lo cual, sin embargo, hemos visto presentado como argumento formal en un periódico librepensador.

¡Ya se ve! como para tales filósofos y tales periódicos el hombre no es más que lo que de fuera se ve, es decir, carne, huesos, nervios y algunas otras más ó menos limpias frioleras: como segun ellos no hay en el sér racional más que lo que hay en la bestia, es decir, sentidos, instintos, apetitos, y emociones; es depresivo, es injurioso para esta materia (al fin materia sola) encarnizarse de esta suerte contra ella, aborrecerla, castigarla, maltratarla, atormentarla con mil ingeniosos procedimientos, todo para que no se encabrite, como

potro mal domado, y no dé en revolcarse en ciertos charcos y lodazales segun su corrompida inclinacion. Realmente que tienen razon, muchísima razón desde su falso punto de vista, esos señores positivistas. Pero nosotros, que no tenemos por filosofía séria la suya; nosotros, que creemos que el hombre es algo más que un caballo, ó que por lo menos es un caballo que trae un noble jinete, que es el alma; nosotros, que no podemos resignarnos en modo alguno á no ser más que huesos, nervios, músculos y otras podriduras, sino que juzgamos ser más que eso, es decir, inteligencia, voluntad, libre albedrío; no tenemos, nó, por injurioso ó degradante que vaya montado el susodicho jinete sobre el susodicho caballo, en vez de ser arrastrado ignominiosamente por éste. Juzgamos, además, que el que monta la bestia es quien debe tener en sus manos las riendas de ella y aplicar alguna vez á sus ancas el látigo y á sus hijares la espuela, y portarse en suma con ella como caballero, sin que en eso se pueda ver para ninguno de los dos más que lo que corresponde á su respectiva condicion: al jinete gobernar, y al bruto ser convenientemente gobernado. Lo degradante y deshonroso y vergonzoso para un jinete cualquiera, es que el bruto le gobierne á él y le lleve donde quiera, en vez de guiar él al bruto y conducirle á derecha ó á izquierda, de frente ó hácia atrás segun fuere su voluntad. ¡Vamos, que los filósofos materialistas no sirven en eso ni para medianos maestros de picadero, ó para jockeys de los que están hoy de moda en los hipódromos! ¡Allí se sabe y se enseña mejor que en sus cátedras y academias esta filosofía de la mortificacion!

Porque así debe ser tratado, lectores mios, nuestro cuerpo en sus continuas luchas y competencias con el alma que Dios ha unido á él para que á ella estuviese él en todas las cosas subordinado, como ella al soberano Autor de entrambos. La misma sujecion que debe tener el alma para con Dios, esa debe tener el cuerpo para con el alma, y la paz y dignidad de ambos, sobre esta ley de equilibrio estriba. Y si se alza el alma contra Dios, inmediatamente acude á alzarse el cuerpo contra el alma su natural señora. Y si, viceversa, es floja el alma en tener al cuerpo en debida sujecion, inmediamente siente ella que le falta á sí propia, virtud para man-

tenerse á su vez con Dios en la sujecion debida. Es éste un encadenamiento de dependencias y señorios, que uno á otro se corresponden y sostienen, y que de alterarse ó conmoverse se truecan en verdadero encadenamiento de emancipaciones y rebeldías. Como en las piezas de un reloj no puede desconcertarse una sin que al momento se resienta del desconcierto toda la máquina, así en este conjunto de resortes morales que es el hombre. Y la rueda mayor es en este reloj la mortificacion. O mejor, es éste el péndulo que imprime á la vez el movimiento, y lo contiene y lo regula y lo mide con matemática exactitud. La mortificacion, en efecto, mantiene en su conveniente límite de razon y de prudencia los instintos y las pasiones, los sentimientos y los afectos, y áun á las mismas facultades superiores, imaginacion, voluntad y juicio, traza sus debidos senderos.

IX.

Que nada realza más la humana dignidad que el voluntario ejercicio de la mortificacion cristiana.

¡Extraña ley la de nuestro corporal organismo! Un sistema lato de complacencias y condescendencias le produce insensiblemente postracion, enervamiento, y en último resultado, tras la pérdida del natural vigor, puede llegar á causarle hasta la muerte. En cambio, un bien calculado sistema de penalidades y privaciones lo templa y endurece y vigoriza y preserva de mil funestos accidentes, y le proporciona robusta y prolongada ancianidad. Consultad todos los tratados de medicina, ó simplemente los más vulgares manuales de higiene, ó las enseñanzas de la experiencia. En todos hallaréis que seguirle el antojo al cuerpo es precipitar su ruína: la base fundamental de un saludable tratamiento es siempre la sobriedad, es decir, la privacion. Y lo que conserva la salud y lo que la devuelve después de perdida, es casi siempre lo opuesto á nuestras inclinaciones. Por donde puede en ab-

soluto afirmarse que no son posibles la sanidad y vigor del cuerpo, sin el tónico amargo, pero indispensable, de la mortificacion.

¡Tentados estamos de asegurar que bastarian reglas de higiene análogas para hacer santa al alma, como sano procuramos tener con ellas nuestro cuerpo!

Para encerrar, en efecto, en una sola fórmula casi todas las reglas de espiritual perfeccion, bien pudiéramos contentarnos con aquellas dos sábias palabras, que hasta por la misma pagana filosofía fueron recomendadas: *Sustine, contine:* «Sufre y abstente.» Sufre mucho de lo que te amarga; abstente de mucho de lo que te deleita; hé aquí exactamente el programa de la santidad. Con sólo añadirle, como se supone, el interior motivo sobrenatural, apenas otra cosa necesita para ser programa completo. Sufre y abstente, hé aquí la receta del heroísmo cristiano en todos sus grados, mas ó menos elevados segun sea más ó menos rígida su aplicacion. A quien, en efecto, sepa sufrir y abstenerse por haberlo así aprendido con el hábito constante de la corporal y espiritual mortificacion, ¿qué precepto se le puede hacer duro? ¿qué tentacion, seductora? ¿qué sacrificio, arduo? ¿qué compromiso, superior á sus fuerzas, ayudadas por la gracia de Dios? Habituarse, pues, á sufrir y abstenerse, es adquirir en principio el gérmen de las virtudes todas; mejor dicho, es de un golpe obtenerlas ya casi todas en su cabal desarrollo. La humildad y la castidad, la obediencia y la paciencia, la mansedumbre y la abnegacion, la diligencia y la largueza, formas son únicamente de este solo simplicísimo concepto, múltiple en la apariencia, pero uno en la realidad: saber abstenerse y saber sufrir. Discurrid cuanto querais sobre las mil situaciones en que pueda encontrarse el hombre con relacion al cumplimiento de un deber ó al ejercicio de una virtud; recorred la hermosa galería de la santidad cristiana, con sus millares de tipos, ora de ardientes apóstoles, ora de ensangrentados mártires, ora de austerísimos penitentes, ora de púdicas y delicadísimas doncellas, ora de oscuros y en apariencia vulgares soldados rasos de la vida comun; en ningun acto meritorio de los tales, desde el más ignorado hasta el más enaltecido, hallaréis otra cosa en el fondo que la aplicacion del *sustine* y

abstine evangélicos, es decir, la práctica de la ley de la mortificacion. Apenas cabe preguntar del hombre en orden á su vida moral más que si es ó no es mortificado, para saber si es ó no es perfecto, ó por lo menos regular cristiano. ¿Es nula su mortificacion? Es nula, pues, su práctica religiosidad. ¿Es mediana aquélla? No pasa ésta de ordinaria y medianeja. ¿Es aquélla rara y sobresaliente? Bien puede ser colocado desde luego en la primera fila de los héroes su bienaventurado posesor.

Ejercitarse, de consiguiente, en la mortificacion, bien sea por medio de los actos que sólo de vez en cuando y siempre con tanta mitigacion preceptúa la Iglesia á sus hijos, bien sea por medio de los que á cada uno sugiera su fervor, es, por decirlo así, deletrear en la cartilla de la santidad, para acostumbrarse á leer de corrido, cuando convenga, en las más difíciles páginas de ella. Es ensayar como con andadores los primeros mal seguros pasos en un camino que todos hemos de desear recorrer, no solamente sin tropiezos, sino con soltura y desembarazo y alegre agilidad. Gimnástica del alma podria bien apellidarse eso que á los pobres incrédulos se les antoja pura manía de atormentarse la vida, y de hacérsela enojosa y triste y melancólica *porque sí*. A quien ignorase el fin que se propone en sus saltos y contorsiones y planchas el alumno de gimnástica, pareceríale que tambien todo aquello se hace *porque sí* y no lleva un fin racional, y que es de consiguiente absurdo y ridículo fatigarse en tan rudos ejercicios. No se lo parece empero á quien sabe que la gimnástica robustece los músculos, ensancha el tórax, desembaraza los pulmones, facilita la circulacion, corrige desviaciones y raquitismos, y proporciona otra multitud de beneficios que unánime ha reconocido la modern fisiología.

X.

Como nuestro siglo más que otro alguno necesita esta práctica vigorizadora de la voluntaria mortificacion.

Tal vez si fuéramos á examinar el carácter tan endeble y poco viril que presentan las actuales generaciones cristianas, hallaríamos adecuada, aunque poco honrosa explicacion, en lo que se han aflojado en los corazones todos el antiguo amor y la antigua observancia de las prácticas de mortificacion corporal y espiritual, en otros tiempos tan severas. Casi nadie puede nada, ¡válganos el cielo! y es que casi nadie se atreve á nada que cueste leve incomodidad. En el comer, en el vestir, en el dormir, en el viajar, en el medicarnos, se consideran como indispensables tales refinamientos, que ya casi no concebimos posible la vida sin ellos; de faltarnos hoy repentinamente, estoy por decir quedaría inerte y paralizado todo nuestro movimiento social. Y sin embargo, se vivia sin estas *necesidades* cien años atrás, y se vivia muy bien, lo cual prueba una de dos: ó que no son ellas tales necesidades como se supone, sino superfluidades; ó que muy mucho ha bajado la medida de nuestro vigor, cuando se ve obligado á aceptarlas.

Flojedad y endeblez y femenil apocamiento que no se observan menos en los espíritus que en los cuerpos. Achaque general es hoy dia decidirse por las opiniones más cómodas, rara vez por las más seguras. A la palabra conviccion, que áun en lo errado tiene algo de noble, ha sustituído la palabra transaccion, que áun en lo preciso suena siempre á cobardía. El conflicto, es decir, la lucha, tiénese siempre por lo peor que ocurrir pueda, tal es el general prurito de dejarse resbalar en todo por las pendientes más suaves, á las soluciones que más favorezcan, no á la conciencia y al honor, sino á la apatía y vil sosiego. Frecuentemente se hace profesion de ciertas ideas por el medro ó interés que proporcionan ellas,

no lo negarémos; pero aún más frecuentemente se las abraza por mera pereza intelectual, por no tomarse el trabajo de combatir lo que anda en boga, ó siquiera de erguir un poco la frente contra lo que se muestra preponderante y avasallador. Así privan en todo las medias tintas, como las menos ocasionadas á ponernos en peligrosa ó siquiera molesta evidencia; las más á propósito para ser defendidas ó impugnadas sin tener apenas que cambiar la actitud; las que por indecisas y fluctantes pueden más fácilmente acomodarse con ligerísima y apenas perceptible modificacion á todas las circunstancias. ¡Las circunstancias! ¡Oh, qué palabra acabamos de escribir! Son ellas las que gobiernan el mundo de los más; no el deber, no la conviccion, no la tan cacareada consecuencia. ¡Es tan cómodo, exige tan poco esfuerzo viril eso de plegarse á las circunstancias, ceder á las circunstancias, tener en cuenta las circunstancias! Todo un sistema de filosofía (y áun no sabemos si de teología) se ha llegado á fundar sobre este socorrido comodin, que bastará él solo para dejar fotografiada nuestra época. La época de los hombres, no de razon, no de honor, no de deber, no de austeras convicciones. ¡La época de los hombres... de circunstancias!

¿Quereis de todo en dos solas palabras sencilla explicacion? Es la época de los hombres no mortificados. *Seipsos amantes* los llamó el Apóstol, «amadores de sí mismos,» y por esto ante todo celosos de su personal bienestar; amigos á todo trance de la quietud aunque sea vergonzosa; ineptos para todo lo que sea sufrir contradiccion ó entablarla seriamente. La falsa paz que han procurado tener siempre consigo mismos y con sus cotidianos enemigos de dentro, ha llevado á esos infelices á pasar por todo antes que exponerse á perderla áun con sus más feroces enemigos de fuera. *Seipsos amantes!* Y de consiguiente, ni con valor activo para acometer, ni con valor pasivo para aguantar la acometida: anhelosos tan sólo de un sitio ó condicion donde no molesten ruídos, ni haya necesidad de acometer, ni de resistir acometidas.

¡A tal encogimiento y pusilanimidad y moral anemia ha reducido á no pocos de nuestros hermanos el olvido de esa elevadísima filosofía y terapéutica de la mortificacion!

XI.

Que no es tediosa y aburrida la vida cristianamente mortificada, sino la más feliz y dichosa.

Queremos ahora hablar á nuestros amigos de otro punto que á primera vista les parecerá extraño, y cuya sola enunciacion constituye para muchos una paradoja: tal es la felicidad del hombre mortificado.

Harto se ha dicho y repetido que es melancólica y tediosa la vida de mortificacion, y ciertamente convida á creerlo asi la apariencia exterior de la cosa. Es esto empero uno de los casos (muy frecuentes por fortuna) en que no van conformes la apariencia y la realidad, la superficie y el meollo. Aquélla dura, huesosa, erizada de escabrosidades y asperezas. Este blando, suave, sabroso y regocijado. Veámoslo, sino, examinando el asunto, primero á la luz de la razon cristiana, luego á la luz de la misma experiencia.

Lo que se busca con la mortificacion y lo que con ella se logra es en definitiva el señorío del hombre sobre sí propio. Poco importa hayan sido más ó menos costosos los medios para llegar á este fin: no lo son menos los que necesita poner en práctica el militar para ascender en su carrera, el ambicioso para hacerse con una posicion social, el comerciante para ganarse una fortuna. Y sin embargo, el mundo conceptúa gran dicha llegar á estos resultados, aunque sea por tan escabrosos caminos. Gran dicha será, pues, para el cristiano este señorío espiritual á que aspira, y no puede creer le cueste caro, aunque para lograrlo tenga que someterse á las pruebas y aprendizajes que le señala la fe. Vea lo que exige á los suyos el mundo para el logro de aquellas sus miserables baratijas, y pese y considere cuánto sale él mejor librado que los infelices mundanos en tal comercio y granjería.

Pues, cuán alta cosa sea ese señorío del hombre racional y cristiano sobre sí mismo, y cuán dichoso y bienaventurado

pueda llamarse quien logró su adquisicion, poco necesitarémos discurrir aqui para dejarlo completamente demostrado.

Ser señor el hombre de sí propio y de sus apetitos y deseos, es serlo en consecuencia de todas las cosas sensibles ó insensibles á que esos deseos y apetitos se refieren, como que es hacerse en un momento superior á todo lo que podria tentar su corazon. Refiérese de un filósofo, que pasando por un público bazar, y viendo en él tanta multitud de prendas que acudian á comprar algunos de sus convecinos, como alhajas, galas, muebles, golosinas y otra infinidad de superfluidades, exclamó con acento de satisfaccion: «¡Cuán dichoso soy! ¡De cuántas y cuántas cosas no tengo yo ninguna necesidad!» El cristiano de veras mortificado, puede lanzar de su pecho con mucha mayor verdad exclamacion parecida, y no solamente delante da una tienda ó bazar, sino ante la universalidad de todas las cosas que de Dios abajo pueden presentársele apetecibles. «¡Cuán soberano soy! (puede exclamar á su modo). ¡Nada de cuanto de Dios abajo existe puede hacerme falta, porque nada hay de que no sepa ofrecerle voluntaria renunciacion! ¡Nada de cuanto ha criado Dios puede rendirme, porque nada hay que ayudado por El no me sienta con brios para ponerlo bajo mis piés!»

Lo cual más claramente verémos, si fijamos la atencion en lo que hacen profundamente desdichado al hombre sus no domados apetitos. Querer, por ejemplo, muchas riquezas es el anhelo comun del que no aprendió por la mortificacion á despreciarlas todas. ¡Y cuánto atormenta ese anhelo! ¡Qué congojas por adquirirlas! ¡Qué angustia si no se pueden adquirir! ¡Qué zozobra por conservarlas! ¡Qué duelo si se pierden ó menoscaban! ¿Hay servidumbre comparable á la del hombre que en eso ha puesto exclusivamente su afan? ¿Hay trabajo de miserable forzado que más presto acabe la vida? ¿Veneno que más sordamente la consuma? Y nada dirémos del ambicioso. Trasudores le cuesta su ansia de subir; humillaciones y desprecios su empeño de sobreponerse; de amargor le llenan el pecho las trazas de sus rivales; con mil envidias le afligen los medros de los más afortunados; continuo batallar es el de su alma con tantos y tan importunos enemigos. Ni cuesta menos caro el deleite, ni con menos in-

juria y tormento de sí propio sirve el hombre á este sucio tirano. Ved á sus infelices víctimas: el honor, la salud, la paz doméstica, la conciencia, la vida, el alma, todo hay que sacrificarlo para gozar, y ¡oh trance cruel! para no quedar jamás satisfecho de lo que se ha gozado.

Comparad ahora con eso la paz del que nada desea y nada teme, porque á todo lo agradable está dispuesto á renunciar, y todo lo desagradable está contento de soportarlo. Ved si no puede con justa razon llamarse cielo anticipado la vida de mortificacion, así como anticipado infierno puede apellidarse la del hombre que no supo convenientemente dominar sus antojos y concupiscencias.

XII.

Lecciones diarias de la experiencia sobre este particular.

Pero no atendais ya en eso al mero raciocinio; ved lo que pasa en la práctica, y os convenceréis de que realmente sucede así. La paz y el interior consuelo son del hombre mortificado y de nadie más. A los pobres mundanos, vedlo, una friolerilla de nada les trae revueltos ó inquietos. Mil veces me he hecho esta reflexion, observando el por qué de ciertas extraordinarias pesadumbres que aquejan á las gentes del siglo. Hay llantos en algunas familias por no haberse podido lograr un traje ó una diversion, como si se tratara de la muerte de un marido ó de un hermano. Armanse iras y disensiones entre amigos por un haberse mirado ó dejado de mirar, como si en ello anduviese comprometido todo el honor de un linaje. El divorcio y el suicidio, que son las dos úlceras más hediondas de la sociedad actual, asombra saber las más de las veces por qué causas se cometen, y con qué fútiles pretextos se intenta justificarlos. Espanta entrar en el fondo de no pocas casas sin Dios, y ver cuán mezquinos disgustos las hacen horriblemente desventuradas, en medio de todo lo que humanamente hablando debiera hacerlas completamente di-

chosas. ¡Esclavos! ¡pobres esclavos! ¡miserables esclavos! ¡Esclavos de lo que tienen, de lo que no tienen, de lo que gozan, de lo que no pueden gozar, de lo que ven gozar á los demás! ¡Esclavos con durísima esclavitud, con perpetua cadena; agravada más y más tal servidumbre con la necesidad de aparentar que son felices los amarrados á ella, y de tener que mentirlo con fingidas sonrisas, aunque las más negras inquietudes les devoren el alma!

Esto es lo que hoy dia aumenta hasta desconsoladora cifra la estadística de los hospitales y manicomios. La tisis en la juventud, y las cardialgias y congestiones en la edad madura, os dirá la ciencia médica que son efecto muy principalmente de la fiebre devoradora en que hoy se vive: fiebre de negocios, fiebre de placeres, fiebre de ambicion, fiebre de vanidad, fiebre, en una palabra, de inmortificados apetitos. El torbellino nos agita, el vértigo nos trae mareados y desvanecidos: ¡cuán saludable fuera, para que volviesen los cuerpos y las almas á su natural centro de gravedad y á su debido equilibrio, el lastre y contrapeso de una prudente vida de mortificacion!

El rail que encaja perfectamente en la rueda del wagon, sujeta al tren, obligándole á andar por caminos previamente señalados. No hay que decir si con eso le mortifica. Pruébalo el sordo gruñido con que se queja frecuentemente la fogosa máquina al sentir la aspereza del hierro que la obliga á marchar severamente encarrilada. Empero, permitid salgan un momento siquiera las ruedas de este su forzoso carril, y veréis inmediatamente precipitarse el tren por zanjas y terraplenes, con general estrago y mortandad de los infelices que á él confiaron en mal hora sus intereses y personal seguridad.

Rail imprescindible de la vida humana es la ley de la cristiana mortificacion, y únicamente se es feliz (cuanto en este mundo se puede serlo) andando sobre ella y aprisionándose en sus estrechos ajustes. Andar de esta suerte es andar, no sólo honrada y santamente, sino con verdadera satisfaccion y bienestar y espiritual deleite. Proceder de otro modo es acarrearse tropiezos y sinsabores acá, y al fin el más espantoso desastre.

XIII.

Cristo crucificado enseña la eficacia y virtud de la mortificacion.

Cuanto sobre la mortificacion llevamos dicho en los precedentes capítulos refiérese tan sólo á lo que tiene ésta de medicinal para la naturaleza del hombre, enferma y viciada en sus inclinaciones por el pecado. El segundo aspecto, y no menos práctico, de esta materia, es lo que se refiere al carácter satisfactorio ó expiatorio de aquella misma virtud, punto que no hemos olvidado y que reservamos para la segunda parte.

Hoy, empero, mal pudiéramos suspender nuestras reflexiones sobre este tema, sin llamar la atencion de nuestros lectores sobre lo que constituye su personificacion más expresiva: Cristo crucificado.

Sí, el Crucifijo es el más sublime manual de esa cristiana filosofía que predicamos. Quien ante Jesús clavado de piés y manos no comprenda sin ulteriores explicaciones por qué debe el hombre mortificarse, y cuál es la razon profundísima de inculcarle el Cristianismo en todo y para todo el espíritu de mortificacion; quien eso no lea en los miembros rotos y ensangrentados de nuestro divino Salvador, ¿qué otra razon hallará que le haga luz en su cerrada inteligencia ó mella en su empedernido corazon?

En Cristo vemos, en efecto, impresa con más visibles caracteres que en otra parte alguna la huella horrible del pecado, con la circunstancia agravante de que es huella de pecado que Él no cometió. Diríase que la celestial aunque áspera medicina, que á nosotros ha de precavernos primero de la corrupcion y curarnos después la gangrena de ella, ha querido el Padre eterno la viésemos antes como ensayada y puesta en dolorosísima experiencia en la carne y alma de su inocentísimo Hijo. Dándonos con el ejemplo de Éste dos enseñanzas las más conducentes para resolvernos á abrazar y practicar en nosotros mismos análogo procedimiento.

Primera enseñanza: la de la eficacia de esta soberana medicacion. Recetósela y bebióla á grandes sorbos Cristo sin necesitarla, para que aprendiésemos á conocer cuánto servirá á cada cual para curar sus achaques propios y personales esta medicina, que en la persona de Jesucristo inició la salud de todo el género humano. La Cruz fué el reconstituyente de la humanidad desahuciada, la Cruz es y será siempre el reconstituyente del hombre criminal. Con lo que salvó al mundo el divino Restaurador, quiere se labre después cada uno de nosotros, por sus divinos méritos, su individual salvacion. Atarse, mejor dicho, clavarse á esa Cruz, como el divino Maestro se dejó clavar en ella, no es sino ser fiel á su ley, sumiso á su providencia, paciente en las tribulaciones, abnegado para seguir sus consejos, ardiente para no desfallecer en las luchas, rendido, en una palabra, para no tener otro querer ó no querer que su santa y divina voluntad. Es, pues, ser perfecto cristiano vivir y morir física ó moralmente crucificado con Cristo y como Cristo; y quien á eso tira no necesita otra direccion, y quien eso logre, no ha de anhelar por perfeccion más subida. Es síntesis, pues, de cuanto pueda enseñarse y predicarse la santa Cruz; y muy bien ha dicho á este propósito *La Imitacion: Ecce in Cruce totum constat:* «Todo está como cifrado y compendiado en la santa Cruz.» Y más abajo en el mismo admirable capítulo: *Scias pro certo quia morientem te oportet ducere vitam:* «Ten por cierto que has de vivir como si de continuo murieses,» que es precisamente el sentido etimológico de la palabra mortificacion que en nuestro primer capítulo señalábamos. Que bien podria llamarse la vida mortificada un vivir muriendo á cuanto quiere Dios sea sacrificado ó muerto en nosotros, en aras de su amor y servicio. Por donde, si «convino que padeciese Cristo y así entrase en su gloria,» ¿cuánto más no ha de ser conducente y eficaz que algo padezcamos nosotros para entrar, no en la gloria nuestra, sino en la gloria de Él? Medite esto, unos instantes siquiera, el cristiano inmortificado y regalon, al pié de la Cruz de su atormentado y despedazado Maestro, y vea lo que le dicen ante ese espectáculo el propio buen sentido y la propia vergüenza, si alguna le queda.

XIV.

Cristo crucificado, aliento y estímulo é interior fortaleza de los cristianos mortificados.

Segunda enseñanza: la de que no es imposible, como pretende el mundo, esta austera medicacion cristiana. Cristo lo ha demostrado en su carne y alma propias, carne y alma humanas como las nuestras, aunque unidas á la Divinidad; carne y alma de la que sustrajo ésta, durante aquellos horribles momentos de prueba, su principal auxilio, dejándolas abandonadas al rigor de tan ruda experiencia. Sufrió el Hombre-Dios, pero no quiso ayudarse para esto con los superiores alientos de su naturaleza divina: al revés, entregó como desamparada su naturaleza humana á merced de los fieros enemigos, con los cuales, en frase de San Leon Magno, salió á luchar, no pertrechado con el poderío de su excelsa majestad, sino abatido y humillado con la miseria de la debilidad y pasibilidad nuestras, para que así apareciese más leal el combate y con más equidad alcanzada la victoria. Atienda, pues, el cristiano á quien parezca arduo en demasía el camino que le predicamos aquí, atienda á las voces que salen de esa Cruz, y que le alientan con singular y nunca oída elocuencia á no cejar en el glorioso empeño. «Carne como la tuya es mi carne (le dice el Señor), alma como la tuya es mi alma. No probarán, pues, tu carne y tu alma afliccion alguna de que antes no se haya hecho la prueba en Mí. Pueden costarte el el ejercicio de la virtud y la lucha con el pecado ignominias, desprecios, trasudores y agonías de muerte, hambre, sed, dolores, derramamiento de sangre. Pues mírame á Mí, que todo eso y en grado sumo arrostré por tí. Mírame bajo el látigo del sayon; ante el vilipendio de un pueblo ingrato; pendiente de un palo y abrevado con hiel; vendido por un amigo; negado por otro, y abandonado por casi todos; agobiado de tedio y pavor y desconsuelo; sumido al fin mi Corazon,

como en mar sin orillas, en los horrores infinitos del interior desamparo!!! ¿Qué más puede pedírseme? ¿Y qué no tengo derecho en adelante á pedir Yo?»

Y efectivamente, han respondido y responden cada dia al divino llamamiento de la Cruz mil y mil almas enamoradas de la sublime belleza del dolor y del sacrificio, y gozánse en sufrir, aunque parezca absurda la frase, mucho más de lo que en el placer se gozan los infelices mundanos. Nó, no se ha predicado en balde el mudo sermon del Calvario, ¡loado sea Dios! Sus caminos más escabrosos se han hecho fáciles y llanos al hombre flaco y pecador, después que los anduvo y los marcó con su planta ensangrentada el animoso caudillo. Desde entonces renegar de la mortificacion ha sido ¿cómo nó? renegar de la Cruz misma y del divino Crucificado. Y entiéndanlo bien las almas todavía flojas y vacilantes. Cuando se dice que en el juicio postrero se levantará como bandera de él la santa Cruz, tal vez se quiere declarar principalmente que á tenor de la ley de la mortificacion, que las incluye todas, habrán principalmente de ser juzgados y fallados los hombres, para que no sea á la postre salvado con Cristo más que aquel que con Cristo hubiere sido acá en la vida crucificado. Es decir mortificado.

¡Seamos, oh Señor, de los que en tal dia lograrán parecer en vuestra presencia con ese decisivo sello de predestinacion!

SEGUNDA PARTE.

I.

Nuevo aspecto de esta materia, distinto del de la serie anterior.

Hemos estudiado hasta aquí la mortificacion cristiana bajo su aspecto de remedio, ó mejor, de preservativo contra nuestras más comunes miserias morales, é hicimos notar cómo es ella una cierta educacion ó aprendizaje del alma, que la acostumbra asi al freno, á la privacion, al sufrimiento, áun en lo que no lleva de eso absoluta necesidad, para tenerla dispuesta á arrostrar todos esos sacrificios cuando absolutamente la hubiere, para el cumplimiento estricto de la divina ley y sujecion á ella de nuestras aviesas pasiones. Y les dijimos, por via de semejanza, que en vano se hallaria valeroso, sufrido y fogueado en tiempo de guerra el militar, si ya en tiempo de paz no se habia acostumbrado á oler la pólvora, y á oir sin pestañear el silbido de las balas, y á poner rostro firme á los peligros, y á endurecerse con todas las fatigas de su ardua profesion. Señalando á la vez, como hecho de experiencia, lo muy regocijada que es esta vida de austeridad cristiana para el que de corazon supo darse á ella, y adquirir por medio de ella el espiritual señorío sobre si mismo y sobre sus inferiores apetitos.

Tócanos ahora, como segunda parte del propio asunto de la mortificacion, considerarla no como preservativo y medicina de los culpables desahogos á que puede llevarnos la naturaleza viciada, sino como debida expiacion y castigo de ellos, cuando en los mismos nos hubiéremos ya dejado caer por nuestra desdicha. Por la mortificacion en el primer sentido previénese el hombre para no ser criminal ó siquiera para no llegar á serlo en tanto grado como pudiera: por la

mortificacion en este segundo sentido castígase y afligese el hombre criminal por haberlo sido, y para ahorrarse en la futura eternidad más tremenda justicia. De suerte que la mortificacion en el primer caso aflige al relativamente no culpado para hacer menos fácil la culpa posible; en el segundo, aflige al culpado para rebajar y hasta para lograr le sea absolutamente condonada la pena merecida.

Penitencia se llama en el riguroso tecnicismo ascético este segundo concepto de la mortificacion, derivándose tal palabra del verbo *pœnitere*, que significa arrepentirse, como que este significado de arrepentimiento es su concepto más íntimo y esencial. Penitenciarse podria decirse el mortificarse de este modo; penitenciarse, esto es, imponerse á sí propio penalidad ó penitencia, como señal efectiva de que le duele al pecador haberlo sido, y de que anhela, por medio de esta penalidad espontánea á que se somete á sí propio, redimirse de la otra penalidad ó parte de ella á que sabe ha de venir un dia sometido, por fallo de más alto juez y por mano de peor verdugo. Penitenciarse, ó sea, ofrecer en prenda y señal de que el arrepentimiento es verdadero, la prueba más eficaz que darse pueda, esto es, el propio cuerpo del delito, el cómplice más directo de él y casi siempre su propio autor, que otra cosa no son respectivamente nuestra carne, nuestros sentidos y áun nuestras mismas superiores facultades.

II.

Cuán profunda filosofía entraña lo que vulgarmente se llama en el Catolicismo «hacer penitencia.» Primer fundamento en que estriba esta doctrina.

Se comprenderá fácilmente por estas meras apuntaciones, cuán honda y trascendental filosofía se esconde tambien bajo la palabra mortificacion, considerada en este segundo sentido. Vulgarísimo es en el lenguaje cristiano hablar de penitencia y de penitentes, y por ser tan vulgar el uso de la palabra,

como son vulgares, gracias á Dios, en el pueblo fiel las nociones más sublimes de la moral cristiana, estima la vocinglera impiedad que es necia vulgaridad tan sólo, lo que con esto se significa. Que se entraña en eso la más elevada filosofía del hombre en órden á su estado presente y á su eternidad futura; que son fundamentales estas nociones en la vida espiritual, no solamente en la más perfecta á que aspiran los menos, sino áun en las simplemente cristianas á que venimos obligados todos; que no es aterrador el ejercicio de esta virtud, como ponderan los incrédulos, sino suave y hacedero como dictado y prescrito por ley amorosa y benévola para con el hombre, mucho más aún que rígida y justiciera; que por tanto podemos todos hacer penitencia y ser penitentes, y que todos sin exepcion debemos serlo. Aquí como siempre pondrémos la puntería, más que en otro blanco alguno, en el gran enemigo de hoy, el Naturalismo. Es éste la más diametral antítesis de la penitencia. Que por esto anda tan decaída en nuestros dias la práctica de esta virtud, porque lo traen inficionado todo, áun el juicio y la conciencia de muchos católicos, las corrientes naturalistas.

Hemos pecado; lo que significa, cristianamente hablando, que áun cuando á los ojos del mundo y en órden á nuestros prójimos parezcamos honrados, no lo somos en verdad, sino delincuentes y criminales. «Aquello que eres delante de Dios, aquello eres y nada más,» dice el profundo Kempis. Somos, de consiguiente, delincuentes y criminales, aunque mucho nos sonrojen estos calificativos, que el mundo emplea únicamente contra los perpetradores de delitos castigados por su código terrenal. Somos, pecando, delincuentes y criminales, tanto por lo menos como el hijo que hiere á su padre, como el vasallo que insulta á su rey, como el ladron que roba el dinero á su dueño. «Tanto por lo menos,» hemos dicho, y ahora hemos de corregirnos, porque habíamos de decir «mucho más.» Y otra vez hemos de rectificarnos, porque debimos escribir «infinitamente más.» Somos como pecadores tanto más criminales, cuanto es más alta la autoridad de Dios que la de las leyes del mundo; cuanto son más sagrados é inviolables que los derechos del hombre los de nuestro supremo Hacedor y Redentor. Y conviene hacer especial hinca-

pié en este fundamental concepto del pecado, porque ahí es la primera traicion que el Naturalismo hace á la verdad. Parece al comun de las gentes que una cosa es ser sencillamente pecador contra la ley divina, y otra muy más grave ser reo de delitos comunes contra la ley humana. No hay tal. El pecado grave hace en realidad al hombre, reo delante de Dios de mayor delito que el que puede afearle jamás ante la sociedad, y reo de mayor pena que todas las que pueda ella imponer. Viéndolo así, se ve el pecado bajo su aspecto verdaderamente real y exacto, porque se ve bajo el punto de vista verdaderamente cristiano.

III.

Segundo principio en que se funda la doctrina católica sobre el deber de la penitencia.

Sentado este principio fundamental, hemos de sentar otro que no lo es menos, ni de menor trascendencia. Es el siguiente. Para el hombre criminal contra Dios, no hay otro medio de rehabilitacion y de reconciliacion que el arrepentimiento. Es otra verdad de fe, que tambien desfigura el Naturalismo. No basta á un cristiano pecador dejar de cometer el pecado para dejar de ser pecador. Es preciso algo más que la cesacion de la culpa; es indispensable (áun en el sacramento de la Confesion) el aborrecimiento eficaz y firme de ella en lo pasado, y el propósito eficaz y firme de no volver á ella en lo porvenir. Todo esto lo expresa el Catolicismo con la palabra «arrepentimiento.» Palabra que significa y entraña varios conceptos, aunque siempre análogos, no obstante en algo diversos. Porque expresa dolor ó pena (*saber greu*, en catalan) de la culpa cometida; odio á ella y á sus causas y ocasiones; retorno amoroso á Dios de quien ella nos apartó; deseo de expiarla y satisfacer por ella en cuanto nos sea posible, dada la escasez de nuestros medios de reparacion.

Todo eso es arrepentirse, y áun en lo humano no sabemos

concebirlo ni lo estimamos valedero de otra manera. De suerte que si una de esas condiciones falta al acto de satisfaccion con que se propone reconciliarse con nosotros uno que nos ofendió, creémoslo comedia y nada más, y áun quizá lo consideramos nuevo y mayor ultraje. Quien ha injuriado no puede contentarse, para volver á ser amigo, con el mero hecho de no cometer nueva injuria, sino que, en cuanto á él quepa, debe deshacer aquella primera con que agravió. Si aquélla no se repara, esto es, no se deshace, queda en pié; y mientras en pié queda, imposibilita la avenencia. Y para deshacerla, lo primero que se necesita es odiarla, pues no se concibe juntamente querer deshacerla y seguir amándola. Y para de veras odiarla tampoco basta un odio teórico ó puramente verbal; es preciso que este odio sea práctico, que lo sienta el corazon, y lo dé como acto suyo el entendimiento, y lo esfuerce con eficacia la voluntad, y lo secunde y acompañe la obra. Requisitos todos para que el acto sea verdaderamente serio, con más el interior motivo sobrenatural para que resulte verdaderamente cristiano. Y aún con esto no queda dicho todo. Es necesario además que el tal odio á la injuria que se quiere deshacer, se extienda, como arriba hemos dicho, á las causas y cómplices é instrumentos de la misma.

Y aquí estamos ya de lleno en lo de la mortificacion como penitencia ó expiacion de nuestros pecados. Mortificacion que, bajo este aspecto, es ante todo el aborrecimiento de la culpa aplicado y extendido á todo lo que fué causa y ocasion y consecuencia de ella, y á todo lo que á ella pudiera volvernos á inducir. Y es, además, el deseo de castigarla y redimirla y repararla en este mundo, para que así castigada y reparada y redimida en este mundo, no la haya de castigar en el otro, al menos con tanto rigor, el supremo Juez.

IV.

De la penitencia en cuanto significa castigo de la culpa cometida.

Al odio al pecado debe acompañar igual sentimiento en órden á todas las causas, ocasiones é instrumentos de éste, si ha de ser aquél verdadero, práctico y de positivos resultados. Hé aquí formulado el concepto esencial de la penitencia cristiana, en cuanto significa castigo de la culpa cometida.

Nadie hay que así no lo comprenda. Si un libro ha sido la causa de nuestra perversion, encontramos muy natural indignarnos contra él, y rasgarlo airados y entregarlo á las llamas. Si el traer un arma nos fué ocasion de herir con ella en un momento de cólera, hallamos muy justo hacer pedazos ó arrojar muy lejos de nuestra vista el instrumento que en mal hora nos sirvió para el delito. Aun el mero instinto de la niñez golpea y apostrofa á los objetos insensibles de los que recibió algun daño; de tal suerte está encarnado en nosotros el aborrecer, juntamente con el mal, aquello que nos lo trajo ó que nos indujo á cometerlo.

Ahora bien, de éstas que no son razones sino meras analogías, podemos servirnos para apreciar lo muy racional y lógico que es el aborrecimiento cristiano que á sí propio ha de tenerse el pecador, cuando con el auxilio de la divina gracia ha empezado á conocer y á aborrecer de veras y con toda formalidad su pecado. No solamente sus dijes y joyas la mujer deshonesta ó simplemente vanidosa; no solamente sus tesoros y usuras el avaro; no solamente sus medios de seduccion el libertino; no solamente sus armas de venganza el iracundo: sino que juntamente debe aborrecer cada uno de éstos, cuando desea sériamente abandonar su mal vivir, el propio genio que tal vez le fué orígen de su extravío, sus propios sentidos que le sirvieron como otros tantos cómplices de él, sus prendas y cualidades físicas con que cebó la propia y ajena lujuria, en menos palabras, todo su *cuerpo de*

pecado, que ha sido el principal y más poderoso incentivo de él. Y lógico y natural es que viendo en éste el principio de su ruina y quizá de la de los demás, empiece por atarle corto en sus libertades, le trate con dureza para que no se propase más á lo que no debe, y le mire como enemigo y le castigue con rigor, tomando venganza en él de los tropiezos en que por su causa hubo de peligrar su salvacion. No ve que sea consecuente mimar y acariciar las inclinaciones que le apartan de Dios y le empujan con traidora seduccion á las obras que El prohibe; lo consecuente halla que es vivir en guerra con ellas, desde que ha experimentado á qué malos pasos conducen sus asechanzas. Y en la guerra es lo usual y regular ofender cuanto se pueda al enemigo, y hostilizarle y con incansable resistencia tenerle por lo menos á raya, si ya no se mira posible destruirle enteramente. Mortificar la carne es, pues, enfrenar en ella el apetito que quiere imponérsenos y embrutecernos á su imágen y semejanza: es además hacerle sentir el peso de nuestra indignacion cristiana por los actos infames á que nos arrastró.

V.

Aclárase con algunos ejemplos la precedente materia.

Y ¿qué mejor prueba puede ofrecerse á Dios de que aborrecemos la ofensa que le hicimos, que la de quebrar ante su divina presencia los ídolos ó falsos dioses en cuyo obsequio cometimos felonía á Su Divina Majestad? Si por amor al regalo caí en la tibieza y olvido de mis deberes, de ningun modo puedo más racionalmente protestar mi fervor que privándome en adelante hasta del lícito regalo. Si fué el dinero el falso dios á quien serví, de ningun modo mejor me puedo declarar arrepentido, que renunciando en lo que pueda á ese mismo dinero para darlo á los pobres ó dedicarlo al divino servicio. Y si fueron el fausto y el lujo y el aplauso mundanos los que me desvanecieron y atontaron y dieron

con mi cabeza mareada en los abismos de la presuncion y del orgullo, nada más propio para acreditar enmienda que anhelar en adelante la humillacion y el desprecio, ó buscar por lo menos el olvido y la recogida soledad.

Véase, pues, cuán razonable es la fe que nos aconseja y en ocasiones nos manda, como prenda de arrepentimiento, el castigo de nuestras pasiones, y lo que duele á ellas y lo que las amarga y trae afligidas y apesadumbradas. No muestra arrepentirse de veras quien no aborrece de veras aquello de que se arrepiente; ni aborrece de veras el que no trata como aborrecibles, sino como amables, las cosas que dice aborrecer. Y el odio al pecado se identifica siempre con el odio á las causas y ocasiones de él, y apenas puede sentirse y ponerse en práctica de otra manera. Como el amor no se concibe sino tratando amorosamente lo que amamos, así no se concibe el odio sino mirando y tratando como odiosas las cosas á que lo tenemos. Detestar los frutos de nuestras malas pasiones no es prácticamente posible sin castigar y afligir esas mismas pasiones cuyo desórden nos es tan funesto. En el órden puramente abstracto é ideal podria tal vez caber distincion entre lo uno y lo otro: en el órden práctico nó.

Si alguna vez hubieses caido, amigo lector, en el feo delito de fabricar moneda falsa, no te considerará nadie arrepentido de él mientras conserves en tu poder cariñosamente guardados la pasta, cuños y demás que te sirvieron para tu criminal industria. Lo creerá si te ve romper con resolucion y brio esas mismas piezas. El enemigo que se rinde, la primera muestra que da de rendirse es romper su espada ó entregarla al vencedor. Ni se le considerará rendido y por tanto acreedor á misericordia, mientras se vea que la conserva amenazadora al aire ú orgullosamente ceñida con alardes de satisfaccion.

Así parece ser el arrepentimiento de muchos cristianos que dicen aborrecer la ofensa de Dios, sin que se les note aborrecimiento alguno, ni siquiera repugnancia ó desden, para lo que les fué incentivo y medio de tales ofensas.

VI.

De la penitencia como expiacion ó satisfaccion.

El aspecto más principal de la mortificacion considerada como penitencia, es el de expiacion ó satisfaccion por la culpa cometida, y éste es el que vamos á exponer somera y brevemente.

Se satisface por un pecado, deshaciéndolo en cuanto sea posible. Y ya que algunas veces no sea posible deshacer *materialmente* la mala obra hecha, como se deshace, por ejemplo, un hurto mediante la restitucion de lo hurtado, puede al menos deshacerse *moralmente*, esto es, oponiendo á aquella obra mala que se hizo, otra su contraria y de opuestos efectos. Esto es llano, trivial, y hasta de mero buen sentido humano. Ahora bien. El pecado lo buscamos siempre en el concepto de goce ó deleite vedados, goce ó deleite vedados á los que sacrificamos la ley y la honra de Dios. Para deshacer, pues, estos actos, ó lo que es lo mismo, para satisfacer por ellos, nada más racional y lógico que imponernos en obsequio á Dios una privación de goce ó deleite lícitos, ya que hemos pecado por preferir á Dios un goce ó deleite vedados por su santa ley. Es una suerte de reposicion de las cosas del alma en el estado que tenian antes de la ofensa que cometimos y de que ahora nos dolemos. Es exactamente una restitucion de honra en ese hurto de ella, restitucion análoga á la que se hace de dinero cuando éste fué la materia ó cuerpo del delito.

Por esto la penalidad ha sido considerada en todos tiempos y en todos los cultos como el principal medio de reparacion ó satisfaccion de la culpa. Es esta una de las ideas universales del género humano, procedente del depósito tradicional de la primitiva revelacion, y que de ella pasó á todas las razas áun en medio del naufragio general de las demás creencias. Siempre se ha creido que *afligiéndose* el hombre pagaba

muy racionalmente á Dios el agravio que le hizo *deleitándose*. Estas dos ideas contrapuestas son fundamentales, y las comprende y practica lo mismo el judío que el gentil, el católico que el mahometano, el bonzo ó el brachman que el canadiense ó el iroqués. Creyendo asimismo todos, que á quien acá no compense voluntariamente de esta manera los excesos cometidos, se los hará compensar forzadamente la divina justicia en la otra vida por medios análogos aunque infinitamente más rigurosos. Y que por tanto castigarse y afligirse ahora por los pecados es redimirse en todo ó en parte los castigos que nos esperan después por los mismos. Tambien esta idea es fundamental, y otra de las que por su universalidad se han llamado «dogmas del género humano.»

La Religion católica, única verdadera, posee de esto la verdad completa, no tan sólo restos ó girones de ella como los falsos cultos. Tiene, pues, sobre la satisfaccion que se debe y se presta por el pecador, ideas muy precisas y exactas; y son las siguientes: El pecado mortal merece pena eterna, que se perdona usualmente mediante la absolucion sacramental, quedándole entonces al pecador un remanente de pena temporal, que merece igualmente por sus culpas veniales. Por ambos conceptos debe á Dios una satisfaccion penal, satisfaccion penal que puede hacer efectiva en vida por medio de las obras que se llaman satisfactorias, so pena de que Dios se la haga efectiva después de ella por medio del purgatorio. Las indulgencias son, como expresa la palabra, indultos totales ó parciales que la Iglesia otorga de esas penas, aplicando el pecador en compensacion de ellas los méritos sobreabundantes de Cristo nuestro Señor, de María Santísima y de los Santos, á cambio de ciertas obras buenas que recomienda ó prescribe al que desea ser indultado. Resultando de esto que ninguna falta grave ó leve ó levísima queda sin su expiacion proporcionada ante la justicia de Dios, ó por medio de los suplicios del infierno en el pecador contumaz, ó por medio del purgatorio ó de los mortificaciones voluntarias ó del indulto de la Iglesia en el pecador arrepentido. En este segundo caso, apoyada siempre esta reparacion ó penitencia del hombre en los méritos del gran Reparador Jesucristo nuestro divino Redentor, por cuyas satisfacciones infinitas

tienen algun valor y precio las nuestras, que por sí solas resultarian siempre desproporcionadas. Bien que tampoco quiere Dios nos sirvan por si solas las de su Unigénito Hijo, pues ya que en la culpa tuvo parte nuestra propia voluntad, quiere la tenga igualmente en la reparacion, haciendo nuestra la de dicho su Hijo por medio de lo que puede contribuir á ella, mediante su gracia, el esfuerzo individual de cada uno de nosotros para si, y el auxilio mutuo de cada uno de nosotros para con su hermano.

¡Oh, qué bella, qué sublime, qué consoladora es esta doctrina, sobre ser tan profundamente verdadera! ¡Cuánto ennoblece ante nuestros ojos la idea de Dios, cuya infinita justicia no se contenta ni se satisface sin que los derechos eternos de ella queden perfectamente compensados y equilibrados! ¡Cuánto eleva la condicion del hombre vil, haciéndole rehabilitable y redimible por su propio esfuerzo, ayudado de la gracia divina y estribando siempre sobre Cristo, que le pone en condiciones aptas para que no deba quedar, si quiere, eternamente insolvente! ¡Cuán grande no aparece la misericordia de Cristo, que para dar valor á esa reparacion, que debia y no podia prestar el hombre pecador, no duda hacerse hombre y vestirse de pecador para emprender de este modo la única satisfaccion digna de Dios, la de un Hombre-Dios! ¡Y qué horizontes tan vastos no abre al ascetismo cristiano esta doctrina, segun la cual no hay gemido del corazon, no hay quejido en la enfermedad, no hay insignificante sacrificio de limosna ó de consuelo al pobre, no hay obra alguna de celo ó de desprendimiento, que no puedan convertírsenos en precio y redencion de nuestros pecados!

Que es cierto que con todo lo dicho podemos hacer continua y fructuosísima penitencia, como procurarémos exponer en el próximo capítulo.

VII.

Del falso é injustificado terror con que miran muchos la virtud de la penitencia.

La palabra *penitencia* amedrenta y aterra á no pocos cristianos. Y juzgamos que por esto solo se creen muchos dispensados de pensar sériamente en practicarla. Sin ulterior investigacion, empiezan ya desde el primer momento por creer imposible tal inhumano ejercicio, con lo cual no hay que decir que es el diablo quien lleva *à priori* ganada la partida.

Dos causas son las más usuales de este fantástico terror con que miran muchos católicos, no solamente la penitencia, sino áun el mero vocablo con que se nombra. Primera, la refinada molicie y femenil sensualismo de nuestro siglo, que de nada anda tan enamorado como de la comodidad material, verdadero rebajamiento físico y moral de la generacion presente, que en eso solo demuestra á las claras su vergonzosa inferioridad con respecto á las antiguas generaciones, más cristianas y por consecuencia más sufridas y más viriles. Segunda, el falso concepto que forman muchísimos cristianos de la práctica de esta virtud.

Detengámonos un momento en estudiar esta última, ya que de la otra tratamos en la primera parte con mayor amplitud.

Se tiene, en efecto, por algunos idea equivocadísima de la vida de penitencia. Acostumbrados á admirar en los libros los raros ejemplos de ella que nos dejaron los Santos, creen no pocos, ó aparentan creer, que sólo se puede ser penitente de aquella extraordinaria manera. Así que al oir mentar la palabra *penitencia,* acuden inmediatamente á su imaginacion, entre asombros y espeluznos, los acerados cilicios, la sangrienta disciplina, los lechos de tablas y las almohadas de piedra, los ayunos á pan y agua, las continuas vigilias en oracion, el apartamiento del trato social en hórridas soledades,

el áspero sayal, etc. En eso solo parecen hacer consistir la penitencia. De donde, creyendo (tal vez con razon) que no son llamados ellos á eso tan extraordinario, ó que no tienen fuerzas para tanto, concluyen con muy cómoda aunque nada lógica consecuencia, que no están obligados á género alguno de mortificacion. Absurda manera de discurrir, porque se funda en un falso supuesto. Lo mismo fuera deducir que el hombre del siglo no está obligado á rezar, porque no puede practicar los prolijos rezos y salmodías del benedictino ó del cartujo; ó que el fiel medianamente acomodado no debe dar limosna, porque no puede darla con la profusion y abundancia con que puede y debe el millonario. La penitencia *extraordinaria*, con llamarse así dice ya que no es para todos, sino para algunos. Dios escoge de sus más fieles servidores los que han de seguir esta ardua carrera, en que deben darle á El especial gloria, y al mundo regalon más poderosos ejemplos. Mas no á todos llama á tan altas cumbres, ni sin ser llamado puede cualquiera emprenderlas por sólo su antojo ó voluntad. A lo ordinario, sí, llama á todos, y de lo ordinario á nadie exceptúa, por más que miserablemente se excusen de ello los muelles y perezosos, bajo el ruin y mentiroso pretexto de que no les es posible aquella otra más elevada perfeccion.

VIII.

Que todos debemos hacer penitencia, y que tenemos todos muchísimo de qué y con qué hacerla.

Todos, pues, debemos hacer penitencia, y éste es un axioma, amigo lector, que no debes perder jamás de vista. La penitencia no solamente es para los más grandes Santos y para los más afamados criminales, como has creído quizá; sino áun para los que no son lo uno ni lo otro, como por ejemplo, tú y yo. Todos debemos hacer penitencia, repito; puesto que tenemos todos muy mucho *de qué* hacerla y muy mucho

con qué hacerla. Repara bien lo que acabo de decir: Muy mucho *de qué*, y muy mucho *con qué*.

Muy mucho de qué hacerla, en primer lugar. Sin alardes de afectada humildad hemos de reconocer y confesar que nuestra vida es vida pecadora. Pecamos en lo que hacemos, no debiéndolo hacer; en lo que no hacemos, viniendo obligados á hacerlo; en lo que hacemos mal, debiéndolo hacer bien; y tal vez en lo que hacemos poco bien, debiéndolo hacer mucho mejor. A tenor de estos cuatro capítulos y de lo que ellos arrojan se examinará á toda alma en el divino tribunal, y no habrá alma que después de eso resulte inocente. Por eso temblaron hasta los más grandes justos ante la perspectiva del divino juicio. Hay deudas, pues, que satisfacer á la eterna justicia por los dichos cuatro conceptos, áun después de perdonadas las culpas respectivas por medio de la perfecta contricion ó de la absolucion sacramental. Mayor ó menor grado de laxitud y descuido en la vida, dará mayor ó menor suma de estas deudas: ¿cuáles serán las tuyas, amigo mio, que tal vez la traes tan laxa y descuidada?

Buenos, honrados, ¡oh, sí! todo eso nos llamamos y nos creemos, hasta con cierta sinceridad, sobre todo cuando nos comparamos con los peores. Mas, ¿es justo proceder únicamente por esta comparacion? ¿Será éste el criterio con que se nos sumariará en el divino tribunal? ¿Se contentará allí el inflexible Juez con sola esa bondad proporcional y relativa? Es idea que me horripila pensar qué aspecto presentarán á la luz de la eternidad la mayor parte de las bondades y honradeces que hoy acá respetamos y áun tal vez admiramos, inclusas las nuestras por tantos títulos averiadas y defectuosas. ¿Quién puede presumir sacará nota de *bueno* en ese escrupuloso exámen, áun cuando no se juzgue ahora acreedor, ¡que mucho juzgar es! á la de terminantemente *reprobado?*

Eso por lo que toca á si tenemos ó no todos *de qué* hacer penitencia. No falta, por desgracia; y aquel á quien parezca faltarle es probable tenga de ello mayor materia y más estrecha necesidad que otro alguno. ¿Tenemos igualmente *con qué* hacer esta penitencia? Más claro: como tenemos necesidad de penitencia, ¿tenemos asimismo medios aptos para hacerla? Tenemoslos, sí, y de sobra, y á todas horas y en todos

sitios, hasta el punto de que la penitencia, que se presenta para muchos como la virtud más difícil, es la más práctica y fácil y hacedera.

IX.

Que es facilísima virtud la de la penitencia, pues todos tenemos para ello sobrados medios: ejemplos al canto.

¿Con qué cosas podemos hacer penitencia de nuestros pecados? Hé aquí la pregunta á que nos hemos propuesto contestar en el presente artículo, pues la dejamos pendiente en el anterior. Aunque tal vez podríamos formularla mejor del modo siguiente: ¿Qué cosa hay en este mundo en que no podamos hallar, si queremos, ocasion de penitencia? Ya que de tal suerte nos salen al paso á cada instante medios mil de ejercitarnos en esta indispensable virtud, que casi sólo puede no llevar vida penitente aquel que expresamente y con deliberada resolucion se haya propuesto no llevarla. Veámoslo para nuestra vergüenza y confusion, y ¡ojalá tambien para nuestro remordimiento y enmienda!

La primera y más apropiada forma de la vida penitente es buscarnos, en las cosas que nos rodean, motivo de mortificacion, bien sea privándonos voluntariamente de algo que en ellas podríamos lícitamente gozar, bien ofreciéndonos voluntariamente á algo que en ellas puede causarnos pena.

Este solo grupo atentamente considerado entraña lo suficiente para que el menos alentado de los cristianos pueda llevar vida penitente y mortificada, áun sin acudir á las asperezas y rigores extraordinarios que admiramos en las almas de mayor perfeccion. Mis deseos y veleidades, áun dentro de lo que no me prohibe estrictamente la ley de Dios, son infinitos y son, por desgracia, insaciables. ¿Cuán incesante ocasion de merecimiento y de expiacion no puede darme á cada minuto el enfrenamiento de estos deseos? Una mera palabra que me ocurre decir y que tendria yo cierta complacencia en

decirla, si la callo por este sobrenatural espíritu de mortificacion, se me convierte en un verdadero acto de penitencia. ¿Y qué si me propongo guardar, por ejemplo, una hora de silencio cada dia ó cada semana, ó cada vez que haya incurrido en tal ó cual defecto? ¿Hay cosa más llana que esta manera de disciplinarse la lengua? Pues llana como es, tiene gran valor y mérito delante de Dios.

Vaya otro ejemplo. Quiero comprarme un dije ó una fruslería cualquiera de esas que se me llevan tras sí los ojos y á veces hasta el corazon. Puedo comprármelo sin la menor falta, siquiera venial. Dejo, no obstante, de comprármelo, y doy su importe al Papa, al culto ó á los pobres por espíritu de mortificacion. ¿Qué cuesta eso? Casi nada, y sin embargo vale mucho. Pero ¿qué será si no solamente practico eso en tales ó cuales lances aislados, sino que de eso llego á formar hábito, acostumbrándome á un traje sencillo, á un mueblaje modesto, á una vida comun, todo por amor de Dios y en descargo de mis culpas?

Otro ejemplo análogo. Voy por esas calles y plazas ó por el campo, cuando más bella se presenta la estacion, y se recrea mi vista muy lícitamente contemplando la variedad de objetos que se me ofrecien, ninguno en daño del pudor, ninguno en menoscabo de la santa pureza. Mas por espíritu de penitencia dejo algun dia de permitirme ese solaz, y voluntariamente me impongo en tales ó cuales épocas del año, Cuaresma, Adviento, Témporas, vísperas de grandes festividades, etc., un cierto retiro que me priva de tales objetos. ¿Qué cristiano no puede aplicar ese cilicio á su curiosidad? Todos podemos. ¿Y qué tal fuera si esa privacion me la convirtiese yo en ordinaria ley de gravedad y modestia, acostumbrando á mis ojos, bailadores y saltarines que suelen ser, á la gravedad y recogimiento y mesura del ejemplar cristiano? ¡Oh, qué penitencia tan grata á Dios y tan satisfactoria por mis pecados!

Otros casos al vuelo. ¿Que puede darse ocasion de que me alaben, mereciéndolo muy bien? Pues huyo esta ocasion, y excuso oir la palabra lisonjera. ¿O quizá veo venir sobre mí el vituperio que en ninguna manera he merecido? Pues aguanto con rostro firme y corazon entero el chaparron aquel, sin

abrir, para librarme, el paraguas de la disculpa. ¿Me es antipática porque sí una persona, así como otra me es simpática tambien porque sí? Pues me acerco con preferencia y con mayor amabilidad á la primera que á la segunda, violentando mi natural inclinacion. Y así por este tenor, no hay cosa en la vida que no pueda traerme el tesoro escondido de un acto grande ó chico de penitencia, si lo sé buscar bajo su comun y ordinaria corteza. Ingeniosos somos en convertirlo todo en medios de goce y bienestar personal; ingenioso ha de ser el buen cristiano en convertirlo todo en expiaciones y penitencias. Explotacion es esta que todos podemos, y con la cual de la tierra vil podemos hacernos perlas de inmortal corona, de suelo cielo, de pasajeras y muy insignificantes molestias lauro de eterna felicidad.

X.

Del modo más fácil de hacer penitencia, cual es hacerla con lo que hemos de sufrir indispensablemente.

Otro grupo de penitencias, ó mejor, otra mina inacabable de ellas son los padecimientos forzosos á que por necesidad viene sujeta la humana naturaleza en este su destierro y valle de lágrimas, ó las que por absoluta necesidad le cuesta al cristiano el cumplimiento de sus deberes de tal. Mina, hemos dicho, y cuanto más en ella cavemos y ahondemos, más se nos harán patentes los tesoros de penitencia que nos puede proporcionar. El mal genio propio ó ajeno; la pobreza ó la decadencia de la fortuna; el puesto que perdimos ó que no pudimos lograr; la enfermedad crónica que nos aqueja ó la aguda que nos amenaza; la persecucion que nos abruma ó la lengua maldiciente que nos hiere; los males de la Iglesia y de la patria que nos acongojan; la inclemencia de los elementos que destempla nuestros humores y que nos desazona; el trabajo corporal ó intelectual que nos cansa y gasta; la lucha con nuestros propios apetitos que nos fatiga; la tenta-

cion pertinaz que nos angustia; las mismas caídas ó tropiezos que nos afligen; la pérdida ó la ausencia de los parientes y amigos que lamentamos; los años presentes que se van y y los de la vejez y la hora de la muerte que se avecinan; todo ese conjunto de amarguras, sinsabores y contrariedades de que está como tejida y entretejida la vida del hombre, áun la del que pasa pormás dichoso, ¿qué son sino corona de espinas que podemos muy bien aceptar por Dios? ¿Qué son sino otras tantas piezas de moneda acuñada que pone El en nuestras manos, para que anticipemos con ellas el saldo de las próximas irremisibles cuentas que hemos de rendir á Su Divina Majestad? ¿Qué son sino una como atmósfera ó ambiente de penitencia que podemos hacer respirar de continuo á nuestra alma pecadora, un cierto manto de mortificacion de Cristo con que envolver nuestros miembros culpables de exagerada aficion al regalo, segun aquello del Apóstol: *Mortificationem Jesu semper in corpore vestro circumferentes?*

Y ¿qué dirémos de las obras de caridad corporales y espirituales para con el prójimo? ¿Qué de las obras de celo en favor de la verdad combatida? ¿Qué de los buenos ejemplos pacticados con el mismo fin? Pues todo eso suele hoy dia costar fatigas, contradiccion, burlas de mundanos, persecucion de poderosos; y por tanto con todo se puede practicar muy santa y muy laudable penitencia.

Este vivir, es el *morientem ducere vitam* que encarece tanto el libro de la *Imitacion*. Vida penitente, contra cuyo uso ni valdrá el pretexto del estómago débil, ó del temperamento nervioso, ó de la edad desfallecida. Vida penitente, que nos haria santos en breve plazo, pues además de su eficacia expiatoria, es inculcable para el espíritu su virtud higiénica y medicinal. Vida penitente, sin la cual ¡óiganlo todos bien! nadie entrará en el cielo.

XI.

Del más eficaz ejemplo de la vida de penitencia, que es la Pasion y Muerte de nuestro Divino Redentor.

Es luz y espejo de la vida de penitencia, que hemos procurado inculcar á nuestros lectores, la Pasion y Muerte de nuestro adorable Redentor.

Trájole al mundo del seno de su Eterno Padre el deseo de ofrecerle reparacion condigna y copiosa por los pecados del mundo, y esta reparacion inmensa hízola principalmente consistir el divino Reparador en una inmensa penitencia. Sin duda para dejar bien acreditado el procedimiento, y para que viésemos todos los que en lo sucesivo debíamos reparaciones á Dios, que no hay otro medio mejor que ese para ofrecérselas verdadera y eficazmente expiatorias.

El gran Reparador Cristo Jesús, como llevó sobre sí los pecados de todos, así quiso en cierto modo cargar sobre sí la penitencia por todos merecida. Hízose por todos expiador, como en representacion de todos quiso aparecer pecador. Pero quiso más: quiso hacerse maestro singularísimo de esta virtud. No se concibe de otro modo el espantoso lujo de afliccion y dolores con que permitió fuesen abrumadas su carne y alma santísimas, Él que con un gemido solo de su Corazon divino ofrecia bastante ¡y sobrado! á su Padre celestial por los pecados de mil mundos y de millones de mundos que le hubiesen ofendido: luz y espejo quiso ser de pecadores penitentes. Por eso cargó tanto la mano en eso, y permitió fuese tan á costa suya la enseñanza, para que de un modo más indeleble la aprendiésemos todos, y tambien para que en caso de olvido ó de menosprecio ¡ay, por desgracia harto frecuente! fuese nuestra mala conducta más inexcusable y nuestra reprobacion más justificada.

No se puede, en efecto, mirar á Cristo paciente, desde aquellos sus primeros congojosos sudores del Getsemaní has-

ta su último grito de desamparo en el Calvario, sin sentir todo el peso de esta verdad. Siendo el dulcísimo Jesús bondad é inocencia sumas, pecados ajenos pusiéronle como le vemos azotado, escupido, abofeteado, coronada de espinas su cabeza, taladrados sus manos y piés, desconyuntados sus huesos, amargada con hiel su boca, partido por la afliccion y por el vilipendio y por la ingratitud, más aún que por el hierro, su amoroso Corazon. A todo eso se sujetó, todo eso aceptó, á todo puso entero el rostro y firme la voluntad. Y el hombre criminal, el hombre reo, el hombre con sentencias mil de condenado sobre su alma, convidado á hacer suyas estas expiaciones como el divino Expiador hizo suyas aquellas sus culpas; el hombre convidado á ese trueque de desigualdad para él tan ventajosa, rehusa entrar en el trato; niégase á la ligera penalidad con que se le invita á hacer suyo todo el valor de aquellas penas divinas; rechaza el don que de todos sus méritos y satisfacciones le hace el divino Expiador con sola la condicion de que se asocie á El arrimando ligerísimamente el hombro á su cruz; prefiere, necio y obcecado, sufrir por sus pasiones y por el mundo y por el demonio y, en suma, para perderse, incomodidades mil, una mínima parte de las cuales bastaríale para hacerse hermano de Jesús su Salvador y ganarse eterna ventura. ¡Ved lo que hacemos ¡insensatos! cuando aborrecemos la mortificacion, y regateamos el ayuno, y cebamos la carne corrompida, y mimamos el amor propio, y anhelamos como suprema dicha y único fin de nuestra existencia sobre la tierra el grosero material bienestar de nuestras personas! ¡Oh! Si no hubiese eterno cielo y eterno infierno, ¡qué ridículo hubiera sido nuestro soberano Dios y Señor en dar al mundo con su propio ejemplo lecciones tan duras de cómo se ha de ganar el uno y evitar el otro! Al revés, empero, ¡cuán horrendo debe de ser el infierno y cuán glorioso el cielo, pues para que lograsen los hombres éste y evitasen aquél, no vaciló en trillarles tan á costa suya los caminos el Hijo de Dios! Y de todos modos, ¡cuán sublime resulta esa penitencia indebida del Dios-Hombre! ¡cuán forzosamente obligatoria la que por sus pecados debe el hombre pecador!

Dijo á propósito de esto una palabra intencionadísima el

dolorido Expiador en uno de los actos de su Pasion. Camino del Calvario, llevaba á cuestas la cruz y estaba, por decirlo así, en lo más recio de su jornada. Seguíanle llorosas unas buenas mujeres de Jerusalen, lamentando y querellándose de la inicua y desastrosa sentencia. Volvióse á ellas el divino Reo, y con acento solemne: «Hijas de Jerusalen, les dijo, no lloreis por Mí, llorad más bien por vosotras y por vuestros hijos... Porque si el leño verde es así tratado, ¿qué tal se hará con el leño seco?» No puede ser más clara la alusion y más transparente la alegoría. Leño verde, se llama á sí propio el Salvador, inocente, intacto, vírgen de culpa, y no obstante tratado como le vemos en su horrible suplicio. Leño seco es el pecador, muerto por la culpa, árido sin los jugos vitales de la gracia, tizon para el infierno. ¿Excusará aún ese tronco infecundo podarse y vigorizarse con la penitencia, para reflorecer y retoñar luego, dando lo que llamó el Bautista *frutos dignos de penitencia,* antes que la segur de la muerte aplicada á su raíz le corte inexorablemente para aquella otra penitencia sin fruto de perdon, penitencia con eterno crugir de dientes, penitencia que impondrá, no como ahora la misericordia de Dios en desagravio de su justicia, sino sola su infinita justicia, implacable ya y sin rastro alguno de misericordia?

XII.

Del más glorioso estímulo para la vida penitente, cual es la eterna felicidad del cielo, que le está prometida.

Epílogo felicísimo de las austeridades de la mortificacion, son las inefables alegrías del cielo; del cielo, que es la recompensa indefectible de la vida penitente y mortificada del cristiano. Este, este es el verdadero aspecto de la cuestion, y no hay otro que así la comprenda y la resuma toda. Sufrir un poco para eternamente gozar: gozar eternamente á true-

que de haber momentáneamente sufrido. Ni la vida ni la muerte tienen en el concepto cristiano, único verdadero, otra significacion: ni puede darse para el alma racional filosofía más alta y más noble. Tentados estamos hasta de añadir, más cómoda.

Más cómoda, si, porque siendo el sufrimiento censo irredimible del capital de la vida, quiera ó no quiera el hombre ha de pagarlo, y si no se resigna en bien suyo á pagarlo espontáneamente á Dios, se lo cobrará en su lugar el diablo con violencia y para su perdicion. Y cuenta que para esas deudas es más exigente el diablo que Jesucristo, y con mayor dureza apremia á sus víctimas, y sin ningun linaje de consideraciones les dicta auto de ejecucion.

No debe ser, pues, dudosa la disyuntiva. O sufrir voluntaria y amorosamente por Cristo con perspectivas y seguridad de perpetua bienandanza en su cielo: ó sufrir forzada y desesperadamente por el demonio y con vistas en definitiva á su lúgubre mansion de horrores por toda la eternidad.

Esto por lo que mira á la vida futura.

Que por lo que toca á la presente, áun en ella no es menos ventajoso para el fiel cristiano el partido que proponemos.

Sufrir con Cristo lo que nos impone Él ó lo que voluntariamente por su amor nos imponemos nosotros, es llevar la cruz á cuestas, es verdad, y por ásperos caminos, mas con caritativo Cireneo y alentadora compañía. Sufrir por el demonio, que ésta es la suerte inevitable de todos los que rehusan sufrir por Cristo, es hacerse muy más pesada la aflicion, como lo es todo peso para quien lo va arrastrando á regañadientes; es acrecentarse la pena, que resulta doblada y ciendoblada siempre que no trae las compensaciones consoladoras del mérito; es padecer sin esperanza, que es la más cruel y más horrible espina del padecimiento.

A bien que algun lenitivo suele tambien ofrecer el demonio á sus miserables forzados, cuando éstos no pueden ya más con el arrastre de su ignominiosa cadena. ¡Un revólver con que proporcionarse salida de los pasajeros males de la vida, para trocarlos en perdurables tormentos!!!

¡Oh Cruz! ¡oh amable Cruz de Cristo, Cruz dulcísima,

Cruz bienhechora, Cruz prenda acá de inefables consuelos, y de inacabables dichas más allá, Cruz

Paschale quæ fers gaudium,

como en tu honor canta regocijada la Iglesia! ¡Cuán sabio seria el mundo si te estudiase! ¡Cuán trocado en paraíso si te comprendiese! ¡Cuán anticipada Pascua de Resurreccion fuera su hoy continuo Calvario si te abrazase!

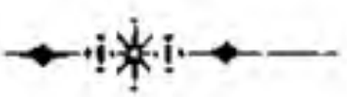
LOURDES.

REFLEXIONES DE ACTUALIDAD

SOBRE

LAS MARAVILLAS DE DIOS Y DE SU SANTÍSIMA MADRE

EN ESTE CÉLEBRE SANTUARIO.



INTRODUCCION.

No nos propusimos escribir una historia de los maravillosos acontecimientos de Lourdes, ni siquiera una compendiada reseña de los milagros que continuamente están obrándose allí. Tales libros están escritos ya, y por mano maestra. ¿Quién no ha oido hablar de Segur, de Lasserre y últimamente del Público reto *de Artus? Estos autores, conocidísimos en Francia y muy vulgares ya en España, bastan y sobran para enterar á quien desee tener del asunto noticias cumplidas, y formar sobre él criterio verdaderamente racional. Por esto nos abstenemos de entrar en pormenores que damos por sabidos; contentándonos con discurrir sobre ellos familiarmente y con el estilo popular que solemos, para exprimirles algo de la enseñanza que entrañan como tema de Propaganda católica. Más claro. Hablan estos hechos y hablan muy alto á la actual generacion* prava et adultera, *que como la de los judíos* signum quærit; *y nosotros deseamos ser meros hilos telefónicos de esta voz del cielo, hasta los últimos y más oscuros lectores de nuestras sencillas instrucciones apologéticas.*

Oiganla todos los sordos esta voz, hasta los de conveniencia, que tantos hay en nuestro siglo; óiganla siquiera para que queden más inexcusables en su impiedad y grosero letargo, si en ellos permanecen obstinadamente después de tales argumentos ¡quizá los últimos! con que parece se ha empeñado la Providencia en confundir á nuestro siglo apóstata y prevaricador.

Sabadell, Mes de María de 1887.

LOURDES.

I.

ozosos emprendemos hoy una serie de ligeras observaciones sobre el tema que encabeza las presentes líneas. Puede que con ellas ayudemos algo al gran designio de la Providencia de Dios al hacer aparecer en mitad de nuestros tiempos revueltos y descreídos este *signo*, que así puede ser de grandes justicias como de infinitas misericordias.

¡Lourdes! ¿Y quién no habla tiempo há de Lourdes? O por lo menos ¿quién de eso no ha oído hablar?

¡Lourdes! ¿Qué era treinta años atrás esa poblacioncilla ó villorrio de la cual habla hoy todo el mundo? ¿Qué era ese hoy importante centro de vida religiosa y social tan conocido como París, la orgullosa metrópoli de la nacion en que está enclavado? Era una ignorada aldea de los Altos Pirineos, tan sólo frecuentada de la comarca, y únicamente conocida de los geógrafos que por mera razon de estudio tienen registradas las más ocultas sinuosidades del mapa. Ni más ni menos. Las hoy veneradas rocas de Massabielle y el humilde rio que

murmura á sus piés no tenian más fama que la que tiene cualquier peñasco sin nombre de la más vulgar de nuestras montañas, ó cualquier rio de los mil que cruzan sin particular estruendo la faz de la tierra. La fuente maravillosa de la que bebe ahora todo el mundo no existia aún. Y sin embargo, desde Febrero de 1858 la atencion pública se empieza á fijar en aquellas rocas solitarias que besa aquel poco pretensioso rio que ningun poeta se habia cuidado hasta entonces de cantar. Una infeliz labriega, hija de unos pobres molineros del país, de catorce años de edad, sin instruccion, de escaso talento, asmática, encogida y miedosa, de ningun poder ni valor á los ojos del pueblo y áun á los de su familia, se empeña en que allí ve algo de extraordinario y en que se lo han de creer todos, y en que á ese algo que nadie ve más que ella se ha de levantar en breve famosísimo templo, donde de todas partes se ha de acudir en continua peregrinacion en demanda de consuelos para el alma y áun de remedios para el cuerpo. Y la infeliz aldeanilla dice todo esto, y el mundo de la civilizacion, el mundo nada menos que de la mitad del siglo XIX, y de Francia por añadidura, y del imperio racionalista y nada clerical de Napoleon III, este mundo semipagano ó pagano del todo empieza por sonreir con desden, y á satirizar luego con mal humor, y más tarde á combatir y á perseguir con saña, y acaba... ¡por donde ha de acabar siempre! por enmudecer y por declararse vencido. Y gran parte de él no vacila en arrodillarse al lado de la despreciada campesina, venerando lo que ella dijo allí haberse de venerar, acudiendo en tropel allí donde ella dijo se debia acudir, alzando el templo que ella ordenó debia alzarse á la Vírgen Inmaculada. Esto ha sucedido, nó en extraños países, sino en el corazon de Europa: nó en lejanos siglos, sino en los últimos treinta años y á la faz y ante la escudriñadora mirada de toda la generacion presente. Y la palabra *milagro*, que la llamada ciencia moderna creia haber ya borrado de nuestros diccionarios, vuelve á reaparecer y á estar de moda, sí, señor, y en wagones y diligencias, en casinos y academias, en folletos y periódicos, vuelve á ser tema de discusion, y se lee cada dia en las gacetillas, como pudiera en los más vetustos cronicones de la Edad Media. Y la crítica más

sagaz y artera se ve obligada á callar ante hechos repetidísimos que la fisiología por boca de los más distinguidos facultativos no halla otro medio de explicar que declarándolos sobrenaturales.

Pues bien. ¿Qué ha pasado en Lourdes y cómo se explican tan desusado movimiento y tan raras maravillas? La impiedad vuelve á encontrarse aquí frente á frente del aterrador dilema con que amordazaba el inmortal Agustin á los incrédulos de su tiempo. «Si la Religion cristiana, les decia el filósofo de Cristo, se ha establecido y propagado con milagros, debeis creer en ella, porque es verdad todo aquello que tiene en su favor la garantía del milagro. Si decís que se ha establecido y propagado sin ellos, habeis de concederme entonces que este es el milagro mayor y más absolutamente inexplicable.» Lo mismo podria escribirse en lo alto de las rocas de Massabielle, ayer desconocidas, y hoy gloriosas y veneradas en cuantos países alumbra el sol. O es verdad lo que aquí declaró la muchacha, ó es farsa. Si es verdad, arrodillate, incrédulo, y confiesa la verdad. Si dices que es farsa, habla y explica la farsa, pero explicala á satisfaccion.

Desde treinta años há se agotó en esa ardua tarea de explicar humanamente lo humanamente inexplicable la flor y nata de los ingenios librepensadores. Después de haber hablado todos ellos no han logrado convencer al mundo. El problema para ellos ¡desdichados ciegos! queda en pié y sin resolver. Mas para el mundo imparcial y de buen sentido brilla el nombre de Lourdes como sol refulgente de sobrenaturalismo en medió de las tinieblas densísimas del positivismo moderno, y á sus resplandores lee la generacion de hoy, como emblema de fe y símbolo de agradables perspectivas para fecha quizás no lejana, la consoladora frase salida allí de los labios de la misma Madre de Dios: *¡Soy la Inmaculada Concepcion!*

II.

En 1854 tuvo lugar la definicion dógmatica de la Inmaculada Concepcion de María, y todos los hombres pensadores, áun los que fuera del Catolicismo no andaban completamente cegados por el odio contra él, reconocieron que aquel acto solemnísimo del inmortal Pio IX era, no sólo la afirmacion del privilegio más insigne de la Madre de Dios, sí que un alarde de poderosa vitalidad de la Iglesia católica. En efecto. El Papa, sancionando con su autoridad suprema aquella doctrina de fe, proclamaba en faz de todo el mundo, esclavo al parecer ya para siempre de la idea naturalista, primeramente su propia existencia y la de su altísima jurisdiccion doctrinal, viva, eficaz, sin prescripcion ni abdicacion, imponiendo en mitad del siglo diez y nueve su yugo á los fieles como pudiera en plena Edad Media, yugo aceptado por éstos con igual amor y quizá con mayor entusiasmo que en aquellos vigorosos tiempos de fe. El Catolicismo, á los que le negaban su carácter de institucion viva en el siglo presente, les contestó como aquel filósofo que ante los que negaban el movimiento local, para probárselo, púsose sencillamente á andar. Así á los que negaban que hoy la Iglesia pudiese enseñar, contestó enseñando; á los que negaban fuese por nadie obedecida, contestó haciéndose obedecer. Además, la naturaleza misma del dogma definido encerraba completa y categórica la afirmacion de todas las verdades fundamentales del órden cristiano combatidas en nuestro siglo, tales como la culpa original y la consiguiente imperfeccion nativa del hombre en su razon y voluntad: la consiguiente necesidad del órden sobrenatural, esto es, de la redencion, de la revelacion y de los auxilios de la gracia medicinal; en consecuencia la divinidad de Cristo, razon intrínseca del privilegio concedido á María, y finalmente y por lógica irrebatible la divinidad de la Iglesia obra de Cristo, y su suprema jurisdiccion, como representante de Cristo, sobre la razon y la

conciencia humanas. Todo esto se hallaba implícito en la proclamacion del dogma de la Inmaculada Concepcion. Por donde aquel acto, más que un mero homenaje de gloria tributado á María Santísima, homenaje que todo el mundo cristiano le rendia ya desde remotos siglos, fué una nueva y más explícita proclamacion de todo el sobrenaturalismo cristiano en presencia y en oposicion del naturalismo absoluto ó mitigado, que son en el fondo la herejía radical del siglo presente. Y esto explica la importancia que dió al acto el gran Pio IX; la fiereza y rencor con que lo combatió la secta anticatólica, y el aplauso y alborozo con que lo festejó y celebró el mundo cristiano. En la última frase de la bula *Ineffabilis Deus* estaba contenido anticipadamente todo el *Syllabus* posterior, que no vino á ser más que un magnífico desarrollo y aplicacion concreta de aquella fundamental doctrina.

Pero la bandera del sobrenaturalismo, ondeante en manos de Pio IX y clavada por él con singular energía en medio del revuelto campo de batalla de nuestro siglo naturalista, si para muchas inteligencias y corazones fué claro signo de salvacion y norte de seguro derrotero, no lo fué para la porcion del mundo más hundida en el cenagal de los groseros errores contemporáneos. La luz que emana de la revelacion sola, es tal vez demasiado celestial y divina para ciertas pupilas embrutecidas. El mundo pagano probablemente no se hubiera convertido á la fe católica con sólo la enunciacion de ésta por boca del Salvador ó de sus discípulos: aquellas generaciones materializadas necesitaban acompañase á la eficacia de la verdad la prueba de los sentidos: por esto Dios, en los orígenes de la Iglesia, prodigó á manos llenas el milagro, y fué la claridad abrumadora del milagro la que convirtió al mundo, más que los suaves resplandores de la doctrina. De la misma suerte el mundo de hoy, vuelto en gran parte á la ceguedad pagana, con la circunstancia agravante de la apostasía, además de la luz suavísima de la verdad necesita en cierto modo vuelvan á dar irrefragable testimonio de ella los propios sentidos. Podria decirse que en el estado actual de gran parte de las inteligencias, que es la obcecacion, y de gran parte de los corazones, que es el endurecimiento, vuelve

á necesitarse el tratamiento extraordinario con que se creyó obligada la Providencia á medicinar á las naciones del gentilismo: el tratamiento por medio del milagro.

Ahora bien. A nuestro humilde sentir, los acontecimientos maravillosos de Lourdes son en mitad de nuestro siglo y en medio de nuestra Europa paganizada la afirmacion del sobrenaturalismo cristiano por medio del milagro, como la definicion dogmática de la Inmaculada Concepcion fué la afirmacion del sobrenaturalismo cristiano por medio de la doctrina. 1854 y 1858 se corresponden y se correlacionan, y, por decirlo así, se completan. Dios pone el sello visible desde Lourdes á las enseñanzas que de su parte dictó al mundo Pio IX desde el Vaticano. Los corazones rectos y las inteligencias dóciles se inclinan sin esfuerzo ante el *declaramus, pronuntiamus et definimus* del Vicario de Dios, sin necesidad de otra prueba alguna de órden sensible. Pero las inteligencias díscolas y los corazones reacios parecen necesitar del hecho material, llamémoslo así, que se ve con los ojos y se palpa con las manos y se oye con los oidos; del hecho que fuerza á creer con estupor ó á callar de vergüenza; del hecho que desafia á la falsa ciencia y la convence públicamente de necia ó de mentirosa. Y Dios, en su misericordia sin fin, prodiga en Lourdes este hecho por medio de las repetidas maravillas que allí se obran.

Cuáles sean éstas y cuál su poderosísima eficacia en órden á la afirmacion del sobrenaturalismo en nuestro siglo, lo irémos viendo en capítulos sucesivos. Ahora quisimos sólo dejar sentada esta relacion, que creemos muy fundada y nada arbitraria, entre la definicion de la Inmaculada en 1854 y la aparicion de la misma en 1858, y juntamente la oportunidad de ambos sucesos con respecto á las graves necesidades del mundo moderno. Y creemos todavía más. Creemos que la frase: *Soy la Inmaculada Concepcion,* dicha por la celestial Aparecida á Bernardita Soubirous, y escrita desde entonces y ya para siempre como lema revelador en las agrestes rocas de Massabielle, podria tener, además del sentido recto y natural de sus palabras, este otro simbólico ó figurado: «Soy la Inmaculada Concepcion, es decir, soy en el órden de los hechos lo que la definicion de la Inmaculada en el órden de

las doctrinas; soy la afirmacion de todo el sobrenaturalismo cristiano por medio del milagro visible y patente á los ojos del cuerpo, como la definicion pontificia es la afirmacion del mismo á los ojos de la fe; y porque todo esto es la Inmaculada Concepcion en el terreno del dogma, todo esto soy yo como prueba exterior y sensible de este mismo dogma, y por esto el tal conjunto de acontecimientos que desde 1858 empiezan aquí á realizarse pueden ser llamados y como personificados bajo el título de la Inmaculada Concepcion, y desde el lugar famoso donde se verifican están como clamando á voz en grito á todo el mundo: ¡Mirad y ved y examinad! somos la Inmaculada Concepcion; significamos, garantizamos, acreditamos lo mismo que pocos años antes enseñó al mundo Pio IX definiendo la Inmaculada Concepcion.»

III.

Preguntábanle los discípulos del Bautista al Salvador en los primeros dias de su vida pública sobre su carácter y mision, y les contestó Él sencillamente obrando en su presencia algunos milagros, y diciéndoles: «Id y contad á Juan lo que habeis visto: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, etc.» Tal nos parece puede responderse á quien sinceramente pregunte sobre Lourdes y sobre el significado de los acontecimientos que allí han tenido lugar los últimos treinta años. Nó profundas disertaciones, nó abstractos raciocinios, nó cavilosidades metafísicas, nada de esto constituye la brillante apología que del sobrenaturalismo cristiano está escribiendo allí el dedo de Dios. Esta apología, á la cual nuevos milagros van añadiendo cada dia nuevas y más elocuentes páginas, es tal que parece expresamente escrita para dos clases de hombres para quienes especialmente se necesitaba; es decir, para los ignorantes y para los incrédulos. Un libro de profundas demostraciones científicas no lo hubieran entendido los primeros, y no lo hubieran querido entender los segundos. Un catálogo

de hechos raros, fenomenales, por todo extremo maravillosos, tiene una elocuencia particular que entienden hasta los más rudos, y que siquiera por el atractivo de la curiosidad atrae y cautiva hasta á los más prevenidos. Esto es lo que viene pasando en Lourdes desde 1858 hasta hoy.

Dios, por otra parte, parece haberse esmerado en dar á los milagros de Lourdes todas las condiciones apropiadas al siglo ciego y endurecido al cual tienen la mision de alumbrar y convencer. Protagonista de tales escenas hizo, nó á austero cenobita ó á solitaria religiosa, tipos que la generacion actual, *prava et adultera* como la de los judíos carnales, hubiera empezado por declarar sospechosos. Una hija del pueblo, sin ninguna instruccion, sin aparato alguno de virtudes extraordinarias, en una edad en que no se sabe fingir ni se puede ser instrumento de nadie, en medio de todo el mundo, á la luz del dia, sometiéndose espontáneamente á toda suerte de investigaciones, así privadas como oficiales, hé aquí la singular heroína de este drama singularísimo. Durante algunos años la Autoridad eclesiástica, absolutamente retraída, aguarda que la administracion civil, la policía, los tribunales, los periódicos librepensadores, la química y la fisiología discutan y examinen y sondeen en todas direcciones *el hecho*, y vayan ellos mismos escribiendo contra sí y en favor de él este maravilloso é imparcial proceso que Lasserre nos presenta con tanta minuciosidad de pormenores en su magnífico libro. Dios y sus representantes en la tierra parecian haber renunciado temporalmente á toda intervencion en tales hechos para dejarlos única y exclusivamente entregados á las disputas de los hombres, hasta que por sí propios se convenciesen éstos y convenciesen á todo el mundo de su importancia. El fallo de la Iglesia viene cuando á ninguno de los contradictores anticristianos le queda ya que declarar en este ruidoso litigio, cuando embrollados los enemigos del milagro en las inextricables redes de sus propias contradicciones y palinodias, no aciertan á invocar ya más que el recurso de la fuerza material contra tales manifestaciones del poder divino, como si les pareciese ilegal y revolucionario á tales gobernantes ese empeño de Dios en querer hacer milagros en Francia sin permiso del prefecto del De-

partamento. De suerte que los milagros de Lourdes, con ser milagros como los antiguos, podríamos decir nos los ofrece Dios tan á la moderna vestidos, que todo el mundo los reconoce ya á primera vista como hijos de este siglo. No son milagros de crónica de convento, son milagros que se dejan referir por la prensa periódica y discutir en el Ateneo, y que se van á presenciar en ferrocarril. Así pasa todo en este siglo, y así ha querido Dios pasasen hasta estas cosas suyas, y tan suyas como los milagros. Por esto al libro en que sencillamente los refiere Lasserre no se le ha dado aún contestacion. Y cuando todo el talento racionalista francés, que no es poco por desgracia, no se la ha dado hasta la fecha, es indudable que no la tiene.

Pues, si miramos al lugar en que ha desplegado Dios tan variada tela de obras maravillosas, no tardarémos en ver aqui aún más ingeniosamente oportunas las trazas de su admirable Providencia. Es Francia la nacion propagandista por excelencia. No piensa ni siente por todos, como pretendió Víctor Hugo al llamarla cerebro y corazon del mundo: lo que sí podemos decir de ella es que habla por todos, y hemos convenido en dejar llevase en nombre de todos la voz. Lo mismo las teorías filosóficas, políticas y sociales, que la forma de los sombreros, ó el color de las telas, ó el corte de los vestidos, es desdicha del mundo actual que no circulen por él si no llevan el refrendo francés. No son productos suyos muchas veces todos los géneros en boga; pero, verdadera ó postiza, les pone el vecino pueblo su marca de fábrica, y esto basta para que obtengan éxito universal. No abonamos el hecho, ni mucho menos; no hacemos más que reconocerlo y consignarlo. Parecida importancia, aunque superior, tuvo á los principios de nuestra era el imperio romano, y San Leon Magno en una de sus preciosas homilias insinúa esta razon de cosmopolitismo como una de las que motivaron la preferencia que dió Jesucristo á Roma para hacer oir en ella la voz de su primer Apóstol. «¿Qué gentes, dice, podian ignorar lo que supiese Roma?» *Quæ usquam gentes ignorarent quod Roma didicisset?* Así dice el santo Doctor, y así dirémos nosotros. Suponed los acontecimientos de Lourdes verificados en España, en cualquiera de sus provincias.

A la hora presente los sabria la comarca donde pasaron; quizá se susurraria de ellos algo en el resto de la nacion; en lo restante del mundo fueran casi ignorados. Por ser nuestros fueran mirados con desden como otra de tantas *cosas de España;* ¡cuidado si tiene España cosas tan grandes como otra nacion alguna! Pero al fin, se diria, ¿qué puede contarse de nacion tan clerical y metida en cosas de Iglesia como no sean milagros? Pero nó, no lo ha querido así Dios. Dios ha colocado en el país de la Exposicion universal, de las maravillas industriales, la otra más verdadera y más elevada exposicion de sus maravillas sobrenaturales. Dios, tratando de que las supiese todo el mundo, ha hecho bien colocándolas en manos de la nacion por excelencia pregonera. De Lourdes se habla hoy en todo el universo, á Lourdes se va hoy de todos los confines de él, porque Lourdes es francés. Francia es hoy, por decirlo así, la estacion central de todos los ferrocarriles y telégrafos del mundo. ¿Dónde mejor podia constituir Dios su oficina de milagros para uso de todo el mundo, que en ese universal parador á donde confluyen y convergen todas las comunicaciones de él?

Pero no es esto solo. San Leon Magno dice de Roma, que allí debia alzarse con preferencia la voz del primer Papa, por cuanto allí tenia reunidos y concentrados el paganismo todos los errores y supersticiones de su época. Francia en este concepto ofrece tambien mucha analogía con la capital del antiguo imperio de los Césares. En Francia tiene su foco el paganismo de hoy, y de allí, por las razones arriba dichas, derrámase como universal contagio sobre todos los demás pueblos. La falsa ciencia, la falsa política, la falsa civilizacion, la falsa moral, todo ese conjunto de absurdos que constituyen la mal llamada civilizacion moderna, tienen en Francia sus principales cátedras y sus más autorizados corifeos; allí hierve en su más alto grado de ebullicion el anticristianismo. ¡Gloria mayor y lauro mucho más precioso para nuestros hermanos los valerosos católicos franceses luchar en tal arena y conseguir los triunfos que consiguen en tan desventajosas condiciones! Pues bien. Ya que allí está el antro de las tinieblas más densas, allí era congruente fijase Dios tal irradiacion de poderosísima luz; ya que allí estaba el grueso

de las fuerzas del mal, allí debia desplegarse más gloriosa la manifestacion de sus inefables bondades. *Hic conculcandæ*, dirémos con el citado elocuente Doctor, *Philosophiæ opiniones, hic dissolvendæ erant terrenæ sapientiæ vanitates, hic confutandi dæmonum cultus, hic omnium sacrilegiorum impietas destruenda, ubi diligentissima superstitione habebatur collectum quidquid usquam fuerat vanis erroribus institutum.*

IV.

Desde el punto de vista, á nuestro humilde juicio muy fundado y racional, en que hemos colocado la cuestion, procede ya desde ahora preguntar: ¿Qué significan, pues, las peregrinaciones á Lourdes, y qué significa muy en particular la que á este sitio maravilloso va á emprender la católica España?

Antes de contestar á esta pregunta, permítasenos una observacion importantísima. No ha sido el mero instinto de la piedad popular el que ha empezado á promover estas piadosas expediciones á la santa gruta de Massabielle. La misma Vírgen en una de sus apariciones se dignó expresar este deseo, encargando á la feliz Bernardita Soubirous dijese de su parte á los sacerdotes de su pueblo: «Quiero que se me levante aquí una capilla y se venga á ella en procesion.» Es, pues, la peregrinacion, en la forma que hoy dia se practica, esto es, en forma de procesion, el linaje de culto expresamente ordenado por la divina Señora; es Ella quien ha dictado en cierto modo este su ceremonial. Tenemos, pues, respuesta decisiva con que cerrar la boca á la impiedad ó á la preocupacion, si se atreven á abrirla en son de censura contra estas piadosas expediciones. Sabemos que son del gusto de Dios y de su bendita Madre, y sabémoslo, además de otras razones, porque Ella misma lo ha querido declarar.

Pero ¿por qué esta forma de culto con preferencia á cualquier otra? ¿Por qué este deseo de la Vírgen Santísima de que haya ese ir y venir de gentes al teatro de sus maravi-

llas? Hénos aquí de lleno en una cuestion de suma oportunidad.

Toda peregrinacion bien hecha ofrece tres caracteres especiales, que son, por decirlo así, los de un modo más urgente requeridos por las especialísimas circunstancias de este siglo. Una peregrinacion es la fe en movimiento; es la fe públicamente manifestada; es la fe lazo de union de muchos corazones. Y hoy se requiere más que nunca todo eso. Que sea fe de accion y movimiento la de los católicos, no apática, no perezosa, no indiferente. Que sea fe pública y descarada, no vergonzante, no miedosa, no amiga de recatarse entre sombras y tapujos. Que sea finalmente lazo firmísimo de aguerridas colectividades, que por medio de ella nos conozcamos y nos busquemos y nos queramos y nos contemos y mutuamente nos alentemos y sostengamos los hijos de la combatida Iglesia. Y ¿qué acto de los muchos que podríamos practicar reune en tanto grado, como una peregrinacion bien hecha, estas tres especialísimas cualidades?

Una peregrinacion en nuestros dias resulta, pues, una profesion de fe activa, pública y colectiva de todo un pueblo, comarca ó nacion que se ha propuesto realizarla. No es, por consiguiente, un mero acto de fervorosa piedad en obsequio al Papa, á la Vírgen, ó á tal ó cual Santo patron á cuyo santuario se acude. El Papa, la Vírgen ó el Santo son la ocasion, la bandera. Lo esencial que practica todo peregrino en cualquiera de las presentes romerías es el acto vigoroso de fe. Pero cuando tales romerías se verifican á un punto providencialmente escogido por Dios para testimonio incontestable de la verdad de esta misma fe, cuando el objetivo de la peregrinacion es ó la Silla de Pedro, de donde brota la enseñanza católica para todo el mundo, ó como ahora la Gruta portentosa, de donde á torrentes hace irradiar Dios la luz del sobrenaturalismo á los ojos mismos ciegos ó voluntariamente cerrados de la descreída sociedad presente, ¡oh, entonces cada acto del devoto peregrino es la afirmacion más clara y solemne de ese órden sobrenatural que el paganismo moderno se empeña en oscurecer, y que Dios misericordioso se empeña en hacer brillar más radiante que nunca: cada voz, cada canto, cada relacion hablada ó impresa, es un fir-

mísimo *yo creo* con que desafiamos al mundo impío, y protestamos contra su culpable ceguedad, y hacemos alarde de despreciar su mentida sabiduría.

No ven, pues, la importancia de una gran peregrinacion á Lourdes los que la consideran únicamente como realizacion de un piadoso anhelo por visitar la imágen de la Vírgen Inmaculada que se venera en aquellas rocas, como tratándose de una peregrinacion á Roma no andaria en lo cierto quien no viese en ella más que una mera visita de afecto ó de curiosidad á la persona física del Padre Santo. Nó, por visitar una imágen de María no salvaríamos los españoles la frontera de nuestra patria, enriquecida en todas sus provincias y comarcas con devotísimos santuarios en honra de Ella. Bastaríanos á los catalanes llegarnos hasta Montserrat, cuyas rocas y santuario son infinitamente más pintorescos que los de Massabielle. Podrian ir los asturianos á su Covadonga, los aragoneses á su Pilar, los valencianos á su Madre de los Desamparados, los madrileños á su Atocha ó Almudena. Nos sobran santuarios grandiosos por sus recuerdos, por la majestad de su situacion topográfica ó por su fama y renombre, si al ir á Lourdes no nos propusiésemos otra cosa que visitar un santuario más. Y en este concepto tendrian razon, muchísima razon, los que mirando la cosa desde un punto de vista de mezquino y mal comprendido patriotismo nos dijesen al emprender el viaje á Francia, ó ya al oir hablar de él: «Pues qué, ¿es necesario salirse de España para honrar á la Madre de Dios? ¿Es que tambien en materia de piedad se os va á los católicos españoles el corazon tras la moda francesa?

Aunque, bien mirado, ni áun bajo este concepto tendrian pizca de razon los que de un modo tan irreverente se propasasen á hablarnos, pues aunque situado en Francia el Santuario celebérrimo de Lourdes, es todo en él tan español, tan eminentemente español, que sólo creemos puede en él llamarse francés el solar donde está emplazado. Ni más ni menos.

V.

A propósito hemos dejado para el último lugar la objecion principal, el caballo de batalla (llamémoslo así) que se suele presentar por algunos contra la peregrinacion á Lourdes, suponiéndola como inspirada por mero instinto de imitacion francesa, y hasta pintándola injuriosa, ó poco menos, á los fueros del verdadero y levantado patriotismo español. Vamos á desvanecer este espantajo, que no es tarea difícil, y tranquilizar con cuatro breves y concluyentes razones á esos extraños patriotas.

Que somos españoles rancios y castizos, nadie que haya leído lo que años há venimos escribiendo podrá ponerlo en duda. Sólo el sentimiento católico y el sentimiento catalan sobrepujan en nuestro pecho al vivísimo que abrigamos por todas las cosas buenas de nuestra nacion española. Pero, dígasenos, por Dios: Patriotismo ¿querrá decir jamás, en el lenguaje de la razon y del buen sentido, exclusivismo? Que ame yo mucho, muchísimo, á mi madre, no sólo porque lo es mia, sino por las especiales circunstancias que en ella concurren, ¿habrá de ser parte para que deje de mirar con noble estimacion á las otras mujeres dignas, á quienes miran como madres suyas otras personas que tienen tanto derecho á que se tenga aprecio y consideracion á lo suyo, como yo á que se tenga aprecio y consideracion á lo mio? ¿Vais á Lourdes, y Lourdes es francés? Pero decidme vos, susceptible español, ¿no os gusta, por ventura, muchísimo que vengan franceses que no pocos vienen, á nuestro Montserrat ó á nuestro Pilar de Zaragoza?

Esta sola pregunta debiera bastar para acallar toda murmuracion de extranjerismo con que se quisiese tildar nuestra peregrinacion, pero nos permitirémos todavía otra que no dudamos es aún mas decisiva. La palabra extranjerismo carece, en rigor, de sentido en cuanto se aplique á cosas de religion. Sólo es extranjero para un católico, en concepto

de tal, lo no católico. Las diferencias de nacionalidad y de idioma son meros accidentes en el mapa de la Iglesia universal, de la que hacen un solo pueblo la unidad de fe y la unidad de jerarquía. El racionalista ó católico-liberal, por ejemplo, áun nacidos en mi calle y avecindados en ella, son para mí más extranjeros que el buen hijo de la Iglesia que mora en San Petersburgo ó en lo más adentro del Africa central. En varios idiomas se promulgó al mundo la ley de Cristo bajo una sola inspiracion, la del Espíritu Santo; de aquella familia del Cenáculo de Jerusalen procedemos todos desde el dia de aquella regeneracion sublime. No hubo desde entonces diferencia entre judío ó romano, entre bárbaro ó griego; mucho menos debe haberla hoy dia entre inglés y aleman, entre francés ó español. No nos dividen á los católicos las fronteras, cuando estrechamente nos tienen unidos las doctrinas; dividennos, sí, desgraciadamente, de muchos hijos de nuestro propio suelo sus malas doctrinas, á pesar de que á todos nos unan geográficamente iguales fronteras. Repitámoslo hasta la saciedad: no hay cosa en el Catolicismo que sea extranjera á un buen católico. El calendario anda lleno de fiestas que no se instituyeron por primera vez en nuestro país, y que en éste son no obstante popularísimas; y de otras que en el nuestro se instituyeron, lo cual no ha impedido las adoptasen por suyas otras muchas naciones. Más de la mitad de los Santos que venera con especialísima devocion el pueblo español no son españoles. En cambio lo son la mitad de los gloriosos fundadores que venera y admira todo el mundo católico; Ignacio, Domingo, Juan de Dios, José de Calasanz, Teresa de Jesús, etc. De suerte que nunca á la Iglesia de Dios fué motivo de repulsion la diferencia de nacionalidad. El mismo Pontificado siglos há es, por decirlo así, italiano; ¿ha sido impedimento esta circunstancia para que lo mirasen con devocion verdaderamente española todos los católicos de este país? Harto sabemos quiénes son los que en odio al Papa le han llamado algunas veces soberano extranjero; harto sabemos que el Liberalismo y su padre el Jansenismo inventaron y pusieron en moda años atrás esta frase embustera; pero entre católicos que de veras lo sean ¿halló jamás ella otra contestacion que el desprecio?

Empiecen, pues (dicho sea de paso), á mirar á quién se parecen los que motejan de extranjero el culto que se tributa á María Santísima en Lourdes sólo porque el lugar material de sus milagrosas apariciones fué, sin duda por especialísimo designio, la vecina nacion.

Pero áun así se ven en todo lo de Lourdes rasgos tales, que le quitan á este célebre Santuario la mitad de la mitad de su carácter de lugar extranjero. Manda allí el gobierno francés, es verdad, pero Lourdes, situado á la vertiente misma de los Pirineos, viene á ser como una poblacion fronteriza, donde el *patois* que se habla tiene más de catalan que del idioma de las demás provincias francesas. Las costumbres de Lourdes son tan parecidas á las nuestras catalanas, que, segun vemos en el libro nunca bastante elogiado de Lasserre, todo el pueblo está allí afiliado á Hermandades y Cofradías segun las respectivas profesiones ú oficios, entre las que ¡coincidencia singular! una de las más numerosas tiene por Patrona á Nuestra Señora de Montserrat. ¡Si les habrá ocurrido que la tal Vírgen es extranjera! Otra de las Asociaciones más populares es la de Santiago, á quien se tiene allí especialísima devocion.

Pero ¿qué más? ¿Bajo qué invocacion se apareció María á la Soubirous? ¿No fué por ventura bajo la de la Inmaculada Concepcion, que es nuestra Patrona? ¿Y qué emblema ostentaba en sus manos la celestial Aparecida? ¿No era el de las cuentas del Rosario, devocion genuinamente española? Podrian más bien tener celos los franceses, si en cosa como ésta cupiera dar lugar á tan baja pasion; podría tenerlos enhorabuena Francia al ver que se les presenta tan á la española la Reina de los cielos, y que por razones que Dios sabe y que nosotros sólo de lejos podemos rastrear, escoge para teatro de sus maravillas el lugar de su frontera más inmediato á la tierra de España.

¿Hay más todavía? Sí, más hay, y sorpréndanse nuestros lectores; no inventamos el hecho, cada uno puede por sí propio averiguarlo. El culto mismo que en Lourdes se tributa á María Inmaculada por medio de su Archicofradía es mera traduccion española, no es más que una rama de la *Felicitacion sabatina* que en Valencia se fundó hace muchos años

para conmemorar el faustísimo suceso de la definicion dogmática de la Inmaculada Concepcion. De suerte que el árbol trasplantado á Lourdes no es más que un retoño del que por vez primera plantó á las márgenes del Turia un sacerdote valenciano, y el rezo con que en todo el mundo saludan los cofrades de Lourdes á su Patrona, es España, nuestra querida España, quien se lo ha puesto en los labios, y el librito que para sus actos usan es casi todo él traduccion del idioma español.

Diganme ahora mis amigos despreocupados é imparciales: entre todas las devociones extranjeras, si alguna hay que así pueda llamarse, ¿cuál lo es menos que la de la Inmaculada Concepcion de Lourdes?

VI.

Resumamos. ¿Que mágico poder ha hecho circular por las venas de nuestra descreida Europa tan súbito entusiasmo por Lourdes? ¿Qué nombre de los que hoy se tienen por gloriosos y fascinadores se ha pronunciado á sus oídos, para que de tal suerte se pusiese en movimiento masa tan imponente? ¡Decidme el secreto de este hechizo, vosotros los que presumis de conocer muy bien los adentros de nuestro pueblo y de nuestro siglo; vosotros los que os creeis únicos representantes de sus ideas y tendencias y necesidades; vosotros los que, sin otra mision que la de vuestro interés ó vuestro antojo, os habeis erigido en maestros y pontífices suyos; vosotros los que le adoctrinais diaria y semanalmente con pasto de infamias, y no cejais en la tarea satánica de infiltrar gota á gota en su generoso corazon el veneno de vuestro escepticismo, de vuestra impiedad, de vuestros infernales rencores! Decídmelo si lo sabeis y os lo consiente el despecho. Sacad luego, muy luego, de vuestros gastados diccionarios lo de la supersticion y el fanatismo, lo de las cábalas subterráneas y lo de las intrigas clericales, lo del negro monstruo de la reaccion y de la mano oculta del ultra-

montanismo: viejas palabrotadas con que un siglo há vienen explotando los malvados á los tontos... para hacerlos felices. Pronto, muy pronto, escribid como soleis; dibujad en vuestra primera ó cuarta plana, como suele inspiraros el genio *artístico* de la caricatura; amenazad con silbas y atropellos; derramad hasta, si os place, sangre inocente, como en fecha aún no olvidada... ¡Ya lo veis! *E pur si muove!* El pueblo fiel no abandona su fe por vuestras insensatas declamaciones, ni se le hace ridículo lo que ama y venera, por más que en cubrirlo de ridículo se agucen dia y noche vuestros ingenios. ¡Ya lo veis! Se va á Lourdes, y no van pocos; ¡son muchedumbres! ¡forman ejércitos!!!

En efecto. De las maravillas obradas por Dios en el famoso Santuario vecino, no es la menor esa universal popularidad de que en tan breve espacio de tiempo se ve rodeado. No cesa un momento el ir y venir de gentes á ese Surtidor de sobrenaturalismo abierto por la Providencia en la peña dura de la nacion más paganizada de nuestro siglo. Lo que las antiguas crónicas nos cuentan de Roma, de Jerusalen y de Compostela, se ve hoy reproducido, muy á la moda del dia, es verdad, pero con fe, con fervor, con verdadero espíritu cristiano, en las peregrinaciones á la santa Gruta de Massabielle.

«¡Pero el mundo no se convierte!» he oido exclamar con sonrisa burlona á un despreocupado ó que se figura serlo.

Es verdad, pero los milagros no los hace Dios muchas veces para convertir al mundo, sino para juzgarle y condenarle. El pueblo judío no se convirtió viendo salir á Lázaro de la tumba á la voz del Salvador, antes de ahí tomó ocasion de apresurar su muerte. Obra los milagros Dios para que se aproveche de la luz que ellos derraman quien no quiera cerrar voluntaria y obstinadamente los ojos ante su resplandor. ¿Y es posible reducir hoy á cálculo los miles y miles de ciegos del corazon á quienes han alumbrado y vuelto á la luz de la verdad las repetidas maravillas de Lourdes? El mundo, en la acepcion bíblica de esta palabra, no se convertirá; rebelde á su ley lo hallará el Soberano Juez en el dia supremo de su justicia, y terco y pertinaz como su padre Satan, lo hundirá como él en el abismo de la eternidad desventurada. Pero la

Iglesia, ó sea la congregacion de los fieles, ¡cuántas conquistas no realizará con el auxilio de estos medios extraordinarios que hoy dia le separa en medio de sus amarguras la Providencia! ¡Cómo se enciende con ellos el ardor de los buenos! ¡Cómo se alientan con ellos los vacilantes! ¡Cómo se confunden no pocos que andaban ya en camino de apostasía! ¡Cómo vuelven al regazo amoroso que abandonaron muchos hijos pródigos, á quienes apartó de él momentáneo extravío!

¡Ah! todo esto significa Lourdes, y todo esto significan, lectores mios, sus numerosísimas peregrinaciones. *Hæc est victoria quæ vincit mundum fides nostra*. La victoria de la fe, no sólo por los prodigios con que place á su divino Autor dejárnosla acreditada, sí que por la magnífica con que para profesarla en alta voz ante todo el mundo se presentan sus hijos decididos. Esta es la victoria, amigos mios; y vencemos desde el momento en que en dias como los de hoy logra la Religion ofrecer á los cielos y á la tierra asombrados tan singular espectáculo. ¡Ved á la turba incrédula que lo contempla! Nos mira ebria de furor y no nos acaba de comprender, pero se siente derrotada. Sea por ella ¡infeliz! la primera y la más eficaz de nuestras oraciones.

¡Madre Inmaculada! ¡Quisiera traducir aquí lo que os dicen de continuo, prosternados ante vuestro pintoresco trono de rocas, los corazones todos de esos hermanos mios, que dejan unos instantes su patria para rendiros tan soberano homenaje! Vos lo oiréis, Señora, desde el otro trono más alto que ocupais en los cielos junto á la Beatísima Trinidad. Con sus votos y gemidos van ¡oh Madre! el voto y el gemido de todos los hijos leales de vuestra España, tan buena aún en su mayor parte, ¡oh Madre! tan buena y tan infortunada. Por ella y por Leon XIII y por cada uno de nosotros en sus particulares necesidades seréis Vos ¡oh María! abogada y medianera eficaz en la presencia de Dios!

¡AL SERMON!

CONTESTACIONES Á LAS MÁS FRECUENTES EXCUSAS

CON QUE SE RETRAEN CIERTOS CATÓLICOS

DE LA ASISTENCIA Á LA PREDICACION CUARESMAL.

¡AL SERMON!

PRÓLOGO.

Nos hallamos ya en santa Cuaresma, y hé aquí la palabra que por sí misma en este saludable tiempo se nos ocurre á todos, y á todos se nos impone: ¡Al sermon!

Más que el ayuno y la abstinencia (hemos dicho en otra parte), más que la privacion de profanas diversiones, más que obra alguna de las de mortificacion y espiritual recogimiento, caracteriza á la época cuaresmal el sermon. Porque está claro. Del ayuno y de la abstinencia están dispensados algunos (aunque no tantos como se lo quieren figurar, pues sólo se dispensa ó por edad, ó por achaques, ó por fatigoso trabajo); la privacion de diversiones apenas la sienten muchísimos que viven habitualmente apartados de ellas. No así en lo del sermon. A todos comprende este deber, todas las edades abraza, todos los estados incluye, á todos los católicos obliga. Al pié del púlpito se nos llama á los cristianos sin execpcion; así al clérigo como al casado; al que mucho sabe como al que mucho ignora, al opulento millonario como al trabajador y al pordiosero.

Voz de Dios la palabra del predicador, es voz para todos, como para todos es soberana la autoridad de quien procede. Institucion cuaresmal generalísima es, pues, la de la predicacion de las eternas verdades en estas siete semanas, y sólo renunciando por completo al carácter y condicion de católico, puede cualquier hombre ó mujer bautizado hacerse sordo á este imperioso llamamiento.

¿Cómo lo obedecen, sin embargo, hoy dia muchos de nuestros hermanos? A la vista está, y con esto solo podriamos darnos por excusados de entrar ahí en quejas y lamentaciones. Se predica ¡gracias á Dios! en todas las catedrales y parroquias de España, y áun en muchos templos que no son parroquia ni catedral. La santa tribuna no enmudece. Fervoroso grupo se apiña aún al rededor de ella para apacentar su espíritu con las enseñanzas sólidas del catecismo cristiano. Mas ¡ay! si consolador es este espectáculo, amargo es el contraste que con él ofrecen no pocos católicos que se creen aún con derecho á llamarse así. Bajo fútiles excusas, por frívolos pretextos se olvida por muchos, tal vez en otras materias delicados y escrupulosos, la asistencia á la palabra de Dios. No recordando aquella severa sentencia de Cristo, que ha dejado en su Evangelio, como contraseña de verdaderos hijos suyos, el amor á escuchar su palabra, á la vez que como signo de reprobacion el desprecio sistemático de ella.

«El que es de Dios, decia á los fariseos, escucha la palabra de Dios: por esto vosotros no la escuchais, porque no sois de Dios.» ¡Espantoso modo de señalar!

Erraria quien juzgase que puede bastar para su instruccion y compuncion y santificacion la lectura más ó menos escogida de buenos libros y periódicos, sin cuidarse poco ni mucho de acudir á la directa predicacion sacerdotal. Nó, que no es aquél sino éste el medio especialmente dispuesto por Dios para la enseñanza de la fe y de las virtudes cristianas. *Fides ex auditu,* ha dicho el Apóstol, y no *fides ex lectione,* por más que muy provechosa y provechosísima sea la sana lectura. Con la predicacion oral fué adoctrinado el mundo en la fe, y no con los libros; y con la predicacion oral ha querido Jesucristo se conservase en ella; y esta predicacion

oral por nada puede ser dignamente sustituida. Mucho amamos la Propaganda impresa, no tanto empero que la consideremos, ni en dignidad ni en eficacia ni en mérito, igual á la oral predicacion. Nadie presuma, pues, que por ser este siglo el siglo de la prensa, como tanto blasona, puede legitimamente dejar de ser el siglo del púlpito. Mil veces nó. Del púlpito es la primera jerarquía, como que es la cátedra oficial de Dios; el impreso en todas sus formas de libro ó folleto ó periódico pertenece simplemente á la categoría de humilde auxiliar. El púlpito es un ministerio divino; la prensa contentarse debe (y no es poca honra) con ser eco fidelísimo de él.

I.

¿A qué me venís ahora con sermones? ¡Cómo si no tuviese ya muy sabido cuánto ha de decirme el predicador!

¡Al sermon! pues, lectores mios, ¡al sermon! ¡Al sermon! padres, con vuestros hijos; ¡al sermon! madres, con vuestras hijas; ¡al sermon! amos, con vuestros aprendices y criados. ¡Al sermon! todos, cada dia ó por lo menos cada fiesta, como al sermon va por Cuaresma, sin perder uno, el que estas líneas os escribe. Y no se avergüenza de decir, aquí en público y todo, que muchas cosas que os escribe las saca de haber ido al sermon, y que del sermon necesita como cualquier fiel cristiano, y no se tendria por tal si no acudiese como el más sencillo de los vecinos de su parroquia á oir el sermon.

¡Al sermon! y el que tantos reparos tenga para no ir, váyalos exponiendo aquí, uno á uno. O mejor, ya se los iré adivinando yo y sacando á la vergüenza, dándoles, con el favor de Dios, contestacion debida.

Tienes razon, amigo mio, tienes razon, muchísima razon en lo que acabas de objetarme: y procedí yo muy ligero en no advertir que estaba hablando con un sabio como tú. Mas

¿qué quieres? Tambien tiene alguna disculpa mi equivocacion; pensé yo habérmelas con un hombre en todo igual á los demás que componen el género humano, y ahora veo, al revés, que he topado con una excepcion, con un fenómeno, vamos al decir, si te place más este altisonante vocablo.

Sí, amigo mio: porque los demás hombres y mujeres que en el mundo se usan, en este siglo ilustrado y todo, suelen algunos ignorar muchas cosas que debieran saber, y otros por lo menos suelen tener olvidadas no pocas que convendria traer siempre en la memoria. Tú, ya se ve, todo lo sabes y nada tienes olvidado; eres un ente feliz, excepcion rarísima de la regla comun; lo dicho, en una palabra: un hombre fenomenal.

Aunque si despacio y con alguna atencion lo examinas, pueda que te convenzas al fin de que no fuí yo el equivocado en suponerte ignorante ú olvidadizo, sino que el equivocado eres seguramente tú en no creerte tal. Pasan en eso cosas muy singulares. Suele suceder con gran frecuencia en eso del saber y del no saber, que los más presumidos de saberlo todo suelen ser los que menos saben, así como los que realmente saben algo, pues todo no lo sabe más que Dios, suelen tener la rareza de reconocer y confesar que apenas saben nada.

Y en materias de Religion sucede eso de un modo muy particular. Tú, por ejemplo (es mero ejemplo y nada más), tú que todo lo sabes y que por eso no quieres acudir al sermon, porque te tienes ya de antes sabido y resabido todo lo que va á decirte el predicador, es muy posible, es hasta probable, es casi seguro, téngolo por cierto, que no resistirias á un ligerito exámen de catecismo que yo ahora aquí mismo te quisiese plantear. ¿Y qué tal si no me limitase á pedirte las respuestas materiales de dicho librito, sino que te exigiese el sentido y enlace de ellas? ¿Y qué tal si adelantando un poco más te presentase contra su doctrina alguna objecion de las muchas que se oyen por ahí todos los dias? Estoy seguro de que á la mitad por lo menos te quedarias sin responder. Vamos, no te avergüences de eso, que gente muy lista y muy leída y muy escribida se halla en igual caso. Y abogados peroran por ahí, y médicos curan, y catedráticos

enseñan, é ingenieros levantan planos, y no obstante están en el abecé en materias de Religion. Y apenas se puede hablar con persona alguna, por encopetada que sea, que no suelte, si se le mete ó se mete ella en conversacion sobre eso, colosales despropósitos. Y todo por esa negra manía de que no se ha de aprender nada de Religion, supuesto que al fin ya se sabe todo lo que sobre ella pueden decir los libros y los predicadores. ¡Ah! ¡Supina necedad, tanto peor cuanto más blasona de sábia y de ilustrada! ¡Vergonzosa ignorancia, cuanto menos la echa de ver sobre sí el mismo contagiado con ella!

Pero, vaya: demos de barato que sabe todo el mundo, y sabes tú tambien, cuanto saberse debe sobre Religion; que nada ignoras de los variadísimos aspectos que en órden á Dios, en órden á nosotros mismos y en órden á nuestros prójimos ofrece esta complicada doctrina; supongamos todo eso, que no es poco suponer; ¿queda ya sin objeto el púlpito cristiano? ¿está justificado ya con eso tu apartamiento del sermon? Nó, porque lo que sabes debes procurar conservarlo para que no se te olvide, y además, y sobre todo, debes practicarlo para que no se te quede en mera teoría que, lejos de servirte, te haga más culpable delante de Dios.

Y sobre este punto quiero de un modo particular llamar tu atencion.

No basta saber la Religion, ni se aprende ella para solamente saberla; se aprende para saberla, y para después de sabida practicarla. De consiguiente, el sermon tiene dos objetos: instruir y persuadir; ilustrar el entendimiento y mover la voluntad. Ya sé yo, por ejemplo, que he de morir; ¡toma si lo sé! pero conviene que con viveza me lo pongan de vez en cuando ante los ojos para que me prepare desde ahora á morir bien, y evite lo que podria serme causa de morir mal. Ya sé yo que no me son lícitas liviandades é impurezas; pero conviene que con el trueno de las divinas amenazas me mantengan en constante horror á ese vicio, para que, cuando menos lo piense, no me precipite en él la inmunda pasion. Y por esto necesitamos sermones todos, así los sabios como los ignorantes, así los que todo lo necesitan aprender como los que tienen por oficio enseñar á los de-

más. Sí, hasta los mismos predicadores necesitan de vez en cuando quien les predique á ellos, y sobre cosas que ellos saben tal vez más que el mismo que les dirige el sermon. ¿Cómo no? Hasta el mismo Papa, Vicario de Dios y oráculo del mundo, busca y tiene quien le predique á él, como tiene quien le confiese y advierta é imponga la debida penitencia. Y así en determinados dias de cada semana de Cuaresma va un predicador á la capilla Pontificia, y allí predica al Papa y á los Cardenales sobre las verdades y los deberes de la Religion, es decir, sobre esas mismas verdades y deberes que se te predican á tí desde el púlpito de tu iglesia catedral ó parroquial. Y me parece, dicho sea sin ánimo de rebajarte, que el Papa y los Cardenales es muy fácil sepan de Religion algo más que tú... y que yo. Pero, aunque revestidos de tan alta dignidad, son hombres; y como hombres son frágiles y distraidos y olvidadizos, y necesitan del auxilio de la divina palabra para afirmarse en lo mismo que saben, y traerlo á la memoria, y vencerse á sí propios, y arrepentirse y corregirse si algo se apartaron del recto carril, ó perfeccionarse y adelantar si exige mayor perfeccion el estado de su alma. Con que ya ves: no se avergüenzan de ir al sermon el Papa y los Cardenales, y van y lo oyen muy dóciles y sumisos, y lo recuerdan y lo aprovechan. ¿Y te habrás de avergonzar tú? ¿Y á tí te habia de parecer inútil y por demás? ¿Y puede llegar á tanto tu insolencia que presumas no necesitarlo?

Vamos, que me parece vas cayendo al fin de tu burro y empiezas á convencerte de que alguna cosa puedes aprender aún á pesar de tu ilustracion y sabiduría, y de que algo se te puede aún enseñar desde el púlpito por el predicador. Doy una ojeada sobre tu vida, y veo infinidad de cosas que te faltan y otra infinidad de cosas que te sobran, para traerla correcta y ajustada. Y esos defectos y sobrantes tú no los adviertes siquiera: acude al púlpito, y ya verás como te los da á conocer la voz del predicador. Tienes sobre cualquiera de las verdades de la fe mil y mil conceptos confusos ó equivocados, lo cual es causa de que muy á menudo te hagan mella objeciones y argumentos que no valen un grano de anis: acude al sermon, y verás como todo eso te aclara la

sencilla catequística parroquial. Vives tal vez dormido en pesado letargo, ó entregado al menos á aquella tibieza y somnolencia que tan mal suele parar á no pocos desdichados; no te da que pensar ni la edad que corre, ni los amigos que van faltando, ni la muerte que paso tras paso te viene á dar alcance: procura ir estos dias á sermon, y verás como te quitan las legañas de los ojos para que empieces al fin á ver claro en asunto en que tanto te va. ¡Ay, amigo mio! ¡A cuántos que arden ahora en los infiernos hubiera librado á tiempo ese dispertador de la divina palabra, si no hubiesen tenazmente desoido su importuna pero tan saludable voz! Guarda no seas tú de éstos, que por terco á las suaves llamadas de la Religion que hoy te convida, lo hayas de llorar después sin remedio por toda la eternidad.

II.

El sermon de Cuaresma se predica sólo para los pecadores endurecidos. Yo, gracias á Dios, llevo ya una vida, así, algo regular.

Tambien acerca de eso estás, amigo mio, en una equivocacion garrafal. O mejor: en dos equivocaciones. Primera, la de que los sermones cuaresmales no tienen por blanco de sus tiros más que los pecadores de mayor calibre: segunda, la de que tú, por de contado, estás ya fuera de tiro y no te han de tocar en poco ni en mucho los que se disparan desde la batería cuaresmal.

Cuanto á lo primero, no negaré yo que ciertas materias pueden no tocarte de frente; porque si tú, por ejemplo, gracias á Dios, no blasfemas, nada tiene que ver directamente contigo el sermon que se predique contra la blasfemia; y si no robas, cierto es que nada dirá contra tí el predicador que razone ó perore contra los varios modos de robar. Pero atiende bien. El sermon se predica para todo el concurso que se reune al rededor de la cátedra sagrada, y en ese concurso

puede haber y suele haber de todo: es, pues, muy natural que de todo se haya sucesivamente de predicar. Un dia, pues, se te tocará de lleno á tí, otro dia solamente de soslayo, otro dia será tu vecino quien lleve la reprimenda. Y por lo mismo es preciso que tú y tu vecino vayais constantemente al sermon, á fin de que nunca deje de haber á quien se dirija la puntería. Porque, está claro que, si por el pretexto de que en tal ó cual cosa no se han referido hoy á mi, dejo yo de acudir á los sermones, todos al fin podemos decir una ú otra vez lo mismo, y así todos tendrémos al parecer abonada excusa para nunca acudir. Nó, amigo mio, nó: el buen cristiano va allá y recibe con atencion lo que se dice; que si aquel dia precisamente no lo necesita, de fijo que un dia ú otro lo va á necesitar.

Vaya un ejemplo. Escucha para cuantos casos puede servirte un buen sermon sobre la blasfemia ó sobre el latrocinio, aunque tú, por la divina misericordia, no hayas sido jamas ni pienses ser nunca blasfemo ó ladron.

En primer lugar para comprender bien la razon por la cual son tan graves estos pecados, razon que tal vez no sabes tanto como presumes y debieras saber.

En segundo lugar para que se te aumente el horror que tengas ya á ellos, y te pongas más en guardia contra su frecuente tentacion.

En tercer lugar para que compadezcas ó abomines á los tocados de esos vicios, y te muevas ó á rogar por ellos ó á desplegar contra ellos la debida energía.

En cuarto lugar para que aprendas por cuáles caminos y veredas se puede caer en tales excesos, y evites las ocasiones y prevengas los principios y cortes á tiempo las primeras raíces, pues no hay hombre tan honrado y justo que no sienta en sí gérmenes que descuidados pueden llegar á hacer de él un gran criminal.

Por fin y en quinto lugar, un sermon de esos oído con devocion y fervor es un respetuoso tributo pagado á la divina palabra, digna siempre de ser escuchada aunque directamente no se te refiera, y es un edificante ejemplo dado á tus hermanos, que tal vez sacarán más fruto de verte á tí devoto y humilde en el sermon, que del sermon mismo que les está predicando el orador.

Ya ves, pues, por cuántos conceptos es obra buena y meritoria y en algunos casos debida asistir al sermon, áun en los casos en que supieses cierto que el sermon no ha de predicarse para tí.

Pero ¡caramba! digamos la verdad toda entera, que aquí nadie por eso te sonrojará. Tú que me lees, amigo mio; tú que presumes de no ser gran pecador, sólo porque no eres tal vez de los mayores; tú que me dices traer así una vida mediana mente compuesta y arreglada, ¿es cierto que te has hallado frecuentemente en lance tal de que un sermon que has oido nada haya tenido que ver contigo? En este caso te doy la enhorabuena, y me la doy á mí mismo por la honra de tener entre mis lectores un tan gran santo como tú. A mí me pasa todo lo contrario, y voy á decírtelo aquí como si me hallase á los piés de mi confesor. He oído muchos y muchísimos sermones en mi vida, y te aseguro que ni una vez sola he oído uno en que no me pareciese haber hallado para mí más de cuatro alusiones personales. Vuelvo á asegurártelo con toda sinceridad. De frente ó de flanco, siempre me ha herido ó rozado alguno de los proyectiles que desde el púlpito se suelen tirar. O por lo que hice, ó por lo que no hice, ó por lo que hicieron otros por mi culpa, ó por lo que en adelante debo hacer, ó por el modo con que debí hacerlo, ó por el modo mejor con que lo pude hacer, es lo cierto que nunca acerté á escuchar sermon del que no pueda sacar Dios un cargo chico ó grande contra mi alma en el dia del juicio. Desengáñate, amigo mio; aquella frase: «¿Quién de vosotros podrá reprenderme de pecado?» díjola Cristo con mucha seguridad ante los judíos, pero ninguno de nosotros la puede repetir. Pecadores somos y mucho más de lo que pensamos serlo, y en esta regla no hay excepcion. Enfermos andamos, y el que más ó el que menos, necesitamos todos de los medicamentos de la farmacopea espiritual. Unos, revulsivos que abrasen y despierten la sensibilidad aletargada; otros, calmantes que la sosieguen cuando está alborotada; aquel, báculo que le aguante en su debilidad y frecuentes traspiés; éste, palo en las espaldas que le fuerce á andar listo cuando le trae amodorrado la pereza. Y todo eso es la voz severa del predicador cuaresmal.

«No soy escandaloso, no soy endurecido,» dices. Es verdad; pero tampoco lo fueron un dia muchos de esos que ahora ves en tan triste situacion. Quizá llegarás á serlo por haber descuidado ese cultivo de tu alma. Quizá á eso llegarás tú, si te empeñas en tenerte ya por santo y justificado. Tales presunciones suele castigarlas con permitir horribles caídas la justicia de Dios, pues es muy natural que á quien vanidoso y arrogante desprecia las ayudas de costa con que su bondad le brinda, le deje Él como abandonado á sus propias fuerzas, en cual caso es seguro el resbalon, y á veces espantoso el descalabro.

Luz para la vida es la palabra de Dios; ¿cómo quieres no tropezar andando de noche sin este farol que guie tus pasos? Alimento es, ¿cómo quieres no desfallezca tu alma teniéndola siempre sin él en ayunas y hambrienta? Fuego y calor es; ¿cómo no temes vivir en glacial indiferencia, ó por lo menos en nauseabunda tibieza, sin ese fuelle continuo que lo avive en la fragua de tu corazon?

Ya lo voy viendo. Tan vano eres y tan presuntuoso, que quieres vivir poco menos que de milagro en la vida espiritual, como fuera pretender vivir de milagro en la temporal rehusar sistemáticamente todo reparo de alimentos. Dios, empero, no obra milagros para satisfaccion de necias presunciones. Quiere que en la vida ordinaria viva cada cual con los medios ordinarios que Él ha dispuesto para ayudar á vivir. Si pretendieses vivir sin comer, moririas extenuado: así te pasará en lo espiritual, si te obstinas en rehusar la alimentacion propia para tu alma, que es la divina palabra. Primero te sobrevendrá la debilidad, luego la extenuacion, al fin la muerte.

III.

Es inútil, no os canseis: las personas de gusto no podemos aguantar un sermon. ¡Son tan sosos esos predicadores!

Desde el principio me figuré que era ésta una de las salidas (de pié de banco, á la verdad) con que ibas á objetarme, y por tanto has de saber que no me coge de nuevas. Por de pronto tenemos ya planteada la cuestion en otro terreno muy distinto. Empezaste, amigo mio, á despreciar el sermon porque se te antojó que sabias más que el predicador ó tanto por lo menos como él. Luego te pareció que podias muy bien prescindir del púlpito cuaresmal, por ser tú ya tan bueno que nada tienen que ver contigo sus apostólicas invectivas. Te probé que ni eras tan sabio ni tan justo que algo no pudieses aún aprender y mejorarte con escuchar atentamente al predicador; y derrotado en esas dos primeras trincheras, sálesme ahora con que, si no vas allá, no es al fin más que por razon de gusto, que es realmente toda una razon. Me choca ¡válgame Dios! la ocurrencia esta, y aquí me tienes otra vez dispuesto á entablarte sobre ella divertida polémica.

¿Con qué por el criterio del gusto resuelves tú este y otros puntos graves tocante á tu deber de cristiano? Pues te digo, á fe, que no eres cristiano, ni eres filósofo, ni eres siquiera racional. Tales cosas, y todas las cosas sérias de la vida, no las resuelve el gusto, sino la recta y debidamente asesorada razon. Por gusto ni ayunaria yo, sino que procuraria cebarme á todo pasto con faisanes y galli-pavos. Por gusto no darias tú limosna al pobre, sino que procurarias pillarle al descuidado á quien pudieses su caja ó su bolson. Por gusto no se es templado y casto y continente, sino echado para adelante en materia de toda liviandad. Por gusto no se obedece á ninguna ley, pues la ley, así que es tal, empieza á ser de suyo poco apetitosa, y el mayor gusto que tenemos

es zafarnos de ella. Por gusto, en una palabra, no se hace casi nada de lo que se debe hacer, y en cambio por gusto se hacen todas las infamias y picardías. Y si por el gusto debiesen guiarse en tu casa tus hijos y criados, asegúrote yo, á fuer de franco y leal, que mucho te habia de costar encontrar hijos que te respetasen y criados que te sirviesen. Poniendo, pues, la cuestion de ir ó no ir al sermon en ese terreno del gusto, has empezado, amigo mio, por soltar una animalada mayúscula, perdona lo acentuado de la expresion. Más te diré; en casi todas las cosas de este mundo, y máxime en las de Religion y moral, gusto y deber suelen hallarse, no siempre, pero casi siempre, en razon inversa; de suerte que basta sea muy á gusto una cosa, para que en la mayoría de los casos se la pueda reputar al menos por sospechosa, y basta se le atragante ella un poco á nuestro estragado gusto, para poder casi siempre fallar, sin otro dato, que la tal cosilla debe de ser de muy buena ley.

Pero ¿de veras son tan sosos los predicadores católicos, que no les puede hacer más que ascos una persona de fino y depurado gusto como tú? Me parece que tampoco en eso te sobra la razon... ni te sobra el gusto, vamos al decir. Cierto que los oradores cristianos, particularmente los que mejor comprenden su austera mision, no suelen gastar los floreos y fuegos de pirotécnica que tanto abundan en otras clases de oratoria; cierto que la retórica del púlpito suele pecar más bien (si á eso puede llamarse pecar) de nerviosa y huesosa y descarnada; cierto que el orador sagrado va más, por lo regular, á la fria razon y al convencimiento y al razonamiento didáctico, y después á los suaves afectos del corazon, que á los hechizos de la imaginacion y á la música arrulladora del oido. Mas ¿qué quieres? Cada cosa debe vestirse con su traje propio y adecuado, y tan mal pareciera un grave religioso con las galas y plumas de un militar, como éste con las negras hopalandas del recogido cenobita. No se ha de vestir la palabra del Señor en su santo templo con las formas alegres y vaporosas del siglo: si fuera del ministerio santo, en la propaganda popular y callejera, y por tanto extraoficial, se la presenta alguna vez en traje más frívolo y risueño, sabe Dios á qué tristísimas necesidades de la época presente obe-

decen tales arreos y aderezos con que se hace preciso disfrazarla. Mas en el templo, al pié del altar, bajo la arcada mística, ¿con qué otras voces es natural que resuene, que con las austeras y sobrias y enjutas con que la dictó por vez primera al mundo su soberano Autor?

Mas, concedamos que alguna vez no sea el ministro de la verdad, áun en ese estilo severo de la oratoria sacra, todo lo correcto y atildado que pudiera exigir una crítica literaria exigente: concedamos que haya predicadores que afeen y desluzcan la natural belleza de sus sublimes asuntos, con rasgos de mal gusto, con frases poco limadas, con ejemplos y símiles vulgares y de baja estofa, con ademanes no tan académicos como los que se usan en el teatro ó en el parlamento, con voz de timbre menos simpático y de modulaciones menos clásicas que las que te ofrece el barítono ó el tenor... ¡santos cielos! ¡cómo truecas las especies, amigo mio, y cómo te tiene trastocado el juicio tu negra prevencion! ¿A qué vas á la iglesia? ¿Vas á escuchar la verdad ó á deleitarte con pomposos períodos? ¿Vas á instruírte en la fe y en la moral ó á palmotear un concierto? ¿Le pides al ministro de Dios verdades del Evangelio ó gorgoritos de *prima donna?* Y si verdades te da y buena moral te enseña, y con sólidas razones te instruye y persuade, ¿qué importa te lo dé en mejores ó peores formas, en bajo ó mediano ó subido estilo, con clásica y purista ó con desmañada y poco castiza elocucion? Mejor seria, á fe, que fuesen Cicerones y Demóstenes ó más bien Crisóstomos y Ambrosios todos nuestros oradores; mejor seria que hubiese, aún en cada aldea, un P. Granada ó un Bossuet, ó cualquiera de esos que áun por los malos se hacen admirar y aplaudir. Mejor seria todo eso, que no somos tan insensibles á la magia del buen decir que no nos encanten y arroben como al que más sus poderosos atractivos. ¡Ojalá estuviese al servicio de la verdad toda esa mundanal elocuencia que se derrocha y despilfarra miserablemente en Ateneos y Parlamentos, sirviendo tantas veces de arma contra ella! Pero, de eso á exigir que no se deba prestar oídos á la modesta hija del cielo sino cuando se nos presente engalanada con esos fastuosos atavíos de la tierra, hay, amigo mío, gran distancia y gran diferencia. Fuerte es

y poderosa la verdad sólo por ser lo que es, es decir, por ser verdadera y por ser divina. Y con esto solo se presentó al mundo, y con ser el mundo en su aparicion muy vano y presumido y muy pagado de elocuencias y filosofías, con sólo su divina sencillez le confundió y le venció y le ganó para Cristo. El Areopago enmudeció ante la desnuda argumentacion de San Pablo. San Pedro se impuso á la académica Roma sin haber estudiado á Longino ni á Quintiliano, y ni siquiera haber oído á Ciceron. Y desde entonces las galas de lá humana elocuencia se han admitido para adorno de la verdad cuando álguien con buena intencion las ha ofrecido; pero ésta no las ha mendigado jamás, ni las ha necesitado para sus valiosas conquistas.

¡Ah, delicado hijo del siglo! ¡Ah, cristiano de buen gusto, ó mejor, de estragado paladar! ¿Cómo te han quitado el verdadero sabor de las cosas santas las mil y una frivolidades mundanas en que vives de continuo embobado? ¿Buen gusto dices tener? No tienes buen gusto, nó, sino horrible, espantosa desgana, síntoma tal vez de estómago descompuesto y de mortal enfermedad. ¿Te ries, desventurado? Pues escucha una comparacion con que voy á concluir. Mal va el el enfermo cuando rehusa los alimentos ó las medicinas sólo porque no es de buena loza ó porcelana el vaso ó plato en que se los dan: mal va el infeliz cuando para comer un triste bocado necesita que se lo guisen cada dia con raras y variadisimas salsas, sin lo cual no lo puede tragar: mal va el cuitado cuando á la carne y al caldo y al pan y al vino sólidos, sustanciosos, nutritivos, les aparta desdeñosamente el rostro y le dan náuseas con sólo su olor. Mal va, mal va el enfermo cuando se encuentra así. Engáñenle como puedan al pobrecito, y prevénganle la mortaja y la sepultura.

Pues bien: así muestras estar tú, pobre amigo mio. Enfermo estás de cuidado. ¡Te mata la más horrible desgana: la desgana de la verdad!

IV.

Quisiera yo los predicadores más al uso del dia. ¡Si no saben más que aturdirnos con el pecado y la muerte y el infierno!

¡Bravo, bien, muy bien, perfectísimamente bien! ¿Con qué quisieras tu los predicadores, como los trajes, siempre á la moda de hoy? ¡Ah! Hace poco me proponias por único criterio en estas materias el gusto tuyo particular: ahora te descuelgas con que sea única regla suya la moda. Tan estrafalaria es esta pretension como aquélla, y pronto lo vas á ver.

¡Demasiados son en todas partes ¡alabado sea Dios! los predicadores al uso del dia! ¡Y tantos como tiene para su perdicion el siglo presente! Pero escucha. Da la casualidad de que los predicadores católicos han de estar continuamente predicando contra la mayor parte de los usos del dia: ¿cómo, di, pueden arreglárselas para predicar al uso de él? Además de que el uso del dia, precisamente por ser del dia y por no atenerse más que á vivir al dia, es vario, caprichoso, antojadizo; resultando casi siempre que el uso del dia de hoy, por ejemplo, es totalmente distinto y áun opuesto tal vez al del dia de ayer, sin que se pueda de fijo asegurar cual será el de esta noche ó el de mañana. ¿Es regular, pues (dímelo en conciencia de hombre formal, ya que no de hombre cristiano), es regular que sea el predicador como veleta de campanario, pronto á volverse á cualquier *viento de doctrina,* segun que de acá ó de allá soplare, y no inmutable, seguro, inmóvil como debe serlo en sus enseñanzas el ministro de la verdad? Ni tú mismo te fiarias (y harias bien en no fiarte) de un maestro de tal calaña, que para saber lo que ha de predicarte hoy, debiese consultarlo antes á la moda de hoy; como para saber de que modo ha de cortarte el pantalon ó el chaqué ha de consultar tu sastre el último figurín. Vamos, trata en serio las cosas serias, y mira que nin-

gunas lo son más que las de Dios, del alma y de la eternidad. Al uso del dia se pueden querer alguna vez las cosas del mundo; al uso de siempre han de quererse las cosas de la Religion. Con qué, desengáñate, amigo, y no pierdas el tiempo pidiendo imposibles. En eso no se te ha de complacer.

Dejas clarear más y más tu intencion cuando dices tan franco y tan sencillote, que te amohina eso de que te estén hablando á todas horas del pecado y de la muerte y del infierno, que son cosas realmente para poner á cualquiera de mal humor. Pero, ¿qué le vas á hacer? ¡si tampoco eso tiene remedio y por fuerza lo habrás de aguantar! Los temas de sus sermones no se los escoge por su gusto el predicador; hechos se los da y señalados el Amo por quien predica, y no creo seas tan exigente tú que para que te dé gusto el sacerdote vayas á querer se ponga mal con Su Divina Majestad. Así que de pecado, de muerte, de infierno y de otras lindezas de este jaez se te ha hablado y se te hablará siempre desde el púlpito cristiano.

Sobre que, si bien lo consideras, tales asuntos, si no son al paladar mundanizado los más sabrosos, son en cambio los más provechosos á la salud. Hay que predicarle al hombre lo que le escuece y mortifica, más que lo que le halaga y lisonjea. Para suave arrullo de los oidos ó del sensiblerismo tiene hartas músicas de las suyas el mundo; no es propio pedírselas igualmente á la Religion. Recientemente se promovió oficial y ridiculísima algarada contra un predicador ilustre por esa dureza suya, que no era suya sino de su austera mision; y hasta órganos del diablo, servidores asalariados de la impiedad, dijeron en abono y loor del ministerio apostólico independiente y franco crudas verdades, que en tales bocas, aunque no inspiradas por amor á la verdad sino por otros móviles, hicieron singular efecto. Si en todas partes se adula al hombre y mucho más aún á la mujer; si en todas partes hay una como conspiracion permanente para tenerle mareado con incienso de alabanzas y desvanecido con falsos resplandores de ilusion; si se le procura formar de continuo en derredor mentida perspectiva de teatro, para que juzgue por muy sólidas, cosas que son la mis-

ma frivolidad, y por muy verdaderas, cosas que son la misma mentira, ó por lo menos para que crea como las menos importantes y trascendentales las que realmente son en sí las de mayor importancia y trascendencia, ¿no ha de haber un punto siquiera y un labio siquiera de quienes oiga el muy miserable una vez ú otra la clara y neta y desnuda verdad? ¿No es cierto que es pecador? ¿Por qué no ha de haber, pues, quien á las barbas se lo diga y se lo persuada hasta infundirle de eso plena y viva conviccion? ¿Y no es verdad que ha de morir? ¿Por qué, pues, no ha de haber quien le desvanezca á gritos la fantástica ilusion suya (práctica por lo menos) de que es inmortal? ¿Y no es seguro que ha de salvarse ó condenarse? ¿Por qué, pues, se ha de hacer asco á las palabras cielo é infierno, que una de las dos ha de ser al fin irremisiblemente su paradero definitivo? Si con no mentar esas cosas pudieran ellas evitarse, muy prudente seria, á fe, guardar sobre ellas el más profundo silencio. Pero, si ya se digan, ya no, han de pasar por tí, y si no se dicen te han de pillar por de pronto más descuidado y desprevenido, ¿cómo te atreves á quejarte de que te las estén siempre vociferando á los oidos y haciéndotelas resonar en el corazon?

¡Siempre andan con eso! dices. ¡Ah! no, no por cierto: poco andan con eso, muy poco para lo mucho que se ha menester. La mitad y la mitad de la otra mitad de las pláticas que sobre ciertos asuntos se predican diera yo por otras tantas que se predicasen sobre éstos del pecado, de la muerte, del juicio y del infierno. Lejos de tener que reprender á los predicadores el uso demasiado frecuente de estas materias, temo á veces no les reprenda en su dia el soberano Juez haberlas tocado con poca frecuencia. En ellas estriba todo el ascetismo cristiano; y púlpito que no es profundamente y radicalmente ascético, por más que sea brillantemente filosófico ó encopetadamente social, cristiano de veras no lo será. Del horror al pecado, de la direccion al último fin, de la mortificacion y enfrenamiento del alma y de la carne, de la imitacion práctica de Cristo y de los Santos se ha de hablar casi siempre en el púlpito católico y máxime en Cuaresma: todo otro hablar que en eso no se inspire, no es palabra de Dios, sino hueca palabreria del hombre. ¡Música! ¡música! podria

exclamar cualquiera en son de mofa al oirle al orador sus brillantes conceptos y deslumbradoras teorías. Para esos conciertos y sonatinas bueno es el ateneo, bueno es el teatro, bueno es el café *chantant,* donde nadie busca convertirse, sino distraerse y regocijarse. Otros acentos de verdad viva pide la cátedra de Dios vivo; otro estampido de verdadera artillería y no de fuegos artificiales necesita nuestro distraido corazon para despertar si duerme, ó para no dormirse si por dicha anda dispierto aún.

Ya ves, pues, amigo mio, qué niñadas y locuras sueñas cuando pides que se modifique en esto la apostólica predicacion cuaresmal. Pides sencillamente su falsificacion. No te dará la Iglesia ese placer. Buena Madre es, y no quiere engañar á sus hijos, aunque ellos los muy necios lloren y pataleen y se emberrechinen pidiendo ser engañados. No les dará en lugar del puro y sustancioso vino del sobrenaturalismo y del ascetismo cristiano, las aguas falaces, aunque empalagosamente azucaradas, del naturalismo y del seminaturalismo que sólo apetece el mundo en su actual desvarío.

Eso, eso que no te gusta y que te aflige ó te irrita, eso se ha predicado siempre, amigo mio, y eso siempre se predicará.

V.

Vamos á ver: ¿y á qué tanto clamar recio los predicadores? ¡como si no supiésemos que tampoco ellos son unos santos!

Me has partido, á fe, amigo mio, con esta última salida, que estoy por decirte no tiene contestacion. Realmente, es un argumento aplastador, que estoy harto de oir millones de veces, y al que casi nunca he sabido qué responder. ¡Son tan malos y tan remalos esos Curas! ¡Cómo han de tener razon! Así lo andan vociferando por ahí, con extraño celo, otros predicadores que sin duda te complacerán más que los del púlpito cristiano, cuando tan fácilmente te haces eco de

sus malignos chismes y habladurías. Estos sí que serán unos santos, y por tanto dignos de crédito en todo, y para tí de infalible autoridad. Mas... óyeme bien por tu vida, y nunca más vuelvas á repetir esa malicia, sandez ó necia excusa, que, créeme, ni á tu moralidad ni á tu talento les hacen, que digamos, mucho favor.

No son santos todos los predicadores, aunque no faltan entre ellos quienes procuran y consiguen vivir y obrar en todo muy santamente. Más de uno y más de dos has conocido tú, y gracias al cielo no son rara excepcion, sino muy frecuente ejemplo. Pero si no son todos santos, tampoco son todo lo diablos que pondera y pregona para apartarte de ellos la malignidad revolucionaria. Son sencillamente pobrecitos pecadores como tú y yo; como tú y yo, amigo mio, que tambien lo somos mucho, sin que por eso creamos nos han de llamar impostores y embusteros las gentes con quienes tratamos. Tienen como tú y yo rarezas de carácter tal vez, debilidades, desmayos en la virtud, tropiezos en el buen camino, frutos todos que da de sí como natural cosecha suya la miserable naturaleza humana, á la cual, y no á la divina ó á la angélica, pertenecen como tú y yo los ministros del Señor y de su santa palabra. Son hijos de Adan, y con eso está dicho todo. ¿Qué más quieres? ¿Exiges más llana y más humilde confesion?

Pero tú alegas, amigo mio, que por eso no les crees, y que por eso no deben serte de ninguna autoridad; y aquí es donde empieza tu falta absoluta de sentido comun. Eres en eso más exigente y escrupuloso que el mismo Jesucristo Nuestro Señor. Claro, porque á Éste no le pareció obstáculo el ser los hombres miserables y pecadores, para hacerlos ministros suyos y continuadores de su mision gloriosísima,... y á tí sí. Jesucristo Nuestro Señor sabia esta miserable condicion de los continuadores de su obra: la sabia, y pasó por ella y no tuvo escrúpulo alguno en confiarles, á pesar de esto, tan sagrado depósito. Y tú, más quisquilloso y delicado (iba á decir más ajustado de conciencia), no quieres transigir en poco ni en mucho con esta dolorosa condicion de tus hermanos... que por otra parte es tambien tuya. Ya ves, pues, qué caso hemos de hacer de esa tu delicadísima susceptibilidad.

Mas con lo que acabas de apuntar pareces significar que no te convencen los predicadores porque no son santos, que si lo fueran te rendirias á ellos á discrecion. Está bien. Pues ¿por qué no te rindes desde luego á los muchos y muchísimos que tiene en sus anales el Catolicismo, y en los que debes reconocer esta autorizadísima garantía de la santidad que quisieras en todos? Santos fueron los Apóstoles, santos los principales apologistas de la fe, santos los más insignes Padres de la Iglesia, santos gran número de obispos y sacerdotes que han ilustrado todos los siglos y países hasta nuestros mismos tiempos. No te hablan ya con su voz material desde los púlpitos, pero resuena aún su poderosa voz en sus libros: ¿por qué no les crees y no les sigues y no vives en todo segun el tenor que allí se te marca? Y ¿qué más? Santo de los Santos, y maestro y guia de todos fué Jesucristo, y no obstante, ¿cómo no te convence y te obliga su divina autoridad? ¿No escuchas su acento en los Evangelios? ¿No tienes viva su palabra en las Páginas Sagradas? Y sin embargo, ¡infeliz! lo mismo te mueve El que el pobre predicador ministro suyo á quien echas en cara, para no seguirle, su falta de santidad.

A bien que no es nuevo el caso, y en el Evangelio encuentro que ya al propio Salvador del mundo le acontecia lo mismo con su auditorio de entonces, compuesto, á lo que entiendo, de oyentes tan quisquillosos y poco dóciles como tú. Decíales, pues, Cristo Jesús á aquellos fariseos, muy parecidos en no pocas cosas á los de hoy: «¿Quién de vosotros me convencerá de pecado alguno? Si Yo os digo la verdad, ¿por qué no me creeis? Quien es de Dios escucha las palabras de Dios. Por eso vosotros no las escuchais, porque no sois de Dios.» Contundente era el razonamiento del Divino Maestro, y no dejaba escapatoria. ¡Sabes, empero, cómo le contestaban aquellos infelices? ¡Bah! «¿No decimos bien nosotros que Tú eres un samaritano (es decir, un cismático y un pecador), y que estás poseído del demonio?» Donde repararás, amigo mio, que ya contra el más santo y respetable de los predicadores se empleó para desautorizarle el mismo sofisma que se emplea hoy contra los actuales; es decir, no pudiendo atacar con razones la enseñanza, atacar con viles

calumnias á la persona. Y aún no paró aquí, sino que rebatiendo el mismo divino Salvador las calumnias contra la persona, como habia rebatido los sofismas contra la doctrina, dice el Sagrado Texto que «cogieron los fariseos piedras para tirárselas;» género de argumentacion maciza y sólida que más de una vez han acabado tambien por emplear contra los predicadores cristianos los fariseos de hoy.

Con que, ya ves, si á Cristo no le valió ser santo y ser Hijo de Dios para que fuese creída su santa palabra cuando no se la quiso creer, ¿cómo hemos de persuadirnos los predicadores de que, sólo por no ser santos, dejan de creernos los incrédulos de conveniencia?

¡Santos! ¡ojalá lo fuésemos todos y yo el primero, benignísimo lector! ¡Ojalá los tuviera á cientos y á miles cada dia la Iglesia de Dios! Esta es la elocuencia que sobrepuja á todas las elocuencias; ese es el predicador que aventaja á todas las predicaciones. Mas, de eso á no querer se admita enseñanza alguna que no venga por el conducto de la extraordinaria y heroica santidad, hay una gran diferencia, toda la diferencia que va de la aspiracion del celo cristiano á la hipócrita presuncion del farisaismo y del jansenismo. ¡Ah! Tambien recuerdo ahora que habia en los tiempos del Salvador unos descontentadizos oyentes suyos (¡todo lo de hoy se encuentra allí!), que en comprobacion de lo que les predicaba «pedianle para tentarle señales del cielo,» es decir, muestras singulares de exterior santidad. «Para tentarle,» dice el Evangelio. Guarda no seas tú de esos que andan á todas horas pidiendo al que ha de adoctrinarles, señales de santidad. «Generacion perversa é incrédula,» llamó el Salvador á los que le importunaban con tan hipócritas demandas. ¡Ay, que esos terribles calificativos caen de lleno sobre los que como tú buscan hoy dia iguales pretextos para desentenderse de la palabra de Dios!

EPÍLOGO.

No sé, amigo mio, si pueden ocurrirte otras excusas o pretextos para no asistir como debes, siquiera durante el tiempo cuaresmal, al templo á oir la palabra de Dios. Sólo sí te diré que cuantas ocurrirte puedan han de estar poco más ó menos contenidas, y por tanto refutadas, en las que juntos acabamos aquí de controvertir. ¡Ojalá te convencieras de cuán importante es este punto para tu eterna salud y áun para tu presente ventura! Sí, que el ser honrado y morigerado y buen cristiano tiene tambien acá sus ventajas, como tiene sus quiebras y malos ratos el ser disoluto, impío ó indiferente. Y desengáñate; á ser bueno como debes serlo no se te enseñará en parte alguna sino en esta santa cátedra popular. Podrás tener contra ella cuantas preocupaciones se te antojen de secta, de partido ó de qué sé yo qué: lo que no podrás es dejar de reconocer que cuanto allí se propone es lo más saludable y lo más prácticamente social. ¿Qué tal te parece andaria el mundo, si todos los padres y todos los hijos, todos los amos y todos los criados, todos los ricos y todos los pobres, todos los gobernantes y todos los gobernados, fuesen sencillamente como desde el púlpito se les predica que deben ser? Me confesarás que el mundo fuera en este caso un valle, no de lágrimas, sino de dulzuras y felicidad. Pues mira: de que los otros sean buenos ó malos no habrás de dar cuenta tú, en cuanto no hayas de velar sobre ellos: mas de que seas tú bueno ó malo, de eso sí que has de responder y llevar en su dia premio ó penitencia. Haz, pues, tú para ser por de contado lo que quisieras fuesen todos los demás, y si no logras ver arreglado el mundo, que es tarea dificililla, lograrás por lo menos ver arreglada tu casa, ó siquiera arreglada tu alma, que es lo que en definitiva te importa más.

¡Al sermon, pues, y fuera necios pretextos! ¡Al sermon, y callen las ridículas excusas! ¡Al sermon, y seamos todos dóciles y constantes discípulos del sacerdote que nos advierte, nos reprende ó nos consuela en nombre de Dios!

LOS MALOS SACERDOTES.

LOS MALOS SACERDOTES.

I.

Ocasion de este opúsculo: Plan y sumario de él.

L asesinato del Ilmo. Martínez Izquierdo, obispo de Madrid-Alcalá, puede muy dignamente figurar entre las páginas más horribles que registra el período revolucionario en nuestro desdichado país. El asesino pertenecia á las sectas, no á nosotros. Se cita el nombre de la logia en que se le supuso afiliado; se sabe el periódico impío y liberalísimo que era su pasto diario; se conocen sus relaciones y amistades; se vió en quiénes depositaba aún después del crimen sus más íntimas confidencias. La corriente de difamacion formada tiempo antes contra el venerable Pastor de Madrid y que concluyó por tan trágico desenlace, bien se ve que era revolucionaria por la índole de los periódicos y centros que la reflejaban. Es, pues, el Ilmo. Martínez Izquierdo una víctima más, que bien puede sumarse con el obispo Strauch en 1823, con los Religiosos del 35 y del 36, y con tantos y tantos otros individuos del clero español sacrificados en lo que va de siglo por la santa intransigencia de sus creencias ó de su deber.

Cuanto á la nueva Sede de Madrid-Alcalá, dirémos que estuvo de enhorabuena. Recibió el bautismo de sangre que ostentan desde principios del Cristianismo casi todas las Sedes españolas, y ya nada puede envidiar á sus hermanas. Las Sedes de los obispos, como las aras de los altares, están muy bien teniendo por cimiento cuerpos de mártires. El nombre del Ilmo. Martínez Izquierdo inaugura gloriosisimamente el Episcopologio matritense. Sabia este valeroso Pastor que con cumplir su deber pastoral arriesgaba la vida, y no obstante cumpliólo hasta el fin. Estos son más que otro alguno los lauros y las veneras que acreditan ante Dios y ante la historia á los firmes adalides del pueblo cristiano.

Del infelicísimo autor del espantoso atentado nada dirémos, sino que obró como quien era y como podia esperarse de las malignas inflencias que le rodeaban. Por esto obra como quien es la secta al echarnos pérfidamente en rostro su nombre como un baldon para toda la clase sacerdotal. ¡Tanto valiera denostar á Cristo y á su Apostolado porque tuvieron un Judas Iscariote!

Y hé aquí lo que nos puso con esta ocasion la pluma en la mano para emprender la serie de reflexiones rotuladas con el expresivo lema que ven nuestros lectores. Queremos afrontar de lleno el escándalo farisaico de los enemigos de la Religion, y el escándalo *pusillorum* de las almas tibias y flojas en sus creencias. De los malos sacerdotes queremos entablar conversacion, no solamente para no disimular que los hay, sino para reconocer públicamente tal calamidad, y deducir de ella las consecuencias que debe deducir el buen sentido honrado é imparcial, no las que le place sacar á la malignidad revolucionaria.

Y para abordar ya desde luego con toda franqueza el asunto, vamos á diseñar como en anticipado resúmen los puntos de él que con más ahinco nos proponemos desarrollar:

Hay malos sacerdotes.

Los hubo siempre.

Los ha de haber más hoy dia.

Quién forma los malos sacerdotes.

Qué prueba la existencia de los malos sacerdotes.

Cuál es la conducta que debe observar en casos como el presente el buen católico.

¿Les parece á nuestros lectores si es curiosa la tabla de materias que ofrecemos en perspectiva? Pues tal como es, les aseguramos que más curiosas van á ser las consideraciones con que vamos á desenvolverla é ilustrarla. El dolor nos despedaza el alma al emprender esta enojosa tarea. Hoy más que nunca pedimos para ella luz al cielo y paciencia á nuestros amigos.

II.

Hay malos sacerdotes.—Diversas clasificaciones de esta ruin familia.

«Pero ¿es posible que haya sacerdotes tan malos?» Hé aquí la pregunta que inmediatamente nos dirigen una porcion de gentes, cada vez que un delito grave de un eclesiástico viene á concitar la general execracion.

Sí, amigo lector, sí, y no te alarmes: no sólo es posible que haya malos sacerdotes, sino que es verdad, dolorosísima verdad, que los hay. Preciso es que al fin salgas de tu estado de inocencia, si es ella la que te puso en los labios tal exclamacion; ó que acabes de una vez con esos aspavientos de farisaica hipocresía, si esto fué y no aquello lo que te hizo mostrarte tan gravemente escandalizado. Sí, hay malos sacerdotes, como hay malos abogados y malos médicos y malos militares y malos jornaleros y malos artesanos de cualquiera profesion. El hábito y ordenacion no hacen ángel al sacerdote, sino déjanle puro hombre, en lo humano igual absolutamente á los demás. No es, pues, una clase impecable la clase sacerdotal, sino una clase como todas pecadora. Tiene como las otras y quizá más que las otras sus justos y sus imperfectos, mas tiene tambien sus pícaros y malvados. Con una particularidad, digna aquí de especial mencion; la de que los malvados de la clase sacerdotal son por lo regular cien veces peores que los de la clase seglar en sus diferentes grados. Hé aquí, en órden al pecado, el único tristísimo privilegio del sacerdote; que cuando dé éste en ser per-

verso, lo sea con un grado de perversidad á que no llegan por lo comun los demás cristianos.

Y se comprende muy perfectamente la razon. El sacerdote perverso cae de más alto, y la caída es tanto más desastrosa cuanto es mayor la altura ó elevacion desde que se dió. El cristiano seglar puede y suele detenerse en cierto límite de degradacion. El sacerdote precipitándose de su norma regular de vida, no pára por lo comun hasta el más hondo abismo. Llamado á ser ángel de Dios, no deja de serlo más que para convertirse en verdadero Luzbel, á éste parecido ¡ay! con demasiada frecuencia hasta en el total endurecimiento. Sí, amigo mio, hay sacerdotes malos, y es ésta una de las peores calamidades que afligen, desde sus principios, á la Iglesia de Dios!

No ha de creer, pues, la impiedad que nos abochorna y mucho menos que nos tiene ya confusos y derrotados, cuando sale echándonos al rostro el crimen de alguno de nuestros clérigos pervertidos. No tratamos de negar el caso ni áun de atenuarlo. Antes, y repárese bien la observacion, somos los verdaderos católicos mucho más exigentes que ella en este punto, y mucho más que ella extendemos los confines de nuestra apreciacion. Más claro. No solamente reconocemos que hay sacerdotes malos, sino que creemos y declamos que hay muchos más de lo que á la señora impiedad se le figura. Vea V. En vez de disminuir el cargo, queremos nosotros agravárnoslo, mucho más de lo que lo hace nuestro ceñudo fiscal.

En efecto: á la impiedad no le parecen sacerdotes malos sino los que de vez en cuando la escandalizan hasta á ella con alguno de esos gravísimos atentados que tienen general resonancia. Más exigentes nosotros, y por tanto más severos, no limitamos á este reducido número el de sacerdotes indignos. ¡Buenos andaríamos si en materia como esa no fuese algo más rígido nuestro criterio y más delicado nuestro paladar! Así que tenemos por malos sacerdotes no solamente á los que matan ó roban ó viven escandalosamente, sino á muchos otros que la impiedad juzga por buenos y áun prefiere tal vez á los mejores. Tales son los aseglarados, que no traen de clérigo más que el traje y aún no á toda hora; los

vividores, que no buscan en el ministerio sagrado más que su medro personal; los avaros, que explotan el campo del Padre de familias, no para cosechas del cielo, sino para llenar su bolson; los muelles y regalones, zánganos de la espiritual colmena, que, no una gota de sangre, pero ni una gota de sudor gustan de derramar arrimando un poquito el hombro á la cruz del Redentor; los complacientes con todos los errores y corrupciones del siglo, que se han forjado nuevo Decálogo y nuevo Evangelio prácticos, para en ningun caso tener que chocar de frente con él, capaces de dar el *Pax tecum,* en vez del *Vade retro* al mismísimo Lucifer; los disolutos y relajados, que no hacen escrúpulo de pensamientos, palabras, acciones, lecturas, tratos, maneras y correspondencias que Dios condena y la moral reprueba y el mero buen sentido abomina; los... pero ¿á qué continuar tan inmunda letanía? Con decir que son malos sacerdotes los que habitualmente viven en oposicion á lo que de ellos demandan la ley general de Dios y la disciplina canónica y sus especiales votos, hemos dicho ya lo bastante, para que se vea cuán vária es la clasificacion que en este ramo admitimos, y cuán francamente despreocupados nos mostramos en el particular. Cristo tuvo únicamente un Judas en su Apostolado, pero el Apostolado de Cristo se componia sólo de doce individuos, y á éstos habia ido escogiendo uno á uno por su propia mano el divino Maestro, sin que nadie sin ser llamado se le metiese en su honrada compañía. Hoy el Apostolado de Cristo se compone de millares de sacerdotes, y de éstos no son pocos los que entraron en el Cenáculo por las bardas á guisa de salteadores, y no como los amigos por el portal. Es consiguiente, pues, que sean los Judas á docenas entre nosotros, y aún nos sale rebajada la proporcion. ¡Calcula si por cada doce debiera hallarse un traidor, á qué número subiria la cuenta!

En definitiva, que la existencia de algunos perversos sacerdotes entre los muchos buenos, es un hecho tristísimo que nunca hemos tratado de poner en duda los católicos, por más que de eso no saquemos las consecuencias que pretende sacar la impiedad.

III.

Qué dice sobre ello la historia.—Criterio de la impiedad en esta materia.

Quedamos, pues, en que malos sacerdotes húbolos siempre, y en que de consiguiente es regular y probable que siempre los habrá. No falta quien juzgue que será un mal sacerdote aquel vaticinado Anticristo, que al fin del mundo y antes del universal juicio de él, ha de mover contra la Iglesia y los fieles hijos de ella la postrera y más terrible persecucion. Y se comprende. Si para entonces ha de echar Satanás á la arena de sus combates su más fiero adalid, muy conducente es que para eso se valga de un mal sacerdote, ya que nadie puede servirle mejor para el empeño. Lo cual explica además la razon porque el infierno ha procurado tener siempre á su servicio malos sacerdotes en las propias filas de los buenos amigos de Dios.

Revuelve, querido lector, las antiguas historias, tomando el punto de partida de los tiempos más allegados al divino Fundador; en todas campea con mayor ó menor profusion la siniestra figura del mal sacerdote. Apenas hubo herejía que un mal sacerdote no acaudillase ó propalase, ni cisma que un mal sacerdote no promoviese. Si Cristo contó entre sus primeros doce Discípulos un pérfido discípulo, los siete primeros diáconos contaron al lado de la gloriosa y serena figura de San Estéban la de un perverso diácono, Nicolao, autor de la secta de los Nicolaitas. Truenan los cánones apostólicos contra los vicios de su tiempo, y entre ellos no se avergüenzan de citar los escándalos de los malos sacerdotes. Vibra rayos y centellas la elocuencia de los Santos Padres, y en los trabajos de su inmortal controversia no cesan de habérselas contra errores de eclesiásticos perversos. Arrio, Nestorio, Pelagio, tres cabezas de hidra heretical, fueron tres cabezas que adornó la sacerdotal tonsura. Y ¿qué

dirémos de Eutiques? ¿qué de Donato? ¿qué de Focio, cuya maldita rebelion dura aún en el cisma de Oriente? Berengario, Vicleff, Lutero, Zuinglio, Jansenio, y otros tantos progenitores de la moderna herejía liberal, ¿qué fueron sino pésimos sacerdotes, áun antes de declararse ó ser declarados públicos heresiascas? ¿Y cuántos les siguieron en sus caminos de perdicion? ¿A cuántos habia ya anatematizado el Derecho canónico como simoníacos, concubinarios y prevaricadores de las cosas santas? ¿A cuántos castigó y redujo á ejemplar vida aquel provechosísimo y saludabilísimo tribunal llamado de la Santa Inquisicion? Que no era la Inquisicion, como tantos bobos se figuran, una conjuracion del clero dominante en la sociedad, contra la libertad de los seglares y para opresion del pensamiento humano. No dicen ya esto más que los necios y los liberales. La más perseverante y continua accion del clero por medio del Santo Oficio ejerciala el dicho clero contra sí propio, ó mejor, en provecho propio, celando la exacta disciplina de sus individuos, cortando la raíz á los nacientes abusos, conminando con severas penas espirituales y corporales á los díscolos y relajados, haciendo, en una palabra, las veces de Consejo de guerra permanente para el estricto cumplimiento de la ordenanza en los ejércitos del Señor. Contra las supersticiones de los falsos devotos y contra los escándalos de los malos clérigos, ejerció principalmente sus benéficos rigores el hoy tan aborrecido Tribunal. ¡Quién nos lo devolviese ¡ah! como en sus mejores tiempos organizado, para eficaz medicina de la mayor parte de nuestros males!

Y basta ya de eso, que álguien tomará por digresion, cuando en realidad no lo es.

Una cosa vamos á hacer observar, volviendo al hilo de nuestra materia, empezando ya á discrepar del juicio de la impiedad en el asunto de los malos sacerdotes que venimos tratando. Convenimos con ella en que hay curas malos, y en que los hubo perversísimos en todo tiempo y ocasion. Mas la impiedad, á muchos de esos que nosotros execramos como ha execrado la Iglesia santa, los enaltece y glorifica ella como sus más esclarecidos héroes. Ayer lo vimos en el famoso aniversario de Jordan Bruno, mal clérigo, disoluto y

escandaloso, reo de crímenes comunes como el malhechor más vulgar y comun, y sin embargo, glorificado por la secta porque fué apóstata de sus hábitos y de su fe. Y vimos lo propio en el centenario de Lutero (tipo de igual calaña), dos años atrás celebrado en Alemania, y cuyos ecos se sintieron tambien en la Masonería de aquí. Y así, á cada paso danse ejemplos análogos. De suerte, que el sacerdote malo no se nos hecha en rostro como un oprobio, sino cuando la secta no se lo puede francamente apropiar como una gloria. Si tal infeliz puede en algun modo justificar abolengo sectario, y mucho más si por el castigo á que se hizo acreedor logra figurar en su martirologio, ¡oh! entonces, entonces el tal sacerdote malo, por malo y por corrompido que sea, no es tal malvado y tal corrompido. Es al revés, uno de los más gloriosos santones de la humanidad. ¡Hasta el más cínico y lujurioso y brutal será merecedor entonces para ella de los honores del centenario y de la estatua, mucho más que San Carlos Borromeo, ó San Ignacio de Loyola, ó San Vicente de Paul!

IV.

Causas más eficaces de corrupcion para el clero en el presente siglo.—El primer responsable de ella es la Revolucion.

Si tal fué en todos los siglos la condicion pecadora del clero, sencillamente porque tal ha sido siempre la condicion pecadora del hombre, júzguese lo que ha de ser hoy, en que se han aumentado y multiplicado por tantos conceptos las causas de perversion que hubo siempre en este mundo, por todos sus lados corrompido y corruptor. Aumentadas las causas de depravacion general, lógico es deducir que han de sentirse los efectos en todas las clases sociales, inclusa la eclesiástica, que vive en igual indispensable atmósfera que las demás.

Poco necesitarémos explicarnos para que se vea clarísima la fuerza de esta observacion.

No separa muro alguno al clero de sus demás hermanos. Salen, en primer lugar, los clérigos de la masa comun del pueblo, no los traen allá bajados del cielo por continuo milagro, como tal vez se le figura á la en esto tan escrupulosa y exigente impiedad. Los jóvenes dedicados á la carrera del sacerdocio se sacan de las poblaciones y familias de hoy, no de las familias y poblaciones de otros siglos y de otros países. Queremos decir con esto que participan, ya desde antes de emprender sus estudios, de las condiciones morales que caracterizan en mayor ó menor grado á la actual generacion, y llevan en sí, sin que sea posible evitarlo, gérmenes morbosos que todo hijo del presente siglo respira, quiera ó no, por el mero hecho de haber nacido en él, y no en otros más profundamente cristianos. Una buena parte de la juventud escolar apenas en tiempos más venturosos necesitaba otra educacion que la muy sana que se daba en el hogar doméstico, para salir muy fervorosa y edificante. La mayoría de las familias ofrecian entonces condiciones tales como las que puede reunir hoy el mejor seminario. Digásenos francamente: ¿estamos ahora en tales condiciones? ¿Se educa la niñez en el espíritu y sujecion en que se educaba en España, aún no hace un siglo? ¿No son hoy tan contadas las casas perfectamente cristianas, casi como lo eran cien años atrás las casas absolutamente impías? Ahora bien. ¿De dónde procede la juventud que se consagra al sagrado ministerio? Procede de esas casas y de esos padres en que muchas veces reina la más completa libertad; procede de una masa comun que las ideas y los malos ejemplos han hecho casi toda ella revolucionaria; procede del pueblo con sus presentes vicios, y preocupaciones, y desmayos, y tibiezas. La mision encomendada á los seminarios es por lo mismo dificilísima hoy dia por este concepto, en que tal vez se ha fijado poco la atencion de nuestros detractores. Antiguamente el seminario al recibir del hogar doméstico un jóven candidato al sacerdocio, apenas necesitaba hacer más que continuar ó ampliar la obra que en él principiaron sus padres. Puestos estaban y con mucha solidez los cimientos, y áun tal vez levantadas muy para arriba las paredes maestras: la educacion clerical no hacia más que completar la fábrica, y adornarla y enrique-

cerla con los rasgos más característicos, para que adquiriese completamente la fisonomía del santuario. Hoy en la mayor parte de los jóvenes que recibe el Prelado en sus aulas ó en sus pensionados está casi todo por hacer. Gracias que no se deba principiar por deshacer lo en mal hora fabricado. Y de todos modos el resabio de las primeras impresiones bebidas casi con la leche, el aire revolucionario tragado por los pulmones del alma en la época más delicada cual es la de la mocedad, el estrago producido por los malos ejemplos y por el entibiamiento en la piedad, son otros tantos enemigos de los cuales queda siempre algo en el fondo del corazon, áun después que ha pasado éste por todas las pruebas y purificaciones del más exquisito celo pastoral. Dennos un pueblo de fervorosos cristianos en su generalidad, y se verá cuán facil es sacar de sus filas los más heroicos y ejemplares sacerdotes. Ha bajado el nivel general de la fe y del fervor; ¿cómo se quiere que no haya padecido menoscabo en nuestra clase la firmeza de estas virtudes? Cuando acontece devastar la epidemia una comarca, resiéntense de ella hasta los más robustos temperamentos, áun los que no sucumben al estrago general. Hoy es un hecho la desmoralizacion cada dia creciente, gracias á las ideas revolucionarias que como oleada devastadora inundan el mundo. De todos los desórdenes, pues, de él, de los de la clase sacerdotal inclusive, es responsable en primer lugar el pecado de origen, que á todos nos ha hecho pecadores; mas en segundo lugar lo es hoy la Revolucion, que para todos ha multiplicado los lazos y ocasiones de pecar.

Es irritante, pues, que finjan escándalos los más declarados cómplices de él, que lamenten la corrupcion los continuos é incesantes apóstoles de ella. Ciertos crímenes monstruosos que revelan un espantoso estado social, no tienen derecho á execrarlos los que ese estado social han creado, y lo sostienen y fomentan y agravan con todos los medios de su infernal propaganda. No puede anatematizar el fruto quien plantó el árbol, y está cultivándolo y cuidándolo con tanta solicitud y afan. Nosotros que clamamos porque á dicho árbol de maldicion se le aplique la segur, y no á tal ó cual rama parcial, sino á su tronco y raíz; nosotros, sólo nos-

otros podemos condenar sus frutos envenenados, sin que se nos pueda tachar de mala fe ó de inconsecuencia.

La Revolucion es, pues, la que principalmente engendra los malos sacerdotes, como engendra y fomenta hoy dia todas las cosas malas. Empero, en lo expuesto hemos podido tan sólo insinuar su influencia indirecta sobre el clero. Verémos ahora lo que directa é intencionadamente hace para corromperle de mil maneras. Tal vez será ese el punto de mayor interés en el presente sencillísimo estudio.

V.

Cuál ha sido en el clero español el efecto de la propaganda corruptora de la Masonería. Diferencias de criterio y de procedimiento de la misma sobre este punto.

La corrupcion del clero es otro de los siniestros ideales de las logias, al que tienden éstas por todos los medios y recursos que les proporciona su diabólica organizacion. Muy clarito han hablado sobre eso las instrucciones secretas de la Masonería á sus adeptos, publicadas últimamente por Crétineau-Joly y Segur, y conocidas de la mayor parte de nuestros lectores. Y se comprende la razon. Ha dicho un Santo Padre, que el mal sacerdote es para Satanás «el plato favorito,» *cibus ejus electus*. Es lógico que lo sea igualmente para la Masonería, que si no es Satanás en persona, lo es en su más auténtica y legitima representacion. Hay, pues, en las logias un plan completo de desmoralizacion del clero católico, y este plan es el que vemos desarrollado en la vida pública moderna de los Estados liberales, de los cuales no es la Masonería más que el organismo interior, ó más bien dicho, la verdadera alma.

¿Ha conseguido como deseaba estos sus infernales propósitos la Masonería?

Afortunadamente podemos dar á esta pregunta el más categórico *nó*. Nuestro clero es todavía el más refractario á

tan satánicas influencias, así en lo que atañe á las ideas como en lo que mira á las costumbres y canónica disciplina. Y para que, por ser nuestra, no aparezca interesada y nada imparcial la apología del clero, ya que por dicha pertenecemos á esta clase tan vilipendiada, harán mejor nuestros lectores en escucharla de boca de nuestros comunes enemigos, que son quienes nos la están componiendo de continuo más gloriosa. ¿Qué significa, sino, la fama que de reaccionario y fanático y ultramontano se tiene desde lejanos tiempos muy bien ganada el clero español, y que con gran honra suya conserva todavía? ¿Qué significa el tener contra sí la ira de todos los que directa ó indirectamente aborrecen todo lo bueno, todo lo sano, todo lo honrado? ¿Qué significa la no interrumpida persecucion de que es objeto setenta años há, bien por parte de perseguidores oficiales, bien por parte de insultadores callejeros? ¿Qué son todo esto sino otros tantos elocuentes testigos que deponen en este proceso en favor de la ortodoxia general de nuestro clero, que nunca podrán desmentir las monstruosas excepciones que se presenten en contrario? ¿Quiérese prueba más irrebatible del sano concepto que merecen nuestros sacerdotes á la Revolucion, que el mirarlos ésta en todos los ramos de la esfera social como sus más resueltos y jurados contradictores? ¡Ah! Que si fuesen tan malos como se supone los más de los sacerdotes, si no fuese entre ellos caso aislado y excepcional el tipo del clérigo corrompido, más entusiastas del clero fueran los enemigos de la fe, más tolerantes con sus reales ó supuestos extravíos. Al fin, ya sabemos cómo opina en esto y como procede la Revolucion, cómo mima y halaga y adula y protege y levanta á los que á ella y á sus máximas se allegan; cómo á esos infelices tránsfugas todo se lo perdona y áun todo se lo aplaude y canoniza, siquiera sea lo menos edificante. ¡Ya sabemos cómo trata la Revolucion al desdichado cura á quien puede creer su fautor! ¿No hemos visto en estos mismos dias intentada nada menos que la rehabilitacion del desdichado asesino del Obispo de Madrid, é infamada la memoria de la víctima, á pesar de lo espantoso del atentado y de la mucha luz que se ha hecho sobre él? Júzguese, pues, qué sucederá cuando los abusos sean de tal índole que no alarmen la muy

poco escrupulosa conciencia de los sectarios; júzguese lo que sucederá cuando se trate de faltas meramente canónicas, no por este concepto menos dignas de severo correctivo. Entonces ¡ya lo hemos visto mil veces! no necesitará otra cosa el eclesiástico revolucionario para ser alzado sobre el más alto pavés.

La secta tiene para tales casos una norma de conducta que caracteriza perfectamente su infernal maquiavelismo. Si el sacerdote culpable ó reputado tal es un pobre sacerdote que por humana fragilidad cayó en tal ó cual falta, ó dió lugar á que se le imputase ella con mayor ó menor apariencia, permaneciendo en lo demás ejemplar y ortodoxo y de sana reputacion entre los buenos, entonces la secta es la principal promovedora del escándalo, la más celosa de la rigidez sacerdotal y de que no se dén malos ejemplos á los fieles, la primera delatora del crímen á todas las autoridades, inclusa la del alcalde de barrio. ¡Oh, qué páginas tan evangélicas escriben entonces sobre moral esos inmorales periodicuchos! No les gana en austeridad ningun Santo Padre. Mas si el clérigo delincuente era ya reputado por los de manga ancha ó de ancha base, como se dice hoy, si es de los que cigarro en boca y copa en mano frecuentan sus círculos y tertulias; si es de los aficionados más á perorar en juntas profanas que á predicar en novenas y jubileos y romerías, puede entonces estar seguro de que no le faltará el apoyo de toda la cofradía masónica ó liberal, sean cuales sean los desahogos que el tal se permita, sean cuales fueren las censuras que le merezca su conducta á la legítima autoridad. La secta ejerce sobre los tales un patronato eficacísimo para sacarlos de cualquier apurado trance, y áun para indemnizarlos con su cariño del justo horror con que los miran los buenos. Sea amigo de masones y masonizantes un infeliz sacerdote; sea de los que encuentran plausibles ó siquiera pasaderas sus máximas y acciones; sea de los benévolos y acomodaticios y nada aprensivos en estas materias... ¡no tema! él será de los discretos, de los ilustrados y de los intachables; para él será el bombo sectario de las crónicas y gacetillas; él será la flor y espuma de la clase sacerdotal, honor y prez de su siglo y de su patria!

Hé aquí el resorte principal con que procura la secta la corrupcion del sacerdocio: el apoyo de toda clase que presta siempre al clérigo relajado. ¡Oh! ¡Si así fuésemos toditos los sacerdotes! ¡Cuán pocos encontraria *malos* la secta, áun entre los infelices que de veras lo son!

VI.

Adúcese sobre esto una muy oportuna página de un Prelado español.

Sobre este tema nos dispensa de extendernos, como queríamos, en otro órden de consideraciones la voz de un ilustre Prelado español, el de Málaga (hoy de Burgos), cuyos párrafos de una elocuentísima Pastoral trasladamos aquí, para que digan ellos lo propio que nosotros pensábamos decir, y lo digan indudablemente con mayor fuerza de autoridad. Ahí tienen donde hincar el diente los que hacen del mogigato y escandalizado porque hablamos de malos sacerdotes, ó mejor quizá, porque ponemos el dedo en la dolorida llaga señalando las causas actuales de tal calamidad. Lean lo que sobre eso mismo, y hasta subrayando frases, les dice el Ilmo. Sr. Dr. D. Manuel Gómez Salazar.

«Mas sin embargo, amados hijos nuestros, de ser tal y tan grande la oposicion y repugnancia invencible que tiene el crimen con el estado sacerdotal segun que es por su divina institucion *la sal de la tierra y la luz del mundo*, admite una explicacion muy obvia y natural en sus infelices autores, considerados en si mismos y con relacion á la actual sociedad en que viven. Y es que su sagrado carácter no les hace impecables, ni les exime de la humana flaqueza, ni de contraer aquellas mismas enfermedades morales que deben curar á los demás, por más que les suministre auxilios poderosos y superabundantes para preservarse de ellas; para ser fieles á los deberes de su sagrado ministerio, y para no dejarse dominar de la tiranía de sus pasiones y de la esclavitud

de los vicios. Si, pues, algun desgraciado, abusando de su libre albedrío, se rebaja hasta el extremo de olvidarse de lo que debe ser para sí y para los demás como puesto por Dios para iluminarlos y santificarlos con su enseñanza y virtudes, claro es que ese tal, aumentando de dia en dia sus crímenes y sacrilegios, celebrando el santo Sacrificio en pecado mortal, y *crucificando de nuevo al Hijo de Dios en sí mismo y exponiéndole el escarnio* (Hebr. VI, 6), así ofuscado caerá irremisiblemente en lo profundo del crimen cubierto de infamia (*Prov.* XVIII, 3), y será entregado por la justicia de Dios á un *réprobo sentido,* en frase del Apóstol. Y en tal situacion ¿qué obstáculo podrá encontrar ese infeliz para no entregarse á toda clase de infamia?... Y el que así ultraja á Dios, su Criador y Redentor, ¿qué miramiento guardará á sus criaturas?... De ahí el que cierta clase de crímenes monstruosos sólo se vean perpetrados por algun desalmado sacerdote, por aquello del antiguo apotegma: *Corruptio optimi pessima*, es decir, la peor corrupcion es la corrupcion de lo mejor. Y de ello es además un claro y terrible testimonio Judas Iscariote, tipo, modelo y ejemplar de los sacerdotes malvados, y relativamente pocos, que en el transcurso de los siglos hasta hoy pueden considerarse copias más ó menos acabadas de aquel infame y torpísimo modelo. Modelo, sí, de iniquidad, amados hijos nuestros, que nuestro divino Salvador permitió durante su vida mortal, para que nadie en lo sucesivo se escandalizase de aquellos contados malos sacerdotes, que imitando al infeliz traidor en sus crímenes, habian de inundar de llanto y amargura el maternal corazon de su católica Iglesia.

«Empero no está aquí lo peor, así para la Iglesia y el Estado, como para la correccion y enmienda de esos desdichados apóstatas de la santidad y virtudes que reclama su sagrado carácter y divino ministerio. Lo peor está realmente en que, por efecto de las tristes circunstancias de nuestro estado social, lejos de hallarse en él remedio alguno eficaz á tanto mal, encuéntranse á la inversa obstáculos insuperables para impedirlo y remediarlo, y hasta sus causas generadoras; es decir, principios deletéreos que positivamente favorecen su existencia y desarrollo en la esfera de las ideas y de los hechos. Y en efecto, amados hijos, ¿quién ignora

esa máxima errónea y fundamental de casi todos los sistemas políticos modernos, en cuya virtud se abre la puerta á toda clase de ideas y doctrinas, por más absurdas, inmorales y disolventes que ellas sean, y se autoriza su emision y propaganda por palabra y por escrito, cual si fuera un *derecho individual*, sembrando así en el cuerpo social una semilla generadora de todo linaje de vicios, y un gérmen canceroso exterminador de toda clase de virtudes morales y sociales? Pues qué ¿podrá la voluntad marchar por el camino recto de la verdad y de la virtud que es su manifestacion, cuando el entendimiento pervertido, que es su guia, la conduce por la torcida senda del error y de su expresion práctica, que es el crímen? Locura ó temeridad seria esperarlo, pero locura ó temeridad reservadas á nuestro siglo, y de las que supo preservase el gentilismo, á pesar de las tinieblas en que yacia envuelto; pues máxima suya era, cantada por sus poetas más celebrados, y recomendada después por el Apóstol (*I Cor.* xv, 33), la de que: Los malos discursos ó doctrinas corrompen las buenas costumbres. *Corrumpunt bonos mores colloquia prava.* Empero prosigamos. ¿Quién no observa, además, que á virtud de tan deletéreos principios se viene pervirtiendo impunemente á las muchedumbres con publicaciones sofísticas é impías; se halagan sus aviesas pasiones; se vilipendia á la Religion católica con ser la del Estado, y se escarnece á sus sagrados ministros con ser los padres espirituales del pueblo católico español? ¿Quién no ve igualmente ese odio encarnizado y furiosa saña, con que diariamente se envilece y calumnia á los más dignos sacerdotes, mientras se aplaude á los pocos desdichados que no lo son, y se protege su sacrílega rebeldía á sus propios Prelados, *puestos por el Espíritu Santo para regir su Iglesia*, cuando en uso de su divina autoridad se ven en la penosa, pero ineludible necesidad de corregirles para su propio bien y el de su grey, á quien deben iluminar con sus divinas enseñanzas, y santificar con sus evangélicas virtudes? Y ¿quién, por último, ignora que por efecto de esos mismos principios se halla hoy la Iglesia despojada de aquellos medios materiales de que su divino Fundador la dotara, y que le son indispensables para corregir á los díscolos, procurar

su enmienda y arrepentimiento, y estorbar ó impedir al menos que escandalicen, corrompan y perviertan á los demás? Por consecuencia, todos los que de cualquier modo favorecen este lamentable y mórbido estado de nuestra pobre sociedad, no tienen por qué indignarse, ni mucho menos por qué sorprenderse de lo que sucede... Pues qué, ¿no es lógico y natural que coseche tempestades el que siembra vientos? Después de concitar uno y otro dia por medio de sofismas y calumnias el odio y el desprecio á la Religion y á sus venerables ministros, cual si no intentasen otro fin sus infelices detractores que descristianizar á los hombres dejándoles sin Dios y sin conciencia, ¿podríamos esperar otra cosa que los tristes y luctuosos sucesos que amargamente deploramos? ¡Oh! Y ¡con qué paternal dolor os lo dice, amados hijos nuestros, este vuestro amantísimo Obispo, y sin ánimo de ofender á nadie, el que desearia ser víctima propiciatoria de todos, á imitacion de nuestro divino Salvador Jesucristo!... ¡Paréceme muy probable que el venerable Obispo de Madrid no hubiera sido sacrificado en las gradas de su iglesia, si antes no lo hubiera sido en las gradas de algunas publicaciones sobradamente imprudentes é irreflexivas!!! *Corrumpunt bonos mores colloquia prava!*

«Tan obvias y claras son las precedentes consideraciones, que bien puede asegurarse que, abstraccion hecha de las causas próximas de los delitos, es decir, de los móviles personales de sus delincuentes autores, la causa primordial ó remota del espantoso crímen que lamentamos y de cualesquiera otros análogos, debe buscarse en esa actual y asfixiante perversion del sentido moral que nos deshonra y ahoga, y madre fecunda de eso que se viene llamando *las ideas modernas, el espíritu del siglo, y su consiguiente propaganda* contra la verdad moral y religiosa y sus sagrados ministros, vejados, denostados y calumniados impunemente y sin cesar en libros y folletos impíos, en caricaturas asquerosas y en artículos infamantes. ¿Qué extraño, pues, que ese infeliz parricida, dominado de los más torpes instintos, alejado voluntariamente de las prácticas santificadoras de la vida cristiana, y apóstata de la santidad y virtudes anejas á su sagrado carácter, y prostituido, en fin, hasta el extremo de pretender

plaza de redactor en publicaciones impías, viviendo, aspirando y respirando esa atmósfera corrompida y saturada de mortíferos venenos, haya llegado á lanzarse en los abismos más horrendos del crímen? *(Boletin eclesiástico de Málaga*, Mayo de 1886).»

VII.

Observacion decisiva, con todo y tener aires de paradoja.

¿Qué ofrece de particular un mal sacerdote, para que de un modo tan extraordinario llame la atencion, más de lo que suele llamarla un mal soldado, un mal abogado, un mal comerciante ó un mal trabajador? Porque se ha de reconocer que tambien en esas clases que acabamos de nombrar hay individuos malos, como en todas las hay, y sin embargo en ninguna ofrecen tal novedad los hombres perversos como en la referida clase sacerdotal.

—¡Hombre! (salta aquí uno de mis lectores) admiro por cierto la extrañeza que revela vuestro modo de preguntar, y os veo á fe más inocente y candoroso de lo que suelen ser comunmente los periodistas. Se hace más escandalosa y de mal tragar la vida mala de un cura, por una razon que está muy al ojo. Porque á ellos les obliga á mayor ejemplaridad de vida nuestra Santa Religion.—

Está bien, amigo mio: y ahora veréis si fué tan candorosa é inocente mi preguntica, ó si al revés traía ella algo y áun algos de trastienda y segunda intencion, como casi todas las que presentamos al público los señores periodistas. Acabais de darme pié con vuestra respuesta para que os pruebe como dos y dos son cuatro, una al parecer paradoja, que por de pronto os hará soltar la carcajada. Es la siguiente. La impresion de novedad producida por la vida escandalosa de un mal sacerdote resulta siempre la mejor apología de la clase sacerdotal, en vez de parar en menoscabo de la honra de ella. Digo, para las gentes que tengan en buen estado de servicio

la máquina de discurrir, no para las que traen dislocadas y fuera de quicios alguna ó algunas de las piezas de su cacúmen. ¿Os reís? Pues escuchadme en mi tan sencilla como natural manera de apreciar la cuestion.

Sabese una falta grave, ó si quereis la vida enteramente libertina y perdida de un sacerdote cualquiera. Al momento se asombra todo el mundo, y pone el grito en el cielo, y ármase jolgorio y escándalo con tal noticion. Coméntase el caso y adóbase con todo género de salsas y especias. Lo toma por su cuenta la prensa masónica y liberalesca... y el tal sacerdote es tema obligado de epigramas y diatribas contra la clase entera por lo menos durante un mes. Ahora bien. Si la clase es mala, ¿á qué tantos asombros porque se haya descubierto al fin la rara novedad de que es malo uno de sus individuos? Nadie hace caso de lo ordinario y comun; sólo tiene el privilegio de asombrar y alborotar, lo raro y desusado. ¿Os coge de nuevas el delito de un sacerdote, y no acabais de hacer aspavientos cuando tal caso se llega á dar? Luego reconoceis y confesais con eso solo, que no es el clero una clase tan mala y desacreditada, en que sean ordinarios tales escándalos. El argumento no me parece tenga contestacion. O sois necios en vuestros asombros, pues os asombrais de cosas que suponeis ver cada dia; ó sois inicuos en la consecuencia que de ello sacais, porque deducís de lo excepcional y raro un concepto calumnioso para la generalidad. Dadle las vueltas que querais al dilema, de uno de esos extremos no podeis escapar.

Haced ahora la reflexion al revés, y veréis como os da invertida igual consecuencia. Se dice de un cura que es honesto y morigerado y fervoroso; se refiere del otro que ha dejado tales ó cuales limosnas en una casa de necesidad, se cuenta de aquél que no ha abandonado su puesto de peligro en los dias terribles de asoladora epidemia; se escribe del de más allá que ha fallecido víctima de los estragos de ella; y nadie hace caso de esto, y nadie lo extraña, ni lo pondera, ni lo admira; se relata como suceso muy corriente y natural, y que casi no podia ser de otra manera. ¿Qué significa eso? ¿Aún no se os abren los ojos cegados por el odio, infelices detractores de la honra sacerdotal? ¿No lo extrañais, ni si-

quiera tal vez lo advertís, tan acostumbrados venís á ese espectáculo? Reconoced, pues, que no es tan malvada una clase en la que lo mucho bueno y hasta heroico llega ya á no llamar la atencion, y en que, por el contrario, la llama de un modo tan poderoso lo relativamente poco que hay de maleado y corrompido. Reconoced eso, ó no lo reconozcais si mejor os place; así resaltará más la evidencia de vuestra mala fe y la iniquidad de vuestros apasionados juícios.

Más claro y con una plástica comparacion. Tela en que se hace notar al momento cualquier mancha, tela muy limpia debe de ser en lo restante de ella, por más que en un punto dado sean indudables tal fealdad y borron. Si no fuese en lo demás limpia la tela, no resaltaria lo manchado de ella ni dirian inmediatamente «¡Qué lástima!» los que contemplan el percance. Al revés, si fuese tan sucia y por todas partes manchada la tela, no se destacaria mancha alguna especial en ella, antes lo muy poco limpio que en ella por casualidad quedase, eso se haria visible por la singularidad.

Ahora bien. Estudiad el ejemplo, y haced vosotros mismos la aplicacion, mientras continuamos desarrollando esta importante materia.

VIII.

Aplícase igual observacion en órden á la doctrina católica. Comparacion muy vulgar.

Si la existencia de algunos sacerdotes malos nada dice contra la clase eclesiástica en general, sino muy al revés la deja intacta en su honra y en cierto sentido más acreditada, mayor aplicacion tiene eso tocante á la doctrina católica, que realmente no sólo nada pierde de su justo crédito con que sea perverso alguno de sus predicadores, sino que resulta más confirmada en su esencial bondad y verdad, por el hecho mismo de que reconozca por malos la impiedad á los que á ella no viven conformes.

Tambien es éste uno de los puntos en que más frecuentemente hace gala de su absoluta sinrazon y falta de lógica el anticlericalismo. Poco ha de costarnos formular de un modo el más sencillo nuestra argumentacion, para poner, como se dice, en berlina á nuestros enemigos.

¿Por qué, en efecto, se reconoce malo al sacerdote que de veras lo es? No por otra causa sino por separarse este infeliz de los deberes que le imponen, primero su ordinaria condicion de cristiano, y segundo su especial profesion de sacerdote. De suerte que la misma impiedad reconoce que el tal eclesiástico es malo por no conformarse á las leyes de su estado y profesion; reconociendo viceversa que no seria malo, sino que seria bueno, si tales leyes guardase y observase. Con lo cual muy terminantemente declara, que tiene por buenas aquellas leyes; de lo contrario no podria asegurar que es malo un hombre, sólo por separarse de ellas, antes debiera admitir que siendo ellas malas obra como bueno en no guardarlas el que no las quiere guardar. Más claro todavía. Hay aquí una cierta oposicion diametral de términos entre el supuesto mal sacerdote, y la ley cristiana y sacerdotal á que está obligado. El impío ha de reconocer, en fuerza de la lógica, que si el tal sacerdote es malo por no guardar dichas leyes, dichas leyes no pueden ser malas desde el momento en que es malo no observarlas. Cuando, pues, afecta escandalizarse la impiedad por los actos de un sacerdote perverso, hace con eso una apología indirecta pero eficacísima, de la ley que el sacerdote perverso viola y conculca. La ley será buena, será buenísima, si se reconoce por malo al súbdito suyo por el mero hecho de no vivir en armonía con ella. Verdad será el Catolicismo, y lo proclama la impiedad, cuando al ver á un sacerdote corrompido es la primera en señalarlo con el dedo á los pueblos y decirles: «Este hombre es un malvado.»

Y sin embargo, el eterno sofisma de la impiedad ante las turbas incautas pugna por sacar siempre, de casos tales, consecuencia contraria. «¡Ved lo que son los sacerdotes! (les dice). ¡Ved lo que debeis pensar de sus dogmas y de su ley!» ¡Desvergonzados sofistas! ¿Por qué no decís que el dogma y la ley que detestais, son los que primero que nadie con-

denan al perverso sacerdote de que os mostrais tan escandalizados? ¿Por qué no declarais paladinamente que si el tal ministro de nuestra fe es malo, es precisamente porque no guarda y no practica aquello que le manda y enseña nuestra santa fe? ¿Por qué no teneis la franqueza de confesar que si es malo el sacerdote malo, es cabalmente porque ha trocado por vuestras máximas las nuestras, acercándose á vosotros tanto como de nosotros desdichadamente se alejó? Este, éste debiera ser vuestro lenguaje, si debiese ser el de la firme, aunque errada, conviccion, y no el de la burda trapacería.

Unicamente el imbécil y el mentecato dirán que es invencion detestable la de la moneda, sólo porque una vez ú otra les engañó un trampista, haciéndoles aceptar como buena una peseta falsa. No fuera falsa la peseta ni se llamaria tal, si no fuese falsificacion, es decir, perversion y corrupcion de otra que es muy legítima y verdadera. Así el sacerdote malo nadie conoceria que lo es ni le llamara con este franco adjetivo, si no hubiese un tipo general bueno del cual discrepa, y una ley general buena de la que se manifiesta violador. Moneda mala y sacerdote malo no prueban, pues, sino que hay moneda buena y sacerdote bueno, aunque á la lógica del anticlericalismo se le haga cuesta arriba aceptar tal deduccion.

Toda excepcion no puede serlo sino de una regla á la que confirma en vez de destruir. Las cosas son lo que son, y las leyes del raciocinio van por donde deben, mal que les pese á sofistas y embaucadores.

IX.

Qué dice sobre eso la experiencia.

Lo dicho hasta aquí confírmase con un dato de la experiencia, que vamos á apuntar someramente y que entraña utilísimas lecciones. Tal es el natural é instintivo horror que causa todavía á las gentes todas, áun á las más despreocu-

padas, un mal sacerdote. Y no hablamos de este sentimiento de espontánea repulsion, refiriéndonos solamente á los buenos católicos ó á los católicos todavía no enteramente estragados por la infeccion liberal ó revolucionaria. De los cuales claro está no se puede suponer sino que mirarán con la repugnancia que deben, mezclada siempre de profunda compasion, al desdichado sacerdote corrompido y corruptor. Nos referimos principalmente á esotra porcion de gentes alegres y poco aprensivas, que no sienten por cosa alguna el escozor del escrúpulo, que proclaman en todo y para todo la ley de lo ancho y de lo desenvuelto, que se rien de los repulgos y perfiles delicados en que repara solamente la beatería fanática y ultramontana. Pues bien. Aun éstos, sí, señor, áun éstos sienten instintivo horror hácia el cura malo, más, mil veces más que hácia el abogado ó médico ó periodista ó comerciante malos y corrompidos.

—Pero (dirá álguien) ¿no nos habeis dicho en otro artículo que á esos curas malos y libres y desenvueltos los mima y ensalza y glorifica la liberalería masónica, guardando para los otros buenos y edificantes todo su infernal rencor? ¡Cuidado con que os pillemos en abierta contradiccion!—

No hay cuidado por ahora, amigo lector, ni darémos tal alegría á nuestros comunes enemigos. Es cierto que la impiedad alaba y enaltece al cura *suyo*, por la sencilla y convincente razon de que es *suyo* y de que le sirve á maravilla, segun cree, para combatir y desautorizar lo nuestro, es decir, lo de la Santa Iglesia de Dios. Mas tambien es cierto que tales aplausos y glorificaciones de cura perverso no le salen á la impiedad sino de la boca, y nunca de más adentro. Son aplausos calculados y de mero efecto, que el corazon desmiente siempre por maleado que esté; son pura vocinglería en el club y en la gacetilla, y nada más. Años há que conozco á impíos y á liberales de los que ni pintado pueden ver al clero en general, y al clero edificante muy en particular. Años há que oigo sus palabrotadas en elogio del infeliz de nuestra clase que se separa de la norma regular de ella para lanzarse á costumbres y á ideas y á propaganda del gusto de la Masonería. Años há que observo eso, y años há que lo lloro. Mas veo tambien que esos mismos impíos y

anticlericales no se fian poco ni mucho de los desventurados sacerdotes á quienes ensalzan y glorifican, y á quienes con estos sus aplausos han ayudado tal vez á extraviar y perder. Veo que por lo comun recatan de ellos sus hijos é hijas, tanto como les permiten familiaridad y confianza con los del opuesto tenor de vida, pues el mero instinto les señala donde puede peligrar la inocencia de los suyos y donde no. Veo que en casos arduos de familia, en que muchas veces hasta la del impío necesita del cura, no se acude á buscar al que calienta las sillas del estrado las noches de divertida tertulia, sino al otro muy recogido y muy metido en casa del cual se sabe que pasa las principales horas del dia entre los libros y las obligaciones del ministerio. Veo que si la Providencia (porque á veces suele permitirse esos raros *quid pro quo* la Providencia) hace que de entre la parentela de los dichos liberales ó impíos salga un mozo buen sacerdote, todos hasta los más duros de pelar se hacen lenguas del tal mancebo, y se honran con él y se dan á conocer como deudos suyos y le consideran como honra de la familia. Veo, finalmente y por ahorrar un sin fin de curiosas observaciones que ahora me acuden á la memoria, veo, digo, que si un incrédulo ó anticlerical resuelve á la hora de la muerte arreglar los asuntos de su alma para la eternidad, como de eso se ven, gracias á Dios, casos muy consoladores todos los dias, no llama á los curas que conoció como amigos de su política liberal ó de sus costumbres libertinas, ó á los que trató en el círculo revolucionario, ú oyó brindar y perorar famosamente en la comilona masónica, ó tuvo por suscritores al periódico avanzado. ¡Cá! Nada de eso: llama al fraile ó al jesuíta á quienes maldijo; llama al párroco de quien censuró mil veces el espíritu ultramontano y reaccionario; llama al beato y místico del que hizo en vida mofa y escarnio y grosera diversion. Que unos suelen ser los curas *alegres* que se buscan para vivir alegremente; otros los curas austeros que se desean para debidamente morir.

Consulten nuestros lectores los recuerdos de su vida y de sus relaciones y de sus amigos, y digannos luego si las cosas pasan ó no pasan verdaderamente como las acabamos de indicar. El cariño del impío para con el sacerdote

malo, es un cariño puramente exterior, oficial, de uniforme sectario. En cambio, lo que revelan los actos más espontáneos del mismo impío hácia el mal sacerdote, es horror, desvío, más aún que todo eso, profundo desprecio. Renuévase cada dia con el mal sacerdote lo que pasó con el primer tipo de su raza, Judas, en sus tratos inicuos con aquellos impíos del Sanedrin. Alabaron éstos al mal apóstol, y halagáronle y empujáronle hasta con dádivas por el camino de su infame apostasía y traicion. Lograda ésta, fueron los primeros en mirarle con el asco que merecia.

Espléndido tributo que á pesar suyo rinde con eso la propia impiedad al clero sano y á nuestra santa Religion, que es lo que nos proponiamos dejar demostrado.

IX.

Reglas prácticas para el buen católico ante los malos sacerdotes.

¿Cómo ha de portarse el buen católico en este asunto de los malos sacerdotes, cuando se le atraviese en su camino uno de estos infelices, y cuando de ellos se muestre escandalizada la sencillez de alguno de nuestros hermanos?

Vamos á entrar en esta última parte, la más interesante y práctica de nuestro trabajo, y para ella requerimos especial atencion de nuestros lectores.

Supuesto que hay malos sacerdotes, como sin duda alguna los hay, lo primero que debe hacer el buen católico es hacer objeto de incesantes súplicas al cielo la extirpacion de tal pestilencia. No se combate al cólera con negar ridículamente su presencia en la comarca contagiada, ó con disfrazarle el apellido. Cólera es, y vale más reconocerlo francamente así. De igual suerte, peste es el mal sacerdote, y no hay que devanarse los sesos por buscarle paliativos á la calamidad. Lo que importa es firme el corazon y tranquila la conciencia dedicarse con serenidad á buscar remedios, ó si-

quiera preservativos. Y el primero y casi el único es el recurso á Dios.

¡Ah! sí, en nada puede emplearse mejor el celo de la piedad cristiana que en el ruego ferviente, constante, tenaz, incansable por esta necesidad. Al Corazon Sacratísimo de Cristo Dios, herido en primer término por el sacrilegio de esos nuevos Iscariotes, hay que acudir cada dia y cada hora, para que toque el de tales miserables y los reconduzca á buen vivir. El dolor sobre todos los dolores que afligieron al Salvador en aquella tristísima Cena, preludio de la Pasion y de sus crueles agonías, fué la presencia en el Cenáculo de aquel mal apóstol, y el horrendo crimen de su traicion que selló allí mismo con la comunion sacrílega. Y la injuria sobre todas las injurias que recibe hoy dia, es el trato que le dan esos nuevos Judas profanando sus misterios, haciendo llorar á su Iglesia y robándole para el infierno las almas. Para eso debiera hacerse *memento* especial en todas las Misas, intencion especial en todas las Comuniones, rezo especial en todos los actos del culto, penitencia especial por todas las almas mortificadas, ex-voto especial en todos los templos y altares. Que convierta Dios á los malos clérigos, ó que les confunda; que arranque la mano del Padre de familias estas funestas cizañas, ó por lo menos las dé á conocer paladinamente como tales; que reprima la accion del *inimicus homo* que las siembra entre el buen trigo por encargo de Lucifer; que cesen las cien y una causas y concausas que en nuestro siglo hacen más fácil la germinacion de esa venenosa yerba; que las sectas anticristianas, la Masonería y sus afines, sean por fin desenmascaradas, como anhela el Papa, de su infernal disfraz; para que dejen de caer en sus lazos los infelices á quienes deslumbra su falsa ilustracion ó seducen sus odiosos gajes y mercedes.

Esto por lo que toca á la oracion. Tocante al trato del mal sacerdote, debe á toda costa evitarlo el buen cristiano, y con todo ahinco procurar lo eviten los demás. Por lo cual ha de estar muy vigilante y despierto, ojeando á su rededor, prevenido siempre con una prudente desconfianza, para rechazar lejos, muy lejos de sí y de su familia, al que no le traiga muy limpia la bandera de sus principios ó de su con-

ducta sacerdotal. Callar puede (y áun debe) la falta oculta ó poco conocida, como le obliga á eso la ley general de la caridad, mientras el culpable conserva derecho á su fama y buen nombre, y no ha pasado de la categoría de frágil pecador, como somos todos los hombres frágiles y pecadores. Entra aquí el dar explicaciones en buen sentido, y buscar atenuantes y disculpas, áun de lo menos laudable que se observe en nuestro hermano, mientras haya términos hábiles para eso, y no salgan con tal proceder comprometidos más altos intereses. Todo eso, que debe regular la prudencia cristiana inspirada en los elevados principios de la *verdadera* caridad, se ha hecho siempre en la Iglesia de Dios. Cristo mismo usó con su mal apóstol de ese caritativo disimulo, mientras pudo abrigarse esperanza de que el exceso de la bondad rendiria aquel duro corazon. Y del gran Constantino leemos un dicho célebre, digno de la piedad y ortodoxia de aquel fervoroso Emperador: «Si viese á un sacerdote que peca, despojaríame de mi manto imperial para arrojarlo sobre él y cubrir su pecado.»

Mas si el mal sacerdote con escarnio de Dios y del pueblo hiciese pública profesion de su extravío; si perdidos todos los divinos y humanos respetos de lanzarse abiertamente al desórden, renunciando con eso á los derechos de su reputacion y honor; si lo que seria más grave, hiciese de eso la impiedad ó hiciese él mismo arma espantosa de propaganda para combatir á la Iglesia y descristianizar las almas... ¡oh! entonces, lo que tiene derecho (y áun deber) de hacer todo hombre honrado contra ese mal sacerdote, preferimos aguardar á decirlo en el próximo capítulo... porque ahora ya no nos cabria aquí.

X.

Prosigue la misma materia.

«Mas si el mal sacerdote, con escarnio de Dios y del pueblo fiel, hiciese pública profesion de su extravío; si perdidos todos los divinos y humanos respetos se lanzase abiertamente al desórden, renunciando con eso á los derechos de su reputacion y honor; si, lo que seria más grave, hiciese de eso la impiedad ó hiciese él mismo arma espantosa de propaganda para combatir á la Iglesia y descristianizar las almas...»

En estos términos dejábamos en nuestro último párrafo planteado el caso que vamos á resolver en el presente, y que á tantos de nuestros hermanos parece tener perplejos y asustados. Para nosotros es muy sencilla la solucion, reducida á lo siguiente:

Dado que un mal sacerdote de éstos, y en tales circunstancias es el peor de los lobos que introducirse puedan para su perdicion en el rebaño de Jesucristo: dado que nunca se reconoció en favor del lobo derecho alguno al respeto, á la consideracion, y ni áun á la caridad en lo que ésta haya de ser perjudicial á los más preciados intereses del susodicho rebaño; dado que los poderes públicos no están hoy de tal suerte montados y servidos que de ellos pueda buenamente esperarse represion alguna material del escándalo, si no temerse, al revés, que embozada ó desembozadamente lo apoyen y favorezcan; el deber de todo buen católico, de cualquier condicion que sea, es gritar contra el tal lobo con mil lenguas, con cien mil, si las tuviese; señalarle al desprecio y execracion de la multitud con mil dedos, con cien mil, si tantos contase; hacer públicas sin miedos ni reparos cuantas fechorías sepa de él que puedan contribuir á desacreditarle y hundirle, salvas únicamente la verdad del fondo y la decencia de la forma; emplear para eso todos los medios honestos y todos los estilos literarios, desde la ciceroniana

catilinaria que tan elocuentemente fulminó San Juan Crisóstomo contra Eutropio, hasta la sátira picaresca y jacarandosa que con tanta sal esgrimió San Jerónimo contra el hereje presbítero Vigilancio. Habida únicamente razon de que el recurso honesto y digno que más rápidamente inutilice y deje volcado por los suelos al enemigo de la fe y de las sanas costumbres, éste es el que más hace al caso, y el que con más ahinco conviene recomendar y emplear.

Y luego, además de esa invectiva personal que ponga en su verdadera luz al monstruo, y deje bien perfilada y sin rebozo alguno ante los ojos de la multitud su abominable catadura; además del juicio severo é inflexible sobre sus dichos y hechos para que aparezcan éstos y aquéllos á la faz del pueblo fiel sucios como son en sí y sin el disfraz de afectados y conpuestos barnices; conviene tener muy presentes todos los principios de doctrina general tocante á la permision divina del mal en la sociedad cristiana. Principios que en casos como los referidos elevan soberanamente la cuestion y la sacan del bajo terreno de la vulgar y callejera chismografía á la serena region de los grandes problemas teológicos, desde los cuales se ve aquélla bajo su único, exacto y natural punto de vista.

Estos principios, tan propios de la humilde controversia popular como de la más elevada disquisicion científica, no los tienen en cuenta muchas veces algunos de nuestros hermanos en la propaganda. Todo su afan se reduce tal vez á examinar hasta qué grado es cierto ó no lo es el hecho criminal que se imputa al clérigo, qué atenuantes ó disculpas pueden darse para aminorar el mal efecto de la imputacion; juzgándose erradamente que ya no hay defensa posible para la causa del Catolicismo cuando el escándalo es evidente y no admite género alguno de disculpa. Nó, no es éste el sendero que marca la racional apologética cristiana, no es éste el procedimiento mas expedito para sacar en todo conflicto triunfantes y esplendorosos los sacrosantos fueros de la verdad, que es lo único á que ha de aspirar el formal apologista de ella.

XII.

Principios de filosofía general cristiana que deben guiar en esta materia al apologista católico.

Como conclusion y epílogo de esta ya prolija materia, damos aquí formulados los principios de filosofía general cristiana que deben guiar en ella al apologista, y que, más que la averiguacion de tales ó cuales hechos concretos, son los que han de poner en su verdadera luz los eternos fueros de la verdad católica y de la honra sacerdotal que en vano pretenden mancillar nuestros enemigos. Hélos aquí:

1.° La existencia del crimen en la sociedad cristiana, é igualmente en los ministros de ella, se explica por las mismas razones que la explican en el resto de la humanidad. Dios crió libre al hombre, y se ha hecho como un deber el respeto á esa libertad, á fin de que de esta suerte tuviesen algun mérito los actos humanos, que no lo tuvieran si el hombre no fuese libre de cometer los opuestos, y si de éstos como de aquéllos no pudiese exigírsele responsabilidad. A no ser, pues, ángeles los escogidos para el ministerio sagrado, ó á no ser brutos, era imposible sustraerlos á esa condicion de criaturas libres, y por tanto expuestas de continuo al mal uso de su libertad. Hombres son los eclesiásticos, y el pecado de alguno de ellos no deshonra este su sagrado carácter, como el pecado de los demás mortales no se ha conceptuado jamás oprobioso para la clase humana en general. Quien abomine, pues, de nuestra Santa Madre la Iglesia por contar entre sus hijos tantos ó cuantos de ellos que son malos, si quiere proceder con lealtad ha de abominar tambien de todo el género humano, porque de él salen antes que de ella los hijos bastardos que tanto nos contristan. En menos palabras: antes que avergonzarse de ser católico por la mala conducta de un católico, debiera el tan escrupuloso y remilgado censor avergonzarse de ser hombre, ya que primero

que todo resalta aquí la mala conducta del hombre: extremo de delicadeza y de pudor á que no sabemos lleguen por lo comun tales escrupulosos. Nó, toda su afectada susceptibilidad la reservan para horripilarse del mal cuando recae éste sobre clase que desean ver afeada; en las demás todo les parece muy disculpable y todo encuentra excusa, si no satisfactoria y plausible explicacion. Doble peso y doble medida, es decir, peso y medida falsos que acreditan la mala fe y la hipocresía, y el puro deseo de difamacion que se esconde tras las declamaciones é invectivas que se quiere aparentar como nacidas del celo y de la justicia.

2.° Dios le consiente temporalmente al hombre (áun al ministro sagrado) el abuso de su libertad, y el que se le convierta de hijo y de apóstol suyo en resuelto enemigo, seguro como está de que en plazo no lejano este desórden y desequilibrio han de repararse y reducirse á un órden y equilibrio eternos, mediante la aplicacion de su soberana justicia. Allá en la eternidad se resuelve en perfectísima tesis la violenta antítesis que en el mundo presente crean los extravíos del hombre criminal. El cielo y el infierno igualan para siempre la balanza de los derechos del bien y del mal, que acá en el mundo no aparece sino enteramente revuelta y trastornada. El juicio definitivo de Dios es el órden definitivo. Hay, pues, infierno, y le hay áun para el sacerdote si quebrantó la ley de su estado y murió sin la conveniente reconciliacion. Y le hay para él más que para otro alguno, y parécenos le hubiera para él aunque por un imposible no lo hubiera para los pecadores de la clase comun. Y hé aquí lo que coloca en su verdadero punto la honra del Catolicismo en esta dolorosa cuestion. Mengua fuera para el Catolicismo el crimen de uno de sus ministros, si aquél tratase de justificarlo ó encubrirlo, ó si expidiese para éstos un cierto privilegio de impunidad. Mas nó, no es así. En la ordenanza militar son más severas las penas que en el código civil, para delitos que en apariencia son los mismos, hasta el punto de que se castigan con la muerte en el soldado faltas que al simple ciudadano apenas le llevan á unos dias de prision. Así lo reconoce la Iglesia en los delitos de los eclesiásticos. Su ordenanza, como la de un buen ejército, declara más graves que

las de los otros las culpas de sus soldados. Y del mismo modo que un batallon queda limpio de infamia cuando al soldado traidor se le ha leido y aplicado la sentencia de pena capital, así la Iglesia queda sin infamia en el crímen de cualquiera de sus ministros desde el momento en que á éste más que á otro alguno declara incurso en la sentencia de eterna condenacion.

3.° La sabiduría infinita de Dios no se contenta con oponèr al desórden humano el órden divino y definitivo de su eterna justicia. Nó, sino que áun en esta vida sabe sacar de aquél ventajas para sus escogidos. Célebre es el dicho de San Agustin sobre este punto. Y una de las ventajas más ordinarias que de la existencia del mal saca la Providencia de Dios, es que se aquilatan con él las convicciones y las obras de sus fieles amigos. Los malos son la piedra de toque de los buenos, que resultan tanto más buenos cuanto con mayor entereza resisten al yunque y martillo de esa prueba. La verdad y el bien diríase que viven de continuo sometidos en este mundo á juicio contradictorio con el error y el mal. ¿Qué mérito seria el del justo á quien ayudasen y casi forzasen á serlo el aplauso comun, los ejemplos constantes, la influencia nunca opuesta de cuanto le rodea? Lo mas valioso de la virtud consiste, por lo general, en esa continua lucha casi contra todo y contra todos, en que por lo comun nace, crece y se perfecciona. Y una de las más grandes pruebas á que puede verse sometida su firmeza es ciertamente cuando le es causa de decaimiento lo que debiera ser para ella estímulo de fervor y de alentadas empresas. ¡Oh! ¡cómo además resalta la fe y piedad de los verdaderamente buenos en contraste con los actos perversos con que pretende amilanarlos y desconcertarlos la impiedad! ¡Cómo ante ellos se hace más hondo y mas encendido el espíritu de oracion en las almas justas á proporcion que en las impías crece el furor del odio á Dios y de la infernal blasfemia! Y sobre todo, en tiempos de indiferentismo y tibieza como los presentes, ¿qué reactivo más apropiado para despertar los amodorrados corazones, que el horror natural de ciertos grandes crímenes, reveladores del espantoso abismo al borde del cual duerme ó rie distraida la actual sociedad?

XIII.

Ultima observacion: la de efectos más prácticos, aunque por lo comun la más desatendida.

No hay clase tan acosada por la difamacion y vituperio de los malvados, como la clase sacerdotal, por la sencilla razon de que es entre todas la que menos lo merece. Lo que en otras son lances muy comunes y ordinarios, en ésta son raras y fenomenales excepciones. Léase la estadística de los tribunales y establecimientos penitenciarios, y con esta guía en la mano, que probablemente no ha sido confeccionada por amigos del clero, dígasenos con imparcialidad qué contingente presta dicha clase á sus odiosas casillas. Esto desespera, como es natural, á la impiedad, cuyo anhelo es dejar sentado que un cura católico es comunmente el peor de los monstruos sociales; por lo cual no es de extrañar que cuando se da por desgracia el caso de un crimen ó falta pública de un mal sacerdote, lo trompeteen y exploten inmediatamente todos los órganos de la secta, abultando y popularizando el escándalo hasta que llegue, aunque difícil es, á la medida de sus infernales rencores.

Y sin embargo, parécenos que lo natural sería, cuando un caso de éstos acontece, contraponer inmediatamente al tipo excepcional que ha levantado tal polvareda, la consideracion de tantos y tantos otros que constituyen la regla comun, y de los que no sólo no se puede sacar nota infamante para la clase, sino que de ellos se debe sacar muy honrosa. Sería entonces ocasion oportuna de recordar los santos mil que ha dado á los altares la clase sacerdotal, los sabios de que ha llenado los anales de la ciencia, las víctimas con que ha enaltecido el martirologio de la caridad. Hora sería de sacar de la oscuridad del olvido los nombres de cien y cien ignorados bienhechores del pueblo que en las Misiones y en las parroquias consumen en bien del prójimo y sin el atractivo si-

quiera de la fama, una existencia de abnegacion y de sufrimientos de que no tienen idea la más incompleta sus infelices denostadores. Podríase entonces hacer en algun modo el inventario de los dolores que ha consolado el aborrecido cura, de las lágrimas que ha enjugado, de los miserables que ha librado del crímen y de la deshonra, de los extraviados que ha llevado á buen término por los caminos de la rehabilitacion y del arrepentimiento. Los niños que le deben su educacion, los jóvenes á quienes ha facilitado los primeros pasos de sus carreras, los hogares en que su influencia ha hecho renacer la perdida paz, los moribundos que le fueron á pedir la serenidad y luz de sus postreros instantes. Sabríase entonces si los infelices á quienes la desesperacion pone en las manos el revólver del suicida, han llegado á este último exceso por seguir al cura ó por alejarse de él; si por oirle ó por despreciar sus enseñanzas han subido al patíbulo ó ingresado en el presidio tantos otros desdichados; si, por fin, las víctimas á millares de nuestro siglo que tantos y tan desgarradores padecimientos oculta bajo su dorada superficie, lo son por haber sido dóciles á su influencia ó más bien por haberse sustraido á ella engañados por falsos amigos. ¡Ah! Está aún por hacer este proceso, tan distinto por fortuna del que aparenta instruir contra él á cada paso la calumniadora impiedad. Por comunes y por de uso diario pasan inadvertidos á los ojos de todos, los beneficios y las virtudes del clero, tanto como de entre ellos resalta y sobresale cualquier delito que uno de sus individuos tenga la desgracia de cometer. Justicia, equidad, imparcialidad, esto solo pide la maltratada clase sacerdotal á los incansables roedores de su honra, que persecucion padece porque es la de Cristo y de su Santa Iglesia. Justicia, equidad, imparcialidad, y con esto solo no duda alcanzar victoria, áun ante el tribunal de sus más fieros y prevenidos adversarios.

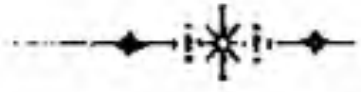
Mas, no se le hará esta justicia, no se le concederá esta equidad, no será con él jamás imparcial el fallo de sus apasionados jueces. Como no lo fué para el Maestro el de los judíos, no lo será para los discípulos el moderno farisaísmo. Un medio habria para que se le tornase simpática y favorable al clero esa corriente sectaria, dueña hoy del mundo y que

parece ser hoy la única voz autorizada de todo él. Doblara ante sus ídolos ambas rodillas, ó una tan sólo, el clero católico; apostatara éste de su antigua fe y de su antiguo horror á las perversas novedades; fuera por lo menos blando condescendiente con ellas, manso, conciliador, tolerante, transigente, ó cualquiera de esas cosas abominables de que tan abundante surtido posee la fraseología masónica, y todo se le perdonara entonces, aunque fuese relajada su conducta, ancha su moral, nada escrupulosa su conciencia. No hubiera entonces malos sacerdotes que escandalizasen y causasen calofrios de horror á las místicas sensitivas de las logias y de los clubs. Nó, que todos por el mero hecho de ser sus amigos, fueran dignos y recomendables.

Como esto, empero, no ha de lograrse, y en España menos que en otra parte alguna, quedamos resignados á ser para la impiedad y sus cofrades eterno objeto de diatribas y sarcasmo, *canticum eorum tota die*.

¡A mucha honra! Y será ésta la gloria más preciada del clero en los presentes tiempos, y juntamente la más valiosa recomendacion de sus valerosos individuos en la eternidad.

LA PIEDAD EN LA FAMILIA.



LA PIEDAD EN LA FAMILIA.

I.

Punto de vista de la cuestion.

UANDO lamentamos la indiferencia é impiedad cada dia crecientes en el mundo actual; cuando fijamos horrorizados los ojos en el cuadro tristísimo que hoy ofrecen las públicas costumbres, rara vez, al investigar las causas de tan desconsolador espectáculo, las buscamos en su primer origen, cual es el desórden años há introducido en la familia. Y sin embargo, en esta sociedad al por menor deben estudiarse más que en otra parte alguna los males de la otra sociedad al por mayor, y á aquélla deben con preferencia aplicarse los remedios. No curarán al mundo las retumbantes teorías sociológicas, como las llaman hoy dia; ni los trascendentales debates; ni los más palmoteados discursos del parlamento ó de la academia. Por donde empezó la gangrena, debe empezar el saneamiento, y la familia es este órgano social primariamente dañado, más dañado que otra cualquiera institucion.

Años há que se viene observando con dolor que va siendo menos cristiana la sociedad. ¿Sabeis por qué? Porque ya

apenas se encuentran en ella familias cristianas. Atrevida parecerá la proposicion, á pesar de lo cual no tenemos inconveniente en repetirla y volverla á repetir. Sí, apenas hay ya en el mundo actual familias cristianas.

¡Cómo! dirá álguien alarmado: ¿no son bautizados aún, gracias á Dios, todos ó casi todos los hijos de España? ¿No se forman todavía las generaciones bajo la bendicion de Cristo que sanciona los matrimonios? ¿No se vive y no se muere aún en nuestras casas bajo la sombra de la cruz?

Sí, todo esto es verdad; lo cual no impide lo sea tambien aquella otra proposicion mia que tan atrevida os pareció. Apenas hay en el mundo actual familias cristianas. Escuchadme, amigos mios, con alguna atencion, y puede se os desvanezca el asombro.

Llamo ser cristiana una familia, no el que lo sean aisladamente considerados todos los individuos de ella; no que para casarse, para nacer y para morir hayan conservado todavía el uso del sello oficial de la Iglesia católica que interviene en tales actos de la vida, en vez de pedírselo meramente á la policía ó al registro civil. Ser cristiana una familia, debe ser algo más que tener esa religion que podríamos llamar oficial y característica de los actos solemnes, ó tener esotra religiosidad de meras prácticas individuales que cada cual ejerce por su cuenta y razon, sin que formen parte de la vida colectiva de la sociedad doméstica. Así como no es católico un Estado, por más que en dias dados envie sus funcionarios de gran uniforme á un ceremonioso *Te Deum*, ó celebre por sus personajes pomposas exequias con oracion fúnebre y todo, mientras sus leyes y su organismo no vivan informados por el espíritu católico, obedientes á los preceptos católicos, basados en los principios de verdadera ortodoxia católica; así no podrá llamarse cristiana una familia, por más que lleven nombre de Santos sus individuos, y descansen sus difuntos en tumbas bendecidas, y tengan los vivos de ella tal ó cual rato de devocion en la iglesia, si todo el tenor, toda la marcha, toda la vida del doméstico hogar no está en armonía con los documentos fundamentales de la fe cristiana, inspirada en ellos, obediente á ellos.

Y decidme: ¿en qué familias del dia se vive ordinariamente así?

Se va perdiendo de la familia moderna aquel puro aroma que vivificó siempre la antigua familia española: el aroma de la piedad. Sé de muchas casas, y véolas todos los dias, en que no hay incrédulo que pueda en justicia llamarse tal. Nadie allí ha renegado de su fe, ni el padre, ni la madre, ni los hijos, ni los sobrinos. A todos se ve alguna vez en el templo, de todos se sabe que tienen sus respectivas partidas de bautismo, confirmacion y matrimonio en el archivo parroquial. Sin embargo, tal fe que sin duda se anida en todos los corazones, no se ve en la casa, no se refleja en la vida doméstica: un protestante ó un ateo pueden permanecer algunos dias allí sin sentirse mortificados en su falta de creencias ó en su preocupacion anticatólica. Los individuos son católicos; pero ¡oh dolor! la casa no lo es.

El tema *La piedad en la familia,* que vamos á tratar en los presentes parrafejos, indica este aspecto de la cuestion doméstico-religiosa que nos proponemos desenvolver. Nuestros lectores pueden ir conociendo ya si es ó no de suma oportunidad. A nosotros nos parece conveniente en alto grado, y muy acomodado además al bienhechor apostolado que en las casas españolas debe procurar ejercer todo propagandista católico.

II.

Empiézase por una pregunta, al parecer ridícula, en el fondo muy sustancial.

Pero ¿Dios (saltará álguien aquí) tiene derecho á reinar en la familia?

Ridícula como es la pregunta, no se extrañe principiemos con ella este capítulo. Hoy es discutible todo lo que se refiere á derechos divinos. El hombre está tan pagado de su voluntad y soberanía propias, que á todas horas anda temiendo le cercene algo de ellas un desmedido derecho atribuido á Dios. Es la manía, mejor dirémos, es la herejía del

siglo, con nombre harto conocido para que necesitemos citarlo aquí. Antes de entrar, pues, á examinar si debe ó no debe procurarse el reinado de Dios en la familia por medio de la piedad, procede enterarse de si tiene ó no el derecho Cristo-Dios de reinar en ella.

Pese á quien pese, y cercénele á quien se quiera su indómita libertad, dirémos redondamente que sí. Primero, porque Dios es Dios, y tiene todos los derechos. Luego no puede carecer de éste. Segundo, porque Dios es rey en todas partes, y no hay privilegio alguno ni inviolabilidad alguna que eximan el domicilio del hombre de esta su real jurisdiccion. Tercero, porque si es dueño del hombre, y tiene derecho absoluto á reinar sobre él y sobre sus costumbres, tiene por consecuencia derecho á reinar más que en ninguna parte en el hogar doméstico, que es donde se forman los hombres, porque es de donde principalmente salen modeladas las costumbres.

De estas tres razones, las dos primeras son evidentes por sí mismas, á guisa de axiomas matemáticos, y es por tanto ociosa su demostracion. Más aún; vienen á ser indemostrables de puro verdaderas. Pasarémoslas, pues, por alto, y harémos especial hincapié en la tercera, que ofrece carácter más práctico y tiene puntos de vista más en relacion con nuestra propaganda.

En efecto. Ha instituido Dios desde el principio la sociedad doméstica, para que fuera como el criadero y plantel de las humanas generaciones. Y esto no solamente en lo material y físico, sino muy especialmente en lo moral. No se unen en matrimonio la mujer y el varon para tener hijos solamente, que ésto fuera rebajar la nobilísima institucion conyugal á fines harto rastreros y animales. Se unen en matrimonio para tener hijos buenos; lo cual, después de la revelacion de Cristo-Dios, equivale á decir, para tener hijos cristianos, ó sea para constituir familia cristiana. Verdad que nace de aquella otra no menos fundamental y sólida, cual es la de que los hijos se crian, no para la tierra, sino para el cielo, y la de que los padres no lo son únicamente de cuerpos, sino de cuerpos unidos á almas, y por tanto su paternidad no debe tener por único objeto que les salgan muy rollizos y muy guapos los

hijos, ni siquiera muy instruídos y corteses, ni áun muy ricos y muy ilustrados; sino el que les salgan muy aptos para el último fin á que están destinados, que es, segun el sabio Catecismo, «amar y servir á Dios en esta vida, para verle y gozarle en la otra.»

Nocion muy elevada es ésta, para que sea acepta á las gentes del dia, que tan bajo y rastrero han logrado poner el nivel de todos sus pensamientos, inclusos los que se refieren á estas tan sublimes materias. Nocion muy elevada, pero la única admisible en buena filosofía cristiana, y la única practicada por todos los siglos en que estuvo cristianamente constituída la familia. Sí, ésta es la verdad, y lo demás es absurdo naturalista y mentiroso embeleco de la Revolucion. Los padres son para dar hijos al cielo, antes que para dárselos á la tierra. No importa que hayan de pasar por la tierra antes de llegar al cielo, como que primero es pasar por los medios antes que llegar al fin, aunque lógicamente el fin se presupone siempre á los medios Lo cierto es que se crian, no para este mundo, porque su mision no termina aquí, sino para el otro, porque aquél es su definitivo destino.

Sentada esta verdad, despréndese de ella el carácter cristiano que ha de tener la casa, si los hijos han de ser cristianos, como que el molde debe ser adecuado á la figura que se quiere sacar modelada de él. Siguese que la casa ha de ser camino del cielo, si en ella y por la direccion que desde ella se tome, han de encaminarse sus individuos al cielo; á no ser que se diga que es lo regular dirigirse á un punto dado, tomando desde el principio un camino diametralmente opuesto al mismo. Dedúcese que en la casa ha de reinar como en todas partes Cristo-Dios, si ha de ser éste el principio de su glorioso reinado sobre toda la vida del hombre, criatura suya.

Más claro, y resumiendo. O Dios no tiene derecho alguno sobre el hombre, en cual caso no fuera Dios: ó Dios tiene muy especial derecho sobre la casa ó familia, como que en ella es donde debe empezar á ejercer sus principales derechos sobre el hombre.

Demasiada metafísica parecerá tal vez la presente á algunos sencillos lectores de nuestros folletitos. Llévenlo en pa-

ciencia y aguarden. Hemos puesto el principio y fundamento de todo nuestro plan; ya verán qué consecuencias tan llanas y caseras van saliendo de él en los capítulos posteriores.

Conste, por de pronto, que si hay alguno que quiera poner en duda el derecho absoluto de Dios á reinar en la sociedad doméstica, como hoy desdichadamente se proclama que no lo tiene para reinar en la sociedad civil, quien tal diga no hace más que sentar un barbarismo liberal de la peor especie, tan opuesto á la Religion como á la sana filosofía y al sentido comun.

III.

Carácter práctico que más que otra educacion alguna tiene la del hogar doméstico.

Cristo-Dios tiene derecho á reinar en la familia, porque tiene derecho á reinar en el hombre, y el hombre por lo regular nace y crece en la vida moral, segun el molde moral á que empieza á ajustar los actos de su vida, y la familia ú hogar doméstico es este primer molde moral. Lo cual más sencillamente formulado quiere decir que, pues el hombre ha de ser cristiano, debe formarse á tenor de una educacion cristiana, en el seno de una familia cristianamente constituida, sin que pueda salir buen cristiano de otro modo más que por especialísimo milagro de Dios, que por lo mismo no constituye regla, sino excepcion.

Ha de ser, pues, cristiana la familia destinada á formar cristianos, y ha de serlo prácticamente. Porque la familia es escuela, no de sistemas, sino de costumbres; no de discusion, sino de hábitos; no de áridas y trabajosas especulaciones del entendimiento, sino de sencillas y suaves inclinaciones del corazon. En la familia no se instruye el hombre raciocinando, ó arguyendo, ó controvertiendo razones; sino viendo y aprendiendo é imitando buenos ejemplos. Por esto se ve frecuentemente que padres tenidos por muy sabios re-

sultan muy malos educadores de sus hijos, al paso que otros muy rudos y sin apenas letra alguna los sacan á maravilla. Es que en esta escuela no enseña con más perfeccion quien más sabe, sino quien mejor obra; así como no sale más bien enseñado quien más lindas cosas oye, sino quien más buenas acciones está acostumbrado á presenciar. La Religion, más que otra cosa alguna, se aprende mejor practicando que discurriendo. Sobre el fundamento de una buena y leal práctica de ella, vienen muy bien después las razones y argumentos á ilustrarla y esclarecerla, y á confirmarnos científicamente en su divina verdad. Mas primero es abrazarla con amoroso corazon; después darse cuenta cabal y ajustada de sus enseñanzas con todas las luces de la inteligencia apoyada en la fe. Este procedimiento, que parece inverso, es aquí el único lógico y natural. *Credo, ut intelligam,* decia un gran Doctor de la Iglesia: «Creo primero, para entender después.» Con igual razon podria haber dicho: *Amo, ut credam et intelligam:* «Empiezo por amar y practicar fervorosamente, para bien creer y entender.»

Dado este carácter práctico que debe tener la educacion cristiana, y, de consiguiente, dado el carácter de cristianismo práctico que debe tener la familia, que debe ser principalmente la escuela de esta educacion, ya no se extrañará que hayamos puesto á los presentes apuntes el título: «La piedad en la familia,» y no «La Religion, ó el Cristianismo, ó el Catolicismo en la familia.» «La piedad,» hemos escrito, y creemos haber escrito bien, y muy filosóficamente fundados.

¿Qué es, en efecto, la piedad? Esta palabra, que á tantos espanta, no significa más que «La Religion en práctica,» ó «La práctica fiel y amorosa de la Religion.» Ambas definiciones vienen á decir lo mismo, aunque la segunda con alguna mayor claridad. De suerte que, tras tanto mirar con prevencion á la piedad y á las personas piadosas, salimos con que lógicamente nadie puede ser buen cristiano, si no es prácticamente cristiano, y con amor y fidelidad á las prácticas cristianas; y por consiguiente que nadie puede ser buen cristiano, si no es perfectamente piadoso. De suerte que la piedad, la tan aborrecida y apostrofada vida de piedad, no es

cosa allá solamente para curas y monjas, y para tal ó cual señora desengañada del mundo, ó para tal ó cual hombre aburrido y malhumorado... ¡cá! nada de eso. La piedad es sencillamente el deber de todo hombre ó mujer que no es judío ó gentil, y que no se resigna á abdicar la fe de su bautismo: la piedad es para todos los estados, para todas las carreras, para todas las edades, porque no es más que la Religion en práctica; y no hay estado, ni carrera, ni edad que puedan creerse eximidos de practicar la Religion.

De lo cual sacamos que, si la familia ha de ser prácticamente cristiana, no puede serlo de otro modo que siendo perfectamente piadosa, y que por tanto la piedad en la familia no es cosa que lícitamente pueda dejarse, como grado de mayor perfeccion á que se puede libremente renunciar; sino que es el primer deber, el deber fundamental, el deber religioso por esencia, el deber que incluye y sostiene todos los demás deberes domésticos, el deber sin el cual se viene abajo toda la demás contextura de este delicadísimo edificio privado, y tras de él la de todo el edificio social.

Nos parece queda esto regularmente probado, y que por lo mismo podemos aquí descansar, antes que pasemos á las consiguientes aplicaciones.

Aunque éstas bien las puede empezar á sacar por su propia cuenta cada uno de nuestros muy apreciables lectores. Y la primera que les ocurrirá sin duda es que una casa piadosa, ó lo que es lo mismo, una casa cristiana, se conoce por las mismas señales por las que se distinguen el hombre y la mujer cristianos de los que no lo son. Como dice un refran que «dineros y amor no pueden ocultarse,» así pasa con este tesoro de la fe y ese nobilísimo amor á las cosas de ella. Tan difícil es ocultarlos cuando realmente se tienen, como el fingirlos cuando no se tienen de veras.

Persona piadosa ó casa piadosa se dan á conocer, aunque no lo intenten, en todo su exterior aparejo y fisonomía. A la legua se les echa de ver el espíritu de fe práctica, que influye en todos sus actos. Traen consigo á Dios, y Dios, como lumbre vivísima, irradia en todo su sér con los más puros resplandores.

IV.

Aplicaciones más concretas de la doctrina anterior.

Demostrado que la familia en el Cristianismo (pues de esa tratamos y á esa nos dirigimos) debe ser piadosa, procede ahora averiguar cómo debe serlo, ó lo que es igual, cuáles deben ser las formas de esta su piedad. Ancho campo se nos presenta aquí para recorrer, vastísimo horizonte á nuestras miradas; frondosa selva de reflexiones nos está convidando, como quien dice, á escoger. Para dar, pues, alguna unidad á lo que sobre eso digamos, empecemos por proponer la division tan conocida de los actos de Religion, que se refieren, unos directamente á Dios, otros directamente á nosotros mismos. Así que la familia cristiana, para serlo de veras, es decir, para ser cristianamente cristiana, aunque parezca redundante la expresion, debe atender á que en su seno se cumplan bien y perfectamente esos deberes: el deber de ella *para con Dios;* el deber de ella *para con sus propios individuos*.

Marcada tenemos con eso una ruta, delineado un plan. No harémos más que desarrollarlo brevemente y con ligeras indicaciones.

Deber para con Dios. Este es el primero del hombre, y éste es en consecuencia el primero de toda familia de hombres. Contiene en sí el reconocimiento formal y expreso de Dios, la adoracion á Su Majestad, la obediencia á su ley, el agradecimiento á sus beneficios, el recurso á Él en las necesidades. No cumplen, pues, este primario y fundamental deber las familias que en su vida colectiva ó de familia prescinden por completo de Dios, aunque formal y expresamente no incurran en las impías negaciones del ateísmo. A Dios, pues, se le ha de ver en todas partes en el hogar doméstico cristiano. Nuestros abuelos empezaban por esculpir su Nombre santísimo y el de su divina Madre en el dintel de la puer-

ta, y acababan por coronar con la bendita cruz la cúspide de sus torres y claraboyas. Era éste un buen sello de Dios, que claramente decia á todos ser suya aquella casa que con tanto amor ostentaba sus divisas. Ahora nada hay de esto; mas habida razon de lo pésimo de los tiempos, con menos nos contentaríamos, aun cuando deseemos y trabajemos por conseguir todo lo demás. Nos resignaríamos por de pronto á que llevase todo el interior de la casa cristiana el sello y carácter cristiano, y que fuese todo en ella una declaracion franca y explícita de la fe que dicen profesar sus individuos.

Por ejemplo, en lo que toca á adornos, ninguno debiera haber allí reñido con la moral de Cristo; ninguno groseramente impúdico bajo pretextos de histórico ó artístico; ninguno que se deba esconder con rubor á los ojos del sacerdote, si por acaso pone allí los piés; ninguno que no pueda figurar muy dignamente en un templo. ¿Por qué ha de tener cerca de sí en su casa el cristiano cuadros y estatuas y relieves que le horrorizarian si los viese colocados en la pilastra de la iglesia ó junto al altar? ¿Acaso no es cristiano el tal en su casa, como lo es en la casa de su Dios?

¿Qué dirémos de los libros y periódicos? ¿Es ridículo, es irracional exigir que una casa cristiana no dé entrada en su seno más que á papeles cristianos? Si tal casa da igual franca entrada al que viene en nombre de Dios, como al que viene en nombre del diablo su enemigo, ¿de quién es aquella casa que tan equitativamente reparte entre ambos sus amistades y simpatías? ¿de quién es? ¿de Dios ó de Belial? No de Dios, porque Dios no se aviene más que á reinar solo y sin competencia.

Se come en familia, ¿y no se ha de rezar y leer en familia? Pues qué, ¿es ésta sólo familia de cuerpos, ya que sólo vive colectivamente para lo del cuerpo? ¿No se reconocen tambien padres de las almas aquel padre ó madre que tan poco velan por ellas? ¿Y será bueno que se contenten con rezar solos el padre ó la madre, ignorando si han satisfecho todos los de su casa esta deuda sagrada á su Criador? Y si no la satisfacen, ¿quién corre con la responsabilidad de esta insolvencia? ¿Acaso la ley humana no reclama á los padres

la responsabilidad de las deudas que contraigan y no paguen sus hijos? Pues la misma y muy más terrible les exigirá la divina Ley.

¿Es pecado divertirse? Nó; pero es pecado buscarse y permitirse y permitir diversiones pecaminosas. Y lo son gran parte de las del dia, y nadie lo ignora, por más que sobre esto como sobre tantas otras cosas haya singular empeño en tener adormecida la conciencia. Y pecan los padres y madres que autorizan esa corrupcion calculada de su hogar, aunque ellos personalmente no concurran á tales sitios peligrosos: pecan si saben á qué sitios apestados concurren sus hijos é hijas; y pecan si no lo saben, porque lo deben saber. Del salon del baile y del inmoral espectáculo traen cada noche ó cada domingo los hijos mayores á casa miasmas pestíferos que, después de haberlos envenenado á ellos, minan lentamente todo lo que está cerca de sí, y preparan para toda la familia gérmenes de inevitable corrupcion. Gravísimo mal, si los mismos padres se hacen conducto de esta influencia malsana; pero ¿qué dirémos de los bonachones y mojigatos, que creen que ellos no pueden en buena conciencia tomar parte en la funcion, mas autorizan para que se corrompan con ella los que ellos están divinamente encargados de vigilar y preservar?

Mas esto toca ya mas bien al deber de la familia para consigo misma.

V.

Deberes de la familia cristiana para consigo misma.

Además de los deberes generales para con Dios, ¿tiene deberes especiales para consigo misma la familia cristiana?

Pues ¿no los ha de tener? Uno hay que los resume y compendia en cierta manera todos: tal es la *educacion*. Y en este sentido dirémos, que la piedad no es sólo el pago de la deuda de respeto y amor y gratitud que con Dios tenemos; sí

que es tambien el medio más eficaz de perfeccionamiento moral para nosotros mismos; es la piedra angular de todo sistema de verdadera educacion; es por excelencia la gran institutriz del alma; por consiguiente, la gran educadora de la familia.

Ya parecerá viejo y gastado traer aquí aquello de que el temor de Dios es el principio de la sabiduría, y por lo tanto de toda educacion sólida y verdadera. Mas por viejo que sea este axioma, y por traido y llevado que lo veamos en púlpitos y libros, es palabra del Espíritu Santo, y nos dispensa eso de entrar en su demostracion. Caso que quisiésemos darla á nuestros lectores, bien nos la proporcionaria á manos llenas la vulgar observacion y experiencia de cuanto á nuestro rededor vemos todos los dias. La educacion doméstica sin Dios está dando de sí tales y tan ponzoñosos frutos, bastantes á dejar perpetuamente acreditado de maligno y de infernal el sistema que los produce. Dios expulsado de la educacion de la familia se lleva, por decirlo así, de ésta todos los gérmenes de respeto, de amor, de concordia y de futura felicidad, además de la eterna ruina que prepara casi inevitablemente para tales almas desventuradas. Y no ciñéndonos sino á lo presente, á cuyos estrechos límites suele reducirse la grosera mirada de los más, no pueden reinar, nó, las virtudes domésticas en un lugar del cual ha sido proscrito, como ente inútil, el único inspirador de todas ellas, que es el santo temor de Dios. Este es lazo que todo lo une, freno que todo lo sujeta, contrapeso que todo lo equilibra, norte que todo lo guia, calor que todo lo vivifica, celestial esperanza que todo lo endulza. En la prosperidad hace sobrios, en la adversidad sufridos, en el goce moderados, en el mando discretos, en la obediencia humildes, en la fidelidad constantes, en el trabajo animosos. Para la niñez es maestro, para la adolescencia compañero, para la edad madura báculo y apoyo, para la decrepitud única esperanza y consuelo. «Para todo es útil la piedad,» ha dicho el Apóstol: *Pietas ad omnia utilis est,* «porque, añade, trae consigo las promesas de la vida presente y las de la futura:» *promissionem habens vitæ quæ nunc est, et futuræ.*

Dicho se está, pues, con eso, cuán poco trabaja para el

bien de los suyos el padre que ante todo no procura adoctrinarlos en la sólida piedad y temor de Dios, haciendo su casa escuela práctica de tales virtudes. Poco importará tenga muy en órden todo lo demás: al edificio que levanta faltarále su esencial fundamento, y por tanto es inevitable y segura la más desastrosa ruina. Ni se suple esta ausencia de sobrenatural solidez y cohesion con los más refinados procedimientos pedagógicos que traen cada dia á nuestro suelo la brillante Francia, ó la atildada Inglaterra, ó la filosófica Alemania. Formas podrán dar á la educacion estas humanas pedagogías, fondo no se lo darán; porque para eso hay que tener la llave del corazon, y ésta sólo la tiene la Religion verdadera. No se vencen los poderosos y fieros instintos que prematuramente (en nuestro siglo de precocidad sobre todo) arrastran al jóven al orgullo, á la emancipacion, al goce de todas las libertades; no se vencen, digo, esos poderosos y arrebatados instintos, sino con algo que sea más poderoso que ellos, y tenga garra más fuerte que la suya para tenerlos sujetos y encadenados. Y ese algo no existe de Dios abajo; porque de Dios abajo no hay cosa á que el hombre no pueda en un momento de orgullo mirar como su igual. Así vemos que, ante el furor de las pasiones desbordadas en la edad juvenil, ceden como débiles arbustos ante impetuoso rio las consideraciones de sangre, la miras de material interés, el recuerdo de los beneficios recibidos, las máximas de moral universal tan pomposas como huecas y estériles; en una palabra, todo cuanto puede dar de sí la educacion meramente humana y en meros motivos humanos fundada. Sólo tiene alguna fuerza para el hombre lo que es superior al hombre: esto sobrenada en el naufragio de todo lo demás: esto, aunque un instante aparezca tal vez como cubierto por las cenagosas aguas, queda no obstante en el fondo como prenda por lo menos de futuro arrepentimiento.

Vean, pues, por donde se les pierde miserablemente el tiempo y el trabajo á tantos padres desvariados, que pretenden tener buena y morigerada su familia sin para nada contar con Dios. Casi siempre confirma en ellos la realidad aquella sábia sentencia del salmo CXXVI: «Si el Señor no edifica la casa, vanamente trabajan los que pretenden edificarla.» La-

bran la desventura temporal y eterna de sus hijos, y con la de éstos la suya propia, los padres que profesan y practican tan mal sistema de educar. Educan para la carne tan sólo, y allá se sale preponderante y orgullosa la carne con todas sus vilezas é ignominias. Del alma, imágen de Dios, no tienen cuidado alguno, y por esto suelen presentar después tales hijos completamente oscurecida y desfigurada esta soberana imágen. ¡Horrenda calamidad de nuestros tiempos, la peor sin duda entre todas las que hacen tan desastroso nuestro presente estado social.

VI.

De lo que podríamos llamar el laicalismo en la familia.

La última novedad revolucionaria, lo que podriamos llamar la moda del dia tocante á educacion, es hoy el *laicalismo;* es decir, la escuela sin Dios y sin Religion. Pero lo que más espanta es ver que muchos padres y madres, que no pueden oir sin horror hablar de escuela laica y de maestros laicos, hácense ellos mismos padres laicos y hacen su casa casa laica, sin sentir de eso escrúpulo en su corazon ni vergüenza en su rostro. No se comprende, sino teniendo en cuenta la extraña inconsecuencia tan comun en el hombre, cómo el laicalismo en la escuela les horroriza tanto, á la vez que tan poco les horroriza el laicalismo en la familia, que es sin duda mucho peor.

Y adviértase una circunstancia. La excusa con que pretenden los pedagogos laicos abonar su funesto sistema de que se prescinda en la escuela de toda idea de Dios y de Religion, es la de que este ramo, dicen ellos, pertenece á la mision especial del padre y madre de familia, ó á lo más á la del sacerdote en el templo, no correspondiéndoles á los maestros otra esfera que la puramente literaria y científica. Y en cambio los padres y madres, que llamarémos *laicos,* dicen á la inversa una cosa parecida. Dicen éstos, que bien

se pueden dar por libres de la obligacion de enseñar la piedad a sus hijos; pues para eso van ellos á la escuela y al colegio, donde tales cosas se les enseñan. De suerte que, como vayan progresando así las ideas modernas sobre el particular, tendrémos el caso, graciosísimo por cierto, de los maestros endosando la educacion religiosa de los niños á los padres, y éstos á su vez endosándosela á los maestros, y por resultado indispensable, quedándose el niño ó niña sin Religion. Para que se vea el modo tan singular é ingenioso que tiene Satanás de urdir sus mañas, y lo que son candidos ó bonachones muchos cristianos de la generacion presente en no acabárselas de conocer.

Nó, padres y madres descuidados, no teneis excusa en esto, sino grave y gravísima responsabilidad. Si malas son y abominables las escuelas laicas, donde un maestro, más ó menos asalariado al servicio del diablo, cuida de envenenar con una educacion naturalista y atea á la inexperta niñez; mucho mas abominable y satánica es la familia laica, donde el alma tierna del niño ó niña se ve privada del último refugio de moralidad y creencia que podia aún salvarla de la atmósfera corruptora de la mala educacion escolar. Ponzoña le da á manos llenas el mundo en todas partes; en casa al menos podia tenérsele preparado eficaz contraveneno: si esta atmósfera la encuentra tambien ponzoñosa y adulterada, ¿á dónde ha de acudir?

Hay mucho, por desgracia, de ese laicalismo doméstico en la sociedad presente, que ya no hace estremecer á nadie, de puro familiarizados que andamos con él. ¿Quién lo diria? ¡Son maestros laicos y maestras laicas, sin advertirlo, infinidad de padres y madres que á ratos se tienen aún tal vez por honrados y buenos cristianos! ¡Y sirven en eso á la Revolucion y á la Masonería, ni más ni menos que si para ello les diese la secta la paga de tantos ó cuantos escudos á la semana y al mes, como precio de su oficio de corromper! ¡Y á mansalva, ellos que tanto dicen amar y vigilar á sus hijos, infunden en sus almas el ateísmo práctico, que las pasiones, los malos libros, las compañías perversas se encargarán en su dia de convertir en doctrinal! ¡Padres! ¡Madres! ¿Habeis meditado un minuto siquiera en toda vuestra

vida, qué carácter tan grave reviste la mera negligencia vuestra en tan vital asunto? ¡Padres! ¡Madres! Si el gran peligro de nuestros dias es la escuela teórica sin Dios, ¿cuál ha de ser el inmenso peligro de esotra escuela práctica sin Dios, que es la familia sin piedad?

Decimoslo sin ponderacion y sólo por la fuerza del convencimiento. Entre laicalismo y laicalismo no sabemos cual de los dos reputariamos peor y de más espantosas consecuencias. Aunque mirándolo bien, no hay duda que podemos considerar mil veces más desastroso el de la familia que el de la escuela, tanto por lo menos como es mil veces más eficaz la influencia buena ó mala de aquélla que la de ésta. Por muchísimas razones. Primero, porque la influencia de la familia la experimenta el niño mucho antes que la de la escuela, y sabido es que en materia de impresiones suelen ser las primeras las decisivas, ó por lo menos las más permanentes. Además, porque en la atmósfera de la familia se vive casi de continuo, y en la de la escuela sólo un rato al dia. Y tambien porque la autoridad y fuerza moral que el niño reconoce comunmente en su padre ó madre es infinitamente superior a la que el más adicto discípulo puede jamás reconocer en su más respetable maestro. Y por fin, porque de tal índole son las nociones religiosas que la piedad ha de dejar perennemente arraigadas en el corazon de la tierna niñez, que apenas nadie puede infundírselas si no se las graba con su mano á la vez suavísima y poderosísima la autoridad de la familia.

Mas este último punto ofrece ancho campo á nuevas reflexiones que reclaman capitulo aparte.

VII.

Demostracion de lo últimamente dicho.

¿Por qué es casa sin Religion ó casa laica, la casa sin prácticas de piedad? Porque no cabe dar en la casa la enseñanza religiosa sino en esta forma, es decir, en forma de práctica piadosa.

Esto vamos á ver. Ni el caracter de la Religion, ni el carácter de los padres, ni el carácter de los hijos, consienten que se dé esa enseñanza religiosa en la familia bajo otra forma que bajo la de enseñanza práctica, ó sea de obras de piedad.

No lo consiente el carácter de la Religion. La Religion, como ciencia, es complicadísima, vasta, profunda. Apenas alcanza para estudiarla en todo su conjunto la vida más larga y únicamente á eso dedicada; apenas logra sondear algo más que superficialmente sus honduras el ingenio más perspicaz. Nada tan grande é inconmensurable como esa inmensa teoría que abarca todas las relaciones y misterios de Dios, del hombre y de la eternidad. Y sin embargo, la Religion debe ser patrimonio de todos, y han todos de poseerla como primer medio para su felicidad presente y futura; todos, hasta los más rudos, hasta los más ajenos á toda investigacion científica y áun al más vulgar deletreo. ¿Cómo se pueden, pues, conciliar ambos extremos? Muy sencillamente. Haciendo que posean bien la práctica de ella, áun aquellos mismos que ni de lejos pueden comprender su divina teoría. Creyendo, como tambien debemos creer todos, bajo la fe de Dios y de la Iglesia, comunicada á su débil inteligencia por medio de los padres, que son el órgano de mayor crédito y confianza que suele tener el niño en este mundo; y practicando y viendo diariamente practicar lo mismo que se cree; medio el más seguro de que tales enseñanzas sobrenaturales vengan muy luego como á identificarse y á formar un solo hábito con la propia vida natural. Y repárese una observacion. Esta misma práctica, que álguien tal vez calificará de inconsciente, lleva consigo una cierta luz para la inteligencia de quien amorosamente y sinceramente la observa, hasta el punto de que, iluminados con ella, muchos rudos é ignorantes han llegado á entrever y á columbrar en materia de Religion arcanos mil á que nunca llegó la ciencia adquirida por medio de los libros. La gracia de Dios se complace en darse á los pequeñuelos y pobres de espíritu, y en hacer reflejar sus resplandores principalmente sobre los limpios de corazon. Es, pues, camino para saber mucho de cosas de Religion la fiel y humilde y amorosa práctica de ella, y es para el comun de los cristianos la única, sobre ser, áun

para los que estudian, indispensable. Si ha de ser, pues, religiosa la familia; más claro: si no ha de ser laica ó atea, que es lo mismo, ha de ser piadosa; y no puede serlo más que por el uso y repeticion, hasta formar hábito, de los actos de piedad. Lo exige, pues, el carácter mismo de la Religion.

Pero lo exige tambien el carácter de los padres. Los padres son los maestros natos de la familia. ¿Y cuántos padres hay que puedan ejercer este delicado magisterio, como no sea con la elocuencia y razones del buen ejemplo? Aun los padres leídos y de carrera, no lo son ordinariamente en este ramo de la ciencia religiosa, ni sirven para medianos catedráticos de ella. O no han de ser, pues, maestros en su casa, ó lo han de ser del modo único que pueden serlo, es decir, enseñando con la práctica lo que en otra forma no pueden enseñar. Y si esto decimos áun de los padres que tienen en ciencias y letras humanas regulares conocimientos, ¿qué habrémos de decir de la inmensa generalidad de los padres, que ni aún eso poseen, que ni saben más que leer y escribir, ó que ni aún á tan poco llegan? Y, no obstante, maestros han de ser y con igual responsabilidad y deberes que los más instruídos. Sólo, pues, por medio de la piedad, esto es, de la práctica fiel y constante de los actos de Religion en familia, puede ésta recibir la enseñanza cristiana que necesita.

Lo exige tambien, y finalmente, el carácter de los propios hijos. Los tales han de recibir esta enseñanza en una edad en que es imposible adquieran otra cosa que lo que procede de impresion, y se conserva y perpetúa por medio de hábito. San Agustin ó Santo Tomás en persona, que estuviesen encargados de adoctrinar en la fe á niños de cierta edad, apenas podrian lograr de sus tempranas inteligencias otro fruto. No hay allí fuerza de abstraccion, no hay destreza de raciocinio, no hay mirada comprensiva y generalizadora. Sólo hay tierra dispuesta á recibir semillas que en su dia habrán de germinar y crecer, y estas semillas han de ser principalmente (además del hábito sobrenatural de la fe infundido por el Bautismo) hábitos creados por la autoridad del ejemplo. Hábito de creer, hábito de venerar, hábito de

sujetarse, hábito de mortificacion, y otros análogos, hé aquí los cimientos de la educacion religiosa; mejor: hé aquí casi toda la educacion religiosa posible para la tierna edad. Y como esto no se puede verificar más que con el ejemplo constante de la vida de piedad en la familia, hé aquí la necesidad de la práctica continua de los actos piadosos en ella.

Más breve, y resumiendo:

Si la Religion ha de ser enseñada para cierta edad y clase de personas, sólo puede ser enseñanza práctica. Si los padres han de ser maestros, sólo pueden ser maestros prácticos. Si los hijos han de ser discípulos, sólo pueden serlo siéndolo prácticamente.

Luego no cabe otra enseñanza religiosa en la familia que la enseñanza por medio de la piedad.

Luego la piedad en la familia es la primera necesidad de ella, y por tanto es para los individuos, especialmente para los jefes de ella, el primer deber.

VIII.

Adúcese un ejemplo por via de conclusion.

Un corresponsal, amigo nuestro, residente en una de las ciudades más bellas y populosas de Andalucía, ha llevado tan allá, segun recientemente nos escribe, eso de la piedad en la familia que venimos tiempo há predicando á nuestros lectores, que nos ha parecido bien ponerles á todos este hermoso ejemplo, como fin y corona de los presentes capítulos.

Dicho amigo nuestro, ilustradísimo tanto como fervoroso, ha llegado á instalar en su casa lo que llama él con mucha propiedad *culto doméstico*, y lo celebra con exactitud y minuciosidad las más edificantes.

Empezó por designar un sitio especialmente destinado á esos actos de piedad privada, y construyóse un oratorio. Puso en él las imágenes de los santos Patronos de la familia, la Inmaculada Concepcion, San José, San Roque y San

Luis, presididos por el Sagrado Corazon de Jesús. Decorólo con todo el gusto y primor que puede permitirse una familia regularmente acomodada, gusto y primor que todas las casas pudieran mostrar para con Dios, cuando vemos lo muestran tan fácilmente para el adorno de sus casas y personas y áun de sus perros y caballos.

Cada dia se reune por la noche aquel buen padre con su numerosa familia y criados en este lugar para la práctica de la piedad. El rezo del Santo Rosario y un rato de lectura espiritual son los actos usuales de cada dia: los de fiesta se añade algo á la cotidiana racion; y los más solemnes del año se festejan con iluminacion más espléndida y con cantos que acompaña al armonium uno de los propios hijos. Una tabla á modo de dietario fijado en la pared del oratorio señala los dias que podriamos llamar clásicos, y las diferentes funciones con que deben ser celebrados sus dias de preparacion, sus octavas y novenas, sus meses enteros consagrados á San José, á la Vírgen de Mayo, al Sagrado Corazon ó á las benditas almas del purgatorio. El padre es por derecho natural el oficiante en esta pequeña iglesia doméstica, verdadera hijuela de la parroquial, de la que es oscuro y modesto satélite auxiliar.

Hé aquí lo que se llama haber organizado la piedad en la familia de un modo que nada deja que desear. Mas sin haber llegado á esa perfeccion y formalismo de detalles, ¿no es cierto que todo padre y madre verdaderamente cristianos pueden hacer que haya en casa un culto doméstico análogo, si no igual, al que acabamos de indicar? ¿Qué dificultades tiene, como no sean las de la pereza, el rezo del Santo Rosario? ¿Qué cuesta leer un cuarto de hora cada noche á la familia reunida unas páginas de cualquier libro apropiado, como la Vida del Santo, las obras del P. Granada, que debiera saber de memoria todo español, ó el popular y nunca bien ponderado *Ejercicio de perfeccion*, del P. Rodríguez? ¿Qué perderian los hijos é hijas en tener conocidas, por la lectura que de ellas les hiciera el padre, todas ó casi todas las obras de nuestros admirables ascéticos; el severo Nieremberg, la jovial Teresa de Jesús, el familiar y castizo Rivadeneira; alternándolas con la lectura de los principales

modernos que da á luz todos los dias la apologética católica?

Esto se hacia antiguamente en España, y á esto debia sin duda su proverbial rigidez y austero carácter la antigua familia española. Las ideas son las que dan su debido temple á las costumbres, y las ideas en la casa como en la ciudad son las que han formado nuestras actuales costumbres civiles ó domésticas, tan flojas, tan desmalazadas. El que ambas quiera restaurar y volver á su primitivo órden, es necesario que empiece á reformarlas sobre la base de la sólida piedad, sin la cual es edificio sobre arena toda construccion que se intente llevar á cabo.

CUESTION SANITARIA.

CUESTION SANITARIA.

(Con motivo del cólera en 1884).

I.

INTRODUCCION.

Castigando sanas...

UE tenemos tiempo há el cólera entre nosotros, es hecho por desgracia conocidísimo y que no cogerá ya de nuevas á ninguno de mis amados lectores. Que va extendiéndose paulatinamente por la mayor parte de las provincias españolas esta lúgubre calamidad, y que la vemos ya estacionada, como quien dice, pared en medio de nuestras casas, es otro hecho al que es fuerza se acostumbren á fijar la atencion hasta los más miedosos y empeñados en querer desconocerlo.

La cuestion sanitaria lo llena, pues, todo en el dia de hoy, y de ella por tanto debe hacerse humilde eco, como de todas las palpitantes, nuestra Propaganda popular. No se habla más que de profilaxis (tambien sé yo la palabreja de moda) y de preservativos. Quien está por la inoculacion, quien por las inyecciones, quien por el antiguo láudano, quien sencillamente por la mera higiene, que es, al fin y al cabo, de todas las recetas la que nos parece mejor.

Bien está todo eso, y nosotros con ambas manos lo aplaudimos. Vengan tratamientos y específicos, que hija de Dios es la Medicina, aunque no lo quiera parecer á veces la muy fantasiosa, segun lo poco que se acuerda de Su Divina Majestad. Venga todo eso y estudíese y ensáyese y discúrrase, por si al fin se le puede encontrar remedio ó siquiera alivio á la desastrosa enfermedad.

Mas como da la casualidad de que el hombre no es solamente un animal, como por ejemplo el caballo; así es consiguiente que la medicina humana debe ser algo más que una simple veterinaria. Digo, si á Vds., señores enfermos, y á Vds., señores médicos, no les parece atrevida mi proposicion. En cual caso, esto es, en el caso de que medicar y curar hombres y mujeres deba ser algo distinto que medicar y curar perros y caballos, debemos tener en cuenta que el procedimiento curativo debe ofrecer en aquéllos algo de especial. Y que por tanto de un modo muy distinto debe empezar por considerarse la epidemia que la epizootia, y que no es igual tratar de cómo enferman y mueren los hombres, ó de cómo enferman y mueren los mulos. Si los señores materialistas, repito, no encuentran desatinada y poco científica esta mi distincion.

En serio ya, porque la cosa muy en serio merece ser tratada, dirémos nosotros á nuestros lectores, no materialistas, sino, por gracia de Dios, buenos y fervorosos cristianos, que la epidemia, como todo lo que directamente concierne al hombre, tiene un aspecto cristiano, que el cristiano debe principalmente considerar; que de consiguiente la *cuestion sanitaria* para nosotros debe mirarse de un modo muy distinto de como la miran los infelices incrédulos; que de considerarla bien ó de considerarla mal puede depender la salud de las almas, que es la principal, y áun áun la de los cuerpos, que está más ligada con aquélla de lo que á muchos sabios-tontos les parece; que de consiguiente la *cuestion sanitaria* que en estos artículos queremos estudiar desde hoy, es saber qué debe pensar de las epidemias un buen católico, qué debe temer ó qué debe esperar de ellas, cómo en ellas debe conducirse para que le sean menos perjudiciales y áun tal vez para que le salgan beneficiosas, y en fin, otras muchas cosillas

sobre este tema que no nos ocurren ahora, pero que de fijo nos ocurrirán en el decurso de él, si nos favorece con vida y salud para seguir dirigiéndolas á nuestros lectores la Divina Providencia. Todo con el muy caritativo propósito de ayudarles á nuestros amigos á soportar la terrible calamidad, y á que por lo menos no les quede, para su salvacion, desaprovechada.

Castigando sanas, hé aquí la palabra que tiempo há dirigimos á Dios Nuestro Señor en la Santa Misa. Este es el concepto fundamental de las explicaciones sanitarias que vamos á emprender y de que acabamos tan sólo de echar el prólogo. De esta sencilla frase, que es grande y profundísima sentencia, saldrá todo lo demás para el cristiano concepto de nuestra verdadera cuestion sanitaria.

II.

Concepto racionalista y concepto cristiano en la presente cuestion.

El primer concepto racionalista que se ofrece tocante á epidemias, es el de considerarlas como meros sucesos fortuítos, ó por lo menos producidos por simples causas naturales, con entera abstraccion de la voluntad de Dios y de los fines por que las envia al mundo su adorable Providencia. Y de consiguiente el primer concepto cristiano que de tales calamidades hemos de formarnos, es el de que la mano que con ellas nos aflige es la mano de Dios, y que el fin que en eso tiene Dios, porque ninguna de las obras de Dios deja de tenerlo, es un fin digno de Su Divina Majestad y en nada opuesto á los verdaderos intereses de la humana criatura.

Catolicismo y racionalismo se encuentran en esto frente á frente, y muy lógicos ambos en su respectivo sistema. El primero, lógico en el suyo de ver á Dios en todas las cosas: el segundo, lógico en el suyo de no ver la accion de Dios en parte alguna. Cuál de los dos sea el verdadero y racional no hay por que extenderse en demostrarlo: basta

apuntar que Dios, ó existe interviniendo en todo, ó se ha de suponer que existe no interviniendo en nada, en cual último caso fuera un Dios inerte, un Dios sin actividad, no el Dios vida, el Dios *vivo*, como le llaman con frase la más enérgica y la más filosófica nuestros Libros Sagrados.

Empecemos, pues, por dejar asentada esta primera verdad, que es la fundamental. Viene el cólera, pero viene positivamente enviado por Dios, no con voluntad meramente permisiva, como sucede con ciertas otras calamidades que proceden de los hombres; sino con voluntad directa, positiva, eficaz, como la que produce todos los demás fenómenos de la naturaleza. Aquí, como en todo, los agentes secundarios son lo de menos; el agente primero es lo principal. Hiere la espada y machaca el martillo y abre la cuña; pero no son ellos propiamente á quienes se atribuye la accion, sino al brazo ó á la mano que aplican ó dan su fuerza á tales instrumentos. Así para el cristiano, bueno será y muy loable querer averiguar de qué procede el cólera, si de parásito ingerto en el organismo, como se dice hoy, ó de emanacion pútrida, como se creía antes; si de fiebre intestinal, como creen unos, ó de infeccion de la sangre, como pretenden otros. Bueno es y loable que se discurra sobre esto, y se inventen teorías, y se formulen procedimientos, y se practiquen ensayos, á condicion de que no se olvide, antes se empiece francamente por reconocer que todos esos agentes de segundo órden son causas puramente instrumentales, dependientes de la única causa esencialmente eficaz, que es Dios.

Parecerán á algunos puramente teóricas ó especulativas tales consideraciones: no se tardará, empero, en comprender que tienen un aspecto muy práctico, el único que da carácter trascendental á la *verdadera cuestion sanitaria* que estamos desarrollando aquí.

Admitido que es Dios quien envia la epidemia, síguese de ahí que la epidemia es cosa muy digna de respeto, como todo lo que procede de Dios. Combatírsela puede por cuantos medios sugiera la humana prudencia ayudada por los descubrimientos científicos, pero en caso de que sean éstos infructuosos, siendo esto señal clara de que Dios quiere á

todo trance que pasemos por ella, lo que procede es aceptarla como deben ser aceptadas todas las cosas que proceden de tan alto origen.

En dos palabras resumirémos las condiciones que debe tener esa aceptacion nuestra de las grandes calamidades que, como la presente, nos envia Dios nuestro Señor. Estas dos palabras son humildad y dignidad. Vamos sencillamente á exponerlas.

La humildad en aceptar el azote de Dios excluye los alardes presuntuosos, las insultantes provocaciones, las quejas desesperadas, las dudas sobre la bondad de la Providencia, la exagerada confianza en los recursos científicos, que nunca deben apreciarse en más de lo que son, es decir, medios humanos, falibles, y en consecuencia frecuentemente ineficaces.

La dignidad es la virtud opuesta al vano terror, al pueril encogimiento, á la absoluta desconfianza de los auxilios humanos, que algo son, aunque no sean todo lo que á veces presumen de sí. Aceptar con dignidad una de esas calamidades es mantenerse firme en medio de sus desolaciones con el corazon sumiso, pero con la frente erguida; con varonil resolucion para afrontar el riesgo donde quiera que se presente; para no retraerse de las obras de caridad aunque se aventure en ello la vida; para no huir cobardemente ante el peligro, como huyen tantos desventurados, no consiguiendo con esto más que agravar su propia situacion, y esparcir el otro contagio del pánico, peor cien veces que el contagio mismo de la epidemia.

Humildad y dignidad fundidas en una sola pieza dan por resultado el gran carácter del buen cristiano de los tiempos calamitosos, que se crece y se agiganta frente á frente del misterioso enemigo hasta alcanzar la talla del heroísmo. Humildad y dignidad son el secreto de esas pobres Hermanas, de esos oscuros Párrocos, que ven venir el peligro sin quijotescas alharacas, y sucumben ó se libran de él sin parecer que han hecho otra cosa que cumplir sencillamente un cotidiano deber. Pero esa humildad y esa dignidad no se alcanzan sino mirando á lo alto, muy á lo alto, para buscar allí el origen y la explicacion de las grandes calamidades

sociales. Se es humilde sin bajeza reconociendo que se depende en todo de Dios; al mismo tiempo que se es digno sin orgullo recordando que no se depende sino de Dios.

¡Oh qué fuente de sublimes alientos es esta última reflexion, que nosotros quisiéramos aplicasen nuestros lectores, no solamente á la presente calamidad, sino al curso todo de los humanos acontecimientos!

¡En todo sé de cierto que dependo de Dios! ¡Pero en cambio sé de cierto tambien que de nadie dependo más que de Dios!

III.

A qué fines ordena ó envia Dios las públicas calamidades.

Sentada la fundamental verdad de filosofía cristiana, que nos dice proceden de Dios todas las calamidades físicas que afligen al hombre, no siendo más que instrumentos de su adorable Providencia los agentes naturales que secundariamente las traen, procede dar un paso más en esta investigacion, y es el siguiente: puesto que es Dios quien envia sobre nosotros el azote de la epidemia, ¿á qué fines lo envia sobre nosotros Su Divina Majestad?

Para responder á lo cual debemos sentar antes otro precedente, tambien de incontestable certeza. Y es el de que Dios nada hace ni permite sin un fin, ya que es propio de todo sér inteligente y libre, tenerlo siempre en sus operaciones. Al azar y á la ventura obran únicamente los fatuos y los necios, cuya ley suele ser el mero antojo, que es poco más ó menos lo que el mero instinto en los animales. Dios, razon suprema, inteligencia infinita, prevision inefable, voluntad rectísima, nada obra en sus criaturas angélicas, racionales ó irracionales, sin un fin predeterminado, de El á veces tan sólo conocido, aunque no pocas tambien conocido por ellas: pero de todos modos fin digno de ellas y de El, fin que debe suponerse nobilísimo y convenientísimo, áun en las

ocasiones en que no se conoce por no haberse dignado El revelarlo. Todo lo cual nace lógicamente de la nocion clara que tenemos de Dios, suma Verdad y sumo Bien, que ni puede dejar de proponerse algo en sus obras, ni puede dejar de conocer lo recto, ni puede dejar de quererlo. Que son verdades axiomáticas y matemáticamente indiscutibles, que no sólo alcanza la teología apoyada en la revelacion, sino que la misma natural filosofía, sin otras luces que las de la humana razon, enseña y convence incontestablemente. De suerte que basta no ser ateo para comprender este encadenamiento lógico de verdades: ó sea, que lo que físicamente nos aflige procede de positivo decreto de Dios Nuestro Señor: que en ello tiene Este algun fin altísimo como en todas sus demás operaciones; y que este fin, oculto ó revelado, no puede menos de ser digno de El y de su criatura, y en todo conforme á sus atributos esenciales de suprema Verdad y de supremo Bien.

Bajando ahora al caso presente y concreto hemos, pues, de deducir que la epidemia nos la envia Dios; que nos la envia con fines muy suyos, ó sea, con fines muy divinos; y que estos fines, conozcámoslos ó no, son los más convenientes á su eterna justicia y al bien de nosotros sus humildes criaturas.

Y aunque no alcanzase más allá nuestra investigacion filosófica ó teológica, esto solo que entrevemos de la presente cuestion bastara ya para ponernos con respecto á ella en un cierto grado de relativa tranquilidad, si quisiésemos en todas las cosas buscarla, como buscarla debe el buen cristiano. Porque claro está que quien cristianamente discurra y sienta, ha de descansar muy confiado en esas consideraciones, que al fin son las únicas que le infunden paz y sosiego, y le inspiran total abandono en una porcion de casos humanos, en que ciertamente, por ser meramente humanos los apoyos en que estriba, debiera tener menos razon para confiar. Recordemos al niño que duerme sosegado en brazos de su madre, y se deja traer y llevar de ella sin preguntar á qué ni á dónde, porque sabe que es su madre, y su madre no puede quererle mal. Veamos el absoluto abandono con que entregamos nuestro cuerpo enfermo á un médico de con-

fianza, sin saber por qué caminos intenta llevarnos para devolvernos la ansiada salud. No hablemos de la confianza ilimitada, ciega á veces, con que ponemos en manos de un hábil abogado todos nuestros intereses en un arduo litigio, por cuyas veredas y escabrosos pasos apenas sabemos donde ponemos el pié, pero que no obstante le seguimos bajo la seguridad que nos inspira quien reune para nosotros todas las condiciones apetecibles de honradez, ciencia, y mano experta en tales negocios. Pues qué ¿hemos de suponer á Dios con respecto á nosotros, ó menos amoroso y bien intencionado que cualquier madre, ó menos sabio que nuestros hábiles facultativos, ó menos discreto que nuestros listos curiales? Si soy de Dios y me mira Dios como cosa suya; y me quiere Dios como lo que más ama; y conoce Dios, como el más sabio, mis necesidades; y puede Dios, como el más poderoso, conducirme á través de ellas y por caminos que me basta conozca El, ¿cómo puedo yo, sin portarme como irracional é ilógico, á la vez que como mal cristiano, cómo puedo yo no someterme incondicionalmente á cuanto sobre mi suerte disponga su Providencia, en sí sapientísima y á la vez para conmigo bondadosísima.

In manibus tuis sortes meæ, decia á Dios un antiguo Profeta, y creia haber dicho bastante para darse á sí propio toda clase de seguridades. Mi vida y mi muerte, mi salud y mi enfermedad, mi presente y mi porvenir, todo lo tengo en manos de Dios. Hé aquí una reflexion que en tiempos de epidemia es la única capaz de mantener sereno al cristiano. Y añadamos que áun (fisiológicamente discurriendo) es tal vez el mejor reactivo para curarla ó el mejor preservativo para prevenirla. ¡Ah! ¡Cuánto menor fuera el número de víctimas del contagio, si fuese mayor el número de los cristianamente sumisos de esta suerte á la voluntad de Dios!

Pero hemos empezado por preguntar: ¿A qué fines envia Dios á los pueblos estas calamidades? No hemos hecho más que sentar preliminares para la respuesta, que con el favor de Dios procurarémos desenvolver en el próximo artículo.

IV.

Expónese más á fondo la respuesta á la anterior pregunta.

Las Sagradas Páginas, así en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, están llenas á cada paso de testimonios que acreditan ser las públicas calamidades *azote de Dios* sobre los pueblos prevaricadores. Y los Santos Padres y la sagrada liturgia no cesan de insistir en esta idea, que, por decirlo así, se ha hecho ya vulgar y de sentido comun en el pueblo cristiano. No aducimos textos ni citamos autoridades, porque es ésta una cuestion de hecho que nadie nos ha de impugnar y que formulamos de esta manera: La Iglesia ha visto siempre en las calamidades públicas un castigo de Dios.

Católicamente hablando y católicamente sintiendo, que es como deben en todas las cuestiones sentir y hablar los buenos católicos, queda, pues, resuelta la cuestion y averiguado el fin inmediato por el que envia Dios á los pueblos epidemias como la presente que está afligiendo á nuestra infortunada nacion. El fin inmediato de esta disposicion divina es el castigo.

Pero adviértase que hemos dicho «el fin inmediato,» porque este fin está subordinado á otros fines superiores que en realidad son los que constituyen el verdadero fin. Porque en buena filosofía los fines subordinados no son en rigor más que medios: el verdadero fin reconocido por tal es aquel al cual todos esos otros se subordinan. No es irreverencia, ni es vana curiosidad, ni es temeraria presuncion querer de esta suerte sondear las disposiciones divinas para mejor venerarlas y acatarlas. Entremos, pues, seguro el pié sobre los caminos trazados por la revelacion y alumbrada la vista por la luz de ella, entremos, digo, humildemente en esta disquisicion.

Dios es nuestro autor, y nos ha criado á todos para su

posesion en el cielo, como cria á sus hijos un padre para que le hereden su nombre y rico patrimonio. La herencia de gloria para que nos ha criado no son los bienes perecederos de la tierra, ni es aun esta honra que tan cara nos es, ni esta salud que tanto cuidamos, ni esta misma vida que es lo más precioso que acá en el órden natural tenemos. Medios son para lograr el cielo todas estas cosas, pero lo son asimismo las cosas más opuestas á ellas, cuando la providencia sapientísima de nuestro Ordenador quisiere que por estos caminos y no por aquéllos vengamos á nuestro supremo fin. Medios, pues, para él pueden ser la deshonra, la pobreza, la enfermedad: medio es siempre indispensable la muerte misma.

Ahora bien: bajando de estas generalidades de filosofía cristiana al presente caso concreto, dirémos que el azote de Dios sobre los pueblos puede ser uno de tales medios, ó sea, uno de los caminos más ciertos de salvacion. Que, de consiguiente, si el fin *inmediato* de tales calamidades es el castigo, el fin *mediato* es el advertimiento del culpable, y el fin *último*, y por lo mismo el verdadero fin, son su salvacion y felicicidad eternas.

Vamos entrando aún más adentro en estas explicaciones.

En rigor no hay más que un castigo procedente de Dios que pueda llamarse tal: el castigo del infierno que ha dispuesto su justicia para el pecador no reconciliado. Este es el que únicamente merece llamarse con toda propiedad castigo, porque es el único por el cual Dios se propone exclusivamente castigar. No tiene este castigo sobreañadido un fin ulterior de misericordia: obra única y exclusiva de la justicia, es la más completa y á la vez la más tremenda expresion de este atributo divino. Este es en Dios el único castigar de juez: todo otro castigar, aunque así lo llamemos, es castigar de padre; y el castigo de padre, áun en lo humano, más bien que castigo se llama correccion. En el infierno castiga Dios al criminal para afligirle con el castigo: en las penas de esta vida le aflige Dios para despertarle y para mejorarle, ó para darle ocasion de nuevos y mayores merecimientos. Bien clara se ve la diferencia entre uno y otro modo de castigar. La vara que un buen padre rompe sobre las

espaldas de un hijo díscolo á quien por otra parte destina lo más precioso de su patrimonio, no es ciertamente la infamante argolla con que el magistrado público manda sujetar al reo al garrote vil, y estrujarle allí por mano del verdugo la garganta. Sólo el infierno es esta argolla eterna, esta pena capital, horrible, infamante, que por mano del demonio aplica el soberano Juez á las almas condenadas: las demás penas que en este mundo nos afligen, áun las que más cruelmente nos atormentan, no son sino otros tantos palos con que azota nuestras rebeldes espaldas el amor, más que la ira, de un padre anheloso de nuestro bien.

Tiene, pues, toda calamidad de esas, dos aspectos de los cuales el uno no ha de hacernos perder de vista al otro. Es castigo á la vez y misericordia. Es castigo si se mira en relacion con los pecados por los que se ha merecido: es misericordia si se consideran los bienes que en órden á nuestra salvacion eterna nos puede producir.

Se nos abren de consiguiente aquí dos sendas que recorrer, y se bifurca en cierta manera nuestro estudio.

¿Qué debe cristianamente pensarse de la epidemia con respecto á los crímenes con que la hemos estado y la estamos de continuo provocando? ¿Qué debe cristianamente creerse de la misma con respecto á los bienes que de ella puede sacar para nuestras almas la mano misericordiosa á la vez que justiciera de nuestro buen Dios?

Hé aquí por donde nos proponemos continuar el desarrollo de la presente *cuestion sanitaria*.

V.

De los públicos pecados por los que tiene merecidas nuestra patria ésta y otras calamidades.

Si provocan ó no nuestros públicos pecados el repetido azote de Dios que cruje tiempo há sobre nuestra patria, bien podríamos dispensarnos de examinarlo, tan evidente verdad es y que no puede desconocer nadie que tenga, como vul-

garmente se dice, ojos en la cara. Y que este azote de Dios, ya en forma de terremotos, ya en la de inundaciones, ya en la de miserias y carestías, ya en la actual de epidemia es un azote por demás justísimo y merecido, bien podríamos asegurarlo, aunque *à priori* no supiésemos que es siempre medido con el compás y balanza de la más exacta justicia cuanto nos proviene de la mano de Dios.

Reservados tiene Dios eternos castigos para los individuos pecadores impenitentes en la otra vida, aunque muchas veces parezca sonreírles con toda suerte de prosperidades en la presente. Mas sobre las sociedades pecadoras, que como tales no han de morir ni han de ser llamadas á final juicio, ni pueden ser colectivamente enviadas á los eternos tormentos, ¿quién no ve que no puede brillar de otro modo la infinita justicia de Dios que por medio de esos castigos tambien temporales como ella, y tambien como ella colectivos, y tambien, como los pecados de ella, públicos y de carácter solidario y social? Tal verdad reconocida, como dijimos en el artículo anterior, en cada página de las Sagradas Escrituras, en las obras de los Padres, en las oraciones de la divina liturgia, ha sido en los siglos de fe verdad de sentido comun en todo el pueblo cristiano, y han sido precisos en la actualidad todo el descreimiento de unos y toda la tibieza y flojedad de otros, para que viniese á parecer extraña y absurda á no pocos entendimientos, envenenados más ó menos conscientemente por la pestilencial atmósfera del naturalismo. Sí, es preciso de nuevo repetirlo y de nuevo inculcarlo y de nuevo introducirlo en las entrañas de la generacion actual: los grandes crímenes sociales son provocadores ciertos de los grandes azotes del cielo, y estos azotes del cielo (llámelos como quiera la ciencia, que apenas goza de otro privilegio real que del de poner nombre científico á sus ignorancias) son ciertos castigos de aquellos crímenes sociales, terribles respuestas de Dios á aquellas públicas provocaciones.

España, para no fijarnos más que en este nuestro país para el cual escribimos, España, nuestra pobre España, es, bien lo sabe ella misma, años há pública y contumaz provocadora de las iras divinas. De esos crímenes nacionales no

hemos de averiguar aquí cuál es el primer responsable, si el pueblo ó los que en mal hora le han dirigido á posta por caminos de perdicion; bástanos poder asegurar, sin temor de que se nos desmienta, que en eso todos hemos sido más ó menos cómplices, cuando no verdaderos autores. Unos por lo que han hecho, otros por lo que han permitido hacer; quienes por lo que dijeron, quienes por lo que callaron; cuales por lo mal obrado, cuales por lo bueno que dejaron de obrar, apenas queda aquí nadie que en materia de responsabilidades positivas ó negativas pueda tirar la piedra á su vecino. De cincuenta años acá el progreso de nuestra descristianizacion social es visible; en los últimos años es horrible, y obliga á apartar despavoridos los ojos cuando se le contempla con alguna detencion. Si quisiéseis distribuir en capítulos la espantosa estadística del movimiento anticristiano en España, empezad por colocar en un grupo lo que en ella se blasfema; ¡cuánto y con qué frialdad y con qué cinismo! Colocad en otro grupo lo que se hace para la profanacion, ó mejor, para la anulacion del dia festivo; ¡cuántas de esas prevaricaciones privadas y oficiales! Seguid formando otro grupo de lo que se escribe é imprime cada semana, cada dia, cada hora, contra Dios, contra su Iglesia y contra la moral; ¿qué otra epidemia puede compararse á lo universal y á lo devastador de ésta? Continuad, y agrupad en otra casilla lo que obran y lo que enseñan y lo que pervierten tantas sectas, secretas unas, semipúblicas otras, perfectamente legalizadas muchísimas, que tienen minado y contraminado en todas direcciones este infeliz suelo de España, envenenándolo con subterráneas corrientes, á la vez que esparciendo por toda su atmósfera moral la asfixia de los más corruptores miasmas; ¡qué suma de nefandas abominaciones no representa esta sola agrupacion! Y sin vacilar en ese horrible inventario, seguid notando en él la enseñanza oficial, en muchos puntos convertida en semillero de ateos y herejes, condecorado el mismo diablo en persona con toga de profesor; la Iglesia reducida á la miseria con escandalosas rapiñas de bienes de Dios y de los pobres, que lucen sobre sus caballos y sobre sus rameras muchos opulentos del dia; el bien topando por todas partes con dificulta-

des y embarazos legales que el mal no encuentra en parte alguna; el pobre hecho cada dia objeto de mayor vilipendio, así por parte de los que para perderle le llaman rey, como de los que para embrutecerle le tratan como máquina; la desmoralizacion aristocrática y popular, á consecuencia de todo esto, subiendo cada vez á más espantosa cifra, en términos que se puede preguntar ya si una gran parte de nuestras públicas diversiones son otra cosa que más ó menos veladas prostituciones... ¡Oh Dios! ¿Y hay aún quien ose mirar atrevido al cielo y preguntar por qué castiga Dios hoy dia con tan terribles azotes? ¿No fuera más lógico preguntar, á no ser la fe cristiana, si es verdad que existe un Dios justiciero, pues con tanta moderacion responde á ese continuo desafío de sus viles criaturas?

Ni se objete que en todos los siglos ha sido el mundo pecador, y que nunca este valle de lágrimas ha sido desde Adan acá un paraíso. Cierto es esto. Mas nunca (á no ser en los peores tiempos del paganismo, no en todos) se habia dado el caso de una conculcacion tan general de los divinos derechos, de una consagracion tan formal de los pretendidos derechos del demonio; más claro, de una casi legal deificacion del príncipe de las tinieblas á la par que de una completa apostasía legal del mismo Dios. Es el mundo de hoy más que pecador como los pecadores comunes; más que indiferente ó descreido con la usual indiferencia ó descreimiento; más que apóstata y rebelde con las rebeliones y apostasías de que se tenia idea hasta acá. Es el mundo servidor y esclavo y adorador fervoroso de Satanás en odio á Cristo, y pugnando con todas sus fuerzas y con todos sus Gobiernos y con todos sus sabios y con todos sus capitalistas, para ver colocado á Satanás y á sus atributos en el altar y trono de este nuestro Rey y Señor. Que tal es el ideal satánico de la Masonería. Y el mundo moderno es casi todo él ¡espantosa verdad! ó mason o masonizante ó masonizado. Y nuestra España ¡oh dulcísima patria nuestra y de tantos Santos! lleva ya gran trecho recorrido en este camino infernal.

VI.

Que los grandes castigos públicos de Dios tienen á la vez el carácter de grandes misericordias.

Que las grandes calamidades, como la que al presente nos aflige, sean castigos de la mano de Dios justamente airado por públicas provocaciones á su soberana majestad, no se les hará ya tan duro de creer á muchos de nuestros lectores. Lo que, sí, es fácil se atragante á la mayor parte de ellos, es lo que vamos á decirles hoy, esto es, que tales azotes, juntamente con ser grandes castigos, pueden ser á la vez para el azotado grandes misericordias. Contra eso se yergue y se rebela más irreducible que nunca el naturalismo, hoy dia dominante en las ideas y en las costumbres: esa es la filosofía de la fe, que el siglo infatuado no vacilará en llamar verdadera locura, sin embargo de que, cristianamente discurriendo y hablando, que es como deben discurrir y hablar los cristianos, no hay apenas, en toda la serie de verdades que forman nuestro admirable sistema, verdad más cierta y fundamental.

Veámoslo.

El *bien* del hombre no es alguno de los bienes de esta vida, como su verdadero *mal* no puede serlo ninguno de los males que en este mundo le aquejan. El *bien* y el *mal* del hombre son su bien y su mal absolutos, consumados, finales, definitivos. No pueden, pues, llamarse bienes ni males verdaderos los de acá, sino en cuanto tienen relacion con aquel supremo bien y aquel supremo mal, que han de formar uno ú otro solucion definitiva en la vida futura. Más aún. Casos pueden darse, y frecuentemente se dan, en que los llamados bienes de este mundo no solamente no son verdaderos bienes, sino que son verdaderos males, y en que, viceversa, los llamados males acá no solamente no son verdaderos males, sino que son verdaderos bienes. Como por ejemplo, y es muy

sencillo, cuando uno de los dichos falsos bienes me ocasiona ó me facilita la eterna perdicion, ó cuando uno de esos llamados males me allana mejor el camino y me abre mejor la puerta para la eterna ventura. Decianos en cierta ocasion un varon apostólico muy curtido en el dolorosísimo ministerio de acompañar al cadalso infelices criminales: «Es uno de los grandes beneficios que Dios puede hacer á una persona, concederle morir con tal género de muerte.» Proposicion á primera vista repugnante y absurda, pero, después de meditada, muy razonable y muy ajustada y muy natural. En efecto: es lo comun, entre las muertes por justicia, el que sean muy bien dispuestas y muy penitentes. Los casos de impenitencia ante el patíbulo son por suerte rarísimos en los pueblos de fe. Ahora bien. Cualquier bandolero ú homicida tenia poquísimas probabilidades de morir bien, si hubiese fallecido en su lecho como muere el comun de los mortales. En cambio, tuvo las disposiciones para morir muy santamente muriendo en el patíbulo por mano de la justicia. Hé aquí, pues, un caso, harto frecuente, en que lo que reputan los hombres, no sin motivo, grande, inmensa y abrumadora desdicha, resulta tal vez para aquel hombre el mayor beneficio de Dios, la gracia con que se le recompensó tal vez alguna obra buena de su anterior vida, el don preciosísimo de la justificacion final. Aquella alma por tan extraña manera salvada, bendecirá eternamente el odioso tablado que le fué atajo para el cielo, agradecerá la hora para él dichosísima en que cayó en manos de la fuerza pública, mirará como ángel bienhechor de su alma el cruel verdugo que le ajustició. Y el apostólico sacerdote á quien debemos estas reflexiones nos añadia, que él se encomendaba con singular confianza á las oraciones de tales públicos ajusticiados, pues de pocos moribundos cabia darse como de éstos, tan aproximada seguridad de que podian ayudarle con ellas ante el trono de Dios. Hé aquí un ejemplo palpable de cómo una desgracia, gran castigo de los hombres á la vez que de Dios, puede ser á la vez para el castigado con ella uno de los mayores beneficios de la divina bondad.

Volvamos ahora la hoja, y presentemos brevemente el lado opuesto de esta cuestion.

Supongamos que un reo así bien dispuesto á cristianamen-

te morir y para quien el patíbulo va á ser, como para el buen ladron lo fué, la antesala del paraíso, logra de repente, al hallarse ya sentado en el fatal banquillo, la conmutacion de la pena. En virtud de este indulto pasa al presidio á sufrir cadena perpetua, y en aquel lugar tan poco á propósito para la santificacion del alma, perviértese de nuevo el miserable, y fallece en pecado mortal. El indulto aquél tan suspirado, tan suplicado, tan agradecido, tan precioso á los ojos de los hombres, habrá sido para este infeliz presidiario la mayor de las calamidades. Aquel funesto perdon le quitó el cielo y le puso en camino del infierno. Hé aquí el ejemplo de una cosa que, con ser por todos reputada como gran bien, no lo ha sido sin embargo para este desdichado.

Síguese de aquí que todos los bienes y todos los males de este mundo, á excepcion de la virtud y del pecado, son *inciertos* bienes y son *inciertos* males, puesto que es *incierta* la relacion favorable ó desfavorable que tengan con nuestro último fin. Por donde se verá la profunda filosofía que entraña aquel tan vulgar pero cristiano «si conviene,» con que acompaña siempre sus súplicas el buen católico, ya cuando pide alcanzar algo que reputa un bien, ya cuando pide ser librado de algo que considera un mal. Este «si conviene» sintetiza toda la filosofía que acabamos de exponer y que, Dios mediante, aplicarémos al caso presente del cólera en el próximo capítulo.

VII.

Prosigue la misma doctrina, y hácese particular aplicacion de ella á las actuales circunstancias.

Ajusta perfectamente á nuestra idea, para continuar examinando lo que son verdaderos bienes y verdaderos males en buen concepto cristiano, la comparacion del patíbulo, que dejámos iniciada en nuestro capítulo anterior, y que hoy nos corresponde aplicar al caso concreto de la presente epidemia.

¿Qué viene á ser, en efecto, una epidemia? No encontramos ciertamente modo más gráfico de representarla, que figurándonosla como un gran tablado de justicia alzado por Dios en medio de la sociedad. Tengan paciencia nuestros lectores para seguirnos en el desarrollo de esta alegoría, y verán plenamente comprobada su exactitud.

Todos hemos de morir un dia ú otro, y cada dia se dan casos de este fenómeno, que por cierto no puede ser más frecuente y universal. No está, pues, lo nuevo y extraordinario de la epidemia en que cause la muerte. Bajo este punto de vista el cólera no puede reclamar patente de invencion. ¿En qué consiste, pues, lo especial de una mortandad epidémica? Consiste en lo extraordinario y visible é impresionador y aterrador de las formas de que ha querido rodear la justicia divina este modo de morir. Ni más ni menos, que morir en patíbulo no es *esencialmente* otro morir que morir de tisis ó de fiebre tifóidea: es sencillamente cuestion de distinta *manera* de muerte. Ahora bien. Esas formas extraordinarias y solemnes de que reviste á la muerte el cólera morbo en los lugares en donde asienta por una temporada su lúgubre dominacion, son como las formas aparatosas y aterradoras de que rodea la justicia humana el hecho tan sencillo de que acabe un reo á manos del verdugo en una plaza pública, como podria acabar á consecuencia de un achaque cualquiera en su casa ó en el hospital. Y así como la justicia humana alza de vez en cuando ese horrible tablado en el lugar más concurrido de nuestras ciudades, y allí en presencia de gentío inmenso y con prescrito ceremonial ofrece el tremendo espectáculo de uno ó varios reos á quienes da merecida muerte, para castigo de ellos y ejemplar aviso de cuantos vean ó sepan la ejecucion, creyendo con eso muy justamente la ley hacer una obra buena y prestar un gran servicio á los verdaderos intereses sociales; así Dios Nuestro Señor, eterno legislador y supremo magistrado, levanta de vez en cuando en el mundo esos espantosos tablados de su justicia, donde funcionan misteriosos ejecutores de ella, que se llaman un dia peste negra, otro dia fiebre amarilla, otro cólera morbo asiático, pero que siempre cumplen igual oficio sobre la humanidad culpable, sea cual fuere su diverso modo de eje-

cutar. Oficio que (volvámoslo á repetir) es á la vez de castigo y de misericordia, proponiéndose con él el soberano Juez no solamente la expiacion de crímenes cometidos, sino la ejemplaridad, el saludable escarmiento para que se evite el cometerlos. Y así al sonar la hora marcada en los eternos consejos empieza su tarea el invisible ejecutor, y Nápoles, por ejemplo, en Italia, y Marsella y Tolon en Francia, y Játiva y Murcia y Granada en España, conviértense durante tantas ó cuantas semanas en vastos cadalsos donde dia y noche se exhibe tremenda, pero eficazmente saludable, la divina justicia, sobre centenares y centenares de víctimas, que en pocas horas pasan del estado de salud más completa á los oscuros abismos de la eternidad. Y suspéndense los negocios, dase tregua á los placeres, cálmase la agitacion política, atento únicamente el pueblo á ser atónito espectador de las celestiales venganzas. Y dura alzado el cadalso hasta que place al invisible Juez dar órden para que vuelva á su normal ejercicio la guadaña de la muerte, y cese de cebarse en los humanos con ese aparato más solemne con que entonces se le ordenó funcionar.

Ahora bien. Como el patíbulo material vimos en el anterior artículo que puede ser, y es comunmente, medio muy misericordioso de salvacion para el infeliz ajusticiado, además de serlo para cuantos con su terrible ejemplo se guardan en adelante de cometer sus crímenes, así en esotro figurado patíbulo. Gran misericordia, además de gran castigo, puede ser para individuos y pueblos este doloroso espectáculo de la epidemia.

VIII.

Conclusion de esta materia, y consejos prácticos que se deducen de ella.

Quedamos, después de lo expuesto en los capítulos anteriores, en que los grandes castigos de Dios en esta vida pueden ser, y son en efecto muchísimas veces, sus más grandes misericordias. Llega ya la ocasion de que desarrollemos ésta

que es la parte más práctica de nuestro asunto, averiguando qué es lo que ha de hacer resulten para nosotros misericordiosos esos azotes de Dios. Con lo cual entramos de lleno en otra cuestion, que puede sencillamente formularse en estos términos:

¿Cuál debe ser la conducta del buen cristiano ante la epidemia?

Y hé aquí como de las alturas de una investigacion filosófica y teológica, más ó menos abstracta, descendemos de súbito al terreno llano, aunque no menos importante, de las reglas morales, que éste es el fin principal á que toda filosofía se debe enderezar. Bien entendido, que todo lo que aquí digamos ahora, no va á ser sino precisa y natural aplicacion de los principios teóricos que previamente acabamos de establecer.

Estas reglas de conducta á que debe invariablemente sujetarse el fiel cristiano para que le resulte beneficioso á su alma el azote de Dios que aflige su cuerpo, son las siguientes:

1.ª Previa conformidad á las disposiciones de Dios nuestro Señor. Es el principio y fundamento que llamó San Ignacio de sus espirituales ejercicios, y debe serlo de toda regla de bien obrar. Nace lógicamente de la doctrina arriba expuesta. Si ignoro por qué caminos quiere Dios realice yo más fácilmente mi salvacion, es lo más cuerdo y razonable ponerme, cuanto al uso de las criaturas, en cierta indiferencia para todo lo que no sea aquélla, y sólo en verdadera preferencia para lo que de cierto conozca me ha de conducir rectamente á dicho mi fin. Ahora bien. Este secreto casi siempre pertenece á Dios tan sólo, y á mí solamente se me exige que lo respete y que me acomode en todo á su divina voluntad. El plan de esta campaña sólo lo conoce mi Jefe, y yo sólo sé que le debo completa subordinacion para ejecutarlo, segun sus órdenes, sea cual fuere él. Y si en la tierra para lograr una dudosa y tal vez vana victoria se considera esto indispensable y de rigor en el código de la milicia terrenal, ¿cuánto más no se ha de considerar esencial y necesario en el código de la milicia cristiana? Querer, pues, lo que Dios quiere, y no quererlo sino como Él lo quiere, y no

pretender absolutamente afectiva ni efectivamente otra cosa que el cumplimiento en nosotros de este su divino querer; hé aquí la mejor y más segura receta, no sólo para trocar en verdadera fuente de paz las inquietudes y pánicos del cólera, sino áun para precaverse de un modo muy eficaz contra los ataques de esta insidiosa enfermedad, que con nadie se muestra más terrible que con los cobardes y turbados.

2.ª Además de esta cristiana conformidad y ajustamiento al querer divino, tener por máxima la de que todos los dias y todos los tiempos son de cosecha para la muerte, pero que de un modo particular lo son los tiempos de epidemia. Así que á la disposicion continua en que debe estar el cristiano para bien morir, debe añadirse ahora una disposicion más especial, acomodada á la suma mayor de probabilidades que tiene ahora, más que en los tiempos normales, de que se le llame cada dia al divino tribunal. Ocioso es, pues, encarecer que la dicha disposicion *remota* que debe tener de continuo el fiel cristiano cuidadoso de su alma, debe ser en estos tiempos disposicion *próxima*. La buena y más dolorosa confesion, el uso más frecuente del Santísimo Sacramento, la práctica de la meditacion cotidiana, las mayores limosnas á los pobres necesitados, cierto mayor retiro de los ruidos y vanidades del mundo, arreglo formal y bien dirigido de los mismos negocios domésticos, hé aquí un breve programa que, de realizarse por los cristianos, haria de los tiempos de epidemia verdaderos tiempos de bendicion y fecundos agostos de almas para el cielo. Sin olvidar que con él se mejoraria y no poco la misma salud de los cuerpos, por las razones que arriba hemos indicado y que fuera cansado repetir.

3.ª Deben con más ahinco tomar saludable aviso de este divino despertador de conciencias dormidas, los que tengan por desgracia la suya en el horror de graves desórdenes habituales, de los que no es fácil por lo comun levantarse sin el estampido de grandes amenazas de Dios. Como son los miserablemente enredados en tratos ilícitos; los poseedores de ilegítimos intereses; los afiliados á tenebrosas sectas; los entregados á pecaminosas industrias; los dominados por tenaces odios y anhelos de venganza; los que, finalmente,

han hecho del pecado mortal su modo de vivir más constante y ordinario, sin que les turben esta su falsa paz los medios usuales que tiene la Religion para levantar en tales almas saludable remordimiento. ¡A cuántos de estos infelices, en tales circunstancias, ha llegado por los extraños caminos de una calamidad pública la gracia de Dios! Un Párroco de uno de los pueblos más castigados del reino de Valencia, ha escrito en los periódicos hace pocos dias, que en su feligresía ha causado el cólera los efectos de la más fervorosa Mision.

IX.

Si podemos pedir á Dios ser preservados de la pública calamidad, y como debemos pedirlo.

A las primeras providencias que apuntámos en el capítulo anterior, encaminadas á poner en disposicion al alma para que reciba como debe la visita del cólera, si place á Dios nuestro Señor se la haga este severo huésped, deben seguir otras no menos importantes dirigidas á pedir á este mismo Señor se digne librarnos de ella si fuere de su divino agrado. Ni juzgue nadie contradictoria á la resignacion y conformidad esta súplica. Aquel: *Padre, si es posible pase de Mí este cáliz, y si no hágase vuestra voluntad y no la mia,* expresa maravillosamente con el más alto ejemplo cómo se puede pedir á Dios la preservacion de una calamidad y áun la completa cesacion de ella, sin que en nada salgan menoscabados los delicadísimos fueros de la humildad cristiana y de la más perfecta sujecion al divino querer. Puédese, pues, pedir que cese el contagio, y puédese tambien pedir que al menos se vean uno ó su familia ó su pueblo libres de él. Nos lo muestra la Iglesia dictándonos oraciones ya públicas, ya individuales para este caso, y recomendándolas á los fieles y áun mandándolas á sus ministros en tales circunstancias.

A tres podemos reducir las prescripciones más importan-

tes para cumplir en este sentido tal recomendacion, y son las siguientes:

1.ª Supuesto que las públicas calamidades provienen, segun hemos visto y enseña la fe católica, de públicos agravios á Dios, lo primero que procede son las obras de reparacion y desagravio. Desarmar el brazo divino con obras en todo opuestas á las que en mal hora le armaron para nuestro castigo, esto es lo primario y elemental. Mantener en pié la ofensa, y atreverse á pedir el perdon de ella, es manifiesta insolencia, digna no de que se otorgue el perdon, sino de que se acreciente el azote. Urge, pues, en tales casos acudir á los templos y rodear los altares, y á proporcion de eso dejar vacios ó desiertos los lugares de pública disipacion, donde resulta más frecuentemente Dios ofendido. Urge que dicte la ley medidas represoras de la blasfemia, y de la profanacion de los dias festivos, y de las publicaciones impías y obscenas, y de tantos y tantos otros delitos que, por ser lo que se llaman *delitos religiosos*, parecen llevar ya con esto hoy dia el mayor de los atenuantes, cuando en buena filosofía son los que precisamente por eso ofrecen el carácter de mayor gravedad. Y debe el ciudadano cooperar con todas sus fuerzas á que así se haga, y secundar la accion del poder público si procede así, y pedirle estrecha cuenta si así no procede.

2.ª A par de eso, y tras esa primera y fundamental disposicion, débese acudir al cielo por todos los medios y con todas las formas de oficial y popular rogativa, para obtener su misericordia y perdon. A cual fin no podemos menos de encarecer la devocion del Santo Trisagio á la augusta Trinidad, preces que fueron reveladas del cielo con ocasion de una calamidad que cesó en cuanto fueron adoptadas. La santa Misa es, no obstante, el primero de todos los actos expiatorios y suplicatorios, y debe preceder y acompañar á todo otro ejercicio. La intercesion de los Santos, y en especial de María, enseña la fe que es eficacísima ante Dios, y la forma más segura de pedirla y alcanzarla es el rezo de las *Letanías mayores*. A lo cual pueden muy bien añadirse las piadosas romerias á santuarios y ermitas; las novenas á las imágenes de mayor culto; las luces que en testimonio de fe y piedad

enciende y ofrece el vecindario ante las capillas de los patronos de sus calles y plazas; los votos y promesas, ya de particulares, ya de poblaciones, hechos discretamente y con maduro consejo, pues esta materia es delicada; y por fin cuanto puede sugerir al fiel cristiano su confianza en Dios y en sus Santos, que eso más que los tratados se lo dictará á cada uno, bajo la inspiracion de la Iglesia, su propio fervor. ¡Cuán alto ejemplo han dado de eso en nuestros dias las diócesis y Asociaciones que han renovado su consagracion al adorabilísimo Corazon de Jesús!

3.ª Peculiares deberes tienen en casos tales las almas más amigas de Dios nuestro Señor, y crece en ellas la obligacion del sacrificio á medida de lo que sea más estrecha aquella santa amistad. Tambien ellas deben en semejantes dias de afliccion interceder ante Dios en favor de sus hermanos, y esta intercesion puede en las más generosas y heroicas llegar hasta la inmolacion. Ofrecerse á Dios un alma como víctima expiatoria por las iniquidades propias y de sus hermanos; ofrecerse para la enfermedad y la muerte en vez de los pecadores menos preparados á recibirlas cristianamente; ofrecerse para la afliccion y el interior desconsuelo á trueque de alcanzar tales ó cuales gracias para los que más necesiten de ellas, ¿qué otra cosa es sino emular, en el más alto grado concedido á la humana criatura, el sublime ejemplo de Cristo Dios ofreciéndose en vida y en muerte por los pecados de todos nosotros? San Carlos Borromeo, en la famosa peste de Milan, y el obispo Belzunce, en la de Marsella, legaron á la historia dos altos modelos de esa expiacion, cuando en lo más recio de sus respectivas epidemias se presentaron ante su catedral, en medio de su pueblo desolado, ceñidos de cilicio, atada al cuello una soga como criminales, ofreciendo á Dios sus vidas, en cambio de las de su afligida grey. Y la historia confirma que el voto fué escuchado, y que ambas ciudades fueron libradas inmediatamente después de la oblacion de sus santos Pastores. ¡Cuántas almas tal vez han hecho de sí idéntico ofrecimiento á Dios en las presentes circunstancias, debiéndose quizá al ignorado sacrificio de alguna de esas víctimas solitarias el que haya cedido en tal ó cual punto la fuerza del mal! ¡Quién sabe á cuántos infeli-

ces ha proporcionado la gracia de la buena muerte ó librado tal vez de morir, el ardimiento de una Hermana de la Caridad ó de un buen Párroco, que al ser llamados al punto apestado se ofrecieron sin reserva á Dios para servirle en él, y murieron en la demanda! El balance de estas obras ocultas y el recuento de sus resultados no se hace en las estadísticas de la tierra, ni se recompensa con las llamadas *cruces de beneficencia* y demás quincallas de este jaez, pero ¿quién negará que se está haciendo y lo hemos de ver hecho un dia en otra parte?

X.

Cuál debe ser en tiempos de epidemia la conducta del buen católico para con sus hermanos.

Cede ya, gracias á Dios, en la mayor parte de las provincias de España invadidas por el cólera, esta terrible calamidad, y es por tanto hora de que nos acerquemos tambien al fin de este asunto que ella nos ha motivado. Téngase en cuenta, empero, que no escribimos precisamente para tal ó cual localidad determinada, donde haya ya menguado la fiereza del mal, sino para todos los pueblos de nuestra nacion, entre los cuales son no pocos todavía los que gimen bajo el devastador azote. Y que, además, no limitamos ni queremos reducir el fruto de esta nuestra popular enseñanza á la epidemia presente, sino que la damos para cuantos casos análogos en adelante puedan sobrevenir, y que es de temer no falten más de una vez á la actual generacion. Por todas estas razones insistimos aún en esta materia, que á alguno pudiera parecer ya de menos oportunidad, bien que resueltos á dejarla muy en breve terminada.

Visto lo que en tiempos de epidemia exige nuestro deber de cristianos para con Dios y para con nosotros mismos, sigue ahora apuntar lo que igualmente exige de nosotros el

deber para con nuestros hermanos. Y á posta hemos colocado este órden de deberes en el último grupo, ya que éste es el que de un modo especial debe caracterizar al fervoroso católico en tiempos como los que estamos atravesando.

Sí, las grandes calamidades públicas han servido en todos los siglos y han de servir siempre para que en ellas se muestre más vigoroso y heroico que nunca el espíritu de caridad que anima á los hijos de la verdadera fe. Sí, esta viene á ser la piedra de toque á que sujeta de vez en cuando la Providencia las instituciones meramente humanitarias, para que se vea palpablemente por todos cómo su aparente valor es de puro talco ú oropel, en contraste con la solidez é intrínseca virtud de las verdaderamente religiosas. Hora es ésta en que se acrisolan los sistemas, y se depuran las teorías, y se someten á eficaz reactivo las convicciones, para dar cada una de ellas su propio resultado y quedar en definitiva por mera palabrería lo que otra cosa no es, á la par que por sólida magnanimidad y buen temple de espíritu, el que se ha forjado y caldeado en la encendida fragua de los sanos principios sobrenaturales. En tales casos, en que no basta hablar de humanitarismo y de beneficencia en discursos y periódicos, sino que es preciso practicarla con menos sonoridad de frases, pero con más riesgo del pellejo junto al lecho de los apestados; en tales casos, digo, no es el más filósofo, ni el más elocuente, ni áun el más habilidoso el héroe que se gana la corona, sino sencillamente el más humilde creyente, el más amigo de Dios, y el más apartado de las necias y ruidosas alharacas del siglo. Y el espectáculo es instructivo por demás, y él solo puede ya compensar las grandes aflicciones que proporciona por otra parte el estrago de la calamidad.

Mas para ello es preciso que empiece por considerar todo buen cristiano que ésta es una como arena de combate, á la que le cita y emplaza Dios nuestro Señor, para que en ella dé buena cuenta de sí y de su fe por medio de toda clase de heroicos sacrificios. Tomarlo debe como anfiteatro donde se le convida á luchar, y debe á todas horas decirse y repetirse á sí propio aquel *Spectaculum facti sumus mundo et Angelis et hominibus*, acicate el más propio para enardecer los espíritus santamente hidalgos, y llevarlos á dar felice cima por

Dios y por su fe á las más altas empresas. En cual tarea deben ser los primeros, como es lógico, los que la tienen como ordinario ministerio, habiéndose ligado á estos empeños con título especial, como son los que ejercen autoridad y desempeñan cargos públicos, y han contraido el deber de justicia de servirlos en todos tiempos, pero con mucha mayor razon en los críticos y apurados. Para éstos, como para el soldado que ha ofrecido su pecho y su brazo á la patria, y ha recibido de ella, para que la defienda, estipendios y grados y condecoraciones, el puesto de peligro no es solamente puesto de honor, es sencillamente puesto de deber y de conciencia. Y el que lo abandona, como no sea por caer herido en la refriega, es un vil desertor, indigno de la confianza que en el depositaron Dios, la patria y el voto de sus conciudadanos.

Nuestra intencion, empero, no se dirige en el caso presente á esa porcion, que por ser la privilegiada de los honores ha de ser tambien la privilegiada de los deberes. Al comun de los fieles nos dirigimos, á los que sin notoria injusticia no se puede considerar como *estrictamente* obligados á arriesgar por sus prójimos la salud y la vida. A esos consideramos en las presentes circunstancias llamados tambien á los combates de la abnegacion y del celo por el bien de sus hermanos; á esos hemos de considerar como milicias populares que en dia de general arremetida acuden á reforzar el ejército permanente, y á cubrir los indispensables huecos que en el servicio público deje la escasez del personal oficial, siempre exiguo ante lo extraordinario de tales necesidades. De esos puede y debe esperarse, en casos tales, desinterés, generosidad, esforzado pecho, sereno aliento, virtudes que el mundo compendia bajo el nombre general de *civismo,* y que nosotros nos contentarémos con llamar sencillamente verdadero y perfecto espíritu cristiano. Y estas virtudes cristianas, que porque hacen el buen cristiano hacen por lo mismo el buen ciudadano, pueden reducirse á tres grupos, que dejarémos solamente indicados aquí, y que explanarémos, Dios mediante, en el capítulo próximo.

Y son:

1.° El auxilio de la limosna material, que en circunstancias extraordinarias debe por lo mismo ser extraordinaria.

2.° El buen ejemplo personal, que se debe dar público y manifiesto para sostener los ánimos abatidos y conjurar en lo posible los estragos del pánico, peores mil veces que los de la misma enfermedad.

3.° El servicio tambien personal, hasta con riesgo de la salud y vida propias, cuando el cristiano puede ofrecerlo de sí á Dios y á sus hermanos con entera independencia y sin menoscabo de superiores obligaciones.

XI.

Expónense al por menor los deberes principales del buen católico indicados en el anterior capítulo.

Los tres actos de virtud principales que con respecto á su prójimo se le recomiendan y casi se le imponen á todo fiel cristiano en tiempo de epidemia, los notábamos en el capítulo anterior, y vamos en el presente á tratarlos con alguna mayor extension.

Es el primero la limosna. ¿Para cuándo creen los ricos imperiosamente obligatorio este su tan olvidado deber, si asi no lo creen en tiempos de tales calamidades? Sabido es que el foco de ellas más que en otra causa alguna debe buscarse por regla general en la miseria que á ciertas clases impide guardar buen régimen en la alimentacion, ó precaver determinadas ocasiones, ó medicar los primeros síntomas. Y á todo eso se acude muy principalmente con la abundante y oportuna limosna. El descorazonamiento y pavor de la multitud ante la perspectiva de esas calamidades, es otra causa que hace multiplicar sus estragos, y á eso es tambien remedio principal y adecuado el socorro de la limosna. La paralizacion, por fin, que ellas producen en los públicos negocios, y el hueco que dejan en muchas familias con la repentina muerte del padre ó del hijo mayor que ganaba su pan, tampoco se pueden suplir de otro modo que con la abundancia de las limosnas. Es, pues, hora la presente de que dé la ca-

ridad de Cristo general rebato á todos los bolsillos pudientes, y de que nadie haga traicion á su fe cristiana cerrándolos ó siquiera no abriéndolos de par en par guiados por meticuloso egoismo. Y adviértase que hay un medio segurísimo para mucho dar, y es ahorrarlo de vanas superfluidades. El rico que en todos tiempos, pero especialmente en los de públicas calamidades, quiera tener bien formado su presupuesto de pobres (y ningun rico puede prescindir de tenerlo), ha de empezar por cercenar desapiadadamente su presupuesto de gastos inútiles, que las más de las veces no se detienen ahí sino que llegan á pecaminosos. Goce, pues, menos, y diviértase menos, y ostente menos lujo, y coma con alguna mayor sobriedad; que no es bien se derrame él en desmesuradas alegrías y en locos placeres, cuando tantos infelices apuran hasta las heces lo amargo de la tribulacion. Y quien así lo haga, es seguro, es infalible, que tendrá luego largos sobrantes con que atender á los pobres. Así fueron siempre los hombres limosneros, y siempre las buenas limosnas salieron de ese manantial. Contra la epidemia, pues, después de lo dicho con respecto á Dios y al alma, dése principalmente esta gran batalla, la batalla de la caridad.

El segundo es el del buen ejemplo personal. Tienen gran ascendiente sobre unos los actos de los otros, y el pánico en las grandes crisis sociales es contagioso y epidémico como la más pegadiza enfermedad. Huir á la desbandada los más visibles é influyentes de una poblacion al aparecer en ella las primeras avanzadas del mal, es desarrollar en ella esotro contagio del miedo, que es su vehículo más poderoso. Ténganse firmes, pues, en sus puestos de honor los buenos cristianos de cada localidad, y alta la frente al cielo, y fijos corazon y ojos en Dios, den esa otra limosna á sus hermanos necesitados, la de buen ejemplo de serenidad y valor y cristianos alientos. No hay grito más desastroso en los inciertos azares de una accion de guerra que el de «sálvese quien pueda,» y todo oficial tiene el deber de dejar atravesado con su espada al cobarde que ose pronunciarlo. Tal nos parece que gritan los que en las presentes calamidades, máxime en ciertas reducidas localidades, emprenden inmediatamente precipitada fuga. Sin contar con lo que tienen á veces de perjudiciales, áun

para la salud del propio fugitivo, esas retiradas en desórden, que rara vez dejan de ofrecer gravísimas peripecias.

El tercero es el del ofrecimiento de la propia persona en servicio de los infelices contagiados. Acto heroico es éste, y que no de todos se puede exigir, y que á algunos tal vez ni se debe aconsejar; pero que á quien libre y desembarazado de otras obligaciones pueda emprenderlo, se lo ha de recompensar con gran corona de gloria Dios nuestro Señor. Por lo mismo que en practicarlo se da más que el dinero, se da más que la conveniencia y comodidad, pues se aventura la propia existencia, es virtud sublime y encarecidísima á los ojos de la Religion, y casi igual ó por lo menos análoga al martirio. «No hay, dice el Evangelio, caridad mayor que la del que ofrece la vida por sus hermanos.» Grandes pecados serán perdonados á quien por este acto de excelentísima caridad sobrenatural se proponga satisfacer por ellos, además de acarrearse singulares bendiciones del cielo. Al que se ocupe en auxiliar al enfermo y al pobre, dice un Salmo, le dará Dios socorro á su vez en el lecho de su dolor, y como con mano propia le mullirá su cama para que no se le haga dura en su enfermedad. ¡Hermosísima expresion que pinta con gráfica pincelada cómo suele pagar Nuestro Señor áun en esta vida los consuelos prodigados en lances tales á los pobrecitos enfermos!

De estas tres virtudes ha sido tipo y acabado ejemplar en una de nuestras aldeas de Cataluña un rico propietario de ella, cuyo nombre no hemos de citar aquí, bien que pudiéramos, pero cuya noble conducta no queremos en modo alguno dejar de presentar como bella personificacion de cuanto llevamos dicho. Presentóse la epidemia en la referida poblacion, que cuenta tan sólo algunos centenares de vecinos. Todos los ojos se dirigieron inmediatamente al propietario referido, á quien como primer vecino de ella tocaba dar disposiciones. De ellas fué la primera anunciar á los vecinos y á las autoridades que ni él ni su señora madre abandonarian el pueblo, fuesen cuales fuesen los azotes que lloviesen sobre él. Y que inmediatamente, dicha su madre de dia y él de noche, empezarian la visita cotidiana de todos los atacados para atender personalmente á cuanto fuese menester. Que desde

luego se pondria á la lumbre el puchero con rico caldo de gallina, y que así se tendria hasta cantarse el *Te Deum,* para que pudiesen contar con él á todas horas los pobres de la localidad. Que de sus mozos de labranza habria siempre uno con su mula ensillada para traer de la ciudad el médico y los medicamentos cuantas veces fuese necesario. Que por fin la mejor y más añeja cuba de su bodega quedaba á disposicion de dicho médico, para cuantos convalecientes necesitasen aquel cordial.

Y así se hizo, ¡páguselo Dios al jóven hacendado y á su digna madre! y la poblacion vió en él su angel salvador, y aunque los casos fueron muchos, las víctimas fueron relativamente pocas. Lo cual de seguro no habria sucedido si al presentarse el cólera aquel rico hubiese iniciado, como tantos otros, el pánico y la dispersion.

XII.

Resúmen y concepto sustancial de todo este opúsculo.

Cuanto llevamos dicho en los anteriores capítulos puede resumirse por conclusion en las siguientes reflexiones que son su concepto sustancial.

Que los grandes castigos con que azota Dios al mundo pecador, si por un cierto aspecto pueden ser llamados males, pueden por otro más elevado resultar verdaderas misericordias de su soberana bondad. Que esto último lo son cuando mirados cristianamente dichos castigos, como debe mirar todas las cosas un buen cristiano, ve en ellos la mano que le hace expiar acá graves faltas de que pudiera exigirle expiacion más dura en otra parte, al paso que le advierte de los malos senderos por donde anda, á fin de que á tiempo se aparte de ellos, y no acabe por despeñarse en el único verdadero y definitivo mal, que es la eterna condenacion. Que además de estos dos caracteres de expiacion y de ejemplaridad que, como todas las penas, tienen estas que llamamos públicas

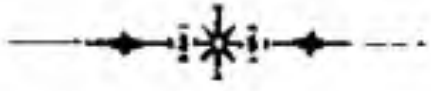
calamidades, motivo por el cual pueden en casos dados bendecirse como gracias muy saludables del cielo, sonlo tambien porque proporcionan ocasion de grandes y heroicos rasgos de virtud con que se aquilata la verdadera fe, como de ello ¡gracias sean dadas á Dios! se ha visto la prueba en todas las epidemias que han afligido al pueblo cristiano, prueba que no ha fallado por cierto en España en la presente ocasion.

Mas todo esto supone, como es natural, la epidemia cristianamente aceptada, ó por lo menos, si se quiere, cristianamente resistida, ó lo que es lo mismo, sufrida con verdadero espíritu cristiano, y cumplidos con cristiana fidelidad todos los deberes que impone. En este supuesto, se puede, hablando de ella, dirigir á Dios nuestro Señor aquel confiadísimo *castigando sanas* que le dirige la Iglesia, por boca de sus ministros, en una de sus oraciones de rogativa. En este supuesto, sana Dios ó da la salud por medio del castigo, que esto significan aquellas dos palabras; castigo que resulta verdadera espiritual medicina, á condicion de que como tal la tome el enfermo á quien se prescribe.

Cuando, empero, así no sucede; cuando el azote de Dios lejos de humillar al pecador y de hacerle levantar ojos y corazon al cielo, le hace maldecir con más insensatos furores la Providencia ó buscar con mayor afan distraccion y consuelo en las perecederas miserias de la tierra; cuando, por ejemplo, la epidemia no hace que se rece más y se frecuenten con mayor asiduidad los templos y se acuda con más fe á los Santos, sino que, al revés, bajo pretexto de ella se corra con más ansia á los espectáculos impúdicos, se organicen diversiones cuya menor y más inofensiva eficacia es disipar el espíritu y retraerle de los elevados y graves pensamientos que en tales épocas deben ser su pasto usual; cuando esto sucede ¡ah! entonces, sí, puede asegurarse que, ya para un pueblo, ya para un individuo, es una de tales calamidades el peor y más espantoso castigo de Dios. Entonces el azote del cielo no sirve más que de acabar de endurecer, por su culpa, al protervo azotado. En tales casos la falta absoluta de remordimientos es signo indubitable del más horrendo de todos los estados del alma, el de la impenitencia final. Llorad entonces, sí, y llorad ¡oh dolor! casi siempre sin espe-

ranza sobre el individuo ó pueblo á quien viéreis sordo á tales estampidos de la ira de Dios. Puesto que no le advierten ni le mejoran estas voces tremendas, es casi seguro que le acabarán de empeorar. Y el alma de un hombre ó de un pueblo así encallecida y encancerada no es regular se levante de su miserable estado sino por un verdadero milagro de la gracia divina. ¡Oh! ¡cuánto hemos visto tambien de eso en todas épocas y muy especialmente en la actual! ¡Séanos tambien aviso del cielo el ejemplo de esas horribles perversiones al lado de los hermosos rasgos de fe y caridad con que forman espantoso contraste! Aquí parece otra vez reproducirse lo que una vez se viera ya en el Calvario en la hora aquella tremenda de la muerte de nuestro Divino Salvador. Dos reos clavados como El á uno y otro lado de su cruz, hacen servir este su afrentoso y doloroso suplicio, el uno para escalon ó pedestal de la gloria, el otro para último sello de su condenacion. De sus padecimientos harto merecidos por una vida criminal, saca Dimas sentimientos de súbita confianza y de rendida fe y adoracion hácia el divino Moribundo, y de ladron se hace santo; al paso que Gestas toma ocasion de lo mismo para añadir nuevas blasfemias y sarcasmos á los que dirigen los fariseos al buen Jesús, y muere verdadero demonio desesperado. Así pasa hoy dia en el mundo, y estos son los diversos frutos *(in ruinam et in resurrectionem)* que da en unos y en otros segun sus peculiares disposiciones la cruz con que á cada cual aflige el Señor. Enséñenos esto á usufructuar como es debido, siempre y en todas ocasiones, tan precioso tesoro.

LA SEPULTURA CRISTIANA.



LA SEPULTURA CRISTIANA.

I.

Introduccion. Primeros fundamentos de esta materia.

L dia santamente lúgubre de los Fieles Difuntos que vamos á celebrar y que tan religiosamente observa todavía, gracias á Dios, una gran parte de nuestro pueblo, convida á entrar en una serie de reflexiones sobre el epígrafe que acabamos de escribir y que tiene en nuestros tiempos especial importancia.

La sepultura del hombre ha sido, en efecto, desde los primeros albores de la humanidad, una cosa sagrada y el documento más irrefragable de la constante y arraigada creencia del mundo en la inmortalidad del alma. Nunca, repárese bien, nunca se ha creido en el mundo por ninguna raza ó por ningun culto, que estuviese del todo acabado el asunto del hombre al cerrar éste sus ojos materiales á la presente luz temporal. Siempre se ha juzgado que del hombre quedaba algo en alguna parte, áun después de esta su terrena descomposicion. De aquí el religioso respeto de que se han rodeado siempre los despojos humanos. Se ha considerado que estos restos son cosa que pertenece todavía á álguien que sobrevive á ellos; que son algo humano todavía, á pe-

sar de su insensibilidad y corrupcion; que tienen todavía algun derecho al cariño y al honor de los sobrevivientes; todo lo cual seria sencillamente absurdo, si el género humano tuviese de la muerte la idea de una destruccion total. El sepulcro, pues, que á primera vista pregona, más que todo, lo perecedero y deleznable del hombre, es, bien considerado, otra de las pruebas de su perpetua inmortalidad. De su oscuro y silencioso fondo parecen salir protestas de indefectible esperanza y aquel *Non omnis moriar* de un filósofo gentil, eco de las universales tradiciones del género humano, emanadas de la revelacion primitiva: «¡No todo yo he de morir!»

Dicho se está con eso de qué respetos y veneracion procuraria tambien el Cristianismo rodear el lugar de la sepultura de sus hijos, él cuya mision era elevar á grado mayor de sublimidad y nobleza sobrenatural todo lo noble y sublime que ya en sí abrigaba como natural herencia suya el linaje humano. Sus ideas sobre la vida futura son precisadas y concretas: tiene entre sus dogmas fundamentales el dogma grandioso de la resurreccion final de toda carne; del cristiano, ya como ser racional, ya muy especialmente como ser regenerado y en cierta manera divinizado, ofrece él un concepto elevadísimo, cual nunca pudo soñar la humana filosofía. Razones todas las más apropiadas para que adquiriese á sus ojos nueva y mayor importancia la sepultura del hombre. Y en efecto. Apenas apareció el Cristianismo vióse el atento cuidado con que miraba la Iglesia todo lo relativo al sepelio de sus difuntos, las preces y bendiciones con que acompañaba este acto, las expresivas ceremonias con que realzó su significacion, el respeto con que quiso fuese por todos mirado áun el material lugar de la sepultura. Al sitio ó recinto destinado á las inhumaciones cristianas llamó con muy adecuada voz *Cœmeterium,* palabra de origen griego que equivale á *Dormitorium*, ó sea, lugar donde se duerme ó se descansa, lo cual incluye por sí mismo la idea correlativa del despertar ó de la resurreccion, consiguiente á un sueño ó reposo meramente pasajero y temporal. Allegó cuanto pudo á sus templos las sepulturas, para que en cierto modo participasen éstas del carácter sagrado y venerando

de aquéllos, y á fin de que el recuerdo de nuestros hermanos difuntos y la perspectiva de nuestra propia muerte se ofreciese todo á nuestra imaginacion templado, suavizado, elevado con la consoladora influencia de la Religion, y por decirlo así, con la constante vecindad de sus más sacrosantos misterios. Así durante los primeros siglos de persecucion las catacumbas fueron á la vez para los cristianos sus primeras iglesias y sus primeros Cementerios. Habia de serles grato á aquellos atribulados creyentes celebrar sus piadosas asambleas rodeados de los enterramientos todavía frescos de sus hermanos de ayer, y á la vista de los lóculos ó nichos mortuorios que ellos mismos tal vez ocuparian mañana, como si ni por la muerte debiese interrumpirse aquella dulcísima fraternidad que hacia de todos en Cristo *cor unum et anima una,* «un solo corazon y una sola alma,» en frase del sagrado historiador.

Hemos recorrido con íntimo consuelo mezclado de misterioso terror aquellos recintos de la muerte donde, por decirlo así, se respira más puro que en otra parte alguna el aroma de la vida sobrenatural y de la superior esperanza. ¡Qué lenguaje el de los epitafios! ¡Qué expresion la de los símbolos! ¡Qué elocuencia la de las toscas figuras! Nos parece que es en el atrio de la Basílica de Santa Maria *Trans Tiberim* donde están empotradas como en riquísimo museo multitud de lápidas sepulcrales que pertenecieron á las catacumbas, y que constituyen la más hermosa documentacion de la viva fe cristiana de aquellos dias heroicos del Catolicismo. El elocuente autor de *Fabiola*, que de ellos nos ha dado en esta obra un retrato tan completo, reproduce algunos de estos epitafios, en los cuales el cariño paternal ó conyugal ó filial, á vueltas de una redaccion enteramente vulgar y por lo mismo sembrada de frecuentes idiotismos de construccion y de ortografía, resplandece siempre entre los más vivos destellos de confianza en la prometida resurreccion.

Allí está el tipo de la sepultura cristiana, allí el modelo y ejemplar de lo que han sido después y deben siempre ser nuestros Cementerios ó Campo-santos. No las paganas necrópolis, no los soberbios mausoleos de la Via Appia, no las egipcias pirámides, no los suntuosos columbarios, no

las urnas cinerarias ni los vasos lacrimatorios, hablan el idioma cristiano y expresan el pensamiento que debe expresar para un fiel creyente la sepultura cristiana.

En algunos capitulos vamos á exponer lo más principal de cuanto enseñan sobre este punto el dogma y la disciplina de la Iglesia católica, á fin de que sientan nuestros lectores la aversion y horror que deben sentir como buenos católicos contra la descristianizacion de las tumbas, que es otro de los siniestros ideales á que pretende llevar á la actual sociedad el moderno Liberalismo, en todas sus manifestaciones impío y anticristiano.

II.

Doble concepto en que tiene la Religion nuestros mortales despojos.

Para comprender el por qué de la veneracion y religioso respeto de que ha querido rodear la Iglesia las sepulturas de sus hijos, es preciso hacer observar antes una cosa en la que por muy pocos se fija comunmente la atencion, y que debe servirnos de necesario precedente. Y es el elevado concepto que tiene y nos manda tener la Iglesia de nuestro propio cuerpo en vida, y de consiguiente tambien de sus inanimados despojos después de la muerte.

Dos aspectos ofrece la consideracion de nuestra carne mortal: primero, el más comun de todos, segun el cual lo consideramos como elemento de pecado *(corpus peccati)*, despreciable y vil por su orígen y por su inmediato paradero, que son el polvo de donde salió y el polvo á donde ha de volver. Bajo este concepto, todo lo que se dice en los tratados ascéticos, para dar idea de lo bajo de nuestra condicion corporal y de lo ruin de sus inclinaciones, es muy cierto, y la oratoria cristiana de todos los siglos ha agotado sus recursos para debidamente ponderarlo. Realmente, el cuerpo en este sentido es nuestro principal enemigo; vaso

de corrupcion; fuente de concupiscencia; reptil de viles instintos; lastre pesado que está siempre gravitando hácia abajo y contrastando el vuelo generoso del alma; digno de que le trate con toda clase de rigores el cristiano celoso de su salvacion.

Mas tiene este asunto otro aspecto, no menos verdadero que el anterior, aunque completamente diverso, y es el que nos sugiere la consideracion de esta nuestra misma carne, si la consideramos ennoblecida y como santificada por su union con el alma en estado de gracia; sirviendo de vehículo de esta misma gracia que á ella se confiere por medio de los Sacramentos; y quedando después de la muerte como semilla de futura resurreccion y glorificacion. En este sentido corresponden al cuerpo las elevadas y magníficas expresiones con que le realza el Apóstol cuando le llama «miembro de Jesucristo» y «templo del Espíritu Santo,» anatematizando á los que violan y profanan este tabernáculo de Dios, haciéndolo inmundo con impurezas y consorcios ilícitos. Sorprende, en efecto, leer aquellos elocuentes textos: *Nescitis quoniam corpora vestra membra sunt Christi?* (I Corinth. VI, 15). *An nescitis quoniam membra vestra templa sunt Spiritus Sancti?* (Ibid. VI, 19). *Tollens ergo membra Christi, faciam membra meretricis?* (Ibid. VI, 15), y otros por este tenor, viéndose por ellos que la Religion, á la vez que nos ordena vivir prevenidos contra los instintos groseros de ese *cuerpo de pecado,* y vigilarlo y castigarlo para tenerlo á raya en sus bestiales apetitos, nos manda juntamente que en él reconozcamos cierta sobrenatural dignidad, acreedora á religiosos respetos, y hasta á un cierto *culto* como el que se tributa á los templos y sagrarios de nuestro Dios y Señor.

Detengámonos un poco en esta reflexion, que es fundamental y decisiva para la materia que estamos estudiando.

Del barro procede nuestro cuerpo, pero á este barro ha honrado Dios de tal suerte durante el breve período de su union con el alma imágen suya, que bien podríamos llamarle con toda propiedad, barro santificado. Por medio del cuerpo recibe el alma su espiritual regeneracion en el Bau-

tismo, y no seria ella elevada al espiritual desposorio con Dios, si no fuese por la material ablucion de la carne, acompañada de las palabras sacramentales. En la carne se reciben las unciones sagradas de la Confirmacion y de la Extremauncion, y el refuerzo y vigor con que el alma se ve fortalecida para confesar con mayor denuedo la fe de Cristo ó arrostrar el duro trance de la muerte, débelos á su compañero el cuerpo, por cuya mediacion le fueron transmitidos estos auxilios. De la Penitencia no hay que decir sino que dos de los actos principales de ella *(oris confessio, operis satisfactio)* son actos de ejercicio corporal. Del Orden y Matrimonio no se conciben el fin ni la aplicacion sino como actos en que el cuerpo tiene importante papel. ¿Qué dirémos, empero, si consideramos lo que se refiere al sacrosanto misterio de la Eucaristía, que á propósito hemos querido citar como el último en esta enumeracion, como el que más vasto campo ofrece para toda suerte de ponderaciones? La Eucaristía, que las palabras materiales de la boca del sacerdote consagran, que sus corporales manos sostienen, que los labios y la lengua de los fieles reciben, que el seno y el corazon y las entrañas de los mismos abrigan y guardan y consumen, es el misterio que más eficazmente deja consagrada toda nuestra carne, poniéndola, no solamente en mero contacto, sino en verdadera comunicacion y *concorporeidad* (así la llama un Santo Padre) con la Carne sacratísima de nuestro Salvador. Como dos ceras (dice este Doctor) se mezclan al derretirse juntas, así se unen nuestra carne en la de Jesucristo, de suerte que Cristo está todo en el cristiano, y el cristiano está todo en Cristo en el acto de la Sagrada Comunion. ¿Quiérese idea que más ennoblezca y casi divinice la grosera materia de nuestro vaso corporal? ¿Qué es en su comparacion la majestad de los templos, qué lo recogido de los sagrarios, qué lo augusto de los cálices y copones, qué el brillo de los viriles y custodias? Viril y custodia, cáliz y sagrario, altar y templo y más que todo eso es la carne del cristiano que recibe la Sagrada Comunion. ¡Tan sólo el seno purísimo de María Virgen excede en dignidad, en la tierra y en los cielos, al seno de la más infeliz mendiga ó del pobrecito pordiosero que reciben en su lengua y trasladan á

sus vísceras la Hostia consagrada! Si, pues, cosa santa son los objetos materiales antedichos, solamente por su contacto físico con el Cuerpo y Sangre de Cristo Nuestro Señor, ó por servir inmediatamente á su culto; si por esto solo son ellos respetados y venerados, y es sacrilegio destinarlos á uso profano, y obtienen en el derecho canónico un carácter de inviolabilidad que los separa del comercio de las cosas humanas, considérese cuánto más que ellos debe gozar de tal categoría el cuerpo del hombre, que tiene sobre ellos la ventaja, no sólo de una union más estrecha con el Cuerpo y Sangre del Señor, sino la de que esta union no es sólo física y material é inconsciente, sino que es afectiva, moral, ilustrada con toda la luz de la fe y de la razon, que al poseerla se dan cuenta de ella. Esta sola observacion, debidamente profundizada, bastaria para hacernos respetable á nuestros propios ojos el cuerpo humano, bien como relicario el más glorioso en medio de su natural vileza, puesto que por sobrenatural virtud ha sido elevado al honor de serlo del mismo encarnado Verbo de Dios.

III.

Otra consideracion que pone de relieve el por que del respeto que tiene la Religion á los humanos despojos.

La Iglesia considera dignos de particular respeto los restos mortales de sus hijos, no solamente por aquella cierta especial consagracion de que han sido objeto por medio del Bautismo y de los demás Sacramentos, sino además por la participacion que han tenido en los merecimientos del alma, y por el derecho que con ellos se han adquirido á la futura inmortalidad.

Véase hoy esta segunda parte de nuestro preliminar.

Al hombre le sirve muy frecuentemente de estímulo al pecado este su miserable cuerpo; mas tambien es indudable que cuando por los medios que sugiere el ascetismo cristia-

no ha logrado tener domado y puesto en razon á tal enemigo, sírvele éste admirablemente para la gran obra de su definitiva justificacion. Es, adoptando una comparacion muy vulgar, la humilde pero utilísima cabalgadura que le trae á cuestas en esta su peregrinacion temporal; vil y miserable alimaña merecedora frecuentemente de palo y siempre de que se la tenga de la brida, pero tambien digna de consideracion por lo que nos ayuda á soportar las fatigas del viaje, y por las padecimientos á que se sujeta por nuestro servicio y por el de Dios. Así, para hablar ya sin alegoría, ¿quién duda que el alma del mártir ha de agradecer muchísimo á sus destrozados miembros los horribles dolores que sufrieron por Cristo y que á ella le han valido tan gloriosa corona? Las carnes de Lorenzo asadas en parrillas; las de Eulalia despedazadas con garfios; las de Vicente abrasadas con planchas de hierro candente; las de Ignacio trituradas bajo los dientes y garras de los leones; las de tantos otros cruelmente mutiladas, y con modos mil saciadas de dolor, ¿no han adquirido indisputables derechos á una verdadera glorificacion, al igual del alma que las vivificó y sostuvo en tan sangriento combate?

—Pero, salta alguno, no todos son mártires en la Iglesia de Dios.—Verdad es, mas hay tras éstos la no menos heroica falanje de los penitentes, cuya vida de mortificacion corporal apenas puede llamarse sino como el nombre de lento y voluntario martirio. ¿Quién sino el cuerpo físico y mortal sintió principalmente el rigor de la abstinencia, la dureza del lecho de tablas, lo escaso del sueño, la maceracion del azote y del cilicio? Los miembros de tal suerte crucificados con Cristo han adquirido tambien para sí, no menos que para el alma, títulos ciertísimos á la gratitud y al respeto, y á la participacion de las eternas recompensas.

—Mas, me contestaréis, tampoco son heroicos penitentes todos los cristianos.—Es verdad, pero, aunque así sea, no hay cristiano alguno, áun en la condicion más llana y general, á quien su cuerpo no haya ayudado poco ó mucho en la tarea de su santificacion. Las obras de misericordia casi todas se ejercen por ministerio del cuerpo. Este es el que arrostra por la caridad los riesgos de la epidemia, el hastío

de los enfermos, el horror de las cárceles, el estrago de las batallas. En los trabajos apostólicos, que lo son todos los que nacen del celo, tienen no escaso lugar y mérito la corporal fatiga y las materiales privaciones. Por fin, ¿qué cristiano, por más que sea de la última fila y del órden más comun, se ve libre de la enfermedad? La fiebre que enciende y abrasa los huesos, la infeccion que altera la sangre, los nervios que se crispan, los miembros que se entumecen, las úlceras que pudren en vida, las desazones y congojas de la desgana y del insomnio, lo desabrido de los medicamentos, lo cruel del cauterio y del bisturí, las ansias de la agonía, todo ese cuadro de afliccion y dolores que tiene por marco la triste alcoba del enfermo, ofrece para el buen cristiano, más que un conjunto de padecimientos físicos, un tesoro de méritos sobrenaturales, cuya parte principalísima le corresponde de justicia á esa pobre armazon de huesos y músculos que experimentó su accion inmediata. La cual, si como sucede á cada paso, se ve agravada con las amarguras de la pobreza, no hay que decir cuánto avalora el merecimiento, sufrida con la debida conformidad.

Esta carne, pues, afligida por Cristo, paciente por amor de Cristo, mártir de Cristo con cualquiera de los géneros de martirio que acabamos de indicar, la ama la Iglesia de Cristo como todo lo que pertenece á su Esposo Cristo, la respeta, la venera, y por eso la atiende, la cuida, la recoge y la deposita con honor en sus sepulcros, á los cuales ha concedido consagracion análoga á la de sus santuarios.—Pero, se dirá, no todos los que la Iglesia entierra con ese honor han correspondido de esta suerte á su profesion cristiana.—Tambien eso es cierto, pero la Iglesia, que ante todo es madre, y como tal inclinada á favorecer, presume favorablemente del último momento de todos sus hijos, á no ser que haya pruebas incontestables de su rebeldía impenitente, que entonces ya no les otorga el honor de su sepultura. Fuera de este caso, inclínase á pensar bien áun de quienes parecen haber dado menos motivos para ello; no ve sus culpas pasadas, sino la eficacia y áun la mera posibilidad de un postrer arrepentimiento; no mira si aquéllos han sido sus hijos díscolos, sino el carácter de miembros del cuerpo místico de

Cristo que por el Bautismo adquirieron, y que en ellos permaneció indeleble áun en medio de los mayores extravíos. Ama, repetimos, la Iglesia estos cuerpos, y los respeta, y los venera, y los trata como cosa por tantos modos santificada, y objeto de repetida consagracion, é instrumento de abundantes méritos acá en la vida, para ser después en la otra partícipes con el alma de la inmortalidad.

IV.

Ultima y más principal razon en que funda la Religion su respeto á nuestros cadáveres.

Nada indudablemente movió á la Iglesia á disponer se tuviesen en la consideracion que vemos los restos mortales de sus hijos, como lo que ella misma enseña sobre la certeza de su futura resurreccion. Hé aquí el último de los preliminares que debe tener en cuenta el que desee conocer á fondo este asunto de la sepultura cristiana, tan poco comprendido ordinariamente de una gran parte de nuestros hermanos.

Cuando la Iglesia da piadosamente tierra á los cadáveres de sus hijos, entiende hacer cosa parecida á la que hace un labrador al sepultar en el surco de su campo al principiar el invierno el grano de trigo, que allá por primavera ha de convertírsele en lozana y sazonada espiga. Cuando sepultamos, pues, los cadáveres, no hacemos en cierto modo más que confiar temporalmente á la tierra gérmenes y semillas que un dia han de brotar y florecer y fructificar, no ya para las antiguas miserias de la tierra, sino para las trojes del cielo, para donde en definitiva los crió desde el principio su soberano Autor. Con sumo honor, pues, merecen ser tratadas esas semillas de inmortalidad, á pesar de sus actuales vilezas y podredumbres. Que tambien empieza por pudrirse en el seno de la tierra el grano más precioso antes de germinar, y ni áun en lo humano hay generacion alguna que no proceda en algun modo de anticipada descomposicion. El len-

guaje de la liturgia cristiana tiene para eso una palabra la más apropiada: al acto de sepultar llama *deponere*, expresando con esto la accion de confiar á la tierra un mero *depósito;* depósito que como tal deberá la tierra devolver á su hora y sazon, es decir, cuando en el plazo señalado por Dios en sus eternos decretos, suene para toda criatura la consumacion del tiempo para dar lugar á la sola y exclusiva eternidad.

Cuál sea la respetabilidad de que reviste esa idea de la resurreccion á los que son hoy frios é inertes despojos de la muerte, lo comprenderémos por poco que nos pongamos á considerar lo que esta resurreccion significa. La resurreccion es, en efecto, el complemento y término lógico de la vida del hombre, que sin ella quedara como manca y privada de su debido destino. El destino del hombre no es morir; morir es lo interino: el destino propio del hombre es resucitar. Nuestro modo incompleto y limitado de ver usualmente las cosas nos hace considerar el nacimiento y la muerte como los dos únicos extremos de la existencia: no es así como debemos considerarlos. El nacimiento es el principio; la muerte es el medio ó puente; la eternidad es el fin. Nacemos, no para morir, sino para eternamente vivir, mediante pasar por el vado ó apeadero de la muerte, que por eso se llama *tránsito,* que significa paso. Falta algo al desarrollo lógico de la vida del hombre, hasta que alcanza ella toda su perfeccion en la eternidad feliz: por eso la condenacion se llama muerte eterna, porque es la privacion para siempre de todo derecho á esa completa y perfectísima existencia. Aquellas cuatro dotes que segun la teología tendrán los cuerpos glorificados, cuando dice que serán resplandecientes como el sol, ágiles como los espíritus, sutiles como si no fuesen de material sustancia, é impasibles para no experimentar ya jamás daño ó incomodidad de ningun género: estas cuatro cualidades que se llaman claridad, agilidad, sutileza é impasibilidad, señalan el último grado de perfeccion de la materia, libre ya de las condiciones que la hacen acá en el suelo grosera, pesada y enfermiza, para hacerla después asimilada en todo á las condiciones del espíritu, para eternamente participar de su gozo y bienandanza. Muy al revés de lo que sucede en vida, donde el cuerpo corruptible hace partícipe en cierto modo de su corruptibili-

dad y aflicciones al alma atada á él, segun aquello del Sabio: *Corpus quod corrumpitur aggravat animam;* en la eterna vida la incorruptibilidad esencial del alma se transmite en cierto modo á la materia de suyo corruptible, haciendo participante á ésta de sus cualidades de espíritu *(corpus spiritale),* para serlo ambas de la clara vision de Dios y de su consiguiente infinita delicia.

Ahora bien: los miembros llamados á tan sublime destino son esos que se pudren hoy en el osario y que se descomponen en moléculas mil, que la mano sábia y poderosa de Dios que las crió volverá mañana á juntar y á organizar, como reedifica un diestro arquitecto un monumento con las mismas piedras sueltas que ayer esparció por el suelo al desmontarlo. Esas mismas manos y esos mismos piés y ese mismo pecho y ese mismo corazon y esos mismos ojos y ese mismo cerebro, yo mismo, en una palabra *(ego ipse et non alius),* con mi actual física personalidad, he de ser reconstituído y reorganizado y maravillosamente mejorado y perfeccionado para entrar de lleno en el goce de la vida, que ahora sólo á medias y muy imperfectamente disfruto, y que únicamente entonces me será concedida en toda su plenitud. Esto es resucitar; éste es el hermoso ideal cristiano que en lontananza me muestra la Religion; éste es, y no los gusanos ni la ceniza, el verdadero secreto de la tumba. Esto me enseña á vislumbrar la fe al través de las aparentes lobregueces de ella; esto me la hace santa y sagrada como antesala y previa condicion para ver realizadas mis nobilísimas esperanzas. Creo, y porque creo, espero; y porque creo y espero, amo con entrañable amor esa vida suprema, inmortal, definitiva, tras la cual se lanza impaciente mi anhelo, sin parar mientes en lo aparentemente tenebroso de este tránsito de la muerte y de la corrupcion que me es forzoso cruzar para salir allá á la otra parte. Arido otoño es la vida; adusto invierno es la muerte: mas después de ella asoma sonriente con sus rejuvenecimientos y con su magnífica florescencia la bella estacion primaveral. Caiga el grano en la tierra; quede un brevísimo plazo oculto y amortecido en ella; abra después sus senos esta segunda madre al grito poderoso de Dios, y rómpase de una vez ante su divina faz el hoy cerrado ca-

pullo de mi vida mortal para convertirse en la espléndida y gloriosa flor de la inmortalidad.

Hé aquí para el fiel creyente el por que de la sepultura cristiana; hé aquí sus títulos al culto de que la rodea nuestra Santa Religion.

V.

Confírmase lo dicho considerando la liturgia católica en el sepelio de los cadáveres cristianos.

Lo que en los capítulos precedentes acabamos de exponer sobre la dignidad del cadáver del cristiano, y el singular respeto que por los títulos antedichos le merece á nuestra Santa Religion, confírmase muy claramente por el rito ó ceremonial que ésta misma ha dispuesto en su honor y que cada dia presenciamos, sin tal vez haber fijado en eso ninguna clase de advertencia. Que por lo mismo que tales cosas pasan ante nuestros ojos todos los dias, suélennos pasar poco menos que completamente inadvertidas, cuando si sólo rara vez las viésemos, es seguro que nos causarian impresion vivísima. Veamos, pues, hoy por este lado nuestro asunto.

Al morir, el fiel cristiano, bien sea un príncipe, bien sea un mendigo, empieza á considerarlo el ritual católico como cosa poco menos que sagrada, y ante la cual el menor desprecio ó vilipendio equivale á una verdadera profanacion. La Iglesia considera cosa suya aquellos restos inanimados, como suya fué el alma que hasta entonces los vivificó, y en este concepto los rodea de un cierto aparato de pompa religiosa que pudiera hasta parecer un culto, segun la importancia litúrgica que se le da. Prescribe, en efecto, en obsequio al cadáver, dobles de campanas, canto de salmos, aspersion de agua bendita, uso de incienso, y luces en derredor. Procesionalmente quiere que sea sacado de su domicilio y conducido al templo, y después en igual forma al lugar de

su sepultura. En el templo y durante los divinos Oficios manda que se coloque el féretro en sitio de honor en medio de la multitud de los fieles, como si fuese todavía el difunto uno de ellos, y que en los cuatro ángulos del túmulo se enciendan velas, cuya luz es el símbolo más expresivo de la inmortalidad y de la vida futura. Sobre él tiende el paño mortuorio, que lleva pintada en su centro la santa cruz, como para indicar que bajo el manto maternal de la Iglesia y al abrigo de sus bendiciones y oraciones va á descansar aquel cadáver aguardando su resurreccion final. La cruz parroquial se coloca á la testera del túmulo, porque ésta es la insignia ó pabellon del soldado cristiano, y á su sombra quiere la Iglesia permanezca hasta el último instante el que bajo tal bandera luchó durante toda la vida.

Y todo otro aparato fúnebre que se ordene por los más renombrados artistas es inferior á ese en sencilla y expresiva sublimidad: un ataud sobre un féretro; unas velas encendidas á los ángulos de él; un paño mortuorio extendido sobre su tapa, y la Cruz estandarte de su Rey *(Vexilla Regis)* amparándolo con sus abiertos brazos. Humíllense los soberbios mausoleos, callen los estudiados epitafios, enmudezcan los elogios fúnebres y las apasionadas declamaciones; que nada de eso hablará con tan profunda elocuencia como ese sencillo atavío con que ha dispuesto la Iglesia la pompa del más humilde funeral del último de sus hijos.

Y ¿qué si escuchamos las voces de esta tierna Madre al acompañar los restos inanimados de cada uno de ellos? Traducido anda á disposicion de todo el que sepa leer, lo que reza y canta la Iglesia en el entierro y exequias de sus difuntos. Antífonas, salmos, responsorios y oraciones, todo se combina y se junta para expresar tres sentimientos, á cual más poderosos y elevados: el de la nada del hombre acá en la tierra; el de su nobilísimo destino en la eternidad; el de rendida súplica ante el trono de Dios por sus pasados extravíos. Sólo estas tres cuerdas tiene en tal ocasion la lira cristiana, pero ¡cuán tiernas! ¡cuán doloridas! ¡cuán expresivas! Desde el repetido *Subvenite* con que recibe en sus brazos el cadáver, invocando sobre él los auxilios de los Santos, hasta el último *Requiescat in pace* con que se despide de él

al bajarle á la tierra, después de aquella antífona en que le recuerda en nombre del Salvador la resurreccion prometida, todo es grande en estas preces, todo es profundo, todo es digno del nobilísimo concepto en que tiene el porvenir de sus muertos nuestra Santa Religion. Y si atentamente lo escuchasen y meditasen no concurririan tantos infelices á los actos fúnebres con la frívola indiferencia, mejor diríamos irreverencia, con que se concurre á los mundanos espectáculos, ni veríamos hecho objeto de vanidad y moda y loca ostentacion el acto más grave y significativo de cuantos celebra, excepcion hecha de su Sacrificio y Sacramentos, la Iglesia católica.

La ignorancia, cuando no el espíritu semiracionalista, de muchos cristianos, exige para la pompa fúnebre de sus amigos y parientes una porcion de superfluidades y aditamentos que, ciertamente, no se juzgarian tan indispensables si se comprendiese bien el sentido de la pompa cristiana tal como la tiene prescrita nuestro sabio Ritual. Hemos dicho que hay un cierto resabio racionalista ó pagano en muchas de esas pompas funerarias, que más parecen lucidas cabalgatas mundanas, y aún parécenos haber dicho poco. Hay muchas veces más que resabio racionalista ó naturalista; hay verdadero espíritu pagano, como si miserable pagano fuese y no hijo de Cristo el que se lleva á enterrar, y como si el feo Pluton del gentilismo y no el santo Crucifijo presidiesen aquella ceremonia. Sólo la Iglesia sabe armonizar perfectamente en las suyas el respeto á la categoría del finado con el recuerdo de la nada de su sér mundanal; la veneracion que merecen sus restos bautizados con la atencion más alta que se debe á las necesidades de su alma; el dolor natural por la pérdida del sér que se llora acá en la tierra por quienes tienen derecho á llorarle, con la resignada súplica al trono del Eterno por su definitivo descanso. Sólo la Iglesia sabe armonizar estos sentimientos sin exagerar ni uno ni otro á expensas de los demás, como frecuentemente hace en sus lutos el mundo, porque sólo la Iglesia es la verdadera maestra é inspiradora de lo que podemos llamar el luto cristiano.

Todo esto nos ha ido llevando como por la mano hasta la

puerta del Cementerio. Entremos sin aprensiones en él para estudiar sobre el terreno, y á la luz de los principios sentados, el verdadero carácter de la sepultura cristiana, que éste fué desde el principio nuestro objeto principal.

VI.

De dos señales principalísimas de consagracion que ofrece el cementerio cristiano.

La Religion, deciamos, ha querido que el sitio donde descansan los restos de sus hijos tuviese todo el honor de sus templos y santuarios, y fuese como ellos lugar sagrado, santificado con análoga bendicion, distinguido con análogos privilegios. Este es el primer título de honra que ostenta la sepultura cristiana, su semejanza con el altar, basada en la cierta consagracion que consigo llevan los restos del hombre bautizado y partícipe de los demás Sacramentos de nuestra santa fe.

Basta para eso considerar dos cosas. Primera, la forma litúrgica que emplea la Iglesia en la consagracion de sus Cementerios. Segunda, las causas que el Derecho canónico señala para que se tengan éstos como profanados, y en consecuencia entredichos y necesitados de reconciliacion.

Cuanto á lo primero, empezarémos por hacer notar que la bendicion de los Cementerios no es propia del simple sacerdote, aunque sea párroco, sino que está reservada al Obispo, y sólo por delegacion de éste puede aquél verificarla. Exactamente como está prevenido para la de los templos. Siendo además digno de observarse tambien, que no se verifica dicha bendicion con una simple oracion seguida de aspersion de agua bendita, sino que entran en ella rezo de letanías, ereccion de cuatro cruces de palo en los cuatro ángulos del fúnebre recinto, y de otra con tres luces en el centro de él, que es la que permanece después como recuerdo de la bendicion, y multitud de preces y antífonas que muestran todas el alto concep-

to que le merece á la Religion este sitio misterioso, y la respetabilidad de que procura rodearlo para que igual concepto les merezca á los fieles todos.

Cuanto á lo segundo, recordarémos que los Cementerios se declaran profanados ó violados por iguales causas que las que producen esa interdiccion canónica en las iglesias, contándose además entre ellas el sepelio de un infiel ó de un reo de pública excomunion. De tal suerte que así como quedan suspensos los divinos Oficios en el templo profanado hasta haberse verificado su rehabilitacion, que en lenguaje canónico se llama reconciliacion, así no puede darse sepultura á ningun católico en un Cementerio profanado por alguna de las causas señaladas, hasta haber sido canónicamente rehabilitado ó reconciliado. Siendo las ceremonias de dicha reconciliacion análogas á las que se emplearon para su bendicion, y reservadas tambien á la jerarquía episcopal ó á un su especial delegado.

Esta analogía ó cuasi-paridad que ha establecido la Iglesia entre el lugar donde se reunen vivos sus hijos para dar culto á Dios, y esotro lugar donde los reune muertos para aguardar la resurreccion futura, enseña ya desde luego cuán disparatada es la idea que de este recinto se tienen formada muchos católicos mal instruídos, para quienes apenas tiene otro carácter el Cementerio que el de un mero depósito municipal. Paréceles á éstos que la bendicion no añade carácter alguno especifico á tal sitio, como no lo añade á la vivienda ordinaria del hombre cuando éste por laudables motivos de piedad procura le sea tambien bendecida; quedando aquel lugar en la misma condicion en que quedan los demás de la localidad, sujetos á igual jurisdiccion laica y á solos los ordenamientos de higiene ó de policía que á éste le plazca dictar. Nada más absurdo que este concepto. El Cementerio católico, constrúyalo quien lo construya, páguelo quien lo pague, es un lugar de jurisdiccion eclesiástica como la parroquia ó el monasterio. En su administracion material podrá intervenir más ó menos el elemento civil en razon de patronato ó por via de Junta de Obra, como está concedido que intervenga en ciertas iglesias, pero de eso puramente administrativo y exterior á la verdadera potestad jurisdiccio-

nal media un abismo. El Cementerio es de la Iglesia, como lo es el templo, mas aún, como lo es el sagrario del templo. Y tan absurdo y ridículo es que un alcalde pretenda tener en su poder las llaves del Cementerio para abrirlo y cerrarlo á quien se le antoje, como lo fuera si pretendiese tener en su despacho las del tabérnaculo de la Santa Eucaristía para administrarla á quien le parezca por mano propia ó de su alguacil. Y sin embargo, en ese raro absurdo incurren á veces gran número de autoridades locales, por la majadera razon de que ellas han costeado el Cementerio. Igual derecho podrian alegar sobre el templo los vecinos ó la casa patrona con cuyas limosnas se erigió. Hora seria ya de que se corrigiesen por quien debe tales corruptelas, que pugnan abiertamente con la legislacion canónica, con la civil y áun con el simple sentido comun. En tiempos sobre todo como los nuestros, tan imbuídos de máximas liberales, á nadie deberia respetársele más esta su libertad de sepultura que á la Iglesia católica, si ya no fuese cierto que para ésta como para sus hijos no hay frecuentemente otra libertad que la de pasar por todas las vejaciones del más oscuro tiranuelo.

VII.

Adúcese á este propósito algo sobre la llamada secularizacion de los cementerios.

Si es gravemente atentatoria contra los derechos de la Iglesia y del fiel creyente la abusiva jurisdiccion que se atribuyen sobre el Cementerio católico muchas Autoridades, lo es con mayor motivo el impío lema que acerca de eso ha escrito en su bandera el radicalismo revolucionario, con su llamada *secularizacion* de los Cementerios. Consecuencia lógica, por otra parte, del Liberalismo, que no es sino la secularizacion de toda la vida social; pero en este punto mucho más ultrajante que en ningun otro á los delicados sentimientos de la conciencia del pueblo fiel.

Porque ¿qué se pretende con esa titulada secularizacion? Preténdese que el recinto murado que encierra las sepulturas de los hijos de cada localidad, sea comun á todos los cultos y áun á los que hacen gala de no profesar culto alguno y de mirarlos todos con igual desden. Concediéndose á lo sumo el derecho de que cada familia ó individuo haga consagrar por su cuenta y segun su liturgia el sitio preciso y limitado de su enterramiento, y de que ostente en él los signos ó símbolos de su fe. De suerte que al lado de la tumba del católico se vea la del protestante ó mahometano ó libre-pensador; entre los consoladores epitafios que recuerdan las sublimes esperanzas de la inmortalidad y vida futura, las horribles blasfemias del que todo eso niega para colocar su condicion de hijo de Dios en la misma jerarquía zoológica de los mulos y de los perros. Y que la cruz se ostente allí al lado del triángulo masónico ó de la media luna morisca ó del ídolo de Budha, si da esta casualidad. Y que, por fin, dueño absoluto y libre y universal de ese abigarrado conjunto, sea el Estado, el Estado ateo, el Estado indiferente á todas las ideas menos á la impiedad, el Estado midiendo por igual la condicion de unos y de otros bajo el rasero de su despótica soberanía. Y todo esto con el hipócrita pretexto de libertad comun, de igual derecho para todos, y de perfecta neutralidad entre todos los cultos.

Lo cual á poco que se considere, bien claro se verá cuán irritante sea, y cuán opresor de los más legítimos derechos de la misma humana conciencia, de que el Liberalismo se presenta á todas horas tan acérrimo defensor.

Sí, porque teniendo el católico como tiene por doctrina de su fe la santidad de su cuerpo y la consiguiente conveniencia de que sea santificado y lejos de profanos consorcios el lugar de su sepultura, ¿con qué derecho se le obliga á que se entierre y á que entierre los suyos de un modo tan opuesto á las prescripciones de su culto y á los sentimientos más elevados de su corazon? ¿No se atenta aquí contra lo más sagrado é inviolable que tiene el hombre, que son los fueros de su cristiana conciencia? Y si dice reconocer la ley como derecho del ciudadano su libertad religiosa, ¿cómo no se le respeta al católico esa libertad para la eleccion de sepultura,

que desde la cuna del género humano fué considerada como acto de Religion?

Se responderá tal vez que para eso se concede que pueda cada cual enterrarse en su tumba particular con los ritos de su propio culto. Pero ¿y el que no tiene esa tumba particular? ¿y el cristiano pobre, tan hijo de Dios y de la Iglesia como el potentado, pero que no puede tener otro enterramiento que la fosa comun? ¿cómo tendrá éste el consuelo de que le sea bendecida la tierra que ha de cubrir sus restos bautizados, si ha de ser entregado á ella en confuso monton con el ateo, protestante ó público francmason?

Además de que tal concesion tampoco satisface como debe á los derechos de la conciencia cristiana. El librepensador y el ateo pueden contentarse con ella; nosotros podemos y debemos y queremos ser más exigentes en lo que atañe á nuestra Religion, que los que no profesan ninguna. Vaya un ejemplo que lo acabará de aclarar. Supongamos le ocurriese á un legislador, en nombre de la igualdad de todos los ciudadanos y de todos los cultos, decretar que en adelante no hubiese en cada ciudad ó pueblo más que un templo, un templo solo, comun para la Religion verdadera y para las falsas sectas; concediendo empero como generosa mitigacion que cada una de ellas pudiese dentro de aquel recinto tener erigido con cierta independencia su respectivo altar. De modo que en un ángulo del templo se adorase á Cristo, en otro á Mahoma, en otro á Júpiter ó á Venus, más allá tuviese su cátedra el ministro luterano, más acá la logia masónica su conciliábulo infernal. Díganme los más apasionados por las modernas conquistas, ¿seria eso la libertad de cada uno ó la opresion y la befa de todos? ¿quién se conformaria á celebrar los actos de su fe en tan monstruosa compañía? no valdria más carecer de altar, que tenerlo de esta suerte envilecido y profanado? ¿no clamaria la misma natural equidad contra el capricho gubernamental que así tiranizase la conciencia de sus administrados? «Nó, diria, no es eso lo que lógicamente se deduce del principio de la libertad de cultos; no es eso, sino todo al revés. La libertad de cultos supone el derecho de cada ciudadano para tener el suyo cómo y cuándo y en el sitio que mejor le cuadre; la libertad de cul-

tos da al católico el derecho completo y exclusivo sobre sus templos, altares y ceremonias, sin clase alguna de ajena inmixtion; la libertad de cultos no es el derecho de vejar á todos los cultos y de esclavizarlos con esas oprobiosas servidumbres.» Pues bien: aplíquese el caso á la sepultura cristiana, que es una parte del culto del cristiano, ni más ni menos que su bautismo, ó su misa ó su Comunion. No es consecuencia de la libertad de cultos la promiscuidad de los enterramientos, sino que debe serlo su más completa libertad é independencia. Si hay libertad de cultos, désele á cada grupo de católicos el derecho de comprar un campo para descanso de sus cadáveres, y de amurallarlo y bendecirlo y utilizarlo sin otra sujecion que la debida á las leyes generales de policía é higiene. Donde este derecho no se reconozca, ¡dígase francamente que no se quiere la libertad tan cacareada, sino la tiranía más brutal, la que persigue al cristiano hasta donde no es posible llegue otro género de persecucion, hasta más allá de su muerte!

VIII.

La cremacion de los cadáveres y su significacion anticatólica.

La última novedad revolucionaria tocante á sepulturas, no es precisamente la secularizacion de ellas en la forma que exponiamos y refutábamos en el artículo anterior, basada en la promiscuidad de todos los cultos. El radicalismo anticristiano ha juzgado que eso era poco aún, y que todavía podria ofenderse su *tolerante* susceptibilidad porque en un modo ú otro se pareciese su manera de sepultar á la que ha practicado desde sus principios la Iglesia católica. Por esto, discurriendo la forma que más radicalmente se separase de la adoptada por nuestra santa liturgia, y recordando que allá en los para ella hermosos tiempos del paganismo romano no se daba muchas veces tierra sino fuego á los cadáveres, ha empezado á predicar y áun á practicar en algunos puntos la

cremacion ó incineracion. Sobre ella vamos á permitirnos aquí algunas reflexiones.

Inhumar ó dar tierra á los muertos no es precisamente invencion de la liturgia católica, sino tradicion respetabilísima de todo el género humano desde las más remotas edades de él. Trae evidentemente su orígen de aquellas palabras con que intimó Dios á Adan y á su posteridad la sentencia de muerte cuando le dijo: «Mediante el sudor de tu rostro comerás el pan, hasta que vuelvas á confundirte con la tierra de que fuíste formado: puesto que polvo eres y á ser polvo tornarás.» Solemne sentencia que recogió y conservó, como casi todas las demás tradiciones primitivas, la viajera humanidad, al separarse del suelo donde estuvo su tronco comun para dividirse y esparramarse por toda la faz del globo. Y así vemos universalmente generalizada la ceremonia de *enterrar*, esto es, devolver al seno de la tierra los cadáveres; practicándola los más antiguos patriarcas de la raza de Israel; dando fe de ella el varon de Hus en las regiones fieles á la ley natural; encontrándola atestiguada por repetidos monumentos de sepulturas fenicias, cartaginesas y griegas en los tiempos más allegados á la época prehistórica, y volviéndola siglos después á encontrar, como tantas otras costumbres de la universal familia humana, en los pueblos del continente americano. De suerte que el destino constante y general que ha dado dicha humana familia á los restos mortales de sus individuos ha sido siempre devolverlos á la tierra de que proceden. El Cristianismo no hizo más en esto que aceptar esa respetable práctica tradicional, y consagrarla y santificarla.

La cremacion se introdujo entre los romanos, segun parece, como medida preventiva, para que no fuesen insultados los restos de sus guerreros célebres que morian en tierra enemiga, y que dada la rudeza de ciertos pueblos, corrian algun riesgo de ser desenterrados y profanados. Pareció más respetuoso para el cadáver reducirlo á cenizas, y devolver éstas á la familia ó á la patria, que dejarlo sepultado en suelo hostil y expuesto á las violaciones de razas bárbaras que cebasen hasta en eso la ferocidad de su odio. Admitido este procedimiento en las costumbres y legislacion romanas, no fué, sin embargo, exclusivo: con él se mantuvo juntamente la prác-

tica de enterrar, como más primitiva y por ende más venerable y piadosa.

Aparece el Cristianismo, y desde el primer momento adopta, como normal y único para sus hijos bautizados, el sepelio en la tierra en vez de la incineracion ó cremacion. Las catacumbas son elocuentes archivos de eso, así como del místico significado que añadió ó por lo menos restauró el pueblo cristiano á la ceremonia de enterrar, comparándola á la siembra que se hace del grano en la tierra, como preliminar natural para que retorne luego á nueva vida, esto es, á la futura inmortalidad. Desde entonces queda únicamente para los paganos la cremacion, en que halla la fe popular una odiosa analogía con las penas del infierno; y cuando sucumbe definitivamente el paganismo, cesa tambien por completo la cremacion.

Mas ahí verán Vds.: precisamente por eso, precisamente porque es ésta una de las prácticas gentílicas que abolió el Cristianismo vencedor, les merece infinitas simpatías á los neo-paganos de hoy, ardientes apóstoles de la civilizacion, ó mejor dicho, paganizacion moderna. Si fuese al revés, si la Iglesia hubiese introducido la cremacion, sustituyéndola al enterramiento, abogarian por éste indudablemente como más natural y acomodado al buen sentido de la humanidad. Ahora nó: restaurar la pira fúnebre y la urna cineraria, además del saborete clásico que ofrece, tiene la ventaja de oponerse á la liturgia católica y desmentir en cierto modo la sentencia del paraíso terrenal: «Polvo eres y á polvo has de tornar.» Presentando además la cremacion otro aspecto, que es el que más la recomienda á las simpatías de la secta; el de que así como el acto de depositar en la tierra el cadáver, como se deposita la semilla en el campo, trae en pos de sí la idea de un reflorecimiento póstumo que cristianamente apellidamos resurreccion; así la consuncion del cadáver por medio del fuego trae consigo la idea de una destruccion total del mismo, sin esperanza de renacimiento, que es lo que anhela inculcar en los pueblos la secta materialista. De suerte que así como la inhumacion ó enterramiento simboliza la idea espiritualista, el materialismo ha encontrado perfectamente su símbolo adecuadísimo en la cremacion. Hé aquí el

lado trascendental y filósofico de la novedad; que á los cortos de vista se les podria antojar tal vez sólo cuestion de policía ó higiene.

IX.

Si es verdad que poderosas razones de higiene abonan la cremacion.

Graves razones higiénicas y áun económicas se quieren aducir por los innovadores masónicos, en pro de la cremacion de los cadáveres sustituída á su actual inhumacion ó enterramiento. No es éste ciertamente lugar oportuno para entrar en el exámen y refutacion de esas teorías. Empero podemos, sí, asegurar que nunca se probará que ofendan más á la salud de los vivos los miasmas de los muertos, absorbidos y transformados por el gran recipiente y laboratorio que se llama tierra, que lanzados directamente á la atmósfera de nuestra respiracion en forma de gases desprendidos de la fúnebre hoguera. El instinto más comun induce á sepultar toda clase de materias en descomposicion, para prevenir sus efectos infecciosos, más bien que á entregarlas al fuego, donde su anulacion con respecto á nuestro organismo vital es más aparente que verdadera.

Pero, finalmente, ¿es cosa probada que realmente perjudique tanto como se supone á la salud de los vivos la vecindad de sus hermanos sepultados? Sucede aquí como en muchas de las teorías de los higienistas, muy sutilmente discurridas en los libros, pero de resultados á veces muy poco prácticos en la vida real. Largos siglos han vivido los hombres en muchas de nuestras poblaciones, teniendo junto á sus parroquias el *fossar* ó cementerio. Dígasenos, ¿puede asegurarnos con datos formales la estadística médica, que era entonces más crecida que ahora la mortalidad? Hoy mismo, por especial privilegio, tienen algunos monasterios en el centro de su recinto claustral las sepulturas de sus religiosos

ó religiosas; ¿hay en estos recintos cifra más alta de enfermedades y defunciones que en el comun del vecindario? En Barcelona, su antiguo Cementerio general forma calle y vecindad con uno de sus más poblados suburbios que enteramente le rodea; ¿se vive menos ó se vive peor en esas casas del Pueblo Nuevo, pared en medio de la ciudad de los muertos, que en los arrabales de la gran ciudad de los vivos, que pretende estar en mucho mejores condiciones de vitalidad? Hora seria ya de que nos pagásemos menos de pomposas divagaciones científicas, á que es tan aficionada la generacion actual, que de lo que arrojan de sí los hechos, que en esas cuestiones son los más abonados testigos. En estas materias acontece muy frecuentemente que lo que la ciencia afirma y demuestra con A + B que debe suceder, no sucede, ó sucede de un modo completamente distinto de lo que pronostican las más bien combinadas teorías.

Cuanto á lo de la economía, fácil es comprender que resulta inmensamente más barata la colocacion de un cadáver en el subsuelo de un campo adquirido *ad hoc*, y rodeado de cuantos requisitos legales se quiera, que la más sencilla cremacion del mismo, sea cual fuera el procedimiento que para eso se emplee.

Prescindiendo empero de esas consideraciones, á que da tanta importancia el carácter material y positivista de nuestra época, ó mejor, de los que pretenden llevar la representacion de ella, es indudable que el sepelio como lo han usado los hombres en casi todas las naciones, y como lo ha adoptado y sancionado la liturgia católica, es el procedimiento más acomodado á los sentimientos y delicadezas del corazon humano. Dar piadosa tierra á los restos que amamos, parecerá siempre más noble y respetuoso y humano que echarlos al fuego. Con lo primero no hacemos más que colocarlos *(deponere)* y devolverlos al regazo de una madre comun que cariñosamente nos los guarde. Lo segundo tendrá siempre un carácter de dureza y crueldad que hará repugnante tal operacion á todas las almas que no hayan contraído la frialdad del estoicismo revolucionario. La piedad cristiana, que reconoce tambien deberes de caridad en órden á los despojos de los que fueron, cumplirá siempre mejor estos

deberes arrojando sobre ellos el compasivo puñado de tierra, que aplicando la mecha al monton de leña seca para que ardan con ella, ó arrojándolos á la boca del horno de alta presion para que sean en un instante devorados y consumidos. Queremos por un momento prescindir de las creencias; queremos olvidar lo litúrgico y lo tradicional; queremos hacer caso omiso del simbolismo espiritualista ó materialista que respectivamente entraña cada uno de los dos opuestos procedimientos: apostaríamos cualquier cosa que, puestos los pueblos todos del mundo á elegir entre la fosa para recibir los cuerpos de un difunto, ó la hoguera ó el horno para consumirlos, correrian todos á confiarlos, como dispone la Iglesia, al seno de la tierra, aunque fuese á costa de grandes sacrificios; antes que entregarlos á las llamas, aunque hubiese para eso último mayor baratura ó facilidad. Punto es ese que no dudaríamos entregar confiadamente al fallo del sufragio universal. Todos los corazones lo resolverian de la misma manera.

X.

Observaciones generales sobre la conducta de muchos cristianos en esta materia.

Terminarémos ya la presente serie de consideraciones sobre este tema, con una observacion que, por desdicha de nuestros tiempos, estamos en el caso de poder aplicar á la mayor parte de las cuestiones de Propaganda católica.

Es la siguiente:

En eso de la profanacion de la sepultura cristiana son á veces más culpables que los mismos revolucionarios muchos malos ó imperfectos católicos, que resultan por lo mismo aquí, como en varios otros asuntos, los más eficaces auxiliares da la Revolucion en su obra atea y secularizadora. Sí, el cristiano en cuyo honor ha procurado el Catolicismo rodear de tal dignidad y respeto el lugar de su sepultura, es el

primero que frecuentemente desconoce y prácticamente abjura esos que podríamos llamar intereses de su propia sobrenatural dignidad, contrariando directa ó indirectamente los fines nobilísimos de su Santa Madre la Iglesia. Enumerarémos rápidamente algunas de las profanaciones de que se hace frecuentemente reo, ó por lo menos cómplice, el cristiano de hoy, y que á más de uno han llegado tal vez á pasarle inadvertidas, tal es ya su dolorosa normalidad.

En primer lugar harémos notar la censurable facilidad con que algunas familias prescinden de la pompa sagrada en el entierro de sus individuos. No puede alegarse que sea esto motivado por razones de economía; ya porque la presencia estricta del clero en tales actos, sin otros accesorios de mero lujo, da lugar á poquísimo gasto: ya porque vemos que no se repara en el gasto cuando se trata de otras pompas menos importantes, cuales son ostentoso ataud, enjaezados caballos, rico panteon, etc. Deplorable es que el regateo y la economía no se empleen en eso, que son muchas veces vanos alardes de mundanidad, y sí en lo que se refiere á la Iglesia, que es la que puede tributar á los restos de aquel su hijo el más natural y decoroso homenaje. Por esta causa convierten muchas familias en meramente civiles, ó poco menos, los entierros de sus cadáveres, horrorizándose luego candorosamente cuando un mason ó librepensador deja ordenado en su testamento que se le haga entierro meramente civil.

Vecino al grupo anterior es el de los que no suprimen en sus pompas fúnebres el carácter religioso, pero que de tal suerte le sobreponen mundanos accesorios que dejan á aquél poco menos que oscurecido, sino completamente anulado. En las grandes ciudades es frecuente este abuso, que de ellas empieza á cundir á las poblaciones subalternas, con mengua de la antigua piedad y severa sencillez, nunca más dignas y recomendables que en los actos que nos ocupan.

Una de las novedades más ridículas que va introduciendo la moda anticristiana es la de que no concurran al entierro del fiel cristiano las personas más allegadas á éste, encomendando la tarea de acompañarlo á los deudos más lejanos ó á personas tal vez completamente extrañas. La moda prescribe que no salgan de casa en tal dia los dichos más próximos pa-

rientes, dándose el caso de que hasta de la Misa en dia festivo se creen muchos dispensados con este fútil pretexto. No era ésta la antigua costumbre española y católica. El padre, la esposa, el hijo, en una palabra, el individuo más unido al difunto por los lazos de la sangre, era el que presidia sus exequias y fúnebre cortejo, y no abandonaba al difunto hasta que le despedia la Iglesia con el último *Requiescat in pace*, al borde de la tumba. Ni se guardaban ridículos encierros (vana ficcion de un dolor y llanto muchas veces puramente convencionales y artísticos), sino que al amanecer del dia primero después de la muerte del padre, ó hermano, ó esposo, estando aún el cadáver en casa, acudia toda la familia al templo, oia Misa y allí confesaba y comulgaba en sufragio del alma del recien fallecido. Del ruído de aparatosas visitas, de la salida á diversiones y paseos, de eso se privaban en tales lances nuestros mayores; nó de la asistencia al templo, ni de la frecuencia á los Santos Sacramentos, consuelo principal del corazon afligido, y alivio único del difunto. No se opone al retiro y al recogimiento el ser visto en los actos de Religion, antes en ellos deben principalmente buscarse dicho recogimiento y retiro.

Lo que se llama vestir de luto fué en su principio sencillamente privacion de galas y adornos, que naturalmente no dicen bien con la afliccion del que llora la pérdida de un sér querido. Mas hoy la moda trueca en eso los frenos como en todo, y cambia el luto en una cierta gala y adorno fúnebre, que sólo se distingue de las galas y adornos alegres... por el color. En lo demás, igual pretension de elegancia, igual última novedad sacada del figurin, igual coste ó quizá mayor en telas y guarniciones. De suerte que el luto para algunas familias (en los grandes centros sobre todo) parece no ser otra cosa que una variante del lujo y de la femenil coquetería. Hay luto de éstos que cuesta más consultas á la modista y más revolver el periódico de modas, que el *trousseau* de la novia más emperejilada. No falsifiquemos, señoras mias; no falsiquemos, ¡por Dios! ni mintamos por tan ruin manera á los pobres difuntos.

¡Cuán poco cristiano es el aderezo con que otros católicos adornan el lugar de la sepultura de sus deudos y amigos!

Expresiones y emblemas gentílicos; epitafios en que no se recuerdan más que las cualidades físicas y las mundanas distinciones del finado; acentos de dolor (en verso ó en prosa) en que no se mezcla tinte alguno de resignacion ó de sobrenatural esperanza; cintas y guirnaldas traspasadas, por obra y gracia de unas cuantas pesetas, del frio aparador de la tienda al todavía más frio mármol de la tumba ó panteon; en todo el puro y descarnado ó carnal naturalismo; en todo la glacial huella de la humana vanidad ó de la novelesca sensiblería, en sustitucion de los suaves y templados afectos del amor y del dolor cristianos! ¡Qué vergüenza da visitar ciertos cementerios la tarde aquella que debiera ser tan santamente lúgubre del *Dia de difuntos!* ¿Qué parece todo aquello sino una ridícula exposicion de frívolas quincallas, con que diríase se quieren extremar las notas del pesar, para aparentarlo, ya que tal vez no existe!

Nunca con más oportuna ocasion que ésta en que tantas novedades censuramos, pudimos alabar y aplaudir una que se procura introducir de algun tiempo acá entre nosotros, y que por lo mismo que es buena tememos no llegue á cuajar. Es la de notificarse mutuamente las familias católicas la muerte de sus individuos por medio de una sencilla tarjetita, que lleva el nombre del difunto y la fecha de su muerte, juntamente con la piadosa demanda, no del coche ni de otras majaderías, sino de oraciones en sufragio de su alma, y juntamente en la misma cara ó en el dorso alguna breve sentencia de la Sagrada Escritura ó de algun Santo Padre relativa á la inmortalidad del alma ó á la eficacia de nuestras súplicas en su favor. Esta tarjetita, de forma tal que pueda incluirse en el devocionario, ó tenerse á la vista en el escritorio ó velador, es siempre de saludabilísimos ¡resultados á los vivos y á los muertos. A los primeros recordándoles la miseria de su presente condicion; á los segundos proporcionándoles valiosos sufragios. Hé aquí el modelo de una de esas tarjetas que á la vista tenemos, y que pueden por quien tenga en eso buena mano redactarse de muy distintas maneras, siempre empero con igual significacion:

ROGAD Á DIOS POR EL ALMA

DE

DOÑA JOSEFA VERDIELL DE MIRÓ,

fallecida en Calaf el 16 de Octubre de 1885.

E. P. D.

Socorre á los difuntos, no con lágrimas, sino con preces, limosnas y oblaciones. *(San Juan Crisóstomo, Hom. 41).*

Santa y saludable cosa es orar por los difuntos, para que sean libres «de las penas» de sus pecados. *(Mach. II, 12).*

JACULATORIAS

QUE TIENEN CONCEDIDAS INDULGENCIAS (APLICABLES Á LAS ALMAS DEL PURGATORIO) CUANDO SE REZAREN CON DEVOCION Y CONTRICION.

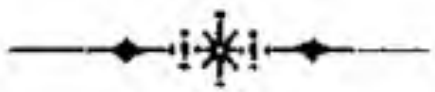
Eterno Padre, yo os ofrezco la preciosísima Sangre de Jesucristo en expiacion de mis pecados y por las necesidades de la Santa Iglesia. *(100 dias).*

Sea por siempre bendito y alabado el Santísimo y Divinísimo Sacramento. *(100 dias).*

Bendita sea la Santa é Inmaculada Concepcion de la Bienaventurada Vírgen María. *(100 dias).*

Excusado es que ponderemos cuánto nos satisface esta idea y cuánto quisiéramos verla generalizada en el pueblo cristiano, en cambio de tantas novelerías y romantiquerías de pagano ó nada cristiano sabor, que se permiten á costa de sus difuntos muchas familias del gran mundo de hoy.

EL ROSARIO Y NUESTRA SITUACION.



EL ROSARIO Y NUESTRA SITUACION.

I.

ONOCEN nuestros lectores el importantísimo Decreto de la Sagrada Congregacion de Ritos, por el cual en nombre del Vicario de Dios se prescribe á todo el pueblo cristiano la celebracion del mes de Octubre como *Mes del Santísimo Rosario,* en la forma y con iguales gracias espirituales que las otorgadas por Su Santidad en documentos anteriores. Con la singularidad de que se ordena para plazo indefinido esta disposicion, y no únicamente para un año, viéndose claro en eso el pensamiento de que en cierto modo se perpetúe en la cristiandad este mes de fervorosas rogativas, por lo menos mientras duren las presentes calamidades sociales.

«El Santo Rosario, dice la Apostólica Congregacion, ha sido instituido por una providencia verdaderamente especial de Dios, para implorar el poderoso y eficaz socorro de la Reina del cielo contra los enemigos del nombre cristiano, para proteger la integridad de la fe en el rebaño del Señor, y arrancar de los caminos de perdicion eterna las almas rescatadas por el precio de su divina Sangre.» No puede ciertamente expresarse con más terminantes palabras el ob-

jeto ó blanco á que se dirige, pues, la piadosa iniciativa del Padre Santo en este asunto. Dirígese, por lo dicho:

1.° A que sean abatidos en su actual preponderancia los enemigos del nombre cristiano.

2.° A que se conserve entre los fieles en toda su pureza la integridad de la católica fe.

3.° A que vuelvan al recto sendero de la verdad y de las sanas costumbres las muchísimas almas hoy miserablemente extraviadas de él.

Para coadyuvar, pues, á las elevadas miras del universal Pastor, queremos hablar algo á nuestros amigos de estos tres puntos, á fin de que sea más fervorosa en todos ellos la práctica pública y solemne del Santo Rosario que con tanto empeño insiste el Papa en recomendar. Que después de la palabra del Papa nada consideramos tan eficaz para mover los corazones á esa extraordinaria y general rogativa como la atenta consideracion de los profundos males que la motivan, males que por habérsenos hecho ya tan familiares no pesamos ni miramos tal vez como merece su horrible gravedad. Pesimistas nos llaman por ahí á los que en el presente estado social estamos anatematizando cada dia tantas negruras como de continuo se nos ofrecen ante los ojos; queriéndose al revés demostrar á todas horas que, nó, señor, no se anda tan mal como se pondera, que no son tan aflictivas las circunstancias, que no vive tan violentamente oprimida la Iglesia de Dios, que no tienen por qué lloriquear y querellarse con tanto dolor é indignacion los buenos católicos. Parécenos en verdad podria aplicarse aquí aquello de Jeremías sobre la por tan semejante manera engañada Jerusalen: *Prophetæ tui viderunt tibi falsa et stulta, nec aperiebant iniquitatem tuam, ut te ad pœnitentiam provocarent.* A bien que no se anda en reparos para decírnoslo con mucha claridad el Vigía supremo del Vaticano, con nuevos y cada dia repetidos gritos de ¡Al arma! que lanza sobre el mundo su soberana Autoridad.

Con una sola palabra puede resumirse el cuadro de nuestra actual situacion. El Cristianismo vive hoy dia en el mundo, casi en todo él, *sub hostili dominatione*, como de su propia venerable persona nos ha dicho en una de sus alocuciones el universal Pastor. Igual cautiverio que le oprime á

él en Roma en el ejercicio de su divina autoridad, nos tiene oprimidos á nosotros en el de nuestros derechos de libres é independientes cristianos. Vivimos como él «bajo poder de enemigos,» *sub hostili dominatione*, y sólo la costumbre que familiariza al mísero encarcelado hasta con sus más pesadas cadenas, ha podido, como indicábamos, hacer que á la presente generacion cristiana no le parezca tan odiosa como parecerle debiera esta durísima servidumbre.

Fué la morisma el terror de nuestros mayores, y cuando se hablaba en Europa del *poder del Turco*, era la más negra amenaza que podian imaginar sobre sus cabezas aquellos valerosos cristianos. En España sobre todo, hablar del moro era hablar de la suprema calamidad religiosa y social, y sin embargo, fuera de los momentos ardientes de la lucha, nunca fué tan sistemático y tan enconado el ultraje hecho á nuestra fe cristiana por los moros en siete siglos, como en poco más de un siglo ha sido el de los revolucionarios. Nó, no fué tan desastrosa para España la invasion y lucha musulmana durante siete siglos, como en solo el presente lo ha sido para ella y para la Iglesia universal la invasion del Liberalismo.

Razon tiene, pues, como hemos dicho, en gritar ¡Al arma! nuestro Santísimo Padre, porque realmente es gravísima, es abrumadora nuestra situacion y la de todo el mundo cristiano.

¡Al arma! pues. Y cunda este grito, salido de Roma, por todas las filas del verdadero ejército de Dios. ¡Al arma! pues. Y esta arma sea hoy principalmente el Santísimo Rosario.

II.

La primera de las intenciones por que se ofrece durante Octubre el Santo Rosario, es para que sea destruída la actual preponderancia de que gozan, por nuestros pecados, en todo el mundo los enemigos de nuestra santa fe. Qué

enemigos sean esos bien lo ha dicho el Papa en otro Documento cuando nos asegura que la Masonería ejerce en la sociedad presente un influjo tal que casi equivale á la soberanía. La Masonería, éste es, pues, el enemigo, como lo fueron en los tiempos del glorioso Santo Domingo de Guzman los albigenses, como lo fueron en los de San Pio V y de D. Juan de Austria los mahometanos. Contra ésta debe ser, pues, hoy blandida con segura confianza de éxito el arma poderosísima del Santo Rosario.

La accion masónica tiene dos nombres: uno que podriamos llamar de guerra y con el cual enardece á los más fogosos y decididos, y es el de Revolucion. Otro que podríamos calificar de apellido civil, con el cual seduce y mantiene unidos á si á los menos amigos de ruídos, y es el de Liberalismo. Bajo el primero se emplean los procedimientos fieros, el incendio, el asesinato, la subversion violenta del órden público, la caída de los poderes que incomodan, la opresion descarada de cuanto puede servir de obstáculo directo ó indirecto á los planes de la secta infernal. Bajo el segundo se utilizan los procedimientos melosos y acomodaticios, la corrupcion lenta, la sofistería del periodismo, las legalidades *ad hoc* creadas para favorecer la libertad del mal y paralizar cuanto sea posible la accion del bien; en una palabra, todo ese mecanismo adrede inventado para que sea insignificante la intervencion del órden sobrenatural cristiano en la sociedad, hasta lograr que sea nula.

Ahora bien: ese enemigo, que segun los tiempos y lugares reviste diversas formas que le permiten presentarse en unas más acentuado, en otras más diluído; este enemigo, créannos nuestros lectores, es más grave, como hemos dicho, para la sociedad cristiana de lo que nunca lo fuera para nuestros padres la morisma en todo el apogeo de su poder. Vamos á probarlo con algunas razones que, á nuestro juicio, dejan el asunto fuera de toda racional discusion.

Nótese en primer lugar el carácter de uno y otro enemigo. La propaganda del sectario de Mahoma era groseramente material, y se ejercia únicamente con la espada. Así que, era medio seguro para contrarestarla el empleo del mismo procedimiento. Además, como atacaba principalmente el ser y

la independencia de las naciones, sublevaba con lo mismo sus naturales sentimientos, y traía consigo por lógica consecuencia un despertamiento de virilidad en ellas, y en último resultado la más eficaz reaccion. Las invasiones musulmanas en España aquilataron su fe, y fueron, por decirlo así, el más eficaz reconstituyente de su carácter nacional, estragado por la corrupcion de los últimos reinados visigodos. De la lucha de siete siglos con los moros salió el español del XVI con toda la energía y vigor, que no perdió del todo hasta que modernamente le invadió el Liberalismo. Este, por el contrario, rara vez presenta franca la batalla; procura apoderarse de los pueblos por sorpresa; usa de los medios violentos tan sólo cuando le obliga á ello la desesperacion; las más veces, casi siempre, pide sentarse en la mesa de los propios católicos con el disfraz de buen hermano y de leal amigo. Así entró en España á principios del siglo actual. Con falsos abrazos, más que con fieras embestidas, logra sus más frecuentes conquistas; predica en todos tiempos fraternidad, tolerancia, conciliacion, ilustracion, progreso, paz. Con lo cual logra no se irriten los ánimos, ni se despierten las susceptibilidades generosas; sino antes bien que se adormezca y se enmollezca todo, y se preste á su fascinadora dominacion. Así se explica que en poco menos de cien años haya conquistado el mundo cristiano y hasta su capital la Masonería, cuando en siglos y siglos de sangrientas guerras no pudo dominarnos sino en puntos aislados el poder sarraceno.

Lo cual da otra de las más visibles diferencias entre uno y otro enemigo. La dominacion de la morisma nunca logró ser intrínseca, aunque llegó á ser extrínsecamente avasalladora en muchos países. El turco en todas partes vivió únicamente *acampado*, como ha dicho un célebre historiador. Hoy mismo no vive de otra manera en Oriente. Por lo mismo dejó vivas al rededor de sí todas las nacionalidades que vencia: nunca logró fundirse con ellas, y mucho menos absorberlas ó destruirlas. Entre el moro y el cristiano hubo siempre clara y definida hostilidad: las dos razas, áun en las épocas de transitoria tregua en que se comunicaban mutuamente sus propios adelantos científicos, eran dos razas perfectamente deslindadas. Para un moro era siempre un

perro, no un hombre, el cristiano; á éste no le merecia aquél otra estimacion. No así el invasor actual. Éste ha logrado falsear el carácter íntimo de los pueblos que ha subyugado: no les ha cobrado solamente sus tributos, sino que les ha matado sus conciencias. Atendiendo más á la guerra de ideas que á la material, les ha dejado en cierta integridad exterior, mientras con tenacidad sin ejemplo les ha ido royendo las entrañas hasta dejarlos sin alma. A semejanza de aquellas frutas, lozanas y bellamente pintadas en su superficie, pero carcomidas por vil gusano en su parte sustancial, los pueblos modernos, sin dejar de llamarse cristianos, se encuentran con que han dejado de serlo en gran parte, y lo que es más raro, sin que ellos mismos lo hayan venido echando de ver, y habiendo llegado á ser hasta desconocido para ellos el verdadero ideal de la sociedad cristiana.

Que es otro de los rasgos que acreditan de más cruel el estrago liberal en los pueblos cristianos de lo que lo fuera nunca en ellos el estrago musulman. La morisma dominante, pasado el fragor de la lucha, dejaba á los pueblos en pacífica posesion de sus usos y leyes, contentándose con que no se injuriase á su falso profeta Mahoma. Así vivieron públicamente á lo cristiano nuestros españoles mozárabes, y rodeados de paganismo musulman pudieron sacar á salvo en sí y en sus descendientes la limpieza de la fe. La guerra del Liberalismo es en este punto mil veces más despótica. A los pueblos que subyuga impóneles su atea legislacion y sus ateas instituciones. Ni les respeta á los católicos su matrimonio, ni su tumba, ni el derecho de enseñar á sus hijos. El matrimonio civil, y el cementerio secularizado, y la enseñanza perversa oficial, son opresiones horribles que nunca les ocurrió plantear sobre los pueblos cristianos á los hijos de Muza y de Tarik. En plena dominacion sarracena pudo el católico casarse segun la ley de Dios, y fué reputado válido su matrimonio, y hoy no lo es en las naciones donde ha logrado imperar de lleno el Liberalismo. La cruz y no la media luna protegió siempre los cementerios cristianos, áun en los paises en que el árabe los subyugó; no así donde la Revolucion ha logrado plantear la llamada secularizacion de las sepulturas. Nunca las leyes de los califas de Córdoba y

de los reyezuelos de Granada mandaron que las carreras de sus súbditos cristianos debiesen hacerse bajo programas y maestros musulmanes; y sin embargo, con esta ignominia de sujetarnos á sus maestros y programas ateos nos tiene humillados y envilecidos hoy dia el sistema liberal.

Nadie extrañe, pues, si comparando siglos con siglos, y enemigos con enemigos, juzgamos, católicamente discurriendo, peores los presentes que los pasados, y creemos por tanto más calamitosa que nunca para la Iglesia católica la persecucion actual. Si cada logia y cada redaccion de periódico impío y cada centro de enseñanza perversa se trocasen de repente en un alcázar ó ciudadela de moros, desde donde practicasen éstos por nuestras comarcas sus incesantes y devastadoras correrías, estimaríamoslo como gran beneficio. Derramaríase tal vez alguna sangre, pero saldria aventajado con ello el espíritu; arderian ó serian saqueados algunos pueblos, pero del choque de las armas, entre el furor del ataque y los brios de la defensa, saldria más animosa y robusta que nunca la conciencia cristiana. Hoy las correrías son continuas, la tala es general, la devastacion es completa, y no se lloran ¡ay! como se debieran llorar, sólo porque son de intereses más nobles y trascendentales que todos los que puede herir la espada ó menoscabar la tea incendiaria.

Esta, esta es la verdad, toda la verdad de nuestra actual situacion.

III.

El segundo de los fines que se propone la Iglesia al encargarnos, durante Octubre sobre todo, el rezo más fervoroso del Santo Rosario, es el de alcanzar por intercesion de la Soberana Vírgen que se conserve entre los fieles en toda su pureza la integridad de la católica fe.

Si bien se mira, esta otra gravísima necesidad social que aquí se indica, nace por su propia virtud y fuerza de la que en el anterior capítulo nos ocupámos en exponer. La clase

de persecucion que sufre hoy el pueblo cristiano, la índole especialísima de ella, ha de producir necesariamente por primer é inmediato resultado, no la destruccion franca de la fe, que eso ya se supone vendrá después, ó irá viniendo paulatinamente, sino su amortiguamiento y aminoracion y hasta mutilacion en los corazones cristianos. Corazones cristianos que por una parte no querrán en modo alguno dejar de serlo, pero que por otra, de transaccion en transaccion, de condescendencia en condescendencia, ó mejor, para hablar como hoy se usa, de hipótesis en hipótesis, irán insensiblemente dejándolo de ser. Este peligro que claramente nos denuncia en este Documento la voz del Vaticano en el mismo hecho de ordenarnos el Santo Rosario como remedio para él, es el gran achaque de la época presente, es su enfermedad reinante, es su desastrosa epidemia moral. El menoscabo de la integridad práctica de la fe cristiana.

Decianos con gracia en cierta ocasion un muy celoso y espiritual misionero, que la definicion del católico-liberal la habia encontrado él en un texto nada menos que de San Jerónimo, que ya en sus tiempos lo definia proféticamente así: *Christianus qui ita vult placere Deo, ut non displiceat diabolo:* «Es, decia, el católico-liberal una rara especie de cristiano que quiere agradar á Dios, pero de tal suerte que no desagrade al diablo su enemigo.» Extravagante pretension, es verdad; pero, por extravagante que sea, comunísima en todos tiempos, y moda general y la más acreditada de las de hoy. A ella, pues, se opone la profesion íntegra de la fe, y por tanto es muy natural que un siglo así transaccionista y mutilador de ella vea con malos ojos á los que hacen gala de profesar esta integridad, y haga áun de eso insultante apodo para apostrofarlos. Todo se explica perfectamente teniendo en cuenta el texto del citado Doctor. El empeño de los tales es hallar una fórmula de religion con que se pueda aparecer muy buen católico, viviendo al mismo tiempo en cierta paz ó por lo menos sin fatigosa hostilidad con los enemigos del Catolicismo. Que es puntualmente lo de aquel integrista Doctor de los primeros siglos: *Ita placere Deo, ut non displiceat diabolo*.

Para eso es gran recurso lo que hemos llamado aminora-

cion ó mutilacion práctica de la fe. Negar en redondo la tesis católica, es arma gastada que no les solió bien á los antiguos herejes, ni les da gran resultado que digamos á los modernos incrédulos. El diablo ha aprendido mucho en su larga carrera de embustes, y propala hoy los suyos en forma más sutil y adelgazada. Su fórmula actual es ésta: Admitir teóricamente, de lleno y sin reserva alguna, toda la verdad católica, y tocante á eso no escatimar protestas y ponderaciones. Mas en cuanto á la práctica, reducir el ejercicio de ella á lo que permiten las circunstancias, como tan gráficamente acaban de decirlo los sabios Obispos del Ecuador. De donde se deduce que para muchos la verdad católica es en su ejercicio práctico un cierto código, más que de dogmas absolutos, de procedimientos circunstanciales, que nunca tienen la fortuna de parecer aplicables al dia de hoy, que es precisamente para cuando es indispensable su concreta aplicacion. A semejanza en eso de aquel bellaco tabernero que nunca fiaba *hoy* á sus parroquianos el vino de su taberna, prometiéndoles siempre fiárselo mañana.

¡Ah! ¡cómo es aquí Satanás el maleante tabernero del rótulo: «Hoy no se fia, mañana sí!» ¡Y cuántos y cuántos son los católicos ilusos que entran en su taberna engañados por este amabilísimo letrero! Llenan el país inmundas publicaciones escándalo de todo corazon honrado: quítese eso por Dios. «Eso es realmente detestable é infernal, os dirán. Pero *hoy* no puede prohibirse, ni siquiera multarse. Hoy es preciso otorgar esa libertad. Ya se hará.» La enseñanza pública está en lastimoso estado: catedráticos mil cobran sueldo de los católicos para envenenar la incauta juventud y descatolizar á España: prohíbase de una vez esta propaganda oficial. «Malo es, realmente, os contestan, ese proceder; pero *hoy* no se puede tocar á esa clase. Ya verán como mañana se arregla.» El Papa repite en cada alocucion su eterna protesta contra la opresion de que es víctima su divina autoridad. Reivindica de continuo sus indiscutibles derechos á la independencia. Désele siquiera el consuelo de mandarle, ya que no un ejército, un reconocimiento explícito de esos sus derechos, una viril protesta contra la vejacion que le tiraniza. «Bien está, bien está; pero eso no puede hacerse *hoy*. Tal vez algun dia lo permitan las circunstancias.»

Y así por este tenor resuélvense siempre á favor de las circunstancias todos los conflictos que se presentan entre ellas y los derechos de Dios nuestro Señor. Por lo visto, son los derechos de esas señoras circunstancias más ilegislables é imprescriptibles que los de Su Divina Majestad. No son las circunstancias, segun parece, las que han de encogerse y ablandarse y acomodarse y en todo caso rendirse á la imperiosa ley de la verdad, sino ésta la que ha de procurar reducirse, achicarse, para caber cómodamente dentro de las circunstancias. «Amoldarse á las circunstancias, ésta es la fórmula consagrada por el uso en el moderno idioma contemporizador. No puede darse palabra más expresiva. Las circunstancias son el molde: la verdad católica es, segun ellos, la materia dúctil siempre y acomodaticia, que de tal molde debe recibir su actual modo de ser.

¡Válganos el cielo! Roguemos, lectores amadísimos, á Dios, por intercesion de nuestra excelsa Madre y por medio del Santo Rosario, á fin de que desaparezca pronto, muy pronto, esta fe meramente *circunstancial* de tantos católicos ilusos, y brille y crezca y reine en toda su plenitud é integridad práctica la fe de Cristo nuestro Rey; Rey, nó de circunstancias, Rey, nó á ratos, sino Rey *heri et hodie Ipse et in sæcula*.

IV.

Se ordena en tercer lugar el rezo del Santo Rosario, á que vuelvan al sendero de las buenas costumbres las muchas almas hoy miserablemente extraviadas de él. Con lo cual tenemos claramente indicado el tercer carácter de nuestra actual situacion, procedente de los dos anteriormente expuestos: cual es, la nunca como hoy general depravacion de las públicas costumbres.

Es lógico que sea así. La persecucion que sufre hoy el pueblo cristiano, tiende más toda ella á debilitarle en la fe y consiguientemente á corromperle, que á tiranizarle y morti-

ficarle. La Revolucion no quiere mártires, y no los hace sino cuando no puede pasar por menos ó en momentos de irreflexivo furor; lo que quiere son apóstatas, y para eso lo que procura es hacer viciosos. Años há que se dió descaradamente al público esta consigna de corrupcion por uno de los órganos más autorizados de la secta, y años há que viene realizándose el programa sectario de una manera verdaderamente infernal. Para eso las leyes, que debian ser, como fueron en todos los siglos, frenos más ó menos eficaces contra el vicio, se han declarado en todas partes verdaderas garantías oficiales de él. La legalidad moderna, en casi todos los Estados liberalmente regidos, abre al desahogo de las más vergonzosas pasiones todas las válvulas, como sin necesidad de ser sagaces observadores podemos todos verlo en el dia de hoy. Hay reconocido y legalizado el público derecho, no á ser corrompido, que fuera menor mal, sino á corromper áun al que no quiera serlo, lo cual es el colmo de la monstruosidad. Se exhibe triunfante la inmoralidad, que el pudor social tenia antiguamente relegada al fondo de ciertas pocilgas y cloacas: canta y declama sus vergonzosas lujurias en el teatro; las reparte impresas y grabadas en el periódico callejero y en la novela naturalista; os disputa orgullosamente la acera y os obliga á bajar al arroyo para cedérsela en calles y plazas; pervierte al niño ya en brazos de su niñera ó en el tránsito de casa al colegio, por medio de los mil y mil lúbricos objetos con que desde soberbios cristales de aparador cautiva su inocente curiosidad. Lo que medio siglo atrás leía á hurto de todos ó comunicaba confidencialmente con sus compínches de escándalo tan sólo el mozalvete preciado de calavera, lo sorprende hoy con terror más de una vez el celoso padre de familias en las manos ó en los labios de su niño impúber mejor educado. Esta precocidad de la moderna corrupcion es uno de sus síntomas más aterradores.

Ahora bien. ¡Cuántas almas que en el órden natural de las cosas no hubieran prevaricado, prevaricarán hoy gracias á ese conjunto verdaderamente extraordinario de lazos y seducciones en que les fuerza á vivir el moderno error social! ¡Cuántas muertes de réprobo se suman hoy en la estadística del divino tribunal, que hubieran sido muertes cristianas

sin el avasallador influjo de esa calculada corrupcion en que se asfixian las almas! Gran responsabilidad, gravísima responsabilidad individual cabe siempre á cada una de éstas, pues la mala condicion de los tiempos no destruye la independencia del libre albedrío, por el cual puede y debe el hombre hacerse con la gracia de Dios superior á toda tentacion; mas ¿quién duda que es poderosísima la influencia del *medio social* en que se vive, para que más difícilmente resista y más fácilmente sucumba un alma á esas influencias?

Cuando recorriendo nuestras calles tropiezo á cada paso con sencillos y muchas veces inofensivos hijos del pueblo que leen en corrro de amigos ó al pié de su tienda la inmunda hoja semanal que les vuelve insensiblemente ateos, obscenos, despreciadores de toda moral, malvados, en una palabra, sin que al parecer ellos mismos se den cuenta de la extraña revolucion que en sus ideas y sentimientos van obrando aquellas envenenadas páginas, me pregunto con indignacion: «¿Es posible que haya un hombre muy decente y muy honrado á su juicio, y hasta con pretensiones de muy católico, que gobernando un país y pudiendo impedir que se repartan á los hijos de él esas horribles dosis de veneno semanal; pudiendo, digo, impedir eso con sólo quererlo, pues otras cosas impide que por cierto son de menor interés, no solamente no lo impide, sino que lo sanciona y lo protege con el peso de toda su autoridad, en términos que si yo quiero arrebatarle de las manos al callejero vendedor su infame mercancía, me llamará éste ante el susodicho católico ministro, y me llevará el ministro á la cárcel como perturbador de un derecho perfectamente legal?» Y sin embargo, esto es cierto: la corrupcion tiene ese refrendo oficial de gobernantes que se llaman católicos, y esos gobernantes católicos castigarán con mano dura al católico audaz que intente interponerse de cierto modo entre el incauto á quien se va á corromper y el agente del diablo que por cinco céntimos le ofrece envenenada pócima para corromperle!!!

Ahí tienen nuestros lectores, en este que es caso de todos los dias, el ejemplo de lo que en todo lo demás acontece. Apliquen igual observacion á la enseñanza, apliquenla á los públicos espectáculos, apliquenla á la libertad é inmunidad

de blasfemia de que gozan hoy dia en sus discusiones los Parlamentos, apliquenla á la insidiosa red que de continuo están tendiendo ante nuestros piés las mil y una asociaciones secretas, y dígasenos después si existió jamás al servicio de la corrupcion un conjunto de medios tan calculadamente dispuestos para que nadie apenas, sin manifiesto prodigio del cielo, pueda sustraerse á su maléfica accion.

Después de lo cual sólo merecen el dictado de bobos los que repiten por ahí en abono de los tiempos presentes la singular disculpa de que corrupcion la hubo siempre en el mundo, áun en los siglos de más ardiente fe. Calumnian necia ó desvergonzadamente á la Historia los que tal absurdo osan sostener. No hubo en verdad, desde Adan acá, siglo alguno en que dejasen los hombres de serlo para ser purísimos Angeles. Siempre han reinado en el mundo las tres concupiscencias, y el demonio tuvo siempre en la tierra infinitos satélites á su devocion. Pero, así como hablaria en necio el que afirmase que no es cosa terrible ni deplorable una epidemia, por la consoladora razon de que siempre hubo en el mundo enfermedades y muertes, así en el asunto de que tratamos discurren y hablan los que para atenuar las negras tintas de nuestro estado social presente se hacen lenguas de los escándalos de la antigua sociedad. No hay tal: lo que nos ofende en la historia de las antiguas sociedades cristianas, nos ofende más en ellas por el mismo contraste que forma con su ortodoxia legal y doctrinal. Todos los excesos de ciertos personajes católicos en antiguos tiempos resaltan más precisamente por su singularidad, al paso que hoy la mayor frecuencia nos los hace pasar menos advertidos. En una palabra, puede elevarse á axioma la proposicion siguiente: La sociedad antigua, cristianamente organizada, sin dejar de tener pecados y pecadores, era más morigerada y virtuosa que la presente, montada á gusto de la Revolucion.

V.

Compendiando lo que á propósito de este tema hemos venido desarrollando en los anteriores capítulos, podemos muy exactamente definir la actual situacion del mundo cristiano en la forma siguiente:

1.° Vive hoy el Catolicismo en un estado de persecucion mansa y latente, que ha tomado casi ó aspira á constituir definitivamente en todas partes el carácter de estado normal y legal, con todas las tristísimas consecuencias que de esta inicua é impía normalidad y legalidad pueden presumirse. Es ya candidez suma juzgar, como pudo juzgarse al principio, que á lo que aspira el Liberalismo es á constituir un Estado perfectamente neutral entre los intereses de Dios y los del diablo. El juego se va viendo ya muy claro, para que pueda nadie llamarse á engaño. Lo que se pretende pura y sencillamente es la descristianizacion social y el destronamiento absoluto acá en la tierra de Dios nuestro Señor. Aquellas tan cacareadas inparcialidades de la ley, aquella absoluta libertad del derecho comun, aquella equitativa balanza con que el Estado habia de apreciar igualmente el derecho de los católicos y el de los no católicos, son ya cartas falsas de un jugador fullero, que han servido durante medio siglo para halagar con ilusiones de falsa paz á los amigos de tenerla con todo el mundo, pero que hoy ya ni el mismo diablo las necesita. Resignémonos á la palabra, aunque sea dura, y á la cosa tambien, aunque sea más dura aún. Vivimos los católicos en todo el mundo, con el Papa á la cabeza, *sub hostili dominatione*, en estado de opresora persecucion.

2.° La persecucion de que tratamos es de un satanismo *sui generis* que no lo parece, y es por lo mismo la peor y de más desastrosos resultados. Esta persecucion perdona á los cuerpos y se dirige con preferencia á las almas. Por donde no cabe aquí recordar aquella enérgica frase de Tertuliano:

Semen est sanguis christianorum, porque no se ve aquí (generalmente hablando) derramamiento de sangre en ninguna parte. No se quiere en modo alguno derramar esta sangre generosa que produce mártires; se ha adoptado procedimiento más seguro, que es debilitárnosla y empobrecérnosla, para que resultemos tísicos. La tisis del alma, la anemia moral, es en efecto el carácter especial de los tiempos actuales. Para esto se ha puesto de moda el comodín de las hipótesis, que tales como hoy se entienden y se aplican, podrian muy bien definirse de este modo: Arte de rebajar conciencias y convicciones á la talla de las circunstancias y de los intereses de cada dia, prescindiendo por completo de los eternos é imprescriptibles derechos é intereses de la verdad.

3.° La anemia física se traduce geralmente en el exterior del cuerpo humano por fétida supuracion de humores y escrófulas, que pudren y gangrenan ya en vida al desdichado á quien falta el natural vigor de la sangre para vencerlas. Así la anemia moral de la sociedad falta de fe se traduce en asquerosa corrupcion de costumbres, que es su vergonzosa é ineludible consecuencia. Produciéndose entonces un círculo vicioso, del cual no se ve salida á no ser con manifiesto prodigio de la diestra de Dios, y es el siguiente: la decadencia de la fe produce la corrupcion de las costumbres, y á su vez la corrupcion de las costumbres acaba de amortiguar la fe. Círculo vicioso dentro del cual ha encerrado hoy el Liberalismo á la sociedad cristiana, y del cual, humanamente hablando, no acertamos á ver cómo se puede ésta salvar. Son corrompidos los pueblos porque son tibios ó nulos creyentes, y son á la vez malos creyentes porque les convida y casi les fuerza á serlo su corrupcion.

Digno es, pues, y muy digno el estado actual del mundo, de que se acuda á remediarlo con la general y extraordinaria y popular rogativa que años há viene ordenando Su Santidad. Crisis como la presente tal vez no la habia atravesado la Iglesia católica desde la invasion de los bárbaros hasta acá. Barbarie de nuevo género es la que hoy nos invade; barbarie inconvertible, porque trae todo el orgullo y preocupaciones de civilizada. Combate es éste en que sólo puede darnos victoria la intervencion directa y extraordinaria

de Dios, pues los medios ordinarios del apostolado cristiano aparecen años há como ineficaces para obtenerla. Es preciso llamar á Dios á voz en grito, y para eso se ordena el grito universal del Santo Rosario.

Hermoso espectáculo da, en medio de todo, nuestro pueblo fiel secundando con unanimidad y devocion consoladoras la indicacion del universal Caudillo de los ejércitos cristianos. En todas partes se reza el Santo Rosario: en muchísimas familias se practica durante este mes el rezo completo de las tres partes de él. Donde lo permiten las Autoridades se recorren en procesion las calles y plazas como taxativamente expresa desearlo el Papa: donde nó (ya que es cierto que en España hay en el dia Autoridades que eso no permiten), se devora en silencio el dolor y la vergüenza de este atropello legal, y sirve él de nuevo estímulo para que sean más fervorosas las oraciones privadas. De todos modos, el mes de Octubre va siendo un devoto mes, y confiadamente esperamos atraerá sobre nuestras tribulaciones la intercesion valiosísima de la Madre de Dios.

Que por muy negros que veamos los tiempos y por muy cerrado que se nos presente por todos lados el horizonte social, católicos somos, y como tales no nos contentamos con creer, sino que firmemente esperamos. Es la presente la hora tenebrosa del hombre: ¡tras ella nunca ha dejado de aparecer esplendente la hora de Dios!

LA BLASFEMIA Y LOS BLASFEMOS.

LA BLASFEMIA Y LOS BLASFEMOS.

I.

Introduccion. Triste oportunidad de esta materia.

ENEROSA campaña se ha emprendido de algun tiempo acá contra el más feo y abominable de nuestros vicios sociales, el de la blasfemia. La misma gravedad, ya verdaderamente insoportable, del mal ha sido causa de que empezase á pronunciarse resueltamente contra él áun cierta porcion de gentes de suyo poco dispuestas á darse pena alguna por asuntos de esta naturaleza; y además de la iniciativa dignísima de las Autoridades eclesiásticas, vemos aún en esotro terreno á que aludimos desusada y consoladora conmocion: periodistas que escriben artículos, gobernadores que dictan bandos y señalan penas, empresarios y amos que declaran guerra en sus establecimientos á tan horrenda plaga. Nos consuela todo esto, y verdaderamente nos anima á esperar algun resultado.

¡Cuánto se blasfema, ¡Dios poderoso! y cuán extendido está el infernal contagio que se trata de combatir! Se blasfema por enojo, se blasfema por broma, se blasfema por mero

pasatiempo, se blasfema por puro alarde de hombrear, se blasfema hasta por chiste. Blasfeman los mozos, blasfeman los viejos, jugando han aprendido á blasfemar hasta los chicos de la escuela. Hasta á mujeres hemos oído blasfemar, lo cual parece el colmo de lo absurdo é inverosímil. El aire que respiramos en todas partes, en los campos como en las ciudades, en los centros de política como en los de diversion, en los talleres y despachos de negocios como en las diligencias y vagones de ferrocarril, es aire impregnado y saturado de blasfemia, que si fuese ésta mefítica para los pulmones, como lo es para el alma, no se podria ya respirar. ¡Qué pestilentes vapores está alzando á todas horas al cielo ese mundo prevaricador, en vez del incienso de la oracion y de la alabanza que de continuo debiera enviar allá!

Gran cosa es, por de pronto, haber reconocido que existe tal enfermedad, y que es grave y que reclama urgente remedio. Cuando un sabio médico ha logrado diagnosticar acertadamente sobre su enfermo, lleva ya con esto adelantado por lo menos la mitad del camino para su curacion. Así en el caso presente parecen haberse convencido al fin hasta personas nada aprensivas en achaques morales, de que realmente es gravísimo mal este contra el cual hemos venido clamando años há sin merecer ser atendidos los predicadores y propagandistas católicos; de que sobre deshonrar á Dios y á su divina Madre y á sus Santos y á su Religion este hábito del infierno, deshonra al propio tiempo al mismo blasfemo, deshonra á la sociedad que le oye sin sonrojarse de él, deshonra á la ley que no se apresura á aplicar mordazas y candados sobre labios tan infames. Sí, gran cosa es todo esto, y nosotros bendecimos y sin duda bendecirá Dios al que por vez primera levantó hace poco el grito de la presente cruzada.

¿Cómo podríamos no secundarlo nosotros que desde nuestra aparicion en el campo de la Propaganda no hemos cesado un dia y otro dia de clamar contra tan asquerosa inmundicia? ¿Cómo podríamos no asociarnos con todas nuestras fuerzas, siquier sean pocas, á la accion vigorosa emprendida por algunos de nuestros hermanos contra esta que reputamos y hemos reputado siempre verdadera calamidad pública, fuen-

te tal vez y raiz de otras mil que quizá preocupan más que ella, y que mucho menos que ella debieran preocupar?

Así que, además de habernos públicamente ofrecido ya al principio desde estas páginas á la muy ilustre Junta directiva de la Obra que funciona ya en Barcelona contra la blasfemia, creémonos obligados á hablar tambien sobre eso por nuestra cuenta, y á contribuir por cuantos modos podamos á que se haga por todos y en todas partes este asunto tema de general y privilegiada accion católica. Hacer comprender á todos, áun á los más indiferentes á las cuestiones religiosas, la espantosa gravedad de este mal; dar el verdadero y genuino concepto de su naturaleza, en lo cual vemos por desdicha extraviados ya de buenas á primeras á no pocos de los mismos que le combaten; estudiar sus orígenes, porque nada sabe apenas de una dolencia el que no conoce bien el orígen de ella; meditar sus consecuencias, que en la materia de que tratamos son funestas sobre toda ponderacion; hé aquí sencillamente y á grandes rasgos delineado nuestro programa.

Ya sabemos que no van á leernos los blasfemos, que esos por honra nuestra no suelen estar suscritos á nuestras cosas. Pero nos leerán tal vez amos que toleran la blasfemia en sus granjas y talleres; padres que no la castigan como se merece en sus hijos y criados; Autoridades locales que no hacen valer contra ella la vara municipal que la ley ha puesto en sus manos; maestros que no hablan de eso con el horror que debieran á sus discípulos; católicos, por fin, de toda clase y condicion que no sienten ¡tan triste es la fuerza de la costumbre! toda la santa ira á que les obligan su título y fe, cada vez que en su presencia se blasfema villanamente el Nombre santísimo de Dios. Para todos éstos escribimos, y ¿quién duda que seria gran fruto haber logrado siquiera en éstos la saludable reaccion del odio contra la blasfemia y los blasfemos, odio que debe ser el principio de toda otra medida eficaz que se adopte para combatirlos?

II.

Qué cosa sea la blasfemia, y cuál su intrínseca naturaleza.

Ninguna necesidad tenemos al parecer de definir qué cosa sea pecado de blasfemia; tan vulgar y familiar se nos ha hecho desgraciadamente él, como de eso tienen harta experiencia nuestros malaventurados oídos. Se comprenderá, empero, que hay, sí, necesidad de principiar por tal definicion para rectificar el equivocado concepto de muchos que juzgan no hay blasfemia, sino cuando se profiere en la grosera y brutal y abominable expresion que desdichadamente prevalece entre nosotros. Conviene, pues, saber que es blasfemia todo modo de hablar injurioso á Dios, *Locutio contumeliosa in Deum,* como dicen los moralistas; bien revista ella las formas inmundas con que la profiere el vulgo de las plazuelas y tabernas, bien sea la más culta y enguantada que no desdeñan tal vez los gabinetes y salones. Hay, pues, blasfemia y verdadera blasfemia y gravísima blasfemia, no sólo siempre que se lanza contra Dios la puerca expresion que tanto nos horroriza, sino muchas otras veces más. Aclararémos el caso presente con un ejemplo. Pasa en esto como en el séptimo mandamiento, que prohibe el hurtar. Sabido es que muchas personas no entienden ó no aparentan entender por robo más que la violenta sustraccion de dinero, creyendo no son robos otros muchos modos de apoderarse de lo ajeno, que más bien pertenecen, segun ellos, á la honrada categoría de negocios. Como hay, pues, infinitos modos de robar, aunque en sociedad no se llamen robo, así hay infinitas maneras de blasfemar, aunque tal vez no nos horroricen ni alarmen ya como tales blasfemias.

Cortos se quedan, pues, á nuestro humilde sentir, los que en la presente general y hermosísima cruzada contra la blasfemia parecen restringir su accion y propaganda al combate contra la blasfemia que podríamos llamar carretera y calle-

jera. Nos lo obliga á creer el lenguaje que en públicos documentos hemos visto usualmente empleado al tratar de este punto, áun por personas de las que se puede y se debe exigir más propiedad de palabras y mayor precision de conceptos.

Observacion que nos hemos hecho tambien y vamos á trasladar á nuestros lectores tocante á otro punto que reputamos igualmente esencial. Y es el de que por muchos no se hace estribar la principal gravedad de la blasfemia en que sea ofensa, la mayor de todas, contra la honra de Dios; sino en lo indecoroso de ella, en lo que ofende la pública civilizacion y cultura, en lo que rebaja la dignidad de un pueblo; lo cual, como se ve, es sencillamente tomar, como se dice, el rábano por las hojas, tergiversar por completo la cuestion, falsificar esencialmente su carácter, anular por completo su verdadera importancia. Habiendo caido tambien en este *lapsus* naturalista y pseudo-católico personas de quienes menos podia presumirse tal inocentada, que por caridad nos place calificarla sólo de esta manera.

Es, pues, blasfemia (católicamente hablando, que es como los católicos debemos hablar) toda expresion injuriosa para Dios ó para lo que con Dios tiene inmediata relacion, y consiste la gravedad esencial de la blasfemia en ese desdoro de la honra divina de cualquier modo y en cualquier forma que lo lleve á cabo el hombre, criatura suya. Se ensancha, pues, con esta idea hasta un punto inconcebible el campo de operaciones de los que combaten la blasfemia, y se eleva hasta el nivel no menos que del mismo Dios la alteza y sublimidad de tan gloriosa propaganda. Celar la divina honra y celarla en todos los terrenos en que se ve ella de continuo afeada y vilipendiada, tal es ó debe ser el concepto general de la campaña que sobre esto se está promoviendo con tan generosas intenciones.

Achican por el contrario este concepto y rebajan su importancia y enteramente lo desnaturalizan los que erróneamente juzgan deber reducirse todo su empeño á que cese de herir nuestros oídos por calles y plazas la especie de interjeccion sucia que todos sabemos, y sobre todo los que eso principalmente anhelan por decoro de nuestro país, como si

dijéramos por mera cuestion de policía urbana. ¡Ah, maldito naturalismo! ¡Quién podia presumir que hasta en eso se dejase sentir su resabio infernal! ¡A quién le podria ocurrir que para combatir la blasfemia se empezase por sentar principios ó por suponer conceptos que son en el fondo, ya que no en la forma, verdaderas hereticales blasfemias! ¡Hasta tal punto ha barajado y trastocado las más fundamentales nociones el pérfido y artero error!

Establecidos estos principios, vamos á ver ahora cuál sea la intrínseca gravedad *formal* de la blasfemia.

III.

Cuál sea la intrínseca «formal» gravedad de la blasfemia.

Es la honra divina el bien sobre todo bien, de donde rectamente se deduce que es el vilipendio de esta honra divina el mal sobre todo mal. Nada tiene en mayor estima Dios que el honor y gloria debidos á su santo Nombre: por lo mismo nada puede ser más odioso y aborrecible á sus ojos que el formal é intencionado menosprecio que se haga de estos su honor y gloria. Aun entre los hombres, herirle á uno en su honra es herirle en lo más vivo y susceptible de su sér: repárese que pocos agravios nos cuesta tanto olvidar y perdonar como los que nos tocan en fibra tan delicada. Más nos perjudica un ataque á nuestros intereses, más nos daña una lesion cualquiera corporal, pero nos ofende menos. Tan cierto es lo que decimos, que á muchas personas traidoramente atacadas por enemigos armados les es más sensible la afrenta de unos golpes recibidos, que la material lesion corporal por ellos producida.

Si, pues, en tanto tenemos lo que se llama nuestro honor, á pesar de que bien examinado no sabríamos tal vez acabar de definir en qué consiste; júzguese por ahí en qué grado de estimacion debe de tener el Señor su propio honor, y en qué otro grado de estimacion debemos tenérselo nosotros, pobres

criaturas suyas. El honor de Dios, si así podemos llamar con frase humana lo que es esencialmente divino, el honor de Dios, digo, estriba en el conocimiento que tiene Él de su propia excelencia; y como esta excelencia es infinita, y el conocimiento que de ella tiene Dios es infinito, así es infinito tambien el valor que le da y el precio en que la estima. ¡Tan infinito valor y tan infinito precio, que sólo con el infinito valor é infinito precio de la Sangre del Verbo hecho hombre pudo ser lavado su vilipendio! Hiere, pues, á Dios en el corazon (podríamos decir) y en la fibra más delicada de su deidad el que á sabiendas y con toda intencion le asesta el horrendo ultraje de la blasfemia; el que á propósito recoge la más inmunda palabra del idioma para ensuciarle como con asquerosa basura; el que en otra forma cualquiera, áun menos brutal ó más literaria y culta, profana y zahiere á la Divina Majestad. Dios profanado, lastimado, afrentado en su esencial gloria y honor, es Dios ofendido en todos sus atributos y perfecciones, como el hombre á quien se escupe el rostro, tiénelo por afrenta igual y mayor que las demás que juntamente pudiesen dirigirse á todo su cuerpo. En todo pecar hay un ultraje á la honra divina, porque todo pecar es desobediencia á la ley, y toda desobediencia á la ley desdora al legislador. Mas aquí en el ultraje de la blasfemia es directo el desdoro y primariamente procurado, cuando en los demás modos de pecar es sólo indirecto y como consecuencia de otro acto, más allá del cual tal vez no llegó á extenderse formal y explícitamente la intencion del ofensor.

Por esto se concibe que no haya en el código cristiano culpa más severamente calificada, y en el tribunal divino culpa más terriblemente juzgada, y en el suplicio eterno culpa más espantosamente castigada que la de la blasfemia. El demonio, en su odio eterno contra Dios, no puede imaginar obra más propia suya y que sea más cabal expresion de sus infernales furores que la blasfemia. Nó, el demonio, con ser demonio, no puede discurrir, ni imaginar, ni ejecutar cosa más espantosa que este pecado. Ni puede por tanto inducir al hombre á cosa que le haga más parecido á sí. Que como dar gloria á Dios es la palabra-síntesis de todo el oficio de los bienaventurados en el cielo y de los buenos cristianos en la tierra,

así blasfemar de Dios es la palabra-síntesis de todos los rencores del abismo y de toda la malicia que entre los suyos ha derramado áun acá el príncipe de las tinieblas.

Se me ha dicho por persona de gravísima autoridad, que el crecimiento espantoso de la blasfemia en España data de los primeros años de este siglo, desde que por su desventura empezaron á tener aquí alguna influencia las tenebrosas sectas secretas. Y se me ha asegurado que uno de los primeros encargos que á sus desventurados adeptos hacian desde el principio tales sectas, era el que procurasen extender por todas partes la inmunda frase con que se ensucia el soberano Nombre de Dios. Téngolo por cierto, y veo muy fundada la razon. Satanás, autor y director de tales sinagogas suyas, no puede hallar cosa en que más se complazca que en ver empleada en odiar, maldecir y blasfemar á Dios la humana criatura, á quien Éste crió únicamente para que le amase, bendijese y glorificase. Desquite y venganza dignos del demonio, si desquite y venganza pueden llamarse esos fieros alardes de impotente rencor en que se revuelve el miserable en su eterna desesperacion.

¡Y el hombre, criatura de Dios, el cristiano, hijo adoptivo de Dios, se prestan á secundar los furores de Satanás, y á hacer coro desde la tierra á las horrendas imprecaciones del abismo! ¡El hombre, en quien se mira Dios como en su imágen; el cristiano, en quien se regocija Cristo como en un su hermano! ¡Oh monstruosa perversion! ¡Oh fondo sin fondo de toda maldad!

Véase, después de esto, en qué paran y cuán tamañitas se quedan al tratar este asunto todas las razones, hoy principalmente en boga, de decoro público, de cultura social y de policía urbana.

IV.

Prosigue la misma materia, y se declara con un ejemplo.

Vamos á insistir aún en el presente capítulo sobre lo mismo á que dedicábamos el anterior, esto es, sobre la gravedad intrínseca y formal del pecado de la blasfemia, punto á nuestro modo de ver el más culminante en esta materia, y eje natural de cuanto se discurra para la extirpacion ó aminoracion de vicio tan execrable.

Decíamos, en efecto, que la blasfemia es el atentado *directo* contra la honra divina, una como agresion *personal* contra ella, un cierto habérselas la vil criatura cuerpo á cuerpo y rostro á rostro con su soberano Autor. Lo cual evidentemente convence de cuál sea la espantosa malicia de un tal atentado y cuál su relativa superioridad satánica sobre cualquiera otra clase de ofensas que se infieran á Su Divina Majestad.

Vamos ahora á ponerlo más palpable con una semblanza de lo que áun en el mero órden humano acontece.

¿Quién duda que la transgresion de cualquier ley ú ordenanza dictada por el príncipe ó magistrado terrenos, trae consigo un cierto desprecio ó vilipendio de esas Autoridades? Sin embargo, por grave que sea la ley ó bando que se quebrante por el ciudadano, hay siempre en los códigos civiles un cierto crímen que excede á cualquier otro que cometerse pueda, y es el que se encuentra en todos ellos consignado con la calificacion de crímen de lesa majestad. De tal naturaleza es este crímen en todas las legislaciones, que ni se le suelen admitir atenuantes ni conceder indultos. Consigo trae su perpetracion pena de muerte, y no ciertamente por lo que en sí valgan, concretamente consideradas, las personas de los reyes, como tal vez pudiera en són de burla objetarnos un demagogo cualquiera; sino por la altísima representacion de la autoridad que en tal persona está

como vinculada. El concepto de la autoridad es lo que da fuerza á las leyes: herir, pues, á esa autoridad, ó con la agresion material ó con el insulto, es atentado peor mil veces que la infraccion de cualquiera de aquéllas. Más aún, es quebrantarlas y pisotearlas todas de una vez, desde el momento en que se menosprecia ó ataca á aquel en quien están todas personificadas. Por donde con justa razon los crímenes de lesa majestad, que más democráticamente si place pero con igual concepto lógico llamarémos de lesa autoridad, son los crímenes más graves de todos en el órden social.

¡Ah! No tengamos dos pesos y dos medidas, unos para las cosas que atañen á Dios, otros para lo que pertenece á las cosas temporales. Discurramos en los asuntos de Aquél, siquiera con igual filosofía y buen sentido práctico que los que rara vez nos faltan en nuestros negocios de acá abajo. Hay en el código religioso una cierta proporcion ó clasificacion de criminalidad, análoga á la que tiene el código civil. Gracias al maldito naturalismo, la mayor parte de las gentes de hoy se horrorizarán si les decimos que blasfemar es pecado mayor que robar ó defraudar intereses, pecado mayor que cometer homicidios, pecado mayor que prostituir honras, pecado mayor que consumar estupros y adulterios. Nos dirán por ende fanáticos y exagerados si les aseguramos que más digno de horror debe ser para el cristiano el blasfemo formal, que el ruin incendiario, que el feroz bandolero, que el falsificador de documentos y monedas, que el alevoso asesino, que el infame perjuro. Y sin embargo, todos esos extraños moralistas, que suelen tener la regla de moralidad en sus nervios, y juzgan de las cosas de conciencia, no por la fe ni por la razon, sino por la impresion meramente sensible que el caso produce en su susceptibilidad nerviosa, no podrán rechazar la autoridad del gran San Jerónimo, que en forma la más escueta y cruda que pudiéramos jamás emplear nosotros ha dicho rotundamente que «nada (¡óigase bien!), nada hay más horrible que la blasfemia, y que todo otro pecado (¡óigase bien!), todo otro pecado comparado á éste, es mucho menor.» *Nihil horribilius blasphemia,* dice el gran Doctor; *omne quippe peccatum comparatum blasphemiæ levius est.* (In Isai. c. 17).

A cuya intrínseca gravedad, es decir, á la que tiene el acto de sí propio, añádese luego la que le dan ciertas consideraciones extrínsecas que en él no pueden menos de tenerse en cuenta. Tales son la ingratitud feísima que resulta de emplear contra Dios aquella misma habla que es uno de los principales beneficios que á su bondad debemos; la deslealtad de blandir contra nuestro propio Jefe el arma de la lengua que exclusivamente se nos ha dado para honrarle y servirle y enaltecerle; el escándalo que resulta de ese público insulto á Dios, á quien robamos, no sólo el respeto y consideracion nuestros, sino el de los mil y mil que por vérnoslo despreciar le mirarán luego como objeto despreciable; el desdoro para la fe cristiana, ya que es gravísima afrenta suya que hombres, que dicen tal vez honrarse con su profesion, así la degraden y deshonren y envilezcan; los castigos, por fin, que el brazo de Dios justamente irritado no puede menos de hacer sentir sobre una sociedad de la que salen de continuo tales insolentes retos y provocaciones á su poder infinito. ¡Ah! si todo eso considerasen los infelices blasfemos, si lo reflexionasen al menos aquéllos en cuyas manos está contener con su autoridad ó influencia esos infernales desahogos, no se miraria, nó, como simple cuestion de cultura social ó de policía urbana este tan execrable pecado; no se encontraria exagerada la penalidad con que en tiempos más cristianos le castigaban todas las leyes; no se daria el caso dolorosisímo de bandos y ordenanzas en que casi se equipara el horrendo crímen de maldecir á Dios al de quien pega desmesuradamente á su mulo en mitad de la calle, ó de quien roba el pañuelo ó el reloj al distraído transeunte, ó de quien para satisfacer sus necesidades ensucia la acera de un edificio principal!!!

¿Extrañarán después de esto nuestros amigos les digamos que casi todas las disposiciones civiles que en estos últimos tiempos se han dictado contra la blasfemia, prescindiendo de la buena intencion, que ésta aplaudimos, más que consolarnos nos han llenado de vergüenza y de dolor? ¿Y qué tal será si les decimos que áun así tales disposiciones en muchos puntos no se han llegado á dar, y en muchísimos otros, en casi todos, no se han empezado aún á cumplir?

V.

Cómo se explica la espantosa plaga de la blasfemia en nuestro siglo. Reflexion final.

A pesar de la gravedad de la blasfemia, este pecado se halla hoy universalmente extendido y ha llegado á ser contagio y podredumbre asquerosísima de la mayor parte de nuestro pueblo, antes por lo comun tan sano y tan bien hablado. Muchos de esos infelices han venido á hacer de la blasfemia un cierto modismo ó muletilla indispensable en su vocabulario usual; sin ella no acertarian apenas explicarse y á trabar y concertar razon alguna. Horror y asco causa á la vez oir aderezada con esa salsa de condenados hasta la más indiferente conversacion, áun la menos apasionada, áun la que no puede alegar por disculpa la ceguedad producida por la ira ó por otra alteracion violenta del ánimo. ¿Cómo se ha podido llegar á ese extremo? ¿Qué causas explican la infame popularidad, digámoslo así, de este vicio, por otra parte feo de sí, antipático, repugnante?

Para nosotros sólo tiene todo esto una explicacion, y es la siguiente:

El pueblo no inventa esas cosas, ni promueve esas corrientes. El pueblo es una gran masa casi siempre influída, casi nunca influyente. Recibe el impulso más á menudo que lo da, porque lo da rarísimas veces. El pueblo, pues, no se ha hecho blasfemo; le han hecho tal.

Declararémos aún más nuestro pensamiento.

El espíritu de la actual sociedad, como la va organizando y como pretende acabarla de organizar la Revolucion, es pura y sencillamente espíritu de blasfemia. Más crudo aún y con menos rodeos. El Liberalismo, que es el dogma social moderno, sustituído al Catolicismo, que era el dogma social antiguo, no es más que una gran blasfemia social. Las leyes sin Dios son leyes-blasfemia; los Parlamentos sin Dios son

parlamentos-blasfemia; los sistemas económicos sin Dios son sistemas económicos-blasfemia; el periodismo sin Dios es periodismo-blasfamia; la llamada moral universal sin Dios es moral-blasfemia. De la punta de los piés á la coronilla de la cabeza es blasfemia todo lo que informa, anima, vivifica y alienta á ese organismo esencialmente ateo hoy en moda; blasfemia transpira por todos sus poros, blasfemia chorrea por todos sus caños; blasfemia enseña con todos sus actos, blasfemia infunde en todo lo que toca con su pestífero aliento. Vivimos, pues, de continuo intoxicados por un ambiente general de blasfemia; la respiramos más que el aire que da vida á nuestro pulmon, la comemos y la bebemos más que los alimentos cotidianos, la sentimos como circular dentro nuestras venas y arterias mezclada con nuestra propia sangre.

Sólo se libran de este envenenamiento (que á veces no se llega á sentir de puro familiar y connatural que se nos ha hecho) los que á todas horas y en todos los actos de su vida, y particularmente en los de la vida social, están firmemente prevenidos contra lo que se llama el espíritu del siglo, que no es sino verdadero y genuíno espíritu de blasfemia. Esos, por medio de una reaccion continua, hácense refractarios á su influencia, y son los únicos que no blasfeman en esa universal sociedad de blasfemos.

Y esta es la ocasion de recordar lo que en uno de nuestros primeros artículos dejamos tan sólo apuntado, y es que no blasfeman solamente los que á cada momento echan al rostro de Dios la frase brutal que todos sabemos, sino que blasfeman tambien (y principalmente) cuantos de palabra ó por obra ó por escrito hacen guerra impía á Dios y á su Iglesia, aunque usen para eso formas de las más exquisita moderacion y cultura. Dos terceras partes de lo que hoy se imprime son puras blasfemias; la mitad, por lo menos, de lo que sobre asuntos públicos se discute, se discute con criterio de blasfemia. Tal cosa se llama discurso parlamentario ó interpelacion, y no es sino tejido de blasfemias; tal otra se titula artículo de fondo, y es todo él blasfemia pura. Además, el nombre adorable de Dios está hoy como desprestigiado y desautorizado áun entre gentes que blasonan de cierta sensatez y conservadurismo. Por mera figura retórica se le saca á relu-

cir en ciertas ocasiones solemnes; traerlo y llevarlo reverentemente en la usual conversacion seria calificado de imperdonable beatería. Ved, además, los que ocupan la más alta posicion social con qué extraño respeto tratan á los ojos de todo el mundo las cosas más respetables. Los dias venerandos de Semana Santa escogen para sus cacerías y giras campestres; el dia tan solemne y español de *Corpus Christi* lo destinan á visitar yeguadas y caballerizas en vez de consagrarlo al culto espléndido de Cristo Sacramentado. Por citar únicamente lo de más bulto y que más gravemente llama la atencion.

Ahora bien. Ese desprestigio, esa desautorizacion legal, ese desprecio oficial y sistemático de Dios y de las cosas divinas lo aprende el pueblo bajo de los que ve más altos y cree más sabios que él, y lo traduce luego á sus maneras toscas y brutales. Por eso la expresion más gráfica y adecuada de ese desprecio y ninguna estima de lo más respetable es la blasfemia callejera. Pura traduccion al vocabulario de las tabernas, de lo que más remilgadamente pero con no menor malicia se blasfema cada dia en el vocabulario de los salones. ¡Ah! ¡Cuántos deslenguados carreteros y matachines aparecerán menos culpables en el tribunal de Dios, que ciertos encopetados oradores y escritores que se han pasado toda la vida blasfemando en culto, escandalizándose luego después porque un desventurado que no tiene ni su talento ni su educacion suelte tal ó cual frase horripilante al arrear sus caballerías! Recordando estamos en este momento las obras de un gran ingenio español, muerto de mala muerte en la flor de sus años, en alguno de cuyos capítulos se censura como se merece al inmundo vicio de la blasfemia, que ya en su tiempo empezaba á cundir entre el pueblo de Madrid; ¡y, no obstante, de casi toda página de este infeliz autor se pueden extraer á docenas las más atroces blasfemias!

Hé aquí por qué, ó mucho nos engañamos, ó producirán poco resultado los generosos esfuerzos que se hacen hoy para combatir plaga tan execrable. Figúrasenos que vemos enfermeros muy atareados en lavarle al enfermo la piel exterior ó epidermis, cuando los humores que fuera le salen proceden principalmente de dentro. La blasfemia pública de hoy no

es más que el fétido aliento que exhalan las entrañas de nuestra sociedad podridas y gangrenadas. La boca sucia no suele ser sino indicio de abominable suciedad interior.

Con laudable celo han dictado algunas Autoridades civiles curiosos bandos contra la blasfemia. A nuestro pobre entender dichos bandos debian redactarse del modo siguiente:

«Considerando que la sociedad para nada reconoce á Dios, ni siquiera aparenta saber *oficialmente* que tal Dios exista:

«Considerando que es *legalmente* permitido insultar á Dios y á todas las cosas divinas desde la redaccion de un periódico, desde la tribuna parlamentaria, ó desde el club, ó desde cualquier parte que mejor le parezca al ciudadano libre, como de eso se ven ejemplos á cada paso:

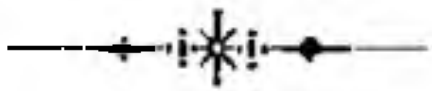
«Venimos en decretar:

«Artículo único: Quedan prohibidas y sujetas á multa (porque sí) cuatro ó cinco palabrotas del vocabulario callejero, que ahora se nos antoja prohibir; aunque digan menos que cien otras y mil, que en prosa y en verso, en castellano y en catalan, en serio y en caricatura, autorizamos todos los dias.

«Firmado: *Fulano de Tal.*»

¿Qué les parece á nuestros lectores? ¿Que es una monstruosidad? ¿Que tal fórmula de decreto no lleva piés ni cabeza, ni lógica, ni consecuencia, ni sentido comun? Pues esta es la síntesis de la cuestion.

LA JUDIADA.



LA JUDIADA.

I.

Introduccion.

No, no podemos permanecer indiferentes ante el movimiento que en la opinion pública española se pretende crear por el Liberalismo en favor de los judíos. Que vengan ó no vengan hoy los sesenta mil del cuento, es asunto que, á nuestro pobre entender, debe tenernos sin gran cuidado. Parécenos que por de pronto está ya la cosa fallada en sentido negativo. Los hijos de Israel darán otra prueba más de su proverbial perspicacia no arriesgando sus negros ochavos y su sucio pellejo por aceptar la quijotesca hospitalidad con que se les brinda, y que pudiera tornárseles mañana, hasta por parte de sus flamantes amigos, persecucion más desapiadada y cruel que la que sufren hoy en las naciones del Norte. No es esto lo que nos preocupa. Preocúpanos más la densa atmósfera que con este motivo se pretende formar en pro de lo que se llama una *reparacion;* atmósfera de odio y calumnias contra la fe católica y el honor de nuestra antigua España, así como de rehabilitacion moral de esos nuestros tenaces enemigos. Es moda hoy hablar de judíos, y la moda liberal es hablar

en favor de ellos. No podemos los católicos sustraernos á esa imposicion de la moda; que los temas de propaganda más frecuentemente nos los dan como pié forzado nuestros enemigos, que no los escogemos nosotros al arbitrio de nuestra voluntad.

Para eso se presenta inmediatamente un programa de cuestiones, que por sí mismas surgen del fondo de esa cuestion principal, y que convidan á un exámen tan curioso como instructivo. Tales son las que se refieren á la existencia, anómala diez y nueve siglos há, del pueblo judío sobre la tierra; á su providencial conservacion á pesar de sus nunca interrumpidas persecuciones; á las mutuas relaciones entre él y el pueblo cristiano; al papel que ha desempeñado en ellas la Iglesia católica; á las causas que motivaron su expulsion de España por los Reyes Católicos, y el modo y forma con que se verificó esta expulsion. No sin olvidar lo relativo á la secreta influencia del judaísmo en las modernas revoluciones, ó lo que es lo mismo, á su íntima relacion con la Francmasonería, punto en que se ejercita hoy la investigacion de muchos sabios, y del que salen tan á menudo destellos de siniestra luz para esclarecer la negrura de los principales acontecimientos que en odio á la Iglesia se han verificado en este siglo. El judaísmo, conforme verémos, ha sido el enemigo constante del Cristianismo, como lo fué de su Divino Autor. Con la maldicion que sobre sí y sus hijos atrajo por el crímen horrendo del Calvario, diríase que circula por las venas de este nuevo Cain un odio inextinguible y de raza contra la del Crucificado. Como Esaú, de quién se profetizó que las manos de todos se alzarian contra él y las de él contra todos, así es desde entonces la posicion singular de este pueblo-fenómeno entre todos los del mundo civilizado.

Otro fruto, tal vez más importante que todos, nos proponemos sacar de este trabajillo de controversia popular. Es el de que por fin se acabe de conocer por todos lo que es y á donde va el Liberalismo. Era éste quizá el único rasgo que faltaba á su monstruosa fisonomía. Le conocíamos por simpatizador con toda clase de errores y herejías, por degollador de frailes, devastador de conventos, por aprovechado acaparador de fincas sagradas, por incansable demoledor de todas

nuestras instituciones nacionales, por sistemático destructor de nuestra unidad religiosa, última nobilísima presea de las nuestras que por treinta dineros ha sacado y vendido en pública desamortizacion. El rasgo con que se da á conocer hoy, el de protector de judíos en odio á los cristianos, es tal vez el último que faltaba al retrato, y va á ser seguramente de todos el más característico y el más á propósito para descubrir ciertas filiaciones ó genealogías. Quizá venga dia (pasada la confusion actual) en que se llegue á ver claro que todo el Liberalismo (de escuela hablamos, no de partidos), el Liberalismo, digo, que tan perdidos nos tiene cerca cien años há, no es en realidad más que una inmensa plaga de judaísmo. ¿Y habrá entonces quien no reconozca la propiedad con que al movimiento revolucionario de hoy en favor de los descendientes de Anás y Caifás le hemos llamado *la judiada?*

II.

El nuevo Cain, su crímen y su castigo.

Cuando el fatricida Cain, consumado su horrible crímen, oyó por vez primera la voz de la Justicia divina que le pedia cuenta de la sangre de su hermano, y la sentencia que le condenaba á andar errante y vagabundo con su remordimiento por toda la haz de la tierra, dicen los Libros Santos que le puso Dios encima una como señal ó contraseña para que no le matase cualquiera que topase con él. Así llevaba sobre sí propio el miserable un cierto sello de inviolabilidad personal, para que fuese más duro y á la vez más ejemplar su castigo. Y nos dice, en efecto, el Texto Sagrado, que vivió desde entonces el primer asesino *prófugo sobre la tierra* (la palabra no puede ser más gráfica), y no dice que muriese de muerte violenta, lo cual indica que exactamente se cumplió en él la terrible maldicion de Dios.

Hé aquí en cierto modo retratada la condicion del pueblo judío después del horrible crímen con que dió muerte al Hijo

de Dios. No le condenó á muerte la Justicia divina; era demasiado grave su delito para que fuese castigado con tan ligera expiacion. Condenóle, sí, al nuevo Cain como al antiguo, á vivir prófugo y errante sobre la tierra; púsole además como un sello de providencial inviolabilidad para que nadie acabase con él y para que en todas partes le fuese respetada esta su miserable existencia. Monumento vivo de su justicia quísole el supremo Vengador, para que fuese paseando perpetuamente por el mundo aquella mancha de sangre que sobre su frente estampó El mismo cuando desde la plaza de Jerusalen clamó por boca de su plebe, sacerdotes y magistrados: «Caiga su sangre (la de Cristo) sobre nosotros y sobre nuestros hijos.» Y cayó, en efecto, y no se ha borrado todavía ni se borrará. Por esto el pueblo judío no muere, está condenado á vivir siempre con su remordimiento y su ignominia á cuestas. Ni muere ni se convierte, verdadero pueblo réprobo que tiene acá su infierno como nacion, sin perjuicio de tenerlo sus individuos impenitentes después de la muerte donde lo tienen todos los demás pecadores que mueren en tal estado. Como fué grande y fuera de todo órden y clasificacion de crímenes el crímen del Calvario, así es grande y fuera de todo órden y clasificacion de castigos este su castigo.

Hojeando la historia de los diez y nueve siglos que median desde aquella tarde lúgubre del primer Viernes Santo hasta la fecha de hoy, vese en cada página de ella estampada esta verdad, como si allí con caracteres de fuego la hubiese escrito el dedo mismo de Dios. No se canse la incredulidad en buscarle ó inventarle explicaciones al fenómeno. No tiene más que una, la que le señala la fe. Desde la espantosa matanza de Tito hasta las actuales persecuciones de Rusia y de Alemania, pasando por todos los atropellos y vejaciones de la Edad media, ningun pueblo ha sufrido más y ha tenido, humanamente hablando, mayor razon histórica para desaparecer del mapa, y sin embargo, ningun pueblo ha parecido más invulnerable á toda persecucion. Cualquier otra raza en que durante todos los siglos se hubiesen ejercitado tantas crueldades hubiera sucumbido á ellas: con muchísimo menos se han extinguido naciones que fueron muy poderosas

y de las que apenas queda hoy la memoria. Y sin embargo, con el pueblo judío no sucede así. Todas las iras del género humano contra él no le hacen mella, cuanto á su material existencia. Vive entre católicos, entre cismaticos, entre protestantes, entre musulmanes, odioso y odiado en todas partes, pero vive. Es que, como el réprobo, está condenado á vivir. Morir fuera una suerte de indulto para él. Vivir perpetuamente es la condicion esencial de su ejemplar castigo.

Y nótase otra circunstancia que hará más palpable lo providencial y divino de este fenómeno histórico. Este pueblo vive porque está condenado á no morir; pero vive como está condenado á vivir, es decir, prófugo y errante y disperso sobre la tierra. De sus hijos diseminados podria al parecer formarse potente y vigorosa nacionalidad. Tiene para eso todas las condiciones en lo humáno apetecibles. Numerosa poblacion, en algunos puntos inmensas riquezas, singular industria para acapararlas, lazo comun de religion, tipo comun hasta entre los que habitan climas más opuestos, unidad de aspiraciones, solidaridad de agravios y de recuerdos. Poned á cualquier otra raza en estas condiciones, y no tardaréis en verla convertida en agigantada nacion independiente y tal vez dominadora. Sin embargo, no sucede así con el pueblo judío. Quiérelo él, siéntese con todos los medios aptos para conseguirlo, y sin embargo, no lo consigue. Le está vedado constituirse, y por más que diez y nueve siglos há la está buscando, no acierta con su constitucion. Y eso que la tiene escrita y como archivada en las Escrituras, y sin embargo, no le sirve. ¿Qué hay aquí? Lo de Cain. *Vagus et profugus eris super terram:* «Errante y prófugo andarás sobre la tierra.»

Nuevo aspecto del fenómeno. Este pueblo réprobo, que está condenado, no á morir, sino á vivir siempre como los réprobos, y á vivir en este estado de perpetua descomposicion ó disgregacion, ofrece, además, otra particularidad. No puede fundirse con otro alguno. Es un elemento que con ningun otro puede entrar en composicion; es siempre insoluble y queda siempre heterogéneo, á pesar de la ley que podríamos llamar de química histórica que tiende siempre á que mutuamente se modifiquen las razas y entren como en aleacion para constituir nuevos compuestos. Véase cuán-

tas razas han pasado por nuestra España desde las primeras indígenas ó aborígenes. Todas se han amalgamado lentamente como en un crisol para llegar á constituir el tipo actual de nuestra raza, que contiene elementos de todas. En la magnífica unidad de nuestro idioma es dado contemplar reflejada esta diversidad de nuestros componentes etnográficos. Lo cual prueba que toda raza, por distinta que aparezca, se asimila muy luego con otra raza y acaba por fundirse é identificarse con ella formando una tercera. Sólo está privada de esta propiedad de asimilacion la raza judía. En ninguna parte, ni en Rusia, ni en Turquía, ni en Alemania, ni en España, deja jamás el judío de ser judío para pasar á ser con otros componentes factor de un nuevo pueblo. Vive con todos, pero siempre distinto de todos. Esta es su ley; eterna disgregacion entre sus hijos, y eterna separacion de los demás pueblos. Dios, que no quiso le destruyese la espada de los conquistadores, tampoco quiere se anule él confundiéndose con ningun otro de sus vecinos. No le harán desaparecer del globo guerras que le acaben, ni alianzas ó mezclas que le hagan perder su propia y característica fisonomía.

De modo que ni puede morir, ni puede constituírse por sí solo, ni puede fundirse con los demás. No hay pueblo alguno ni lo hubo nunca, que ofreciese estos tres rasgos singulares y en oposicion con todas las leyes de la historia y de la etnografía. Es pueblo fenómeno, y no cabe llamarle de otro modo. De la misma manera que lo fué por su bien ántes de la venida de Cristo cuando estuvo encargado de preparar sus caminos, así lo ha sido después por su mal en castigo de haberlos desconocido. El solo basta, bien estudiado en ambas épocas de su existencia, para acreditar la verdad de nuestra fe. Le sirvió en la primera de prólogo, y le sirve en la segunda de elocuente comentario: en ambas testimonio irrecusable é incontestable del poder de Dios. Imposibilitado de morir, imposibilitado de reconstituírse, imposibilitado de fundir su existencia en la de otro cualquiera de sus hermanos, ¿qué le queda á este abyecto Cain, sino la mision providencial de servir de monumento de las divinas venganzas, y de certificado auténtico de la verdad de nuestra Religion?

III.

El pueblo judío y su inextinguible rencor contra el cristiano.

El pueblo judío, sometido á las condiciones históricas que hemos visto y señalado en el capítulo anterior, no se ha resignado á ellas; las soporta con el rencor en el corazon y la fiereza indómita en el semblante. Vive maldiciendo furiosamente lo mismo que en el Sanedrin y en la plaza de Jerusalen maldijeron sus padres; vive en continuos ensueños de dominacion universal; no es el pecador que lleva á cuestas su suplicio como saludable penitencia que le ha de rehabilitar, es sí el endurecido condenado que en medio de sus remordimientos se retuerce y lucha desesperadamente para sacudir la mano de hierro que le oprime. El *Talmud,* que más que el Antiguo Testamento es hoy la Biblia del pueblo judío, es una continua imprecacion contra Cristo y el pueblo cristiano; su moral es el odio contra los hijos de la cruz; en él se canonizan el perjurio, la usurpacion, la usura, el mismo asesinato, con tal que se ejerzan contra los discípulos del Evangelio. Y toda la tradicion doctrinal de sus rabinos ó doctores está basada en este sentimiento concentrado de odio tenaz contra Cristo y su Iglesia y los hijos de ella.

Sobre este punto necesitamos autorizar nuestro dicho con textos fehacientes, pues correríamos riesgo de no ser creídos si diésemos sin pruebas lo que podría calificarse de exagerada ó apasionada apreciacion nuestra. Hé aquí lo que trasladamos íntegramente de una obra muy conocida y que tiene hoy gran oportunidad. Nos referimos al libro de Rupert: *La Iglesia y la Sinagoga.* Dice así:

«Mientras los judíos viven en esta continua esperanza, tienen delante de los ojos, segun su lenguaje, una secta de hombres compuesta de sus hermanos y de los paganos que han seguido á Jesús, Hijo de María, separándose de la Sinagoga para formar una nueva Iglesia, ¿qué extraño es que

continúen abrigando contra esos hombres y contra su Jefe el odio irreconciliable que mostraron desde la aparicion del Cristianismo? Así es que su intolerancia llega hasta los últimos límites. No realizan un solo acto de su vida sin insultar y maldecir el santo nombre de Jesús; execran á sus discípulos y los persiguen sin cesar en su reputacion, en sus fortunas y en sus personas. En cuanto á Jesucristo, excitados por las doctrinas que acabamos de referir y que hemos recogido en los escritos apostólicos, han compuesto, tomando el *Talmud* por norma, una obra llamada *Toledoth Jeschu*, en la cual ultrajan tan odiosamente el divino carácter del Salvador, que nos inspira horror el repetir explícitamente las ignominias vomitadas por la Sinagoga sobre los misterios de la Encarnacion y de la Cruz y sobre los demás dogmas sagrados de nuestra Religion. Esperamos que nuestro silencio en este punto bastará, al menos para los cristianos, para formar juicio sobre tan horribles blasfemias. Nos limitarémos á decir que entre tantos dictados denigrantes prodigados contra nuestro adorable Salvador por la Sinagoga, el más comun es el monograma *Jeschu*, en lugar de *Jeschua*, lo que equivale á decir por parte de los judíos: *Deleatur nomen ejus et memoria ejus:* ó en otros términos: *Jesus mendacium et abominatio.*

«Las calumnias con que los judíos persiguieron á los Apóstoles y á los Mártires no son más que la consecuencia de estos sentimientos perversos sobre los puntos fundamentales del Cristianismo. Llamaron á las santas mujeres *profanas*, á la Eucaristía *un cuerpo impuro;* para ellos la Cruz fué un *objeto abominable*, la Iglesia cristiana una *herejía*, la predicacion del Evangelio *la revelacion de la iniquidad*. Para mostrar su desprecio á los sacerdotes de Jesucristo, los llamaron *tondus* y *cumarin* (sacerdotes de los ídolos): el Viernes Santo fué un *dia profano:* los términos más injuriosos son los que siempre emplean contra nosotros: los cristianos son *galileos, epicúreos, idumeos, minim, incircuncisos*, hombres *abominables*, etc., etc. Este vocabulario de ultrajes se encuentra reproducido en el tratado del Talmud, titulado: *Avodah Zara*, y en el poema del rabino Lipmann; además, es permitido á los judíos decir las palabras siguientes, cuando pasan cerca de una iglesia cristiana

ó de algun oratorio ó lugar sagrado: «Que el Señor destruya «las casas de lodazales,» y deben decir al pasar cerca de los sepulcros de los fieles: «Que vuestra madre sea cubierta de «oprobio; que la que os ha engendrado sea repudiada, puesto «que el fin de los cristianos no es más que gusanos y podre«dumbre.» El rabino Eliezer dice, en el *Pirké*, capítulo XXIX, que á cualquiera que coma con un incircunciso debe considerársele como si comiera con un perro; que el que toca á un incircunciso está manchado como si tocara á un muerto; que el que se lava con él es como si estuviera con un leproso. En efecto, los incircuncisos (cristianos) son durante su vida como si estuvieran muertos, y después de su muerte como cadáveres arrojados al muladar.

«Buxtorf ha tenido en las manos un viejo formulario de oraciones para el uso de la Sinagoga, impreso en 1534. Una de las páginas de este formulario tenia un espacio en blanco; cuando los hebreos llegan á él, dicen de memoria, y hacen repetir á sus hijos, una maldicion contra todos los que adoran á Cristo, y al mismo tiempo escupen al suelo, siguiendo el ejemplo de sus padres, que escupieron la cara tres veces santa de Jesús. El mismo autor hace notar que la Sinagoga comprende, bajo el antiguo dictado de *minim*, á todos los que no practican su culto, y especialmente á los cristianos. Tres veces al dia los judíos pronuncian maldiciones contra estos últimos: estas maldiciones están escritas en el *Temona Hesreh*, que forma parte de sus oraciones cotidianas. Entre otras palabras, se leen éstas: *Hamalsinim velamesumadin*, cuya primera forma una especie de monograma contra los fieles, que puede traducirse así: «Que los arran«que en su raíz, que los pisotee, que los abata, que los des«truya.» San Jerónimo indica esta fórmula como usada ya en su tiempo. Un siglo antes de Buxtorf los judíos, por temor á los magistrados cristianos, suprimieron estas palabras de sus libros, y las sustituyeron con otras que les ofrecian el mismo sentido por medio de una interpretacion convenida. En la fiesta de *Prrim*, que recuerda la elevacion de su enemigo Aman y su derrota, sustituyeron el nombre de Jesús y de sus adoradores á las palabras que expresaban la maldicion de Aman. Así, desde la época de Teodosio hasta nues-

tros dias, expresan sus maldiciones contra los cristianos, sirviéndose de los nombres simbólicos de Aman y sus partidarios. Aún existen viejos manuscritos de la *Jefisah*, que muestran explícitamente que Aman y sus partidarios representan á Jesús y sus discípulos, pidiendo á Dios la exterminacion de los segundos, como realizó la de los primeros por mano de los judíos.

«Víctor de Cobden, en un escrito sobre las preocupaciones de la Sinagoga, describe los ritos que siguen los judíos para prepararse á la fiesta de Kippur, el 7 de Setiembre. Cada hombre coge un gallo y cada mujer una gallina; le dan vueltas al rededor de la cabeza, diciendo algunas oraciones, y lo matan; después de haberlo despedazado, lo arrojan fuera de sus casas. El 9 de Setiembre se levantan muy temprano, y saliendo de sus casas maldicen al primer cristiano que encuentran, diciendo juntos estas palabras: «Permita «Dios que te veas como mi gallo.» Las mujeres hacen lo mismo con la primera mujer cristiana que encuentran. Algunas veces esperan muchas horas para encontrar á una persona contra quien puedan pronunciar su maldicion, y cuando lo han hecho se vuelven á sus casas llenos de alegría.

«El mismo neófito afirma que cuando oyen el sonido de las campanas que llaman á los fieles á la iglesia, los judíos pronuncian imprecaciones contra el que toca, le desean una muerte repentina y que sea arrojado en el fondo del infierno.

«En fin, cuando un cristiano encuentra á un judío, y le ofrece el primero el saludo de paz con un sentimiento de verdadadera caridad, éste le contesta por el contrario: «Dios «te haga perecer.» Tal es la tolerancia de la Sinagoga para Jesucristo y su Iglesia; tales son los sentimientos de los sectarios del Talmud.»

Seguirémos exponiendo en el capítulo próximo estas horribles doctrinas, que son, no preocupaciones vulgares del pueblo judío, sino su legislacion oficial; lo que se enseña en sus escuelas y se predica en sus sinagogas; lo que el padre encomienda como testamento á su hijo en el lecho de muerte; lo que forma, en una palabra, el sér moral del judaísmo, y explica perfectamente la terrible historia de sus relaciones con el pueblo cristiano en todos los siglos.

IV.

Prosigue la misma materia. Ojeada sobre la actual legislacion judaica.

Prosigamos nuestro exámen de la moral oficial del judaísmo, y para esto continuemos extractando ligeramente la importante obra á que en el capítulo anterior nos hemos referido (1).

«Si examinamos, dice, las relaciones civiles entre los cristianos y los judíos, verémos que éstos siguen con los primeros las mismas ideas funestas y homicidas que hemos visto en materia religiosa. Un sabio, muy versado en materia de doctrinas talmúdicas, L'Empereur, escribe en su *Ilustracion* del libro de la *Mischna* titulado *Bava Kama*, cap. IV, § 3.°: «La *Gemara* dice que Dios ha proscrito los bienes de «los gentiles que no observan los principios dados á los hi«jos de Noé, y ha concedido derechos sobre ellos al primero «que los ocupe.»

«Aumentando aún el rigor de estas máximas, han establecido en el libro llamado *Sanhedrin*, «que un hebreo que «haya matado á un hombre creyendo matar á un animal, ó «que haya matado á otro hebreo, á un hermano, creyendo «matar á un cristiano, será absuelto.» Maimonides, á quien los hebreos han llamado el águila de la Sinagoga, proclamándolo el genio más brillante después de Moisés, participa de estos sentimientos sin restriccion. Hé aquí, en efecto, lo que dice en los consejos dirigidos á sus correligionarios, sobre la manera de conducirse con los cristianos: «Cuando «los israelitas tienen una disputa con un *goi* (cristiano) es «preciso juzgarla segun la ley de los cristianos, pues ésta fa«vorece al israelita: por consiguiente invocarémos en este ca-

(1) *La Iglesia y la Sinagoga*, por Rupert.—Hállase en esta Administracion á 9 rs. el ejemplar en rústica, y 14 en pasta.

«so las constituciones del *goi*. Mas, si vemos algun provecho «á ser juzgados por nuestra ley, reivindicarémos nuestros «derechos, y dirémos que así lo quieren nuestras costum-«bes. Y que nadie se admire. Esto no debe parecer más ex-«traordinario, duro y cruel que el matar á un animal, aun-«que no haya pecado; pues todo el que no posee la perfec-«cion de las virtudes humanas, no debe verdaderamente ser «mirado como un hombre: el fin de su esencia es servir á «las necesidades de los demás.» Los autores de las notas hechas para interpretar el tratado de la *Mischna*, titulado *Avodah Zara*, establecen igualmente que «los sectarios de «la doctrina de Jesús deben ser tratados de manera que si se «les ve moribundos se les acabe de matar: que si se les en-«cuentra cerca de un pozo se les arroje en él con una piedra «encima, y que si hay en el pozo una escalera de mano, se «quite para que no pueda subir por ella.» Leemos en otro pasaje: «No puede ser permitido hacer alianza con los idó-«latras, ni tratar la paz con ellos: lo único que debemos ha-«cer es ver de sacarlos de sus errores ó matarlos, etc. Esto «debe entenderse de los idólatras en general. En cuanto á los «que destruyen á Israel y le conducen á su perdicion, como «los herejes y los blasfemos, es una obra buena el destruir-«los y llevarlos con su madre al fondo del abismo; puesto «que causan las angustias de Israel, y alejan al pueblo de la «via de Dios. Tales son Jesús de Nazaret y sus discípulos, «cuyos nombres son malditos. De donde hay que deducir «que está prohibido asistir como médico á los adoradores de «Jesús, aunque sea mediante retribucion, á menos que de «negarse á ello resulte grave peligro.» Por consecuencia natural de estos principios, los rabinos han decidido que es permitido cometer un error de cuenta en provecho propio, tratando con un cristiano, y que en general es una accion honrada el quitar á un cristiano cualquiera suma de dinero por medios análogos.

«El rabino Bechai dice hablando de la usura: « Es permi-«tido prestar con usura á un judío apóstata. Es permitido «arrancarle la vida: ¿cómo no habia de ser permitido, con «mucha más razon, privarlo de su fortuna? Esta misma consideracion ha inspirado á Maimonides la máxima siguiente

(*Hilchatrozeah*, cap. XII): «Está prohibido dar un buen con-«sejo al *goi* (cristiano) ó al impío. Hay más, está prohibido «aconsejarle que cumpla todo lo que está prescrito por la «ley, á fin de que persista en su impiedad.»

«El rabino Isaías, hijo de Eliah, que vivia en el siglo XIII, escribe tambien en su Comentario sobre la *Avodah Zara:* «El israelita que se ha dado á un culto extranjero, debe ser «considerado como el *min goi*, cristiano, y arrojado en la fo-«sa. Si se cae en un pozo y se puede con maña impedir que «salga de él, hágase.»

«El rabino Samuel no vacila en decir, hablando del estado abyecto en que se halla actualmente sumergido el pueblo judío: «Somos aborrecidos por todo el mundo, pero en nues-«tros corazones reina el orgullo que nos coloca por cima de «los demás.» Y añaden: «Lo mismo que Dios es el Dios su-«premo, así el pueblo de Israel es la nacion suprema, por-«que Dios ha declarado que es superior á todas las naciones «de la tierra.» Penetrados en estas ideas, lejos de mirarse como desterrados y esclavos de las naciones entre las cuales viven, se consideran como los soldados de una expedicion acampados en medio de sus enemigos, esperando la señal del combate ó del asalto. En sus firmas se encuentra esta fórmula rabínica: «Yo, rabino, N. N., que estoy aquí acam-«pado en Hamburgo, etc.;» fórmula que se deriva muy naturalmente de la creencia en que están de que son los dominadores del mundo, por su fe en el Mesías que ha de subyugar á todas las naciones.

«El rabino Ascher, folio 81, hablando del modo de vivir de los judíos entre los *goim*, dice terminantemente que tratándose de algun lucro pueden dejar de cumplirse los preceptos de los rabinos. Los judíos emplean la hipocresía sobre todo en sus relaciones necesarias con los cristianos: no pensando más que en engañarlos y en hacerles todo el daño posible, no titubean en servirse de la más baja adulacion para conseguir su objeto. No economizan las protestas de sinceridad, de amistad y de simpatía: y están tan persuadidos de que por este medio inspiran confianza á la rectitud cristiana, y la cogen en sus redes, que recomiendan en sus libros tan diabólico y vil artificio.»

Véase ahora, dirémos nosotros, si un pueblo de tal suerte y con tales doctrinas amamantado puede dejar de ser la personificacion de toda perversidad y bajeza, y con cuán justificadas prevenciones ha de mirarlo cualquier otro que no pertenezca á su degradada raza. La historia confirma plenamente estas conclusiones que de tales principios debe por necesidad deducir una buena lógica, y muestra como, en efecto, los judíos no han dejado de ser los tiranos y opresores del pueblo cristiano sino cuando éste por justo título de defensa se ha impuesto á ellos y ha logrado por fin sacudir de sí esta ruin carcoma.

Lo verémos, con el favor de Dios, en el próximo capítulo.

V.

Confirmacion histórica de estas monstruosas doctrinas del judaísmo moderno.

Hemos visto, aunque muy someramente, la horrible moral del judaísmo moderno. Una observacion ocurre aquí, y es preciso tenerla en cuenta. El pueblo judío, tal como le quiso Dios, esto es, preliminar y preparacion y pueblo profeta de la ley evangélica, dejó de existir desde que ésta con la predicacion de Cristo inauguró su reinado sobre la tierra. El pueblo elegido no fué ya desde entonces el hebreo, sino el gentil, á quien se traspasaron las bendiciones y promesas hechas á Abrahan y á sus descendientes por la fe. El pueblo hebreo desde este punto pasó á ser pueblo reprobado, *non populus meus*, como severamente le habia dicho por uno de sus Profetas el mismo Dios. Cuando hablamos, pues, de judaísmo en los siglos posteriores al sacrificio del Calvario, hemos de recordar que no se trata del judaísmo verdadero y ortodoxo, sino del corrompido y bastardeado; no del que se inspiraba en la Biblia y en los magníficos recuerdos de los Patriarcas, sino del que reconoce por únicos guias el monstruoso Talmud y las tradiciones rabínicas. No es un judaísmo prolon-

gacion ó perpetuacion de aquellas generaciones fieles á Moisés y á las observancias legales, sino un judaismo heredero y continuador del farisaismo del tiempo de Jesucristo. Este farisaismo que del Bautista mereció la gráfica calificacion de «raza de víboras,» de Cristo-Dios la de «sepulcro blanqueado,» y del diácono San Estéban la de «pueblo de endurecida cerviz,» es el que ha sobrevivido á la ruína del antiguo Israel, es el que pasea por el universo mundo la ignominia de su oprobiosa existencia.

Cuál haya sido la conducta de este pueblo degradado para con los demás que constituyen hoy el pueblo escogido de Dios, ó sea el Cristianismo, podríase fácilmente adivinar con sólo tener presentes los espantosos principios que informan su moral privada y social, y que hemos visto en los capítulos anteriores. Sin embargo, no necesitamos contentarnos con esta deduccion lógica; tenemos los hechos que hablan más alto que ella y nos muestran al pueblo judío, en toda la sucesion de los siglos cristianos, como el más tenaz y pérfido enemigo, no ya sólo de nuestras creencias, sí que de nuestro propio bienestar é interés material.

En la imposibilidad de seguir multiplicando citas que harian interminable este asunto, reducirémos lo que en nuestras lecturas hemos alcanzado sobre este materia á varios grupos de hechos que vienen á ser como otros tantos capítulos de este proceso histórico contra el judaismo en sus relaciones con los pueblos cristianos. Son los siguientes:

El judaismo fué el primer perseguidor del Cristianismo, no ya solamente en la persona de su divino Fundador, sino en la de sus discípulos y predicadores. En Jerusalen después de Pentecostés levantó los primeros patíbulos contra los cristianos, y acudió ferozmente á los estrados de los pretores romanos para que secundasen su rencor. Sabidas son las acusaciones con que no cesaron los judíos de delatar á San Pablo, después que éste dejó de ser instrumento de la Sinagoga para ser apóstol del Evangelio. Igual complicidad se deja ver en las persecuciones sucesivas hasta que cesaron con la conversion de Constantino.

El judaismo se alió con el mahometismo desde su malhadada aparicion sobre la tierra, y, aunque despreciado y peor

tratado por él que por los cristianos, le fué siempre, en odio á éstos, servil ayudador. En España lo sabemos más que en otra nacion muy á nuestra costa. La historia va descubriendo hoy dia la parte que tomaron los judíos en la invasion sarracena, por las inteligencias secretas en que se hallaban durante la monarquía visigoda con los moros africanos. Nuestro insigne Villoslada lo ha descrito en su preciosa *Amaya*, que más que novela es un cuadro histórico de vasta y segura erudicion. Durante la reconquista, en las ciudades nuestras ocupadas por guarnicion sarracena se encargaban ellos de vigilar y contener á la poblacion cristiana, cuando las necesidades de la guerra forzaban al ejército musulman á dejar por más ó menos tiempo desamparada la plaza. Peleámos ocho siglos contra los moros, siempre con este espía y traidor dentro nuestro propio campo. De suerte que fué gran paciencia de nuestros reyes y pueblos haber retardado la expulsion de esta raza hasta el siglo XVI.

En sus relaciones privadas con el cristiano fué siempre el judío tipo de toda inmoralidad y bajeza. El dinero y el soñado predominio de su raza sobre la cristiana fueron siempre sus únicas pasiones: no se sabe si ansió dominar para enriquecerse, ó simplemente enriquecerse para dominar. Aquella horrible máxima del Talmud: «Encarga Dios á los judíos que por medio del fraude, de la fuerza, de la usura, del hurto, procuren apoderarse de los bienes de los cristianos,» fué siempre á la letra practicada. Por esto el judío áun hoy vive comunmente, no de las artes, no de la industria (punto en que esencialmente difiere del morisco), sino de la explotacion de sus hermanos. El judío opulento se dedica á la alta banca y explota la hacienda pública: el judío de medianos haberes es prestamista, y ahoga al que cae en sus garras con crueles exacciones: el judío de ínfima fila se dedica al comercio al por menor, que en sus manos suele no ser más que encubierta usura. Es vil en sus tratos como el reptil; lame los piés de aquel á quien quiere morder á su salvo; disfraza con bíblicas invocaciones y compungida faz el odio y la insaciable codicia. ¿Cómo, en efecto, no ha de parecer lícito todo esto á un hombre á quien se empieza por decirle que es laudable y santa accion cualquier mal que logre hacer á un cristiano?

Esta satánica moral de los judíos y además las supersticiones mágicas á que los entregó en cuerpo y alma el abominable Talmud, fueron causa de que la sangre cristiana corriese mil veces en sus conciliábulos. Fué práctica de los judíos en todas las naciones del mundo, además de los ritos legales que celebraban en sus sinagogas, reunirse en dias determinados para la realizacion de muy más execrables misterios. La celebracion de su Pascua y la Semana Santa cristiana servianles principalmente de ocasion para monstruosas infamias. Sobre este punto la historia registra páginas lúgubres en todos los paises, sangrientos relatos autentizados, no por la leyenda popular, sino por los más verídicos procesos de los tribunales. O solian adquirir Formas consagradas para desahogar su saña á puñaladas contra la Santa Eucaristía; ó parodiaban sacrílegamente la escena de la Pasion del Señor crucificando un perro ó un macho cabrío con todas las circunstancias del drama del Calvario; ó se apoderaban de un cristiano, comunmente un niño, para realizar en él esta espantosa parodia, clavando todos á porfía en el cuerpo vivo sus cuchillos, y recogiendo la sangre en vasijas para beberla después á guisa de comunion, ó para operaciones mágicas y maleficios. Todas las naciones recuerdan varios casos de éstos, descubiertos por simples coincidencias y alguna vez por patente milagro del cielo. ¡Cuántos deben de permanecer aún en la oscuridad en que procuró encerrarlos la astucia de sus autores! En España tenemos de ellos varios ejemplos que arrojan siniestra luz, y permiten adivinar todo lo demás: citarémos únicamente el de las Santas Formas de Segovia y el del niño Dominguito, monacillo de la Catedral de Zaragoza, crucificado en la sinagoga de esta ciudad en 1250, y venerado hoy como mártir en dicha Catedral. Y aún recientemente, en 1840, causó gran sensacion el asesinato del P. Tomás, capuchino, por los judíos de Damasco, con circunstancias tales como la de parodiar la Pasion en los dias consagrados á la Pascua judaica y recoger la sangre en una vasija, todo lo cual hizo patente al mundo que el espíritu feroz que le animó en la Edad media vive todavía en el judaísmo de hoy.

Esta es la historia del pueblo hebreo en los siglos que da-

tan desde el Calvario acá. Nadie la puede negar, pues está patente en cien libros, hasta de sus mismos defensores. De sus relaciones con los enemigos de la Iglesia en el presente siglo hablarémos al fin de esta obrilla, que es su propio lugar. En el próximo capítulo verémos cuál ha sido en cambio para con ellos la conducta de la Iglesia católica.

VI.

Cuán distinta ha sido en todo tiempo la conducta de la Iglesia católica para los judíos.

Importa en gran manera considerar ahora cuál ha sido la conducta de la Iglesia católica para con los judíos, no sólo para dejar justificado al Catolicismo de los ataques que por este concepto se le dirigen, si que para demostrar una vez más que la simpática bandera de humanitarismo que en nuestros dias quiere la Revolucion parezca exclusivamente suya, no es de ella, sino nuestra, muy nuestra, tan nuestra, que nadie sino la Iglesia la ha ha tenido desplegada á todos los vientos desde su fundacion.

En efecto. Si la conducta del judaísmo para con los pueblos cristianos no ha sido desde el Calvario hasta hoy más que una continuacion de la conducta suya pérfida y cruel para con la divina Persona de Jesucristo, en cambio la de la Iglesia fué siempre una como continuacion de la de Jesucristo, blanda y amorosa para con el extraviado pueblo de Israel. Lo que en la moderna jerigonza se suele llamar por ahí en periódicos y discursos *política de atraccion*, ésta ha sido en todos los siglos la de la Iglesia para con el judaísmo. Parecen haber sido su lema aquellas sentidas palabras del Salvador: «¡ Jerusalen! ¡Jerusalen! ¡Cuantas veces quise recoger á tus hijos bajo mis alas como la gallina recoge á sus polluelos, y tú no quisiste!» Así que, sin perjuicio de anatematizar severamente las doctrinas y supersticiones judáicas, y de prevenir contra ellas con toda clase de reparos á los incautos, la

Iglesia ha sido siempre para con esos desheredados mansísima madre y nunca desamorada madrastra, aunque ellos hayan siempre protestado no quererle ser verdaderos hijos. Nunca permitió se les hiciese violencia directa ni indirecta para que abrazaran la verdadera fe. Cuando un rey de nuestra monarquía visigoda, Sisebuto, llevado de imprudente celo quiso obligar á los judíos de estos reinos á recibir el Bautismo, se alzó la Iglesia en defensa de su libertad; nuestros Obispos, sin querer ser llamados liberales ni serlo, declararon, como han declarado siempre los católicos, que no era lícita esta coaccion. Regístrense una por una las páginas de nuestro derecho canónico; ni una se encontrará en que se enseñe otra doctrina, ó se legisle bajo otro supuesto. ¿Y no lo dice más que otra cosa alguna el hecho, que algunos miran como fenomenal y que no es sino muy lógico, de que en ninguna parte han vivido siglos há más seguros y respetados los judíos que en la Roma de los Papas, aunque en el dia se lo hayan pagado con sobrada ingratitud, siendo sus más tenaces enemigos? Y no sólo con la consideracion que se debe á todo prójimo ha tratado la Iglesia al judío, sino con un cierto respeto debido á su cualidad de antiguo pueblo de Dios, heredero de sus primeras promesas, monumento vivo del cumplimiento de ellas, y á modo de archivo ó registro notarial en que guarda el Cristianismo los más preclaros títulos de su origen divino. No ha deseado la Iglesia que se perdiese la raza judía; al revés, su interés estuvo siempre en la conservacion de ella como testigo el más abonado de los hechos gloriosos en que radica la existencia de nuestra fe. Unicamente la ha puesto limitaciones y la ha amenazado con castigos cuando ha querido ejercer entre los cristianos su proselitismo, ó cuando alguno de sus individuos, habiéndose hecho súbdito católico por la aceptacion voluntaria del Bautismo, ha vuelto luego á sus antiguas prácticas con menosprecio y sacrílega profanacion de este su nuevo carácter. Así que es falso (y retamos á que se nos desmienta), es falso que la Iglesia haya perseguido jamás á los judíos por ser tales. La Inquisicion y los príncipes cristianos han castigado en ellos, ó bien delitos comunes que se debian castigar en todo hombre áun en el cristiano de más limpia sangre, ó apostasías

indignas de algunos que por el bautismo habian pasado antes á ser de su jurisdiccion. Estos se conocen con el nombre de *judaizantes*, y contra éstos fué muy legítimo y muy ajustado á buen derecho el procedimiento criminal.

La solicitud maternal de la Iglesia á favor de los judíos se prueba principalmente por la suavidad de los medios que puso siempre en práctica para darles á conocer la verdad, sin menoscabo de su libre eleccion para abrazarla ó rehusarla. En los barrios por ellos habitados quiso tuviesen presente la imágen del Señor á quien crucificaron sus padres, á fin de que esta vista continua excitase en ellos el deseo de examinar los hechos en que se funda su actual reprobacion. Conocido era el magnífico gran Crucifijo de la Juderia de Roma, con aquel tan expresivo lema que no se podia leer sin estremecimiento de ternura: *Tota die expandi manus meas ad populum non credentem et contradicentem:* «Estoy todo el dia con los brazos abiertos esperando á este pueblo que no me quiere reconocer.» Célebre es la órden por la que nuestra antigua Constitucion catalana prevenia se enviase cada semana ó cada mes un religioso ilustrado y elocuente á la Judería de nuestras ciudades para que hiciese patentes á los judíos los extravios de su secta y los sólidos fundamentos de nuestra Religion. Ni son menos notables en la historia de esa Edad media, tan motejada de cruel é intolerante, las públicas conferencias, como las nuestras de Tortosa, si no andamos trascordados, en que sabios rabinos discutieron en público ante los Prelados con nuestros más afamados doctores, siendo resultado de estos certámenes teológicos la conversion de varios de aquéllos, que prestaron luego inculcables servicios á la verdadera fe.

Pero, se nos dirá luego, ¿y las repetidas matanzas de judíos por el pueblo cristiano amotinado? ¿Y los repetidos incendios y saqueos de Juderías como los famosos de Barcelona el dia de Santo Domingo de 1391? ¿Y la definitiva expulsion de ellos por nuestros Reyes Católicos en 1492?

De esto tratarémos en los sucesivos capítulos, y verémos como nada prueban tales hechos contra la Iglesia católica, única á quien tenemos aquí obligacion de justificar.

VII.

Qué parte tuvieron los Estados católicos ó la Iglesia en las matanzas de la Edad media.

Si se quiere pedir cuenta á álguien de las persecuciones que durante la Edad media sufrieron los judíos en varias naciones, y de las escenas de sangre que contra ellos se promovieron en distintas ciudades, pídase enhorabuena, pero no al Estado cristiano, y mucho menos á la Iglesia. Sí, es cierto, los judíos fueron vejados y perseguidos; el pueblo amotinado se cebó varias veces en los barrios por ellos habitados con crueles matanzas y saqueos. La sangrienta página de la historia de Barcelona á que nos referíamos en el capítulo anterior, cuando el dia de Santo Domingo de Guzman de 1391 nuestro Call ó Judería se vió asaltado por la plebe enfurecida, y fueron pasados á cuchillo muchos de sus infelices moradores, es un borron que no puede justificarse. Pero ¿qué? ¿No se empieza por dar la más cierta y á la vez la más satisfactoria explicacion de tales actos, cuando se dice que quien los realizó fué la plebe en momentos de arrebatada furia, como tantas veces en iguales accesos de furor se cebó contra otras clases y áun contra sus propios hermanos en nacionalidad y religion? ¿Qué prueban contra la Iglesia y los poderes públicos unos excesos que se ha de comenzar por decir (y es lo cierto) que fueron debidos á motin? Y motin, no artificial ó de burlas, como los que entre nosotros promueven tal vez los Gobiernos para el logro de bastardos propósitos; motin, no como el que se aparentó en España para la feroz destruccion de los conventos en 1834 y 1835, organizado, protegido y más tarde usufructuado por los mismos que debieron prevenirlo, evitarlo ó por lo menos ejemplarmente castigarlo; sino motin popular en la más exacta significacion de la palabra; motin contra el que, si son un momento ineficaces las leyes y la vigilancia públi-

ca, no tardan empero éstas en recobrar su imperio y en llamar á severa responsabilidad á sus autores. Así en la famosa matanza y saqueo de los judíos de Barcelona no fueron éstos solos los atacados, sino que lo fueron igualmente el bayle general y el cobrador y el administrador de los Reales impuestos, y lo incendiado y saqueado no fué solamente el barrio de la Judería, sino que lo fué asimismo una parte de nuestra Colecturía municipal. ¿Puede darse razon más convincente de que aquellas algaradas más que al Estado ó á la Iglesia deben atribuírse á pasiones y extravíos, de que nunca estuvo exento pueblo alguno ó nacion? Y lo demuestra más que otra cosa alguna el castigo severo que no tardó en imponerse por la ley á los incendiarios y asesinos: once fueron ahorcados dentro pocos dias en distintos puntos de la ciudad, y algunos sobre las mismas ruinas de la Judería: dos dias después fueron ahorcados otros doce, y un mes después sentenciados á muerte ocho, de los cuales tras grandes súplicas fueron indultados cinco que pudieron alegar circunstancias atenuantes. Las cabezas de estos infelices, que fueron descuartizados, se vieron por mucho tiempo con horror clavadas en escarpias en los puntos más visibles de la ciudad. Dígasenos ahora francamente: ¿en qué ciudad de España se castigaron de esta manera los asesinos de los frailes? Es verdad que alguna diferencia debe establecerse entre frailes y judíos, entre conventos católicos y sinagogas, y entre poderes públicos cristianos del siglo XIV y gobiernos liberales del XIX. Pero esta diferencia y contraste ¿á quién recomiendan? ¿en favor ó en contra de quién deciden el ánimo del juez imparcial?

¿Que fueron odiados por el pueblo los judíos? Es verdad; pero ¿podian dejar de serlo, dados los abominables principios y las prácticas más abominables aún de su perniciosa secta? Por más que los reyes y la Iglesia se esforzasen en rodear sus personas y bienes de todas las garantías de respeto é inviolabilidad que las leyes aseguran á todo ciudadano, ¿podia dejar de ver en ellos el pueblo cristiano enemigos de su patria y de su fe y áun de su propio bienestar material? En buena filosofía histórica más lógico es asegurar que si las leyes cristianas y la autoridad del rey y de la Iglesia no

hubiesen estado de continuo amparando á esta desdichada y odiosísima raza, no hubiera tardado nuestro pueblo en deshacerse de ella por cualquier medio, fuese ó no fuese injusto y brutal. A la Iglesia y al Estado cristiano debieron los judíos la seguridad relativa de que durante largos siglos gozaron entre nosotros. Que nunca se leyó en nuestros códigos, ni se predicó en nuestros púlpitos, ni se enseñó en nuestros catecismos que fuese accion laudable y santa matar á un judío, que fuese lícito perjudicarle todo lo posible, que tuviese derecho á sus bienes cualquier primer ocupante, todo lo cual hemos visto que contra los cristianos enseña el abominable Talmud. Al revés, al judío se llamó prójimo como al cristiano, el maltratarle se calificó siempre de pecado, el robarle de hurto formal, el aborrecerle de falta contra la caridad. ¿Qué más podia hacer en su favor el Catolicismo de lo que hizo, ó qué más podia impedir en su daño de lo que impidió?

—Pero ¿y la expulsion?

—¡Ah! Razon teneis: queda aún en pié el famoso argumento de la famosísima expulsion. Pues bien. Este lo examinarémos, con el favor de Dios, en el próximo capítulo, y y con él y con otro darémos fin á este nuestro ligero trabajo.

VIII.

Cómo justifica la crítica histórica la famosa expulsion de los judíos españoles.

La expulsion de los judíos españoles por el célebre decreto de los reyes católicos Fernando é Isabel es el punto que más excita la bilis de nuestros judiófilos, que en eso como en todo dan muestras de serlo más que católicos, más que españoles. ¿Qué hay sobre eso? ¿Cómo justifica la crítica histórica la tan censurada resolucion de los Monarcas más gloriosos de nuestra historia?

Recordemos antes algunos datos que deben servirnos de principios fijos en esta materia.

Los judíos nunca vivieron más que *acampados* en nuestro pais; puede exactamente decirse que nunca llegaron á formar parte de nuestra comun nacionalidad. Leyes, usos, religion, traje, afectos, recuerdos, aspiraciones, todo lo tenian distinto de nuestro pueblo; más que distinto, contrario. Más conciudadanos eran un judío de España y otro de Constantinopla, que aquél y un individuo cualquiera de los nuestros de su misma ciudad ó provincia. Eran, pues, un pueblo dentro otro pueblo, no solamente no fundido con él, sino absolutamente imposibilitado de fundirse en tiempo alguno. Constituian un Estado dentro del Estado, con todos los inconvenientes y peligros que nacen de esta extraña compenetracion. No eran, pues, conciudadanos nuestros, á no ser que se quiera sostener que basta para este título la sola ocupacion material de un mismo suelo.

Hemos dicho además que eran, no sólo un pueblo distinto en todo del nuestro, sino en todo contrario al nuestro. España acababa de arrojar de su profanado suelo á los invasores musulmanes, tras ocho siglos de sangrienta y desesperada lucha. Con la toma de Granada acababa de limpiarse España de la lepra sarracena. Ahora bien. Los judíos habian sido siempre afines y aliados de los sarracenos: ellos habian sido los primeros cómplices en la funesta invasion; les habian abierto las puertas de nuestras principales ciudades, y negociado á traicion la entrega de nuestras más fuertes plazas. Simpatizaban abiertamente con ellos, tanto como era equívoca y sospechosa su conducta para con los cristianos. Vencida, pues, por completo en Granada la invasion musulmana, era llegada la hora de que el pueblo español saldase estas sus antiguas cuentas con tales huéspedes. Así que la expulsion fué pedida á Fernando é Isabel por todas las clases del pueblo, representado en sus más influyentes Corporaciones. Nunca se vió más claramente expresado que entonces lo que con tanto énfasis se llama hoy el voto de la opinion pública. Escuchóla el Rey, y tardó mucho tiempo en resolverse, que entonces no se tenia por voz de Dios cualquier barrabasada que se les ocurriese á las masas, con-

sultándolo entre tanto maduramente con los más altos y concienzudos Consejos del Estado. Por fin, en 30 de Marzo de 1492, salió el decreto. Mandábase en él á los judíos salir de los dominios españoles en un plazo de cuatro meses; se les permitia realizar todos sus bienes, áun los inmuebles, para que pudiesen, como era justo, llevar consigo su precio á los puntos á donde se trasladasen. No se habia inventado aún la desamortizacion para apropiarse sin escrúpulos la hacienda ajena. Dato muy importante. El Papa, que no tenia en sus Estados las razones poderosísimas que tenian los monarcas españoles para temer á los judíos, admitió (así obra la Iglesia) á muchos de ellos en sus provincias, al paso que felicitó á dichos Fernando é Isabel por su acertada providencia. El comercio y la poblacion se resintieron, como es natural, de la salida de aquellos activos negociantes, cuyo número se hace ascender á ochocientos mil; pero la sábia política de los Reyes de España creyó que la unidad religiosa, política y social de la Monarquía valian bien este sacrificio de riqueza pública. No habia llegado aún la época en que la economía materialista fuese como hoy la única teología, la única filosofía y la única jurisprudencia de los Estados. Pero áun sin tener esto en cuenta, ¿se vacila acaso en aceptar ó declarar una guerra, mortal siempre para la riqueza pública y para la poblacion, cuando se la estima conveniente ó simplemente honrosa? Pues, aplíquese este criterio á la tan anatematizada expulsion, y fállese con igual medida.

Al llegar aquí nos asalta el recuerdo de otras expulsiones que Gobiernos españoles, aunque eso sí, muy ilustrados y muy tolerantes y muy liberales, han realizado en los tiempos modernos con otros que no eran judíos ni cosa tal. Nos referimos á la expulsion de los Jesuítas por Carlos III, y á la de los frailes por el Gobierno de Cristina en 1835. Ambas expulsiones pueden muy bien compararse con la de los judíos, y resultará gran enseñanza de la comparacion. La de los Jesuítas se llevó á cabo sigilosamente, sin dar satisfaccion al público de los motivos que el Príncipe dijo *reservaba en su real pecho*, ¡singular manera de enjuiciar! sin darles á escoger á los desterrados el lugar de su destierro, sin permi-

tirles llevar á cada uno de ellos ni sus propios manuscritos, sin autorizar despido ni compañía ni auxilio de familias y amigos, con absoluta confiscacion de fincas, rentas, bibliotecas y alhajas. Cualquier jesuíta de aquella época (inclusos los muy ilustres que eran las primeras reputaciones científicas y literarias de su tiempo) se hubiera creido dichoso con poder ser tratado como el último judío, desterrado con tantas consideraciones de humanidad y de equidad por Fernando é Isabel.

Pues, lo del 34 y 35 harto lo saben nuestros lectores, que muy fresco está en la memoria de la presente generacion, y aún gotea la sangre y aún humean las ruínas. El Liberalismo expulsó á los frailes á tiros y á puñaladas; incendió sus asilos, que lo eran de la ciencia y de la virtud; confiscó en su provecho ¡excelente ganga! lo que en pié quedaba de ellos y de sus rentas, y hasta la reputacion y la honra de sus víctimas persiguió con toda clase de infames calumnias. Si la monarquía católica hubiese tratado así á judíos ó á moros, ¡cuánto no fuera el escándalo de la gente liberal! Mas como ha sido la monarquía liberal (que liberal y muy liberal fué la de Carlos III) la que trató así á los españoles, católicos y por añadidura religiosos, ya se ve que el delito trae consigo toda clase de atenuantes. Esta es la filosofía de la historia que hoy se usa: nosotros nos contentarémos aquí con apuntar estos contrastes, y entregarlos á la buena fe y recto criterio del lector imparcial.

Entre tanto los modernos acontecimientos vienen á dar hoy la razon á la previsora política de nuestros tan vituperados monarcas Fernando é Isabel. El movimiento antisemítico ó antijudaico que se nota en las naciones del Norte, especialmente en Rusia y Prusia; las leyes de alarma con que aquellos Gobiernos (y cuidado que no son católicos) se ven precisados á vigilar los manejos de los judíos en sus Estados; todo muestra cuán de lejos veían venir ciertas cosas los Reyes de España, y cuán cuerda fué y sabiamente patriótica la expulsion de aquella raza forastera. Nuestro moderno historiador Cortada, á quien nadie negará el dictado de liberal, después de haber enumerado los quebrantos que sufrió la riqueza española con la salida de aquel medio millon ó más

de negociantes, dice así en sus *Lecciones de Historia de España:* «Al lado de estos males que de la expulsion procedieron pueden citarse las ventajas que produjo. Las extensas relaciones mercantiles que en España tenian los judíos, hicieron suyo todo el comercio, en términos de ser éste para los cristianos un campo vedado. Al paso que llevaban, la nacion entera hubiera venido á ser una propiedad de los judíos, cuya ancha conciencia les ofrecia ancho camino para hacer suya la hacienda ajena por medio de los amaños que les han distinguido siempre y son aún peculiares suyos. La expulsion de esa gente fué además una sólida garantía de la unidad de fe de todos los españoles, quienes merced á esa unidad nunca en nuestra patria desmentida se libraron de las guerras intestinas y de los horrores de que la divergencia religiosa hizo víctimas á la Inglaterra, la Francia, la Alemania, la Suiza y á otras naciones de Europa.»

IX.

El Judaísmo y la Masonería.

Réstanos hoy para concluir esta materia (no para agotarla) apuntar aquí cuatro palabras sobre el papel que actualmente desempeña el judaísmo en el mundo revolucionario, á fin de que vean claro nuestros lectores la trascendencia de esta cuestion, en la que alguno creerá tal vez nos hemos detenido más de lo que fuera conveniente. Porque el Judaísmo no es hoy dia recuerdo histórico y nada más, como álguien podria tal vez haberse imaginado; es, al contrario, potencia viva y eficazmente influyente en el corazon de la sociedad moderna; es, como siempre, un anticristianismo viviente y en continua y tenaz accion contra la Iglesia católica, y lo es hoy más que nunca por las especiales condiciones de aislamiento é impotencia oficial en que se encuentra ella, y de plena libertad y soltura de todas trabas en que se encuentra él. El Judaísmo, desde la ruina de Jerusalen hasta los tiem-

pos modernos, ha sido como un gorgojo ó polilla alojado en el mismo tronco del pueblo cristiano, al cual ha ido royendo sin cesar oculta pero incansablemente. Hoy se presenta ya á la luz del dia, y en público y sin ningun disfraz trabaja ¡vano empeño! por la ruina definitiva de la Religion del Crucificado, y por la descristianizacion del universo. Este y no otro es el Mesías por que suspira.

Hay contra la Iglesia del Dios vivo, que es la sociedad por Él mismo organizada para los que quieran emplearse en su servicio, y mediante Él glorificarle en la tierra y gozarle en el cielo, otra que llamarémos Iglesia de Satanás, por el mismo Satanás organizada y presidida, para aunar los esfuerzos de cuantos quieran guerrear contra Dios, á fin de menoscabarle la gloria que le es debida y dificultarle al hombre la consecucion de su último fin. La liga ó congregacion de los hijos del diablo contra la de los hijos de Dios ha llegado en estos últimos tiempos á una perfeccion de medios, á una audacia de empresas y á un poderío de fuerzas tales que obligan casi á creer que es ella el Anticristo prenunciado para el fin de los tiempos; Anticristo cuya tarea ha de ser procurar borrar de la faz del mundo, *omne quod dicitur Deus,* «todo lo que lleva el nombre de Dios;» y cuyo funestísimo resultado será traer engañados y pervertidos á casi todos los hombres, de suerte que lleguen momentos en que parezca van á ser inducidos, si posible fuese, á error, *etiam electi,* hasta los más escogidos, que es el último extremo de general corrupcion y de abominacion de desolacion que profetizan los Libros Santos. Quien, en efecto, medite á qué ha venido á parar el mundo actual, á qué planes obedece toda su política, qué leyes rigen en sus naciones, bajo que cruelísima garra gimen oprimidos y estrujados todos los intereses cristianos; y quien, sobre todo, sériamente examine por qué caminos se ha ido viniendo de una civilizacion plena y esencialmente católica á la actual civilizacion plena y esencialmente anticatólica; quien con ojo de filósofo sepa ver el progreso gradual y calculado con que se ha venido obrando en el mundo este misterio de iniquidad, la unidad de plan con que se ha llevado á cabo, el exacto é idéntico programa de fines y de procedimientos que para eso se ha empleado en

todas partes, no tardará en adivinar que el motor universal de toda esta impía guerra es uno solo; que lo que á las inteligencias vulgares aparece un siglo há como sucesion de fenómenos aislados, no es tal, sino conjunto de distintos cuerpos de un mismo ejército que evolucionan con precision y regularidad, obedeciendo á una táctica infernal, pero á todas luces hábil y siniestramente sábia. Tal es el sentido que modernamente tiene la palabra Revolucion (con letra mayúscula), que significa no la rebeldía de tales ó cuales individuos contra la ley de Dios y su Iglesia, rebeldía que existió siempre; sino el código de doctrinas sistematizadas y predicadas al mundo en contraposicion á las doctrinas divinas, y el complot de esfuerzos organizados y puestos en juego en el mundo contra la influencia de la Iglesia de Dios. Ahora bien. El resorte secreto de esta inmensa máquina revolucionaria es el Masonismo, y el Masonismo no es en el fondo más que una derivacion del Judaismo, ó más bien, creemos es el mismo Judaismo en accion.

Esta idea indicada modernamente por concienzudos escritores, tiene en su apoyo poderosas razones de analogía que no es lícito en buena filosofía despreciar. La historia oficial del Masonismo coloca su orígen en Hiram, constructor del templo de Salomon, es decir, lo da basado en una leyenda judaica. El desarrollo de la Masonería en Europa se atribuye comunmente á la perversion de algunos templarios (no de todos), á quienes fué funesta su permanencia en Asia y su roce con las Sinagogas, de cuyas supersticiones volvieron á Europa lamentablemente contagiados. Los que podemos llamar dogmas francmasónicos de solidaridad universal y de culto al gran Arquitecto, trascienden á judaísmo talmúdico y rabínico sin ninguna clase de duda. Comun á la logia y á la sinagoga es el odio á los altares y á los tronos cristianos; cristianos decimos, porque en cuanto á los tronos racionalistas que hoy por lo comun se estilan, sabido es que la Masonería los alza, la Masonería los sirve, la Masonería los sostiene, hasta que á sus planes conviene destruirlos ó sustituírlos. El Masonismo es fuerte hoy dia en el mundo porque dispone á su arbitrio del dinero y de la opinion pública. Del dinero, teniendo á su devocion las cajas de las primeras no-

tabilidades bursátiles y financieras. De la opinion pública, monopolizando en gran parte el periodismo liberal, que es el que á su antojo la forma. Las grandes fuentes del dinero son hoy dia los banqueros, de los cuales los principales son judíos, y los grandes mangoneadores de la pública opinion son los periódicos revolucionarios, de los cuales los principales son propiedad de empresas judías. De modo que si Masonismo y Judaísmo no fuesen una misma cosa en su sér y sustancia, fuéranlo en sus efectos, ya que matemáticamente puede darse hoy por cierta la siguiente fórmula: el Masonismo gobierna hoy el mundo por medio del Judaísmo, y el Judaismo es dueño hoy del mundo por medio del Masonismo. Gobernar y ser dueño lo entendemos aquí en el sentido meramente humano y restrictivo, ya que Dios no ha abdicado todavía su soberanía, ni ha dejado de ser potencia viva y eficaz, y por esto rabiosamente combatida, la Iglesia de Cristo. Que, en efecto, nunca se vió tanto como hoy lo que pueden el infierno y sus instrumentos, pero tambien nunca se vió como hoy su radical impotencia ante la cruz del Redentor, ya que, dado lo satánico de su fiereza y lo colosal de su poderío, milagro es sólo debido á la visible asistencia de Dios el que tenga éste hoy dia un solo templo sobre la tierra, el que predique en él un solo sacerdote, el que le pueda públicamente servir y adorar una sola alma. Por esto repetimos que nunca se vió como hoy lo mucho que puede el infierno servido con tan increíble ardor por tantos elementos suyos; pero en cambio nunca se vió tan claro como en el dia lo firmemente asentada y protegida que está la Iglesia de Dios, á la cual nunca se acaba de arrollar y vencer.

Poco falta, pues, para poder decir que vivimos en *pleno Judaismo,* como con frase feliz ha dicho un insigne escritor católico, á quien sólo le encontramos la tacha de que diga tales cosas y otras tan buenas como éstas en un diario liberal. En pleno Judaismo vive, ó poco menos, la sociedad presente, como que vive en pleno Masonismo ó Liberalismo, que son una misma é idéntica cosa. Corrientes judías son las que empujan acá y allá esta agitada nave de la opinion pública, que nunca en su orgullo se creyó más ilustrada y autónoma, y nunca por especial y humillante castigo de Dios

fué más esclava de oscuros centros que le dictan cada dia y sobre cada cuestion lo que ha de pensar y lo que ha de resolver, raza ilota de librepensadores que se tienen por tales por más que vergonzosamente reciban *hecho* y *acuñado* de las logias y de los clubs su *libre* pensamiento. Dinero judío es el que circula por las venas y arterias de esta sociedad materialista, el que subleva ejércitos, compra y vende plazas, corrompe magistrados, subvenciona conciencias periodísticas, crea atmósfera á los malos libros, asfixia con el silencio á los buenos, cubre empréstitos al servicio de la Revolucion, alza y baja los fondos por medio de una noticia, promueve en las turbas tras el *hosanna* del dia de Ramos el *tolle, tolle* del Viernes Santo, como en los antiguos dias de Herodes y de Caifás, sus dignos progenitores.

¡Digasenos ahora si hay ó no motivo para haber dedicado á la cuestion presente estos ligeros capítulos con ocasion de la famosísima *judiada* que en mal hora le ocurrió al Gobierno de nuestra desventurada nacion!

EL MALDITO LUTERO.

EL MALDITO LUTERO.

I.

Cuatro palabras por via de introduccion.

ADIE se extrañe ni haga visajes de pasmo al leer la dura palabra que acabamos de estampar al frente de estos capítulos. Así hablaron siempre en España nuestros católicos padres, que lo eran muy de veras, y así queremos hablar nosotros, que en todo lo bueno no queremos sino parecernos á ellos, á fuer de verdaderos y legítimos descendientes de tan ilustre prosapia.

Harto sabemos ¡y tanto! que hoy no se estila así; razon de más para que nosotros lo hagamos de otra manera de la que hoy se estila. Hoy el Liberalismo radical proclama para el hereje y la herejía iguales derechos de consideracion y respeto que para la verdad y los discípulos de ella; al paso que el Liberalismo manso, si en teoría no proclama tales derechos, suele en práctica reconocerlos y escrupulosamente observarlos. Y nosotros que, gracias á la divina Misericordia, liberales fieros ó liberales mansos no queremos serlo ni parecerlo, ni reconocemos teóricamente tales derechos, ni en la práctica cuidamos poco ni mucho de guardarlos. *El mal-*

dito Lutero hemos dicho, pues, y quien de eso se escandalice, con su pan se lo coma, y punto final.

Mas ¿á qué este tema traído hoy como de sorpresa? ¿Qué circunstancias especiales de Propaganda motivan actualmente su oportunidad? ¿A qué hablar de Lutero? Brevemente se lo vamos á contar á nuestros lectores.

Sabido es que pocos, poquísimos temas nos sacamos nosotros de nuestro propio buche, vamos al decir. Habrán podido observar nuestros lectores que la mayor parte nos los dan hechos y pensados nuestros propios enemigos.

Pues así, ni más ni menos, acontece en la presente ocasion.

Alemania, la protestante y luterana Alemania, propónese celebrar dentro poco (el 10 de Noviembre de 1883) el centenario cuarto del nacimiento de su famoso Martin Lutero. Y con este motivo no es poca la agitacion luterana que dentro algunos dias se va á armar. Y los españoles no somos alemanes, es cierto, ni nos trae cuenta alguna serlo, ni tenemos que ver poco ni mucho con lo de allá. Mas algunos de nuestros compatricios, nacidos en España sin duda por casualidad, tienen tan metidas en los tuétanos las aficiones germánicas y alemanescas, que ya verán Vds. cómo por espíritu de imitacion ó mejor de parodia, y hasta ¡oh vergüenza! por puro deseo de enaltecer cuanto pueda mortificar el verdadero espíritu católico, que es el unico genuíno y castizo español, van á emprender luego, muy luego, campaña luterana en este desdichado país, y á cantarnos por todos los tonos las glorias y grandezas y magnificencias históricas del gran apóstata. Y serán cosa de ver los pedestales y tronos que le alzarán al inmundo renegado sajon esos pseudo-españoles, y de qué modo maltratarán de pasada á nuestra patria, y cubrirán de lodo los más esplendorosos siglos de su historia, y cuántos y cuántos de nuestros pobres hermanos les van á creer á pié juntillas, acabando por envidiar sus viles fastos al luteralismo, sonrojándose los miserables de ser hijos de la gran nacion de Carlos V, de Cisneros, de Felipe II, de Loyola y de Teresa de Jesús.

Y díganme ahora, ¿no es hermosísima obra de caridad y acto de brillante patriotismo y áun deber de rigorosa justicia

en el propagandista católico decir muy alto y muy claro cuanto sepa sobre este asunto, rasgando todos los velos, arrancando todos los disfraces, y desmintiendo todas las paradojas con que se nos quiera engatusar? ¿No será gran apostolado pintar al ex-monje de Witemberg como él fué en toda su odiosa realidad, y no como querrán haya sido sus sectarios; retratarle como le retrata la historia veraz, inmundo, lujurioso, grosero, desvergonzado; tipo ruin en su carácter, como en sus costumbres, como en sus doctrinas; sin ninguna de las cualidades que áun bajo cierto punto de vista pueden hacer alguna vez simpático á un gran criminal? ¿No será bella campaña una campaña antiluterana, como lo fué años atrás la emprendida contra el cínico Voltaire, cuando la impiedad francesa quiso glorificar su infame memoria? ¡Ah! sí, que el maldito Lutero tiene tanto derecho como el maldito Voltaire á los honores de la pública execracion y á todas las pompas de la ignominia!

No importa que un desdichado poeta de este país haya escrito, glorificando á Lutero, el blasfemo poema que lleva por título *La vision de fray Martin*. Afortunadamente la historia es más severa que la poesía. y no se acomoda fácilmente á ciertas prostituciones. Los sonoros versos nada prueban contra las descarnadas citas de la crítica biográfica, y ésta es mortal para fray Martin. Si nosotros tuviéramos un tipo como ese en nuestra familia, quemaríamos presurosos todos los archivos de ella, para que eternamente se perdiese en el olvido tan fea ascendencia. ¡Ah! no rehabilitarán todos los cantos de Núñez de Arce á su ruin protagonista.

Otra consideracion nos mueve, y es el deseo de que con este motivo se haga algo grande en España para responder á ese orgulloso reto que hoy dirige á toda la raza latina y católica la orgullosa y por justos juicios de Dios prepotente Alemania. Mucho nos equivocamos, ó el orgullo prusiano al celebrar la memoria de este su héroe, más que ensalzar al caduco Protestantismo, lo que intenta es hacer sentir el peso de su bota de montar sobre la frente de la raza latina, de quien es eterno rival el Protestantismo germánico. Ahora bien. Al pueblo español es á quien toca en primer lugar

responde á ese orgulloso reto. España fué la primera en contestar con la voz de sus teólogos y la espada de sus guerreros al grito de rebeldía del ex-monje aleman. España no dudó desangrarse en interminables guerras para ahogar en su cuna á este monstruo, y constituyóse á sí propia, como ha dicho Balmes, en verdadero estado de sitio para librarse de su invasion. Y después de tres siglos de nacional y popular resistencia, España áun en medio de su actual apostasía oficial, abiertas al error todas sus fronteras, francos para el herético contrabando todos sus puertos y aduanas, sigue todavía ¡gracias sean dadas á Dios! entre todas las naciones del mundo la más antiluterana. Tenemos, pues, un puesto de preferencia y de honor en el presente combate, y no hemos de cederlo á nadie.

Hé aquí, pues, la razon de estos capítulos.

II.

Antecedentes de la cuestion. Leon X y la llamada venta de las indulgencias.

Corria el año 1517. Leon X, pontífice que por su amor á las artes y á las letras ha merecido dar nombre á toda una época, como se la dieron á las suyas Pericles en Grecia y Augusto en Roma, andaba ocupado en dos grandes empresas en que estaba interesado el honor de toda la cristiandad. Tales eran la guerra contra el turco Selim, que amenazaba desde Egipto la independencia y la civilizacion de Europa, y la construccion de la magnífica Basílica de San Pedro de Roma. Dos empresas que no sabemos como puede mal mirar ó no mirar con entusiasmo cualquiera que tenga algun corazon, por más que no lo tenga de fiel cristiano.

Para interesar al mundo creyente en esas dos grandiosísimas empresas que á todo él interesaban, concedió el Papa gracias espirituales á cuantos cooperasen así á la una como á

la otra de las dos obras con sus limosnas, y esto es lo que en la historia protestante como en la liberal se ha llamado en son de burla *la venta de las indulgencias*.

Detengámonos un instante en este punto, que es de importancia, como que con él se quiere por algunos justificar la aparicion del Protestantismo.

¿Era ó no obra de verdadera piedad contribuir con limosnas á la guerra contra el turco y á la ereccion del primer templo de toda la cristiandad? Parécenos que no nos lo ha de negar el protestante más díscolo y empedernido. Siempre fué reputada como excelentísima virtud la limosna. Y darla para ayuda de las armas en una empresa de buena ley, ó darla para auxilio de las artes en la ereccion de una nueva casa á Dios, ha sido siempre considerado accion tan meritoria como darla á un pobre ó destinarla á la fundacion de un hospital. Esto es innegable, es palmario, es claro como la luz.

Demos un paso más.

¿Es abuso de autoridad espiritual conceder indulgencias por cualquier obra buena y meritoria como las que acabamos de indicar? No seguramente. Y la práctica constante de la Iglesia desde los primeros siglos habla muy alto sobre el particular. Se pueden conceder y se han concedido indulgencias á los que tomasen parte personalmente en una cruzada contra infieles, ¿y no se habian de poder conceder á quien ayudase con su dinero á los gastos de la expedicion? Se pueden conceder y se han concedido á los que dotasen un altar, ¿y no se habian de poder conceder á los que contribuyesen á levantar un templo? Tambien este punto nos parece fuera de toda discusion imparcial y razonable.

Consta, pues, que pudo Leon X pedir á los fieles de todo el mundo limosnas para la expedicion cristiana contra el sultan Selim: pudo pedírselas para alzar á la gloria de Cristo y al nombre de su primer Vicario San Pedro el suntuoso monumento que corona la cúpula de Miguel Angel; pudo alentar la cristiana largueza de dichos fieles con el aliciente de gracias espirituales, recompensa de toda buena obra. Sin que tenga poca ni mucha razon la crítica protestante y liberal para llamar á todo esto *venta de indulgencias*. Es, pues, una vulgar patochada como tantas otras, esta frase que unos

á otros se han transmitido como gran descubrimiento histórico los enemigos del Catolicismo. Si hubo en esto lo que se ha llamado con tanto énfasis *venta de indulgencias,* conste que á ese precio se han vendido siempre las indulgencias en la Iglesia católica, es decir, á precio de obras buenas; conste que el gran mercader de gracias espirituales resulta ser al fin el mismo Dios, como que en muy repetidos lugares de la Escritura claramente anuncia concederá en vida y en muerte toda suerte de gracias á los dadivosos y limosneros. La cacareada *venta de las indulgencias,* aparte de la pérfida intencion, es, pues, una simpleza y nada más.

Concedió, pues, Leon X estas indulgencias, y á guisa de espiritual cruzada encargó las predicase en cada nacion ó Estado una de las Ordenes religiosas en él establecidas. Para Alemania dió el Papa esta comision á los Dominicos, y no á los Agustinos. Vestia á la sazon el hábito de Agustino un jóven, fogoso, audaz, declamador, celoso más que de la verdadera gloria de Dios, del lustre de su Orden, que con este hermoso nombre se suele disfrazar el amor propio y la vanidad en las Corporaciones. Habia nacido en 10 de Noviembre de 1483, es decir, harán puntualmente muy luego cuatrocientos años, y su vocacion más que efecto de reflexivas meditaciones habia sido hija de la momentánea impresion producida en su ánimo por la muerte repentina de un amigo á quien mató un rayo á sus piés. Este hombre, este religioso llamado Martin, hijo de Juan Luther y de Margarita Lindermann, es el que desde esta fecha se da á conocer en la historia con el siniestro nombre de Martin Lutero.

Verémos al desnudo esta repugnante figura en los próximos capítulos.

III.

Lutero y su biografía moral. El orgullo y sus resbaladizas pendientes.

Sabido es que todo el secreto resorte de los extravíos de un hombre suele encontrarse en el predominio que ejerce sobre él una pasion. Hallar esta nota fundamental en su carácter es hallar la clave que explica todos los misterios de su proceder, el hilo que conduce al crítico con toda seguridad al través de los más enmarañados episodios de su vida pública ó privada.

Así al examinar, podríamos decir anatómicamente, el personaje odiosísimo de que estamos aquí tratando, preséntasenos de bulto, y con relieve mayor que otra alguna de sus muchas miserias morales, una que las explica todas, porque es bastante por sí sola para producirlas todas. El orgullo. El orgullo, que es el pecado satánico por excelencia; el orgullo, cuya maléfica influencia bastó para hacer del ángel del cielo demonio del infierno; el orgullo, riesgo el más comun de las inteligencias privilegiadas; el orgullo, que más ó menos directamente es el que ha engendrado todas las herejías, desde aquella primera que en los tiempos prehistóricos tuvo por teatro los cielos y cuyo pendon levantó Luzbel, hasta el Liberalismo, que es la última que en los modernos tiempos ha merecido los anatemas de la Iglesia.

Convienen todos los historiadores en que la juventud de Lutero, desde que vistió el hábito de Agustino hasta la edad de treinta y cinco años en que lo abandonó, nada ofrece de particular. Era de porte austero, amigo de la soledad, dado al estudio, doctor en Teología, enseñando con cierto brillo esta ciencia en la Universidad de Witemberg. Mas añaden que era de temperamento vivo y de genio fogoso y apasionado, impetuoso así en sus empresas como en su elocuencia, osado, ambicioso de aplausos, impaciente ante la menor

contradiccion, extremado en el ejercicio de su autoridad doctrinal sobre sus discípulos.

En mal hora, al emprender los Dominicos la predicacion de las indulgencias que Roma les confiara, hubo de creer desairada á su Orden Agustiniana el teólogo de Witemberg. Un celo mal entendido, que en rigor no era celo, sino celos, movióle á denunciar ciertos abusos que á su juicio se cometian en dicha predicacion: de esos pretendidos abusos pasó á atacar muy luego la conveniencia y oportunidad de la concesion de las indulgencias: de ahí vino á negar la potestad suprema del Papa para otorgarlas, y á desconocer la esencial naturaleza de ellas: de esto nacieron desde luego sus principales errores sobre la justificacion por la sola fe en Cristo, base de todo el sistema protestante, si alguna tiene su informe Teología. De suerte que el aparato doctrinal que muy luego desplegó Lutero para cohonestar su apostasía, no vino al mundo tras profundas meditaciones y prolongadas vigilias. La base de él fué un imaginado desaire; su desarrollo sucesivo se fué mostrando á la luz del dia al compás de las dolorosas heridas que iba recibiendo su amor propio. Nunca se mostró tan descaradamente la influencia del corazon sobre la inteligencia para arrastrarla á toda suerte de desvaríos. Las teorías iban brotando en ese violento dogmatizador al calor de los sucesos que más ó menos hondamente picaban su susceptibilidad y agitaban sus pasiones. De suerte que ni él supo al lanzar su grito de rebelion á dónde iba á parar, ni al morir quizá llegó á darse cuenta él mismo de cómo y por qué etapas habia recorrido tan desastroso camino. De todo darémos pruebas fehacientes en los próximos capítulos, y las darémos, no sacadas de autores católicos, sino de críticos protestantes y áun de confesiones que á cada paso ha sembrado en sus escritos el progio heresiarca. Hombre de pasion y nada más, tal vez no hay otro alguno en el largo catálogo de los herejes que menos lo haya disimulado.

Falta, pues, á la verdad histórica el Sr. Núñez de Arce cuando en su blasfemo poema nos presenta un Lutero místico y devoto á su manera, incubando su infernal rebeldía en el fondo de su corazon, al son de los cantos sagrados, al arrullo del órgano, en la silla de su coro de Witemberg. Nó,

el Protestantismo no se engendró entre tales fervores más ó menos pseudo-espirituales. De otros herejes y de otras herejías pudo ser esto verdad, de Lutero no lo es en manera alguna. Nada aquí de agitadas incertidumbres de espíritu; nada aquí de fuegos fatuos de mayor deseo de perfeccion ó de celo por la reforma de costumbres; nada aquí de pretendidas iluminaciones del cielo ó de transfiguraciones del príncipe de las tinieblas en ángel de luz. Más basta y más grosera es en nuestro héroe la urdimbre heretical, que en otros famosos heresiarcas aparece tan finamente labrada. El Lutero de la historia es tan vulgar y tan nada poético, que sólo así se concibe haya tenido que hacerlo nuevo en su imaginacion el Sr. Núñez de Arce, para poder presentarle con algun simpático colorido. Es prosa pura y de la más ramplona todo lo de Fray Martin, y aquellos torneados versos con que le canta su académico cantor no son más que poéticas mentiras.

Ya lo irán viendo más claro todos nuestros lectores.

IV.

El hombre retratándose á sí mismo. Textos fehacientes.

Hora es ya de que, dejando á un lado apreciaciones nuestras, que, por ser nuestras, por fuerza habrán de parecer á nuestros enemigos más ó menos sospechosas de parcialidad, hagamos salir en el escenario á Lutero en su propia figura, y dé cuenta él mismo de sí, y se trace á nuestros ojos su propia y curiosa y nada ejemplar biografía. Ese testimonio es convincente y de irrecusable autoridad, así como lo será después de él lo que igualmente refieran de su vida y milagros sus propios compinches y discípulos.

Vamos, pues, á empezar esta tarea, que barro á mano tenemos para no acabarla presto.

Debemos ante todo hacer observar que todas las feas cualidades de mal corazon y de mal hombre (sic) que caracterizan al héroe que estamos perfilando, las tuvo el miserable

muy rebozadas y escondidas hasta que creyó llegado el momento de poder arrancarse completamente el disfraz. Desde que publicó sus famosas *theses* en que estaba contenida su herejía, hasta el acto decisivo en que quemó en la plaza de Witemberg la Bula pontificia de su condenacion, media un período de bajezas y falsas humildades, bastantes por sí solas para dejar muy bien calificado de hipócrita y de farsante al hombre que tan de otra manera se portó después. Supo representar á lo lindo el papel de víctima, mientras creyó poder eludir de esta manera el terrible anatema papal. Sólo cuando éste cayó irremisible é irrevocable sobre sus desatinos, empezó á mostrarse en su verdadera fisonomía satánica el pretendido reformador. Oigámosle invocando, contra las que llamaba él animosidades y envidias de sus adversarios, el fallo del Soberano Pontífice. Oigámosle bien, que ningun Santo de nuestro calendario habló jamás con tanta uncion y humildad.

«Yo no soy tan temerario, decia, que prefiera mi opinion á la de todos los demás.» «Dad la vida ó dad la muerte, escribia al Papa en 1518; citadme y declaradme reo ó inocente; aprobad ó reprobad como os plazca; yo escucharé vuestra voz como la de Jesucristo.» Y contestando al dominico Silvestre de Priere, le decia: «Todo el mundo confiesa que la autoridad del Papa estriba sobre estas palabras de Cristo: *Tú eres la piedra;* y sobre estas otras: *Apacienta mis ovejas.* Y yo doy gracias á Dios (continúa el hipócrita) porque conserva en la tierra esta Iglesia única por medio de un constante milagro. El cual por sí solo demuestra que nuestra fe es verdadera, pues esta Iglesia nunca se apartó de la verdadera fe en ninguna de sus enseñanzas.»

Dígasenos, ¿podrian hablar mejor San Ambrosio, ó San Agustin, ó Suárez, ó Melchor Cano sobre la infalibilidad pontifical? ¿Y el que habla así es el próximo futuro jefe del Protestantismo, cuya primera negacion es la de la autoridad doctrinal del Romano Pastor?

Compárense ahora estas protestas de ciega sumision con los destemplados arranques de independencia que vinieron después. Habló, en efecto, el Papa en 18 de Junio de 1520, y luego se vió claro que aquella su mansa ovejuela no lo era

más que en apariencia. El lobo empezó á manifestarse en su horrible verdad. Una verdadera erupcion volcánica de libelos arrojó su furor contra Roma. Aquel hijo sumiso no hablaba ya de su Padre más que llamándole Anticristo.

«Como ellos me excomulgan á mí, yo les excomulgo á ellos.» Así escribia pretendiendo juntar lo blasfemo á lo bufon.

«El Papa es un lobo poseido del espíritu maligno, escribia poco después; es necesario juntarse de todas las villas ó lugares contra él. No hay necesidad de esperar sentencia del juez ó autoridad del concilio: no importa que los reyes ó césares peleen en su favor: el que hace la guerra á las órdenes de un ladron, en su daño pelea.»

Se le pedia por el Papa que retractase varias proposiciones que ya antes habian sido condenadas en el hereje Juan Hus, y le contestó: «Todo lo que Vos condenais en Juan Hus lo apruebo yo; y todo lo que Vos aprobais lo condeno yo. Ahí teneis la retractacion que me habeis exigido. ¿Quereis más?»

Vaya, discurra ahora el lector imparcial sobre estos datos, que otros le irémos dando después. Diga cualquiera, sea católico, sea incrédulo. Bástanos quiera ser medianamente racional. Ese hombre ó mentia ante el público y ante su conciencia y ante Dios cuando protestaba deber reconocer la autoridad doctrinal del Papa, ó mentia cuando declaraba después no deber reconocerla. ¿Un plazo de breves meses bastó para que sus convicciones variasen tan radicalmente en punto tan fundamental? ¿El solo hecho de su condenacion iluminóle de tal suerte, que para él no fuese ya verdad lo que poco antes con tales protestas defendia? ¡Ah! ¿Cómo se llama un hombre así en el lenguaje usual de las gentes honradas? ¿No se le llama sencillamenta embustero y trapalon? Pues esto y nada más es el famoso apóstata á quien va á levantar estatuas y á cantar himnos la protestante Alemania.

Sí, embustero y trapalon. O lo era cuando se declaraba obligado á la obediencia, ó lo era cuando se creia autorizado para no prestarla. O lo era cuando decia sí, ó lo era cuando decia nó. De todos modos, conste que no una firme conviccion desde el principio adquirida y luego tenazmente profesada, sino arrebatos de orgullo, despiques de amor propio, furores de resentimiento infernal, fueron los primeros ci-

mientos en que hizo descansar Lutero su mal llamada Reforma.

Como siguió en esta su rabiosa empresa lo irémos exponiendo, ó mejor, nos lo irá exponiendo él mismo en los próximos capítulos.

V.

Más pinceladas de mano maestra en el retrato de Martin Lutero.

Roto ya el dique de todo pudor, sacudido el freno de toda vergüenza, Lutero dió suelta á todos sus furores contra el Papa y su autoridad de un modo que en lo grosero y brutal no tiene parecido en la historia de ningun otro hereje. Ya no es un teólogo más ó menos extraviado, ya no es un polemista más ó menos impetuoso; es un energúmeno de taberna, á quien emborracha el odio, para que no sepa ya guardar clase alguna de moderacion y ni siquiera de social comedimiento. Esos Luterillos en miniatura que andan por ahí entre nosotros pregonando las lindezas de la tolerancia moderna, vean de quién desciende en línea recta todo ese artificioso sistema de hipócritas mansedumbres con que quieren embobarnos, vean cómo las entendia aquel su malvado progenitor.

«El Papa, decia, está lleno de diablos, escupe diablos, suena diablos por las narices, c... diablos.»

«Paulito mio (escribe en otra ocasion á Paulo III), Papita mio, borriquito mio, véte despacio, mira que está pelado el suelo, te romperás una pierna, te quedarás cojo y dirán las gentes: ¿Qué diablo es éste? ¿Cómo se ha puesto cojo este pequeño Papalin?»

«Un asno sabe que es asno (decia en otro lugar), una piedra sabe que es piedra; y estos asnos de Papalines no saben que son asnos.»

Y más abajo añade:

«El Papa no puede tenerme á mí por asno, pues sabe

muy bien que por la bondad de Dios y por una gracia particular suya (¡blasfemo!) yo soy más sabio en las Escrituras que él y que todos sus asnos.»

Formas tan cultas y galanas de discutir y de hacer la propaganda eran las usuales en todos los escritos de Lutero contra sus enemigos. Lo cual no es de extrañar si bien se mira, pues esto no es más que tascar y cubrir de sucio espumarajo el freno del anatema que el desdichado sentia con harto dolor sobre sí. Más rara es otra cosa, y es la siguiente.

Este fogoso apóstol de la Biblia sola y del libre exámen y de la negacion de toda autoridad doctrinal, perdia igualmente los estribos de la buena educacion y del sentido comun, cuando álguien se atrevia á hacer uso contra su dictámen de aquella misma libertad de pensar que á la cuenta dicen ha traído él al mundo de nuestros dias. Es caso original. Lutero se alzó contra el Papa, mas no fué sino para arrogarse él mismo todo el lleno de la autoridad y de la infalibilidad pontificias. Y las ejercia con implacable dureza y virulencia sobre sus infelices adeptos, que habian caído en la inocentada de creer en la paradoja del libre exámen de las Escrituras. Del patriarca de los modernos revolucionarios deben de haberlo aprendido sus actuales hijos ó descendientes, los cuales no vociferan y truenan contra el despotismo y las dictaduras sino para hacerse ellos los más déspotas y dictadores. ¿Quién suele haber por ahí más grosero despreciador de todos los fueros de la humana conciencia, que esos eternos y empalagosos panegiristas de los imprescriptibles é indiscutibles é inalienables derechos de ella? Lutero era así, y no es de maravillar lo hayan tomado después de él como aire natural de familia todos sus discípulos. Oigámosle á él mismo otra vez.

«Sabed (dice en una cuestion á sus contrincantes), sabed que en adelante no me dignaré concederos el honor de permitir que vosotros ó los Angeles mismos del cielo (!!!) juzgueis de mi doctrina. Nadie censure mi enseñanza, ni los mismos Angeles, porque estando yo cierto de ella, quiero por ella juzgaros á vosotros y á los Angeles.»

¡Valiente, infame é indiscutible se presenta ya desde el principio ese señor librepensador, padre y maestro de to-

dos los librepensadores que hoy más que nunca presumen de su infalibilidad é indiscutibilidad!

Mas sigamos. Oid lo que á Erasmo escribia nuestro famoso corifeo de la libertad de pensar:

«Deponed todas las armas que os suministran los antiguos ortodoxos, las escuelas de los teólogos, la autoridad de los concilios y de los Pontífices, el consentimiento unánime de tantos siglos y de todo el pueblo cristiano; nosotros no admitimos más que las Escrituras, pero de tal suerte (óigase bien al librepensador), que *sólo nosotros* tenemos autoridad cierta para interpretarlas.»

¿Qué tal? Pero aún pasa más adelante, y formula con mayor crudeza su propia infalibilidad.

«Lo que nosotros interpretamos, eso entendió el Espíritu Santo; lo que dicen los demás, aunque sean muchos, aunque sean sabios, nace del espíritu de Satanás.»

¡Ah! ¿Creían nuestros lectores ser cierto aquello que dicen por ahí de que Lutero fué el importador del libre exámen en religion?

VI.

La vida sucia del reformador. El «quid» de la cuestion.

Lo más elocuente de la biografía de Lutero, aunque, por ser lo más sabido, es lo que causa menos impresion, es lo relativo á sus escandalosas costumbres. Al orgulloso hereje, que pretende tener razon contra Dios, suele Dios humillarle de esta manera, dejándole de tal suerte de su mano que se rebaje él mismo á la condicion de bestia. Así se ha visto que casi todos los corifeos de doctrinas perversas han acabado por ser monstruos de corrompidas costumbres. Y no acertamos ciertamente á resolver lo que ha sido más frecuente en la historia, si los casos en que la lujuria ha producido la herejía, ó los casos en que la herejía ha dado como natural fruto suyo las abominaciones de la lujuria. Esa como ley

providencial é histórica no podia faltar en Lutero, y en efecto no faltó.

El Reformador, tan escandalizado por la relajacion de su siglo, y tan tremendo en sus invectivas contra los vicios *en teoría,* tuvo para corregirlos *en la práctica* una singularísima manera de reformar. Y fué mantener la cosa y quitarle el vocablo; suprimir el nombre del vicio y legalizarlo con el de una virtud, y luego autorizarlo y como canonizarlo con su ejemplo. No puede negarse que fué ingeniosa la invencion, y sobre todo... cómoda para el inventor y para sus adeptos.

Veámoslo.

Eran grave mal en su época, como en otras, los desórdenes de una parte del clero y la vida poco observante de ciertos monasterios. Los Santos habian clamado contra eso con eterna importunidad. No se expresó jamás Lutero sobre este punto como hicieron San Bernardo, Santo Domingo y San Buenaventura. Pero estos verdaderos reformadores segun el espíritu de Dios, entendieron como se debia el grande oficio de reformar, y jamás legalizaron el vicio, antes lo mismo con obras que con palabras, tronaron continuamente contra él.

Lutero, quejoso de que no se respetasen los santos votos, empezó por declarar que los votos eran absurdos, y que la exacta observancia de ellos era imposible. Horrorizado por la incontinencia de algunos de sus hermanos, va y saca de su monasterio á una infeliz monja, por él antes seducida, y cásase sacrílegamente con ella, declamando contra el celibato religioso.

Detengámonos en este punto, que marca el más alto grado de desfachatez y cinismo de nuestro famoso heresiarca.

Lutero, en relaciones ya de mucho tiempo atrás con la desdichada Catalina Boré, no se atrevia, sin embargo, á casarse públicamente con ella. El ridículo de este final de comedia, como así lo llamó el nada escrupuloso Erasmo, atemorizaba á nuestro héroe más que su esencial y sacrílega inmoralidad. Sus mismos amigos, tolerantes con su libertinaje, preveian el desprestigio que habia de acarrear á toda

la secta un paso de tal calibre. Sin embargo, estaba de Dios, ó mejor del diablo, que el falso Reformador habia de llegar hasta este punto, y llegó. A los cuarenta y cinco años de edad el ex-fraile fué marido de la ex-monja. El mismo discípulo suyo Melanchton sintió «el placer que iba á dar con eso á sus enemigos, ávidos de motivos para acusarle;» y añade «que le veia á él después de su casamiento muy triste y desconcertado por esta mudanza de vida,» y termina diciendo «que se esforzaba en consolarle.»

Y realmente no habia para menos. Nunca se ha visto á nadie caer desde las alturas de la austera profesion religiosa á los charcos de un concubinato más ó menos legalizado, pues nunca es otra cosa el llamado matrimonio de un cristiano que con votos perpetuos se consagró anteriormente á Dios; nunca, digo, se ha visto extravío como ese al que no acompañasen muy en breve las torturas del más horrible remordimiento y las tristezas del más espantoso desencanto. Nó, que no son permitidas al enlace sacrílego las dulces y suaves alegrías del *honorabile connubium,* como lo llama San Pablo; y sí sólo los furores de la lubricidad y las inmundicias del más degradante libertinaje. Un religioso apóstata no legaliza su irregular situacion dando la mano á una mujer, como se la pudiera dar un hombre honrado; no hace sino descubrir muy más al desnudo su infame torpeza. El Lutero antiguo, como todos los modernos Luteros sus imitadores, fué ejemplo viviente de esta verdad.

¿Qué fué sino la confirmacion de esto aquel dicho ya proverbial en su tiempo, segun el cual un dia de orgía se llamaba un dia á la luterana, y aquel *hodie lutheranice vivemus* con que en Alemania se solia expresar esta idea?

¿Qué significa esta oracion burlesca que citan los mismos autores protestantes como original de Lutero, y que da la medida del pestilente epicureísmo de su corazon: «Oh Dios, por vuestra bondad, proveednos de vestidos, de sombreros, de capas y capotes, de terneros bien cebados, de carneros, bueyes y cabritos, de muchas mujeres y de pocos hijos; pues comer y beber bien es el único modo de no fastidiarse.»

¿Qué significan aquellos infames *coloquios de sobremesa,* que se tenian entre Lutero y algunos de sus más íntimos,

cada noche en la posada del *Águila negra*, donde se reunian diariamente á beber cerveza esos apóstoles de la Reforma, digno cenáculo de tal apostolado; coloquios que se han impreso como curiosidad bibliográfica, y que no puede leer sin rubor el hombre más acostumbrado á obscenidades literarias?

¿Qué significa, por fin, aquella doctrina sentada por Lutero, en oposicion á todo lo que enseñaron siempre los filósofos cristianos y aun los más eminentes del paganismo; doctrina refutada por el ejemplo de tantos varones que áun en la ley natural hallaron alguna vez medio de ser castos y continentes, doctrina á la que si por un lado nos mueve á sacar aquí á la vergüenza el interés de la verdad, nos vedan por otra parte traducir los fueros no menos sagrados del pudor? Es ésta: *Ut nemo potest cibo vel potu carere, sic fieri nequit ut aliquis à muliere abstineat.* Con la sublimisima razon que para probarla se alega, y es la siguienre: *Causa hæc est, quia in utero mulierum concepti, eo aliti, inde nati lactati et educati sumus, ita ut caro nostra majore in parte mulieris caro sit, et sic plane fieri nequit* (¡concluyente demostracion!) *ut ab eis separemur.*

¿Qué significa, repetimos, todo esto, sino el hondo cenagal de torpezas y carnalidades en que se revolcaba el inmundo Reformador, y el afan de justificarlas en alguna manera?

VII.

Ultimos perfiles del asqueroso cuadro. Contradicciones.

Acabarémos de redondear la repugnante figura que estamos perfilando, con algunos rasgos sueltos que nos la hagan ver más y más de relieve.

Se ha querido presentar mil veces á Lutero como padre y apóstol de las ideas de libertad, hoy tan entronizadas en el mundo. Nada menos que eso. Lutero es en su sistema tan fanáticamente fatalista como el más atrasado mahometano.

Una obra suya contra el libre albedrío del hombre se titula como por irrision: *Del siervo albedrío,* y tiene conceptos como los siguientes: «Es imposible que nadie sea libre sino Dios. La presciencia y providencia hacen que todo suceda por una inmutable, eterna é inevitable voluntad de Dios, que lanza sus rayos y hace pedazos toda voluntad libre. El libre albedrío es un nombre vano. Dios obra en nosotros el mal lo mismo que el bien. Dios es causa no menos de la traicion de Judas que de la conversion de San Pablo.» Vean, vean tambien de quien directamente descienden nuestros incansables voceadores de ¡Viva la libertad!

¿Se presume que era Lutero hombre superior, ilustrado, despreocupado como diríamos ahora, muy por encima de lo que se llama por ahí vulgares y mujeriles supersticiones? ¡Ca! Este hombre no se avergüenza de publicar que tuvo conferencias nocturnas con el diablo, que disputó con él más de una noche sobre el valor del sacrificio de la Misa; describe el espanto que en uno de estos lances se apoderó de su corazon, sus trasudores y estremecimientos, los fuertes argumentos del demonio, que le convenció de la inutilidad del Santo Sacrificio, su abrumadora y contundente manera de disputar.» ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Dignísimo precursor de nuestros actuales espiritados ó espiritistas!

Se aprecia hoy mucho lo que se llama consecuencia y firmeza en la propia opinion, más que sea ésta horrendo y garrafal disparate. Pues bien. El pobre Lutero profesaba con tan floja conviccion las suyas, por más que andaba muy pagado de ellas, que una vez en que quisieron discutírselas sus discípulos, les amenazó con retractar de un momento á otro cuanto hasta entonces habia enseñado, sólo por el placer de dejar á los que hasta entonces le habian seguido con un palmo, como se dice, de narices. Óigase la frase, que es rara por lo desvergonzada: «Si os empeñais en hacer las cosas por medio de esas comunes discusiones, me desdeciré sin titubear de cuanto he escrito y enseñado; tenedlo entendido: haré mi retractacion y os abandonaré.» ¿Qué nuevo apóstol es ese, y qué berrinches y pataletas de niño mal educado?

Por muy independiente y muy liberal pasa este infeliz en la historia que de él han hecho á su modo y manera los lu-

teranos. Mas la historia veraz y sin trampantojos nos dice, al revés, que era el ente más servil y rastrero que cabe imaginar. El celebérrimo lance con el Landgrave de Hesse lo prueba del modo más elocuente. Este lujurioso Príncipe no se contentaba con su propia y legítima mujer de sangre real; pareciale muy engorroso tener que llevar y traer en sus viajes esposa de tal alcurnia con todo el tren y aparato correspondiente á su cuna. Vínole á la imaginacion que podia eso arreglarse tan honradamente teniendo varias mujeres como se tienen varios trajes y varios coches: una oficial y para los dias de ceremonia, otra más comun y casera y por decirlo así de uso diario y familiar. Y parecióle que, pues él apoyaba con todas sus fuerzas la entonces naciente secta de Lutero, éste no debia andar escrupuloso en concederle esta insignificante libertad. Hubo sus negociaciones más ó menos secretas, y por fin el Príncipe presentó en forma su demanda. Reuniéronse bajo la presidencia de Lutero los doctores protestantes, y acordaron otorgar al «virtuoso Landgrave» lo que al parecer pedia con tanta necesidad. El acuerdo que firman, después de Lutero, Melanchton, Bucero, Corvino, Adam, Leningue, Vintferte y Melanther, es vergonzoso y consta en todas las historias, y nosotros por respeto á nuestros lectores nos guardarémos de trasladarlo aquí. Empiezan por sentar en él los teólogos luteranos, que es de ley la unidad del matrimonio, y que no pueden sancionar públicamente *(publice)* ese dualismo que se solicita. Mas luego establecen tales excepciones que vienen por completo á destruir dicha ley. En virtud de ellas se le concede al Landgrave casarse con segunda mujer viviendo la primera, á condicion de que lo haga muy secretamente, sabiéndolo solamente él y su contrayente y las personas más indispensables, todo bajo sigilo de confesion. ¡Ellos que habian abolido la confesion y de consiguiente este sigilo! En virtud de este acuerdo autorizó Lutero la poligamia, y Felipe tuvo como legítimas dos mujeres á la vez. Es verdad que para que le concediesen al escrupuloso Príncipe estas libertades, habíales él prometido á sus serviles teólogos recompensárselo muy bien. «Que me concedan, dice, lo que les pido en nombre de Dios, á fin de que pueda yo vivir y morir contento por la causa del

Evangelio y emprender con más ardor su defensa. Yo haré por mi parte cuanto me ordenen conforme á la razon, bien sea que me pidan *los bienes de los monasterios,* bien alguna otra cosa semejante.»

¡Los bienes de los monasterios! ¿Qué tal? ¡Buen precio de la conculcacion legal del sexto mandamiento era esa legal conculcacion del séptimo! Dato curioso para la historia de la desamortizacion.

VIII.

Cómo acabó Lutero y cómo anda hoy su obra.

Basta de Lutero, que ciertamente cansados estamos ya de revolver cieno é inmundicia.

No fué feliz en su criminal empresa el heresiarca; el castigo de su apostasía empezó ya en vida para él, como á tales monstruos suele acontecer. Muy antes del juicio definitivo de Dios le atormentaba ya con los horrores del infierno su propia conciencia. La historia ha conservado y transmitido á la posteridad horribles palabras suyas que marcan como con sello de anticipada reprobacion los últimos dias del inmundo apóstata. Una carta de Lutero escrita en 1530, es decir, poco antes de su muerte, contiene esta frase que arroja torrentes de luz sobre el estado de su alma desventurada: «Cuando nada tendrémos que temer, cuando nos habrán dejado en paz, podrémos, dice, corregir nuestros embustes, nuestros engaños, nuestros errores.»

Sombrío es por demás y hasta terriblemente dramático aquel episodio de los últimos tiempos de su vida que nos han cuidado de referir los propios autores protestantes. Una noche, dicen, se hallaba en una galería de su casa el impío ex-fraile con su desdichada cómplice Catalina Boré, la cual para distraerle algun tanto de sus lúgubres presentimientos hacíale observar la magnificencia del cielo estrellado. «¡Hermosa luz! (exclamó de repente el infeliz), mas no se ha he-

cho para nosotros.—Pues qué (repuso con viveza Catalina), ¿acaso nos hemos de ver privados del reino de los cielos?—¿Quién sabe? (contestó Lutero con un suspiro), quizá sí, en castigo de haber abandonado nuestro estado religioso.—Será, pues, preciso (dijo la ex-monja) tornar á él.—¡Ah! nó, nó (replicó Lutero): es tarde ya: el carro está ya demasiado hundido en el atolladero.»

Ayudaba á la negrura de su corazon el estado cada dia más embrollado de su obra. Vivia aún el fundador del Protestantismo, y ya nadie se entendia en él, tales y tantas eran las disidencias que por fruto natural engendraba la nueva doctrina. Lutero habia creído posible sustraer el mundo de la autoridad del Papa, para subordinarlo á la suya propia: achaque obligado de todos los proclamadores de libertades acabar por erigirse en dictadores. Mas el principio del libre exámen, por él erigido en criterio fundamental, es incompatible con cualquier linaje de subordinacion doctrinal ó jerárquica, y sucedió lo que forzosamente debia suceder. Cada uno de los discípulos del heresiarca alzó luego bandera por su cuenta y se erigió en maestro. Melanchton, Zuinglio, Beza, que fueron sus predilectos alumnos, no se contentaban ya con murmurar de su dogmatizador, sino que públicamente disentian de él y discutian sus fallos y le refutaban. A los pocos años era el Protestantismo, no ya una secta, sino un hervidero de sectas, que se odiaban á muerte y que llegaron á entregarse mutuamente al brazo seglar y á los cadalsos. De los delirios del maestro no quedó como fórmula comun más que el odio á Roma y el título meramente negativo con que quiso apellidarse la secta, esto es, Protestantismo. Y tantas fueron las sucesivas modificaciones de la doctrina, tantas las nuevas sectas que como en incesante generacion espontánea iban brotando cada dia de aquella corrompida gusanera, que el doctísimo Bossuet creyó hacer é hizo realmente del Protestantismo la más decisiva refutacion con sólo exponer la *Historia de sus variaciones*. De ella hemos tomado nosotros los datos principales de esta reseña, y allí puede acudir el que desee ver acotadas todas sus citas. Bossuet lanzó hace dos siglos al rostro del Protestantismo los autos de este proceso, y el Protestantismo no los ha contestado aún.

¡Pero la obra de Lutero, se dirá, permanece todavía! Es verdad ó es mentira esta afirmacion segun en qué sentido se la considere. Es verdad, si se mira únicamente en Lutero el acto de rebelion y protesta: sí, éste dura y crece cada dia y ha de tardar en acabarse, puesto que durará como el mundo. Mas esta no es propiamente la obra de Lutero, sino la del primer antecesor suyo, la del primer protestante, Luzbel, que protestó en los cielos contra la autoridad de Dios. Bajo este concepto Lutero no fundó obra nueva, no fué sino un continuador de la rebelion antigua, que ha tomado distintos nombres segun han sido en cada siglo distintos sus corifeos y representantes. Eso queda de la obra de Lutero, eso que poco después de él se llamó jansenismo, un poco después filosofismo, hoy dia liberalismo y socialismo, y que mañana no sabemos cómo se llamará, pero que es seguro se llamará con un nombre ú otro, siendo la misma cosa de siempre, bien que variando temas y divisas segun la oportunidad. Eso queda del Luteranismo, eso queda y eso quedará hasta la hora del juicio final.

Mas de lo que Lutero ideó para oponer como doctrina nueva á la doctrina católica que intentaba derrocar, ¿qué es lo que hoy dia permanece en pié? Un nombre, un vano nombre, y apenas nada más. ¡Ah! sí, nos olvidábamos: quedará una estatua que Alemania, la racionalista y la panteísta y la librepensadora Alemania le acaba de alzar. Mas ¿quién de los que han alzado la estatua cree hoy dia en las doctrinas teológicas que quiso implantar en el mundo el funesto héroe representado en ella? Hay una estatua más de Lutero, pero ¿dónde están los verdaderos luteranos? ¿Dónde los fieles creyentes en la infalibilidad de las Escrituras que él puso por piedra fundamental del nuevo sistema? ¿Dónde los que crean en la interior ilustracion individual del Espíritu Santo para su exámen é interpretacion? ¿Dónde los que profesen el dogma de la fe sola purificante, ó siquiera el fundamental de la divinidad de Jesucristo? Todo esto ha desaparecido del mundo, y sólo se halla ya en las bibliotecas para estudio del historiador. Lo que hay, en su lugar, es un haz de pueblos separados de la comunion católica, pueblos de los que cada dia brillantes ú oscuras individualidades tor-

nan á Roma en demanda de la antigua fe. Menudean las conversiones, y sólo las infinitas que se han obrado de medio siglo acá formarian la mejor epopeya para celebrar dignísimamente el contracentenario del infausto reformador. Oficialmente hay un poderosísimo imperio que se llama luterano, porque con algun nombre se ha de llamar, pero que no es más que un coloso racionalista, orgulloso y altivo por nuestros pecados y para castigo de ellos, como lo fué un dia el de los turcos, como lo fué otro dia el de Napoleon, pero al que como á ellos derribará á la hora menos pensada con la menor y más baladí piedrecilla el dedo del Señor, cuando llegue la hora de sus misericordias.

Dejemos entre tanto que se diviertan alzando estatuas á su ídolo ó á su símbolo los que por no creer en nada ni creen en eso mismo que intentan perpetuar. Bien hacen, á fe. Creen perpetuar su memoria, y nos ayudan á nosotros á perpetuar su ignominia.

¡SANTIAGO!

¡SANTIAGO!

I.

Un gratísimo suceso, de los que señalan fecha en la historia de las naciones, ha tenido lugar recientemente en nuestra España, y marca con signo especial el año de 1885. En él se ha concedido por nuestro Santísimo Padre extraordinario jubileo en celebridad del hallazgo y canónica autentizacion de las preciosas reliquias de nuestro glorioso Apóstol y Patron Santiago que largos siglos habia permanecian en incierto lugar de la antiquísima Basílica de Compostela, por más que la tradicion asegurase siempre sin vacilar su existencia en aquel famoso Santuario. Hoy se ha roto el arcano, y se ha disipado de repente la oscuridad de luengos siglos en que yacia envuelto tan precioso tesoro; hoy graves estudios de crítica arqueológica é histórica, de acuerdo con los datos más venerables de la tradicion eclesiástica y popular sancionada con el supremo fallo de Roma, nos permiten repetir á voz en grito que España, la católica España, sigue siendo el lugar del mundo providencialmente escogido para sepultura del mayor de los hijos del Zebedeo, del Hijo del Trueno, en frase del Salvador, del primer Maestro de España en la fe de Cristo, del símbolo más expresivo de nuestra creyente y guerrera nacionalidad.

¡Santiago! Se acerca su anual fiesta de Julio, y este nombre simpático y de singular atractivo para la España católica y tradicional va á repetirse este año entre nosotros, sus hijos, con mayor y más ardiente entusiasmo.

¡Santiago! El pueblo español ve el tipo más adecuado de su modo de creer y de sentir en ese Apóstol de su fe, que es á la vez el paladin de sus batallas; en ese Santo á caballo que ostenta á la vez la esclavina de peregrino y la espada de soldado; que sostiene en alto la bandera de España coronada con la cruz, y abate y destroza bajo los cascos de su corcel los turbantes y media luna de la vencida morisma.

¡Santiago! Encierra esta palabra como el santo y seña de todas nuestras guerras de Religion, que lo han sido casi todas las de España desde San Hermenegildo hasta nuestros dias; es por tanto como un poema de recuerdos de los que vive aún, bien que oprimida por la pasajera victoria de la Revolucion, la España verdadera, la España antigua, la España de Cristo-Rey, la España que anhelamos—¡y lo conseguirémos con el favor de Dios y por la intercesion de su Apóstol!—¡sea la España de hoy, la España de mañana! ¡sí, católicos amigos mios! ¡la España de hoy, la España de mañana y la España de siempre!

Desde la gloriosa Basílica que cobija su sepulcro en Compostela se ha hecho oir ya la convocatoria de su venerable Prelado, eco de la más solemne con que desde el Vaticano abrió este período la del propio Vicario de Cristo. Y han recorrido ambas todo ese viejo solar de España hasta sus más apartadas colonias, y en todos los pechos católicos han repercutido con fuerza y han hecho presentir como la aurora de un porvenir más halagüeño para nuestros más caros intereses. ¿Quién sabe, ha exclamado en el fondo de su apenado y agobiado aunque nunca acobardado ni rendido corazon todo buen español de nuestros dias, quién sabe si éste es el poderoso y ya acreditado auxiliar con que en momentos tan críticos se presenta á intervenir el cielo en nuestros combates para convertirlos en inmarcesibles triunfos? ¿Quién sabe si hoy, como en los siglos de nuestra reconquista, es éste el adalid celestial cuyo brazo ha de decidir el duelo formidable entre la fe de España y la actual morisma, que es

la infernal Masonería? ¿Quién sabe si para los actuales momentos, que son indudablemente los momentos más congojosos de nuestra fiera lid, ha reservado el cielo la aparicion de este divino aliado, con cuya renovada devocion se mantenga más firme la fe de los buenos, se avergüencen de sus fementidas transacciones los flojos y cobardes, y empiecen á sentir el desaliento y confusion de su inevitable derrota los enemigos de nuestra fe, que han sido en todos los siglos los únicos verdaderos enemigos de España?

Unas pocas páginas vamos á ocupar en este asunto que dedicamos... á todos los españoles. A los buenos, como hemos indicado, para su consuelo; á los malos y á los amigos de éstos para su vergüenza. Mas de un modo especial lo dedicamos á la benemérita porcion de nuestro pueblo que en la vanguardia del ejército cristiano vive ocupada en los santos combates de la Propaganda católica y del Apostolado seglar; á esa falange, juvenil casi toda ella, que en nuestros Círculos y Academias y periódicos es en medio de las amarguras presentes la más digna de esculpir en su escudo y de bordar en su bandera el lema gloriosísimo de Santiago, de quien más que nadie parece haber heredado el espíritu magnánimo y el indomable valor!

II.

De Apóstol armado y de Santo á caballo hemos calificado al glorioso Patron de las Españas, y á poco que se considere se verá muy claramente que no es sólo en nuestros cuadros y estampas donde así se representa, sino que es ésta en realidad la más perfecta y adecuada personificacion de la fe de nuestro pueblo. La fe del pueblo español, más que la de otro alguno, puede en efecto llamarse con toda propiedad fe militante: esto es lo que nos ha caracterizado siempre y nos caracteriza aún hoy dia; esto es lo que hace incomprensibles á gran número de extranjeros la mayor parte de las páginas de nuestra historia, no menos que ciertos sucesos y ciertas

actitudes de la España católica actual. Empiécese, empero, por sentar este principio que es como la clave de todo; principiese por reconocer que somos y hemos querido siempre ser herederos y discípulos de un Apóstol armado y de un Santo á la jineta, y tenemos descifrado todo el enigma de nuestra al parecer extraña nacionalidad.

Aquí se implantó la fe, como en todas partes, no con la persecucion contra los enemigos de ella, sino con pródigo derramamiento de sangre de sus primeros adeptos. No hay nacion en el mundo que nos haya ganado en esa hermosa y fecundísima cosecha de Mártires: hojeando la seccion española del Breviario y del Martirologio, se ve que apenas hay sede episcopal de la Península ibérica cuyos cimientos no se hayan amasado con la sangre de su respectivo fundador y de sus primeros hijos por más de tres siglos. Una sola ciudad de España (y por cierto la que escogió Santiago por primera etapa de su predicacion) se ha visto obligada á llamar *los innumerables* á sus Mártires, por no poder expresar de otro modo los que en un solo dia vió entregar á la cuchilla de sus tiranos. Aquí más que en otra region alguna, más tal vez que en la propia Italia, se cebó el odio del paganismo moribundo contra la naciente cristiandad: aquí permitiólo sin duda la Providencia para que fuese mayor después con eso la firmeza y vigor de nuestra raza católica; que cierto cuanto más azotado por vientos y olas debe ser un monumental edificio, tanto se procura no escatimarle los macizos sillares sobre que ha de apoyarse toda su fábrica. Lujo de Mártires con horrenda variedad de suplicios forma, pues, el suelo, por decirlo así, do se asienta la Iglesia española: sus primeros hijos dieron gustosos esas prendas de su lealtad y valor, para que si en siglos posteriores se veía la España en la dura necesidad de derramar ajena sangre para defender la unidad de su fe, apareciese bien claro que tenía para eso perfecto derecho, pues era este un tesoro por cuya adquisicion habia antes principiado por derramar hidalgamente toda la suya. A filo de espada podia muy bien defenderse delerror la que á filo de espada en buena y honrosa lid con el error se habia ganado la victoria.

Estúdiense á la luz de estos principios, que son aún en lo

humano de la más perfecta equidad, lo que se llama la rebelion de San Hermenegildo y de los suyos contra los arrianos; la lucha tenaz é intolerante de siete siglos contra los moros; la tan decantada fiereza de la Inquisicion contra la herética pravedad; la expulsion primero de los judios y después de los moriscos de nuestro suelo; nuestra guerra de la Independencia y las demás hasta nuestros dias, todas de carácter exclusivamente religioso, como han reconocido nuestros propios enemigos, y dígasenos luego si esta fe armada no es, por decirlo así, la nota característica, el rasgo saliente de nuestra nacional fisonomía; dígasenos si podemos retratarnos de otro modo sin que nos salga infiel el retrato; dígasenos si podemos querer ser hoy y en adelante de otra suerte sin que resultemos bastardos ó por lo menos hijos degenerados de nuestra antigua cepa. Que no hay más que un modo de ser españoles, y es serlo á la española; ni hay más que un modo de ser herederos de Santiago, y es ser legítimos hijos de este nuestro Patron; ni cabe en lo racional querer gloriarse con los blasones de este nuestro abolengo, y desmentirlos en la práctica renegando villanamente de todo lo que ellos significan.

El hecho es éste, y ni católicos ni racionalistas pueden desconocerlo, porque seria querer negar la evidencia de la historia. Diferencias en el modo de apreciar este hecho puede haberlas y las hay: los católicos hacemos de él nuestro primer título de gloria: los impíos y los malos católicos (que allá se van) hacen de él motivo de oprobiosas acusaciones á nuestra patria y á nuestra raza. Pero en el hecho convienen todos. Ahora bien: ¿es este hecho, glorioso blason de que debemos enorgullecernos, ó fea mancha de que podamos sonrojarnos y de que debamos hoy corregirnos? Más claro, y á tenor de lo que exige el suceso que en este mes vamos á celebrar: ¿debe la España católica gloriarse de serlo como le enseñó Santiago, ó debe, para dar gusto á degenerados y á bastardos, enmendarle, por decirlo así, la plana á su glorioso Progenitor?

Ya ven nuestros amigos qué curioso tema de actualidad nos va surgiendo como por encanto de la recien descubierta tumba de Santiago. Seguirémos desarrollándolo en los próximos capítulos.

III.

Nuestra antigua España, la España de la tradicion y de la fe de Santiago, trae, á juicio del racionalismo y del semiracionalismo modernos, la gran mancha de haber defendido en todos tiempos á filo de espada aquella su fe y tradicion. Y á los fieles herederos de ella se nos echan en rostro muy frecuentemente análogas acusaciones. Examinemos hoy este punto, que es de gravísima importancia, como que marca tal vez el único verdadero motivo de disentimiento entre nosotros y gran número de nuestros adversarios.

¿Puede un pueblo que está en posesion de la verdadera fe que ha adquirido entre los horrores del martirio, defender por todos los medios convenientes esta posesion contra cualquier clase de enemigos que intenten perturbarle en ella?

Creemos que basta formular de esta manera la pregunta, para que espontáneamente aparezca en labios de toda persona de buen sentido formulada la respuesta. Sí, puede. O mejor aún y más categóricamente. No sólo puede, sino que debe.

Y la razon está á la vista. La fe de un pueblo no es ciertamente el menor de sus títulos de gloria ó el menos precioso de sus heredados blasones. Pueblo católico y que á través de combates mil ha logrado la suerte de ver realizada entre sus hijos la unidad católica, puede querer y debe querer transmitir sin menoscabo á sus hijos esta joya, que constituye su integridad moral, como la conservacion de sus fronteras constituye su integridad territorial. Por la independencia de su suelo y de sus leyes y de su administracion civil puede guerrear un pueblo, y debe en casos dados arrostrar la muerte el buen ciudadano, ¿y no ha de poder á su vez por lo que constituye la prenda más segura de su felicidad en esta vida y el único medio de realizar su último fin en la eternidad? Se estima con razon el porvenir del comercio, y se levanta un país en armas contra otro país rival antes que

admitir imposiciones que en este ramo le perjudiquen: se estima el honor del pabellon, y todos los sacrificios de dinero y de sangre no se juzgan desproporcionados para lavar su afrenta; ¿y tan sólo ante el riesgo de lo más excelente que tiene el hombre, que es la fe de su alma, se le quiere dotado de una impasibilidad y resignacion que en todo otro asunto se motejarian de indiferencia y cobardía? Su bolsa y la honra de su familia puede defender, arma en ristre, cualquier buen cristiano contra el bandolero que las asalta, ¿y el derecho de no ser molestado en el ejercicio de su culto y de sus creencias no ha de poder defenderlo un pueblo, con todos sus medios de resistencia nacional, contra un invasor, sea quien sea, que intente arrebatárselo?

Tanto es así que, ó hay derecho para la guerra en este caso, ó no le hay en ninguno. Y apelamos á todos los tratadistas de derecho público internacional, paganos ó cristianos, hasta el advenimiento al mundo de la presente herejía liberal.

Bien hizo, pues, el glorioso San Hermenegildo en levantarse en armas con los españoles católicos de su tiempo contra la tiranía arriana, que personificaba en el trono visigodo nada menos que su propio padre Leovigildo. Bien hizo, y pereció á consecuencia de aquella lucha, y mártir le ha declarado la Iglesia de Dios.

Bien hicieron todas aquellas generaciones de héroes que desde Covadonga á Granada lucharon siete siglos contra el moro, sin otra razon que ser enemigo de su fe, pues á no serlo no hubieran vacilado en admitirle pacíficamente, y fuera esta una raza más en este país, donde tantas otras razas anteriormente se habian connaturalizado. Pero eran los árabes enemigos de la fe cristiana, y con ellos no podia ni debia ni supo tener avenencia ese pueblo de firmes y denodados creyentes. Y la Iglesia ha canonizado en cierto modo esta resistencia nacional en la institucion de la fiesta de la Aparicion de San Jaime, en la del Triunfo de la Cruz, en la de San Raimundo abad de Fitero, en la de San Fernando de Castilla y en otras que seria prolijo enumerar.

Bien hizo más tarde el pueblo español en pedir y erigir, contra la inminente invasion luterana y contra los insidiosos

manejos de moriscos y judíos, el santo y saludabilísimo tribunal de la Inquisicion, que no fué sino una nueva forma jurídica de resistencia nacional al error, contra el cual se habia luchado en los campos de batalla desde los albores de nuestra historia. El ojo del inquisidor no era más que el ojo del pueblo fiel, siempre en guardia para denunciar cualquier enemigo de su fe que quisiese entrar en sus dominios; y el brazo secular que apoyaba al religioso Tribunal y ejecutaba sus fallos no era más que el brazo armado del pueblo español, que de esta suerte queria conservar incólume su más glorioso patrimonio.

Bien hizo, por fin, en nuestro propio siglo este mismo pueblo, aún no bastardeado por el Liberalismo, alzándose como un hombre solo contra las invasoras huestas francesas, únicamente porque eran impías, que no las hubiera hostilizado si no hubiesen venido con bandera revolucionaria, como no las hostilizó poco después cuando vinieron con bandera de católica restauracion. Hicieron bien Gerona, Tarragona y Zaragoza prefiriendo sucumbir entre ruinas á admitir la paz con los enemigos de su Dios; hicieron bien los del *Dos de Mayo* y los del *Bruch* en oponer sus pechos, á falta de otros muros, á los arcabuces y espadas del tirano, y por mártires de la fe nacional tenian nuestros padres al que moria en tal lid, religiosa más que política, como las demás que en nuestra patria desde entonces han tenido lugar.

Bien hacemos, pues, los herederos de la fe y de las tradiciones de la antigua España, en mantener y querer que perpetuamente se mantenga este muro de hierro entre nosotros y los hijos francos ó rebozados de la moderna Revolucion. Y á falta de otras armas (que no todos los tiempos son á propósito para ciertas maneras de guerrear), bien hacemos en conservarnos alejados de todo lo que de cerca ó de lejos huela á resabio liberal; opuestos diametralmente á todas las doctrinas y procedimientos de ese bando; inflexibles, inquebrantables, en este combatido reducto de la vieja fe española, donde ondea aún, aclamada por millares de leales, la bandera católica pura, la bandera de nuestros padres, la bandera de Santiago.

Esta bandera, tan amada de todos los buenos como abo-

rrecida é infamada de todos los malos, se llama... ¿por qué no hemos de decirlo con el propio nombre con que éstos pretenden deshonrarla y que nosotros con orgullo aceptamos? Se llama intransigencia.

IV.

Si de veras queremos honrarnos con poseer en nuestro suelo la gloriosa sepultura de Santiago, con especial ahinco hemos de procurar no se entibie en nuestros corazones el ardor de la católica fe, que tan insigne Apóstol nos vino á traer. Y mucho menos hemos de permitir nos engañe el exagerado amor á la paz y á las condescendencias, hasta hacernos verdaderos tránsfugas ó desertores de tan hermosa bandera. De ella ¡oh dolor! apostató años há una parte de nuestra nacion para abrazar extrañas novedades, y el empeño del enemigo comun es que sin cesar se vaya continuando esta obra de infame apostasía, religiosa y nacional, que nos haga de cada dia menos católicos y á la par menos españoles. Mas otra buena parte de este mismo pueblo, gran parte, la parte más numerosa todavía de él, resiste con sin igual entereza así á la seduccion del halago y del sofisma como á la imposicion y á la amenaza, y con sublime terquedad, que es el carácter distinto de su heroica raza de mártires y soldados, mantiene hoy ¡todavía hoy! frente á frente de la Revolucion en todas las esferas triunfante, el inflexible *Non possumus* que aprendió de su madre la Iglesia Romana. Eso desespera al enemigo; eso enciende en rabia infernal á los más ó menos encubiertos amigos de él; eso es ocasion de farisaico escándalo á cuantos afectan no comprender todo el valor de esa nacional protesta. Eso hace de nosotros un pueblo original, típico, sin parecido en el desdichado mundo de nuestros tiempos; eso hace de nosotros, no los árabes de Europa, como ha dicho un escritor, sino los únicos y verdaderos cruzados de ella, como ha dicho mejor el insigne Padre Faber.

«¡España! ¡España! pais de eterna cruzada,» ha exclamado con acento de noble envidia el célebre ascético inglés, y hemos de convenir en que la tal fórmula es verdaderísima, áun más que gráfica y elocuente. Que fiera cruzada es la que sostenemos hoy dia, rodeados por do quier de enemigos que, ó insidiosamente ó al descubierto, quieren robarnos los últimos girones de nuestra cristiana nacionalidad. Fiera cruzada es en que luchamos cada dia y cada hora, cuerpo á cuerpo, en todos los sitios y con todas las armas, sin que descanse el brazo ó cese el grito más que para llevar el pan á la boca y alzar la angustiada súplica al trono de Dios. Y como aquellos fieles israelitas ocupados en la reconstruccion de su templo y ciudad, ceñidos juntamente para la faena y para el combate, levantaban con una mano los muros y tenian con la otra en alto la espada para defenderlos de las incesantes correrías de los incircuncisos, así el buen español de hoy. En casi todas las demás naciones, si no se rinde la plaza, capitula por lo menos con el sitiador. Sólo hay dos pueblos en el globo en que se tiene por un crimen mentar siquera la palabra capitulacion, y los dos hablan una misma lengua, como profesan una misma fe: España y el Ecuador. El Ecuador ha logrado ya la victoria, gracias tal vez á la sangre de García Moreno que sobre su brecha murió. España la alcanzará indefectiblemente, gracias á la sangre de tantos hermanos de aquel mártir, que no han dudado verter toda la suya generosamente por idéntica causa. Causa que no es la de la monarquía ni la de la república, y la prueba de ello es que lo mismo y con iguales caractéres se ventila en repúblicas que en monarquías; sino que es la causa de Dios. Aquí y allí ha sido más recio que en otra parte alguna el embate masónico: aquí y allí ha de ser, con el divino favor, más espléndida la victoria.

V.

Pocos dias nos separan de esta hermosísima solemnidad que el calendario de España apellida todavía nacional. Ya en vísperas de ella, vamos á poner fin á las sencillas reflexiones que este año nos ha sugerido el hallazgo de las preciosas reliquias de nuestro Santo Patron.

España ha recibido de Santiago el tesoro de su católica fe, y el ejemplo de cómo y con qué firmeza y ardor debe á todo trance defenderla de cualquier clase de enemigos. Este es el resúmen de cuanto sobre esta materia dejamos ligeramente apuntado en los anteriores capítulos. La consecuencia puede ahora sacarla por su cuenta cada uno de nuestros lectores. Tampoco harémos aquí más que insinuarla. Es la siguiente. Que los españoles de hoy hemos de procurar la conservacion de *todo* ese depósito sagrado que de tal Apóstol hemos recibido: y que para hacer verdadera y efectiva esta conservacion de *todo* él, es preciso defenderlo y defendernos con el mismo espíritu y con los mismos procedimientos que el gloriosísimo Apóstol nos dejó enseñados.

Ninguna otra nacion tiene ese privilegio que tiene la nuestra: el de que el Apóstol que la adoctrinó en la fe haya querido personalmente intervenir tantas veces en el decurso de su historia para ayudarla en su conservacion. Predicó Santiago en España, y volvió á Jerusalen, donde fué martirizado; pero poco después, por singular muestra de predileccion, volvia á nuestro suelo conducido por misteriosa navecilla su sagrado cuerpo. En repetidas ocasiones se aparece á nuestros ejércitos en el ardor del combate y decide en su favor la victoria. De las cuatro partes del mundo recibe en su sepultura el honor de una continua universal peregrinacion, sólo comparable á la que rodea en Roma diez y nueve siglos há la tumba de Pedro y de Pablo. Y si después queda perdida la exacta noticia del sitio donde descansan las sagradas reliquias, nunca se pierde la fe de que tales reliquias permane-

cen en nuestro suelo, hasta que hoy, en mitad de nuestras zozobras y desfallecimientos, vuelve como á repetirnos el cielo el milagro de su aparicion con el descubrimiento que celebramos.

¡Oh! Sin duda hay algo, hay mucho de providencial en esa serie de misteriosas circunstancias. No tiene duda para nosotros esta afirmacion. Si de nuevo se nos aparece Santiago á los católicos españoles, no es para ser vencidos, es indudablemente para vencer. Señal cierta de ciertísimo triunfo para todo lo que personifica la causa de Dios en esta noble tierra, es hoy la repentina aparicion de nuestro agitado campo de batalla del primero de nuestros Apóstoles y paladines. ¡Reaparece Santiago al frente de las huestes cristianas de España: España otra vez se salvará! De nuevo será debelada la morisma que nos oprime, que es hoy la pérfida Masonería; de nuevo volverán á ser de Dios nuestros campos y ciudades, ondeando sola y señora la santa Cruz en todas las instituciones patrias que hoy señorea el satánico triángulo, como antes señoreó la odiosa media luna; de nuevo serán de Cristo-Rey pueblos y reyes, gobernados y gobernantes, milicia y clero, armas y leyes, letras y artes, cobijado por la amorosa sombra de la Iglesia, todo eso que envuelven hoy en sus tenebrosas redes la logia y el club. Este fué el pasado de España, y éste es su ideal presente, y éste su anhelado porvenir. Por tal reinado íntegro de Dios libró todas sus batallas antiguas, y libra todas las de hoy, y seguirá librándolas sin cansancio ni descanso hasta plenamente reconstituirse sobre tal base y fundamento. ¡De Cristo somos y de Cristo queremos ser y de Cristo hemos de ser por todos los siglos de los siglos!

Sobre la tumba recien descubierta del Apóstol de nuestra fe y del Caudillo de nuestras batallas ponga esta súplica el dia de su próxima fiesta todo buen español desde su respectiva region ó provincia. Nos veda lo calamitoso de los tiempos una peregrinacion nacional imponente, inmensa, que hubiera sido el verdadero testimonio de la fe de España ante las aras de Compostela. Mas ya que esto no sea posible, hágase de solos corazones este nacional homenaje, y no quede uno de los leales que no lleve el suyo á esa fervorosa rome-

ría, para depositar á los piés de Santiago el memorial de necesidades que acabamos de reseñar.

¡Cuando un dia celebren regocijados nuestros descendientes ante esa tumba gloriosa la victoria que ahora nosotros con llanto y gemido vamos á implorar ante ella, no se olvidarán, nó, de los que en las presentes horas de amargura tuvieron, si no el inefable consuelo de verla, por lo menos el heroismo de saber dignamente esperarla!

EL PEOR DE NUESTROS MALES.

EL PEOR DE NUESTROS MALES.

I.

Introduccion. Razon de este opúsculo.

UÁL será, amigo lector, entre los muchos que tiempo há nos afligen? ¿Acaso esta oposicion sistemática con que los poderes del mundo se esfuerzan en contrarestar á la Iglesia de Dios poniéndose en todo de parte de sus enemigos?

¿O por ventura la corrupcion de costumbres, que amenaza convertirnos en sucio pueblo de bestias, haciendo que ya apenas se halle niñez inocente, ni juventud sensata, ni ancianidad juiciosa?

¿O quizá esa universal vergüenza de practicar el bien, ese necio *què dirán*, que hace á los buenos, aliados de los malvados, sólo por el temor de desconceptuarse en su opinion?

¿Tal vez el desenfreno de la prensa? ¿Tal vez el desbarajuste escéptico de la enseñanza? ¿Tal vez el horrible poder de las sectas secretas?

¡Ah! Todavía hay un mal sobre estos males, una calamidad peor que estas calamidades, un enemigo más funesto que todos estos enemigos.

Bajito, muy bajito lo diré á mis amigos para que no lo oigan nuestros enemigos; lo diré con gran vergüenza en el rostro y con gran pena en el corazon. Es nuestra ignorancia, nuestra grosera y supina ignorancia en cosas de Religion.

Que un militar no sepa de cosas de guerra, ó un médico de casos de medicina, ó un abogado de legislacion ó pleitos, no me asombra tanto como que un católico casi nada sepa del Catolicismo. Y ¿para qué ocultarlo? En España muchos de los católicos nos hallamos en esta situacion.

Y cuenta que no me refiero á aquellos infelices que conservan de nuestra santa Religion únicamente el carácter indeleble del Bautismo, viviendo en lo demás como perfectos librepensadores, ó á lo menos como absolutamente indiferentes. Hablo sólo de los que no han renegado todavía de su fe; de los que conservan aún amor á los prácticas cristianas; de los que no permitirian por ningun precio otra educacion para sus hijos que la rigurosamente católica; de los que van á Misa todos los dias de guardar y cumplen puntualmente los demás preceptos de la Iglesia. Hablo, en una palabra, de la porcion escogida, *pusillus grex*, á quien puede y debe darse con toda justicia y exactitud el honorífico dictado de pueblo fiel. Pues bien. Sí, señor; áun de estos afirmo que no tienen por lo comun la instruccion religiosa indispensable en nuestros tiempos, ni siquiera muchas veces la que fué necesaria en todos á cualquier cristiano.

Me ha movido á tratar este punto, al que dedicaré algunos capítulos, una cartita de uno de nuestros amigos de provincias, persona á quien supongo de excelentes intenciones, pero para mí absolutamente desconocida, en la que quejándose de esta general ignorancia me cita dos casos recientemente ocurridos, que darian mucho que reir si no diesen tanto que llorar. No citaré pormenores, pero se reducen en sustancia á unos buenos católicos de clase ilustrada, que pretendian de su párroco nada menos que la repeticion del sacramento del Bautismo, á fin de que pudiese servir de madrina una señora que andaba quejosa de que no se hubiese pensado en ella á su hora. Y otro de una familia tambien de clase acomodada, que le pedia á un buen sacerdote

celebrase Misa en su oratorio particular, no pareciéndole inconveniente para el caso el que el tal sacerdote se hubiese ya desayunado. De estos dos casos se nos citan nombres, fecha y localidad.

Ahora bien; si en lo más llano y vulgar hay tan crasa ignorancia, ¿qué será en lo más elevado y menos conocido? Ya en otra ocasion decíamos acerca de esto: Preguntad á muchos hombres de carrera literaria y áun de título académico sobre el misterio de la Inmaculada Concepcion de María, que es el más popular en nuestra España, y de cada cien de ellos más de los noventa os responderán confundiéndolo con el de la perpetua virginidad de la Madre de Dios. Hablo por experiencia. Pues ¿qué será si preguntamos sobre misterios más intrincados? Aun las respuestas materiales del Catecismo se olvidan á poco de haber dejado la escuela, y no se vuelven á recordar en toda la juventud; y cuando ya en edad madura se oyen recitar á los niños y á los nietos parécenles á muchos cosa absolutamente desconocida de puro olvidada. Hombres de mundo, ¿os pasa ó no os pasa así?

Y no obstante, es cierto que hay una parte de la Religion, tan esencial, que sin el conocimiento de ella es imposible obtener la salvacion eterna; y que hay otra parte que, aunque no indispensable para la salvacion, debe saberse, porque está mandado que se sepa. Y no lo es menos, que la mayor parte de las cuestiones que hoy se tocan en público, y se tratan en periódicos y en parlamentos y en clubs y en tertulias, son cuestiones religiosas; y que es lastimoso y vergonzoso que un católico deba escuchar mudo los ataques que sufre su fe, por la triste razon de que, á pesar de ser la suya, el infeliz no sabe defenderla. Decidme, lectores imparciales, ¿no os habeis hallado más de una vez en esta bochornosa situacion?

Voy á hacer, pues, en estos breves capítulos un llamamiento á vuestro buen sentido para que deis á la instruccion religiosa de vosotros y de vuestras familias la importancia que realmente en sí tiene esta urgente necesidad de nuestra época. Ya lo veis, no he vacilado en apellidarla el peor de nuestros males. Quien ahora tenga por exagerada la

expresion, tal vez la encuentre aún floja al acabar de leer los presentes párrafos. Porque me propongo hacer ver la gravedad de este mal, el provecho que saca de él el infierno, las mil calamidades públicas y privadas á que da orígen y ocasion, y sobre todo la suma facilidad con que pudiera remediarse, si los católicos quisiésemos. Nadie ignora el cuidado que ponemos en que nuestros escritos sean siempre muy prácticos y muy oportunos. El asunto que hoy emprendemos tendrá aún más que otros estas cualidades. ¡Quiera Dios añadir á nuestras pobres reflexiones la eficacia y fecundidad de su divino impulso!

II.

Por qué llamamos á la ignorancia religiosa «el peor de nuestros males.» Ojeada sobre el presente estado del pueblo español.

Para comprender hasta qué punto es exacta esta expresion aplicada á la general ignorancia en materias religiosas que deploramos en nuestros dias, bastará considerar lo que es la Religion y lo que es el hombre sin su precioso auxilio.

La Religion es á la vez luz para el entendimiento, fuerza para la voluntad, consuelo para el corazon. Luz para el entendimiento, porque le enseña lo que debe saber el hombre sobre su divino orígen, sobre su eterno fin, sobre los medios para alcanzarlo. Fuerza para la voluntad, porque la ayuda poderosamente á obrar conforme á estos medios; la estimula, si anda tibia; la despierta, si está dormida; la levanta, si sucumbe cansada; la sostiene, si se postra desfallecida. Consuelo, finalmente, para el corazon, porque como quiera que en este camino hay dificultades que vencer y enemigos que combatir, todo combate y toda victoria supone sufrimiento, persecucion, agonías de muerte, y, por lo mismo necesidad de consuelo.

De donde se sigue, que la Religion es para el hombre la satisfaccion de las mas apremiantes necesidades de su espí-

ritu; la necesidad de saber, la necesidad de obrar, la necesidad de ser consolado.

Ahora bien. Imaginad un hombre que por su culpa, ó por la ajena, se halla privado de estos tres elementos de vida moral, y considerad si puede darse en la creacion criatura más lastimosamente miserable.

«¿De dónde vienes? le pregunta á cada paso su conciencia, que es un preguntador impertinente y molestísimo en sus interrogatorios.—¿Y qué sé yo de dónde vengo?» No puede dar otra respuesta el infeliz que se halla privado de la única luz que puede alumbrarle en tan oscuro asunto.

«¿A dónde vas? prosigue la implacable preguntona,—¿Y qué sé yo á dónde voy? Por de pronto parece que voy á donde van todos. Al cementerio.—¿Y después?» ¡Horrible palabra! Aquí la duda, aquí el cruel torcedor, aquí los temerosos presentimientos envueltos tal vez en una negacion impía y blasfema que el labio se esfuerza en pronunciar, pero que el corazon se obstina en no querer admitir. Y luego á todas horas aquel tremendo *¿Si será verdad?* siempre punzando, siempre mordiendo, entre los negocios, entre los placeres, entre la embriaguez del poder!... ¡Ah! ¡no estar seguro del último fin! ¡Y todo por no querer preguntárselo á quien lo sabe: la Religion!

Y faltando esta luz al entendimiento, claro está que no ha de ser abundante la fuerza en la voluntad, ni el consuelo en el corazon. Todos obramos por lo que sabemos, aunque no siempre conforme á lo que sabemos. Pero de todos modos, si áun conociendo el bien dejamos algunas veces de practicarlo, ¿lo practicará quien de todo punto lo desconozca? ahí está la experiencia para responder.

¿Creeis que se blasfemaria tan horriblemente de Dios, creeis que se estaria llenando á todas horas de inmundicia su nombre benditísimo, si se tuviera de la Divinidad la alta idea que tiene el hombre instruído medianamente en Religion? ¿Creeis que no se le helaria la asquerosa palabra en los labios á quien supiese lo que significa la palabra augusta que profana? No tenemos formado concepto tan desfavorable del pobre corazon humano, para que le creamos tan cínicamente perverso. Nó, es imposible que quien maltrata así á su

Dios sepa de él que es su Criador, su Padre, su Conservador, su Providencia, su constante centinela de vista, su Juez inexorable, su eterno castigo. No saben lo que hacen, podemos decir, repitiendo la compasiva disculpa del Divino Jesús para con sus verdugos. No saben lo que hacen. Pero decidme, ¿no es ya muy criminal ese mismo hecho de no saberlo?

Aplicad igual reflexion á tantos y tantos otros casos en que la Religion tiene que deplorar excesos y extravíos de sus hijos. Si veis, por ejemplo, escarnecido por las turbas al sacerdote, ¿pensais que aquellos infelices tienen del ministro de Dios la idea altísima que debieran? Si el templo católico ha sido objeto de profanaciones y vilipendios que no hubiera recibido de turcos y judíos, ¿no adivinais que lo debe á que no se tiene de la Casa del Señor y de su sagrado carácter el concepto elevado que enseña la Iglesia? Los que con tanta facilidad se avienen á consorcios reprobados por Dios y malamente colorados con el título de matrimonio civil, ¿obrarian tan á la ligera si comprendiesen la gravedad del público amancebamiento?

Las revoluciones de nuestro siglo, estos espantosos atentados públicos que destrozan la Europa moderna, y que prometiendo cada dia una regeneracion la conducen de nuevo á la antigua barbarie, nó, no hubieran sido posibles en su orígen, ni lo fueran hoy en su desarrollo, sin ese desastroso auxiliar que las ha favorecido en todas partes; la ignorancia religiosa. Sólo así ha sido fácil hacer perder á nuestro buen pueblo su primitivo carácter dócil, al par que noblemente altivo; sólo así se le ha podido convertir en juguete de insensatas ambiciones de unos y de desastrosos ensayos de otros; sólo así han podido hallar prosélitos en el corazon de Europa y en pleno cristianismo máximas y sistemas á que nuestros abuelos no se hubieran dignado contestar más que con una sonrisa de compasion ó de desprecio.

Ocúrrenos sobre esto una reflexion que arrojará mucha luz sobre la materia de que tratamos. Ha sucedido en nuestra última revolucion religiosa un hecho que á primera vista parece incomprensible. Éramos antes de ella un pueblo católico; la unidad religiosa no sólo estaba consignada en nuestras leyes, sino que era en realidad observada por nues-

tro buen pueblo. A nadie se le ocurria que fuese posible casarse, ni registrar el nacimiento de sus hijos, ni dar sepultura á los restos de sus finados más que del modo tradicional católico que usaba la Iglesia. Los más avanzados en sus proyectos no habian salido aún de esa órbita católica que en España se creia eternamente invariable. España es católica, se decia, y sobre esto ya nadie admitia discusion. Pues bien. ¿Qué pasó? Estalló la revolucion, sobre la cual en su parte política no queremos permitirnos una palabra siquiera. Estalló la revolucion religiosa, y de un golpe nos plantamos ¿dónde dirán Vds.? ¡Friolera! Nada menos que en el más descarado ateismo; más aun, en la *guerra á Dios*, poniéndonos de repente mucho más adelante en impiedad que ninguna otra nacion de Europa. Y adviértase que no fué esto solamente delirio de unos pocos. Nó. Personajes desgraciadamente muy célebres debieron su funesta celebridad á estas bravatas ateas, y fueron en breve caudillos de numerosa hueste, y alcanzaron triunfos electorales gracias á la *guerra contra Dios* francamente inscrita en su candidatura; y eso en la católica España, en la España que dos años antes de hecho y derecho no conocia ni reconocia otra religion que la católica, apostólica, romana. ¡Qué rareza tan incomprensible! ¡Siempre ha de ser nuestra patria el país de los fenómenos y anomalias! ¿Todo ha de pasar aquí de distinto modo que en otros puntos? ¿Cómo en tan poco tiempo anduvimos tan largo camino? ¿Cómo no guardámos etapas ni gradaciones para llegar á ese abismo de impiedad?

Estudiando un poco este punto hallamos una explicacion bastante satisfactoria, sin por esto excluir otras concausas, en nuestro estado de ignorancia religiosa. La revolucion del 68 sorprendió á nuestro buen pueblo en la práctica de su fe, práctica viva en algunas partes, en verdad, pero en otras muchas muerta y rutinaria; oíase Misa, celebrábase el Patron, asistíase á las procesiones, recibíanse los Sacramentos indispensables; pero como todo esto no estaba sostenido en muchos por la conviccion, sino por meras costumbres heredadas y practicadas inconscientemente, bastó la voz ardorosa de un agitador para que viniese todo al suelo con lamentable ruina. Suponed que el pueblo español al lado de la práctica

de su fe, hubiese tenido por medio de la instruccion la razon de ella, que hubiese comprendido la significacion de sus fiestas, el sentido de sus ceremonias, el valor de sus Sacramentos, ¡ah! no le hubieran hecho vacilar en su vieja creencia las declamaciones de cuatro insensatos mas ó menos elocuentes. No hubiera caído el Ayuntamiento de una inmortal ciudad en el disparate de invitar al impostor protestante á asociarse á las fiestas de la Vírgen del Pilar, ¡qué rasgo! pues hubiera sabido que los protestantes niegan el culto de María; ni hubieran otros pedido á un Cura párroco que bendijese con el ritual y el hisopo un repartimiento socialista de bienes particulares, ni por Semana Santa hubiera sido sacada en procesion la Vírgen de las Angustias con gorro frigio que bordó para ella un devoto federal, quizá no en son de burla, sino creyendo hacer un acto de singular piedad.

¿Quién negará que lo que más campea en medio de esa tela de horrores y ridiculeces es la suma ignorancia de nuestro pueblo? Perversidad se ha visto y mucha, pero con ella sola no se explican tan extraños contrastes ni tan fabuloso incremento del mal. Ceguedad ha habido más que otra cosa. Ceguedad hija principalmente de nuestra espantosa ignorancia. La ignorancia ha sido aquí el auxiliar de la falsa ciencia en su obra demoledora; la ignorancia es quien ha allanado á la corrupcion todos los caminos; por la ignorancia hemos estado á pique de dejar perecer entre las ruínas de nuestros templos los mas preciados recuerdos de nuestra fe. Ignorancia que es mayor en los grandes centros de ilustracion que en los montes y valles apartados. Ignorancia que no conocen los que miran de las cosas sólo el agradable barniz exterior, pero que palpan muy dolorosamente los que por su ministerio se ven obligados á meter muy en los adentros su mano en las heridas de esta corrompida sociedad. Tanto es así, que creemos firmemente que desaparecerian casi del todo nuestros actuales dolores, si se consiguiese que los hijos de nuestro pueblo alcanzasen todos de Religion siquiera las más indispensables nociones.

III.

Deplorables efectos de esta calamidad. Fáciles triunfos de los incrédulos.

Entre los muchos males que ha producido entre nosotros la ignorancia religiosa, uno de los más visibles y principales es la importancia que á sus expensas ha tomado la impiedad. Si esta anda en nuestros dias tan pagada de su civilizacion y de sus luces, ufanándose y pavoneándose, y pretendiendo monopolizar los pomposos nombres de filosofía y de ciencia, débelo á la frecuente ignorancia del pueblo católico tocante á las verdades de la Religion. Nuestra pequeñez hace á menudo parecer gigantes á esos pobres enanos; nuestra insuficiencia viene á ser el pedestal de su pretendida sabiduría.

Vedles en casinos y cafés, en paseos y carruajes disertar á sus anchuras sobre Catolicismo y Protestantismo, sobre curas y sobre Papas, sobre dogmas y misterios, fallando sentenciosamente, calificando sin reservas ni atenuantes, despreciando ó insultando segun el humor del momento ó la índole de la cuestion. Su *ciencia* navega como orgulloso bajel viento en popa y á todo trapo, sin encontrar escollos ni torcer el rumbo. ¿Quién es capaz de medirse con este vigoroso atleta? ¿Quién se atreverá á luchar con el ilustrado orador? ¿Quién? ¡Ah! nadie por desgracia. Gracias que no se le sonria amistosamente, en muestra, si no de aplauso, al menos de afectada condescendencia. Y no obstante, hay allí cuatro, seis ó doce católicos que quizá lo son muy de veras, que asisten á la iglesia, y que tal vez frecuentan los Sacramentos. Tal vez hasta sienten en lo profundo de su alma intenso dolor por el vilipendio de sus más queridas creencias. Y no obstante, callan y disimulan, y se muestran complacientes. ¿Será cobardía? Algo puede haber de respeto humano; pero, digámoslo con franqueza, es la ignorancia

lo principal. Ya se ve. Se ha atacado allí la existencia de Dios, y aquel opulento comerciante no es capaz de desarrollar la prueba más sencilla de esta verdad fundamental. Se ha mofado la divinidad de Cristo, y aquel otro, que es abogado y sabe mucho de pleitos, no puede alegar las razones, áun las meramente historicas, que prueban el carácter divino del Salvador, porque no las sabe. Se ha sacado á plaza la autoridad del Papa, y aquel otro, médico por otra parte instruidísimo, nada ha podido aducir de lo mucho que pudiera sobre su origen y sus beneficios. Y el declamador impío ha quedado vencedor y triunfante, por aquello de que en tierra de ciegos el tuerto es rey, y no sólo él, sino muchos quizás de los que le oyeron habrán adquirido la firme persuasion de que el Catolicismo es cosa allá de pura rutina y buena fe, que se cree porque sí y nada más, sin pruebas que lo abonen, sin respuestas que oponer á sus adversarios, cuando en realidad es el sistema científico más vasto, más completo y más filosófico que haya podido ocupar jamás á la inteligencia humana. Y pasará por cosa ya juzgada y fuera de discusion que para ser filósofo es necesario ser incrédulo, que nada de lo nuestro puede resistir al exámen serio de la razon, que todo son tonterías y preocupaciones de viejas, y nada más. Y todo, porque el *sabio* impío no halló á su hora quien le cerrase la boca con una de las mil razones eficaces y decisivas que abundan en nuestros autores de controversia popular.

Habeis presenciado alguno de estos casos, ¿no es verdad? Pues bien. Haceos cargo de que como éste pasan todos los dias y en todos los lugares. No es posible entrar en fonda ó restaurant, ó simple posada de carretera, ó viajar en diligencia ó en ferrocarril, sin que al momento se presente la cuestion religiosa, porque los pobres impíos, sin duda por el escozor que les da, tanto como son enemigos de la Iglesia, son amigos de hablar á todas horas de ella. Pues bien. Si dejamos que en todas partes la Religion aparezca vencida, ¿extrañarémos su desprestigio y la salomónica vanidad de esos infelices caña-huecas que se creen invencibles sólo porque nunca hallaron quien les hiciese cara?

Y sin embargo, ¡es tan fácil cerrar la boca á tales infeli-

ces! Una simple aclaracion que se les exija de cualquiera de las palabrotadas que vierten muchas veces sin saber su significacion; una sola prueba que se les pida de los principios que emiten sentenciosamente; un solo reparo, una sola observacion, bastan para cortar el vuelo de aquellas águilas altaneras. Un solo libro de Segur que conociésemos á fondo, v. gr. el de las *Respuestas*, con ser tan sencillo, nos bastaria para dejar airosa la causa de la Religion en tales escaramuzas, en que por lo comun nunca se pasa de la superficie de las cuestiones.

Comian en cierto parador los viajeros de una diligencia, y uno de ellos llevaba la palabra haciendo gala de impiedad y desplegando torrentes de sabiduría y de elocuencia para probar lo absurdo de nuestros misterios. Su tesis favorita era la de tantos otros como él: «Yo, señores, no creo sino lo que comprendo.» Y lo apoyaba con tan peregrinas razones y chistes, y lo sazonaba todo con ademanes tan vivos, sueltos y desembarazados, que el auditorio parecia, no sólo convencido, sino admirado. Los argumentos al infeliz le parecian irrebatibles, puesto que nadie se los rebatia. Trajeron en esto una hermosa tortilla de huevos, y uno de los viajeros que sólo habia llamado la atencion por su silencio y por haberse acomodado en el último lugar, tomóla en sus manos, levantóla en alto, y dirigiéndose al sabio incrédulo le preguntó entre malicioso y risueño: «Dispense V., amigo mio. ¿Sabrá V. decirme la razon por que el mismo fuego que ablanda y derrite el plomo y el hierro, endurece los huevos como ve V. en esta tortilla?» Quedó silencioso el concurso ante tan extraña ocurrencia, y el interpelado contestó sencillamente que no lo sabia. «Pues bien, repuso el listo viajero. Ahí tiene V. un misterio que no comprende. De consiguiente, si son ciertas las doctrinas que V. nos predicaba poco há, no podemos creer en las tortillas, porque el hombre no debe creer lo que no comprende. Me parece, no obstante, que V. las comerá tan bonitamente á pesar de no comprenderlas.»

Quedó confuso y púsose de mil colores el aturdido paladin de la impiedad, y entre los aplausos y risotadas de la concurrencia se le dió por derrotado, y á la cuestion por ter-

minada. Una simple tortilla de huevos habia sugerido á un católico listo una eficaz comparacion, y habia sido el cañon Krupp que diera en tierra con todo el baluarte de aparentes razones de aquel desdichado. De seguro que en adelante anduvo más cauto en atacar la fe delante de personas desconocidas, por miedo á otra tortilla que deshiciese sus argumentos.

Una mediana instruccion en materias religiosas, una regular lectura de las obras más comunes escritas en defensa de la fe nos pondria fácilmente á todos en disposicion de volver tiro por tiro, con incalculables ventajas, á nuestros enemigos.

IV.

Si anduvo siempre tan atrasado como hoy nuestro pueblo en materias religiosas. Orígen del presente atraso.

Hemos someramente indicado la gravedad del mal que nos aflige; averigüemos ahora algo de su origen, ya que en tales enfermedades, conocido éste, tiénese ya mucho adelantado para encontrar el remedio.

¿Hemos sido siempre los españoles tan ignorantes en lo que concierne á nuestra fe? Por poco que conozca nuestra historia, podrá cualquiera responder categóricamente que no. Muy al revés: no habia pueblo que nos aventajase en ilustracion religiosa. Sí, señor, nuestro pueblo era más instruido que hoy. Los panegiristas de nuestro siglo me pedirán que les dé pruebas de esta verdad. No tengo reparo.

Abro los monumentos de nuestra literatura popular, y los hallo siempre impregnados de espíritu religioso y de ideas religiosas hasta el punto de que sólo con un conocimiento mas que regular de la Religion pueden ser entendidos. Nuestro *Cancionero sagrado* es un tesoro bajo este punto de vista. Durante largos siglos los cantares del pueblo español han sido casi siempre teológicos. Sobre la Concepcion de María,

sobre el Nacimiento del Señor, sobre el misterio de la Eucaristía, sobre la Pasion, sobre las vidas de los principales Santos se compusieron entonces coplas, romances, sonetos, glosas y villancicos que pueden estudiarse en cualquiera de nuestras ricas colecciones; y en ellos no son sólo notables lo gracioso de las formas literarias, sino mucho más que todo lo profundo de la idea teológica, el conocimiento claro de la fe, y la exposicion adecuada y exacta de ella. Si la literatura popular es siempre, como ha dicho un crítico, la mejor fotografía del pueblo, el pueblo español pareció durante algunos siglos un pueblo de doctores.—Pero, me diréis, no fueron escritas por el pueblo tales composiciones, sino por hijos de él, hombres de estudios y que no deben confundirse con la masa comun. Los mejores poetas, como Lope de Vega, Góngora y Calderon, se dedicaron á estos trabajos.—Está bien, amigos mios; concediendo que no fueron escritas *por* el pueblo, no me podréis negar al menos que lo fueron *para* él; lo cual me basta para la prueba de mi aserto. Nunca hubieran llegado á ser populares tales composiciones si no hubiesen sido perfectamente comprendidas; nunca hubieran sido comprendidas si el pueblo para quien se componian no hubiese poseido una suma de conocimientos religiosos que le hiciesen capaz de esta comprension.

¿Y qué dirémos de nuestro teatro? ¿Para quién se compusieron aquellos dramas exclusivamente teológicos, género literario privilegiado de nuestra nacion, con el nombre de Autos sacramentales? Representábalos Madrid en una de sus mayores plazas; pero el pueblo madrileño era el espectador, y la más olvidada aldea queria tenerlos en los dias de sus fiestas principales. El pueblo que los aplaudia y que por ellos se entusiasmaba, estaba sin duda suficientemente instruido para hacerse cargo de su complicadisimo argumento. De lo contrario hubiéranlos guardado los poetas únicamente para sus academias. Pues bien. Tales obras, á cuyo nivel se hallaba entonces la capacidad comun de nuestro pueblo, necesitan estudiarlas hoy con bastante detencion las personas de letras, y sólo con mas que medianos conocimientos teológicos se llega á comprender el profundo sentido de sus alegorías y personificaciones. ¡Qué pueblo, pues, habia de

ser el nuestro para quien era sencillamente una diversion lo que hoy necesita para nosotros detenidos estudios!

Nadie se avergüence, pues, de confesarlo: nuestros mayores, á quienes aventajamos en otras cosas no siempre buenas, nos aventajaban en ciencia religiosa; y gracias á la educacion esmeradamente cristiana que se recibia en casa; gracias á la instruccion que difundia por todas partes el propagandista más popular de todos, que era *el fraile;* gracias al esplendor de nuestro culto, que en gran parte no es sino la exposicion plástica y figurada del dogma, el pobre labriego, el humilde artesano de entonces poseian de la Religion y de sus misterios un conocimiento tal que haria salir hoy los colores al rostro á más de cuatro personas letradas.

¿Cómo han variado tanto los tiempos? ¿Qué extraño motivo ha hecho que, con mayor progreso de instruccion profana, coincidiese este lamentable retroceso en la sagrada? ¿Por qué con haber hoy indudablemente muchos más hijos del pueblo que leen, son indudablemente muchos menos los que saben? ¿Por qué raro contraste los grandes centros de ilustracion, donde son más fáciles los medios de aprender, son los más perjudicados de esta lepra de la ignorancia?

Problema es éste que no podria cumplidamente resolverse sin entrar en amplias consideraciones sobre el cambio social y político que en el presente siglo ha experimentado nuestra patria, consideraciones muchas de las cuales no son para tratadas en este lugar. Podemos, sin embargo, apuntar algunas sin inconveniente.

1.ª La menor influencia de la Iglesia.—Todo el afan de los hombres de Estado muchos años há es poner trabas y obstáculos á esta bienhechora influencia. La legislacion ha tenido la mira constante de excluir al clero de todas las instituciones. En la instruccion pública y en la beneficencia apenas si se le ha concedido un puesto secundario y humillante. Secularizar, esa ha sido la eterna manía de nuestros legisladores, sin advertir que en el último límite de esta secularizacion estaba el ateísmo. Y esta prevencion contra la Iglesia y los eclesiásticos se ha hecho más eficaz y práctica con las leyes desamortizadoras que, reduciendo al clero á la indigencia, le han privado de los elementos humanos indis-

pensables para sostener sus fundaciones de otros siglos. Además, una vasta conspiracion urdida donde todos sabemos, ha empleado mil plumas, mil lenguas, en satirizar al clero, en denigrarle, en calumniarle, en envilecerle á los ojos de la multitud, haciendo aparecer esta clase benemérita como el *bu* de las gentes, el espantajo del siglo, el tipo de toda inmoralidad y de todo atraso. Así ha logrado hacer sospechosa á muchos incautos la enseñanza clerical: así se ha conseguido desautorizar ante las masas la palabra del sacerdote; sólo así ha sido posible sustraer al benéfico influjo de la Iglesia á una parte de nuestro pueblo.

2.ª La desaparicion de las Ordenes religiosas.—El convento era en España la universidad del pueblo, y una biografía extensa de la mayor parte de los hijos de él que se han distinguido nos diria que casi todos debieron á un fraile los primeros pasos de su carrera. La instruccion catequística les estaba especialmente encomendada, y en sus Misiones la elocuencia del fraile era siempre la más popular. El clero seglar apenas basta hoy para la simple administracion parroquial, por lo cual la catequística popular, que casi exclusivamente desempeñaban los frailes, está poco menos que desatendida. Faltan estos catedráticos del pueblo, faltan los pobres Capuchinos que evangelizaban nuestras aldeas y ciudades, repitiendo á todas horas, á pobres y á ricos, el mismo programa siempre viejo y siempre nuevo, Dios, alma, cielo, infierno, etc., palabras duras pero saludables que podrán ofender á ciertos oídos delicados, pero sin las cuales no hay órden posible en esta vida ni salvacion posible en la otra. Gran falta hace hoy todo eso, porque eso es lo que llegaba al corazon de nuestro pueblo, eso le conmovia las entrañas, y le inspiraba generosos propósitos, y le hacia bueno y sano, y le guiaba en todos los pasos de su vida, y le inspiraba en todos los lances dudosos de ella, y serviale mejor que toda la ilustracion y filosofía con que quieren adoctrinarle hoy sus mentirosos regeneradores.

3.ª El abuso de las lecturas frívolas.—Nunca se leyó tanto como hoy, y nunca fué más inútil y desaprovechada la lectura. ¡Quisiera Dios que no fuese frecuentemente muy funesta! Pero aun cuando no la supongamos más que inútil,

es lo cierto que á ella se debe en gran parte la poca aficion que se tiene á las obras religiosas, en las cuales podria adquirir nuestro buen pueblo la instruccion que le falta. Lástima da ver al artesano consumir las escasas horas de sosiego que le deja su jornal en la lectura de un periódico ruin que le predica cada dia embrolladas cuestiones de política que nunca entenderá, ó cábalas de partido que á todos nos valiera más ignorar completamente. Doloroso es ver á la sencilla jornalera devorando con febril ansiedad una soez novela que llenará su imaginacion de irrealizables ensueños, y su corazon de culpables deseos ó de corrompidas emociones. Y entre tanto no se da una ojeada á aquel *Año cristiano* que constituía antiguamente las delicias de la familia, ni se lee la conmovedora historia de la Pasion, ni se recuerdan los más sencillos puntos del Catecismo. Aquellas lecturas producen los politicastros y las mujeres sentimentales; la lectura religiosa produciria honrados creyentes y madres de familia capaces de comunicar á sus hijos, no sólo la vida del cuerpo, sino la fe del alma.

V.

Otra de las causas principales del atraso actual: la supresion del domingo.

Una de las causas que á mi pobre entender han contribuído y contribuyen más directamente á la triste ignorancia del pueblo en materia de religion, es lo que no vacilaré en llamar la supresion del domingo. Sí, lectores mios, no os alarme la palabra, ni la creais exagerada. Muchos, muchísimos cristianos de nuestros dias han suprimido por completo el domingo. El domingo cristiano, el dia del Señor, el dia de descanso y de santificacion no existe de hecho para infinidad de católicos. Este dia lo habia consagrado la Religion al reposo del cuerpo, y al mejoramiento é ilustracion religiosa del pueblo. El egoísmo y la codicia lo han convertido en

un dia más de trabajo brutal, porque brutal y no racional es el trabajo que no consiente á su víctima una tregua para alzar los ojos al cielo.

Ampliemos algo más estas consideraciones desgraciadamente tan oportunas.

La Religion, al prescribir severamente el descanso del domingo, no se propuso únicamente el fin principal de la gloria de Dios por medio de la asistencia á los actos del culto, sino que, interesándose no menos por nuestro bien que por la honra divina, propúsose darnos un plazo libre de los cuidados groseramente materiales del cuerpo para que consagrásemos nuestra atencion única y exclusivamente á los intereses del alma. El trabajo, fuerza es decirlo, al paso que tiene por objeto hacer al hombre dueño y dominador de la materia, hácele entre tanto por de pronto su esclavo, pues si quiere dominarla y utilizarla, ha de empezar por servirla y consagrarse con ahinco á ella. La Religion quiere emanciparnos, siquiera veinte y cuatro horas cada semana, de esta enojosa dependencia, por lo cual ha dispuesto que á cada seis dias destinados casi exclusivamente para el cuerpo correspondiese un dia destinado casi exclusivamente para el espíritu. ¿Podrá parecer á nadie exagerada en favor de éste la distribucion? «En este dia, le dice la Iglesia, en este dia en que arranco el trabajo de tus manos, ó tu brazo de la máquina, ó tu rostro del polvo de la tierra, levántate, trabajador; alza los ojos al cielo, desata tus labios en alabanzas á Dios en el templo, escucha allí la voz de la Religion que te recuerda tus deberes, y los enseña por primera vez á tus hijos, y te instruye en mil verdades que ni como hombre, ni como cristiano, ni como ciudadano puedes desconocer. A par de esto, da expansion en tu corazon en los puros goces de la familia; acaricia á tus pequeñuelos, á quienes apenas puedes ver en los seis dias de la semana; quítale el polvo al buen libro que guardas en tu modesta librería, y lee á la familia que te escuchará embebecida sanos consejos, edificantes historias, consoladores ejemplos; sal á pasear espaciando tu corazon y tus ojos en el hermoso espectáculo de la naturaleza; déjate caer de regreso en la casa del pobrecito y del enfermo, que nada embellece con tan suaves matices la

espinosa senda de la vida como las flores de la caridad.» Esto dice al pueblo la Religion; ¿quién se atreverá á decir que se muestra en eso tiránica ó siquiera exigente? Pues bien. Mirad lo que pasa en muchas localidades. A primera hora del dia festivo ábrense las tiendas y talleres, sale el labrador á su cultivo, emprende la mujer sus ordinarias tareas, ni más ni menos que en lo restante de la semana. En vano llama la campana á la Misa y á la instruccion parroquial; el ruido de los negocios humanos la ahoga completamente para un sinnúmero de católicos que todavía persisten en llamarse tales, cuando en realidad no son sino pobres paganos. Al medio dia empieza á cesar la fiebre de la codicia; pero... ¡ay Dios! es para dar lugar á otra más peligrosa si cabe, la fiebre de las diversiones. Aquel católico de nombre, que ha pasado la mitad del dia de Dios en su fábrica ó en su comercio, se decide después de comer á vestirse para pasar la otra mitad en la taberna, ó en el café, que al fin no es más que la taberna ilustrada, ó en las salas de baile, ó en los espectáculos asquerosos. Y llega la noche, y con ella el fin del dia de Dios, convertido así en dia del diablo. Y se vuelve nuestro hombre á su casa para emprender seguidamente nueva semana, no con nuevo caudal de consuelos adquiridos en el templo para seguir arrastrando otros ocho dias la cruz de esta vida, no con nueva instruccion que aplicar á sí y comunicar á sus hijos, no con el pecho más desahogado y las fuerzas restablecidas, sino con un infierno de rencores en el corazon, perdido tal vez en el garito el pan de la familia, cansado y rendido el cuerpo por el abuso de los placeres, menos dispuesto á emprender otra vez el trabajo ordinario que cuando lo suspendió, más enemigo de Dios, más reñido con sus hermanos, más hastiado de su propia existencia. ¿Habeis observado, sino, que en las casas en donde no se observa la ley de Dios la hora de más disension y escándalo, la hora en que peor se trata á la mujer y más fatales ejemplos se dan á los hijos, es al anochecer del dia festivo? Consecuencias de haberlo hecho dia de pecado, cuando Dios lo instituyera para dia de santificacion. Y concretándonos al punto de vista principal bajo el que lo estamos considerando ahora, es decir, el de la instruccion religiosa, ¿cuánto y cuán-

to se ha perdido con la profanacion del domingo? La plática parroquial, el catecismo de los niños y niñas, la lectura del libro piadoso, la útil conversacion con la familia, todos estos medios de educacion popular católica se han visto desatendidos. No se echará de ver por de pronto el daño; fórmese, empero, una generacion bajo la influencia de lo que hemos llamado la supresion del domingo, y veréis lo que sale. ¿Acaso no lo estamos ya palpando?

En este sentido nos escribe un celoso suscritor de la *Revista,* profesor de enseñanza primaria en un pueblo del Alto Aragon. Es mucha verdad. Los males que deplora en su sentida carta no tienen seguramente otro origen que ese, la ignorancia religiosa á causa del desprecio completo del dia del Señor. Una frase suya lo dice todo sin necesidad de más explicaciones: «Nadie aquí observa el domingo.»

Ella nos ha movido á dedicar á este punto el presente capítulo.

VI.

¿Cómo oponer eficaz remedio á estos males? Indícanse algunos de suma eficacia.

—Pues bien, ¿qué hemos de hacer los que queramos hacer algo? exclamará uno de mis buenos amigos, convencido de la verdad é importancia de las consideraciones que le acabo de hacer en los anteriores capítulos. ¿Cómo oponernos á ese desbordado torrente de error que nos ahoga? ¿Cómo esclarecer esa densa niebla de preocupaciones y de ignorancia que trae poco menos que ciegos á la mayoría de nuestros hermanos?

¿Cómo, amigos mios? A Dios rogando y con el mazo dando, como dice nuestro viejo refran. Me explicaré.

Cierto que muchos de nuestros males, y sobre todo ese que he llamado el peor de todos, no puede curarlos de raíz el esfuerzo individual de ningun católico. No pende de nues-

tra voluntad la direccion general de las sociedades, la reforma de la legislacion, la extirpacion de los abusos introducidos en la enseñanza pública, la mayor influencia del clero en las masas populares, la restauracion de las Ordenes religiosas, etc. Poco pueden en este sentido (humanamente hablando) los trabajos aislados de tal ó cual escritor, misionero ó propagandista, por celoso que se le suponga. Pero ¿somos católicos ó racionalistas? ¿Creemos ó no creemos en la eficacia de la oracion? *A Dios rogando,* pues; es decir, á blandir sin descanso esta arma poderosísima, á importunar á Dios con el gemido humilde y perseverante, á forzar en cierto sentido las puertas de su misericordia para que se nos derrame abundante sobre tantas miserias. Mucho se escribe, mucho se perora, mucho se combate en todos sentidos, pero ¿están vivificados todos estos trabajos por el calor sobrenatural de la fe y de la oracion cristiana, ó son más bien cadáveres yertos y helados, movidos sólo por el frio naturalismo? Oraciones, pues, y esto en primer lugar.

Mas tras esto y junto con esto acordémonos de la segunda parte del refran: *Con el mazo dando.* Dios no nos ha ofrecido á todas horas su proteccion para justificar con esto nuestra indolencia y apatía. Quiere obrar ordinariamente en el órden moral, como obra ordinariamente en el órden físico, es decir, por medio de las causas segundas. Las conversiones repentinas, como la de San Pablo, son milagros, como la multiplicacion de los panes y peces. Lo normal y regular no son los milagros. Así como no nos concede cosechas sino mediante la siembra y el cultivo, ni nos sostiene la vida sino con la condicion de alimentarla, así quiere influir en el destino del hombre y en la marcha social por medio de nuestros trabajos de propaganda. Persuádanse de esta verdad *los hombres de bien,* que se contentan con no hacer mal á nadie, creyendo haber llenado con esta sola bondad negativa todas sus obligaciones. Sepan que faltan á su deber. Sí. La principal obligacion del hombre cristiano, además de abstenerse del mal, es obrar eficazmente contra él; que no es verdadero soldado el que sólo sabe estar á la defensiva, sino el queá su hora ataca con brio y desaloja de sus posiciones al enemigo atrincherado.

Aplicando á nuestro caso estas reflexiones es indudable que podemos hacer mucho y mucho en favor de la ilustracion católica de nuestros hermanos, y para librar los más que podamos del peor de todos los males, la ignorancia en materias de Religion. ¿Quieren nuestros amigos les indiquemos algunos puntos en que puedan desplegar su actividad y ejercer un verdadero apostolado compatible con su carácter seglar? A eso vamos. Sirvan estas indicaciones de epílogo á tan interesante asunto.

1.° Las escuelas nocturnas y dominicales. La enseñanza oficial desatiende en muchos puntos, no en todos, la instruccion religiosa. En otros la da averiada. Emprendamos los católicos la creacion de escuelas por nuestra cuenta, bajo la inmediata inspeccion del Cura párroco ó de un su delegado. En Inglaterra el Estado no tiene abierta una sola escuela donde puedan concurrir los católicos. ¿Sabeis cuántas ha abierto allí la iniciativa individual de nuestros hermanos? Ascienden á miles. Y compiten con las del Estado, y los padres tienen allí asegurada la fe de sus hijos al mismo tiempo que su educacion literaria y civil. Algo de esto se ha hecho en nuestra patria, desde que nos ha despertado algun tanto de nuestra modorra el látigo de la Revolucion. ¿Por qué no se hace más? ¡Vergüenza da decirlo! Porque hay católicos, eso sí muy católicos, que gastan cada año en diversiones, y tal vez en diversiones corruptoras, algunos miles de duros, y escatiman veinte reales al mes para el sosten de la escuela católica de su barrio. Y hay otros á quienes se les hace enojosa la vida en medio del fastidio de los placeres, que tambien los placeres fastidian y más pronto aún que los deberes. Y los tales fastidiados podrian desplegar en ese campo de la instruccion popular esa actividad hoy sin objeto, que es el tormento y tal vez la deshonra de su juventud, empleándola en abrir y organizar y sostener con su voz y su influencia círculos y ateneos católicos para la clase obrera para hacerla cristiana y honrada, del mismo modo que la impiedad abre ateneos y clubs para pervertirla y desmoralizarla. ¿Qué mision tan noble la del católico seglar instruído, hacerse cada noche durante una ó dos horas el catedrático popular en uno de estos centros de instruccion católica? Nos

atrevemos á decir que nuestros jóvenes licenciados y doctores, nuestros jóvenes dependientes de comercio, tan instruídos en las materias concernientes á su ramo, hallarian más satisfaccion y tendrian más lleno el corazon del sentimiento de su dignidad al salir cada noche del recinto de la escuela donde han comunicado las luces de su saber y el calor de sus convicciones católicas á algunos honrados entendimientos, que cuando entre la embriaguez de los placeres aplauden hasta rabiar á la bailarina, ó se extasian con el *do* de pecho del nuevo tenor. ¡Cierto que es cosa muy séria la vida del hombre para que se emplee toda en tales fruslerías! ¡Y pensar que hay hombres de talento, de instruccion, hasta de moralidad y de honradas costumbres, que creen se han llenado bien los deberes de la vida gastándola alegremente en tales frivolidades! ¿Y para esto puso Dios en nuestras manos tan precioso capital? Hombres de carrera, acaudalados propietarios, ricos comerciantes, activos industriales, ¡mirad que estais usufructuando muy mal ese capital de la vida! ¡Mirad que no sois dueños de él, sino simples administradores al servicio de Dios, que es el único verdadero propietario! ¡Mirad que el rico y el sabio tienen, además del derecho de gozar de sus riquezas y ciencia, el deber de hacerlas provechosas á sus hermanos!

VII.

Prosigue y concluye esta materia. Observacion final de gran importancia.

Empecé á indicar en mi anterior los medios principales con que podia en nuestros dias el católico seglar cooperar á la destruccion de la ignorancia religiosa que aflige al pueblo, y seguiré y concluiré en este último capítulo aquella somera indicacion.

2.° Las bibliotecas parroquiales. Después de la escuela católica diaria, nocturna ó dominical, nada más provechoso

que las bibliotecas parroquiales. Quien conozca los funestos estragos que ha causado el libro impío y escandaloso, no se maravillará de que demos tal importancia á la circulacion del libro honrado, instructivo y edificante. Y no obstante, tales libros no circulan como debieran, á pesar de ser bien recibidos por el pobre cuando caen en sus manos, á pesar de haberse escrito muchísimos al alcance de su capacidad y con amenidad y gracejo, á pesar de venderse á precios muy económicos. ¿Cuál es la causa principal de esta falta de circulacion? Es sin duda la falta de organizacion. Si hubiese en cada localidad un católico celoso, que por la gloria de Dios y bien de sus hermanos se constituyese corresponsal voluntario de las librerías católicas de la capital á favor de sus pobres convecinos; si además en cada parroquia se arreglase como un depósito sucursal donde pudiesen los feligreses proveerse de todo lo que necesitan ó desean en este ramo, donde se les permitiese leer prestado lo que no pueden comprar, donde se les cambiase por libros buenos los malos que hubiesen caido en sus manos, ó que hubiesen arrancado ellos de las de sus amigos, no lo dudeis, donde esta sencilla organizacion hubiese, no tardaria en producir excelentes resultados la propaganda del buen libro. ¡Y pensar que una sola persona cristianamente celosa que hubiese en cada localidad bastaria para todo eso! A ella acudirian los jóvenes deseosos de procurarse tal ó cual folleto ó libro sobre un punto de actualidad; á ella las madres de familia que buscan devocionario para sus hijas, ó el otro que quiere periódico católico y no sabe cuál escoger, exponiéndose si se guia por sus solas luces á que le den gato por liebre en materia que frecuentemente sale al mercado tan diestramente falsificada. Conozco sujeto que en su pueblo ha emprendido así á la chiticallando tan buena obra, y al fin del año se ha pasmado del gran número de buenos libros que logró poner en movimiento. Y reflexionad que cada libro tendrá por lo regular más de un lector, que se quedará como depósito en la familia, que con las ideas y ejemplos en él adquiridos un padre adoctrinará quizás á muchos hijos, y éstos á su vez á otros muchos, y calculad luego, si podeis, la suma total de gloria que á Dios habréis proporcionado con aquella vuestra

humilde accion de constituiros como corredor ó agente del pueblo para este objeto (1).

3.° El periodismo católico. ¡El periodismo! ¡qué palanca, gran Dios, para el mal! pero tambien ¡qué palanca para el bien! Arma es ésta propia de nuestro siglo, y consuela verdaderamente ver con qué vigor la utiliza el celo de los católicos. Divídese en tres clases el periódico católico. Algunas veces es católico-político, es decir, destinado á defender la Religion en el terreno práctico de la administracion pública y de los derechos del ciudadano. Nadie hable mal de la prensa católico-política. Pues en este terreno hay quien ataca al Catolicismo, en este terreno ha de haber quien salga á la defensa de él. Su mejor recomendacion es el odio de la impiedad. Pio IX ha felicitado con repetidos breves á los que se ocupan en tan santa tarea. Esto debe bastarnos. Hay luego el periódico católico-científico, es decir, el que se dedica á defender la Religion por medio de la ciencia de ella, que es la teología, ó por medio de las ciencias profanas, que están todas con ella íntimamente relacionadas. Hermoso es el papel que desempeñan en las luchas de hoy tales publicaciones. Por su medio se sale al encuentro al error al momento que aparece, y se previene contra él á las inteligencias incautas, se le desenmascara, se le confunde. Sin perjuicio de que en el libro salgan luego más detenidamente profundizadas las cuestiones, el periódico científico las resuelve, por decirlo así, en primera instancia. Hay, finalmente, el periódico católico-piadoso y catequístico, sobre el cual, supuesto que nos dirigimos en estos capítulos mas á la clase popular que á la literaria, llamamos particularmente la atencion. Género es éste nuevo, y de poquísimos años de fecha, pero ya de provechosísimos resultados. Se reduce á una publicacion semanal, quincenal ó mensual, que bajo el punto de partida de la devocion á tal ó cual Santo, Sagrado Corazon, Santísimo Sacramento, María Santísima, San José, Angel de la Guarda y otros, se ocupa de todo lo concerniente á la piedad y obras espirituales, explicando de paso lo relativo á ce-

(1) Véanse más ampliadas estas reflexiones en nuestro libro: *El Apostolado seglar*.

remonias del culto, fiestas, misterios, amenizándolo con hermosas poesías, relato de buenas acciones, edificantes historias, etc., etc. Estas publicaciones son ya tan abundantes en España, que en muchas localidades apenas hay familia verdaderamente católica sin alguna de ellas. Modestas y familiares en su fondo y forma, son, no obstante, y por esto mismo los mejores apóstoles del pueblo, hilos conductores del fervor, ayos domésticos que gota á gota van depositando en el seno de la familia la instruccion religiosa y haciendo sentir hasta la última capa social la vibracion producida por la palabra del Papa, de los Obispos y de los grandes apologistas. Procuremos todos que ninguna familia carezca de este mentor cristiano, que entrándose por debajo la puerta y sin el menor ruído produce maravillas.

Una palabra, para concluir, á nuestros hermanos en el ministerio sacerdotal y á nuestros compañeros en la prensa. No falta tanto quien hable y escriba en defensa de la Religion, como quien hable y escriba de ella al alcance de nuestro pueblo. Ahí está el todo. Amigos mios, bajadles un poco el tono á vuestros libros y discursos, porque imitando una frase de nuestro divino Maestro, no necesitan, os diré, de instruccion los sabios, sino los ignorantes. Y los ignorantes no alcanzan, amigos mios, muy altas filosofías, Haceos pequeños con los pequeños, achicaos un poco para colocaros á su nivel. ¿No da lástima (y perdonadme, amigos mios, el atrevimiento), ver al pié del púlpito á una multitud que escucha á veces atónita vuestro profundo sermon filosófico-social, y lo admira y lo aplaude sin entenderlo, cuando quizá ignora lo que significa el primer artículo del *Credo* ó el primer mandamiento de la ley de Dios? Predicaba, segun refiere un su biógrafo, San Juan Crisóstomo uno de sus primeros discursos, y hacialo con la elocuencia y sublimidad que le merecieron de sus contemporáneos el dictado de *boca de oro*. Y colmábanle de plácemes y enhorabuenas los sabios de la ciudad, y sólo se hablaba en las escuelas y academias del elocuente orador. Cuando acertando á encontrarle al bajar del púlpito una viejecilla, cierto dia en que el santo Obispo se habia remontado más hasta las nubes, díjole con acento de súplica: «Muy bien, señor; pero ¿qué dia predicaréis para

nosotras?» Hirióle en el corazon al gran Prelado la indirecta, con todo y ser de una pobre vieja, y desde entonces, sin dejar de ser el Ciceron de la elocuencia sagrada, fué el orador de todo su pueblo, cuyos sollozos tuvo que contener mil veces hasta en el mismo recinto sagrado. Con lágrimas en los ojos se lo pediríamos así á nuestros oradores y publicistas. Hablemos y escribamos para los que lo necesitan principalmente, que son los pobres, los rudos, los ignorantes. ¡Quizá, amigos mios, en ese que hemos llamado el peor de nuestros males, nos alcance tambien á nosotros una tremenda responsabilidad! En idioma de niño habla la madre á su niño, y para hacérsele entender contrahace como él las palabras y las adapta á su pronunciacion infantil, y tiénelo áun por una de sus mayores delicias. No se nos pide tanto á los que desempeñamos para con el pueblo el dulce oficio de padres. Solidez y oportunidad en las materias; sencillez, no reñida con la belleza y correccion, en las formas; hé aquí lo que de nosotros se exige. ¡Quiera Dios hacer fecundas estas breves y quizá atrevidas reflexiones, dictadas únicamente por el deseo de su mayor gloria!

LA ESCUELA SIN DIOS.

LA ESCUELA SIN DIOS.

(A propósito de un proyecto de ley en 1873).

I.

Introduccion.

UEVA calamidad amenaza á nuestra patria. Anúnciase con insistencia la próxima publicacion de un decreto, por el cual quedará prohibida en las escuelas oficiales toda enseñanza de Religion, y creemos fundada la noticia, porque á tales tiempos hemos llegado, que lo peor y lo más absurdo y lo más funesto es siempre lo más probable.

En esto la Revolucion es consecuente. ¡Así lo fuese en todo! ¡Así lo fuese cuando proclama libertad de cultos! No veríamos cerrados, profanados ó demolidos los edificios consagrados á nuestro culto. ¡Así lo fuese cuando proclama libertad de asociacion! No veríamos dispersas nuestras pobres monjas, ni vivirian en la emigracion nuestros esclarecidos Jesuítas, ni nos veríamos privados de la activa cooperacion de los demás Institutos religiosos y Ordenes monásticas. Pero la Revolucion no es consecuente en todo. Lo es, sí, en lo que puede utilizar contra el Catolicismo, que es el objeto

eterno de sus rencores; deja de serlo en aquello que por casualidad pudiera favorecer á nuestra sacrosanta Religion.

Por esto es consecuente proclamando el ateismo de la enseñanza. Suprimido Dios de nuestra Constitucion, suprimido de nuestro matrimonio, suprimido de nuestros códigos, ¿por qué no habia de suprimirse de nuestras escuelas? Si el objeto final de la Revolucion es llegar á suprimirlo enteramente de las costumbres, ¿cómo habia de conservársele en la educacion, de donde salen las costumbres? Anhelando por realizar en breve plazo el ideal de la sociedad atea, ¿qué procedimiento mejor que organizar la escuela atea, supuesto que de la escuela nace la sociedad? Este es el plan, por esto son tales los medios. Hasta cierto punto nos hace un favor la Revolucion desenmascarándose de esta suerte. Así los que en nombre de no sé qué *catolicismo aguado* (mis lectores me entienden) han creido poder entrar con ella en cierto linaje de transacciones y condescendencias; los que todavía juzgan posible un acomodamiento, un arreglo entre los principios católicos y los principios revolucionarios, verán claramente que no cabe ya en el estado actual del mundo más que, ó Catolicismo puro sin mezclas, sin restricciones, sin condescendencias, ó Revolucion pura sin embozos, sin vanas limitaciones, sin falsos barnices.

Por esto se va á decretar, ó tal vez se ha decretado ya á estas horas, la escuela sin Dios, es decir, la escuela en donde el maestro ó la maestra no podrán hablar á sus discípulos de prácticas piadosas, de rezos, de sacramentos, de historia sagrada, de solemnidades de cultos, ni de mandamientos. En las paredes podrá haber cualquier estampa ó busto impúdico que represente cualquier bestialidad de la mitología pagana; no podrá colocarse, empero, ni la severa imágen del Crucificado, ni la dulcísima figura de su Divina Madre, ni estampas de Santos, ni las que recuerdan pasajes de la Biblia ó misterios de la fe. Los libros que sirvan para la lectura deberán ser escrupulosamente revisados, para que en sus páginas no se halle palabra alguna que parezca referirse á Dios, á la otra vida ó á la moral católica.

Pues bien. ¿Qué hemos de pensar católicamente de este sistema de educacion? ¿Cuáles serán nuestros deberes de ca-

tólicos cuando sea un hecho en nuestra patria este nuevo progreso? Hé aquí los puntos que conviene tratar sencilla y familiarmente, pero á la par de un modo completo, á fin de que sepa á qué atenerse nuestro pueblo en asunto de tanta importancia. Es urgente, además, proporcionar argumentos breves, claros y decisivos á los que, en conversaciones ó en polémicas, tendrán que habérselas á todas horas con los amigos de la enseñanza atea, que naturalmente tacharán de fanáticos, rancios y oscurantistas á los que sigan creyendo con la Iglesia, que el principio de toda sabiduría y el fundamento de toda educacion ha de ser el Catecismo. Esta cuestion no será como otras, que se discuten únicamente en la capital, ó á lo más en los centros principales de cada provincia. Esta será cuestion hasta de lugar y aldea, porque en estas pequeñas localidades es donde tiene mayor importancia la persona del maestro, y donde es más funesta su influencia cuando tal título recae en sujeto de ideas anticatólicas.

Para todos debe ser de gran interés lo que á este asunto se refiera. Los católicos tienen un derecho á que no se les dañe á las almas de sus hijos, como lo tienen de que no se les dañen sus cuerpos. Pagamos enseñanza, y debe dársenos enseñanza buena, como debe dársenos bueno el pan y el vino que compramos en el mercado. Y si en las tiendas *oficiales* se nos venden adulterados estos artículos, tenemos, no ya sólo el derecho, sino la gravísima obligacion de acudir á otros puntos donde se nos expendan de toda confianza. Esta es la cuestion planteada sencillamente en el terreno comun. Más claro. El Estado podrá tener el mal gusto á la extraña pretension de asegurar que puede envenenar las fuentes públicas. Nosotros, empero, tendrémos siempre el derecho incontestable de no querer envenenarnos á sabiendas, y el derecho incontestable, tambien, de advertir á los incautos las fuentes que, segun la doctrina de la Iglesia y de sus Prelados, creamos venenosas. ¿Habrá hombre alguno de buena fe, siquiera sea revolucionario, que trate de disputarnos este derecho? Sería cosa de ver.

—Está bien, replicará alguno; pero vos, llevado de vuestro celo, confundís la cuestion. El Estado, decretando la supresion de toda enseñanza religiosa en sus escuelas, no quiere

en modo alguno atacar á la Religion, quiere únicamente no hacerse ministro suyo. El Catecismo se suprimirá en las clases, como podria suprimirse mañana la geografía, sin que por esto se entendiese que el Estado sea enemigo de ella. El Estado se ha propuesto como criterio en toda cuestion religiosa la neutralidad. Para el Estado no hay religion amiga ó enemiga. El Estado es indiferente á todo eso.

—Alégrome, amigo mio, de haber topado contigo, que eres precisamente el adversario á quien buscaba. Prescindiendo de la parte de candidez y de inocencia que puede haber en eso de creer en la neutralidad del Estado revolucionario y de sus buenas intenciones de guardarla, teniendo, como tienes, alguna experiencia, espero demostrarte en el curso de estos capítulos que la neutralidad del Estado en materias religiosas ha de ser por precision, aunque él no quiera, hostilidad; que esto de un modo especial tiene lugar en la cuestion de la enseñanza; que por lo mismo la escuela no católica ha de ser por precision anticatólica; la escuela que quiera prescindir de Dios, ha de educar por precision á los niños en el desprecio de Dios, y en el odio contra Dios. De donde resultará que el Catecismo no es como otra asignatura cualquiera, por ejemplo, la geografía, que puede ser suprimida de la enseñanza, sin que por esto se enseñe á aborrecerla. Nó, á la Religion, si no se enseña á amarla, se ha de enseñar por necesidad á detestarla; si no se la predica clara y resueltamente como la primera verdad, se la ha de pregonar desenfadadamente como la primera mentira. Y en esto, amigo mio, me propongo hacerte ver á la razon y al sentido comun del todo conformes con aquella sentencia divina de Jesucristo: *El que no está conmigo está contra Mí.*

Y cuando todo esto te haya sido demostrado, verás cómo por sí mismas se resuelven las dudas de algunos católicos, sobre si se puede ó no se puede servir como maestro tales plazas de enseñanza atea, ó asistir, ó enviar los hijos á ellas como alumnos.

El asunto es muy práctico. Harémos por tratarlo con toda la extension que merece su importancia.

II.

Que es concepto absurdo el de la pretendida neutralidad en materia de Religion.

El Estado, decia en el anterior capitulo, no puede declararse indiferente ó neutral en materias de religion, sin que por lo mismo se declare hostil ó enemigo á la única verdadera. Y esto, prescindiendo de su buena fe y de la lealtad de sus intenciones, que los católicos hemos de tener por muy sospechosas en el Estado moderno. Considero únicamente lo que da de si la naturaleza misma de las cosas. La indiferencia de la ley con respecto á la religion ha de ser siempre, en el terreno de los hechos, guerra á la Religion católica.

Poco me costará demostrarlo. La verdad es por su naturaleza exclusiva, tiende á difundirse y á dominary á reinar sin límites ni rivales en las inteligencias y en los corazones. Esta es su mision. El error no tiene esta fuerza expansiva; de su propia naturaleza es débil, inerte, porque el error y el mal en el fondo son siempre negaciones. Por esto si viven, no es por vida propia, sino por el auxilio eficaz que les prestan las malas inclinaciones y las pasiones groseras dominantes en el hombre desde el pecado original. Por esto frente á frente de la verdad que se presenta desnuda, obligada á arrostrar todo ataque y á remar siempre contra corriente, se presenta el error halagando todos los gérmenes de maldad que abriga el corazon humano, fomentándolos, atizándolos todos, sirviéndose de todos, aliándose con todos. De donde se sigue que esta lucha eterna de que son teatro el corazon del hombre y la sociedad, lucha entre la verdad y el bien por una parte, y el error y el mal por la opuesta, es una lucha desigual en la que la verdad y el bien perecerian siempre si la mano poderosa de Dios no los sostuviese con un constante prodigio. Porque, humanamente hablando, no se concibe que todo lo que repugna á las inclinaciones más violen-

tas del hombre, lo que las ataca, lo que las enfrena, lo que las amordaza, lo que naturalmente les es profundamente antipático y repulsivo, no haya sido destruído, raido, aniquilado de la faz de la tierra, por lo que les es siempre halagüeño, atractivo y embriagador. No se concibe que la impureza no haya borrado del mundo toda idea de castidad, que el egoismo no haya matado todo sentimiento de abnegacion, y así de todo lo demás. Por esto, discurriendo teológicamente (y áun filosóficamente), la obra buena no es posible en el corazon del hombre sin la ayuda directa de la gracia, que viene, no á forzar nuestro libre albedrío, sino á sostenerle en este desigual combate. Por esto, en otro campo más vasto, la mera existencia de la Iglesia de Dios en el mundo arguye una constante asistencia divina, y es un verdadero prodigio y una prueba incontestable de su divinidad. ¿Lo comprendes, amigo mio?

Ahora bien. Dadas estas nociones generales que debiamos sentar préviamente, escucha ahora. El error dispone de elementos incalculables contra la verdad. Todos los medios le parecen lícitos contra ella, mentir, calumniar, difamar, amenazar, atropellar, halagar, seducir, en tanto que la verdad sólo puede valerse de dos, que son: predicar y padecer. Y en esta situacion de las cosas, el Estado, el poder público, sale y dice: «No soy juez, ni parte en esta cuestion; soy simple espectador. Soy indiferente.» ¿Te parece que esta indiferencia no es ya parcialidad abierta y manifiesta en favor del mal?

Basta de filosofía, y vamos á los ejemplos. Un pasajero se ve asaltado en el camino por un ladron, que le saluda con el estribillo de «la bolsa ó la vida.» Otro pasajero está presenciando la escena desde alguna distancia, y dice para sí: «No soy ladron, ni quiero parte con ellos; pero tampoco soy amigo de ese pobre infeliz, ni me va nada á mí con su bolsa. Háyanselas, pues, como quieran robado y robador; por mi parte, neutralidad perfecta. Podria yo gritar, podria disparar siquiera al aire mi escopeta, con lo cual tomaria el salteador las de villadiego. Pero no quiero tomar aquí partido por uno ni por otro. Soy neutral.» Dime, amigo mio. ¿Llamarias tú neutral á ese hombre? ¿No le tendrias por

cómplice en el robo y por favorecedor del ladron? ¿No le seria fatal á la pobre víctima esta supuesta imparcialidad? ¿Qué corazon humano libraria de responsabilidad á este miserable que quiere ser neutral entre el malvado y su víctima? Pues esta es la neutralidad del Estado cuando quiere constituirse indiferente entre la verdad y el error. En el mero hecho de no defender la primera, apoya y se hace cómplice del segundo.

Otro ejemplito, y será todavía más palpable. Un padre tiene una hija, buena, inocente, candorosa, porque su madre la tuvo siempre guardada como oro en paño, impidiéndola ver, siquiera de lejos, el mal, y poniendo á su lado á todas horas modelos edificantes. Cuenta la rapazuela quince años, y su padre, á quien se le han entrado con la revolucion las ideas modernas, se echa á discurrir como krausista, y dice para sí: «La mujer es libre, y no quiero privar á mi hija de esta libertad. Entra ahora la pobrecita en la edad de los fieros combates. Su corazon inocente va á sufrirlos muy recios. Quiero ser neutral en esta lucha que va á entablarse. No la privaré yo de que lea los buenos libros de su madre, ni de que asista al sermon, ni frecuente los Sacramentos, ni de que se rodee de las excelentes amigas que la alientan con su buen ejemplo. Pero como quiero ser neutral, tampoco impediré me la visite y ronde y requiebre aquel calavera de la vecindad que ha sido la perdicion de tantas otras, ni arrancaré de sus manos el libro impúdico ó la estampa obscena que quizá ha logrado penetrar en mi casa, ni me opondré á que salga á todas horas á charlar, reir y comadrear con las más desenvueltas del barrio, de alguna de las cuales me constan virtudes y milagros que no son para referidos. Porque yo no quiero perder á mi hija, eso nó; pero quiero ser consecuente aplicando al régimen suyo las doctrinas que profeso en materias de derecho público. La neutralidad es mi lema.» Díme tú, amigo mio, ¿cómo llamarias á esta neutralidad que mira con indiferencia el que la niña pase sus horas en la iglesia ó en el burdel? ¿Qué resultado daria esta imparcialidad del padre? ¿Quién venceria en el corazon de la niña, hablando por regla general? ¿Qué muchachas saldrian de este sistema de educacion neutral, indiferente, im-

parcial en todo? No es difícil vaticinarlo. Sucumbiria la virtud, ahogada por el ardor de las pasiones, estimuladas por toda suerte de malos ejemplos, y sobre todo por su natural poderosísimo atractivo. La niña en cuestion pararia en lo que todos podemos presumir, y Dios y la opinion pública acusarian al padre de haber prostituido á sabiendas á su hija. Hé aquí, pues, la imágen del Estado revolucionario, declarándose neutral, indiferente en cuestiones de religion. El poder público no es el padre de la sociedad, pero es su tutor. La sociedad es la niña infeliz á quien se deja á merced de todos los seductores y de todos los criminales. Hé aquí, pues, por qué en el Estado revolucionario la neutralidad religiosa, la indiferencia, han de ser y son en el fondo verdadera complicidad con el mal y verdadera hostilidad al bien. ¿Entiendes?

Y hé aquí, viniendo á nuestro caso, por qué la escuela sin Dios ha de ser y será por precision la escuela contra Dios, si pasa adelante la anunciada reforma.

Mas esta aplicacion de los principios sentados la harémos, Dios mediante, con más holgura en el próximo capítulo.

III.

Primera base de la educacion y de la instruccion, y concepto fundamental de ambas segun el Cristianismo y la sana filosofía.

Si el Estado no puede ser neutral entre el error y la verdad, porque esta neutralidad, dada la tendencia natural del hombre, es en el fondo verdadera complicidad con todos sus malos instintos, síguese de ahí por necesaria consecuencia que en ninguna parte podrá ser menos neutral que en la escuela, y que por lo mismo la escuela independiente de toda religion ha de ser por precision antireligiosa; la escuela sin Dios ha de ser indispensablemente escuela contra Dios.

La lucha de los malos instintos del hombre contra la verdad y el bien en ninguna parte se presenta más franca y manifiesta que en la inteligencia y en el corazon del niño. En el

niño se muestra la naturaleza decaída con toda su desnudez. Apenas se ha salido de los adormecimientos de la infancia y de su encantadora inconsciencia; cuando aún no ha tenido tiempo el corazon de criarse malos hábitos, cada acto del niño, cada palabra suya es ya la revelacion de un sentimiento extraviado. Mirando á un infantillo en la cuna, se ve un retrato de la inocencia de los Angeles, es verdad; pero estudiándolo de siete años para arriba, se observa ya entre los girones y ruinas de esta inocencia la obra del pecado. En ninguna parte se puede hallar como en los niños una confirmacion más auténtica del pecado original. A pesar de los desvelos maternales, á pesar de los ejemplos poderosos, del temor á la reprension y al castigo, á pesar de todo este aparato de estímulos y precauciones de que se les rodea, se anidan en su tierna alma rebeldías insolentes, orgullo procaz, grosera concupiscencia, dureza y egoísmo; en una palabra, el gérmen de todas las malas pasiones que algunos años después constituyen los grandes criminales. ¿Quién ha depositado en aquella tierra al parecer vírgen tan malas semillas? Si decimos que la naturaleza humana no está corrompida y degradada por un vicio originario, habrémos de creer que ha salido así mala de las manos de Dios, y nos verémos forzados al absurdo y á la blasfemia de suponer á Dios autor del mal. Por ahí se verá cuán filosófico y ajustado á la razon y al conocimiento más profundo del hombre es el dogma cristiano de la contaminacion del género humano por el pecado del primer padre.

Dadas, pues, estas condiciones del hombre, ¿qué son la educacion y la instruccion? Es claro. Son una lucha contra todos estos gérmenes de error y de mal innatos en él, que con la edad van desenvolviéndose y que al llegar á su plenitud acabarian por dominarle. Educar es combatir los perversos sentimientos, como instruir es combatir las falsas ideas. La obra de la escuela, la mision del maestro es no tanto enseñar á deletrear y á trazar sobre el papel signos ortográficos con más ó menos primor, como parecen figurarse equivocadamente algunos ilustrados *à la dernière;* la educacion y la instruccion tienen por objeto principal la formacion en el niño de un buen corazon y de una recta inteligencia,

fomentando en el primero los gérmenes buenos, y enfrenando y comprimiendo los malos, y rectificando en la segunda las ideas equivocadas y plantando las verdaderas. Todo lo que esto no sea, no será educacion, no será instruccion. Y la escuela no será escuela, sino un taller, una fábrica de buenos calígrafos ó de regulares calculistas, como podria serlo de monos sabios. El fruto de esta falsa escuela será únicamente la letra bien perfilada, la buena entonacion en el leer, la destreza en el cálculo, no la formacion del buen ciudadano, del hijo honrado y generoso, del padre vigilante y formal, del buen cristiano, en una palabra. De suerte que en rigor el ideal de este sistema no será el hombre como tal, sino la aritmética, la geografía ó el carácter inglés, como el ideal de una fábrica de manufacturas no es el hombre mismo, sino la perfeccion de sus productos. La comparacion es exacta.

Y la escuela así organizada no es indiferente á la Religion, sino que es su enemiga. Es su enemiga, porque la considera como accesoria cuando es en realidad esencial; es su enemiga, porque absteniéndose de hablar de ella, la desvirtúa en el corazon del discípulo, mucho más que si la atacase; es su enemiga, porque deja sin barrera, sin contrapeso, todas las malas inclinaciones del alma, que son después en la edad viril las verdaderas causas del odio ciego contra la verdad. Por esto la escuela sin Dios es la escuela contra Dios.

Os dieron un potro que domar, y os contentásteis con que luciese lustrosa su piel y sedosa su melena, sin hacerle sentir la aspereza del freno, ni la picadura del aguijon. Mañana despeñará al ginete incauto que se le subió encima, fiándose en vuestra palabra de que el caballito está bien educado. Mañana dará consigo y con su dueño en el abismo, y ¿no seréis vos el responsable de la catástrofe?

Os dieron niños que educar, es decir, corazones é inteligencias jóvenes cuya carrera habíais de dirigir y á cuyo ardor habíais de aplicar el único freno que puede algo, el de la Religion. Quisisteis educar sin ella, dejásteis crecer al discípulo con toda la lozanía de sus perversos instintos, sin prevenirle contra embriagadoras seducciones, sin contraponerle divinas amenazas, dejando crecer en él la llama de todos los incen-

dios, sin templarla siquiera con una gota de agua. Creció el infeliz que fiaron á vuestros cuidados, y salió sin Religion, pero tambien sin respeto, sin sumision, sin divinas amenazas, sin esperanzas celestiales, sin infierno que temer, sin gloria que desear; salió con un volcan de concupiscencias, de codicias, de odios, de orgullo y de rebeldías en el corazon, que todo eso es lo que da de sí la triste naturaleza humana cuando se deja sin el contrapeso de las creencias verdaderas. Así salió vuestro discípulo, así salieron muchos, así salió todo un pueblo, así salió toda una generacion educada en vuestra escuela que llamais independiente y neutral. ¿Y habrá quién no os llame cómplices de la impiedad, aliados de ella, enemigos feroces de la Religion, asesinos de las conciencias?

Así hablaríamos á los maestros y maestras del Estado si llegase á ser un hecho en nuestra patria el funesto sistema de enseñanza sin Dios que combatimos.

IV.

Una observacion la más llana y vulgar y al propio tiempo la más luminosa.

Descendiendo del terreno de los principios filosóficos y teológicos en que hemos visto la cuestion en los capítulos anteriores, coloquémonos en el más llano y trillado de la vida práctica, á fin de que en él vean hasta los más cortos de vista la verdad de nuestro tema constante: La escuela sin Dios es la escuela contra Dios.

Supongamos un maestro (ó maestra) de sanas ideas, pero bastante débil y *conciliador* para aceptar del Estado impío el encargo de dirigir una escuela sin Religion. Supongamos que el tal no intenta en modo alguno favorecer la propaganda del ateísmo, ni desmoralizar á sus alumnos, ni perjudicar en nada á las buenas creencias que éstos tal vez recibieron de sus padres antes de entrar en su escuela. Ya ven nuestros

lectores que es lo más favorable que podemos conceder dentro de nuestra suposicion. En menos palabras. Supongamos que este preceptor quiere únicamente permanecer fiel á aquella máxima hoy tan corriente, máxima que es una gran mentira y una gran herejía: el ciudadano debe obedecer *siempre* á la ley civil.

Para esto evitará cuidadosamente ante sus discípulos toda palabra que suene á cosa de Religion ó de otra vida. A pesar de que en su conducta privada cumple el infeliz como regular católico, en la escuela dirá llanamente que prescinde de Religion como si no la hubiese, porque, segun él, la ley es ley, y punto redondo. ¡Pobre engañado!

Mas hé aquí que un dia le ocurre un lance singular. Y ¿en qué asignatura dirán Vds.? En la que más distante parecia de poder ocasionar tales conflictos. En la ortografía. Estaba explicándola á sus chiquillos el descuidado dómine, cuando del grupo de los más adelantados sálese en mal hora un impertinente con la siguiente inocentísima pregunta, que no tarda en convertirse en diálogo:

—¿Me permite V., señor maestro?

—Diga V., hijo mio. Preguntar no es errar.

—A propósito de lo que nos está diciendo V. de las palabras que deben escribirse con letra mayúscula ó minúscula, he notado en los libros que la palabra *Dios* se escribe siempre con *D* grande, y su plural *dioses* con *d* pequeña. ¿Podria usted darme la razon de esta diferencia?

Aquí de los apuros del pobre maestro. Es verdad que no podria sacarle de ellos el mismo mismísimo Director general de Instruccion pública que hubiese acudido en su ayuda. Lo natural y corriente fuera responder al muchacho que la palabra *Dios* expresa la idea del Sér Supremo, único, verdadero, cuyo nombre santísimo por respeto se escribe en todos los idiomas con inicial mayúscula. Y añadir luego que la verdadera palabra *Dios* no tiene plural porque no hay más que un Dios, por donde la palabra *dioses* en rigor no es plural de Dios, porque no expresa la misma idea repetida, sino que expresa los seres fantásticos y ridículos que el paganismo adoró como divinidades sin serlo. Pero esto es una explicacion completa de religion, y nuestro maestro no pue-

de hablar de ella, y mucho menos defender la verdadera. Sólo le resta un camino, y es, decir que la palabra *Dios* expresa una creencia que los hombres profesan, sin que él pueda asegurar si es verdadera ó falsa, porque la ley se lo prohibe, teniéndose igualmente por cierto que no hay más que un Dios, y que los llamados dioses del paganismo son pura supersticion y mentira. Resultado final: lo más que podrá hacer será dar á sus discípulos por dudoso y problemático lo que ellos creen y han de creer como seguro: presentar como mera opinion lo que para ellos, y para todos, debe ser firme conviccion; y de ese modo cumplirá con la ley, y saldrá como pueda del conflicto en que le metió con su pregunta curiosa un niño de doce años, pero dejará vacilante en su corazon la creencia fundamental, principio de toda moralidad; hará nacer la duda allí donde hasta entonces sólo habia reinado la fe; volverá sospechosa y desautorizada la excelente educacion de los padres católicos; pondrá, en una palabra, la primera piedra para un futuro ateo. El niño acabará de serlo cuando las pasiones empiecen á hacerle comprender que es muy cómodo pasarse sin Dios y sin creencia alguna. Porque realmente á los veinte años la Religion estorba siempre para ciertos desahogos.

Hé aquí de qué modo la escuela sin Dios será por necesidad escuela contra Dios, y eso á cada paso, en una simple explicacion de letras mayúsculas y minúsculas. Proudhon tuvo la buena fe de confesar que en toda cuestion política y social anda envuelta siempre una cuestion religiosa. No es mucho, cuando las cuestiones primeras de religion andan envueltas á veces hasta en una miserable cuestion de ortografía.

Díganme ahora los más ciegos: si un maestro de escuela no puede explicar ortografía sin declararse amigo ó enemigo de la Religion verdadera, ¿qué le sucederá en las demás materias que por su naturaleza tienen más afinidad con ella? ¿Cómo explicará historia? ¿Qué idea les dará del principio del universo? ¿Admitirá la verdad de la creacion? No puede, porque esto es enseñanza religiosa. ¿Admitirá la absurda teoría de la eternidad del mundo, ó el sistema ridículo de las emanaciones, ó el de los átomos moleculares? En

este caso ataca directamente á la Religion. ¿Qué dirá, pues? ¿Qué base le dará á su edificio histórico? ¿Qué dirá luego de todo lo concerniente al pueblo hebreo? ¿Qué de Jesucristo y de su ley? De todo esto ha de hablar quien explique historia. Y ha de hablar precisamente en pro ó en contra, ó á lo menos la ley le fuerza á exponer el pro y el contra, es decir, á dar lo cierto como discutible y dudoso. Y esto mismo ¿no es ya atacar á la Religion, que exige se crea lo suyo como dogmático, es decir, como absoluto, como indiscutible? Y lo mismo sucederá en física, en geografía, particularmente en la astronómica y política, y más adelante en lógica y psicología, y hasta en agricultura é higiene doméstica. Porque á la Religion, como á Dios, se la encuentra por todas partes, y sale siempre al paso áun á los que más empeño tienen en sustraerse á ella. ¿Lo comprendes ahora, lector preocupado?

¡Pobres maestros y maestras si se plantea en España el ateísmo de la enseñanza! Ya lo ven, habrán de ser instrumentos ciegos de la impiedad, si no tienen el valor de ser mártires de su deber. ¿Cuál será éste si se presenta dicho caso? Procurarémos estudiarlo en otro capítulo, así para los maestros como para los padres y discípulos.

V.

Deber de los padres y maestros ante la escuela impía.

Dios no ha permitido que cayese todavía sobre nuestra desventurada patria esta ley con que tiempo há se la amenaza; sin embargo, no son pocas las poblaciones en que las Autoridades locales la han planteado por su cuenta, suprimiendo en sus escuelas toda enseñanza de religion. ¿Cuál es en estos casos el deber de los maestros católicos? ¿Cuál es el deber de los padres de familia? ¿Cuál es el de todos los fieles en general?

Con respecto á los maestros y maestras, dos casos pueden presentarse: 1.° El de una Autoridad que les obligue única-

mente á suprimir de sus escuelas el Crucifijo y las imágenes de Santos, y la enseñanza obligatoria del Catecismo. 2.° El de una Autoridad que no contenta con esto les obligue á adoptar tal ó cual libro impío de texto para la lectura y decorado, como sucederia si se les señalase, por ejemplo, en vez del *Catón* ó del *Fleury*, el *Ariete internacional*, que realmente sirve de texto en algunas escuelas.

En el primer caso es indudable que no se hace más que impedir á los maestros una parte, aunque muy principal, del bien que pueden hacer, sin que por esto se les obligue á acto positivamente malo. El maestro católico puede, pues, conservar su puesto, y áun será bueno que lo conserve, á fin de que no venga á ocuparlo un maestro impío. Pero ha de procurar él mismo sacar todo el partido posible de la desventajosa situacion en que le colocan los enemigos de Dios. Sí, sosténgase en su puesto cuando otra cosa no exija de él la Autoridad impía; pero sepa que ante Dios graves deberes le incumben con respecto á sus discípulos, y de ellos dará cuenta en su dia al supremo Juez, el cual le juzgará, no segun la ley revolucionaria, sino segun la ley cristiana. Arranque enhorabuena de la testera del salon el Crucifijo, pero ¿quién le impedirá á él hacer públicamente la señal de la cruz sobre su frente al empezar y al acabar la hora de clase, de suerte que todos los discípulos vean y aprendan este acto de fe católica? Descuelgue, si se lo mandan los tiranos, el cuadro de la Vírgen Inmaculada que pendia de la pared; mas si el maestro es *verdaderamente* católico, ¿quién le prohibirá que al dar las horas el reloj se quite silenciosamente el sombrero, y descubierta la cabeza rece un momento en voz baja pero con movimiento perceptible de labios, el *Ave María*, aunque sea necesario suspender para eso unos breves segundos la explicacion ó el ejercicio en que se estaba? Los niños ó niñas no verán la imágen de María en la pared, pero al ver el acto de devocion del maestro ó maestra, aprenderán, sin otro lenguaje que ese, la devocion y amor que deben á la Madre de Dios.

¿Que no se puede decorar ni explicar el Catecismo? Bravo, ¡viva la libertad! Pero discurramos. Se puede reunir á los muchachos alguna vez en hora distinta de la de reglamento,

y en lugar hasta separado de la escuela, v. gr., en el comedor, y hablar allí clara y llanamente de Dios y de la otra vida, del Papa, de la Misa, de los Sacramentos, etc. ¿Qué Autoridad puede prohibirle esto al maestro fuera de la hora de clase, máxime contando con la aprobacion de los padres? ¿Por ventura si quisiese enseñar lengua china á los muchachos, y éstos quisiesen aprenderla, no habia de poder? Además, la explicacion del Catecismo puede ingerirse en todas partes, porque á Dios y á la Religion en todo se les encuentra. ¿Acaso cuando la ley obligaba á todos los maestros á formar alumnos católicos por medio de una enseñanza rigurosamente católica, no habia maestros perversos que educaban en la impiedad á sus desdichados niños, derramándola sobre sus corazones á manos llenas, y á pesar de las prescripciones y de la vigilancia de la ley? Hágase, pues, ahora para el bien lo que se hacia entonces para el mal, y asunto concluído.

Y ya que se ha cerrado la boca al pobre maestro para que no pueda enseñar la verdad á las almas confiadas á su celo, recuerde que el ejemplo es más poderoso que la palabra. Sea el maestro el primero en todos los actos del culto; véasele siempre en el lugar más público de la iglesia; viva alejado de los centros de inmoralidad y del trato amistoso con los malvados; muéstrese sumiso al párroco, y frecuente los santos Sacramentos; sea el primer católico del pueblo, y, nosotros se lo fiamos, su escuela permanecerá católica y digna de la confianza de los padres católicos, áun cuando en lugar del Crucifijo se haya puesto en el local la imágen desgreñada de la Revolucion, áun cuando en vez del Catecismo se decore en la clase la Constitucion del Estado ateo.

—Pero van á odiarme de muerte las Autoridades locales. Voy á hacerme sospechoso á mis jefes.—

¡Infeliz! ¿sospechoso? ¿y de qué? ¿de catolicismo? Pues si cabalmente no quise yo hacerte sospechoso de tal, sino franca y paladinamente declarado. Y si te odian y te maltratan, ¿acaso te he dicho yo que el cumplimiento del deber no debiese ser un martirio? ¿O crees quizás que ciertos deberes dejan de obligar cuando acarrean molestias? *Durum, sed necessarium.* No se trata de vivir en paz con los poderes del

infierno, sino luchar con ellos y arrancarles esos corazones que desea hacer presa suya. No se trata de servir á la Revolucion, sino á la Iglesia, y forzoso es resignarse á las consecuencias. El magisterio es en cierto modo un sacerdocio; el que quiera venderlo y venderse á la impiedad, bien sea por afan de medro, bien por flojedad y cobardía, es un traidor á su fe y á su noble profesion. Si los maestros católicos comprendiesen la gravedad y alteza de su ministerio, no se resignarian á convertirse en especuladores que por una vil complacencia humana envenenan la conciencia de los tiernos hijos que la madre cristiana entregó á su direccion, haciéndoles con esto la mayor de las confianzas.

Resúmen. La ley atea no releva de sus deberes religiosos al maestro católico: en cierto modo se los hace más rigurosos y apremiantes. Debe hacerse extralegalmente y oficiosamente lo que legal y oficialmente no se prescribe. Debe arrostrarse el ceño de los poderosos, la impopularidad, la sátira, la vejacion, antes que faltar á este deber del cristiano, no renegar de su fe. Los medios de hacer pública profesion de ella pueden ser varios á más de los indicados; la prudencia aconsejará unos ú otros segun las circunstancias de lugar, tiempo y personas. Siempre, empero, debe quedar en salvo este principio fundamental de conducta cristiana: no cooperar directa ni indirectamente á la propaganda atea; favorecer siempre directa ó indirectamente la propaganda católica.

Esto por lo que toca, segun nuestro parecer, al primer caso propuesto. Lo que se refiere al segundo requiere por su extension capítulo aparte.

VI.

Resuélvese la segunda parte de la cuestion. Llamamiento á todos los buenos católicos.

Otro caso puede presentársele al pobre maestro ó maestra, y no tardará en cuanto se establezca legalmente el carácter laico de la enseñanza. El Estado no se contentará con suprimir de la escuela todo signo religioso y toda enseñanza católica, sino que determinará los libros de texto que se hayan de poner en manos de los alumnos, y estos libros de texto serán abiertamente anticatólicos, contendrán groseros errores sobre Dios, el alma y la otra vida, serán opuestos á las nociones elementales de moral cristiana, combatirán la Iglesia y su autoridad, etc., etc.

¿Cabe género alguno de duda sobre cuál debe ser la conducta del maestro católico en este caso? Sea cual sea su posicion de fortuna, sean cuales fueren sus compromisos, expóngase ó no á la persecucion, el católico no puede ser envenenador público de las almas de sus hermanos, por ningun precio, por ningun sueldo, aunque por no hacerlo se muera de hambre en mitad de la calle. No cabe aquí transaccion entre la conveniencia y el deber. Hay deberes subordinados á ciertas razones de conveniencia. Pero hay tambien deberes superiores á toda conveniencia. El presente es uno de los últimos. El maestro ó maestra que por no perder su plaza, ó por seguir comiendo un pedazo de pan, ó por continuar sosteniendo su miserable existencia, da á los niños ó niñas lecciones de impiedad por encargo de un Gobierno, es tan criminal como el asesino pagado que desde una esquina asesta á su hermano una puñalada. Los que se encuentren ya en tan apurado trance, los que en él se hallarán tal vez dentro poco tiempo, tengan entendida su obligacion. Renunciar su puesto áun á costa de su vida, ó renunciar á la fe de Cristo á costa de la salvacion de su alma.

Estas reflexiones dejan ya por sí solas suficientemente marcada la conducta de los padres. Si no es lícito envenenar, tampoco lo es mandar los hijos al envenenador. El padre, pues, no ha de enviar á su hijo á la escuela, si el hijo en la escuela ha de aprender el menosprecio de su fe y de su Dios. Sin atender á necias consideraciones, sin vanos respetos al *qué dirán*, ha de sacar á los niños de la escuela impía, así que le conste que lo es. Y si, por nuestras desgracias ó por nuestra negligencia, no hubiese en el país otra escuela que la impía, ha de permitir que el hijo ignore el abecedario antes que aprenda con él la impiedad.

—¡ Abogais por la ignorancia ! oigo que me responde estúpidamente un partidario de la enseñanza atea obligatoria.—

No abogo por la ignorancia, amigo mio; clamo contra la sabiduría falsa, que es mil veces peor que la ignorancia verdadera. Prefiero un labriego que sabe rezar y no sabe leer, al ciudadano *sabio* que ignora los Mandamientos y sabe declarar guerra á Dios. Sin letras, se puede ser hombre honrado; sin Religion, el hombre es casi siempre un gran criminal.

Y en tanto no aboga el Catolicismo por la ignorancia, que en combatir la ignorancia hemos de fundar con esta ocasion uno de nuestros principales deberes. Los padres de familia y los católicos todos en general, así que sea ley la enseñanza atea, han de aunar sus esfuerzos con los de los Prelados y Párrocos para organizar para su uso escuelas de enseñanza católica. Los ricos católicos han de subvencionar estas necesidades, aunque sea disminuyendo un tanto los gastos de su tren, de sus diversiones, ó del regalo de su persona. No hemos de permitir que el pobre pueblo pueda decir mañana: «No hay otra escuela que la del Gobierno, y mi hijo ha de ir á ella aunque sea impía si quiere aprender.» Hemos de poder decirle, y han de poder decirle los Pastores y las sociedades católicas: «Frente á frente de la escuela pagada por el Estado ateo, hay otra escuela que sostenemos nosotros con nuestro dinero, y en ésta se enseña el Catecismo, se reza el Rosario, se va á Misa los domingos, y á pesar de esto se lee mejor y se escribe mejor y se cuenta mejor que en la escue-

la oficial. Id á ella pagando lo que podais pagar. Id de balde los que no podais hacer este sacrificio. Nosotros pagarémos por vosotros, y Dios en su dia pagará por todos.»

Este debe ser el lenguaje y la conducta de los católicos, verdaderamente católicos, en las críticas circunstancias que atravesamos. El gran mal que se ha hecho en España y cuyos resultados palpamos hoy, por medio de la enseñanza se ha hecho. Por medio de la enseñanza debe remediarse. Tal vez nuestro descuido ha dejado que se malograse del todo una generacion. Nuestra actividad y celo han de hacer que no se malogre tambien la que ahora se está formando. Vea cada cual lo que hace, y compárelo con lo que debe hacer, y saque la resta. Esta resta será tal vez uno de los capítulos más tremendos de su proceso en el soberano dia de las justicias.

¿Hémoslo dicho todo en esta cuestion de la enseñanza? Nó, ni la mitad, ni áun la mitad de la mitad. Hemos indicado solamente los puntos fundamentales que pueden guiar al católico para estudiar por sí mismo este problema. Un libro que se escribiese seria apenas suficiente. Hemos procurado abrir los ojos á los ciegos para que vean la importancia de este asunto. Despierten los dormidos. Se trata de una gran batalla que en este terreno se propone darnos la Masoneria. Nuestros esfuerzos pueden ganársela. ¡Ay de nosotros, ay de los hijos, ay de la patria, si la perdemos!

EL GRAN PUNTO DE VISTA.

EL GRAN PUNTO DE VISTA.

(Cuaresma de 1885).

I.

TIEMPO muy serio es el santo de Cuaresma en que acabamos de entrar; ocupémosle, pues, á fuer de hombres y de cristianos, en la cosa más séria de todas, cual es la que acabo de significar en las breves palabras del epígrafe.

—¿Y es esta cosa?

—La eternidad, amigo lector; la eternidad, si no llevais á mal que se os predique tambien esa tremenda palabra.

—Recordad, empero, que de esto se ha hablado ya aquí alguna otra vez...

—¿Y creeis vos, amigo mio, no es asunto éste para que de él se os hable hasta cansaros, repetidas veces?

—Así debe de ser seguramente, segun lo empeñado que os veo en darme hoy sobre eso vuestro rato de familiar conversacion.

—En verdad; pero no hoy solamente, como decís, sino que esta vez y algunas otras ha de traernos gravemente ocupados á vos y á mí esta importante materia. Acerca de la cual me habeis de permitir (para entrar ya desde luego en ella) una observacion.

—Estais en vuestro derecho.

—Es la de que el punto de vista de la eternidad es *el gran punto de vista* desde el cual no ya sólo el cristiano, sino áun el mero racional debe mirar todas las cosas, para verlas en su verdadera luz y exactas proporciones. De suerte que sea la eternidad como el fiel contraste y norma de comparacion de todas ellas, y así se consideren ellas ó dejen de considerarse y tomarse en cuenta, segun veamos lo merecen, miradas y pesadas y medidas con relacion á la eternidad. Con cual segurísimo criterio de apreciacion es fácil veamos en un momento trocada la que hacemos por lo comun de no pocas miserias que pasan y acontecen á nuestros ojos, viendo muy grandes, cosas que un poco antes tal vez nos parecieron chicas, y viendo al revés muy fútiles y chicas las que quizá momentos antes nos parecieron de inconmensurable grandor.

—Que es sin duda maravilla óptica de este vuestro singular anteojo.

—Nada de eso, amigo mio; nada menos que eso. El anteojo que os propongo no agranda ni achica los objetos; no hace más que limpiarnos la pupila para que los veamos en su verdadera realidad. El único juicio cierto sobre las cosas es el de la eternidad, ó el que ella comunica á los que por ella son alumbrados. Verlas desde acá como eternamente se han de ver, es apreciarlas en su debido valor. Por esto es precepto de filosofía cristiana, que los comprende todos, mirarlo todo desde este único trascendentalísimo punto de vista: por esto, al buscar estos dias sobre qué predicarles á mis lectores desde este púlpito de papel la acostumbrada serie cuaresmal, fijéme con preferenciá en este tema de *el gran punto de vista,* que en los tiempos presentes, más que en otro alguno, creo de incontestable oportunidad.

—Empezaba á sospecharlo.

—Ciertamente; porque decid: si con el ojo atento á la eternidad no se miran ahora y siempre, pero ahora más que nunca, los grandes combates de la Propaganda católica, ¿habráse visto cosa más ridícula que ellos y que más frecuentemente suma en desaliento y desmayos el corazon, en vez de traerlo de continuo erguido y generosamente alentado á su-

frir toda suerte de oposicion y contratiempo? ¿Qué es batirse un dia y otro dia por ideales (como hoy se dice) que el mundo casi en su totalidad juzga irrealizables, y mero sueño de Quijotes á lo divino? ¿Qué es luchar á todas horas por lo que la generalidad de las gentes califica de locura ó por lo menos de manía de cerebros descompuestos, cuando no por ruin pretexto de corazones esclavos de miserables pasioncillas? ¿Qué es remar constantemente rio arriba de las humanas opiniones y de los humanos intereses y de los humanos puntos de vista, cuando tan llano y fácil y deleitoso es dejarse ir rio abajo con la general corriente avasalladora? Reconozco, amigo mio, que en todo eso tiene razon el mundo, y no la tenemos nosotros y no la tiene la Iglesia y no la tiene Dios, si no es el punto de vista de la eternidad el único y exclusivo que en todo eso debe alumbrarnos y conducirnos. Pero confesad, en cambio, que tenemos nosotros los católicos toda la razon y no la tiene el siglo fantasioso, ni la tienen sus miserables aduladores, si la eternidad es verdad, si es ella la única y suprema verdad, si es por tanto su punto de vista el único seguro y real y verdadero.

—Cierto.

—¿Veis, pues, qué relacion tan directa tiene con nuestros congojosos trabajos de Propaganda el tema sobre el que os convido durante esta Cuaresma á discurrir? ¿Veis cómo no solamente para la individual reforma de vida es necesario, sino que lo es igualmente para el vigor y nervio de todas nuestras obras católicas? ¿Veis cómo hoy más que nunca de todas las calles y plazas, de todos los Círculos y Academias, de todas las escuelas y talleres, de todos los periódicos y revistas debiera salir con preferencia esta gran palabra, esta tremenda palabra, esta iluminadora y vigorizadora palabra: ¡Eternidad! ¡Eternidad!

II.

El santo combate de la fe cristiana necesita ante todo soldados firmes y robustos; en segundo lugar, armas de precision y buen alcance; luego después, destreza y soltura en el manejo de ellas; además de esto, confianza, ó mejor, completa seguridad en sus jefes, y por fin, algun linaje de sancion en sus trabajos, ó sea premio y castigo que, dada la natural flaqueza, son siempre estímulos del valor, y guarda y garantia de la perfecta disciplina. Decid, amigo mio, ¿se os ocurre que necesite alguna otra cosa un buen ejército para poder llamarse verdaderamente tal?

—Nó, por cierto.

—Y decid todavía más. ¿Creeis que sin ninguna de estas condiciones pueda darse, en lo divino ó en lo humano, ejército capaz de cualquier medianeja campaña?

—Menos todavia.

—Pues bien, ahora entro yo con mi gran punto de vista y digó: que sin él, ó lo que es lo mismo, sin la influencia iluminadora y vigorizadora del pensamiento de la eternidad, nada harémos de provecho en cualquiera de nuestras empresas; si ya, al revés, por gran fortuna no se tornan contra nosotros mismos los propios cuidados y desvelos y procedimientos que empleemos en ellas.

—Exponed si os place con mayor amplitud vuestro pensamiento.

—A eso voy en este y en los sucesivos capítulos. Y para principiar ya desde este momento, afirmo que nunca será buen soldado de la verdad quien no se inspire en la idea de lo eterno en todas sus acciones. Pequeño es y caduco, y por tanto de escaso valor, cuanto puede encerrarse en el estrecho marco de los sesenta ú ochenta años que á lo más puede durar nuestra vida. Si, pues, nuestro ideal no ha de extenderse más allá de este reducidísimo horizonte, ciertamente vale muy poco la pena de que se fatigue nadie por él, y

mucho menos de que se imponga por él cualquier costoso sacrificio.

—Es verdad.

—La más sublime filosofía y la más positiva, é indudablemente la más cómoda, es entonces la que encierra todas las aspiraciones del sér humano en el pronombre *yo*, que será tan mezquino como se le quiera suponer, pero que dado el supuesto á que nos referimos, no reconoce cosa alguna superior á sí ó de más trascendental importancia. Si no he de pensar en la eternidad (y no en la eternidad fantástica y puramente nominal que prometen los poetas á sus héroes, sino en la eternidad cristiana, esto es, en la eternidad de premios para el alma justa ó arrepentida, y de castigos para el alma culpable é impenitente), si no he de pensar, digo, en la eternidad de esta suerte comprendida y por tal concepto ó temida ó suspirada, os aseguro, amigo mio, á fe de tal, que las grandes palabras religion, patria, virtud, deber, conciencia, heroísmo y otras semejantes no son más que muy sonoros vocablos que tanto tienen de huecos y vanos como de sonoros, sin otro sér ni sustancia alguna que me mueva á dar un paso por ellos, y mucho menos á arrostrar fatigas ó á correr peligros ó á soportar contradicciones.

—Evidente; pues si todo lo son para el hombre los pocos y breves años de la actual existencia, lo que aconseja el buen sentido, sin meterse en más hondas averiguaciones, es procurar pasar muy bien y muy holgadamente el dia de hoy, sin curarse poco ni mucho de lo porvenir, que no ofrece en este caso ni más halagadora ni más aterradora perspectiva que la de *la nada!!!*

—Si, amigo mio; pero volved el problema al revés, y saliéndoos de esta grosera filosofía á lo Sancho Panza, recordad que sois hijo de Dios, más aún que hijo de vuestros padres; que habeis nacido para el cielo, mucho más que para la localidad, provincia ó nacion que ahora huellan vuestros piés; que desde el nacer traeis entre manos una empresa grandiosa, más que la de allegar capitales, escudriñar ciencias, realizar inventos, pues todo eso fallece con la vida tras plazo cortísimo, cuyos extremos, por decirlo así, podeis abarcar con una ojeada. Reflexionad que esta sublime

empresa, á la cual vos como todos sois llamado, es servir á Dios, darle gloria, procurar se la den otros y le sirvan, y mediante esto ganaros para vuestra alma y para muchas otras los gajes de una gloriosa inmortalidad. Considerad que en eso está cifrado todo vuestro sér, *hoc est enim omnis homo,* y que para esto sois y valeis y podeis algo, y para otra cosa alguna apenas sois ni podeis ni valeis nada, aunque os llameis por ventura Alejandro, César ó Napoleon. Atended á que todo lo gana quien de esta suerte logra ganarse el cielo, así como todo lo pierde quien eso no acierta á ganarse; y por fin, la que es más negra, fijaos en que en este asunto no ganarlo todo, es perderlo todo; porque no se da en ese campo de operaciones el recurso de una hábil retirada, sino que es preciso ó salir de él victorioso y triunfador, ó miserablemente vencido y destrozado, pues no se da medio aquí entre la completa victoria y la completa ruina. Y decidme después, ¿no es verdad que esos son poderosos acicates para levantar de su sueño al más dormido, y para encender en generosos alientos al más apático? ¿Se os hará extraño, después, que haya quien por Dios y por su divino servicio y por su Iglesia santa y por el bien de sus hermanos (que todo á la postre significa lo mismo), se dé pena, y se lleve aporreada vida, y renuncie á toda comodidad y regalo de su persona, y ofrezca en don á Dios y á la verdad hasta su propia sangre? ¿Podrá causaros asombro que por lo eterno, y sólo por lo eterno, haya quien á todas horas viva desvelado y ande cuidadoso y trabaje á sol y sombra, sin que estime cosa alguna, si por este concepto no le merece ella estimacion, y sin que cosa alguna deje de tener en mucho, si por este concepto ella se lo merece? Vivir así, quien sabe que sólo para la eternidad ha nacido y sólo para la eternidad vive y sólo para la eternidad ha de morir, es la cosa más razonable y consecuente. Y maravilla de inconsecuencia hemos de reputar el que haya quien eso crea, y viva de otra manera.

—Lo cual, por desgracia, hemos de convenir en que no es raro ni maravilloso, segun lo vemos con nuestros propios ojos todos los dias.

—Es verdad, es verdad; lo cual confirma mi tesis en vez

de desmentirla. Porque los casos tales de inconsecuencia, por desgracia sobrado frecuentes, no lo son sino muy aparentemente, pues aunque en tales inconsecuentes pueda suponerse la creencia, por decirlo así, *teórica* de la eternidad, no se da ciertamente en ellos el punto de vista constante y práctico de la misma, que es el que realmente vale algo y puede algo para influir en nuestro temple y dar robustez á nuestro organismo moral. Así y sólo así se comprende y es absolutamente infalible, sin excepcion alguna, la eficacia de nuestro *gran punto de vista*.

III.

—El Naturalismo es la epidemia del siglo.

—Recuerdo que lo ha dicho repetidas veces nuestro Santísimo Padre Leon XIII.

—Ciertamente, y lo estamos viendo á vista de ojos con harto dolorosa experiencia.

—Es verdad, pero ¿qué sacais de ahí para vuestro tema?

—Vais á verlo. El Naturalismo es ante todo la negacion práctica del concepto de la eternidad, ó sea, la abstraccion que por lo comun hacen en sus obras los hombres del dia de este fundamental concepto. Los hombres del dia, digo; y entre ellos incluyo á muchos cristianos, que en eso no muestran serlo en manera alguna.

—¡Caracoles!

—Sí, porque prescindir de la eternidad es negarla prácticamente, y son muchos, repito, los que de esta manera la niegan. No ven más allá de las fronteras de esta vida; ni esperan trabajar más que con los flojos y menguados recursos de ella; ni creen se hayan de pesar las cosas de Dios y de su santa causa más que con los vulgares y ordinarios pesos con que las cosas humanas se pesan y aquilatan. Y hasta en la Propaganda católica...

—¿Hasta en eso?

—Sí, amigo mio, hasta en eso se dan casos del mal resa-

bio que lamentamos. Por lo cual os decia, hace una semana, que el punto de vista de la eternidad no sólo es indispensable para dar robustez y firmeza al buen soldado de la fe, sino que lo es de un modo particular para proveerle de bien templadas armas de fina precision y seguro alcance.

—¿Y en eso andamos hoy?

—En efecto, ese es el asunto del presente capítulo. Considerad para ello que nuestra empresa es ante todo de órden sobrenatural, y por tanto eterno; que los intereses que en este combate se ventilan son tambien sobrenaturales, y por tanto eternos; y que de consiguiente, si en cada cosa han de ser proporcionados los medios á los fines, como dicta la sana razon y áun el mero buen sentido indica, las principales armas del soldado cristiano en esta su campaña han de ser espirituales, ó que con el grave pensamiento de la eternidad resulten perfectamente espiritualizadas. De ahi que al trabajar por la causa de Dios nuestras manos han de ocuparse, como es necesario, en la labor terrena; pero nuestro corazon y nuestros pensamientos han de hacerse de continuo superiores á lo terreno, y vivir y espaciarse y cernerse y alentarse en otra atmósfera más pura y vital, si no quieren sufrir las consecuencias de mortal asfixia, ó por lo menos de infelicísima anemia.

—Habeis acertado gráficamente con la expresion. Anemia: ésta, en efecto, es la palabra.

—¿Quién lo duda? ¿Y bien nos sale á la cara el color de anémicos, y bien se nos echa de ver la miseria de tales en la mayor parte de nuestras pálidas y desfallecidas obras! Con recursos humanos, con artificios humanos, con diplomacias humanas, con humano talento, con humano saber y con humanos prestigios presumimos frecuentemente poder realizar nuestra gran obra que, una de dos, ó la tenemos por obra nuestra, ó la creemos obra de Dios. Si la juzgamos obra nuestra, hacemos bien en querer llevarla adelante, ¡insensatos que somos! con procedimientos y recursos nuestros, que serán á la postre la carabina de Ambrosio; si la juzgamos obra de Dios, ¿cómo nos atrevemos á prescindir prácticamente de Dios en cosa que reconocemos suya, y que por tanto, principalmente apoyados en El, podemos acometer?

—En efecto, apretado es el dilema, y no deja salida.

—¿Cómo puede dejarla, como no sea la de una vergonzosa derrota? Y este es precisamente el lance que muy á menudo nos acontece. Asombra ver lo que se escribe, oir lo que se perora, considerar lo que se proyecta y organiza. Y sin embargo, á lo aparatoso de los trabajos no corresponde con frecuencia la grandeza de los resultados. Estos son pequeños, desproporcionados, muchas veces nulos. ¿A qué se deberá esta esterilidad, sino á la falta de vigor interno de que adolecen ciertas obras, vigor interno que sólo pudo darles el pensamiento de la eternidad, vigor interno de que carecen porque aquel pensamiento no presidió á ellas?

—¿Quereis significar con eso que á muchos de nuestros soldados, como vulgarmente se dice, se les ha mojado la pólvora?

—Exactamente, amigo mio, porque pólvora mojada son las obras todas del Naturalismo, por más que en apariencia conserven todavía, como allá la famosa Maritornes, ciertas sombras y lejos de cristianas. No lo son en realidad, sino paganismo puro, y no es con armas de esta índole con que se conquista el reino de Dios.

—Es indudable.

—Veamos, pues, ante todo de encender en nosotros mismos ardiente fragua donde con el continuo pensamiento de Dios y de la otra vida se forjen y se templen esas armas sobrenaturales que para el diablo combate son menester: el calor de estas ideas eternas nos dará celo por los intereses eternos que ellas simbolizan; nos inspirará abnegacion para soportarlo todo por ellos; pondrá en nuestros labios palabras de fuego con que encender las almas; hará de nuestras plumas dardos enrojecidos con que todo lo rindamos y avasallemos al imperio de la verdad. Y ¿qué dirémos del ejemplo? No hay arma como esa para ganar las más difíciles batallas con sólo presentarlas. Mas ¡ay! no puede dar este ejemplo, y en consecuencia nunca será poderoso con él quien en todo su tenor de vida no sea vivo y animado retrato de la fe que profesa y defiende. Y ¿cómo lo será si en todas sus acciones no palpita el grave y austero pensamiento de la eternidad? ¿Si no es él quien rige todas sus intenciones? Si

no es él quien trae de continuo regulados sus movimientos y enfrenados sus apetitos? ¿Si no es él como marca y sello con que todo lo suyo va refrendado? Soldado así armado y pertrechado es por de pronto invencible, y luego con poquísimo esfuerzo vencedor. Siempre contando, como es de ley, con los divinos auxilios, que nunca faltan á quien de esta suerte lo fia todo y lo subordina todo á los altos intereses de la eternidad.

IV.

No le bastan al soldado buena talla y robustez, ni tiene suficiente con estar provisto de finas y bien templadas armas. Algo más necesita para su oficio. ¿Adivinaríais qué?

—Decidlo por vida vuestra, y no me rompais los sesos con acertijos y cavilaciones.

—Os lo dejé dicho el otro dia, y extraño no lo recordeis. Necesita el tal, además de las armas, soltura y desembarazo en el manejo de ellas.

—Recuerdo perfectamente, y he de convenir en que éste es tambien requisito esencial: pero ¿os empeñaréis asimismo en sacarlo, como los otros, de vuestro ya famoso punto de vista de la eternidad?

—Sí, por cierto, y tal vez sea éste uno de los aspectos más prácticos de la presente materia. Considerad, en efecto, que el constante pensamiento de la eternidad es el único que puede darle al hombre la cualidad moral más indispensable al buen soldado para el oportuno y acertado empleo de cualesquiera armas suyas. Esta cualidad es la serenidad de espíritu en medio de los mayores contratiempos, la fortaleza de corazon en las más duras pruebas, la paz é interior alegría, sean cuales fueren los percances á que le sujete su negro oficio de dar y recibir acometidas.

—Fué realmente en todos tiempos considerada como esencial virtud del soldado esa superioridad de ánimo, sin la cual nada son la fuerza muscular y los mejor templados aceros.

—Es cierto, y á propósito de esto les recordaba San Bernardo á los valerosos Templarios en una homilia célebre (que hoy tal vez escandalizaria á muchos por su carácter, más de marcial proclama que de plática espiritual), que los verdaderos soldados de Cristo han de ir *pacíficos á la batalla:* notad bien estas palabras, que parecen contradictorias, y que no obstante expresan del modo más adecuado nuestro pensamiento. Así como aquellas otras de la Sagrada Escritura, en que de los esforzados Macabeos se dice que *peleaban con alegría las batallas de Israel.*

—No deja, en efecto, de parecer antitético eso de que se vaya con corazon de paz al ejercicio de cosa tan opuesta á ella como es la guerra, así como de que se muestre alegría, más bien que fiereza ó saña, en los congojosos trances de la empeñada lid.

—Pues, ahí veréis. Y la antítesis ó aparente contradiccion, inexplicable en lo humano, se explica muy satisfactoriamente con sólo que atienda el guerrero cristiano en sus combates al gran punto de vista que en los presentes capítulos nos ocupa. Bástale en sus más congojosos trances reflexionar un momento sobre la eternidad para rehacerse su espíritu, y hacer frente con sosegado corazon y áun con la sonrisa en los labios á cualesquiera peripecias de su accidentada campaña. ¿Fallecen los cálculos al parecer más acertados? Sensible es, pero pertenecen al tiempo que pasa, y no por eso vacilan los intereses de la eternidad. ¿No responden los resultados con la prontitud con que los deseara nuestro anhelo? No apurarse por eso; Dios tiene para sus empresas plazos muy largos, como que es suya la eternidad. ¿Fáltannos de repente ó en lo más crítico de las circunstancias recursos con que contábamos, y sin los cuales al parecer no podrémos salir de ciertos atolladeros? Cálmense nuestras impaciencias; todo se pasa, y Dios no se muda, como dijo una gran Santa que, con ser mujer, puede servir de modelo á muchos hombres; una sola cosa importa, y es que deje yo bien asegurados para mi alma los intereses de la eternidad.

—Sin embargo... permitidme os diga que esta cachazuda filosofía más es propia para producir espíritus apáticos y remolones con la imperturbabilidad de la excesiva confianza,

que no generosos arranques, no ímpetus briosos del alma hostigada y espoleada con el acicate del riesgo y con la necesidad de la propia iniciativa.

—Os equivocais, amigo mio, os equivocais. Muy al revés; el pensamiento de que además de lo transitorio que vemos desfilar como rápida corriente ante nuestros ojos, hay lo eterno que debe ser nuestro primer ideal; la consideracion de que los hombres y los humanos sucesos son puro accidente en esta nuestra contienda; la idea de que un trabajo tenaz, constante y decidido se requiere siempre, pero que no es de él de quien precisamente depende el éxito, sino de Dios que tras cortina se tiene reservado el papel principal... ¡ah! eso no convida al ocio, ni fomenta la pereza, ni entibia el ardor del corazon, sino que mantiene en él viva y ardiente la esperanza de imperecederos lauros, afianzada con la seguridad de indefectibles victorias. Dado que el combate es por intereses de la eternidad, un revés que acá se sufra no es tal revés, es una gloriosa herida que se anota en mi hoja de servicios en los archivos del cielo; un hueco que la muerte produzca en las filas, no es tal hueco, es un ascenso que se ha dado á uno de mis camaradas en el inmortal escalafon. Y esto considerando y á esto atendiendo no se cansa el brazo de luchar, ni el rostro de afrontar la lucha; la impetuosidad irreflexiva y tal vez pasajera, del que todo lo hace por primeros movimientos, cede á la conviccion serena, á la resolucion madura y meditada, al firme é inquebrantable propósito de quien ha tomado por divisa «vencer ó morir,» porque está cierto de que luchando por tal causa hasta en la muerte halla la más cierta victoria. ¡Oh! ¡Cómo se trabaja entonces, y con qué abnegacion! ¡Cómo se mira entonces la deshecha batalla que brama en torno, y con qué segura confianza! ¡Cómo se dan por Dios honra, salud, sangre, vida, hermosa juventud, plácida ancianidad, todo lo que constituye el tesoro de la existencia! ¡Y con qué desinterés! ¡Y con qué regocijo! Denme un peloton, un peloton solo de soldados que así con esos altos pensamientos combatan y que en esa escuela hayan aprendido el ejercicio de su espiritual milicia... y ríome yo de cuantos saque de sus más tenebrosos centros el infierno, ríome de cuantos vomiten las

logias, organizen los clubs, ó presenten en línea de batalla las más encumbradas potestades del mundo al servicio de Lucifer. Así fuésemos todos; así fuésemos siquiera algunos: ¡ni un solo momento más estaria indecisa la universal pelea en que andan hoy con los hijos de la Masonería los hijos de la Cruz!

V.

¿Creeis son de algun peso para el valer del ejército las cualidades de su jefe?

—¡Y tanto! Como que en ello consiste el elemento principal.

—Bien está. Prosiguiendo, pues, nuestra principiada materia sobre el gran punto de vista, voy á haceros notar hoy que tambien esta ventaja tiene sobre todos los demás el ejército cristiano que se bate únicamente con los ojos puestos en la eternidad. En efecto; mirada así nuestra campaña, resulta que no hay más jefe en ella que Dios nuestro Señor.

—¡Mal año, á fe, para Césares y Alejandros!

—Es verdad. Y parad mientes en la exactitud rigurosa del concepto que os estoy desarrollando. La causa es de Dios, y no se ventilan en ella intereses humanos ó temporales que pertenezcan á más baja categoría. De consiguiente, sobre los esfuerzos de cada uno de los soldados que trae alistados el supremo Rey á esta su inmortal bandera; sobre los talentos ó genio estratégico de tales ó cuales de estos soldados á quienes haya cabido la mision de formar más ó menos á la cabeza de los demás, está la invisible, pero real y verdadera y única importante y trascendental jefatura de nuestro eterno Caudillo.

—Ciertamente, y no podrá llamarse católico quien no lo crea y profese así.

—Paraos ahora de un modo particular en las cualidades y talla de este Caudillo, y de consiguiente en la superioridad de esta nuestra jefatura.

—No es difícil ponderarlas.

—Ya lo creo, pero es muy comun tenerlas olvidadas. Considerad, pues, que teneis por jefe al más sabio que pudisteis jamás imaginaros; á quien nada se esconde de los más secretos planes del enemigo; á quien nunca acontecimiento alguno pudo ni podrá jamás coger de sorpresa; que dispone no solamente de recursos propios, que son infinitos, sino que por secreta y delicadísima manera sabe hasta enderezar á sus fines los mismos con que el enemigo pretenda más resueltamente oponérsele. Reflexionad que es tan poderosa su inteligencia, sobre ser tan sábia, que á sus resoluciones no hay quien resista, á pesar de que se ha impuesto El mismo como obligacion el respeto al libre albedrío de sus propios enemigos; que de consiguiente, cuánto en un principio dispuso y decretó con voluntad eficaz, no es bastante á torcerlo la oposicion más encarnizada que puedan hacerle ese gusanillo infeliz á quien llamamos hombre, ó esos granitos de polvo apenas perceptibles desde los cielos á quien llamamos naciones é imperios. Añadid á todo eso que ejerce nuestro Caudillo su inmortal jefatura, no por plazos relativamente cortos, como suelen ser los que concede á los generales de la tierra la privanza de sus príncipes ó el breve espacio de la vida humana, sino que eternamente reina El y eternamente manda y á campañas eternas dirige sus gobernados, y que los plazos á que fia el resultado infalible de sus operaciones son los plazos indefectibles de la eternidad.

—Aquí viene muy á pelo aquello que se dice en *El Convidado de piedra:* «¡Muy largo me lo fiais!»

—No tan largo como os pudo parecer á primera vista, pues á la vuelta de veinte y cinco ó treinta años, que no son muchos años, casi toda la generacion que anda hoy embarullada en esos combates habrá entrado ya de rondon en este plazo que se os figura de tan inconmensurable longura. Porque la eternidad cierto que es muy larga y que se extiende muy para allá, mas el venírsenos ella encima es ciertamente dentro periodo muy corto, como con harta experiencia lo va viendo todos los dias cada cual.

—¡Oh! sí...

—Ved, pues, como no es obstáculo á mi razonamiento el dicho de la comedia, pues ni resultan largos en este con-

cepto los plazos de Dios, ni resultan por eso menos seguros, que es precisamense el lado por lo cual os los queria yo presentar. Tenemos, por lo mismo, que es nuestro ejército, entre todos los que jamás en el mundo sostuvieron batallas y ganaron victorias, el que tiene más sabio su jeje, el que le tiene más poderoso, y el que, por fin y contera, posee más afianzada al frente de los suyos su perpetua dominacion. Decid ahora: ¿No es de gran aliento servir á las órdenes de un Caudillo tal? ¿No es brava campaña la que se hace bajo las pliegues de bandera como esa? ¿Cómo han de reputarse en vista de ello los sucesos que á nuestra míope vista aparecen en el decurso de los tiempos como dolorosos accidentes ó lastimosos desastres?

—Claro está que ninguna de estas cosas hay que mirarla aisladamente, sino al revés, considerarla como mero insignificante detalle de un cierto plan general.

—O loque es lo mismo, considerarla desde *el gran punto de vista* de la eternidad, y puestos los ojos en el eterno Caudillo que desde muy lejos ha previsto y tal vez dispuesto todas las contingencias del plan, y que únicamente para un resultado eterno y de consecuencias y de aplicaciones eternas lo está desarrollando y conduciendo á feliz término.

—*Quod erat demonstrandum.*

—Burlaos cuanto querais, pero no dejaréis de reconocer el carácter eminentemente práctico de esta consideracion, que ¡ojalá la tuviesen en cuenta y por ella se gobernasen todos los católicos de hoy! No darian tanta importancia á personalidades de carne y hueso, cuyo humano prestigio para muchos parece ser todo el secreto de la Propaganda y la llave única de su porvenir. Más frecuentemente levantarian el corazon y consagrarian sus esfuerzos á lo imperecedero, á lo inmortal, á lo divino, á lo eterno, en una palabra, único merecedor de que por él se libren empeñados combates como los que á todas horas anda exigiendo la santa causa de la verdad. Y con eso cesarian como por encanto todas las divisiones, y se apagarian en un santiamen las rencillas, y se encontrarian unánimes casi siempre los pareceres, pues todo lo levantaria de la miseria de la tierra, y todo, áun lo más terreno, lo sublimaria y como divinizaria el elevado pensamiento de la eternidad.

VI.

La libertad humana, después del pecado original que nos la dejó tan maltrecha y torcida, necesita como de dos muletas para andar sin tropiezo. Y éstas son el premio y el castigo.

—Me choca la comparacion, que es como vuestra.

—Si la encontrais por ventura harto casera y vulgar, os haré otra más científica, diciéndoos que premio y castigo son como las fuerzas centrífuga y centrípeta del hombre moral para tenerle en su debido equilibrio. Castigo, cuyo temor nos enfrene; recompensa, cuyo atractivo nos estimule. Hé aquí los dos reguladores de nuestras acciones, sábiamente instituidos por Dios nuestro Señor, para que ayuden poderosamente al otro regulador principal, que es el dictámen de la recta conciencia. Sin eso, es decir, sin esa sancion no se concibe ley alguna divina ni humana. Natural es, pues, que la tenga tambien en su ordenanza militar el ejército de la Propaganda católica.

—Es evidente.

—Lo cual se comprende únicamente cuando se miran sus obras como nosotros recomendamos, esto es, desde el gran punto de vista de la eternidad.

—Sin duda alguna.

—Lo cual no impide que por una parte de nuestros hermanos tambien esto se ponga en frecuente olvido, pagándose los muy miserables tan sólo de humanos temores y de terrenas esperanzas para alentarse en el cumplimiento de su deber ó para contenerse en sus austeros límites. ¿Quién, pues, me diera hoy poderles hacer oir á tales *naturalistas* el grito á la vez consolador y severo de la eternidad: ¡Hay cielo! ¡Hay cielo! ¡Hay infierno! ¡Hay infierno! Sí, hay cielo, y éste eterno para el fiel soldado de los buenos combates. Hay infierno, y éste eterno tambien para el tránsfuga y traidor, y tal vez áun para el mero cobarde y perezoso. Que no

son lauros de acá los que promete al buen atleta de su milicia el celestial Caudillo; ni son humanos bochornos ó temporales reprimendas las con que sonroja y afea el rostro de los que no le sirven como merece. Son, sí, bienes eternos y en consecuencia definitivos, los con que me convida; así como desventuras eternas y por tanto tambien definitivas, las con que me amenaza. ¿No es verdad, amigo mio, que si eso de continuo pensásemos y tuviésemos á la vista, como firmemente, gracias á Dios, lo creemos, muy otro seria el aliento de nuestros corazones, muy otra la serenidad y bravura de nuestras almas, muy otro el empuje nunca desfallecido de nuestros brazos, muy otro el incansable tenor de toda nuestra vida? ¿No es verdad que si así considerásemos nuestras obras en defensa de la fe, no como libres y voluntarias, como tal vez se nos antojan, sino muchas de ellas como obligatorias y de riguroso deber, sujetas hoy dia á continua fiscalizacion del Juez divino y más tarde (aunque no muy tarde) al fallo justiciero de su eterno tribunal, como las operaciones de un soldado cualquiera de los de acá al de su Consejo de guerra, no es verdad, digo, que muy otra andaria la disciplina de nuestro campo, muy otra la subordinacion á nuestros jefes, muy otra la abnegacion y el completo desinterés para cualquier heroico sacrificio? No pensariamos entonces, y menos diríamos, cómo hoy tan dolorosamente se oye decir: ¿Qué pensará, ó qué dirá de mí Fulano de Tal? O ¿qué se juzgará de mí en el grupo de mis amigos? O ¿qué concepto va á formar de tales ó cuales actos míos la pública opinion? O, lo que es más rastrero todavía, ¿qué voy yo á ganar con eso, ó qué he de perder yo con lo de más allá? Nada de eso diríamos y ni áun nos cruzarian tales ideas por la imaginacion, sino que, vencido todo respeto humano, depuesto todo egoísmo, independientes de todo otro juicio que no fuese el de Dios, caminaríamos alto el pecho, ancho el corazon, erguida la cabeza, limpia la mirada, desembarazados los movimientos, para no luchar más que por Dios y por los intereses de Dios, supuesto que nada esperamos sino lo que nos tiene prometido Dios, y nada tememos sino lo que Dios puede fallar en su dia contra nosotros.

—Habríais entonces realizado, á fe mia, el ideal del poeta

aquel á quien no fué obstáculo ser un pobre pagano para sentir y hablar en eso como sentir y hablar debieran los más firmes cristianos:

Justum et tenacem propositi virum...
Si fractus illabatur orbis,
Impavidum ferient ruinæ.

—Ciertamente; aunque Horacio no hizo más que cantarlo en sonoros versos, cuando cualquier cristiano de veras sabe realizarlo en la más vulgar prosa de la vida, que es sin duda mucho mejor. Porque esto, creedlo, sean cuales fueren los preceptos de la filosofía, sean cuales fueren las pompas de la retórica, no lo realiza sino el que vive noche y dia clavado el ojo del alma en el norte de la eternidad. Así, así como suena; clavado noche y dia el ojo del alma en el norte de la eternidad. Y aún no es esto solo, sino en el norte de la eternidad *suya*, es decir, de la que á él ha de caberle en suerte, feliz ó desastrosa, halagüeña ó aterradora; cielo, en una palabra, ó infierno, para expresarnos con el lenguaje ascético que tanto mortifica á los mundanos, y que es el único que en todos tiempos deben usar y nunca rehuir el labio ó la pluma del cristiano.

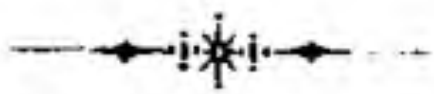
—¡Bien! ¡bien! ¡Integrismo puro!

—Nó, sino puro catolicismo. Y advertid que cual es el norte tales son por lo comun los derroteros. Por esto si el de la eternidad guiase nuestros pensamientos, conformes á él serian nuestros pasos, que si ahora andan muchas veces torcidos y extraviados es porque extraviado y torcido llevamos muchas veces, áun sin pensarlo, nuestro ideal. Séanos lícito, pues, con esta reflexion dar por cerrada la presente serie de cuaresmales artículos, que ¡ojalá se nos queden á todos muy grabados en la memoria! Soldados somos de eterno Rey; á obra eterna tenemos consagradas nuestras vidas; galardon eterno es el que esperamos, y renunciamos á cualquier otro que éste no sea; amenazas eternas tememos, y ningunas otras de menor cuantía han de hacernos vacilar.

—Programa completo.

—Sí, á buen seguro; y por lo mismo el único que puede sacar cristianos completos y el único á que deben atenerse siempre ¡oidlo bien! siempre, los completos cristianos.

¡PRIMERO CREER!



¡PRIMERO CREER!

I.

Importancia de esta materia. Qué cosa sea el Naturalismo contemporáneo, y su gravedad.

IL veces se ha dicho y otras mil nos lo ha confirmado la palabra del Papa: la gravísima enfermedad social de nuestro siglo es el Naturalismo. Cansados parecerémos á álguien con volver tan repetidas veces sobre este tema y hacer sonar tan de continuo á los oídos de nuestros lectores esta palabra. ¿Qué le hemos de hacer? ¿Podemos acaso diagnosticar en sentido opuesto á lo que señalan los síntomas más visibles de la enfermedad? Naturalismo es, pues, la epidemia reinante, y gran suerte es que á costa de dolorosas experiencias se haya podido al fin precisar el concepto del malestar general que aqueja al mundo: no lleva poco adelantado para su curacion el enfermo á quien con toda seguridad se ha logrado formular el carácter de su dolencia.

No siempre están las gentes al tanto de la terminología médica, y así todo vocablo técnico en medicina suele tener, para uso de los profanos al noble arte, una equivalencia vulgar. Así en esta materia. Para los que ignoren qué cosa sea Naturalismo, principiarémos por decirles que en términos

llanos y caseros se llama falta de fe. Falta de fe que dé á conocer las verdades del órden sobrenatural; falta de fe que las admita como primera regla práctica en el gobierno del individuo y de las sociedades; falta de fe que señale al hombre y á la sociedad derroteros fijos y levantadas aspiraciones; falta de fe que engrandezca los horizontes del espíritu y aliente para nuevos vuelos al corazon; falta de fe que eleve los caracteres y vigorice hasta los temperamentos; falta de fe que ilumine con destellos de inmortalidad las sombras y nieblas de nuestra presente existencia mortal. Naturalismo es no creer lo que se debe, ó no creerlo como se debe; y por estos dos aspectos aparece invadida de horrible y devastador Naturalismo nuestra sociedad, en la que muchísimos nada creen; otros muchos creen lo que quieren; no pocos creen sin reducir á vida práctica su creencia; pocos creen como firme y vivamente y prácticamente todo cristiano debe creer. Naturalismo, contra el cual es primera é indispensable medicina establece la necesidad de creer; señalar la extension de lo que se debe creer; formular el modo ó condiciones con que se debe creer. Naturalismo que no sin fundada razon han llamado algunos la herejía de los últimos tiempos, segun aquella frase pavorosa del Redentor, preguntando si por ventura en los dias que precederán á su segunda venida se hallará ya fe sobre la tierra.

Sobre esto vamos á emprender, con el favor de Dios, serie de populares instrucciones, que forzosamente han de resultar prolijas y entretenidas, dados los múltiples y variadísimos puntos de vista que ofrece tal asunto á la apologética del dia. Que si grave es la falta de fe en la generacion actual, más grave es quizá lo mal que aprecian este punto no pocos de nuestros propios hermanos, para quienes es lo de menos eso de no creer ó creer poco ó creer mal, con tal que el tenor práctico de vida resulte medianamente conforme á lo que se ha dado en llamar conveniencias sociales, que no son sino sustitucion, muy elástica y acomodaticia por cierto, de la ley evangélica. Llegando á tal punto la ilusion naturalista de esos desdichados, que para ellos es *hombre de bien* cualquiera que sepa atenerse á esas nada rígidas conveniencias, por más que en sus más fundamentales deberes de ra-

cional y de cristiano no guarde el tal hombre de bien respeto alguno. Y trascendiendo al órden social esa maléfica doctrina, estiman que pueden ser muy cultas y muy civilizadas y muy puestas en razon legislaciones sin Dios y sin referencia alguna á la otra vida, error que constituye en su esencia formal el moderno Liberalismo.

El Naturalismo, como todo error dominante, hállase hoy en todas partes, por más que á los ciegos y cortos de vista ó viciados por la costumbre se les antoje que no se halla en ninguna. Está de tal suerte diluido en la atmósfera moral de nuestros tiempos, que lo respira como el aire todo pulmon, y experimenta más ó menos su influencia áun aquel que con más ahinco procura librarse del general contagio. Las escuelas y talleres, el hogar doméstico y el parlamento público, la ciencia y el arte, la política y la economía, la moral y la jurisprudencia, la misma piedad allá en el más recóndito santuario del alma ó en el fondo casi impenetrable del templo, sienten ese influjo, devastador en unos, en otros más ó menos enervante, fuente siempre de incalculables estragos. Tener fe y vivir vida de fe es menos comun de lo que se juzga en nuestros malaventurados tiempos. No se extrañe, pues, si desde hoy hasta que se nos agote el tema andamos clamando un dia y otro dia: ¡Primero creer! ¡Primero creer! como expresion así de la alarma que en todos los buenos corazones debe producir este desastroso estado, como de la única eficaz y poderosa reaccion que puede sacarnos de él.

II.

La fe es la primera de las necesidades morales del hombre. Aun en lo humano se experimenta esta necesidad.

Es la fe la primera necesidad moral del hombre, así individual como socialmente considerado. Para el cristiano es argumento de suprema autoridad aquella sentencia tan categórica del Divino Salvador: *El que no creyere se condenará.*

La cual repitió formulada aún con mayor crudeza San Juan, que dijo: *El que no cree está ya juzgado.*

Mas para que no se nos acuse de que caemos en círculo vicioso pretendiendo demostrar con argumentos de fe la necesidad de la fe, fuerza nos será por esta vez bajar al terreno de nuestros adversarios, y hacer del naturalista como ellos, y presentarnos á probar por de pronto nuestra tesis con meros argumentos de razon y de buen sentido, que afortunadamente no faltan en esta controversia.

Que el hombre ha nacido, en efecto, para la vida de fe, pruébalo el que áun en lo humano no puede dar un paso sin ella. Pondérense cuanto se quiera las excelencias de la razon y del libre pensamiento: lo cierto y acreditado por la experiencia es que con la razon sola y el libre pensamiento solo nunca saldria el hombre de una, por decirlo así, perpetua infancia. Empieza el hombre á vivir en este mundo creyendo, y cada progreso que realiza en él es hijo de una previa creencia, y cuando más envanecido se encuentra con los fueros de su orgullosa libertad, sálele entonces al encuentro, más exigente que nunca, la necesidad de abdicar algo de ella y someterse, y... creer. Cuando se dijo que el hombre era animal naturalmente religioso por su instinto de adoracion, púdose añadir tambien que lo era por su natural desconfianza en las propias fuerzas y por su inclinacion á creer. Líbrenos Dios de confundir el acto de fe sobrenatural con esos otros actos de fe humana que el hombre ejecuta diariamente sin darse apenas cuenta de ellos, y sin los cuales no concebimos posible la existencia misma de la sociedad. Este fenómeno sirve, no obstante, para convencernos de que no es absurdo que se exija la fe como primer fundamento en Religion, cuando ni el mero órden humano puede concebirse sin aquélla.

Dice un cierto autor, no sin gracia, que el acto más comun de la vida, cual es el afirmar cada uno que es hijo de sus padres, no puede ejecutarlo nadie sin hacer con eso un acto de fe, ya que nadie sabe que procede de tales ó cuales hombre y mujer, sino porque se lo han asegurado éstos ó se lo aseguran documentos públicos en que éstos lo declararon. Observacion trivial y á primera vista más chusca que

profunda, pero muy al caso para que se vea cómo después de tanto pregonar que no se ha de creer más que lo que se ha visto, resulta que nadie puede saber quién sea él mismo ó quién sean sus padres, si ha de atenerse rigurosamente al absurdo criterio librepensador.

Mas aparte de este primer acto de fe, ¿qué es la vida entera sino una como cadena nunca interrumpida de abdicaciones análogas de nuestra tan libre y tan independiente razon? *Oportet addiscentem credere,* dice Aristóteles, citado á este propósito por Santo Tomás: «Para aprender es indispensable principiar creyendo.» Profundo axioma que nos demuestra cada dia la experiencia. En el ejercicio de la más humilde de las profesiones mecánicas hay que empezar el aprendizaje de ellas aceptando del maestro, como indiscutibles, varias reglas y prácticas, sin las cuales no seria posible dar un paso, reglas y prácticas de las que muchas veces no se comprende la razon hasta después de largas experiencias y consumado ejercicio. La discreta fabulilla de Iriarte *El volatín y su maestro,* expuso esta idea con la mayor exactitud. Pero áun en las mismas ciencias, donde más debiera, al parecer, reinar la razon como única reina y señora, no se da paso apenas en ellas sin el auxilio de la ajena autoridad, y por consiguiente sin repetidos actos de fe. No hay ramo de ellas en que no se empiece por dictar al discípulo principios indemostrables ó no demostrados, que por de pronto ha de aceptar éste á beneficio de inventario, como se dice, sin apenas otro fundamento que la autoridad de la escuela á que desea afiliarse. El mismo sectario de la duda absoluta de Descartes, ha de empezar por creer como provechoso y racional este procedimiento bajo la sola autoridad de su inventor.

¿Qué mucho, empero, que esto sea indispensable casi siempre como preliminar científico, si en varias ciencias apenas se reconoce otro criterio constante que este de la autoridad? Ahí está la historia, la respetabilísima historia, luz de los tiempos y maestra de la vida, como la llama Ciceron; toda ella es ciencia de autoridad, es decir, ciencia de fe. Suprimid la fe humana, y habréis extinguido esa antorcha á la cual no sin motivo se considera, después de la Religion, co-

mo la principal lumbrera del humano entendimiento. Igualmente la geografía no es en gran parte más que ciencia de fe. Se cree á los viajeros fidedignos y á los relatos de los exploradores, y casi todos los datos concernientes á climas y costumbres se fundan en esa humana credibilidad. De suerte que como sin fe no habria otra historia que la contemporánea de cada generacion, así sin fe no habria más geografía posible que la de cada localidad.

En las mismas ciencias morales y filosóficas en que tan propio oficio suyo ejerce la razon, nos es de gran peso la humana autoridad; en casos mil en que vacila nuestro discurso, danle estabilidad y fijeza los meros dictámenes de tales ó cuales hombres ilustres en la materia, áun independientemente de los argumentos en que funde cada uno de ellos su parecer. ¿Qué prueba esto sino que nunca ha creído el hombre le fuese bastante su individual razon para la completa certeza, y lo muy filosófico y razonable del asenso que presta en casos mil á la razon ajena el más independiente librepensador? ¿Qué prueba sino lo que tantas veces se ha dicho, esto es, que nada hay tan razonable como la fe, nada tan irracional como el racionalismo, nada tan opuesto á los instintos de nuestra más íntima naturaleza como el Naturalismo? En presencia de tantos y tan frecuentes actos de sumision con que reconocemos la credibilidad del testimonio humano, sin embargo de no poder negar su absoluta falibilidad, ¿no es absurdo negar esta sumision á la credibilidad divina?

Aquí del texto de San Juan, tan lógicamente decisivo: *Si juzgamos aceptable el testimonio de los hombres, mayor es el testimonio de Dios*.

III.

Qué dice sobre esto el comun sentir de todo pueblo. Ojeada á la historia.

Que el hombre está formado para la fe, y no puede vivir en un modo ú otro sin ella, lo dice, además de lo expuesto en el capítulo anterior, otro fenómeno moral que observamos, muy digno de llamar la atencion.

Es el siguiente.

Nunca se ha dado en el linaje humano, desde sus primeras generaciones hasta la presente, una de ellas completamente descreída. O más claro todavía. El tipo real del hombre verdaderamente incrédulo ó librepensador está aún por aparecer, por más que otra cosa blasonen nuestros racionalistas.

Veámoslo en la historia.

Extraviarse de la verdadera creencia en todo ó en parte, bastardearla y de mil maneras corromperla, ha sido caso por desgracia frecuentísimo en pueblos y en individuos. Pero, repárese bien. Nunca tales pueblos ó individuos han abandonado la verdadera creencia para quedarse sin creencia alguna. Nó, no han hecho más que abandonar la legítima para admitir la adulterina, más conforme quizá á su antojo, ó menos incompatible con sus viciadas inclinaciones. De la naturaleza moral puede decirse mejor que de la física decian los antiguos, que tiene horror al vacío. No se desprende ella tan fácilmente del instinto de fe, como presume la incredulidad teórica, que no conoce al hombre más que por los libros y los sistemas. La historia del viejo paganismo y de todas las antiguas y modernas supersticiones es un dato elocuentísimo que no deja mentir, y que acredita que la humanidad ha creido siempre, no porque así á tontas y á locas se le haya ocurrido, sino porque siempre ha necesitado creer.

Vulgar alarde de erudicion fuera recorrer aquí los pueblos

anteriores á Jesucristo para dejar demostrado que ninguno (nótese bien, ninguno) dejó de creer, y que todos (nótese bien, todos) pecaron al revés por creer demasiado. Sí, tal como suena, y no extrañen nuestros lectores lo gráfico de la expresion; erraron por creer demasiado. Apenas fué corrompiéndose en los primeros descendientes de Adan la nocion purísima del verdadero Dios y de su unidad y de sus demás atributos y de su culto, empezó no el racionalismo, sino la idolatría, que fué un exceso de credulidad. En el mismo pueblo escogido, el rebelarse más de una vez contra su Dios y Señor, no fué para proclamar la independencia de la razon, sino para prosternarse ante los ídolos egipcios, fenicios ó caldeos, y practicar sus abominaciones. Del Egipto y de la Persia, de la Siria y de la Grecia, y de Roma, por fin, que fué el mar universal, en que vinieron á quedar absorbidas todas esas razas, no es posible sacar la cuenta de sus dioses y desentrañar todo el aparato de su teología, es decir, de su creencia. Nunca se creyó tanto como entonces en que, segun frase de Bossuet, todo era adorado como Dios menos el Dios verdadero. Siendo de advertir que pagaron tributo á esa credulidad, no ya sólo del vulgo, sino de la ley, los más preclaros filósofos. Sabido es lo de Sócrates, ofreciendo antes de morir un gallo á Esculapio.

No varió el carácter de la humana naturaleza después de la aparicion del Cristianismo. Vióse libre de esa falsa fe el que de veras siguió y profesó la verdadera: quien de ésta se apartó en todo ó en parte, no se quedó incrédulo, sino que se hizo falso creyente. Examinando una por una todas las herejías, desde los Cerintianos y Ebionitas en el siglo primero, hasta los Jansenistas y Liberales en el próximo pasado y en el actual, vese que ninguno de ellos se contentó con negar un dogma de fe, sino que al momento opuso al dogma negado otro de su invencion, con su correspondiente aparato de misterios y ceremonias. Más, muchísimo más, infinitamente más incomprensible á la razon era lo que creian y practicaban los Gnósticos, los Maniqueos, los Arrianos, los Priscilianistas, los Albigenses y no pocas fracciones del Protestantismo, que lo que creemos nosotros. Aún hoy más esfuerzo de fe se necesita para ser cuákero ó mormon

que para ser católico. Y nada dirémos del Mahometismo, que es el absurdo en su forma más brutal.

Todo esto, empero, podria juzgarse que no reza con los racionalistas del último siglo y del presente, que se mofan de todos los dogmas y de todos los cultos, y miden con igual rasero al pagano que al católico, al hereje que al infiel. Quizá se figurará álguien que son ciertas las baladronadas de esos hombres que se llaman discípulos de la razon pura, espíritus fuertes, positivistas, despreocupados y otras lindezas de este jaez. Sin embargo, no hay tal. Es éste su lenguaje en los libros y en las escuelas, es su uniforme académico, por decirlo así. Y nada más. En la vida práctica son míseros mortales creyentes, y tan creyentes como cualquier otro, llevando á veces su credulidad y falsa fe hasta un punto que raya en la estupidez de la supersticion. De los corifeos y porta-estandartes del enciclopedismo francés, que fué quien dió al mundo la moda de la incredulidad, se saben hoy dia cosas curiosísimas y por todo extremo maravillosas. Aquellos fieros enemigos de todo fanatismo, eran por dentro los más miserables fanáticos é iluminados. Casi todos creian en brujas y sonámbulas; alguno de los más famosos no osaba sentarse en mesa de festin en que fuesen trece los comensales, y tenia la ridícula aprension de creer dias aciagos los martes y los viernes como cualquier infeliz mujercilla del arrabal. No creían en Jesucristo, pero veneraban como oráculo al italiano Cagliostro, especie de mago magnetizador que por aquellos dias apareció en Paris, aterrando á aquella alegre sociedad de positivistas con el aparato de sus evocaciones teúrgicas y de sus lúgubres profecías.

Mas ¿á qué buscar testimonios de esta verdad en épocas antiguas, cuando en la nuestra los tenemos á la vista? Patente está á nuestros ojos el moderno Espiritismo, cuyos adeptos, rechazando por absurda é irracional la revelacion de Cristo Unigénito de Dios, se glorian, no obstante, de recibir revelaciones demoníacas, y conceden al último medium parlante, vidente ó soñante la autoridad que niegan á los Santos Evangelios. Y donde con mayo réxito cunde esta novedad, desacreditada ya de puro vieja antes de Jesucristo, es en los pueblos donde se entibia la fe y donde más presume

de reinar y señorearlo todo el librepensamiento. ¿Qué mayor prueba se quiere de que no puede el hombre vivir sin alguna clase de fe, y de que por lo mismo es lógico reconocerle criado para la verdadera? ¿Quién negará que el hombre necesita comer para subsistir, si se le ve que á falta de pan, que es su apropiado alimento, se ceba con ansia en cualquier otra cosa, por inmunda que sea, como á su juicio pueda acallarle el hambre?

Hé aquí, pues, nuestro caso: hé aquí la fuerza de nuestra argumentacion. Necesaria es al hombre la vida de fe, cuando le vemos abrazar con afan hasta la fe de lo absurdo, si por su desdicha arrojó de su corazon la de lo verdadero. No hay incrédulos absolutos en el más estricto sentido de la palabra: hay por lo comun malos creyentes que detestan lo que debieran creer, y creen en cambio todo lo que debieran detestar.

IV.

Deficiencias de la humana razon áun en lo más indispensable para la vida moral. El aire y la respiracion.

El hombre necesita de la fe. No solamente lo prueba el exámen que hemos hecho de sus más íntimas inclinaciones, que todas tienden instintivamente á ella, sino que lo confirma la misma debilidad y deficiencia de su razon en órden á sus necesidades morales más importantes. Si el Criador hubiese querido que por la razon sola se gobernase y dirigiese la humana criatura, hubiérale dado de tal alcance esta su facultad racional, que ella hubiese bastado. No se la dió así, sino muy limitada y en todo desproporcionada al objeto que debe ser el preferente de sus conocimientos. Luego con esto solo dejó indicado que habia de haber otro elemento de mayor alcance, otra razon de superior potencia, otro ojo de más penetrante mirada, que supliese la cortedad y miopía de aquella otra limitadísima facultad.

¿Cómo se halla, en efecto, el conocimiento humano con

respecto á las verdades de órden superior que necesita el hombre para norma de su vida y seguro éxito de su eterno porvenir?

En primer lugar algunas de estas verdades están completamente fuera de su jurisdiccion, y no las alcanza poco ni mucho el hombre, cualquiera que sea el grado más ó menos sutil de su inteligencia.

En segundo lugar, otras no las alcanza sino mediante laborioso esfuerzo y especialísima educacion intelectual, de que no es capaz la mayoría de los mortales.

En tercer lugar, áun lo que alcanza de esta suerte, lo posee con mil vacilaciones é incertidumbres, sin la seguridad y fijeza que se requiere en asuntos de tanto interés.

Por las cuales tres razones puede hasta cierto punto probarse humanamente la necesidad de la fe, única que puede darnos á conocer las verdades indispensables, del modo que se requiere, es decir, *todas*, á *todos* y con *toda* seguridad.

Porque, digasenos francamente. ¿Puede la humana razon por sí sola dar *todas* estas verdades á *todos* los hombres, y dárselas con *toda* seguridad? Al racionalista más convencido de la omnipotencia de su razon quisiéramos ver en este momento en el caso de tener que darnos respuesta á esas apremiantes dificultades. A falta empero de un paladin de éstos, bien puede considerarse tal á la humanidad entera con sus grandes filósofos, poetas y oradores, que no es flojo testimonio, ya se considere su número, ya su verdadera importancia y valer. ¿Qué nos dicen éstos? ¡Ah! Deplorable seria para el género humano este alegato de sus más caracterizados representantes, si fuese cierto que el hombre no puede contar más que con sus propias fuerzas para llegar al conocimiento de lo que más interesa á su felicidad. ¿Qué es la historia de la humana filosofía sino la historia de los humanos desvaríos? ¿Qué le ha enseñado al hombre su sola razon (atiéndase bien, su sola razon), sino verdades incompletas, que más bien pudieran llamarse fragmentos ó girones de verdades, y sobre muchas cuestiones ni aún eso, sino la adulteracion, la tergiversacion más completa de la verdad? ¿Qué sácó en limpio la razon sola, áun en sus épocas más florecientes, sobre el orígen del hombre, sobre su fin, sobre la

naturaleza de Dios, sobre el deber para con El y para con el prójimo, que son los puntos, digámoslo así, cardinales de todo sistema moral? ¿Qué fueron sino desbarros monstruosos las más ingeniosas teorías de las escuelas filosóficas, en comparacion de las más sencillas nociones que aprende el niño de hoy en nuestros catecismos? El mismo libro de la naturaleza, este libro cuyas páginas están perennemente abiertas para que lea todo mortal en ellas el dogma primero de todos, la existencia de un Dios creador, no fué para muchos de los antiguos sabios más que un indescifrable jeroglífico, del cual no faltó quien sacara por suprema leccion adorar como dioses los ajos y las cebollas de sus huertos, ó el buey de sus pesebres, ó el cocodrilo de sus rios. A tal punto llegó la fatuidad humana en razas que por otra parte han merecido, como la egipcia, el dictado de cultas y pensadoras. Después de lo cual, ¿qué será hablar de Grecia, que debe sus dioses al cincel de sus artistas y á la imaginacion de sus poetas; de Roma, que reune en sus templos como en bazar universal los ídolos de todos los pueblos que conquista, llegando en su postrer envilecimiento á divinizar hasta á sus más oprobiosos tiranos? ¿Y son esos los pueblos adoctrinados por Sócrates, por Thales, por Pitágoras, por Ciceron ó por Séneca? Flaca idea dan de los maestros los discípulos que se formaron en sus escuelas, y pues del ingenio privilegiado de aquéllos no puede dudarse, fuerza es atribuir á su condicion de hombres sin luz superior la miserable doctrina que enseñaron. En ellos, con ser tan soberano el talento, no pudo pasar más allá la razon humana; lógico es deducir que la razon humana por sí sola es muy poca cosa, cuando ¡hasta en ellos! tan poco acertó á dar de sí.

Pero aún fuera menor mal si todo el humano linaje se hubiese compuesto de ingenios de primer órden á los cuales la luz del saber elévase de un modo ú otro á la altura de esos conocimientos. Mas no son filósofos la generalidad de los hombres y mujeres, ni es la filosofía ocupacion casera que se avenga á ser traída y llevada por campos y talleres. Si los sabios de la humanidad, filosofando mucho, llegaron á alcanzar tan poco, júzguese qué debia de saber el vulgo de las gentes sin otra filosofía que la de su inculto y rústico

criterio vulgar. Aquí aparece con toda su fuerza la necesidad de la fe. Dado que la humana filosofía pudiese dignamente (que no puede ni pudo jamás) sustituir á la luz sobrenatural, tendríamos todavía en la filosofía el maestro exclusivo de unos pocos, no la enseñanza y ley general de todos. Y las verdades primarias é indispensables al hombre deben ser, como el aire que se necesita para la respiracion, patrimonio de todos y asequible á todos, sin otro esfuerzo que el de abrir la boca para recibirlo! ¡Y el aire, que es el elemento esencial para la vida, no lo ha puesto la Providencia tan raro que sólo se logre obtenerlo por medio de difíciles procedimientos químicos en tal ó cual laboratorio! ¡Y las verdades de la humana filosofía no son sino el aire trabajosamente obtenido por unos pocos por medio de difícil procedimiento científico! ¡Y por el contrario las verdades que enseña la fe son la atmósfera de que le place á Dios llenar el mundo para que la respire toda alma hasta la más vulgar, ruda é iliterata!

Prueba, pues, la necesidad de la fe el hecho de que sin ella no puede ser patrimonio de *todos toda* la verdad que *todos* necesitan para su vida moral.

V.

Si basta la simple «conviccion» natural en muchas materias, ó si es menester además robustecerla con el peso de la sobrenatural autoridad.

Ni *todas* las verdades necesarias al fin moral del hombre las puede alcanzar éste con las solas fuerzas de su razon; ni las relativamente pocas que puede alcanzar con laborioso esfuerzo las pueden alcanzar *todos* los hombres; ni finalmente las que éstos alcanzan las pueden poseer con toda la seguridad y firmeza que en asunto de tal trascendencia se requiere. Los dos primeros extremos de esta division los demostrámos en los capítulos anteriores; este último nos parece

vamos á probarlo muy cumplidamente en el de hoy. De cual triple preliminar resultará más que medianamente evidenciada la necesidad de la fe.

Empecemos por sentar un hecho de mera observacion interna, y es el siguiente. Lo que el hombre adquiere por el trabajo de su ingenio, prodúcele muchas veces plena conviccion. Es verdad; mas esta conviccion, con todo y ser plena, rara vez deja de estar posteriormente sujeta á dudas y vacilaciones. De toda conviccion así formada puede el hombre responder que la tiene al presente, esto es, mientras ejercen poder sobre su entendimiento las razones en que la fundó: no puede empero responder igualmente que la tendrá mañana, si otras razones más poderosas que aquellas primeras se presentan á turbarle en su posesion pacífica. La verdad cimentada en sólo discurso natural es, por consecuencia, contingente y movediza, como que vive á merced de la mayor ó menor suma de razones, en pro ó en contra, que en cualquier momento pueden presentarse. Más aún. El mismo continuo espectáculo de hombres de talento que sobre un asunto dado piensan opuestamente á lo que piensan otros hombres de talento tambien, es causa de que apenas quepa en lo meramente humano conviccion verdaderamente inconmovible. El mareo y el vértigo se apoderan del espíritu con el ir y venir incesante de los encontrados juicios, y á la postre suceden el cansancio y el desmayo, y por fin el escepticismo, que es el suicidio intelectual.

Es indispensable por esto que las verdades fundamentales del género humano tengan algun más sólido é inconmovible cimiento que el que puede prestarles la movediza arena de la razon individual, so pena de que no se pueda contar firmemente con ellas cuando más se las necesite. Por esta razon opina Santo Tomás de Aquino que es convenientísima la fe áun de muchas de aquellas verdades que el hombre podria en rigor alcanzar sin ella. Convenientísima y hasta podemos decir moralmente necesaria, si no para su descubrimiento, al menos para su sosten y firmeza á prueba de los choques de la humana opinion.

Pasa en eso de las *convicciones* como en lo otro de las *resoluciones,* que es muy análoga materia. Tomar el hombre

por motivos meramente humanos y naturales cualquier gallarda y heroica resolucion es caso frecuentísimo; sostenerse perpetuamente ó por plazo indefinido en ella, á pesar de todos los embates y veleidades del humano carácter, es cosa ya más dificultosa. Por eso la legislacion de todos los pueblos ha dispuesto que ciertas resoluciones y compromisos más graves de la vida humana y social no quedasen fiadas al mero apoyo de la siempre antojadiza voluntad, sino que se asegurasen con un vínculo más poderoso de órden sobrenatural, cual es ó el voto, ó el juramento. Siendo de tal naturaleza el hombre, que las mismas tentaciones y vacilaciones que le son muy diarias cuando una resolucion suya no la ha fundado más que en motivos individuales suyos, cesan por lo comun de atormentarle y áun tal vez de ocurrirle cuando á ellas ha añadido el refuerzo y sello de la sancion sobredicha. El matrimonio y la vida religiosa y áun la simple vida militar acreditan con cotidiana experiencia lo exacto de esa observacion. Pocos podrian prometerse la absoluta é inviolable perseverancia en dichos estados, si á ellos no se hubiesen amarrado y encadenado, por decirlo así, con algo superior á su libre voluntad personal. Ahora al revés, sólo muy contados se rebelan contra esos yugos y cadenas, verdadera salvaguardia de la libertad en sus más nobles y elevadas determinaciones.

Parecido oficio ejerce la fe, en órden al humano entendimiento. Verdad que el hombre acepta desde luego como revelada, resulta luego con raíces muy más hondas de conviccion que las que pueden darle los más ingeniosos discursos de la filosofía. Es que, contra cualquier sábia filosofía, puede levantarse un dia ú otro una filosofía más sábia que aquélla, y esta sola posibilidad admitida, es bastante para tenernos en vaiven é incertidumbre dolorosísima. Mas contra la revelacion de Dios aceptada, es imposible se presente, ni ocurra siquiera, argumento de fuerza mayor. Convino por tanto que el hombre viviese de fe, no sólo en lo que únicamente la revelacion divina puede enseñarle, sino áun en mucho de aquello otro que la misma razon natural le puede descubrir. Convino, para que lo tuviese más seguro y afianzado, más á cubierto de la posible contradiccion de hu-

manos juicios, inviolable é indestructible á pesar del continuo roce y desgaste de las opiniones de cada momento. Así convino, y así fué preciso, y así lo quiso y realizó Dios nuestro Señor, más conocedor de la criatura racional, y más próvido y bondadoso con ella de lo que pueden serlo jamás los altaneros racionalistas, ó mejor irracionalistas, que pretenden enmendarle la plana con sus teorías á Su Divina Majestad. Por donde el acto de fe es el acto más racional del hombre y el más conforme á su manera de ser, porque es la satisfaccion de la primera y más urgente de sus necesidades morales.

VI.

Como ha provisto en todos tiempos Dios Nuestro Señor á esta necesidad que tiene el hombre de la vida de fe.

Asentada y firmemente demostrada en los anteriores capítulos la necesidad, hasta natural, de la fe, por exigirla, máxime en su presente estado de imperfeccion, la humana naturaleza, procede ya desde ahora dar un paso más y manifestar cómo ha dado realmente el Criador satisfaccion á esta necesidad de la criatura, comunicándose á ella y haciéndose oir de ella por medio de lo que se llama la *revelacion*. La cual fué dada ya al hombre así que lo hubo sacado del polvo de la tierra la mano de su Hacedor, y le fué ampliada después de su pecado para suplir en algun modo las quiebras producidas por él, y fué luego perfeccionada por la ley mosaica y los Profetas, y finalmente completada por Cristo nuestro Señor, autor y consumador de nuestra fe. De suerte que desde que fué criado el hombre, siempre una luz superior á su natural razon ha suplido las deficiencias de ésta para conocer su fin sobrenatural, así como la gracia ha suplido siempre la deficiencia de su voluntad para dirigirse á él y alcanzarlo. Pues siendo sobrenatural el tal fin, es decir, superior á los medios naturales, lógico es que así para co-

nocerle como para alcanzarle se le diesen al hombre medios proporcionados, cuales pueden únicamente ser los sobrenaturales. Medios que en el estado de inocencia elevaban al hombre, y que en el estado de culpa repáranle además el daño ocasionado por ella hasta en sus naturales facultades.

La primera revelacion fué hecha por Dios á Adan, y transmitida por éste á sus descendientes, formó durante muchos siglos el depósito de la fe del género humano. Lo que se llaman tradiciones primitivas del humano linaje no son sino estos datos revelados por Dios al primer hombre, y con más ó menos fidelidad conservados como herencia de familia por las sucesivas generaciones. La unidad de Dios y algo de su trinidad personal, la eternidad de los premios y penas después de la vida, el culto tributado por medio de los sacrificios, y sobre todo la promesa del futuro Restaurador, son los principales dogmas de esa revelacion, que bien podriamos llamar prehistórica, como quiera que se remonta á la infancia de la humanidad y es anterior á todos los recuerdos escritos de ella.

Así desde sus comienzos vivió vida de fe la humana criatura, y por la vida de fe dirigió sus pasos á la eterna felicidad. Creyendo quiso Dios que le conociese el hombre y le honrase y le consiguiese; creyendo, y no solamente discurriendo, con todo y ser tan noble y excelente facultad la del humano discurso, particularmente antes de que lo oscureciesen las nieblas de la original culpa. Si más tarde, á consecuencia de este mismo oscurecimiento y de la malicia del corazon, olvida ó corrompe la raza humana esas sus tradiciones de familia, sustituyendo la pura y sencilla heredada fe por las monstruosas aberraciones de la idolatría, no deja Dios de seguir revelándose al mundo para conservar intacta, por lo menos en alguna porcion de él, la antigua creencia, verificándose entonces lo que se conoce en los anales bíblicos con el nombre de *vocacion de Abrahan*. En efecto. Separa Dios á este Patriarca fiel del resto de la corrompida humanidad, acrisola su lealtad con dolorosa y nunca oída prueba, y después de ella le instituye jefe y cabeza de nueva familia de creyentes, magnífico esbozo y preparacion de aquella otra universal familia que con el nombre de Iglesia católica habia

de instituir y presidir el otro Abrahan, Jesucristo. Después de esta seleccion, en virtud de la cual la nueva raza creyente adquiere el glorioso título de pueblo de Dios, la fe primitiva brilla con nuevo fulgor en el pueblo hebreo, cuando solamente con raros y aislados destellos se la ve aparecer de vez en cuando en el pueblo gentil. Y desde entonces no puede ser más visible y palpable el contraste entre la humanidad creyente y la humanidad meramente filósofa. Esta apenas retiene más que fragmentos desfigurados de la verdad primitivamente revelada; aquélla conserva íntegra su posesion y profesion al través de pasajeras defecciones. El mundo gentil, áun el culto, sabio, artista, guerrero y conquistador, es sin embargo de todo eso un pueblo de abyecciones y degradaciones morales cuales nunca pudieron imaginarse más ignominiosas; el pueblo hebreo, sin poseer aquellas brillantes cualidades exteriores, es en cambio, gracias á su fe y mientras es consecuente á ella, el pueblo más elevado y más varonil y más heroico entre todos los conocidos. Nunca más claramente se vió lo poco que puede en favor del hombre la razon sola, y lo que puede en igual sentido la razon acompañada é iluminada por la firme creencia. Diríase que de propósito quiso el Eterno, segun indican los Santos Padres, permitir esta larga noche de la gentilidad y aguardar cierto plazo para terminarla con la revelacion cristiana, á fin de que más luminosamente se viese á qué abismos iba conduciendo al mundo la sola razon, que se habia hecho orgullosa maestra de él. Sí, porque ésta era y sigue siendo la más convincente demostracion de su impotencia: haber tenido durante tantos siglos la direccion exclusiva del hombre, y no haberlo sabido llevar más que á la horrible miseria intelectual, moral y áun material en que le encontró en todas partes Jesucristo nuestro Señor.

VII.

De la revelacion propiamente dicha, por medio de Jesucristo Unigénito de Dios. Cualidades especiales de ella.

La revelacion primitivamente comunicada por Dios á Adan y confirmada luego al pueblo de Israel por medio de los Patriarcas y Profetas, recibió finalmente su complemento y perfeccion por medio de Jesucristo. Con solemne acento lo proclama San Pablo en aquellas majestuosas palabras que en su liturgia canta la Iglesia con motivo de la fiesta de Navidad: «Dios, dice, que de tan diversos modos habló á nuestros padres por medio de los Profetas, recientemente y en nuestros propios dias se ha dignado hablarnos por medio de su mismo Hijo.» Este hecho gloriosísimo, al cual sirvieron de preparacion y figura todos los que registra en sus páginas la historia del pueblo escogido, señala el punto más culminante de las relaciones entre el hombre y Dios por medio de la gracia y de la fe. Dios no se contenta ya con ser Criador del hombre y su invisible Maestro y su futuro Juez. El misterio suavísimo de la Encarnacion le hace ser algo más íntimo y más tierno que todo eso. Hácele su Redentor, pues se le da en precio de satisfaccion por su pecado: hácele su Padre, pues en el Hijo encarnado somos adoptados todos; hácele su Hermano, porque carne nuestra es y sangre nuestra, y por tanto, raza nuestra la que el Verbo eleva á la union personal con su divinidad; hácese, por fin, visible y tangiblemente Maestro nuestro, no allá entre nubes y rayos como en el Sinaí, sino mano á mano, en amigable trato y conversacion con nosotros, cual suele el más llano y accesible de los preceptores á su más familiar discípulo.

Este es el carácter especial de la revelacion cristiana, su alteza sublime y á la par su llaneza sin igual; el dogma y la moral traídos de los cielos; y sin embargo, la forma de su predicacion tan casera y sencilla como el lenguaje de los ni-

ños y de las turbas populares; tan alto, tan alto aquéllo que ni de lejos se le asemeje lo más elevado que dogmatizaron los filósofos de las más encumbradas escuelas; tan bajo y tan vulgar esotro que lo digieren perfectamente y lo hallan adecuado á su condicion los más pobres de espíritu, como tengan recto y limpio el corazon. Singular doble fisonomía de una doctrina que lleva ya en sí el doble aspecto de sumamente divina y sumamente humana, como verdadero Dios y verdadero hombre es el legislador que la enseña; la más divina, como que procede de solo Dios; la más humana, como que es la única que comprende al hombre y se hace comprensible de él, y le llena y le colma y le satisface en todas sus necesidades: tan grande y tan honda para los grandes, que pueden muy bien emplear en ella todos sus talentos sin lograr áun abarcar sus inconmensurables fronteras ó sondear del todo sus inmensos senos; y por otra parte tan apta para plegarse á la más humilde talla, que ni abruma su peso á los débiles, ni deslumbra su luz á los cortos, ni desorienta su oscuridad á los menos advertidos. Imágen suya fué aquel antiguo maná que se adaptaba con su sabor á todos los paladares y colmaba con su suficiencia todos los deseos.

Como lo era tambien en la suma facilidad con que podia hacerse con él quien lo necesitase. La creencia, fácil siempre al corazon recto, se ha hecho sin ponderacion facilísima, desde que se ha dignado hacérsenos propio ministrante de ella el mismo Hijo de Dios, hecho por la Encarnacion uno de nosotros. Como de la Sabiduría divina se dice en los Libros sagrados, la fe cristiana sale á las puertas y se hace placera y callejera para ofrecerse espontáneamente á todos, convidando á los profundos y serios con la profundidad y gravedad de sus misterios, á los rudos y sencillos con la sencillez y candor de sus parábolas, á los apocados con la ternura de sus consuelos, y á los impetuosos con lo arduo de sus consejos, verdaderamente toda para todos para hacerlos felices á todos. La fe después de Cristo se ha hecho más asequible que nunca á todo corazon que no se empeñe en mantenerse obstinadamente cerrado á ella, como el aire sano á todos los pulmones que no quieran condenarse á voluntaria asfixia. Los filósofos hállanla filosofable (pásesenos la palabra) en

sus cátedras y academias; los labriegos encuéntranla comprensible en sus rústicas cabañas: es la misma ¡oh prodigio! que comentan Agustin y Tomás en sus admirables controversias, y que explica la madre á los pequeñuelos en su modesto hogar; la que se predica radiante de elocuencia bajo las cúpulas de las catedrales, y que á la misma hora se inculca bajo formas campesinas en el presbiterio de las aldeas.

¡Oh! ¡cuán agradecidos debemos estar á nuestro Señor Jesucristo los que gozamos del inestimable beneficio de su divina revelacion! ¡Y cuán horrible es la ingratitud de aquellos que no sólo rehusan la enseñanza de tal Maestro, sino que cordialmente la aborrecen, ferozmente la combaten, y con toda suerte de desesperados esfuerzos pugnan por destruirla ú oscurecerla ó corromperla por lo menos en el corazon de sus hermanos! Ciertamente por eso solo puede ya empezarse á comprender cómo no hay pecado más grave que el pecado contra la fe, por lo mismo que no hay para el hombre don más precioso que ella. Así como seria el más horrendo de los crímenes sociales el de quien envenenase el aire, que es el primer elemento indispensable para la vida, así no le hay peor y más justiciable que el de quien corrompe la fe, que es la respiracion de las almas. ¡Y no obstante, éste es el gran asesinato social de hoy dia, éste para quien se piden y por desdicha se autorizan y se practican todas las tolerancias! ¡Este es el pecado, el gran pecado del Liberalismo!

VIII.

Del magisterio de la Iglesia, hecha depositaria é intérprete por Cristo de su divina revelacion.

Cuanto llevamos expuesto en los siete anteriores capítulos puede muy bien considerarse como mero exordio ó preliminar de nuestro presente tratadillo sobre la virtud teologal de la fe. Hemos demostrado ¡mentira parece tener que demostrarlo! lo racional de la fe y lo indispensable de ella;

cómo por la fe se ha guiado siempre el hombre áun en lo más ordinario y comun de la vida; cómo por la fe le ha adoctrinado siempre el cielo, de suerte que el verdadero y perfecto racionalismo no existe más que en la palabra y en la imaginacion de sus adeptos, que se figuran, tal vez con cierta sinceridad, librepensadores, cuando no son en el fondo otra cosa que falsos y extraviados creyentes. La revelacion cristiana, cuyos fundamentos y motivos de credibilidad no entra en nuestro plan exponer, porque tal estudio pertenece á otro tratado, la trajo al mundo Cristo Dios, hecho para eso solo Maestro directo del género humano, como antes lo fuera por sus delegados los Profetas de la antigua ley. La fe ha sido, de consiguiente, elevada por Cristo al último límite de perfeccion, pues ya no puede darse garantía más autorizada de ella ni conducto más seguro que la propia palabra del Hijo de Dios, que sin intermedio de clase alguna la ha hecho oir al mundo. *Ego ipse qui loquebar ecce adsum,* dijo por Isaías vaticinando lo personal y directo de este magisterio. «Yo mismo que os hablaba por medio de los Profetas me presento á hacerlo desde ahora personalmente.» Esto significan aquellas altísimas palabras, y esto es lo que en el mundo dejó realizado el dia de su Ascension á los cielos nuestro Divino Salvador.

No entraba en los divinos designios la permanencia indefinida de Cristo visible entre nosotros: por esto consumado el tiempo de su predicacion subióse el Redentor á los cielos. Empero menos entraba en sus planes dejar estéril y sin aplicacion aquel su breve paso en forma mortal sobre la tierra. La obra de Cristo iniciada por El debia durar hasta el fin de los tiempos y perpetuarse aún después de ellos en los espacios sin límites de la eternidad. Para esto, ausente del mundo en su visible persona el Maestro, dejónos una como personificacion suya en la Iglesia, á cuyos primeros individuos jerárquicos, los Apóstoles, instituyó representantes suyos con aquellas solemnes palabras: *Sicut misit me Pater, et Ego mitto vos. Euntes, ergo, docete:* «Como me envió mi Padre á Mí, así os envio Yo á vosotros. Id, pues, y enseñad.» Fórmula plenísima de delegacion doctrinal autoritativa y divina en favor de la Iglesia; fórmula contra la cual se estrellarán

siempre los esfuerzos y las cavilosidades del protestantismo en pro de su llamado libre exámen. Por esta palabra quedó constituído como permanente en el mundo un ministerio doctrinal, enteramente igual al de Cristo en la autoridad, como tambien igual al de Cristo en la doctrina. Porque Este al enviar á los suyos con tan plenos poderes á ejercer este ministerio, no dejó á su arbitrio la materia de tal enseñanza, sino que taxativamente les ordenó enseñar *quæcumque mandavi vobis:* «lo que os he confiado.» Y para que á todos nos constase la autenticidad de este depósito cuya transmision al mundo les ordenaba, se dignó añadir: *Et ecce ego vobiscum sum omnibus diebus usque ad consummationem sæculi:* «Y mirad que me quedo perpetuamente con vosotros hasta la consumacion de los siglos.» Sello y firma que refrendan desde entonces la predicacion evangélica y que la hacen no solamente predicacion de Pedro, Juan ó Santiago, etc., sino predicacion del mismo Cristo por medio de los susodichos y sus sucesores. Sí, porque además extiende la delegacion no solamente á los primeros Apóstoles que tuvieron la dicha de recibirla por modo directo de su soberano Poderdante, sino á todos sus sucesores hasta la consumacion de los siglos, es decir, mientras haya hombres que tal autoridad puedan ejercer, y hombres que tal autoridad necesiten para su enseñanza.

En virtud de lo cual quedan establecidos en el mundo un depósito divino y un divino Depositario. El depósito es la revelacion de Cristo. El Depositario es la Iglesia. Depósito y Depositario perpetuos, inalterables, incorruptibles, sean cuales fueren las vicisitudes de los tiempos y los vicios de los hombres, porque sobre lo vario de aquéllos y lo deficiente de éstos está la eternidad y la infalibilidad de Aquel que suple aquella su deficiencia desde el momento en que les dice: *Docete... Ecce ego vobiscum sum:* «Enseñad... Y ved que Yo estoy con vosotros.»

La Iglesia así constituída es Cristo por su origen, es Cristo por su autoridad, es Cristo por su infalibilidad, es Cristo por su indefectible duracion, es Cristo por el tenor y sustancia de sus oficiales enseñanzas. Es Cristo visible, tangible, perceptible, escuchable: en representacion de aquel otro Cristo,

su alma y su cabeza invisibles. El cual desde su Ascension no tiene ya para nosotros aquellas cualidades, á fin de que resulte con más mérito nuestra fe, segun aquello que para nosotros se dijo á Tomás: *Beati qui non viderunt et crediderunt:* «Felices los que sin verme han creido en Mí.»

Expedito nos queda ya desde ahora el camino para que tratemos en los sucesivos capítulos de esta soberana virtud de la fe, que se debe, como hemos visto, á la Iglesia católica, obra de Jesucristo, del mismo modo que se debe á Jesucristo Hijo de Dios.

IX.

El acto de fe en la Iglesia es el acto de fe en Cristo Dios. Primer carácter, pues, de la fe, el de ser obligatoria.

Cristo es Dios y la Iglesia es Cristo; hé aquí la fórmula rigurosamente teológica; hemos dicho poco, hé aquí la ecuacion rigurosamente matemática, por la cual, áun humanamente discurriendo, resulta con toda verdad perfectamente racional el acto de fe prestado á la Iglesia nuestra madre y maestra.

Un hombre de recto criterio y de inteligencia despreocupada no necesita antes preguntarse más, ni debe creerse después obligado á menos. ¿Jesucristo es Hijo de Dios? ¿La Iglesia es obra de Jesucristo? Dada la afirmativa de estas cuestiones, el acto de fe se impone por sí propio, siempre mediante el auxilio de la divina gracia, no solamente como cumplimiento de un precepto divino, sino como dictámen incontestable de sana y bien dirigida razon.

Por donde clarísimamente se verá el primer carácter que en la fe queremos hacer notar, y es el que tiene de obligatoria. Sean cuales fueren sus nieblas y oscuridades, sea cual fuere el sacrificio que exija á nuestros hábitos intelectuales, en cuanto consta que una enseñanza es divina, porque la da como divina Cristo-Dios, directamente ó por medio de su

órgano la Iglesia, tal enseñanza tiene la mayor garantía apetecible de verdad, y tiene por tanto el derecho mayor que enseñanza alguna puede tener á ser admitida sin réplica, y por lo mismo impone á la inteligencia el deber más estricto de reconocerla y aceptarla. Bajo este concepto dijo muy bien quien aseguró que el hombre lógico y consecuente no puede ser más que ó firme y verdadero católico, ó bravo y desembozado ateo. Toda evasiva que se quiera discurrir entre ambos extremos podrá ser tan hábil como se quiera, mas no se fundará sino, ó en crasa ignorancia del enlace de aquellos dos términos, ó en franca y desvergonzada inconsecuencia. O no creer que existe Dios, ó creer ciegamente cuanto Dios nos diga. La pasion y el temor á las consecuencias *prácticas* del acto de fe, harán lo posible para romper ese círculo de hierro. Sin embargo, resultará siempre como incontestable el siguiente apotegma, que vino en cierto modo á proclamar el mismo Proudhon: Dada la existencia de Dios, ser católico es en el más elevado concepto ser racional.

Por su base flaquea, pues, como absurdo y antifilosófico, tanto como antiteológico é impío, el principio liberal que supone en el hombre la libertad de aceptar ó no aceptar la revelacion cristiana, segun sobre ella resuelva favorable ó desfavorablemente el tribunal de su libre é independiente razon. La fe es acto libre en el sentido de que puede el albedrío del hombre aceptarla ó rechazarla, como puede aceptar ó rechazar todo otro deber; pero nó en el de que no le obligue á lo primero gravísima responsabilidad moral y estrecha obligacion de conciencia. Tambien es libre en este sentido el hijo de honrar ó menospreciar á su padre, de alimentarle con sus sudores ó de clavar en su pecho homicida puñal. Y sin embargo, nunca será un derecho, sino un crímen, el parricidio. Y un sistema que pretendiese justificar en el hijo ese pretendido derecho, no seria un sistema sino una locura. Y si se quisiese abonar aquella libertad natural en nombre del naturalismo, no mereceria apellidarse sino la libertad de los hijos desnaturalizados. En caso análogo se hallan con respecto al deber de la fe para con Dios, todos los hombres á quien Dios ha otorgado el singularísimo beneficio de comunicársela por medio de su Unigénito Encar-

nado, y Este por medio de su Santa Iglesia. Y de la misma suerte que el desacato al padre fuera igual, ora el hijo se rebelase contra sus órdenes verbales, ora se rebelase contra sus órdenes transmitidas por carta ó por procurador, así desacatan á Dios los que resisten directamente á su autoridad inmediata quebrantando la ley natural, como los que resisten á su autoridad delegada quebrantando la ley positiva divina, ó simplemente la eclesiástica.

Toda rebeldía contra la fe es en consecuencia un cierto ateísmo práctico, y todo sistema basado en la rebeldía á la fe es ateo en su fondo, aunque con más ó menos pomposas frases proclame la existencia de Dios. Porque no es reconocer al verdadero Dios, reconocerle mutilado y solamente bajo cierto aspecto. No se le reconoce verdaderamente, cuando no se le reconoce Dios-Maestro y Legislador de su criatura, Dios-Revelacion. Muy bien se dice, pues, que el Racionalismo, y consiguientemente el Liberalismo, son ateísmo puro.

Mas no es únicamente falta contra la fe, negársela redondamente á su soberano Autor. Lo es tambien no prestársela con todas las condiciones debidas. En lo cual por desdicha pecan no pocos cristianos, que si se horripilarian de una negacion y rebeldía abiertas, no se dan en cambio mucha ni poca pena por deficiencias é imperfecciones de su fe, que resultan á veces tan pésimas y de tan desastroso resultado como la formal carencia de ella. Con la desventaja de alarmar menos y de conducir al hombre con cierta aparente seguridad y vana confianza á igual perdicion y ruína.

De esta enfermedad, que podríamos llamar anemia de la fe más que absoluta privacion de ella, adolece y languidece y agoniza el mundo actual. Por lo cual es éste el principal punto de vista de nuestras presentes reflexiones.

X.

Del segundo carácter de la fe, cual es el de que sea verdadera y no falsificada ó bastardeada.

Síguese de lo que hasta ahora hemos dicho sobre este punto, que la virtud primera y fundamental del cristiano debe ser la fe. Razon por la cual ya no se extrañará que el enemigo procure con tanto empeño quitársela de raíz ó por lo menos dejársela miserablemente corrompida y falsificada. Y aún quizá muchas veces juzga de mayor interés esto último, como quiera que así deja más finamente burlada y seducida á su víctima, y tiene él más asegurada con el engaño su posesion. De lo cual hemos de deducir nosotros que tanto como importa tener fe, importa y más aún, tenerla verdadera y con todas las condiciones que pueden hacerla de algun provecho. Que en eso sucede como en la moneda, que no es tal ni sirve para el comercio de la vida, si no es del metal y cuño que exige la ley y acredita la autoridad, siendo muy pobre, además de muy necio, el que presumiese poseer grandes tesoros sólo por tener repleta su arca ó su bolsa de piezas más ó menos brillantes y curiosas, pero sin aquellos requisitos indispensables para la legal circulacion. Del mismo modo conviene que tenga su fe el cristiano, fe auténtica, fe de buen metal, nó de plomo ó estaño, fe con las debidas señas del cuño legítimo, fe con toda la completa integridad del peso verdadero. Todo otro modo de tener fe es simplemente ser rico de baratijas y moneda falsa, por la cual no se dará un adarme siquiera de gracia y de vida eterna en el comercio con Dios nuestro Señor.

Y para hablar ya sin alegorías en este asunto, señalarémos desde luego la primera de las cualidades que debe tener la fe cristiana y es... que lo sea. Es decir, que sea fe de Cristo, fe divina, fe sobrenatural. La falsificacion más frecuente de la fe se comete en esta esencialísima condicion de ella. Creer

en Jesucristo como se cree en Platon ó en Aristóteles por el renombre de su saber; admirar su doctrina y áun ponderarla á todas horas como se pondera la de estos filósofos; decir y escribir que el Cristianismo es el sistema dogmático y moral más noble y levantado que se ha predicado jamás al mundo; enaltecer sus instituciones como el elemento más progresivo y civilizador que han alcanzado los siglos... ¡oh! todo eso parece les basta á ciertos hombres para poder llamarse cristianos, por más que á vuelta de hoja se rian de los Papas y de los curas, de los Sacramentos y del culto, del cielo y del infierno, del limbo y del purgatorio, como de supersticiones de niños y de mujeres y de gente sin ningun seso ó instruccion. De ese catolicismo poético é ideal y que se queda en mera teoría, hay mucho en nuestros tiempos, y muchísimos que escriben y peroran sobre religion son únicamente religiosos de esta manera. Religion más buena para ser cantada en periódicos y teatros, que para practicarse en claustros é iglesias; religion que ostenta frondosidad de pomposos periodos, pero absoluta esterilidad de sólidas obras buenas; religion en que la estética lo es todo y el ascetismo nada, porque nada dice con el gobierno del alma ó con el enfrenamiento de las pasiones. Es ni más ni menos que el Naturalismo con la marca falsificada de Cristo; es el diablo agachado detrás de la cruz para hacerse pasar él por dios, á la sombra y bajo la apariencia del verdadero que murió en ella. Toda profesion de fe cristiana ha de principiar por el grito aquél de Pedro á los piés del Salvador: *Tu es Christus, Filius Dei vivi:* «Tú eres Cristo, Hijo de Dios vivo.» Y sobre esta piedra fundamental admitir aquella otra: *Qui crediderit et baptizatus fuerit salvus erit, qui vero non crediderit condemnabitur:* «El que creyere y fuere bautizado se salvará, mas el que no creyere será condenado.» Más breve. La verdadera fe es la que estriba en la autoridad de Cristo y su Ley sobre mi inteligencia, nó en el juicio más ó menos filosófico de mi inteligencia sobre Cristo y su Ley. Aquello es el absolutismo de la verdad que se me impone y de la cual he de empezar por reconocerme siervo sumiso. Esotro es el Liberalismo de mi razon que por fuero propio acepta ó nó la verdad, segun á ella parece aceptable ó no aceptable. Aquello es creer de

veras como se ha de creer, y con todas las consecuencias del acto de creer. Esotro es puro filosofar independiente y emancipado y librepensador, sin ulterior compromiso en lo que atañe á la vida práctica. Media vuelta á la derecha es lo mismo que media vuelta á la izquierda, sólo que es lo contrario. Creer en Cristo como cristiano por la autoridad divina y sobrenatural de Cristo, es lo mismo que creer en Cristo como racionalista por la autoridad natural y humana de mi propio yo, sólo que es lo enteramente opuesto. Y sin embargo, ¡cuánta fe de hoy dia en muchos sedicentes católicos no es otra cosa que un racionalismo mal disfrazado, tal como lo acabamos de describir!

XI.

Del tercer carácter de la fe, ó sea, de su integridad, en oposicion á todo lo que tienda á achicarla ó mutilarla.

Al que cree con verdadera fe sobrenatural, es decir, no por mera apreciacion humana, sino por absoluta y perfecta sumision de su juicio á la autoridad divina, no le faltará otra de las propiedades esenciales de la fe, cual es su integridad.

Tambien es ésta una de las que suelen faltar á muchos católicos de nuestro siglo, que por esto no resultan verdaderos católicos, sino meros paganos mal disfrazados con girones y harapos de catolicismo. Integridad de la fe consiste en creer *todo* lo que ella manda creer, sin reservarse el absurdo derecho de escoger entre las enseñanzas de ella la que más pegue ó más cuadre ó mejor se ajuste á los caprichos de la moda reinante, que esa es para vergüenza nuestra la ridícula autoridad doctrinal que muchos osan (por lo menos prácticamente) contraponer á la divina de Jesucristo nuestro Señor y de su Santa Iglesia.

Quien no cree por su individual apreciacion, sino por la autoridad suprema de Dios revelador, cree de la misma manera todo lo que con este sello y firma se le presenta, pues

igual fuerza tiene lo uno que lo otro para exigir el vasallaje de su razon. Así para un católico igual es el deber de creer en la existencia de Dios y en la Santísima Trinidad, que el de reconocer por ejemplo la existencia del Angel de la Guarda ó el valor de la Bula ó la eficacia del agua bendita. No distingue como más creibles unas enseñanzas que otras, ni considera unas como dignas de las inteligencias sublimes, y otras como propias solamente de las inteligencias vulgares, porque no mira tanto á lo que podríamos llamar objeto material de la creencia como á su motivo formal. Y así como la autoridad del rey ó del público magistrado es la misma cuando sanciona las leyes fundamentales de la nacion ó cuando refrenda simples ordenamientos de policía, así en lo que aparece más grande en la ley cristiana como en lo que se mira por más mínimo, igual homenaje debe prestarse al Revelador y Ordenador de lo mínimo y de lo grande, pues en todo resplandece su misma soberana é infalible é indiscutible autoridad. Siendo de advertir que más rendido y más noble y por ende más cristiano es el homenaje de la razon cuando se presta á artículos de la fe ó á enseñanzas que emanan de ella en la categoría de lo que suele tenerse por más insignificante, porque allí resplandece más el acto de filial sumision á la autoridad docente, donde menos parecen abonarlo consideraciones de alta filosofía ó de criterio personal. De suerte que los que escatiman y regatean en tales al parecer frioleras el acto humilde de fe, despojan á esta virtud de lo que forma, por decirlo así, su más preciosa flor y capullo, dando á comprender con esto que en lo otro que dicen creer no siguen tanto la autoridad de Dios que ciegamente se lo exige, como los vanos impulsos de su razon presuntuosa y ensoberbecida. Verdaderos librepensadores más que verdaderos católicos, como por tales los reputará en su dia el inflexible Juez.

Vedlas á muchas gentes de hoy, de las que no querrian renunciar en modo alguno al dictado y á la consideracion de cristianas, y que sin embargo os hablan mil veces y se os conducen respecto á la fe con ese criterio seleccionista y arbitrario que acabamos de señalar. Hablais de Sacramentos. ¡Oh! ¡los Sacramentos son cosa allá de beatos y de mujeres!

Citais por casualidad las indulgencias. Riense como entes superiores de vuestra inocencia, y os relegan por pura compasion al público de las sacristías y de los locutorios. Tratais de actos de piedad, de vida interior, de culto espiritual. ¡Bah! eso sólo tiene que ver con capuchinos ó jesuitas. Se os ocurre mentar las obras de penitencia. ¡Vea V. con que registro sale el fanático! No está el siglo por esas tonterías. Se refieren milagros ó por lo menos obras maravillosas de carácter sobrenatural. ¡Pardiez! que es preciso estar reñido con la ilustracion y renegar de su siglo para siquiera escuchar tales boberías. Y así por este tenor su cristianismo es un cristianismo tan á su exclusivo gusto y tan recortado y mutilado sobre el molde ó patron de su incredulidad, que más debiera preguntarse qué cosas son las que no niega del símbolo cristiano que las que benévolamente se digna aceptar. El tal cristiano toma por su cuenta muy finchadamente á Jesucristo y á su Iglesia, y con gran desvergüenza y humos de sabiduría los mide de arriba á bajo, dignándose señalar en ellos lo que es aceptable y lo que no lo es, lo que se aviene con más ó menos holgura á la ilustracion (y la ilustracion es él) y lo que á tal ilustracion no se aviene en manera alguna. De modo que una fe de esta clase no es el acto con que se somete la endeble inteligencia humana á la infalible inteligencia divina, que tal es en el fondo el acto nobilísimo de creer. Es al revés, el acto con que la infalible inteligencia divina se ve llamada y emplazada ante el tribunal de la insipiente razon humana, para escuchar su fallo y ver por él hasta qué punto es razonable lo que manda creer. Y de esta fe que escoge, de esta fe que separa, de esta fe que se erige en maestra de Dios en vez de allanarse á ser su discípula, hay mucha, muchísima entre los hombres de hoy, áun entre no pocos que acompañan á Misa y á Cuarenta horas á su mujer, ó ponen de educandas á sus hijas en Casas de Religion. ¡Qué mucho si para esos mutilados católicos el *integrismo* de la fe es calificado de vicio, y el dictado de *integrista* es lanzado al rostro de los más firmes creyentes como un apodo!

XII.

Del cuarto carácter de la fe, esto es, que sea dócil y humilde y sencilla.

Después de la integridad de la fe, que es, por decirlo así, su carácter esencial y sustancial, tócanos entrar en el exámen de algunas otras cualidades que debe tener para que sea lo que debe en órden á la salvacion del alma. Y lo primero que acerca de esto ocurre es que debe ser dócil y llana y sencilla, y nada cavilosa y forzada y violenta, todo lo cual se compendia en una sola palabra muy comun en el idioma cristiano, y que expresa la más fundamental de todas las virtudes, así para la inteligencia como para el corazon, cual es la humildad.

Son muchos católicos imperfectos en la fe por falta de esta virtud, que es la principal guarda y muro de ella. Creen, es cierto, pero á regañadientes, y con cierto como malhumor y despecho de que se les exija el homenaje de la creencia. Así que danlo como miserables esclavos á quienes se apremia con el rigor de la amenaza, no como amorosos hijos á quienes basta saber que es voz del padre aquella que oyen, para que amorosamente la acepten sin linaje alguno de vacilacion. De ahí lo que podríamos llamar el regateo de la fe, que no es sino la mal encubierta indocilidad y soberbia del espíritu, que anhela tener que creer lo menos posible, buscando en todo explicaciones humanas y naturales para hacer, dicen, más accesible á los entendimientos la enseñanza divina, sin reparar que muchas veces no hacen más que desnaturalizarla y desvirtuarla de puro querer presentarla obvia y natural. Mucho de eso ha habido en gran parte de la apologética de nuestro siglo, que algunas veces en ciertos autores no parece sino haber tenido el empeño de humanizar á todo trance lo divino, so pretexto de justificarlo. ¡Cómo si para hacerle pasadera al hombre la enseñanza de Dios, fuera necesario

empezar por disimularle que es cosa dictada por Dios! ¡Cómo si á la Religion perjudicase su carácter sobrenatural y sobrehumano, y no fuese ésta, al revés, su principal recomendacion y garantía de credibilidad! Gran parte del daño causado por el llamado catolicismo liberal se debió á esta funesta tendencia. Humanizando el Catolicismo creyeron filósofos y poetas hacerlo aceptable á la generacion actual, sin reparar que con eso no hacian más que falsificarlo.

Adolecen igualmente de este vicio aquellos católicos que, mal avenidos con la oscuridad propia de las verdades de la fe (oscuridad que en rigor no está en ellas, sino en el ojo míope del que las ha de contemplar á tan gran distancia como media de la tierra al cielo), quéjanse y se lamentan á todas horas de no ver claro en las cosas de la Religion, como ellos creen sin duda ver muy claro en las cosas científicas, siendo así que áun en éstas suelen ver muy oscuro los más grandes talentos, y más oscuro cuanto más adentro avanzan en el camino de sus laboriosas investigaciones. Esta pretendida claridad de las ciencias humanas no la poseen más que los necios que han debido detenerse por su cortedad en el umbral de ellas. A éstos todo parece claro, porque su intelectual miopía no les permite ver, en lo que miran, sombra ó dificultad alguna. Y sin embargo, esa claridad es la que algunos, hasta preciados de sabios, quisieran tener en los misterios de la fe cristiana. ¡Infelices míopes! ¿Acaso la luz de la fe, con ser tan poderosa, puede anular esta desproporcion entre lo terreno y lo celestial, y suprimir completamente esta indispensable lejanía de los objetos del cielo con respecto á nosotros que hemos de contemplarlos desde el suelo?

Esta poca docilidad en órden á la fe, esta impaciencia por la natural oscuridad de los objetos que ella revela, se muestran en una cierta curiosidad importuna, que nada tiene que ver con el exámen verdaderamente científico que de todas sus verdades consiente y hasta recomienda á sus hijos la Iglesia católica. Esta curiosidad la condenó el sabio autor de la *Imitacion*, como opuesta al dócil rendimiento de la inteligencia á la palabra divina, por medio de aquel consejo que dió relativamente al más alto de nuestros misterios. «Mira, dice, que te guardes de escudriñar inútil y curiosamente... si no

quieres ser sumido en un mar de dudas... Más puede obrar Dios que el hombre entender... Si no entiendes ni alcanza tu rudo entendimiento las cosas que están debajo de ti, díme, ¿cómo quieres entender lo qué está sobre tí?... Si tales fuesen las obras de Dios que fácilmente por humana razon se pudiesen entender, no se dirian maravillosas é inefables.»

Admirables consejos del buen sentido cristiano, acorde en su sencillez con la más elevada teología. Sea, pues, dócil la fe del católico, sea confiada, rendida, sumisa. En eso como en todo cabe aplicar el precepto aquel del Salvador tan opuesto á las presuntuosas altanerías de nuestro siglo: «Si no os hiciéreis como niños no entraréis en el reino de los cielos.» Como niños, dice; y lo dice no solamente al vulgo de los creyentes, sino á los más encumbrados pensadores del Catolicismo. A la letra lo han seguido así, siendo meros niños con respecto á la fe católica, esas grandes lumbreras de ella que se llaman Pablo, Agustin, Tomás de Aquino y otros mil.

¡Oh sábia y venturosa y aprovechadísima niñez de la cristiana humildad!

XIII.

Del quinto carácter de la fe, cual es el que sea ilustrada.

Pues entonces (saltará alguno después de haber leído el capitulo anterior), si tan á ojos cerrados hemos de creer, la verdadera fe no deberá ser ilustrada.

Aguardábamos esta observacion, y vamos á contestarla á pesar de su notoria impertinencia. Precisamente íbamos á recomendar, como otra de las virtudes del buen creyente, después de la humilde docilidad, la cristiana y verdadera ilustracion.

Muy hueco y vanaglorioso anda hoy el mundo con esta palabrilla, de la que parece se ha hecho propietario único y

exclusivo, segun lo mucho que á todas horas alardea con ella el muy fanfarronazo. Es muy comun, en efecto, oirles á ciertas gentes el apotegma de que «la fe debe ser ilustrada,» y da la casualidad desdichadisima de que los que tan ilustrada desean la fe de los demás, suelen ser los menos ilustrados en ella. Tambien nosotros vamos á predicar ilustracion, pero ha de ser en muy distinto concepto.

En primer lugar ha de ser ilustrada la fe del cristiano en todo lo que ella enseña, es decir, en todo lo concerniente á la fe misma, y de esto le impone el Catolicismo un tan estricto deber, que su incumplimiento voluntario está calificado de culpa mortal. ¡Véase si quiere ilustrada la fe de sus hijos la Iglesia de Dios! Y enseña además la Iglesia que hay dos clases de verdades de fe sobre las cuales debe estar ilustrado el cristiano. Unas que le son necesarias como *medio* absolutamente indispensable para su salvacion eterna; otras que le son necesarias por el *precepto* que se le ha impuesto de aprenderlas. Siendo tan exigente en la ilustracion sobre aquellas primeras el juicio de Dios, que si tal ilustracion falta, aunque sea sin culpa del que carece de ellas, no puede éste conseguir el cielo á que está destinado. Tales verdades son, por ejemplo, la existencia de un Dios criador y remunerador; la inmortalidad del alma y la vida futura; la trinidad de Personas en la unidad de la divina Esencia; la Encarnacion del Hijo de Dios. Otras hay que por precepto deben saberse, y en éstas es culpa grave la ignorancia voluntaria, aunque no sea obstáculo la ignorancia involuntaria para el logro de la eterna felicidad. ¡Apostariamos á que muchos de los que más á grito herido blasonan de ilustracion y se quejan de que no sea tan ilustrada como ellos desean la fe de la Iglesia, apenas sabian esto que es el abecé de su Catecismo!

Y de esta ilustracion que quiere para todos sus hijos, para todos, la fe cristiana, se muestra tan celosa la Iglesia que no se ha contentado con mandarla con tan imperiosa obligacion, sino que ha empleado constantemente su mayor actividad y la de sus más esclarecidos hijos en promoverla y fomentarla. Entre sus más preciadas «obras de misericordia» ha colocado como la principal de todas la de «enseñar al que no sabe.» Entre sus Institutos religiosos cuenta como muy

principales los especialmente dedicados á la enseñanza de los ignorantes. El sublime ministerio episcopal y el tan glorioso, aunque más llano, ministerio parroquial, son ante todas cosas un público magisterio. El lugar preferente del templo después del tabernáculo es el púlpito, que es una cátedra popular, y el Libro Sagrado comparó un Santo Padre en excelencia nada menos que con la Santísima Eucaristía. La primera palabra de la credencial divina que entregó el Redentor á sus Apóstoles fué: *Euntes, docete:* «Id, y enseñad.» Y el primer martirio que se sufrió en la Iglesia católica fué en Jerusalen, por la libertad é independencia de esta enseñanza. No nos salgan después con sus Hierofantas y Gimnosofistas y Filósofos de las antiguas civilizaciones paganas los ilustrados de hoy, que quieren á toda costa hacernos retroceder hasta ellas, que es rara y curiosa manera de progresar; el más olvidado de los predicadores evangélicos del Catolicismo deja tamañitos, con un solo rayo de la luz revelada del cielo, á todas esas lumbreras del humano saber, que en frente del sol del Evangelio no resultan sino palidecientes y amortiguadas candilejas. Nadie ha ilustrado como Cristo, ni hubo jamás ilustracion comparable á la ilustracion cristiana. Debemos, pues, pedir que se haga ilustrada la fe del pueblo en el sentido de que crezca cada dia más y más en éste el conocimiento de ella, hasta donde es preciso para del modo debido profesarla y cumplirla.

Mas no se detiene aquí el afan de la Iglesia por la ilustracion católica de sus hijos. Quiere y recomienda que sea su fe ilustrada, áun para saber ampliamente exponerla y eficazmente propagarla y valerosamente defenderla. Nuevos puntos de vista que reservamos para otro capítulo.

XIV.

Hasta dónde puede y debe extenderse en el fiel cristiano lo ilustrado de su acto de fe.

Quiere la Iglesia que sea ilustrada la fe de sus hijos no sólo en lo estrictamente sustancial de ella que necesitan éstos para salvarse, sino tambien en lo que mira á sus principales relaciones y ramificaciones, para que puedan del modo debido exponerla en caso oportuno, propagarla si á eso les llama especial vocacion, y defenderla cuantas veces la vieren atacada.

Parécenos no ha de negarnos nadie que de todo eso tenga una cierta obligacion el católico que quiere medianamente corresponder á lo que de él exige este glorioso título. Nuestros tiempos han hecho de un modo particular imperioso este deber, y muy poco comprenderia su carácter de verdadero soldado de Cristo Nuestro Señor, el que creyese poder contentarse hoy dia con la privada, y por decirlo así, individual y casera profesion de la sana doctrina, sin extender más allá su esfera de accion. Como tampoco podrá nadie desconocer que para cumplir regularmente y con algun éxito dichos oficios se hace necesaria una cierta ilustracion especial, que no se tiene con sólo haber aprendido y saberse de memoria las preguntas y respuestas del Catecismo. Algo más se requiere, y ese algo más, distinto á proporcion segun los talentos y posicion de cada fiel cristiano, es lo que aquí pretendemos recomendar.

Esto es, que así como el médico anda cada dia hojeando y leyendo las obras más recientes de su ciencia ó arte, para tener sus conocimientos profesionales al nivel siempre de los últimos adelantos; así como el buen jurisconsulto registra cada momento, y archiva en su bufete y en su memoria las últimas colecciones de leyes y fallos, para tener siempre su criterio jurídico á la altura de las novísimas modificaciones

legislativas; así el católico, que no debe querer menos ser buen católico que aquellos otros ser buenos facultativos ó buenos jurisconsultos, debe traer frecuentemente entre manos obras ó siquiera opúsculos ó periódicos de propaganda religiosa, para enterarse de lo que se dice cada dia en buen ó en mal sentido sobre Religion, para conocer el error ó sofisma que en aquellos momentos prevalece, el argumento ó adecuada contestacion con que se le tapa la boca, las instituciones más oportunamente creadas para el desarrollo de la propaganda, los buenos ejemplos que en ella tanto ayudan á levantar el espíritu y evitar el desmayo, por fin todo aquello que constituye, por decirlo así, el alza y baja de nuestros intereses religiosos, á los que ningun cristiano que quiera serlo de veras puede mostrarse indiferente. Todo lo cual es en nuestros dias de facilísima adquisicion y de poco coste, así en talento, como en tiempo y en dinero; de tal suerte se ha desmenuzado hoy en multitud de casi infinitesimales dosis la apologética y controversia católica, para uso de los que no pueden ni deben cursarlas en las academias y bibliotecas, sino en los cortijos y talleres. Un buen director que indique lo más conveniente á cada uno es lo primero que para el caso se necesita. Con esto, y con algo de buena voluntad y deseo de la divina gloria, hay lo suficiente y sobra.

Ser cristiano así, ser ilustrado de esta suerte, es serlo como manda Dios y como recomienda su Santa Iglesia y como exige el excepcional estado de los asuntos religiosos en el presente siglo. Ser católico de esta manera es hallarse en disposicion de hacer algo por el brillo de la fe en multitud de ocasiones que á cada instante se presentan; es tener respuesta pronta con que confundir la petulancia de los impíos; palabra viva de aliento con que sostener á más de un vacilante; observacion discreta y atinada con que sacar partido de la conversacion para ganar tal vez una alma. Es además evitarse el sonrojo, hoy dia tan frecuente, de no saber qué significan palabras y cosas que un dia conocian á fondo hasta los niños y mujeres de nuestro pueblo, y que hoy ignoran muchos tenidos por sabios y que realmente lo son tal vez en un ramo dado de conocimientos profanos.

Abundan hoy los especialistas, es decir, los que con preferencia se dedican á una especial seccion de estudios, importándoles muy poco ser menos competentes en lo demás, con tal que en esotro lleguen á adquirir reconocida competencia. Quisiéramos nosotros que así pensase y así obrase todo buen católico. Para un buen católico debe ser su especialidad un claro y cabal conocimiento del Catolicismo. Especialista ha de ser en este especialísimo ramo de divinos y humanos conocimientos, que como á tal le pertenecen. Será así católico de fe ilustrada, como, tal vez sin saber lo que pide, se lo anda exigiendo á todas horas el siglo; pero muy particularmente como con tan poderosos motivos se lo exige su santa Religion.

XV.

Del sexto carácter de la fe, cual es, que sea viva y eficaz y positiva.

Debe la fe ser *viva*, y esta palabra puede significar dos cosas: Primeramente la *vida* de la fe, que son las obras hechas por motivo sobrenatural, á tenor de aquella sentencia del Apóstol: *Fe sin obras, muerta es;* y en segundo lugar la *viveza* ó vigor de la conviccion, que es á nuestro juicio una cualidad distinta de la anterior, y de no menos importancia.

Principiemos por esta última.

Llamamos viveza ó vigor de la fe á la firme, acendrada y positiva creencia de las verdades que la misma propone, en oposicion á la creencia floja, amortiguada, tibia y, por decirlo así, puramente negativa con que muchos parecen admitir dichas verdades.

Esta palabra *creencia negativa* necesita una explicacion, y vamos á darla, porque ella será lo que mejor aclare todo nuestro concepto sobre el particular.

Creen algunos, pero de tal manera creen, que más bien podria decirse que no niegan ó no descreen lo que dicen creer, que no que positivamente lo crean. Hay un modo tan

tibio y tan flojo de tener fe, que únicamente se diferencia de la incredulidad en no hacer gala de ésta, sin apenas añadir á ese vago acto de fe otro carácter verdaderamente afirmativo. Este creer, como decíamos, consiste más bien en no negar, y de esta suerte vemos que creen, por desgracia, muchos de nuestros hermanos del dia. No niegan que exista Dios, no niegan la divinidad de Cristo y de su Iglesia, no niegan los premios y penas de la vida futura, no niegan la autoridad del Papa, no niegan el valor de los Sacramentos é indulgencias, etc., etc., pero tampoco sienten todo eso en su interior, ni lo afirman explícitamente y con la segura conviccion con que afirman las demás cosas que tienen por ciertas en la esfera de los humanos conocimientos. Podria compararse este modo de creer, al modo de amar que tenemos en órden á ciertas cosas ó personas, de las cuales mejor podemos decir que no las odiamos, que no que positivamente las amemos. Es un linaje de amor tan vecino y allegado á la indiferencia, que apenas se distingue y casi casi se identifica con ella. No es así como se ama de veras, ni es así como de veras se cree. La fe verdadera, como el verdadero amor, que casi son sentimientos iguales, se caracterizan por lo vigoroso del impulso, por lo firme de la adhesion, por lo bien cimentado del convencimiento. Tanto es así, que áun humanamente hablando, tener fe en una idea ó trabajar con fe en favor de ella, no significa ni la conviccion, ni el ahinco que vulgarmente se tiene por las cosas comunes, á pesar de que las tengamos por ciertas y por verdaderas; sino que significa un especial modo de tenerlas por tales, que nos domine por completo y nos haga, por decirlo así, fanáticos esclavos de tal dominacion suya sobre nuestra inteligencia y voluntad.

¡Fanatismo! Esta, ésta es la palabra, y bien la ha acertado el vocabulario de la impiedad, al aplicarla en son de mofa contra la virtud de la fe en el más alto grado de ella. Lo que llama fanatismo la impiedad, no suele ser más que esta teologal virtud de la fe en el debido punto de viveza y vigor con que la tienen los verdaderos hijos de Cristo. Quien crea como ciertas más que verdad alguna humana las verdades de la Religion; quien se haga perfecto cargo de esa superior certidumbre basada en la autoridad del mismo Dios; quien,

en consecuencia, comprenda todo lo que tiene de imperioso el testimonio de esa autoridad, no puede ser más que una cosa en órden á dichas verdades, no puede ser más que fanático de ellas en el sentido en que se habla de fanatismo político, de fanatismo científico ó de fanatismo literario, la cual no expresa sino el grado supremo y absoluto de la humana conviccion en la inteligencia y de la humana resolucion, consecuencia de ella, en la voluntad.

Sucede hoy que por horror á ese fanatismo, que debiera ser la gloria y el blason de todo buen cristiano, quédanse la mayor parte de los nuestros en los límites tristísimos que distinguen la simple humana conviccion del formal descreimiento, no teniendo en órden á las verdades que dicen creer, otra cosa más que un respeto ceremonioso y exterior, y por decirlo así meramente oficial; nó el cariño, nó el entusiasmo, nó el ardor que suele sentirse por las convicciones íntimas y arraigadas. Creer así, no solamente no es creer como manda la santa virtud sobrenatural de la fe, sino que ni siquiera es creer como exige el mundo crean sus cosas los amigos y adeptos suyos. Con tal clase de fe ni se formarian escuelas, ni se organizarian partidos, ni se realizarian inventos, ni se emprenderian conquistas, ni se llevaria á cabo obra alguna de las que suponen interna persuasion y decidido arranque, sea en los individuos, sea en las muchedumbres. Por ser hoy dia general y tan abundante esa fe anémica, esa fe aguada por el Naturalismo, esa fe que apenas retiene el solo nombre de tal, vemos tan lánguida la vida religiosa de las presentes generaciones cristianas, tan endebles sus empresas, tan inconstantes sus propósitos, tan vagas é irresolutas sus convicciones. No creamos de esta manera. Puede á veces llegar á dudarse si es menos desastrosa la franca incredulidad.

XVI.

Del séptimo carácter de la fe, consecuencia del anterior, es decir, que sea práctica.

La viveza ó vigor de la fe, de que hablábamos en el anterior capítulo, se manifiesta principalmente por el carácter práctico de ella, ó sea, por su fecundidad en obras de órden sobrenatural. Este es el otro concepto de la vida de la fe y su punto de vista más importante. Fe viva es fe que obra: fe que no obra, sino que se queda en mera teoría ó especulacion del entendimiento, es muerta, ó lo que es lo mismo, carece absolutamente de lo que constituye su esencial valor en órden á la salvacion.

Este carácter práctico de la fe cristiana es lo que la distingue de las teorías más ó menos sutiles y encumbradas de la humana filosofía. En nuestra santa Religion no se aprende puramente por saber, como en las escuelas de los hombres. Esto vendria á ser una suerte de curiosidad, si algo más noble que la comun, no por cierto menos estéril y de ningunos resultados. En el Catolicismo todo se endereza á alcanzar la victoria del hombre sobre sí mismo, y su completa sujecion á las normas trazadas por la divina ley. Creer, pues, es poner tan sólo el fundamento: obrar conforme á lo que se cree, es ir levantando el trabajoso edificio, así como perseverar en tal fe y en tales obras hasta la muerte, es felizmente consumarlo. Muy claro nos advierte el Apóstol San Jaime este carácter esencialmente práctico de la vida cristiana. «¿De qué servirá (dice), hermanos mios, el que uno diga tener fe, si no tiene obras? ¿Por ventura á este tal podrá la fe salvarle?» Y aún más expresivamente lo dice San Pablo cuando asegura «que no son justos delante de Dios los que oyen la ley, sino los que la cumplen.»

Siendo de extrañar haya necesidad de apelar á textos sagrados para dejar probada una verdad que áun humana-

mente hablando, es clara como la evidencia. Si la Religion es un lazo ó contrato entre Dios y el hombre, ¿qué clase de contrato fuera ese en que se limita todo el deber del hombre á la profesion teórica de una doctrina, sin extenderse á los actos de la voluntad y de los sentidos exteriores, que completan el homenaje de todo el hombre? Hasta el demonio cree, y no puede pasar por menos, porque su inteligencia angélica no puede rechazar el testimonio de la verdad divina que, quiera ó nó, se le impone. Y no obstante es demonio, nó por rebelion de su juicio, sino por rebelion obstinada de su voluntad. Hé aquí, pues, á quién se asemejan cuantos de la fe sin obras quieren hacer todo el ideal de su sujecion á Dios. Juzgar podrán que con ese homenaje intelectual, de sinceridad muy sospechosa, queda ya bastante reconocida la soberanía de Dios sobre su criatura, pero el simple buen sentido les protestará que no termina aquí el deber de ella para con su Dios y Señor, sino que es preciso creerle dueño, y como tal reconocerle con todo el tenor de la vida y con el rendimiento más absoluto de la voluntad.

La piedra de toque de la verdadera fe es este procedimiento práctico y exterior ajustado á ella, como de la sanidad y robustez de los órganos interiores de nuestro cuerpo son prenda y señal las acciones normales y desembarazadas que con los exteriores se nos ve ejecutar. La fe es como el alma del hombre en su sér de cristiano; así segun fueren las operaciones de éste, será más ó menos favorable indicio de la robustez de aquella su vida interior. El hombre habla, el hombre palpa, el hombre anda; nada de eso haria sin la vida interior de su organismo que mueve su lengua, sus manos y sus piés. Así en el órden religioso, señal de fe viva en el cristiano es su hablar, su manipular ó su andar como tal. Cristiano mudo ó paralítico para las obras de su Religion, muestra claramente no tener en su organismo espiritual la robustez que le es necesaria para tales operaciones.

Dad ahora una ojeada al mundo, y en medio del vertiginoso movimiento que trae agitadas, y más que agitadas convulsas á las muchedumbres de él; en medio del hervor

de los negocios, de la política, de los adelantos industriales y científicos, ved cuán pocos se mueven para las obras de Religion, áun con llamarse hijos de ella, ved cuán pocas lenguas en eso se emplean, cuán pocas manos en eso se ocupan, cuán pocos piés en eso se fatigan, y en vista de eso sabréis, como por medio del más exacto termómetro, cuán bajo grado marca la vida de la fe en tales muchedumbres. Dejemos aparte los francamente incrédulos y que alardean de librepensadores: separemos en otro grupo los indiferentes que no han cuidado nunca de averiguar si creen ó no, y para quienes es tal vez igualmente repulsiva una resuelta creencia como una resuelta incredulidad: fijémonos tan sólo en el grupo afortunado de aquellos que, preguntados sobre este punto, no tendrian reparo en contestar rotundamente: «Sí, creo; sí, soy cristiano.» Pues bien, áun en éstos, ¡cuántos mudos para el lenguaje de la fe, que nunca se oye de sus labios! ¡cuántos tullidos para las obras de ella, que nunca se les ve traer entre manos! ¡cuántos paralíticos para recorrer con soltura los caminos de Dios, de los que viven ordinariamente distraídos! Así se es cristiano por la generalidad de los cristianos del dia, y así llora la Iglesia y llora la sociedad y debiéramos llorar todos, la poquísima influencia privada y social de la fe que todos decimos profesar, y que muchísimos ¡ay! sólo en teoría profesan. Así se explican la mayor parte de nuestros males presentes; el abandono de los santos intereses de Dios, nó ante la persecucion, nó ante el obstáculo serio, sino solamente ante el vil y miserabilísimo respeto humano; la horrenda actividad satánica de los malvados ante la todavía más horrenda inercia de los buenos; el crecimiento espantoso de la corrupcion sectaria á proporcion de lo que baja cada dia el nivel del ascetismo y áun de la mera vida comun cristiana en nuestras clases más numerosas.

Buscad el secreto de todo eso, y no hallaréis otro que el decaimiento y falta de vigor en la fe.

XVII.

Del octavo carácter de la fe, esto es, que sea pública y valerosa.

Tratando de que sea práctica nuestra fe, como encarecíamos en el anterior capítulo, debemos ocuparnos aquí de otra condicion principalísima de ella, cual es la de que sea pública.

En efecto, la primera de las obras de órden sobrenatural con que debe mostrarse la divina fecundidad de esta virtud es el franco y público testimonio que ante Dios y ante los hombres venimos obligados á prestar en su obsequio. Lo que se llama profesion de fe es algo más que el acto interno con que aceptamos como ciertas las verdades reveladas. Es la muestra exterior y pública que damos de esta interna adhesion, muestra exterior que es de necesidad para el cristiano, y que en muchos casos puede obligarle bajo pena de eterna condenacion.

Tambien parece ser éste otro de los escollos en que vemos naufragar tristemente ó por lo menos zozobrar la fe de muchos cristianos de nuestro siglo. Creen, es verdad, pero con una fe tímida, miedosa, que de puro tal diríase no puede resistir, so pena de apagarse, ó al aire de la calle, ó al ruido de la plaza. Cristianos de madriguera se ha llamado muy oportunamente á esos tales; cristianos vergonzantes y de escondite, sin brios ni serenidad para ostentar á la luz clara del sol la creencia de sus almas, y por tanto dispuestos siempre á traerla como envuelta entre sombras y celages y lo más disfrazada que puedan, aunque sea con máscaras y tapujos que casi muchas veces equivalen á traidora negacion. La mitad de la incredulidad, que se ve gallear hoy dia triunfante en muchos de nuestros círculos y concursos, no es más que obra del miedo que así obliga á presentarse á muchos de nuestros hermanos, que en su interior llegarian á horripilarse si se tratase de exigirles formal apostasía. Y una buena

parte de lo que en los modernos tiempos se ha llamado con feliz y adecuadísima expresion *mesticería*, tampoco es otra cosa en muchísimos de los contagiados de ella que pura y neta cobardía.

Vergonzoso como es y mal visto por el mundo este defecto, es sin embargo el más general, y la mayor parte de los que en otro terreno blasonan á todas horas de osados y valerosos y consecuentes, y que lo son en efecto, pórtanse en este de que aquí tratamos con flaqueza y apocamiento de espíritu que sólo deberian creerse propios del llamado sexo débil. No solamente en las circunstancias solemnes de la vida, cuando un peligro verdaderamente grave puede amenazar los bienes ó la seguridad personal de uno de los tales; no solamente en los lances arduos, en que solo un arranque heroico puede hacer que se sobreponga el perseguido al furor ó audacia de sus enemigos, sino en las ocasiones más vulgares, en la simple conversacion familiar, en los negocios diarios, en el desempeño de ciertos cargos oficiales de menor cuantía, ¡oh! ¡cuán frecuente es esa femenina debilidad en hombres por otra parte muy pagados quizá de varonil entereza! Si atentamente los estudia un curioso observador, verále ladearse, inclinarse, evadirse por hábiles tangentes, todo por esquivar la palabra ó frase decisiva que pondria en relieve su carácter de cristianos, palabra ó frase que ellos debieran ser los primeros en buscar á toda costa. ¡Qué prodigios de gimnástica se ve hacer á esos desdichados volatines para mantenerse en su forzado equilibrio! ¡Qué trasudores y congojas les cuesta hallar esa rara actitud que les permita no parecer cristianos, sin al propio tiempo dar indicio alguno de que desean no parecerlo! Para ellos una simple conversacion religiosa es un camino erizado de las más sérias dificultades; nada digamos de una polémica ó controversia sobre lo mismo, porque eso es cosa ya de ponerles los pelos en punta. ¡Todo por el olvido de este primario y rudimentario deber del fiel cristiano, cual es la pública y franca y desembozada profesion de su fe!

Cuantas precauciones tomemos serán pocas para contrastar en nosotros y en los nuestros el maléfico influjo de esa cobardía, que es indudablemente la peor de las enfermeda-

des de nuestro siglo. En vano exigirémos otros frutos prácticos de la fe á quien no se sienta con fuerzas para dar de sí esta que debe ser su primera y más galana flor. Esto nos inducirá á procurar para todas nuestras obras y empresas el carácter radicalmente opuesto al defecto que acabamos de señalar. Contra el prurito de esconderse y amilanarse y arrebujarse para las obras de Dios, procuremos sostener con firme empeño y cual si fuera tenaz manía nuestra, la de vivir en público cuanto podamos nuestra vida de cristianos, ostentando por todas partes y presentando bajo todos los aspectos y cantando por todos los tonos la excelencia de nuestra fe para gloria de Dios, aliento de nuestros hermanos y saludable confusion de nuestros enemigos.

Esta profesion pública de fe débela el buen cristiano no solamente á Dios, que es el primero que tiene derecho á ella, sino que la debe igualmente, y en algunos casos bajo estrechísima obligacion de pecado, á sus demás hermanos. Mutuamente nos debemos los hombres el aliento y estímulo del buen ejemplo, y nos lo debemos muy más especialmente los cristianos, y nos lo debemos de un modo singularísimo en eso que constituye la base y fundamento esencial de nuestra vida moral, y la condicion indispensable para nuestra salvacion eterna. Tanto más cuanto negarles á nuestros prójimos esta ayuda de costa, no es sólo privarles del material auxilio de ella, sino que es escandalizarlos muchas veces é inducirlos al horrible mal de la frialdad y de la indiferencia con el espectáculo de la nuestra.

Por fin, este testimonio débeselo tambien el creyente á sí mismo, porque es quien más lo necesita para fortificarse en la fe y hacerse superior á la mayor parte de las dificultades que en el camino de ella se le pueden atravesar, y que todas casi dependen de profesarla con timidez y cobardía. Sí, porque nadie puede figurarse, sino quien lo ha experimentado en sí propio, el nuevo valor y energía que añade á la conviccion interna el solo hecho de haberla exteriorizado por medio de públicos testimonios de ella. Roto una vez el compromiso vil del humano respeto, desafiada una vez con rostro entero la necia sonrisa de la incredulidad, siéntese el hombre crecer en su espíritu, y las contradicciones que puedan después

sobrevenirle ya no servirán más que para darle nueva robustez y firmeza en lo que ha empezado á proclamar y sostener contra todo viento y marea. Saben esto muy bien cuantos trabajan en la vida pública áun en otras esferas que no son las que aquí tratamos. Las mismas pasiones conviértense entonces en eficaces auxiliares del hombre en aquel su tenaz y resuelto empeño, y no es malo servirse de ellas para este buen fin y con medios ajustados á la verdadera moral cristiana. El pundonor, la propia dignidad, la satisfaccion de la victoria, todo eso se vuelven acicates del deber en auxilio de su cumplimiento, una vez se ha empezado á ponerlos al servicio de él.

Convenzámonos, en efecto, de que en todo trance y en toda ocasion, sobre ser más lucido, es más fácil en definitiva y de más positivos resultados el papel del hombre digno y consecuente, que el del flaco, tornadizo y en todo esclavo de las miserables cadenas del miedo y del *qué dirán*.

XVIII.

Del nono carácter de la fe en el cristiano, cual es el de que sea amorosa.

Otra cualidad ha de tener nuestra fe, que no podemos dejar olvidada en este recuento que nos propusimos hacer de las principales que deben adornarla. Tal es la de que sea amorosa. Con lo cual significamos el afecto entrañable del corazon que hemos de procurar acompañe nuestra creencia y los actos relacionados con ella. Afecto del corazon que en el idioma espiritual se llama *piedad*.

Suélese tener la piedad como cosa allá de mujeres, que á ellas sienta muy perfectamente hasta como adorno especial de su sexo, pero que no cae tan bien en los hombres ni viste muy estéticamente, que digamos, con las barbas y el traje masculino. Preocupacion es ésta, que la tiene no solamente la impiedad declarada, sino áun muchos que se ofenderian,

y ciertamente con razon algunas veces, de que se les tuviese por impíos. Tales son los que en lenguaje ascético se llaman mundanos, los cuales con todo y tener fe sustancialmente hablando, hacen, no obstante, asco y burla de ese delicadísimo aroma suyo que se llama la piedad. Esos son á quien más frecuentemente oimos sostener el dislate mayúsculo de que bueno es creer y noble es profesar con decision la verdadera creencia; mas que eso otro de mostrarla al público con tales ó cuales actos de devocion exterior, ni es necesario, ni es todo lo varonil que exige el carácter de un hombre de este siglo. Error muy acreditado y por tanto muy pernicioso, y en virtud del cual muchas gentes, particularmente en la edad juvenil, huyen con horror de la vida piadosa, quedándose muy satisfechos con que se les tenga por hombres de fria conviccion, tan apartados de la desvergüenza librepensadora como de los encogimientos y severidad de lo que llaman mojigaterías de beatos.

Y no obstante, es cierto y muy cierto que no se da verdadera y sólida é interior creencia sin ese afecto profundo y entrañable á ella que se traduce inmediatamente en actos exteriores de vida de piedad. Aun en lo humano no está al arbitrio del hombre tener firme conviccion de algo, sin que á esa conviccion acompañen como inmediata consecuencia resoluciones firmes de la voluntad, y actos exteriores y repetidos con que ella se manifiesta. Nadie está bien poseido de una idea que reputa sana y noble y elevada, sin apasionarse por ella, sin sentir aversion y antipatía contra lo que tiende á desfavorecerla, y sin acariciar con ardor y vehemencia lo que tiende á fomentarla. Así tiene sus apasionados la escuela filosófica ó artística, como los tiene el partido político ó la utopía social. Y al que dijese profesar las ideas de tal escuela ó partido sin mostrar interesado en ello el afecto de su corazon por medio de los encontrados sentimientos que hemos dicho antes, diríasele con razon que es sencillamente hipócrita de las convicciones que afecta profesar, y tendríasele por nulo en el campo así de sus amigos como de sus adversarios. Aplicando ahora esta observacion á la vida de fe, resulta aquélla á todas luces más justificada. El objeto de la creencia religiosa es más alto y más noble y ahonda más en

el alma, cuando es verdadero, que toda humana conviccion, por levantada y nobilísima que se la suponga. Tener, de consiguiente, fe sin amarla, ó tenerla y amarla sin que en lo externo aparezca á cada momento este amor, seria caso tan fenomenal y raro como el de un fuego que ardiese y no calentase, ó de una luz que encendida no echase de sí el más tenue resplandor. Creer, y oír con indiferencia la blasfemia ó el sarcasmo contra lo que se cree; creer, y tomar con igual tranquilidad el libro ó papel que vigorosamente defienden la fe, ó el libro ó papel que con saña infernal la combaten y ridiculizan; creer, y no sentir en las fiestas que son recuerdo anual de lo que se cree ninguna clase de interior regocijo, por no decir fervor y entusiasmo; creer, y no abrir nunca el labio para dirigir súplica ó alabanza á Dios, á la Vírgen ó á los Santos en quien se cree; creer, y no tener por el templo cristiano preferencia alguna sobre cualquier otro edificio más ó menos artístico ó suntuoso de la localidad; creer, finalmente, como dice creer la multitud de hombres que en religion aparentan la frialdad sistemática ó el respeto meramente convencional que no comprenderian en otro ramo alguno de la humana actividad; creer de esta manera no es ciertamente creer como creen las mujeres devotas, pero tampoco es creer como han creido en todos los siglos los hombres de mediana seriedad.

Riámonos, pues, de esa fe que no quiere exteriorizarse y ser piadosa, por no parecer mujeril y mojigata y fanática. Riámonos de ese creer reñido con el devocionario y con los Sacramentos y con las Cofradías y con el porte católico. Riámonos de esa singularísima y por todo extremo original raza de creyentes tan poco semejantes á los verdaderos cristianos de todos los siglos, como en todo parecidos á los que absolutamente no lo son. Raras veces se separan en el hombre lo que acepta con plenitud el juicio y lo que ama con vigor la voluntad, y en religion es más difícil este divorcio entre el pensar y el sentir. Corazon y cabeza son respectivamente como péndulo y rodaje de un reloj. Imposible es obligar á que anden uno y otro en distinto compás. Si hay fuego en la adhesion del entendimiento, no puede haber hielo en los sentimientos del corazon, vecinas como andan y áun muchas

veces compenetradas estas dos facultades del alma humana. Más fácil es amar apasionadamente y por puro antojo é ilusion lo que el juicio no puede razonablemente admitir, que no, dada la firme y completa adhesion del juicio, dejar de interesarse en ella la fibra del corazon. Por esto son inseparables y complemento una de otra en el buen católico la fe verdadera y la verdadera piedad.

XIX.

Que la piedad y devocion son virtudes esencialmente viriles, y las que más y mejor realzan el carácter del cristiano.

La fe amorosamente sentida y practicada no desdice, nó, del carácter del hombre, sean cuales fueren su talla y su ilustracion, ni es virtud ésta de la piedad que deba adjudicarse como exclusivo patrimonio el sexo débil. Eso mostrábamos en el capítulo anterior; mas ahora nos parece que con eso nos quedámos bastante cortos. Ahora queremos añadir que no solamente no rebaja al hombre el ser devoto y piadoso, sino que al revés le realza y ennoblece. Y tanto más le realza y ennoblece, cuanto es más hombre y más de varonil carácter el que de eso sabe hacer á su tiempo pública y franca manifestacion. Vamos á ampliar este concepto, por si alguno de nuestros amigos no nos lo hubiese comprendido con esta sola indicacion.

Algunos que son bastante generosos para no relegar exclusivamente á las mujeres las prácticas piadosas, expresion de la vida interior de fe, suelen no obstante, en cuanto se trata de aplicarlas al sexo feo, reducirlas á la parte de éste que más se les antoja suponer en analogía de condiciones con aquella otra mitad del género humano. Así que, en primer lugar, conceden buenamente que sean piadosos los viejos. ¿Qué cosa puede caer mejor en manos de un anciano que las cuentas del rosario? O tal vez extenderán esta concesion hasta las clases sencillas y menos ilustradas de los

campos y de las aldeas, pues ciertamente la gente labriega y aldeana muéstrase de suyo, por sus hábitos sencillos y patriarcales, mejor avenida con las prácticas devotas que la de los grandes centros de poblacion. Siguense á esos los niños, los cuales, aún no emancipados de la tutela de la madre, á nadie se hace extraño participen de sus gustos y aficiones. Creemos, empero que el buen gusto puede ir todavía más allá, y que áun como mera cuestion de estética, ya que ésta es la que priva más que la lógica entre ciertos ilustrados, creemos, digo, que en otros muchos hombres sienta todavía mejor la piedad, que en los que tan buenamente nos conceden nuestros adversarios.

Veámoslo: el tipo más hombruno y por decirlo así, más masculino, es entre todos los de nuestro sexo el tipo militar. Del verdadero militar hablamos, entiéndase bien: del militar austero, rígido guardador de su Ordenanza, celoso de su bandera y del honor de su uniforme, sobrio, pundonoroso, modelo de su clase y de su profesion. Y digasenos ahora: ¿En qué tipo de cualquier otra clase caen mejor la piedad y el fervor que en los de ésta, que parece la más ajena á ellos? Encanta, áun á los más indiferentes, y hace enmudecer de respeto, áun á los más burlones, y conmueve profundamente, hasta á los más escépticos, ver rezar á un soldado, contemplarle postrado en silenciosa oracion ante el tabernáculo, sorprender entre las prendas de su uniforme el escapulario. Nadie se burla de un hombre así; su actitud se impone á todos. Y si el tal es más que un simple soldado, si es un oficial de graduacion, si es un jefe superior de los que mandan á muchos, si es el tal á quien se mira con grave ademan acompañando el Santo Viático, ó comulgando frecuentemente entre el comun de los fieles, ó sentado ante el púlpito desde donde se predican los santos Ejercicios, ¡cómo crece aquel hombre ante la pública consideracion! ¡Cómo redondea, por decirlo así, su noble figura el toque ascético que le da la práctica de la piedad! ¿Habrá álguien que se atreva á sostener que le achica algo su talla el estar de rodillas, ó que es menos erguida y majestuosa sobre las baldosas del templo su personalidad, que cuando á caballo va al frente de sus batallones en espléndida revista, ó los lanza en el fragor de la batalla sobre las líneas enemigas?

Este ejemplo hemos apuntado, porque en él es donde parece más violento el contraste de la piedad con la vida del mundo. Si ahora recorriésemos otros cien tipos sociales de los que más ajenos parecen á ella, no dejaríamos de encontrar exacta la misma observacion. El grave magistrado, el reputado jurisconsulto, la eminencia médica, el artista y el poeta de renombre, el acaudalado comerciante, el dueño de vastas fincas ó talleres, el alegre comisionista ó dependiente de mostrador, no resultan por cierto menos dignos que sus respectivos compañeros de clase cuando muestran al público su fe cristiana, y suelta y desenfadadamente la practican. Nuestras Asociaciones propagandistas han hecho hoy, gracias á Dios, hasta comun este tipo en jubileos, ejercicios, romerías y demás actos de pública y popular piedad, para que nos entretengamos un momento siquiera en perfilarlos. ¿Quién osará decir que valgan éstos menos, áun bajo el punto de vista de mera superioridad social, que los que viven sin Dios, ó mejor, con otros tantos dioses y diosecillos como les impone á todas horas la veleidosa moda, el tonto respeto humano ó el capricho personal? ¿Quién osará decir que valga menos, en cualquier estrado ó reunion, uno de los tales nuestros que cualquiera de aquellos otros? La misma opinion pública suele tener ratos lúcidos en que nos hace justicia sobre el particular, y la hace á la noble y varonil piedad cristiana. El egregio conde de Mun formando parte, rosario en mano, de las procesiones del último Jubileo universal, y el famoso Pasteur acompañando entre los aldeanos de su parroquia las Letanías de rogativas por los frutos de la tierra, son dos casos prácticos que ha visto hace poco Europa entera, y que no han hecho más que agigantar la talla moral de aquellos dos reconocidos atletas de la propaganda religiosa y científica en la nacion vecina.

XX.

De los enemigos principales que tiene la fe para el cristiano de nuestros dias, y del primero de ellos, que es la corrupcion de costumbres.

Por lo expuesto en los anteriores capítulos sobre esta materia, habrán podido comprender nuestros lectores cuál sea la esencia de la virtud teologal de la fe, y cuál su necesidad, y cuál su infinito precio y excelencia. Circunstancias todas que la hacen por lo mismo privilegiado objeto de las asechanzas del comun enemigo de nuestras almas, en términos que sea, hoy sobre todo, esta virtud la más expuesta al riesgo de continuas tentaciones, y por desgracia la que más fácil y frecuentemente sucumbe á ellas. No hay, en efecto, en nuestros dias cristiano alguno que no sea tentado en la fe, siéndole continuo embate contra ella casi todo lo que le rodea, personas, ideas, instituciones, leyes y costumbres. El mundo de hoy, saturado de incredulidad y de indiferencia, es en casi todas sus manifestaciones un ataque continuo á la creencia y docilidad del cristiano, á quien por otra parte toca necesariamente vivir en un medio ó atmósfera tan poco favorable á su profesion de tal. Conviénele, pues, hoy más que nunca andar receloso y prevenido y suspicaz sobre esta materia, bien como viajante que poseedor de un rico tesoro tuviese que atravesar con él regiones infestadas por astutos y atrevidos bandoleros, apostados para arrebatárselo. No siendo por lo mismo de extrañar sean tantos actualmente los que se ven despojados donde menos piensan de tan valiosa joya. Digamos, pues, algo, en esta última parte de nuestro trabajillo, acerca los enemigos más comunes que tiene para el cristiano esta virtud, y acerca los medios más oportunos con que debe tenerla á todas horas recatada y guarecida.

Es indudablemente el primero y principal de los enemigos de la fe cristiana la corrupcion de costumbres, es-

pecialmente por lo que toca á la avaricia y á la deshonestidad. Vacila tarde ó temprano el edificio de las creencias cuando de continuo no cesa de rozar y socavar sus cimientos el cenagoso albañal de las pasiones inmundas. El corazon depravado por ellas empieza por desear que no sea cierto lo que le propone la fe sobre la existencia de Dios, sobre la inmortalidad del alma, sobre el futuro juicio, sobre las eternas penas, etc. Y con este mal deseo dase á buscar argumentos y conjeturas que le hagan por lo menos incierta su verdad, y una vez conducida la inteligencia á este terreno, persuádese muy fácilmente de que son de ningun valor las pruebas ó testimonios en que dichos dogmas se le presentaban apoyados. Tiénese entonces por definitivamente resuelta y fallada la cuestion en el sentido que más y mejor lisonjea el apetito. De donde se concluye, si no con recta lógica, al menos con grosero espíritu de conveniencia, que es farsa todo lo que enseña la Religion, que no son sino impostores sus ministros, que no hay más cierta seguridad que la que se refiere á los goces presentes, y que todo lo de más allá, dado que no resulte evidenciada su no existencia, tampoco resulta su existencia completamente probada, y que por tanto lo mejor y más lógico es desentenderse de esos negros problemas que no sirven sino de atormentar la vida y amargarnos las más alegres horas de ella.

Hanse hecho y siguen haciéndose así, ya desde los tiempos del Eclesiastés, todos ó la mayor parte de los incrédulos y librepensadores. El libertinaje intelectual parece ser el origen del libertinaje moral, cuando ordinariamente no es sino su consecuencia. Se cree comunmente, mientras no hay interés en que sea falso lo que se cree. En cuanto las pasiones alborotadas empiezan por insinuar y acaban por exigir la abdicacion de la molesta creencia, cede ante ese alboroto de las clases bajas el entendimiento que debia ser su rey; y entonces dicta á gusto de ellas este degradado soberano, nuevo símbolo de verdades que se adapte á los viles antojos de su plebe, ó que por lo menos no los contradiga. Además los corazones limpios ven fácilmente á Dios en todas partes, y hallan muy plausible su ley y gózanse con delicia en la sumision á su augusta soberanía: empero los corazones sucios

rehuyen todo esto con horror, como el ojo enfermo y legañoso aparta de sí con rabia la hermosa luz que le hiere y mortifica.

Hemos citado entre las pasiones que más eficazmente corrompen en el cristiano la virtud de la fe, las de la avaricia y deshonestidad. La primera endurece su alma para que no conciba otro objeto superior de amor y culto que el oro y la plata en que ha puesto su ideal. No hay para el avaro otro dios que ese, ni puede haberlo. Por eso llamó San Pablo á la avaricia, idolatría, *idolorum servitus;* idolatría que trae consigo toda la vergüenza del abominable culto á Satanás. Nótese á propósito de esto cuán frecuentemente se han visto debidas, desde Judas, las apostasías de la fe á la influencia del dinero ó de la mejora de posicion social, que viene á ser lo mismo.

Cuanto á la segunda, ó sea á la deshonestidad, su efecto es todavía más palpable. Si la avaricia endurece y metaliza el corazon, la deshonestidad lo enmollece y afloja y afemina y hace inconstante y liviano como los vanísimos objetos y deleites en que se ceba. Y como el acto de creer es siempre un acto de vigor y de entereza, aviénese por lo mismo muy mal con la flojedad y afeminacion habituales en el infeliz dominado de la sensual concupiscencia. Añádase ahora que ésta es la inferior y más baja de todas las pasiones del hombre y la que más le avecina al bruto; es por tanto la que más en su desórden le embrutece. De lo cual se sigue que es la que más enturbia y anubla las potencias superiores del alma, produciendo un cierto desequilibrio entre la parte espiritual y la parte carnal, desequilibrio por el que domina y prevalece con absoluto fuero ésta sobre aquélla. No es, pues, el hombre deshonesto un alma servida por órganos corporales, como definió un filósofo al sér humano; sino que viene á ser más bien por su abyeccion un cuerpo grosero que trae cautiva y rendida á todos sus antojos al alma infeliz. Cometiendo con ella en cierto modo aquella crueldad que cometian antiguamente algunos tiranos con sus más nobles prisioneros de guerra: la de arrancarles los ojos, condenándolos á perpetua ceguera.

XXI.

De otro riesgo muy grave para la fe del católico de hoy, cual es, el trato y amistad con personas descreídas.

A otro riesgo, no menos grave que el anterior, se ve expuesta hoy dia la fe de muchos católicos, que por él miserablemente la pierden ó por lo menos la sienten menguada y enflaquecida. Tal es el frecuente trato y compañía con personas descreídas ó indiferentes ó abiertamente hostiles á nuestra Santa Religion.

Tan comun se nos ha hecho y familiar en nuestro siglo este *modus vivendi,* que muchas veces ni los más avisados caen por de pronto en la cuenta de su gravísima trascendencia, sin que por eso dejen muy á su costa de experimentarla. Exageradas ideas de tolerancia y de mutuo respeto nos llevan de continuo á trabar relaciones y áun amistades con quienes no pueden menos de influir desfavorablemente en nuestra conviccion personal. Y cuando de tales relaciones hablamos, claro está que no nos referimos á las que impone la necesidad ó justifica el deber ó autoriza siquiera alguna razon de grave utilidad más ó menos plausible. En estos casos podemos decir que el contagio trae él mismo consigo su más eficaz preservativo, cual es la pura y sana intencion, á la que no dejará de secundar y favorecer la gracia divina con toda suerte de convenientes auxilios. Hablamos aquí principalmente de las relaciones y tratos de este género, que frecuentamos por puro placer ó por no sé qué vana condescendencia con el espíritu del siglo, ó quizá, lo que fuera peor, por necio alarde de despreocupacion. Que por todos estos motivos no es raro hoy dia encontrar á muchos católicos que en ninguna parte diríase se hallan tan á su gusto y satisfaccion como entre los enemigos del Catolicismo.

Ahora bien: de tales creyentes es lícito afirmar que exponen á riesgo gravísimo su creencia, ó por lo menos la inte-

gridad y firmeza de ella, y que por tanto nada tiene de particular que al fin y á la postre acaben por encontrarse ellos mismos perfectos incrédulos. La pendiente lógica, por la que se baja por obra y gracia de tales amigos desde las cumbres luminosas de la fe á los tenebrosos valles del indiferentismo ó de la negacion absoluta, es la siguiente: Empiézase por sufrir pacientemente al amigo incrédulo, á pesar de su incredulidad, por sus demás condiciones de galante, simpático, generoso, honrado á su manera, etc., etc. Hasta aquí preséntase la cosa muy corriente: se busca y se quiere al amigo, lamentando interiormente su ninguna religiosidad. Aun tal vez hácese álguien la ilusion de que á fuerza de tratarle podrá llevar su alma á mejores caminos. Paulatinamente el trato frecuente va disminuyendo el natural horror con que antes se oían del amigo en cuestion ciertos rasgos de impiedad más ó menos chistosa ó ilustrada. Entonces no se necesita ya esfuerzo alguno para querer al amigo, á pesar de su notoria oposicion á nuestras ideas y sentimientos; quiéresele sin que por ese lado nos dé poco ni mucho que sufrir, y se empieza á mirar como cosa muy obvia y legítima que cada cual piense y viva en el mundo como le diere la gana, sin que tenga derecho nadie á erigirse en juez y mucho menos en censor de ajenas *opiniones*. Que tales empiezan ya á reputarse, y no otra cosa, los diferentes modos de pensar y de obrar en materias de Religion. «Hasta aquí (se dice) la cuestion es sencillamente de urbanidad y cortesía, y áun si lo apuramos de caridad cristiana.» Al llegar á este punto, la prevencion y repugnancia con que se miraba antes al error y al que lo profesa, se guardan ya únicamente para los *exagerados* amigos de la verdad, en los cuales se reprende con acritud y ceñudas maneras el fanatismo, la intolerancia, el rigor jansenístico, el ningun espíritu de atraccion, el olvido de las conveniencias sociales. Forzoso es, empero, dar todavía algunos pasos más en la funesta pendiente, y se dan y se llega tras ellos muchas veces hasta el postrer abismo. Sucede de esta manera. Aquel católico, perdido ya todo horror á las ideas anticatólicas, de no querer luchar contra ellas pasa muy fácilmente al deseo de vivir con ellas en plena paz, y de eso á la transaccion ó acomodamiento con todas las

que por ambiguas á su juicio y no concretamente definidas considera *libres* á la apreciacion del buen cristiano, sin que por ello deje de serlo. Así se le ve bajo pretexto de que tal ó cual cosa no es dogmática ó no está estrictamente preceptuada, simpatizar con la corriente más opuesta á lo que significa docilidad, rendimiento del juicio, respeto y sumision á la santa Iglesia. Alardea aún de conservar firme toda su adhesion á las verdades del Símbolo y á los preceptos del Decálogo; en todo lo demás, nótese bien, en todo lo demás juzga y habla y falla y burla y rie como cualquier librepensador. Con lo cual tenemos ya reducido á nuestro católico, antes quizá tan fervoroso, al mínimum posible de profesion y prácticas católicas. Queda sólo por descender el último peldaño de la fatal escala, para llegar ya á la formal y absoluta apostasía. A eso acabará de dar el empuje un necio argumento al cual tal vez por de pronto no se supo oponer satisfactoria solucion; un perverso ejemplo dado en mal hora al infeliz por quien debió dárselos mejores; una pasion como las que citábamos en el artículo anterior que acabe de cegar al alma; y sin necesidad de tanto, el mismo abandono de Dios, que no tiene costumbre de asistir con su gracia especial á los que de su libre voluntad y antojo se han puesto en grave ocasion y peligro próximo de perderla.

Amigo que me lees, tal vez has visto con tus propios ojos la dolorosa realidad de esa frecuente historia, cuyos perfiles y rasgos principales acabo sólo de bosquejarte. Tal vez la has presenciado y la lloras en tu propia familia. Tal vez en tí mismo la estás experimentando. Si así fuere, á tu testimonio apelo para que me digas si no es todo esto la pura verdad, y si no es así como se pervierten hoy dia la mayor parte de los jóvenes, muy cristianamente educados tal vez en nuestros hogares y colegios. Se principia tolerando, se prosigue condescendiendo, y se acaba conformándose del todo y rindiéndose á discrecion. Teatro constante de esas lentas é insensibles apostasías son nuestros casinos, nuestros centros de diversion y gran parte de lo que se llama vida de sociedad. Diríase que se han olvidado por completo aquellos viejos refranes, hijos del buen sentido y de la acreditada experiencia de nuestros mayores: «No con quien naces, sino con

quien paces;» «anda con los buenos, y serás uno de ellos;» «quien con lobos anda, á aullar se enseña.» Aunque más fuerza debiera hacer la severa palabra del Texto sagrado, más sabio que todos los refranes: «El que ama el peligro, perecerá en él.»

XXII.

De la perversa lectura, otro de los constantes peligros para la fe del católico de nuestros dias.

Otro de los continuos minadores y roedores de la fe cristiana en el corazon creyente es la perversa lectura. No es por tanto de admirar que el infierno y sus sucursales las logias hayan procurado de tal suerte derramar por todas partes este pestilencial veneno. Lo que llamamos Revolucion estaria aún por hacerse si no la hubiesen preparado y organizado y ejecutado, antes que las armas materiales, los malos periódicos y los malos libros; y esta misma Revolucion, ya verificada, ningun arraigo y ningunos resultados tendria, si no contase perennemente con este poderoso auxiliar. Más aún, la Revolucion podria ceder fácilmente todas sus restantes conquistas sociales y quedarse la misma, con tal que en eso no cediese; y podria al revés dar completamente por inútiles todas las demás, si ésta llegase á perder. Por eso el dogma fundamental masónico es lo que se llama libre emision del pensamiento, ó sea, libertad absoluta de imprenta, ó lo que es lo mismo, libre y absoluto derecho de socavar y batir en brecha todas las creencias por medio de este ariete infernal.

Y no obstante, muchos católicos ¡véase lo que son las cosas! escrupulizan aún menos en este asunto que en el de las perversas amistades de que hablábamos en el capítulo anterior. ¿Quién hace caso hoy de un libro, sobre todo si no llega á tal, sino que se queda en folleto ó periódico? Y sobre todo, ¿quién, por cortos que sean sus alcances, no piensa

saber más que el tal libro, folleto ó periódico, para juzgar de su contenido y tomar de él lo que más le parezca, y formar acertado criterio sobre cuanto dice ó deja de decir? Así que, armado con esa pueril vanidad y fatuo presumir de sí, que es la nota característica de la mayor parte de las gentes de este siglo, pocos aún entre los que se creen buenos tienen inconveniente en alargar la mano á la copa de veneno que más ó menos dorada se les ofrece, y en echársela tranquilamente á pechos, diciendo con bonachona simplicidad: «Al fin ya sé lo qué es: á mí no me ha de hacer eso ningun mal. Tomo de lo que leo lo que quiero y nada más.»

Precisamente este es tu crímen, y ahí está tu gravísimo peligro, católico necio, por más que de muy sabio blasones y de talento muy superior. Precisamente los tales libros y periódicos se escriben con diabólico artificio para cazar en tales redes á los incautos como tú. Precisamente ese alarde de superioridad, esa ninguna desconfianza de tí mismo, son las más apropiadas disposiciones que en tí desea el perverso escritor, para hacer presa en tu alma y robarte las más valiosas joyas de ella.

Viéndolo estamos, en efecto, todos los dias, y asómbranos que sean tan pocos los que acierten á comprender en toda su extension la gravedad del mal. Los perversos escritos rara vez se presentan con la franqueza de apellidarse tales, así como no hay ladron que al llamar á nuestra puerta ó al forcejar nuestra cerradura tenga la osadía de decirnos: «Abrid sin reparo alguno, que soy un ladron.» Muy al contrario; pues así como el ladron suele recatarse bajo disfraz de amigo ó de viandante ó de pordiosero, y áun tal vez de individuo mismo de la policía y funcionario respetable de la pública autoridad, así esotro ladron doméstico se nos presenta ó con los atavíos de elegante estilo, ó con la grave majestad del sistema filosófico, ó con la recomendacion é insignias de documento legal, y hasta á veces con la paz compungida y mística de celo religioso. Variados disfraces y sutiles maneras de robar, con que sólo intenta una cosa el muy taimado, y es que se le abra cándidamente la puerta. Una vez dentro, ya sabe él cuán poco le resta que hacer.

Abrir la puerta llamamos, el que se permita un cristiano entablar ociosa discusion sobre cualquiera de las verdades de su fe, ó que se relacionan con ella. Es el diablo gran discutidor, y sólo propone á los que quiere seducir, que acepten con él libre plática y disputa. A nuestros padres en el Paraíso les entró por ese lado, invitándoles únicamente á discutir el precepto que debian ellos haber mirado como indiscutible. Admitida por Eva la discusion sobre el precepto, fué ya inevitable la caída por la violacion de él; que, en verdad, violada estaba ya la ley cuando se consintió en discutirla. Así en el caso presente. Cuando tomamos y leemos un libro ó periódico, en que más ó menos desembozadamente se ataca nuestra creencia, no hacemos más en el fondo que admitir sobre esta creencia la discusion á que dicho libro ó periódico nos convida. En rigor, pues, si esto hacemos, no por deber, sino por puro antojo, hemos empezado ya por poner en tela de juicio nuestra fe, ó lo que es lo mismo, por renegar de ella en el mero hecho de ponernos á discutirla con aquel mudo pero insidioso enemigo, que ha calculado todos sus argumentos de efecto para sorprendernos y cautivarnos.

Y por desgracia lo consigue casi siempre por pasos y procedimientos iguales á los que señalábamos al tratar de las malas compañías. Empieza por seducir con la gala del lenguaje, arrastra con el vigor aparente de la lógica, suspende con la fuerza y elevacion del estilo; tras eso va infundiendo en nuestro espíritu un cierto hastío por las áridas enseñanzas cristianas, á las que presenta quizá como muy buenas y verdaderas, pero con escaso atractivo para la imaginacion y el sentimiento. De esto á la admiracion de ciertas teorías racionalistas no hay más que un paso. Y cuando éste se dió, encuéntrase el desprevenido lector con que ya casi nada le queda de la antigua y genuína fe sobrenatural cristiana. Ya no le gustan entonces más que los argumentos con que bajo el punto de vista humano y naturalista se pretende apoyar y enaltecer á nuestra sacrosanta Religion; las razones de cultura, progreso, civilizacion, bienestar social, desarrollo artístico y científico, lo son todo para ese extraviado teólogo; la gloria de Dios, el cielo é infierno, la

salvacion de las almas, el reinado de Cristo, tiénelas por vejeces y antiguallas de mal gusto, propias únicamente de adocenados predicadores, ó de beatos de la esfera más vulgar.

Al llegar á este punto el estrago, ¿qué queda ya del católico en cuestion, como no sean únicamente su nombre y su bautismo? ¿Qué falta ya para llegar á la perfecta incredulidad racionalista, sino su clara y desvergonzada profesion?

Esta es la ruina lenta y silenciosa que van produciendo en el mundo actual las malas lecturas. Mundo que ¡horror causa decirlo! ya no es gran parte de él cristiano más que en apariencia, siendo en realidad verdadero racionalista y apóstata de su fe. Y cuenta que no consideramos malas lecturas, como ya hemos indicado, únicamente las que se reputan tales por las más anchas conciencias. Malas lecturas son, claro está, todas las que abiertamente impugnan la fe y corrompen las costumbres: empero, lo son tambien todas las que indirectamente y de soslayo zahieren dicha fe y la tratan con menos estima; todas las que por hacerla más acomodaticia la relajan y falsifican; todas las que tienden á destruir en el fiel católico el debido odio y santo estremecimiento de indignacion con que deben mirarse siempre la herejía y los corifeos de ella.

Esta, esta es hoy dia la arena en que libra la Masonería los más sangrientos combates contra la fe, y en que alcanza, por nuestros pecados, sus más desastrosas victorias.

XXIII.

Del gravísimo riesgo que hoy dia son tambien para la fe los mundanos espectáculos.

No menos que la mala lectura y la mala compañía, corrompen y acaban por destruir hoy la fe de muchos cristianos los perversos espectáculos. Y cierto bien pudiéramos decir sencillamente los espectáculos de hoy, porque dígasenos con franqueza: ¿dónde se dan en nuestros tiempos espectá-

culos públicos que no sean perversos? De tal suerte se ha apoderado la impiedad fiera ó mansa de esta parte de nuestras costumbres, que apenas cabe admitir en ella salvedad ó distincion.

Aludimos de un modo especial al teatro, que ese es de todos los espectáculos modernos el más generalizado hoy dia y por desgracia el más desastroso. Tiénenlo, no, como antiguamente, tan sólo las grandes ciudades ó villas populosas; hoy dia gozan de esta calamidad hasta algunos de los más arrinconados poblachos, que carecen tal vez hasta de alumbrado y escuela. Ni van tan sólo allá, como en otros tiempos, las clases acomodadas; va el pueblo en masa; va la familia obrera y labriega, va la mujer del menestral con su hijo al pecho, van los chiquitines que aún tal vez no fuéron nunca á la iglesia. Es, pues, no sólo calamidad, sino calamidad espantosamente universal.

¿Y por qué es calamidad? Lo es por la palabra que hemos apuntado hace poco, y en que queremos se fije ahora toda la atencion del lector. Se ha apoderado de nuestro teatro unas veces la impiedad franca y descocada, otras la impiedad mansa y sentimental y mojigata, pero no por eso menos eficaz destructora de las buenas creencias. Siempre fueron peligrosos los espectáculos dramáticos; y áun en épocas en que el teatro pudo llamarse con toda verdad ortodoxo bajo el punto de vista doctrinal, no dejó de ofrecer serios inconvenientes á los ojos del severo moralista. La libertad de ciertos argumentos, la viveza plástica de atrevidas situaciones, el colorido y halagüeño barniz con que se poetizan humanas flaquezas y devaneos, hiciéronle siempre sospechoso al cristiano de buena ley. Sin embargo, en nuestros antiguos dramáticos, áun en los más desenvueltos, era constante é inviolable el respeto á la Iglesia santa y á sus dogmas, que siempre resultaban sobre las tablas profundamente acatados y muchas veces maravillosamente enaltecidos. En este punto débese tributar gran loa al teatro español hasta llegar á la infelicísima época presente, que empieza quizá á fines del siglo pasado. Hoy dia, al revés, apenas se da por raro milagro pieza alguna dramática en que no se predique abiertamente la impiedad, ó en que no se la suponga como cosa

corriente y admitida. Aun algunas veces se afecta cierto decoro y falsa honradez en las costumbres y sentimientos, sin guardarse igual escrupulosidad en lo que atañe á las doctrinas. Y hasta tal punto se ha hecho lastimosamente familiar á nuestro público esa condicion del drama moderno, que en ella es ya en la que menos reparan ciertas familias por otra parte creyentes y religiosas. Bastando á estas tales el que no sea verde ó acancanado el asunto de la funcion, prescindiendo de que por otro lado resulte ella perfectamente luterana ó librepensadora ó materialista y atea. ¿Quién, por ejemplo, hace hoy dia escrúpulo alguno de llevar sus hijos é hijas á la audicion de *Los Hugonotes* de Meyerbeer, á pesar de ser tal ópera con todas sus magnificencias artísticas la más resuelta apología del Calvinismo? ¿Y de cuántas otras obras dramáticas y musicales no podríamos decir lo mismo?

Y ahí, no obstante, se da el gran peligro para la fe del oyente ó espectador, más aún que ante un mal libro ó un perverso amigo, porque de ambos reune en el más alto grado la fuerza persuasiva y de emocion. No hay páginas calurosas ni trato social seductor como son calurosas y seductoras las ilusiones teatrales, ayudadas por la magia del verso, de la música y de las decoraciones. Rara vez se vierten lágrimas ó se agita indignado el pecho ante una simple conversacion ó lectura, y sin embargo tales efectos son frecuentes en el teatro. ¿Qué será, pues, llevar de continuo el corazon y la imaginacion y los nervios de la juventud á estremecerse con todo linaje de emociones anticatólicas, como las que se le ofrecen habitualmente en nuestros escenarios? ¿Y qué desastroso efecto no ha de producir en sus inteligencias ese continuo veneno de la emocion anticatólica, siendo como es ciertísimo que en tal edad por ningun camino se llega tan seguramente á falsear y pervertir las convicciones, como por el del sentimentalismo y de la imaginacion?

Llevad, pues, oh padres bonachones, y que quizá quereis todavía que amen y practiquen vuestros hijos el Catecismo, llevadlos, digo, á esos templos profanos donde mundo, demonio y carne se encargarán de explicarles catecismo muy distinto del que vosotros en casa les enseñais. Los votos re-

ligiosos se les pintarán allí como tiránicas y odiosas cadenas; los hábitos del fraile y de la monja, como feas y ridículas caricaturas; las leyes del honor conyugal, como viejas preocupaciones de otra edad; la jerarquía eclesiástica, como foco de corrupcion y de bastardas ambiciones; las páginas más bellas de nuestra antigua historia, como de ominoso y execrable recuerdo. Dudas sobre el libre albedrío, dudas sobre la vida futura, dudas sobre el alma espiritual, dudas sobre el dogma de la providencia, dudas sobre la autoridad de la Iglesia, ó tal vez la horrible negacion de todo eso. Rechiflas á la piedad, á la entereza de la fe y al recato y al pudor. Y entre todo eso y al rededor de todo eso una atmósfera ó medio ambiente de indiferencia, escepticismo, ó llámese mejor, incredulidad de buen tono y de buenas formas, que es lo que público y actores mutuamente se reflejan y mutuamente se aplauden.

Espántame, algunao casion en que el deber me ha traido á las manos alguna de las piezas *más decentes* que en los teatros de hoy se representan, espántame, digo, como tales cosas hay quien se ha atrevido á poner vivas ante los ojos de personas cristianas á quienes quizá veo oir Misa diariamente, y quizá confesar y comulgar la víspera ó el mismo dia de la representacion. Espántame, la idea del desquiciamiento y desbarajuste intelectual que eso supone: espántame lo que deben sentir aquellos corazones y á lo que se exponen ante tales monstruosidades: y espántame mucho más si me dicen candorosamente que nada sienten y que nada peligroso ven allí. Porque tal insensibilidad y falsa seguridad no son indicios sino de fe cristiana ó ya completamente muerta ó completamente aletargada. ¡Qué amor de hijo el de quien nada siente oyendo apodar y ridiculizar á su madre! ¡Qué entusiasmo de buen patricio el de quien puede oir sin palpitaciones de coraje como escarnecen á su patria!

Esta es la condicion tristísima á que va reduciendo la fe de muchos católicos la habitual asistencia de ellos á los espectáculos del dia.

XXIV.

Medios principales que debe poner en práctica el buen cristiano para precaver los peligros contra su fe.

Por no alargar este opúsculo, que anda ya, gracias á Dios, muy prolijo, omitirémos aquí alguna otra observacion que podríamos hacer tocante á los peligros que ofrece para la fe del cristiano el mundo de nuestros dias. Todos, empero, si bien se observa, pueden reducirse á las cuatro cabezas que acabamos de indicar. No podemos, empero, pasar por alto, antes de terminar, lo que se refiere á los medios que debe poner en práctica el buen creyente, para conservar y asegurarse en la posesion de este precioso tesoro, que tantos enemigos conspiran en derredor suyo para arrebatarle. Parécenos que ésta es la conclusion natural y adecuada del presente tratadillo popular, al cual más que á otro alguno querríamos haber sabido dar el carácter práctico y utilitario que deseamos para todos nuestros trabajos de Propaganda.

Cuanto á eso, pues, obvio se presenta en primer lugar que lo más significado y adecuado para conservar y asegurar la fe en nuestros corazones, es procurar traerla constantemente recatada de aquellos sus naturales enemigos de que hablábamos en los anteriores capítulos. Sean, pues, los primeros medios que recomendemos la vida pura y honesta; el trato usual con personas en quienes pueda encontrar esta virtud materia de estímulo y nunca de escándalo; lectura sana y ortodoxa que sobre eso nos ilustre y nos provea cada dia de nuevas y eficaces armas de controversia, para sostenerla áun con nosotros mismos, que somos los que más frecuentemente la necesitamos; y por fin, habitual apartamiento de los sitios y diversiones donde más á sus anchas campea é impera el espíritu del siglo y su envenenada atmósfera de escepticismo é incredulidad.

Contrariorum contraria ratio, decian los antiguos filósofos;

y este procedimiento, dictado por el buen sentido, es aquí el primero que cabe recomendar. Constituye una cierta higiene moral en todo análoga á la que con tantas prescripciones todavía más menudas y enojosas atiende á la salud de nuestros cuerpos. Pues qué ¿acaso para conservar esta última no evitan ciertos vicios y desórdenes, áun muchos á quienes no fuera suficiente para hacerles abstenerse de ellos la sola ley de la conciencia? ¿Por ventura no nos apartamos con igual objeto del trato de ciertas personas y de la frecuencia de ciertos lugares que pueden traernos contagio é infeccion? Pues, si tales precauciones se estiman muy discretas y juiciosas porque atañen á la salud corporal, y muy eficazmente se recomiendan y muchas veces hasta con nimia escrupulosidad se observan, ¿por qué ha de parecerle ridículo á un cristiano atenerse á ellas para la conservacion de su integridad moral, cuya base esencial é indispensable es la limpieza y vigor de la sobrenatural creencia? No reconocerlo así fuera dar menos importancia á eso que pertenece á la vida superior del alma y á su eterno porvenir de suerte ó desdicha en la otra vida, que á los riesgos de un ruin constipado ó de una catarral, ó si se quiere de una tisis ó pulmonía.

Temamos más que todo eso que sólo puede afectar á los órganos del cuerpo y acelerar unos pocos años su irremediable destruccion, temamos, digo, más que todo eso las enfermedades del alma, que se siente herida y como muerta en sus órganos más vitales cuando le falta el único aire para ella respirable, que es el de la verdad revelada, ó cuando se le da falsificado y como intoxicado ese aire vital con pérfidos miasmas de herejía que matan con muerte eterna en vez de vivificarnos con gérmenes de inmortalidad. Nunca por lo mismo serémos excesivamente escrupulosos, y hasta si se quiere aprensivos, en esta materia. Es lícito, más aún, es obligatorio serlo en lo que entraña cuestion de vida ó muerte como lo de que estamos tratando aquí. Los que maldicen sin cesar la llamada intransigencia doctrinal del Catolicismo y de los buenos católicos, los que extrañan se lleven por nosotros tan allá los recelos y suspicacias tocante á esa virtud, que debe ser la radical y fundamental de todo cristiano, podrán tacharnos si quieren de meticulosos en demasía. Hay

que serlo ante el espectáculo de la presente decadencia de la fe de muchos, debida sin duda, más que á otra causa alguna, á los falsos temperamentos de conveniencia con que ha sido como de moda atenuar el rigor de esa higiene á que nos referimos. ¡Caso extraño y á primera vista maravilloso! Al ciudadano de hoy le molesta con mil y una minuciosidades que rayan á veces en impertinentes la policía facultativa, sin respeto alguno á lo que se llama inviolabilidad del hogar y hasta á los mismos sacratísimos derechos individuales, anteriores y superiores como se dice á toda legislacion. La salud pública se proclama suprema ley, y este principio parece autorizar al poder social para la imposicion de toda molestia. Y debe resignarse á ella el ciudadano libre de nuestros dias, permitiendo en sí y en los suyos cualquier vejacion, desde la horrible y desgarradora de que le arrebaten de entre los brazos el cadáver todavía caliente del padre ó del hermano, hasta la soberanamente cómica de que le fumiguen en cualquier estacion de ferrocarril.

En el órden moral, que es el más digno de estima aún á los ojos de la mera razon humana, proceder así sería calificado de espantosa brutalidad y de inquisitorial despotismo. La libertad defiende en eso sus fueros de bestia, y reconoce con ello que son más ante su criterio los intereses de la vida animal, que los de la vida superior que la distingue de los brutos. Sería gravísimo atropello prohibirles á los públicos corruptores de la fe el ejercicio de su negro derecho de envenenar las almas. Debiera parecer lógico que si en ellos se reconoce el derecho de envenenar, se me reconociese á mí el derecho de que no me envenenasen el aire que respiro y que han de respirar los míos. Mas como eso traería por otra consecuencia lógica la necesidad de medidas preventivas y represivas contra los corruptores de la fe, cual las tenían en su legislacion todas las antiguas naciones cristianas, de ahí el que se prefiera adoptar en ese punto, aunque sea en abierta contradiccion con el otro, el criterio de la libertad absoluta, sin dejarle al ciudadano de nuestros dias otra garantía de preservativo que la individual defensa de sí y de los suyos, como mejor Dios le diere á entender.

¡Oh! Si tan indiscutible es y si sobre base tan filosófica

se funda el derecho del ciudadano moderno de que nadie le vaya á mano en la tarea infernal de corromper las creencias, que son el primer elemento de la vida social, ¿cómo no se le considera igualmente indiscutible é igualmente basado en firme filosofía el derecho de infestar el aire y de corromper las aguas y de envenenar el pan y demás alimentos, aunque por ello deba sucumbir en asolador contagio de cólera ó de fiebre amarilla la mitad del género humano?

XXV.

Del ejercicio práctico y frecuente del acto de fe, que es el medio mejor para mantenerla y avivarla.

La santa virtud de la fe se afirma y robustece en el alma, principalmente y mediante siempre el auxilio de la gracia de Dios, con el constante y nunca interrumpido ejercicio. Casi nos atreveríamos á decir que otra cosa no necesita el fiel cristiano para vivir con toda plenitud esta vida sobrenatural. De ahí que tanto recomiende la Iglesia, y áun mande en ocasiones dadas, el frecuente uso de los *actos de fe*.

Muy á menudo nombramos estas palabras *actos de fe*, y áun muy á menudo tal vez recitamos la fórmula material que ellas significan; puede, sin embargo, que no tan frecuentemente practiquemos lo que realmente constituye su esencia y carácter formal. Acto de fe no significa tan sólo pronunciar con los labios tal ó cual declaracion aprendida de memoria, en la que se diga que creemos firmemente las verdades reveladas por Dios y comunicadas por el magisterio de la Santa Iglesia. Esto no sería más que rezar el acto de fe. Practicarlo es otra cosa, y es precisamente lo que la Iglesia manda y lo que da el apetecido resultado. Practicar actos de fe es actuarse en el ejercicio de creer, es decir, poner en ejercicio el acto interno de la inteligencia que se adhiere á las verdades reveladas, y de la voluntad que desea y se propone y resuelve firmemente permanecer en esta adhe-

sion toda la vida. Actuarse es darse cuenta á sí propio de estos actos; lo cual distingue estos actos, que sin pleonasmo podemos llamar actos actuados, de lo que solemos llamar actos indeliberados ó inconscientes, cuales son los que dicta ordinariamente la rutina, que es lo opuesto á lo que entendemos aquí por *actuacion*.

No es muy profunda filosofía ésta para que dejen de entenderla todos nuestros lectores; mas áun así procurarémos ponerla todavía más llana y casera con su aplicacion á los casos prácticos.

Todos sabemos, gracias á Dios, y todos rezamos la oracion dominical llamada vulgarmente el *Padre nuestro*. Es seguro, no obstante (y dicho sea sin ánimo de ofender á nadie), que muchísimas veces nos pasan por los labios las tiernísimas frases de este rezo, sin que se fijen poco ni mucho en el sentido de ellas nuestra inteligencia y nuestra voluntad. Depende eso de que no nos *actuamos* en el rezo aquél, que por tanto constituye un simple acto material de los labios, y no un *acto actuado* del espíritu como el que debe ser en lo posible toda oracion. Rezar, por ejemplo, el *Padre nuestro* con esa actuacion de nuestro espíritu sobre cada uno de los conceptos que esta bendita oracion entraña, sería un modo el más frecuente y el más fácil de practicar el recomendable ejercicio de la fe. Basta fijarse para eso en que dichas palabras exponen claramente el dogma de la existencia de Dios, fundamento de la Religion; el de la Providencia; el del fin del hombre; el de la vida futura; el de la justicia divina; el del pecado y el de la redencion, etc., etc. Todo lo cual se contiene en aquellas brevísimas y nunca bastante meditadas palabras. Es obvio, de consiguiente, que fuera ejercicio constante y provechosísimo de la vida de fe el reflexionar sobre ellas siquiera con mediana intencion cuando se pronuncian, aunque debiésemos para eso pronunciarlas menos veces, con tal que lo que se disminuyese en número de rezos se acrecentase en viveza de intencion.

Apliquemos este procedimiento á todas las prácticas de la vida cristiana, que por la divina misericordia son todavía entre los fieles de nuestros tiempos harto numerosas, y véase luego cuán fácil es vivir vida de ejercicio de fe, no sólo en

los claustros y soledades, sino entre las mil distracciones domésticas ó entre los mismos barullos y agitacion de los públicos negocios. Por hacerlo así fueron santos los que tal renombre han conseguido en la Iglesia de Dios, pues escrito está que el «justo vive de la fe.» Por esta fuerza fueron héroes cuantos en la Iglesia se han distinguido en las más gloriosas campañas contra sus enemigos, porque no en vano dice el Texto sagrado que «por la fe vencieron los Santos á las potestades del mundo.» De ella deriva todo sobrenatural auxilio en las tentaciones que forman la oscura pero gloriosa milicia del comun de los fieles, pues no en vano se nos enseña por el Apóstol que el primer elemento de resistencia contra tales enemigos es permanecer «fuertes en la fe.» Todo lo cual no tendria sentido alguno y seria puro engaño y lo acreditaria de tal la experiencia, si no se refiriese únicamente al ejercicio de la fe como aquí lo hemos propuesto y recomendado, es decir, ejercicio práctico, vivo, actuado; y si á ese otro modo de tener fe que simplemente llamábamos en otra ocasion no dejar de tenerla, ó lo que es lo mismo, no ser clara y formalmente apóstata ó incrédulo. Tal ejercicio vivo y eficaz de la fe es el más vivo y eficaz auxiliar y estímulo de ella misma. Cada acto de creencia robustece y confirma el acto anterior, y dispone y alienta para más vigorosos actos ulteriores. Este ejercicio identifica en cierta manera con nuestra misma vida natural y humana la otra sobrenatural y divina en que se funda; es tan luminoso para el entendimiento, que parece llega á comunicarle una cierta intuicion de las mismas verdades que le propone, sin perjuicio del mérito que por la sumision del juicio nos adquirimos; siendo por fin tan vigorizador para la voluntad, que ésta sin gran esfuerzo persevera en tal docilidad y rendimiento, haciéndosele por ventura al último más costoso dejar de vivir sometida á tal yugo de lo que lo es para el más relajado ú orgulloso incrédulo someterse á él.

Tales maravillas obra la gracia divina en el hombre en órden á la virtud de la fe por el constante y no interrumpido ejercicio de ella. Todo lo cual creemos de tanta importancia práctica que no nos resignamos todavía á darlo por terminado, sino que nos proponemos desenvolverlo aún más minuciosamente en otro capítulo, que será el último del presente folleto.

XXVI.

Modos más usuales y fáciles de practicar el acto de fe. Conclusion.

Toda la vida del cristiano debiera ser, si posible fuese, un *acto de fe* continuado, y cuanto más se aproxime el modo de vivir del fiel creyente á este habitual ejercicio, tanto será más poderosa la savia espiritual de su organismo, y tanto por lo mismo más abundantes los frutos de vida eterna que de sí produzca con el auxilio de la gracia de Dios. Mas ya que no sea fácil al comun de las almas este no interrumpido ejercicio actual y actuado de la santa virtud de la fe, lo es, sí, dedicarse á él en frecuentes ocasiones llamando á él las potencias del alma algunas veces cada dia, ni más ni menos que las fuerzas corporales son llamadas tambien cada dia repetidas veces á ejercitarse, ya para el trabajo á que le obliga á cada cual su profesion, ya como prescripcion de la higiene ó de la medicina.

Tal ejercicio de las potencias del alma en órden á la virtud sobrenatural de la fe puede verificarse de varias maneras, de las cuales indicarémos sólo algunas aquí.

En primer lugar por medio del ofrecimiento matutino y vespertino de las obras del dia, y no sólo de las obras que ha de hacer cada uno de nosotros, sino de los sucesos, prósperos ó adversos, en que nos toque intervenir. Tal ofrecimiento, ya mire al dia que hemos principiado y que tenemos por delante, ya al que hemos terminado, es un reconocimiento explícito del dogma de la Providencia, en cuyas manos nos abandonamos con todas nuestras cosas, y es á la vez que un vasallaje á su soberanía, una protestacion de filial confianza en su bondad.

El uso de la meditacion diaria es otro de los ejercicios de la fe más provechosos, por no decir indispensables, al buen cristiano. Quien sólo practica de la Religion las obras exteriores de ella, áun con todos los requisitos con que tales

obras están mandadas, podemos casi decir que no conoce de ella más que la superficie y corteza. Se penetra en sus adentros, y se la encuentra jugosa y sabrosa como es, reflexionando atentamente sobre sus dogmas, fiestas, prácticas y ceremonias, rumiando todo eso y paladeándolo con detenimiento, y haciendo de ello una como espiritual masticacion y digestion que nos lo convierta poco á poco en sustancia propia, al modo de lo que sucede en nuestro cuerpo con los alimentos materiales que diariamente ingerimos en él. Así llega á hacerse lo sobrenatural una como segunda naturaleza del hombre, por la cual más que por la natural y humana se rige él y se vivifica y anima, logrando realizar por la eficacia de esta segunda vida superior aquello tan citado como profundo del Apóstol: «Vivo yo, pero ya no yo, sino que Cristo es quien vive en mí.»

¿Cómo dejar de citar aquí á este propósito el uso frecuente y fervoroso de los Santos Sacramentos? Los ha dispuesto Cristo nuestro Señor para que por medio de ellos, y muy singularmente por el de la divina Eucaristía, fuese íntimo el contacto del fiel cristiano con su divina Persona, ó de un modo directo, como en el augusto Misterio de nuestros altares, ó por mediacion de signos visibles instituídos por El, como en los demás Sacramentos. Unos y otros son fuentes perennes de gracia, y por tanto el alimento más apropiado de la vida de fe vigorosa y robusta.

Ni podemos omitir, habiendo hablado del augustísimo Sacramento de nuestros altares, la práctica recomendabilísima de la visita cotidiana al solitario tabernáculo, en que vive dia y noche, cautivo de nuestro amor, Cristo sacramentado. Ningun cristiano debiera omitir esta diaria visita, que la Iglesia no impone como obligacion quizá porque cree que por sí solo la mirará como tal el fervor de todo verdadero creyente. Toda otra devocion, aunque se dirige á Santos ó Santas cuya existencia es viva y real en el cielo, no tiene sin embargo en nuestros templos y altares otro estímulo que el de sus imágenes, ó á lo más el de sus yertas é insensibles reliquias. No así nuestro Sacramentado Señor, á quien tenemos, por su dignacion y para nuestro consuelo, vivo y palpitante en nuestros sagrarios con ojos como los nuestros

para mirarnos, con oídos como los nuestros para oirnos, con corazon como el nuestro para amarnos hasta desear nuestro ruin y despreciable coloquio. ¿Dónde mejor puede avivarse la fe y reencenderse su amortiguada llama, que en este trato y dulce familiaridad y compañía?

Lo que se llama ejercicio de la presencia de Dios no es difícil tenerlo y renovarlo en cualquier lugar y ocasion, por heterogéneos que éstos parezcan con respecto á esta obra de piedad. Ver á Dios en todas partes, y ver en todas las cosas materia de su divino servicio, es el ideal de la perfeccion cristiana, y por tanto de la más alta vida de fe. Siendo de notar que para este ejercicio no necesitamos acto alguno de la imaginacion ó puramente representativo, bastándonos recordar lo que de consuno enseñan Religion y filosofía sobre este punto, esto es, que en todas partes está Dios, ó mejor, que dentro de Dios y compenetradas de Dios están todas las cosas, siendo Dios el medio y atmósfera de todas ellas, más que para nosotros el aire respirable y que para los peces las aguas del mar. Pensar, pues, habitualmente en Dios, y vivir habitualmente teniendo presente á Dios, y obrar en consecuencia segun lo que sabemos es voluntad de Dios; tal es la fórmula completa de este ejercicio de la divina presencia, tan recomendado por todos los Santos como apto más que ningun otro para mantener viva en nuestros corazones la llama de la fe.

Mas todo esto, dirá alguno, supone ya la fe en el corazon, es de consiguiente un círculo vicioso el que estableceis, dando para tener fe reglas que ya la suponen.

Seria eso verdad si tratásemos aquí de prescribir medios ó recetas para adquirir la fe, lo cual hasta ahora no hemos intentado. Al presente no hemos querido sino indicar reglas para conservarla y avivarla en los que ya por dicha la poseen, como son, gracias á Dios, todos nuestros lectores. Y es claro que en éstos lo suponemos, al modo que las prescripciones que dicta la higiene ó la medicina para conservar la vida y restaurar las fuerzas suponen vivo al cuerpo á quien se han de aplicar, pues ocioso fuera prescribirlas para los cadáveres. Sucede en ese tratamiento espiritual fenómeno análogo al que ofrece el tratamiento corporal. Se come para vi-

vir, y no se podria vivir sin la ordinaria comida; mas tampoco podriase comer si no fuese ya un hecho anterior la vida que el mismo alimento sostiene.

Cuide de bien conservar esta vida sobrenatural cada uno de nuestros hermanos, tanto por lo menos como cuida de conservar la otra tan frágil y perecedera que la muerte ha de arrebatarnos. Aquélla es la que nunca muere, pues principiada en este mundo bajo velos y enigmas, ha de perpetuarse en el otro sin ellos en la clara lumbre de la eternidad. Que por esto tiene acá tantos enemigos cuantos son los que intentan desviar al hombre de aquella su felicidad suprema. Hoy sobre todo la guerra más general y declarada es contra la santa virtud de la fe, y es ella por tanto la que corre en nuestras almas mayores peligros. Ténganos esto en continua susceptibilidad y alarma, y de nada hagamos tan firme empeño como de conservar con todos los recatos posibles esta preciosisima joya. ¡Primero creer! hemos titulado estos capítulos, y con ello hemos querido indicar lo privilegiado de este nuestro tema, y lo urgente de la necesidad de nuestros dias á que obedece. Salvemos ante todo la integridad de nuestra fe; seamos más ó menos tolerantes, más ó menos transigentes con lo que á todo otro asunto no relacionado con ella se refiera; nunca en lo que atañe á la ortodoxia doctrinal, nunca en lo que pueda enturbiar en lo más mínimo su puridad y vigor. Como en su limpieza de sangre eran extremadamente delicados y quisquillosos nuestros mayores, seámoslo hoy nosotros en esta limpieza de sangre moral en que estriba todo el valer y lustre de nuestra raza de verdaderos cristianos. Y como tenian aquéllos por cosa la más horriblemente bochornosa todo entronque ó afinidad con quien dicha sangre limpia y castiza no trajese en sus venas, así tengamos nosotros parecido horror á alianzas y solidaridades con quien presente averiadas ó sofisticadas con el menor resabio heretical sus ideas ó aficiones, por puras é intachables que por lo demás parezcan sus normas de conducta. Y aunque nosotros (concluirémos con el Apóstol) ó un Angel anunciase cosa opuesta á la fe, sin vacilacion ni tibieza gritémosle: ¡Anatema!

A. M. D. G.